

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Psicopatía, violencia y trayectoria delictiva: análisis de su interacción
en muestras penitenciarias**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Teresa Martínez Díaz

Directores

José Luis Graña Gómez
José Manuel Andreu Rodríguez

Madrid, 2015

Tesis Doctoral
UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE
MADRID - 2015

Psicopatía, violencia y trayectoria delictiva: Análisis de su interacción en muestras penitenciarias.



Presentada por:

Teresa Martínez Díaz

Directores:

José Luis Graña Gómez

José Manuel Andreu Rodríguez

*“El castigo legal recae sobre un
acto; la técnica punitiva sobre
una vida”.*

Michael Foucault

Agradecimientos

A mis profesores José Luis Graña y José Manuel Andréu por su sabia dirección, sus inestimables aportaciones y su infinita paciencia, a la profesora Elena de la Peña por su amistad y a los alumnos del Master de Psicología Clínica, Legal y Forense por su colaboración en este trabajo.

No olvido a los internos que han trabajado conmigo a lo largo de los años y la confianza que me han otorgado, sin la cual poco hubiera aprendido.

CONTENIDO

<i>CONTENIDO</i>	5
<i>RESUMEN</i>	9
<i>ABSTRACT</i>	17
<i>PLANTEAMIENTO GENERAL</i>	25
<i>PARTE I</i>	29
<i>CAPITULO I. DELITO Y DELINCUENCIA: DESARROLLO CONCEPTUAL</i>	31
1.1. EL DELITO Y LA PENA: LEYES PENALES Y PENITENCIARIAS	33
1.1.1. Delito y delito violento	38
1.1.2. Responsabilidad criminal	40
1.1.3. Finalidad de las penas	44
1.2. DESARROLLO DE LAS TEORIAS EXPLICATIVAS DE LA DELINCUENCIA	48
1.2.1. Criminología clásica y positivista	48
1.2.2. Criminología científica	51
1.2.3. Las influencias sociales y psicosociales en el estudio de la delincuencia	55
1.3. LA PERSPECTIVA INDIVIDUAL EN EL ESTUDIO DE LA DELINCUENCIA	59
1.3.1. Aportaciones de la medicina al estudio de los criminales	59
1.3.2. Enfoque psicoanalítico y psicodinámico	63
1.3.3. Perspectiva psicológica y teorías integradoras	66
1.4. DELINCUENCIA CONVENCIONAL Y PSICOPATÍA	73
1.4.1. Agresividad y violencia	74
1.4.2. Delincuencia violenta	76
1.4.3. Conceptualización de la psicopatía	80
1.5. LA POBLACIÓN RECLUSA EN ESPAÑA	90
1.5.1. Variables socio-demográficas	90
1.5.2. Problemas asociados	93
1.5.3. Implicaciones para el tratamiento	96
<i>CAPITULO II. ASPECTOS ASOCIADOS A LA CONDUCTA DELICTIVA Y VIOLENTA</i>	99
2.1. ASPECTOS BIOLÓGICOS	99
2.1.1. Variables ambientales	100
2.1.2. Genética del comportamiento	101
2.1.3. Hormonas y neurotransmisores	103
2.1.4. Deficiencias estructurales	105
2.1.5. Registro psicofisiológico y neuroimágenes de la función	107

2.1.6.	Funcionamiento cognitivo ejecutivo y otras medidas funcionales.....	110
2.1.7.	Conclusiones de los investigadores	113
2.2.	ASPECTOS PSICOPATOLÓGICOS	115
2.2.1.	La psicopatología en poblaciones reclusas	115
2.2.2.	La psicopatía y el trastorno antisocial de la personalidad.....	128
2.3.	ASPECTOS PSICOLÓGICOS Y PSICOSOCIALES	138
2.3.1.	Socialización, afectividad y relaciones familiares	138
2.3.2.	Características asociadas a los delincuentes	144
2.3.3.	Psicometría y estudios diferenciales.....	148
2.4.	DELINCUENCIA Y VIOLENCIA DESDE LOS ESTUDIOS DE PSICOPATÍA	159
2.4.1.	Resultados de las medidas de psicopatía	159
2.4.2.	Factores de la psicopatía, problemas distintos.....	161
<i>CAPITULO III. DESVENTAJAS Y DESARROLLO DE PAUTAS ANTISOCIALES DE CONDUCTA: VULNERABILIDAD Y RESISTENCIA</i>		<i>167</i>
3.1.	VULNERABILIDAD Y RIESGO DE CONDUCTA ANTISOCIAL	167
3.1.1.	Factores biológicos	168
3.1.2.	Factores sociofamiliares	170
3.1.3.	Factores psicológicos	174
3.1.4.	Factores psicopatológicos	177
3.2.	LA EXPOSICIÓN A LA VIOLENCIA Y EL ESTRÉS EN LA INFANCIA.....	179
3.2.1.	¿Está la infancia expuesta a la violencia?.....	179
3.2.2.	Exposición a la violencia en la infancia y curso de vida delictiva	180
3.3.	PATOLOGÍA ASOCIADA A EXPERIENCIAS TRAUMÁTICAS.....	181
3.3.1.	Experiencias traumáticas y sintomatología TEP	181
3.3.2.	Experiencias traumáticas y sintomatología no TEP	184
3.4.	RESISTENCIA, RESPUESTA PROSOCIAL A LA ADVERSIDAD Y DESISTIMIENTO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL.....	186
3.4.1.	Factores biológicos	187
3.4.2.	Factores sociofamiliares y ambientales	190
3.4.3.	Factores psicológicos	191
<i>PARTE II</i>		<i>195</i>
<i>CAPITULO IV. METODOLOGÍA</i>		<i>197</i>
4.1.	PLANTEAMIENTO GENERAL	197
4.2.	OBJETIVOS E HIPOTESIS.....	197
4.2.1.	Objetivos.....	197
4.2.2.	Hipótesis	198
4.3.	METODO.....	199
4.3.1.	Participantes.....	199

4.3.2.	Diseño.....	200
4.3.3.	Variables.....	200
4.3.4.	Instrumentos	202
4.3.5.	Procedimiento.....	208
4.3.6.	Análisis de datos.....	209
4.4.	RESULTADOS.....	210
4.4.1.	Análisis descriptivo: comparativa respecto a población reclusa	210
4.4.2.	Análisis factorial de la varianza: Persistencia, Violencia y Conflictividad	216
4.4.3.	Análisis de la varianza de un factor: Tipos delictivos	289
4.4.4.	Correlaciones lineales de Factor 1 y Factor 2 del PCL-R	349
4.4.5.	Resumen de resultados significativos	353
CAPITULO V. DISCUSIÓN.....		355
5.1.	PERSISTENCIA, VIOLENCIA Y CONFLICTIVIDAD.....	358
5.1.1.	Disfunciones en la Historia en Persistencia, Violencia y Conflictividad	358
5.1.2.	Niveles de psicopatía en Persistencia, Violencia y Conflictividad.....	361
5.1.3.	Síntomas Clínicos en Persistencia, Violencia y Conflictividad.....	362
5.1.4.	Rasgos de personalidad en Persistencia, Violencia y Conflictividad	363
5.1.5.	Funciones ejecutivas en Persistencia, Violencia y Conflictividad	367
5.2.	TIPO DELICTIVO.....	368
5.2.1.	Disfunciones en la historia según el tipo delictivo.....	368
5.2.2.	Niveles de psicopatía según el tipo delictivo	369
5.2.3.	Síntomas clínicos según el tipo delictivo	370
5.2.4.	Rasgos de personalidad según el tipo delictivo.....	372
5.2.5.	Funciones ejecutivas según el tipo delictivo	373
5.2.6.	Características delictivas según el tipo delictivo.....	373
5.3.	CORRELACIONES DEL PCL-R.....	374
CAPÍTULO VI. CONCLUSIONES		379
CAPÍTULO VII. LIMITACIONES DEL ESTUDIO Y PROSPECTIVA DE INVESTIGACIÓN ...		383
REFERENCIAS		387
ANEXOS.....		455
ANEXO 1. REGISTRO DE DATOS PARA SUJETOS ENCARCELADOS.....		457
ANEXO 2. HOJA DE REGISTRO PCL-R.....		461
ANEXO 3. HOJA DE CORRECCIÓN WCST		463
ANEXO 4. ESTADISTICOS DESCRIPTIVOS PARA LA MUESTRA COMPLETA		465

ANTECEDENTES

La existencia de individuos que vulneran las normas de convivencia en la sociedad viene implícita en la existencia de estas normas y en la propia consideración del ser humano como ser sociable; pero la delincuencia no es un concepto unívoco ni objetivo, en cualquier época y cultura el contexto social determina las conductas que se consideran ilícitas y los medios empleados para controlar la desviación. La mayoría de los ciudadanos corrientes no necesitará nunca conocer la ley penal porque la costumbre y la moral juegan su papel en la generalidad y solamente en los casos en que aquéllas no cumplen su función, que la literatura asocia a deficiencias en el proceso de socialización, comienza el sistema social punitivo a jugar su papel; así se ha considerado la delincuencia como un fallo del sistema social y la reincidencia como un fallo del sistema penal.

En nuestra cultura, al conocimiento de la delincuencia han contribuido, además de los estudios criminológicos, la sociología, la psicología y las ciencias médicas, conduciendo a un replanteamiento interdisciplinar de las causas y desarrollo de la conducta delictiva y violenta que ha suscitado abundante investigación y proporcionado algunos resultados fuertemente concordantes; sin embargo, con la excepción de algunos programas de tratamiento específicos para algunos tipos delictivos concretos, todavía no contamos en nuestro país con una clasificación delictiva que, atendiendo a los diferentes problemas subyacentes, facilite un tratamiento penitenciario basado en evidencias científicas para la generalidad de delincuentes.

Los estudios de los servicios de prisiones españoles encuentran antecedentes de trastorno mental, incluyendo abuso de drogas, en más del 80% de los internos y la mitad de ellos presentaba algún trastorno en el momento del estudio (SGIP, 2013); en nuestro país, el 42% de los ingresos en enfermería se produce por razones psiquiátricas, el gasto farmacéutico en neurolépticos es el segundo en importancia tras el de retrovirales y también en otros países hay numerosas evidencias de mayores problemas de salud mental y problemas psicológicos de los reclusos respecto a la población general.

La psicopatía se ha relacionado abundantemente con la reincidencia, específicamente con la reincidencia violenta, especialmente en los estudios que utilizan el Psychopathy checklist revised (PCL-R; Hare, 1991) como prueba diagnóstica; sin embargo, se discute si la psicopatía es un concepto unidimensional (Kreis, Cooke, Michie, Hoff y Logan, 2012) o engloba dos problemas distintos (Schmitt, Brinkley, y Newman, 1999; Gowlet, 2014); lo cierto es que los dos factores principales en que se puede descomponer el PCL-R, factor 1 que se corresponde con la psicopatía primaria, cercana a la descrita por Cleckley (1976) y factor 2 que describe conducta antisocial o trastorno antisocial de la personalidad (TAP), demuestran diferencias significativas respecto a importantes aspectos en los que han sido comparados en abundante investigación, postulándose dos procesos distintos en función de sus diferencias psicofisiológicas (Schulreich, Pfabigan, Derntl y Sailer, 2013) y de estructuras cerebrales (Gregory *et al.*, 2012).

Desde una perspectiva del desarrollo, también se ha encontrado correlación positiva de los problemas de conducta infantiles con la ansiedad como rasgo, en tanto que impasibilidad y dureza correlacionan negativamente (Frick, Lilienfeld, Ellis, Money y Silverthorn, 1999). Clínicamente, el factor 2 correlaciona positivamente con el TAP, que se caracteriza por impulsividad y emocionalidad negativa, mientras que no ocurre así con el factor 1; los antecedentes de intentos de suicidio también correlacionan con TAP y con el factor 2, pero en algún caso lo hacen negativa, aunque no significativamente, con el factor 1 (Verona, Patrick y Joiner 2001). Penalmente, el factor 1 del PCL- R se relaciona más con delitos graves, en tanto que el factor 2 tiene que ver con la reincidencia (Heinzen, Köhler, Godt, Geiger y Huchzermeier, 2011).

Explorando las historias infantiles de los delincuentes adultos, es muy frecuente encontrar numerosos eventos traumáticos y situaciones de violencia como abuso y maltrato infantil o interparental (Paíno y Revuelta, 2002), abandono del padre o de la madre o de ambos y/o delincuencia en el núcleo familiar y en el medio social, de manera similar a las encontradas en los menores reincidentes (Contreras, Molina y Cano, 2011). Un entorno desfavorable y violento en la infancia puede producir la interiorización de valores y creencias negativas sobre las relaciones humanas y la aceptación del uso de la violencia como medio legítimo para resolver conflictos (Patró y Limiñana, 2005), además de que puede afectar al desarrollo de los niños en aspectos cognitivos y emocionales

fundamentales, haciéndoles sensibles a la ira, dificultando el reconocimiento de emociones o el desarrollo de empatía (Margolin, 2005).

Sabemos que a mayor número de factores de riesgo la probabilidad de que se produzca el comportamiento delictivo aumenta exponencialmente (West y Farrington, 1977), y sabemos que las poblaciones reclusas presentan una alta proporción de dificultades en sus historias sociofamiliares y en sus evaluaciones psiquiátricas y psicológicas; la siguiente pregunta es si esto es así para todos los tipos de delincuentes o podemos establecer diferentes constelaciones características que pudieran responder a etiologías distintas.

METODO

Participaron 213 sujetos varones españoles condenados a prisión, 43 clasificados en Régimen Cerrado y 170 en Régimen Ordinario, que accedieron voluntariamente a la evaluación en el momento de su clasificación o revisión penitenciaria (seis sujetos rechazaron participar). No se aceptaron voluntarios espontáneos y se excluyeron analfabetos totales y sujetos con trastorno mental grave. Se evaluó a los sujetos mediante entrevistas y consulta de expedientes penitenciarios para obtener una descripción sociodemográfica de la muestra y una cuantificación de sus características delictivas y del nivel de disfuncionalidad en sus historias vitales; además, se les aplicó la Escala de Psicopatía (*Psychopathy checklist revised, PCL-R*; Hare, 1991), el Cuestionario de 90 síntomas (*Symptom checklist 90 revised, SCL-90-R*; Derogatis, 1977), el Test de clasificación de tarjetas de Wisconsin (*Wisconsin card sorting test, WCST*; Heaton *et al.* 1997), y el Cuestionario factorial de personalidad (*Sixteen personality factors, 16-PF*, Cattell; 1972) en su forma C específica para bajo nivel cultural.

Se utilizó un diseño transversal correlacional multivariante, realizando análisis factorial de la varianza (ANOVA) con el objetivo de establecer, conforme a las dos primeras hipótesis de trabajo, que las diferencias en el nivel de disfunción en las historias de los sujetos y las variables evaluadas de psicopatía, personalidad, síntomas clínicos y funciones ejecutivas configuran un patrón distintivo en los delincuentes con más Persistencia, Violencia o Conflictividad penitenciaria, por una parte, y que estas mismas variables y las características delictivas son diferentes también en los distintos tipo delictivos penales (Violento, Robo, No violento o Versátil), por otra. Además, a través de

análisis de correlación lineal se comprobó si los factores 1 y 2 del PCL-R correlacionan de manera diferente con el nivel de disfunción en las historias vitales y características delictivas de los sujetos, así como con las variables evaluadas de personalidad, síntomas clínicos y funciones ejecutivas, conforme a la tercera hipótesis.

RESULTADOS

Respecto a la primera hipótesis, Conflictividad se asoció positivamente a mayor número de disfunciones en el proceso de socialización, mayor precocidad en la institucionalización, comisión de delitos e inicio en consumo de drogas y mayor tiempo consumiendo drogas así como drogas duras; asimismo, Conflictividad se asoció al factor 2 del PCL-R, a mayores puntuaciones en las escalas índice global de severidad (IGS) total de síntomas positivos (PST), depresión, ansiedad, hostilidad, psicoticismo y molestias adicionales del SCL-90-R y a los factores de personalidad dominancia, animación, atención a normas, atrevimiento, vigilancia, aprensión y tensión del 16-PF. Además, cometía significativamente más fallos para mantener la actitud en el WCST.

Persistencia se asoció al rasgo estabilidad; también se asoció a precocidad de la institucionalización y del primer delito así como al rasgo atención a normas, con mayor tamaño del efecto que Conflictividad, y con menor tamaño se asoció a tiempo usando drogas y drogas duras, factor 2, PST, hostilidad y psicoticismo.

Violencia se asoció a factor 1 y también a precocidad delictiva pero con el menor tamaño del efecto.

Persistencia y Violencia interactúan en precocidad delictiva, IGS y los rasgos vigilancia, privacidad y aprensión; Persistencia y Conflictividad interactúan en ansiedad; Violencia y Conflictividad interactúan en los rasgos vigilancia y autosuficiencia; las tres variables interactúan en depresión y los rasgos atrevimiento, sensibilidad, vigilancia, tensión y distorsión motivacional

Respecto a la segunda hipótesis, Violento se asocia a mayor precocidad delictiva e institucionalización y menor tiempo usando drogas y drogas duras, factor 1 y 2, IGS, hostilidad y psicoticismo; presenta también menor apertura y mayor estabilidad que Robo y se asocia a menor persistencia y a mayor violencia.

Robo se asoció a mayores valores en todas las medidas de disfuncionalidad y a los rasgos atención a normas, aprensión y apertura, así como a menor estabilidad; se asoció también a mayor reincidencia, persistencia, conflictividad e inadaptación.

No violento se asoció a menores valores en todas las medidas de disfuncionalidad excepto factor 1 (no significativo) y a mayor afabilidad, estabilidad, atención a normas, perfeccionismo y distorsión motivacional, así como a menor aprensión y apertura; también se asoció a los menores valores delictivos.

Versátil se asocia a mayores disfunciones en el proceso de socialización, mayor tiempo usando drogas y drogas duras, factor 1 y 2, IGS y PST. Los rasgos de personalidad afabilidad, estabilidad, atención a normas, perfeccionismo y distorsión motivacional presentan valores menores y la reincidencia, persistencia e inadaptación son mayores.

En cuanto a la tercera hipótesis, el factor 1 de la PCL-R correlaciona positivamente con hostilidad e ideación paranoide y negativamente con el rasgo aprensión; asimismo, correlaciona positivamente con violencia, gravedad del delito e inadaptación. El factor 2 correlaciona significativa y positivamente con todas las medidas de disfuncionalidad, positivamente con los rasgos dominancia y vigilancia y negativamente con los rasgos afabilidad, razonamiento y perfeccionismo; además, correlaciona negativamente con la puntuación aprender a aprender del WCST.

CONCLUSIONES

Según estos resultados, los delincuentes persistentes son delincuentes precoces que, a pesar de ser también precozmente institucionalizados -o quizás a consecuencia de ello- continúan en la carrera delictiva, tienden a adherirse al grupo y son más estables cuando no son conflictivos; probablemente fracasan o no participan en programas para tratar la drogodependencia porque tienden a permanecer consumiendo y pueden ser antisociales pero no necesariamente. Aunque suelen expresar quejas sobre malestares diversos no se trata de síntomas graves salvo cierta hostilidad y psicoticismo significativos. La evidencia sugiere que en estos delincuentes fracasan las medidas correccionales pero no se ha obtenido apoyo para explicar el inicio temprano en la carrera delictiva a través de un proceso de socialización disfuncional en los sujetos no

conflictivos, por lo que se deberían investigar otros aspectos no contemplados aquí, como el modelado, el reforzamiento vicario y los estilos educativos parentales.

Los delincuentes que han cometido más de dos delitos violentos tienden a delinquir precozmente (aunque no tanto como los conflictivos y persistentes), tienen mayor psicopatía primaria, no expresan quejas sintomáticas y parecen un grupo heterogéneo en cuanto a rasgos de personalidad. La evidencia sugiere que la violencia reiterada en cualquiera de sus formas se relaciona con la psicopatía primaria; junto a su consecuente ausencia de malestar psicológico y a su tendencia a delinquir temprano, estos rasgos indican alta peligrosidad y escasas motivaciones para el cambio.

Los delincuentes conflictivos son institucionalizados temprano y delinquen precozmente pero no tanto como los persistentes, han experimentado numerosas disfunciones durante el proceso de socialización que pueden incluir experiencias traumáticas o al menos una elevada adversidad. Se inician más precozmente en el uso de drogas y las consumen más tiempo, con mucha seguridad serán calificados de antisociales al tiempo que expresarán abundante sintomatología clínica a la que atribuyen cierta gravedad, especialmente una importante hostilidad. Tendrán una personalidad marcadamente tensa y también es posible que tiendan a ser dominantes, socialmente animados, gregarios, atrevidos y/o suspicaces. Además, podrían tener alguna dificultad cognitiva para entender y/o persistir en las soluciones adecuadas a sus problemas, a pesar de las evidencias o de la experiencia.

La evidencia sugiere que los sujetos conflictivos provienen de un fracaso en la prevención primaria y en los mecanismos sociales de protección a la infancia, además de tener verdaderos problemas psicopatológicos o una percepción de extenso malestar sintomático; la hostilidad y tensión que manifiestan y su temperamento antisocial pueden ser consecuencia de las circunstancias vitales que han atravesado, probablemente mediadas por los efectos de una precoz y prolongada adicción a drogas, la cual también puede haber contribuido a alguna pequeña dificultad para atender adecuadamente a las soluciones de sus problemas

En el análisis de los tipos delictivos, los delincuentes con preferencia por el robo y los versátiles tienen similitudes en sus historias y son antisociales como los delincuentes más persistentes y conflictivos del primer estudio pero los versátiles serán más psicópatas

y tendrán menos variedad de quejas sintomáticas. Los delincuentes no violentos tienen unas historias y valoraciones psicológicas más saludables respecto a los otros tipos delictivos y ello debe tener relación con su menor persistencia, conflictividad e inadaptación aunque sus condenas no sean diferentes en duración.

Los resultados apoyan la capacidad de los factores del PCL-R para discriminar entre los diferentes tipos de delincuente al asociarse positivamente el factor 2 a alta disfuncionalidad, robo y delincuencia general y el factor 1 específicamente a baja disfuncionalidad, versatilidad y delincuencia violenta y de alta peligrosidad; puntuaciones bajas en ambos representarían igualmente baja disfuncionalidad y baja peligrosidad así como altas en ambos indicarían alta disfuncionalidad y peligrosidad.

Las medidas de tratamiento penitenciario deberían ser, pues, diferentes atendiendo a la mayor o menor disfuncionalidad del delincuente y a si tratamos con disfunciones psicosociales o con alguna configuración clínica. Los delincuentes funcionales no presentan una clara vía de intervención terapéutica pero probablemente respondan mejor al tratamiento penitenciario ordinario. Se propone una clasificación penitenciaria que discrimine entre delincuentes funcionales, que podrían ser psicópatas o utilitarios y delincuentes disfuncionales, que podrían ser carenciales o patológicos.

Exceptuando el PCL-R y los datos históricos, los resultados en otros instrumentos no son suficientemente importantes o explícitos para apoyar la utilidad de las medidas utilizadas en la evaluación directa de aspectos delictivos, pero sí aportan indicios suficientes para seguir investigando estas relaciones.

BACKGROUND

The existence of individuals who violate the rules of coexistence in society is implied in the existence of that rules and in the consideration of human as sociable being. But crime is not a univocal nor objective concept: at any time and culture the context determines the behaviors that are considered illegal and the resources employed to control the deviation. The most of ordinary citizens need not know the criminal law because the social customs and morality play their role, and only in that cases which they do not work (associated with deficiencies in the process of socialization) the punitive social system begins to play its role. So, the crime has been considered as a social system failure, and recidivism as a failure of the criminal justice system.

In our culture, sociology, psychology and medical sciences as well as criminological studies, have contributed to the knowledge of the crime carrying a tidy and interdisciplinary approach to the causes and development of criminal and violent behavior that has given rise to abundant research and provided some strongly consistent results. However, with the exception of some specific treatment programs for some specific kind of crimes, yet we do not have in our country criminal classifications which, according to the different underlying problems, facilitate a treatment based on scientific evidence for the generality of criminals.

Studies of the Spanish prison services find history of mental disorder, including drug abuse, more than 80% of the inmates and half of whom had some type of disorder at the time of the study (SGIP, 2013); in our country, 42% of revenues in nursing occurs for psychiatric reasons, pharmaceutical spending on neuroleptic is the second in importance after the retroviral and also in other countries there are numerous evidence of major mental health problems and psychological problems of prisoners from the general population.

Psychopathy has been abundantly associated with recidivism, specifically with violent recidivism, especially in studies that used the Psychopathy checklist revised (PCL-

R; Hare, 1991) as diagnostic test; However, it is discussed whether psychopathy is a one-dimensional concept (Kreis, Cooke, Michie, Hoff and Logan, 2012) or encompasses two different problems (Schmitt, Brinkley and Newman, 1999; Gowlet, 2014). The PCL-R can be decomposed: Factor 1 is similar to psychopathy described by Cleckley (1976) and factor 2 describes antisocial behavior or antisocial personality disorder (ASPD). The two factors have been compared in abundant research and show significant differences respect to important aspects, and have been postulating two different processes depending on their psychophysiological differences (Schulreich, Pfabigan, Derntl and Sailer, 2013) included brain structures (Gregory *et al*, 2012).

From a development perspective, has also been found positive correlation of children's behavior problems with anxiety as a trait, whereas impassivity and hardness correlated negatively (Frick, Lilienfeld, Ellis, Money and Silverthorn, 1999). Clinically, the factor 2 correlates positively with the ASPD, which is characterized by impulsiveness and negative emotionality in contrast to factor 1; a history of suicide attempts also correlated with ASPD and factor 2, but in any case correlated negatively (although not significantly) with factor 1 (Verona, Patrick and Joiner 2001). Criminally factor 1 of the PCL - R is related to more serious crimes, while the factor 2 is related to recidivism (Heinzen, Kohler, Godt, Geiger and Huchzermeier, 2011).

Frequently exploring children's stories of offenders we find many traumatic events and situations of violence (Paino and Revuelta, 2002), abandonment of the father or mother or both, or crime in the family and social environment, similar to those found in the young offenders (Contreras Molina and Cano, 2011). A violent and unfavorable environment in children can produce the internalization of negative beliefs about human relationships and values, and the acceptance of the use of violence as a legitimate resources to resolve conflicts (Patro and Limiñana, 2005), besides that it can affect the development of children in cognitive and emotional aspects, making them sensitive to anger, hindering the recognition of emotions or the development of empathy (Margolin 2005).

We know that the likelihood that criminal behavior will occur is exponentially higher at greater number of risk factors (West and Farrington, 1977), and we know that inmate populations have a high proportion of difficulties in their family histories and their

psychiatric or psychological assessments. The next question is if this is applicable for all kind of criminals or we can establish different features set that could respond to different etiologies.

METHOD

Participated 213 spanish males sentenced to prison, 43 in closed regime and 170 in ordinary regime, who voluntarily agreed to the assessment at the time of its classification or prison review (six subjects refused to participate). Spontaneous volunteers, illiterate totals and subjects with serious mental disorder were not accepted. We assessed subjects through interviews and consultation of prison records for a demographic description of the sample, a quantification of criminal features, and the level of dysfunction in their vital stories. In addition was applied a psychopathy scale (*Psychopathy checklist revised, PCL-R*; Hare, 1991), a symptom checklist (*Symptom checklist 90 revised, SCL-90-R*; Derogatis, 1977), a cognitive test (*Wisconsin card sorting test, WCST*; Heaton *et al.* 1997), and a personality test (*Sixteen personality factors, 16-PF*, Cattell, 1972, C form, specific to low cultural level.)

We have used a multivariate cross correlation design, performing factorial analysis of variance (ANOVA) and linear correlation analysis. The first aim has been examining if the differences in the level of dysfunction in the stories of the subjects as in the evaluated variables of psychopathy, personality, clinical symptoms and executive functions, constitute a distinctive pattern in offenders with more Persistence, or more Violence, or more Conflict. The second aim has been examining if the same variables and the criminal characteristics are different also in the different criminal types (Violent, Robbery, Not violent or Versatile). The Third aim has been examining if factor 1 and 2 of the PCL-R differently correlate with the level of dysfunction in the life stories and criminal characteristics of subjects, as well as the evaluated variables of personality, clinical symptoms and executive functions.

RESULTS

Relative to the first hypothesis, Conflict is positively associated with largest number of dysfunctions in the socialization process, greater earliness in institutionalization, drug use and delinquency, and more time using drugs including hard

drugs. In addition, Conflict is associated with factor 2 of the PCL-R, to higher scores on the scales global severity index (GSI), total positive symptoms (TPS), depression, hostility, anxiety, psychoticism and additional items of the SCL-90-R. Also it is associated with the personality traits dominance, liveliness, rule consciousness, social boldness, vigilance, apprehension and tension of the 16 PF. In addition, they have significantly more failures to maintain set in the WCST.

Persistence was associated with the emotional stability trait, also with precocity of institutionalization and first offense as well with the rule-consciousness trait but with higher effect size than Conflict; with lesser size, Persistence was associated with time using drugs and hard drugs, factor 2, PST, hostility and psychoticism. Violence was associated with factor 1 and also to criminal precocity but with the smaller effect in this case.

Persistence and Violence interact in criminal precocity, GSI, and vigilance, privateness, and apprehension traits. Persistence and Conflict interact in anxiety. Violence and Conflict interact in vigilance and perfectionism traits. The three variables interact in depression and social boldness, sensitivity, vigilance, tension and motivational distortion traits.

About the second hypothesis Violent is associated with greater criminal precocity and early institutionalization as well as less time using drugs and hard drugs, factor 1 and 2, GSI, hostility and psychoticism. Also, Violent shows smaller openness to change and greater emotional stability than Robbery and is associated with less persistent and more violence.

Robbery was associated with higher values in all measures of dysfunction and higher rule-consciousness, apprehension and openness to change, as well as lower emotional stability; is it also associated with greater recurrence, persistence, conflicts and maladjustment.

Not violent was associated with lower values in all measures of dysfunction except for factor 1 (non-significant) and greater warmth, emotional stability, rule-consciousness, perfectionism and motivational distortion, as well as less apprehension and openness to change. It also partnered with minor criminal values.

Versatile is associated with major dysfunctions in the socialization process, greater time using drugs and hard drugs, factor 1 and 2, GSI and TPS. Personality traits warmth, emotional stability, rule-consciousness, perfectionism and motivational distortion presented lower values but recidivism, persistence and maladjustment are greater.

As for the third hypothesis, factor 1 of the PCL-R correlates positively with hostility and paranoid ideation and negatively with apprehension trait. It also correlates positively with violence, the gravity of the offence and maladjustment. Factor 2 correlated significantly and positively with all measures of dysfunctionality, positively with dominance and vigilance traits and negatively with warmth, reasoning and perfectionism traits; In addition, correlates negatively with the score learning to learn of the WCST.

CONCLUSIONS

According to these results persistent offenders are early offenders who despite being prematurely institutionalized - or perhaps as a result - continue the criminal race, tend to adhere to the Group and are more stable when there aren't conflictive. They probably fail or do not participate in programs to treat drug addiction and can be antisocial but not necessarily. Although they tend to express complaints about various ailments it is not serious symptoms unless some hostility and psychoticism. The evidence suggests that correctional interventions failed in these criminals but we don't obtained support to explain the early criminal career through a process of socialization dysfunctional in not conflictive subjects, so we should investigate other aspects not covered here, such as modeling, vicarious reinforcement and parental educational styles.

Offenders who have committed more than two violent crimes tend to show that behavior early though not as much as conflictive and persistent delinquents, they use to show greater primary psychopathy, do not express symptoms and seem to be a heterogeneous group in terms of personality traits. The evidence suggests that violence reiterated in any of its forms is related to the primary psychopathy. Along with its consequent absence of psychological malaise and their tendency to offend early, these features indicate high danger and little motivation to change of behavior.

Conflicting criminals offend early and are institutionalized early but not so much as the Persistent, experienced numerous malfunctions during the socialization process which may include experiences traumatic, or at least one high adversity. They start earlier at drug use and consume them more time, and surely they will be qualified as antisocial as well as they express abundant and serious clinical symptomatology, in particular hostility. They will have a markedly tense personality and it is also possible that they tend to be dominant, socially animated, gregarious, adventurous or suspicious. In addition, they could have any cognitive difficulties to understand and/or persist in appropriate solutions to their problems, despite the evidence or experience.

The evidence suggests that the conflicting subjects come from a failure in primary prevention and social protection mechanisms for children, as well as having real psychopathological problems or a perception of widespread symptomatic discomfort. Hostility and tension manifesting and antisocial temperament may be the result of vital circumstances that have crossed, probably mediated by the effects of an early and prolonged addiction to drugs, which may also have contributed to some difficulty to cater adequately for solutions of their problems.

In the analysis of criminal types, offenders with a preference for the theft and versatile have similarities in their stories and are anti-social as like the conflicting and persistent offenders of the first study, but versatile are more psychopath and have less variety of symptomatic complaints. Non-violent criminals have healthier psychological evaluations and good stories and regarding other criminal types and this must have relationship with its lower persistence, conflict and maladjustment even if their penalties are not different in duration.

These results support the capacity of the two factors of the PCL-R to discriminate between different types of offenders, factor 2 partnering to positively high dysfunction, theft and general crime, and factor 1 partnering to low dysfunction, versatility, and violent and dangerous crime; low scores in both would be low dysfunction and low dangerousness as well as high in both indicate high dysfunction and high dangerousness.

The penitentiary treatment strategies should be different according to greater or lesser dysfunction of the offender and if we deal with any psychosocial dysfunction or any clinical settings. Functional offenders do not have a clear path of therapeutic

intervention but probably they are more responsive to ordinary prison treatment. We propose a classification that discriminates between criminals that could be functional (psychopath or utilitarian) or dysfunctional (with social maladjustment or psychopathological maladjustment).

Except for the PCL-R and historical data, results in other instruments are not sufficiently explicit or important to support the usefulness of measures used in the direct assessment of criminal aspects, but yes to provide sufficient evidence to continue investigating these relationships.

PLANTEAMIENTO GENERAL

Hay muchas formas de acercarse al estudio del delito, de la delincuencia y de los delincuentes, podemos hacerlo desde el punto de vista de la sociedad, la policía, o el sistema de justicia criminal, desde la perspectiva de la filosofía y la ética, de la conducta desviada o de la patología; también podemos intentar entender el punto de vista utilitario del propio delincuente y la funcionalidad (o no funcionalidad) del comportamiento delictivo. Hilde Kaufmann, (1983) en su prólogo a la edición española de “Delincuentes Juveniles” lo resume así:

“Todo delincuente es un ser humano, respecto del cual son competentes diferentes disciplinas, cuando uno quiere ocuparse científicamente de él: por una parte están en forma tradicional los juristas, que lo juzgan en el procedimiento penal, y por otra parte los representantes de las ciencias humanas (luego, los psicólogos, psiquiatras y sociólogos) que se encargan de su personalidad con los métodos de su ciencia en especial respecto de los problemas sobre la responsabilidad penal (imputabilidad) o en la ejecución penal” (p. 7).

Todas estas perspectivas son pertinentes y todas ellas aportan información relevante sobre un fenómeno permanente y más o menos estable en todas las sociedades conocidas. Este trabajo se beneficia de todas ellas, comprehensiva aunque no exhaustivamente, partiendo de una larga experiencia; se tratará de hacer una reflexión polifacética que puede ser comprendida, incluso compartida, por la mayoría de las perspectivas de estudio actuales con el fin de llegar a conclusiones igualmente útiles para diferentes campos respecto a la delincuencia violenta, aunque el proceso, lógicamente, pertenece al campo de la psicología.

La necesidad de realizar este estudio surge, precisamente, de la falta de conexión que se puede apreciar entre las teorías explicativas de la delincuencia procedentes de distintas disciplinas y corrientes científicas, por un lado, y la falta de estudios empíricos que tomen en consideración los hallazgos procedentes de distintos enfoques y métodos de estudio, por otro. El enfoque psicológico puede asimilar tanto conceptos biológicos como sociológicos, dándoles su propia perspectiva relacional para el estudio del ser humano en toda su complejidad, lo que puede representar algunos beneficios para su comprensión de un modo holístico. Como expresa acertadamente López Rey (1978), *“Al igual que en los otros elementos condicionantes de la criminalidad, la condición humana ha de entenderse como un todo y no como un conjunto de partes. Por lo tanto, el entendimiento de ese todo es previo al estudio fragmentario de las últimas... La investigación a base de partes no solo ha creado dificultades metodicas innecesarias, sino que, además, ha sido incapaz de proporcionar un claro entendimiento de la criminalidad. Lo que ha proveído es una serie de teorías del comportamiento individual delictivo, que no es lo mismo”* (p.118).

Entrar en disquisiciones sobre terminología criminológica trascendería los límites de este trabajo, por lo que aquí se utilizarán los términos “delito-delincuente-delincuencia” o “crimen-criminal-criminalidad” en función del contexto en que se presenten, ya que el uso de uno u otro término depende fundamentalmente de la cultura y a veces son utilizados indistintamente: en España, crimen es equiparable a “delito grave” (López Rey, 1978). Por otra parte, lo que define ambos conceptos es en extremo general y culturalmente diverso -el ilícito penal- y no es posible considerar como un mismo fenómeno (al menos no un mismo fenómeno psicológico) todo tipo de delitos o crímenes sin riesgo de extraviarse en extensas consideraciones jurídicas, sociales e incluso políticas. Por esta razón, no se incluyen aquí algunas clases de delitos que, por sus particulares señas de identidad, probablemente tengan poca relación con la delincuencia convencional, tanto en su génesis como en su desarrollo, o que requerirían un análisis sociopolítico específico -me refiero concretamente al terrorismo, aunque tampoco podríamos incluir aquí el genocidio o los llamados crímenes políticos o de estado, por razones obvias- sin que por ello dejen de considerarse crímenes violentos (Garrido, Herrero y Massip, 2002; Merari, 2002; Juergensmeyer, 2004). Igualmente, la delincuencia femenina -que constituye en torno al 10% de la totalidad siendo las mujeres

aproximadamente la mitad de la población (Garrido, Stageland, y Redondo 2006; Pincus, 2002), por notar una de sus principales particularidades- requeriría de un análisis diferencial, cuidadoso y particularizado, que no cabe en este estudio por lo que se mencionará sólo ocasionalmente, sin que ello pretenda menoscabar en absoluto su importancia.

En la primera parte de este trabajo se expondrán los fundamentos que han dado lugar al planteamiento de esta investigación. El primer capítulo tratará de definir los conceptos de delincuencia/criminalidad, conducta antisocial violenta y psicopatía, haciendo algunas referencias al proceso que ha seguido el estudio de estos aspectos de la conducta humana en distintos momentos y desde distintas disciplinas; seguirá aproximadamente un orden cronológico que atenderá especialmente a aquellos aspectos que han permanecido en el interés colectivo, evolucionando dialécticamente. Aquí se abordarán algunos temas jurídicos, sociales, antropológicos, biológicos y psicológicos, todos ellos pertinentes al tema de estudio e interesantes para una comprensión global de sus conceptos básicos, trascendiendo en lo posible los sesgos propios de la orientación dados en cada disciplina. En el segundo capítulo se revisarán los estudios más significativos en el campo de la delincuencia y la psicopatía por haber aportado datos científicos demostrativos o por proponer teorías, clasificaciones delictivas e hipótesis explicativas suficientemente apoyadas, que sean susceptibles de confluir y aportar elementos válidos a una interpretación comprehensiva y ordenada del comportamiento delictivo y violento, admisible desde diversos puntos de vista. El tercer capítulo abordará las relaciones entre disfunciones sociofamiliares e inadaptación conductual durante el desarrollo infantil y los posibles mecanismos de adaptación o respuesta, tratando de plantear su relación con la delincuencia adulta, la psicopatía y el trastorno antisocial de la personalidad.

En la segunda parte se estudiará una muestra de delincuentes varones españoles que cumplen condena por cualquier delito, parte de los cuales se encuentran o se han encontrado con anterioridad en el régimen penitenciario español más restrictivo por ser especialmente inadaptados o violentos. Se trata de explorar y describir las relaciones entre las diferentes historias vitales de este grupo de sujetos, sus características psicológicas y los diferentes comportamientos delictivos, comprobando algunos de los extremos establecidos por otros investigadores con estos instrumentos; a partir de esas relaciones,

se aportarán propuestas para construir un modelo teórico que permita organizar la casuística y sentar las bases de un sistema que facilite la evaluación y el tratamiento de los delincuentes de diferentes tipos.

A través de la documentación penal y penitenciaria de los sujetos seleccionados se recopilarán los datos objetivos de las historias respecto al comportamiento delictivo y mediante datos de trabajo social y entrevistas a los sujetos se estudiarán tanto los eventos ocurridos durante su proceso de socialización, en la infancia y adolescencia, como su comportamiento actual. Los distintos aspectos de la psicología de los sujetos se evaluarán mediante pruebas psicológicas estandarizadas en España: “Escala de Psicopatía” (*Psychopathy checklist revised, PCL-R*; Hare, 1991), “Cuestionario de 90 síntomas” (*Symptom checklist 90 revised, SCL-90-R*; Derogatis, 1977), “Test de clasificación de tarjetas de Wisconsin” (*Wisconsin card sorting test, WCST*; Heaton *et al.* 1997), “Cuestionario factorial de personalidad” (*Sixteen personality factors, 16-PF*, Cattell; 1972). Ambos conjuntos de datos serán analizados estadísticamente, discutiéndose los resultados.

PARTE I

FUNDAMENTOS TEORICOS

CAPITULO I. DELITO Y DELINCUENCIA: DESARROLLO CONCEPTUAL

La existencia de individuos que vulneran las normas de convivencia en sociedad viene implícita en la existencia de estas normas y en la propia consideración del ser humano como ser sociable, antes incluso de que aquéllas se fijasen en reglas concretas -al margen de los antiguos textos que contienen mandatos de orden religioso- antes del Código de Hammurabi¹ basado en la ley del talión, o de que se construyera en Roma la primera prisión para esclavos o ergástulo, antecesor del método punitivo que se ha venido utilizando hasta la actualidad pero que, durante siglos, sólo tuvo una finalidad preventiva o de custodia (Bueno, 1985). La necesidad de un ordenamiento de las conductas ilícitas y de la acción social ante ellas, por lo tanto, se puede encontrar en los primeros tiempos históricos, antes de que el conocimiento se dividiera en disciplinas y antes de que el ejercicio de la justicia se convirtiera en una profesión especializada.

De este problema se han ocupado desde antiguo numerosos pensadores -aunque a partir de los griegos predominan las consideraciones religiosas- y algunas de sus reflexiones han tenido un influjo prolongado en tiempos posteriores. Sócrates (470-399 a.C.), por ejemplo, creía que el hombre está dispuesto a la virtud, pero debe serle enseñada como una ciencia, así como en nuestras escuelas se enseñan los principios cívicos de convivencia. Platón (427-347 A.C.) atribuía el crimen al medio ambiente, a la pobreza especialmente, y considera que se debe castigar no porque alguien delinquiró, sino para que los demás no lo hagan, con lo que adelanta un principio que ha sido básico en el Derecho Penal hasta la actualidad: la prevención general por medio del castigo. Esopo (siglo VI a.C.) anticipa el concepto criminológico de peligrosidad, al considerar que los

¹ De unos 1.700 años antes de Cristo, es considerado el primer ordenamiento de la justicia como tal de que se tiene constancia; establecía una mayor responsabilidad penal para los hombres ricos que para los pobres, ¿un ejemplo de discriminación positiva?

crímenes son proporcionales a la capacidad del que los comente. Para Hipócrates (460-377 a.C.), el crimen, como vicio, es producto de la locura y lo relaciona con los humores pero también con el clima, siendo precursor de algunas de las doctrinas del XIX. Epicuro (siglo IV a.C.) entendía que la moralidad y las motivaciones básicas de la vida se centraban en lograr placer y evitar dolor, motivaciones centrales también en el conductismo moderno.

Aristóteles (384-322 A.C.) considera, como Platón, que la pobreza es un factor criminógeno, pero concede más importancia a las pasiones humanas, pasiones que llevadas al límite pueden considerarse hoy en día circunstancias que atenúan la responsabilidad en la comisión de un delito, aunque Descartes (1596-1650) afirmó también *“Que no hay alma tan débil que no pueda, estando bien dirigida, adquirir un poder absoluto sobre sus pasiones”* (Descartes, 1980 p.256). Tomás de Aquino (1225-1274) coincidirá también con Platón en que la pobreza genera delincuencia; posteriormente, Tomás Moro (1478-1535) abogó por la proporcionalidad de las penas en una época en la cual robar un pan conducía a la muerte. Montesquieu (1689-1755) propuso examinar las causas de la corrupción de las costumbres, que él atribuía a la impunidad de los poderosos de su tiempo más que a la moderación de las penas (Montesquieu, 1972), dando prioridad a la prevención -cuestión que sigue trayéndonos de cabeza hoy en día- ante el castigo.

El contexto social que deviene históricamente es definitorio de la particular delincuencia y de los medios empleados para controlarla, en cualquier época y cultura, y la nuestra no puede ser menos. Por ejemplo, países tan cercanos como Canadá y USA tienen conceptos muy diferentes sobre el delito, los delincuentes y las medidas penales adecuadas, probablemente porque han desarrollado distintas percepciones sobre el riesgo de ser víctimas de un delito (Lambert, Tucker, y Baker, 2008). La actitud social en un mismo país también puede cambiar en pocos años por diferentes motivos, como ha ocurrido en España recientemente, convirtiéndose la delincuencia en una preocupación principal de los ciudadanos sin que necesariamente haya ocurrido un agravamiento real en el tipo o la intensidad de los delitos (Rechea, Fernández y Benítez, 2004). Además, la conducta antisocial también puede expresarse de diferentes maneras según la cultura en la que se estudia (Cooke, 1999); incluso en países cercanos, con culturas y tipos de delito similares, varían las tasas delictivas (Díez Ripollés, 2006). En la actualidad, existen

numerosos estudios empíricos fiables sobre la delincuencia y el entorno social en que se produce, así como abundantes líneas teóricas para su investigación que tienen sus raíces en las mismas ideas que se exponen desde hace más de un siglo (Fernández-Ramírez, 2008). La delincuencia es, desde antiguo, un problema en todas las sociedades y culturas, pero es un problema complejo con múltiples ramificaciones y condicionantes, que requiere un replanteamiento ordenado.

1.1. EL DELITO Y LA PENA: LEYES PENALES Y PENITENCIARIAS

Saber lo que dictan las leyes no es suficiente para entender su propósito, es necesario también comprender como sus principios están íntimamente conectados a la estructura social, el cómo y el porqué de su desarrollo aparte de su articulado, interconexiones y precedentes, que resultan más pertinentes para la praxis. Probablemente por eso se estudia todavía el Derecho Romano en nuestras facultades de leyes y es que desde los primeros códigos que se conocen pueden observarse los orígenes sociales y la evolución de algunos de los Principios Fundamentales del Derecho, principios generales en los que se basan las leyes que conocemos en la actualidad, y la evolución de las sociedades que han creado esas construcciones jurídicas totalmente diferentes unas de otras, desde una concepción meramente autoritaria del poder absoluto hasta la actual concepción del estado de derecho.

Los principios del derecho, que impregnan tanto su articulación como su aplicación y que deben reflejar el concepto y la consideración social del delito con todos sus matices, en cada momento, no han evolucionado de manera unívoca en la historia de occidente, la cual ha pasado por etapas de oscuridad en los que la autoridad absoluta definía arbitrariamente los delitos y las penas, habitualmente castigos físicos; podemos encontrar interesantes ejemplos de las atrocidades que podían cometerse en nombre de la justicia, como el célebre proceso que se siguió en Milán, en el siglo XVII, contra unos vecinos acusados de extender intencionadamente la peste y que relató posteriormente Alessandro Manzoni (1785-1873), nieto del célebre jurista Cesare Beccaria: las torturas eran, desde siglos antes y lo fueron hasta mucho tiempo después, la manera establecida y reglamentada para obtener confesiones de los acusados, que terminaban por confesar los hechos más fantásticos con tal de terminarlas (Manzoni, 1984).

El siglo XVIII, con la Revolución Francesa, constituye el comienzo de un cambio radical en la concepción del delito y de las propias leyes, dentro del concepto de república que se pretende desarrollar a partir de la separación de poderes propugnada por Montesquieu en 1748 -que también propone la proporcionalidad de las penas y el tribunal popular- y del Contrato Social propuesto por Rousseau (1712-1778): *“Hallar una forma de asociación que defienda y proteja de toda la fuerza común a la persona y a los bienes de cada asociado, y en virtud de la cual, al unirse cada uno a todos, no obedezca más que a sí mismo y quede tan libre como antes”* (Rousseau, 1984, p.61). Ya con anterioridad Hobbes (1588-1679), en 1651, definía las causas eximentes de la responsabilidad penal de los diversos criminales, es decir, aquellas razones que se deben considerar antes de determinar que un individuo es responsable de sus actos delictivos, determinando que su fuente es *“algún defecto en el entendimiento, o algún error en el razonamiento, o alguna fuerza súbita de las pasiones”* (Hobbes, 1983 p.361). Es la época de Leibnitz, Locke, Newton y la Royal Society of London, cuando la alquimia da paso a la ciencia positiva y comienza el proceso que llevará al desarrollo de las ciencias técnicas, las cuales conducirán a la Revolución Industrial, al nacimiento de muchas nuevas disciplinas especializadas y a la aplicación de los principios científicos al estudio del delito y la criminalidad.

En la España de los siglos XVIII y XIX los delitos se asemejaban al pecado y las penas a la venganza, siendo la pena de muerte ampliamente aplicada mientras que apenas había penas leves (Tomás y Valiente, 1994), no siendo hasta 1848 cuando se estableció un Código Penal que consagraba los principios de legalidad, proporcionalidad e irretroactividad de las penas. Ya en el siglo anterior, la influencia de la ilustración había conducido a la sustitución de la pena de galeras y a la creación de instituciones y patronatos para la corrección, más humanitarias que las prisiones (de régimen militar), pero generalmente de carácter “caritativo”, destinadas a mendigos, prostitutas y desocupados. La Inquisición siguió vigente hasta 1813 y la pena a perpetuidad se eliminó varias veces para volver a aplicarse después. En 1782, Manuel de Lardizábal publica su “Discurso sobre las penas”, enunciando los principios básicos de legalidad, culpabilidad, personalidad y proporcionalidad de la pena respecto al delito, pero aún considera que los nobles sufren más intensamente que los plebeyos, por lo que no defiende el principio teórico de igualdad (Bueno, 1985).

Por su parte, las normas penitenciarias de la época se basaban en criterios de prevención especial y corrección del penado, generalmente con trabajos forzados, pero aplicaron ya el principio de individualización de la pena, estableciendo un sistema penitenciario único aunque plural en función de las características del condenado; hemos venido heredado estos principios a través de revoluciones, dictaduras y guerra civil, con avances como el truncado proyecto de Victoria Kent durante la 2ª República -que ordenó administrativamente la retirada de hierros y sujeciones y consagró la libertad de conciencia y de información de los reclusos (Rivacoba, 1991)- y con retrocesos como la llamada “ley de vagos y maleantes” del franquismo, que conllevaba prisión sin cometer más delito que no tener trabajo o estar marginado por cualquier característica, como la homosexualidad o la prostitución. El sistema progresivo e individualizado actual proviene de innumerables reformas mediante las que se fueron eliminando los castigos físicos y los aspectos contrarios a los derechos humanos, tanto de las leyes penales como de las penitenciarias, intentando siempre compaginar la retribución con la prevención.

Ha sido necesaria una larga evolución de las sociedades humanas para llegar al Estado de Derecho en el que nos desenvolvemos actualmente las sociedades democráticas, -que no son todas las actuales ni siquiera entre las de alto desarrollo tecnológico y económico-. Durante el siglo XX el panorama ha cambiado mucho, los principios científicos se aplican ya a la administración de justicia y al sistema penal sistemática, aunque imperfectamente; digo imperfectamente porque hablamos de un campo con gran peso de la tradición y ciertas ideas socialmente muy arraigadas, como la eficacia general del castigo y de la pena de muerte, son difíciles de modificar aun con notorias pruebas en contra. Algunos reconocidos juristas han afirmado que los psicólogos no han logrado éxitos notables en la corrección penal; otros, en cambio, han criticado la inmunidad de la teoría y práctica de la ley a la influencia de los hallazgos científicos (Jiménez, 1986). Ciertamente, la ciencia no parece haber logrado discriminar con claridad los orígenes del delito y las medidas penales eficaces (López Rey, 1978); probablemente esto se debe en parte a que se ha dedicado mucho tiempo a buscar teorías explicativas monolíticas, tarea harto difícil, y en parte a que los avances científicos han sido tan veloces como dispersos en las diversas disciplinas y corrientes, sin haber podido consolidarse lo suficiente para ser recogidos y utilizados en el ordenamiento jurídico. Es obvio que este ordenamiento tiene demasiada trascendencia en la vida social como para

permitirle ser dinámico y tiende a mantenerse estable, incluso mediando profundos cambios políticos, y eso que nuestro país es un ejemplo de que toda una legislación puede desplazarse inexorablemente en unas pocas décadas hacia los antípodas de su historia reciente.

Los cambios importantes que se producen en los ordenamientos y en las costumbres necesitan un tiempo (en términos históricos) para asimilarse, fijarse y desarrollarse, adoptando una dirección consecuente con la evolución social. Es impensable hoy en día, en la Europa de los derechos humanos, que pudiera -por ejemplo- castigarse a alguien por un delito no tipificado en las leyes o que se aplicase una pena indeterminada o no prevista en la ley: los dos primeros artículos del Código Penal español garantizan precisamente eso. Ello no quiere decir que se haya llegado a alcanzar una justicia ideal: sigue siendo lenta y cara, a veces parece fría o deshumanizada y a veces demasiado ligera o condescendiente, los poderosos tienen fórmulas nuevas para el abuso y en la cárcel, como siempre, hay más pobres que ricos; pero las reglas (si no los medios) son las mismas para todos y el sistema no carece de las herramientas necesarias para corregirse a sí mismo. En ocasiones lo hace, y la ciencia puede y debe contribuir en alguna parte de ese proceso, aunque la inercia del sistema no lo convierta, precisamente, en algo fácil.

El Derecho puede utilizar su propio lenguaje y representar una incógnita para los ciudadanos legos en la materia como, por otro lado, ocurre con tantas otras disciplinas. Pero es innegable que representa a la sociedad que lo ha creado con bastante fidelidad y esto se hace evidente cuando se lleva la mirada hacia atrás en el tiempo o unos miles de kilómetros en el espacio (aunque a veces basta con unos cientos). El Derecho Penal puede parecer, a priori, un mero regulador de la acción social sobre la infracción de las normas básicas de conducta pero el estudio de su práctica puede mostrarnos la cara más auténtica de una sociedad y la influencia de sus grupos de poder, sin eufemismos ni retórica, aunque en ocasiones su teórica presente pequeños desfases (en cualquier sentido) respecto a las posiciones sociales mayoritarias; así pues, la referencia a sus Principios Fundamentales ha de ser obligadamente extensa cuando se comparte el tema en tan gran medida con esa disciplina y puede ayudarnos a situar los valores que nuestra sociedad ha considerado que se deben proteger especialmente.

El desarrollo de las leyes en un Estado de Derecho se basa en los Principios Fundamentales, que en Europa pueden resumirse con los expresados en el tratado de su Constitución (2004), en su título VI: tutela judicial efectiva, imparcialidad e independencia de los jueces, presunción de inocencia, derecho a la defensa, legalidad y proporcionalidad de los delitos y de las penas y prohibición de la duplicidad de juicio o condena.

Otro aspecto concreto que interesa remarcar respecto a los principios de las leyes penales, por sus implicaciones, es el Principio de Publicidad. Es sabido que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento pero cabe preguntarse si el hombre común conoce realmente las leyes, por mucho que éstas deban ser publicadas para su entrada en vigor. Es poco probable que la mayoría de los ciudadanos, que no han entrado en contacto con el sistema penal, se hayan preocupado de informarse de lo que sus leyes dictan; en realidad, ni siquiera los delincuentes habituales suelen estar bien informados.

Lo cierto es que la mayoría de los ciudadanos corrientes no necesitará nunca conocer la ley penal, porque la costumbre y la moral juegan su papel en la generalidad y solamente en los casos en que éstas no cumplen su función comienza el sistema social punitivo a jugar su papel. Esto es, desde luego, una obviedad y por lo obvio a veces no se tiene en cuenta el enorme papel que realiza el proceso de socialización y la importancia de las características del sistema sociopolítico en la producción de delincuentes, algo que han estudiado abundantemente los sociólogos y criminalistas sociológicos, pero que difícilmente trasciende de la teoría a las prácticas de política criminal. Habría que preguntarse qué parte del control social ejerce realmente el sistema punitivo, en su conjunto, en la prevención de delitos y si el aumento en la delincuencia en general o en alguna de sus modalidades se debe solamente a un fracaso de éste. Citando a López Rey (1978):

“... (El ser humano) Como tal, se halla a su vez condicionado por el poder, la desigualdad, el desarrollo y el sistema penal. Todos y cada uno de estos elementos se hallan presentes y actuantes en los demás. Todos tienen una realidad que se manifiesta diversamente: órganos de poder, autoridad, administración, económicos, situaciones de injusticia, modalidades del desarrollo, funcionamiento del sistema penal, etc. Consecuentemente, el examen de la condición humana en lo criminológico no puede ya

dar la preferencia, y menos aún la exclusividad, al delincuente y a la víctima. Indudablemente, ambos son protagonistas importantes, pero no los únicos” (p. 115).

1.1.1. Delito y delito violento

Para definir el concepto de “delito” de una manera objetiva es indispensable situarlo en un contexto actual y en una sociedad concreta, eludiendo viejas divagaciones sobre sus orígenes en la moral y las costumbres, porque nada hay más relativo y sujeto a cambios en nuestra sociedad: a la postre, delito viene a ser lo que las leyes dicen que es delito, una vez que se han superado históricamente los debates sobre la definición del libre albedrío y el antiguo concepto de crimen asociado al pecado, que fundía ética y moral con la religión sin posibilidad alguna de deslinde (Hobbes, 1983); estos conceptos, que en España aún parecen poco asentados en algunos sectores sociales, están claramente asimilados en el ordenamiento jurídico.

Según el diccionario de la Real Academia Española (RAE, 1992), delito es, en su 1ª acepción, “Culpa, quebrantamiento de la ley”, en la 2ª “acción o cosa reprobable” y en la 3ª, la propia del Derecho, “acción u omisión voluntaria o imprudente penada por la ley”. La segunda acepción es la que entronca con la tradición de considerar “crimen” aquél hecho que repugna la moral o las buenas costumbres, tan difíciles de definir y que a veces dificultan la objetivación del delito punible entre la multitud de otras conductas que puede desaprobare parte de la sociedad, pero que no son delito en ese lugar y en ese momento determinado; ejemplo actual de ello en nuestro país son los supuestos legales de aborto, la dignificación de la muerte, el matrimonio homosexual o el propio divorcio, que algunos sectores sociales no dudarían en penalizar severamente, mientras otros pugnan por ampliar y consolidar como derechos inalienables de los individuos.

En el capítulo primero de su Libro I, Título I, el Código Penal español define delitos o faltas en el artículo primero como “las acciones y omisiones dolosas o imprudentes penadas por la ley”. Esta expresión aparentemente sencilla requiere de cierto análisis para entender, aun superficialmente, las peculiaridades del lenguaje y las concepciones propias de las leyes. Estas pocas palabras proceden de la estricta aplicación del Principio de Legalidad, según el cual no puede existir delito para un comportamiento humano que no está consignado como ilícito en las normas escritas y promulgadas, ni puede existir un castigo distinto al que esté establecido en las mismas. La extensión de

estos dos principios básicos, asimilados de manera general por los países desarrollados, son las primeras garantías básicas de un orden social igualitario: se establece una línea teórica general que divide lo que está permitido y lo que no lo está, además de designar concretamente el castigo que corresponde al incumplimiento de estas limitaciones; ello es imprescindible para garantizar la seguridad jurídica de los ciudadanos, especialmente de aquellos que carecen de poder.

La sencilla frase del artículo primero determina, además, que aquello que la ley penaliza debe ser una “acción” o una “omisión” caracterizada por “dolo” (lo que anteriormente era conocido como “culpa”, que viene a identificarse con “voluntad”) o “imprudencia”. Ello implica la intermediación de una decisión del individuo que trascienda a su propia conciencia interna y que promueva un efecto en su entorno, así como que tal decisión se haya basado en la intención de obtener un resultado o que no se haya precavido de ese previsible resultado; determina por lo tanto la responsabilidad del individuo, otro de los principios básicos de los sistemas jurídico-penales actuales, (Principio de Responsabilidad) y que el Código español especifica en su art. 5: “No hay pena sin dolo o imprudencia”.

No cabe, pues, considerar delictivo ningún comportamiento que no esté detallado en el Código, y es importante señalar la diferencia entre desviación social (tenga o no relación con la génesis de la delincuencia, como se verá más adelante) y delito. Cualquier comportamiento no sancionable, por mucho que se desvíe respecto a las demás normas y convenciones sociales, no puede ser objeto del derecho penal. Por otra parte, una minoría dominante puede lograr que se mantenga penalizada por un tiempo alguna pauta de comportamiento comúnmente practicada, con la aquiescencia o el sometimiento de la mayoría; pero, al menos en las sociedades democráticas, incluso una conducta penalizada puede no considerarse desviada si es mayoritariamente practicada, y la presión social conducirá necesariamente a los pertinentes cambios legales.

Definir el concepto legal de violencia resulta algo más complejo, ya que no contamos con una definición expresa en nuestro Código Penal, por lo que dicho concepto viene a asimilarse al lenguaje ordinario. La RAE define violencia como “cualidad de violento”, y violento como “que está fuera de su natural estado, situación o modo” y, más adelante, “que se ejecuta contra el modo regular o fuera de razón y justicia”. Por otra

parte, María Moliner (1992) en su “Diccionario de uso del español”, define violencia como “cualquier cosa que se hace u ocurre con brusquedad o con extraordinaria fuerza o intensidad”; cuando la violencia se hace sobre otra persona, la define como “forzarle de cualquier manera a hacer lo que no quiere hacer”. No cabe duda de que la violencia, en esta acepción amplia, es uno de los medios más empleados en la comisión de delitos y uno de los que más atemoriza y alarma a la sociedad; es, tal vez, un medio simple y primitivo pero no por ello ha disminuido su utilización en las sociedades desarrolladas, al menos su presencia en los medios informativos es extensa e intensa.

Una de las palabras que más se repite en el Libro II de nuestro Código Penal (de los delitos y sus penas) es precisamente “violencia”, aparejada muchas veces con “intimidación”, (RAE: “causar o infundir miedo”) que no es sino una forma de violencia según la segunda definición que hemos escogido, una fuerza muchas veces indistinguible de la mera fuerza física y que produce un resultado similar; en los delitos en los que existe una víctima directa, la violencia y la intimidación, junto al engaño, son las mejores herramientas para conseguir el objetivo pero es indudable que con el engaño se elude el enfrentamiento directo con la víctima, mientras que con los anteriores ésta corre mayores riesgos. Cualquier delito tiene aplicada una pena más severa cuando se comete mediante violencia y/o intimidación, atendiendo también al tipo de medios utilizados (armas y otros objetos peligrosos) y a si se ha causado especial daño a la víctima o ésta era especialmente vulnerable, siendo este agravamiento independiente de la pena que pueda corresponder por los daños físicos o psíquicos concretos que se puedan causar. Incluso un delito no violento de por sí, como puede ser el robo con fuerza en las cosas, tiene mayor pena si se comete en una casa habitada donde, lógicamente, existe mayor riesgo para las personas del cual no se precave el delincuente.

Para comprender lo que nuestra sociedad considera más grave en la comisión de un delito, podemos analizar los agravantes, es decir, aquellas situaciones o características de la conducta ilícita que merecen un castigo mayor.

1.1.2. Responsabilidad criminal

No todas las personas son responsables legalmente, tanto civil como criminalmente. El Art.19 del Código Penal español limita su aplicación respecto a los menores de edad por su inmadurez, objetivada en un límite de edad que socialmente (y a

través de las leyes civiles) se considera mínima para la edad adulta. Este límite de edad puede variar notablemente en distintas legislaciones; en la española, la responsabilidad penal estuvo fijada en los 16 años durante un largo período, hasta que el desarrollo de este Código Penal de 1995 la elevó a los 18, que se corresponde con la mayoría de edad civil. La madurez biológica, por lo tanto, se considera fundamental para actuar responsablemente -aunque existan dudas respecto al límite adecuado- hasta el punto de requerirse un código distinto para juzgar el comportamiento punible de las personas que no cumplen ese criterio objetivo. La delincuencia juvenil ha sido también tratada de manera separada desde otras disciplinas, y es el objeto de estudio preeminente cuando se trata de encontrar métodos de prevención, especialmente prevención de la delincuencia sistemática o habitual que parece comenzar a desarrollarse precozmente (Kaufmann, 1983).

Aquellas causas que pueden agravar la responsabilidad y que vienen a representar un aumento en la gravedad del hecho ilícito y, por tanto, una pena mayor, se contemplan en el Art. 22 del CP. Las causas son variadas, pero la mayoría de ellas se refiere al abuso de superiores condiciones a las de la víctima, es decir, el delito se considera más grave cuando la víctima está más indefensa y cuando se le causa un daño innecesario para la consecución de la finalidad del delito; aumenta también la responsabilidad cuando se ataca el principio constitucional de igualdad y no discriminación y cuando existe reiteración en el comportamiento delictivo (reincidencia). Nuestra ley penal refleja, por lo tanto, un indudable interés en la protección de las víctimas, especialmente de las víctimas más vulnerables, y persigue particularmente los actos reiterados, gratuitos o que aprovechen circunstancias especiales, por encima de los impulsivos o arriesgados (tabla 1).

Tabla 1
Agravantes, Ley Orgánica 10/1995 del Código Penal

Circunstancias que aumentan la pena	Art. 22 del Código Penal
Cuando a la víctima se le impide defenderse.	1ª. Ejecutar el hecho con alevosía. Hay alevosía cuando el culpable comete cualquiera de los delitos contra las personas empleando en la ejecución medios, modos o formas que tiendan directa o especialmente a asegurarla, sin el riesgo que para su persona pudiera proceder de la defensa por parte del ofendido.
Cuando se busca el modo de no ser castigado.	2ª. Ejecutar el hecho mediante disfraz, con abuso de superioridad o aprovechando las circunstancias de lugar, tiempo o auxilio de otras personas que debiliten la defensa del ofendido o faciliten la impunidad del delincuente.

Cuando el motivo es ganancial.	3ª. Ejecutar el hecho mediante precio, recompensa o promesa.
Cuando el motivo es la discriminación.	4ª. Cometer el delito por motivos racistas, antisemitas u otra clase de discriminación referente a la ideología, religión o creencias de la víctima, la etnia, raza o nación a la que pertenezca, su sexo u orientación sexual, ola enfermedad o minusvalía que padezca.
Cuando se causa un sufrimiento deliberado.	5ª. Aumentar deliberada e inhumanamente el sufrimiento de la víctima, causando a ésta padecimientos innecesarios para la ejecución del delito.
Cuando se utiliza una relación de confianza.	6ª. Obrar con abuso de confianza.
Cuando se utiliza el cargo público que se ostenta.	7ª. Prevalerse del carácter público que tenga el culpable.
Cuando se reitera el mismo tipo de conducta.	8ª. Ser reincidente. Hay reincidencia cuando, al delinquir, el culpable haya sido condenado ejecutoriamente por un delito comprendido en el mismo título de este Código, siempre que sea de la misma naturaleza.

El Derecho Penal actual tampoco considera responsable por igual a todas las personas mayores de edad. Los tribunales británicos utilizan la regla M’Naughten para discriminar si existe una “mens rea” o intención criminal, que “...*No puede darse si el estado mental del reo es tan deficiente, anormal o enfermo que le priva de intenciones racionales*” (Freedman, Kaplan y Sadock, 1984 p.783). Esta regla se basa en un caso de 1843, un homicidio cometido por un ciudadano (M’Naughten) que padecía ideas delirantes; fue considerado enajenado e internado. Además, pueden existir diversos grados de responsabilidad en razón de las características diferenciales de las personas o de sus situaciones, existiendo incluso circunstancias que pueden determinar la falta de responsabilidad punible de un individuo normal sobre una acción suya en particular. En España, son los artículos 20 y 21 del Código Penal los que determinan las circunstancias que eximen y atenúan, respectivamente, la responsabilidad criminal en los adultos y que, como podemos ver abajo, se corresponden en lo sustancial con las propuestas por Hobbes hace más de 300 años (tablas 2 y 3).

Tabla 2

Eximentes, Ley Orgánica 10/1995 del Código Penal

Circunstancias que eximen de responsabilidad penal	Art. 20 del Código Penal de 1995
Alteraciones psíquicas relacionadas con la capacidad de comprensión	1º El que al tiempo de cometer la infracción penal, a causa de cualquier anomalía o alteración psíquica, no pueda comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión. El trastorno mental transitorio no eximirá de pena cuando hubiese sido provocado por el sujeto con el propósito de cometer el delito o hubiera previsto o debido prever su comisión
Intoxicación grave	2º El que al tiempo de cometer la infracción penal se halle en estado de intoxicación plena por el consumo de bebidas alcohólicas, drogas tóxicas, estupefacientes, sustancias psicotrópicas u otras que produzcan efectos análogos, siempre que no haya sido buscado con el propósito de cometerla o no se hubiese previsto o debido prever su comisión, o se halle bajo la influencia de un síndrome de abstinencia, a causa de su dependencia de tales sustancias, que le impida comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión.
Defectos perceptivos	3º El que, por sufrir alteraciones en la percepción desde el nacimiento o desde la infancia, tenga alterada gravemente la conciencia de la realidad.
Defensa propia	4.º El que obre en defensa de la persona o derechos propios o ajenos, siempre que concurren los requisitos siguientes: (...)

El art. 20 viene a detallar únicamente dos supuestos generales: el último es elemental, el derecho a la defensa, que convierte un acto ilícito en sí mismo en algo permitido en razón de su necesidad para la protección de derechos superiores, como la propia vida; el otro se refiere a la incapacidad del autor de comprender la realidad y actuar conforme a esa comprensión, incapacidad que puede sustentarse únicamente en los aspectos patológicos a que se refieren los tres primeros artículos. Es decir, el requisito básico de la responsabilidad penal es la integridad de las capacidades perceptivas e intelectivas (comprensión) y las volitivas (libertad de obrar). Cuando estas capacidades están mermadas, pero no totalmente, todavía pueden ser causa de atenuación de la pena pero ya no de exención, puesto que existía la posibilidad de haber actuado de manera lícita. La atenuación se admite, además, en otros supuestos (puntos 4º y 5º del Art. 21) que se refieren al arrepentimiento y la voluntad de rectificación o reparación del daño.

Tabla 3

Atenuantes, Ley Orgánica 10/1995 del Código Penal

Circunstancias que disminuyen la pena	Art. 21 del Código Penal
Las mismas del 20 (incompletas).	1.ª Las causas expresadas en el capítulo anterior, cuando no concurrieren todos los requisitos necesarios para eximir de responsabilidad en sus respectivos casos.

Adicción a tóxicos.	2. ^a La de actuar el culpable a causa de su grave adicción a las sustancias mencionadas en el número 2. ^o del artículo anterior.
Estados pasionales	3. ^a La de obrar por causas o estímulos tan poderosos que hayan producido arrebato, obcecación u otro estado pasional de entidad semejante.
Confesión	4. ^a La de haber procedido el culpable, antes de conocer que el procedimiento judicial se dirige contra él, a confesar la infracción a las autoridades.
Reparación	5. ^a La de haber procedido el culpable a reparar el daño ocasionado a la víctima, o disminuir sus efectos, en cualquier momento del procedimiento y con anterioridad a la celebración del acto del juicio oral.
Otras semejantes	6. ^a Cualquier otra circunstancia de análoga significación que las anteriores.

La responsabilidad penal es, obviamente, determinada por el juzgador pero éste requiere frecuentemente del asesoramiento de expertos en estos asuntos, psicólogos, médicos y psiquiatras además del médico forense, para llevar a cabo su labor con conocimiento de causa, fundamentando adecuadamente sus decisiones. La intervención de expertos de todo tipo en los juicios penales tiene larga historia, pero los psicólogos son cada vez más frecuentemente requeridos para evaluar el estado mental de los acusados (Soria y Armadans, 2008), habitualmente a petición de las defensas, y ello puede ser reflejo de la importancia que se le concede actualmente en nuestra cultura al conocimiento de los motivos profundos que tiene el reo para cometer el acto delictivo, especialmente si es impulsivo, al margen de su egoísta necesidad de exculpación que, lógicamente, siempre ha existido.

1.1.3. Finalidad de las penas

Otro de los aspectos del Derecho Penal español que requieren del concurso de expertos en ciencias humanas y de la conducta es la finalidad de las penas. El clásico principio retributivo (que implica la consideración de la pena como castigo merecido) y el de prevención general (que los ciudadanos se percaten de que no compensa delinquir), siguiendo el derecho tradicional, se someten en la actualidad a finalidades más elevadas, así como el principio de prevención especial (que el delincuente no desee volver a delinquir); ya no se cumplirían únicamente mediante la intimidación penal (castigo) sino mediante la compensación a la víctima y la reinserción social; es decir, el objetivo primordial de la pena no se reduce a la retribución y la prevención, aun cuando éstas se

mantienen, sino que pretende paliar en lo posible el daño causado y recuperar al delincuente para la sociedad. Es este segundo objetivo el que abre la necesidad de incorporar educadores, psicólogos, sociólogos y otros expertos al tratamiento penitenciario y al de las víctimas de delitos.

En la parte que nos ocupa, la Ley Orgánica General Penitenciaria (de 1979), que en España regula el cumplimiento de las penas, hace girar el Tratamiento Penitenciario alrededor de la personalidad del penado, sus carencias, necesidades y facultades para el desarrollo personal, como recoge la Tabla 4. La participación de los distintos métodos de tratamiento y de los especialistas correspondientes confluye conjuntamente - según el apartado c- en la personalidad del interno, es decir, el objeto del tratamiento es la persona del delincuente, al margen de todo otro aspecto relacionado directa o indirectamente con el delito.

Necesariamente ha de entenderse aquí el concepto “personalidad” en su sentido vulgar, (RAE: Diferencia individual que constituye a cada persona y la distingue de otra) y no en el sentido de alguna teoría psicológica, puesto que se trata de un texto jurídico. Aun así, nuestra ley penitenciaria –que ha sido considerada públicamente como una de las más avanzadas (Mapelli, 1984)- implica la necesidad de un conocimiento profundo de las causas y el desarrollo de las conductas delictivas en el individuo particular y de las particularidades, circunstancias y evolución de los infractores, conocimiento siempre conducente al enjuiciamiento de la “personalidad criminal” y a la determinación del mejor modo de modificarla en la dirección marcada por su pronóstico.

Tabla 4
Tratamiento, Ley Orgánica General Penitenciaria 1/1979

Principios del Tratamiento Penitenciario	Art. 62 de la LOGP
Científico	a. Estará basado en el estudio científico de la constitución, el temperamento, el carácter, las aptitudes y las actitudes del sujeto a tratar, así como de su sistema dinámico-motivacional y del aspecto evolutivo de su personalidad, conducente a un enjuiciamiento global de la misma, que se recogerá en el protocolo del interno.
Diagnóstico de personalidad criminal	b. Guardará relación directa con un diagnóstico de personalidad criminal y con un juicio pronóstico inicial, que serán emitidos tomando como base una consideración ponderada del enjuiciamiento global a que se refiere el apartado anterior, así como el resumen de su actividad delictiva y de todos los datos ambientales, ya sean individuales, familiares o sociales, del sujeto.

Individualizado	c. Será individualizado, consistiendo en la variable utilización de métodos médico-biológicos, psiquiátricos, psicológicos, pedagógicos y sociales, en relación a la personalidad del interno.
Complejo - multimodal	d. En general será complejo, exigiendo la integración de varios de los métodos citados en una dirección de conjunto y en el marco del régimen adecuado.
Programado	e. Será programado, fijándose el plan general que deberá seguirse en su ejecución, la intensidad mayor o menor en la aplicación de cada método de tratamiento y la distribución de los quehaceres concretos integrantes del mismo entre los diversos especialistas y educadores.

El sistema penitenciario español es un sistema progresivo en el que, de la aplicación de los principios expresados más arriba, resultan tres diferentes grados de tratamiento: con alto control institucional en el primero (Régimen Cerrado), que se aplica excepcionalmente por motivos importantes de seguridad, control normal en el segundo (Régimen Ordinario) y mínimo control en el tercero (Régimen Abierto), el cual permite realizar una vida en semilibertad. Una vez en tercer grado y cumpliendo un mínimo de dos tercios de la pena, los internos pueden obtener la libertad condicional y cumplir el resto de la condena sólo con supervisiones periódicas. En la práctica, hay una mayoría de internos que se encuentra en 2º grado o Régimen Ordinario, grado que permite la salida de prisión durante periodos cortos de tiempo (permisos de hasta 7 días, un máximo de 36 días al año) cumpliendo ciertos requisitos. La diferencia proporcional tiende a disminuir a favor del tercer grado, desde 85/12 en 2006, según la Dirección General de Instituciones Penitenciarias (DGIP, 2006) hasta el 80/18 actual que informa la actual Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (SGIP, 2013); los primeros grados descienden del 3 al 2% en estos años (Gráfico 1).

El tratamiento penitenciario ha sido considerado hasta hace algunos años como *“un auténtico espejismo en la praxis”* (Mapelli, 1984 p.144), dado que apenas existían métodos científicos de intervención y la carencia de medios humanos y materiales en el medio penitenciario es endémica: todavía hoy se considera un reto alcanzar los niveles que dispone la ley. Tampoco parece que, tras treinta y cinco años de aplicación, la LOGP se haya convertido en el motor necesario para el estudio sistematizado de los aspectos fundamentales en la prevención del delito y en la reinserción social del delincuente en nuestro país, a juzgar por los escasos apoyos a la investigación; aunque desde múltiples perspectivas se han conseguido diversos logros en el tratamiento de algunos delincuentes con problemas específicos -en toxicómanos, delincuentes sexuales y violencia de género,

por ejemplo-, todavía dista mucho la consecución de alguna teoría explicativa que permita la deducción de métodos de prevención y tratamiento eficientes para la generalidad.

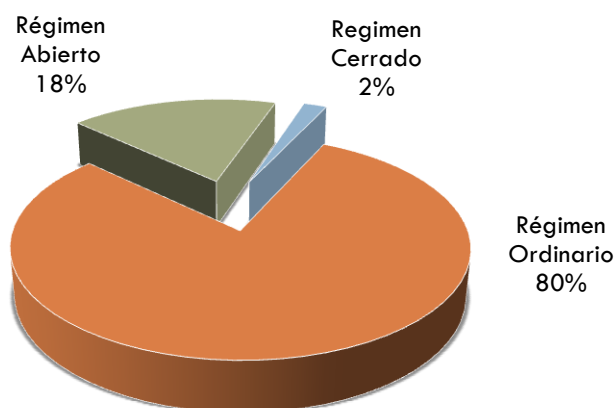


Gráfico 1. Grados de tratamiento. Fuente: SGIP (2013)

El mayor peso en el tratamiento de los reclusos recae sobre los funcionarios del Cuerpo Superior Técnico de Instituciones Penitenciarias: juristas, psicólogos, sociólogos y pedagogos, con la colaboración de educadores, trabajadores sociales y técnicos deportivos y ocupacionales. En el año 2005, había un total de 561 técnicos de las distintas especialidades entre todos los centros penitenciarios españoles (salvo Cataluña), la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, puestos directivos y otros servicios; en el año 2013 el número de técnicos aumentó hasta 806 (Gráfico 2). La población reclusa total a 31/12 era de 58.556.

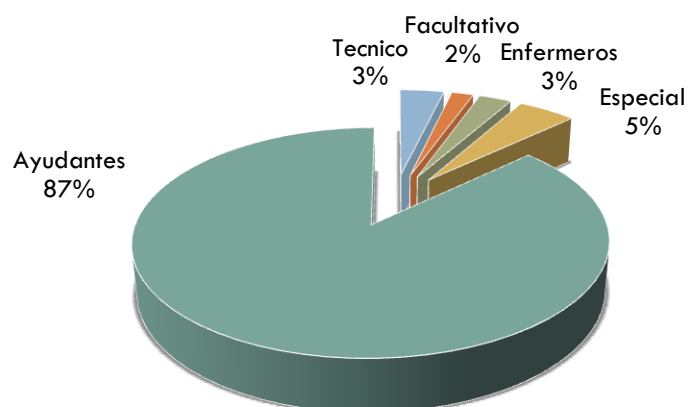


Gráfico 2. Cuerpos de IIPP. Fuente: SGIP (2013)

1.2. DESARROLLO DE LAS TEORIAS EXPLICATIVAS DE LA DELINCUENCIA

1.2.1. Criminología clásica y positivista

En la Europa del siglo XVIII, dominado por los principios de la Revolución Francesa y la filosofía de la Ilustración, los pensadores y filósofos abordaron por primera vez desde la antigüedad y de manera sistematizada el estudio del delito y del sistema penal; revisar esta época es fundamental para comprender el proceso de constitución del estado de derecho actual y las dificultades que aún no se han resuelto. Estos ilustrados reflexionaron sobre las “desviaciones” que constituyen el delito y la manera en que el estado debe reaccionar ante ellas, dada su naturaleza delegada (pacto social), por lo que su enfoque se redujo al problema del control social.

El milanés Cesare Beccaria (1738-1794), en 1764, escandalizado por la arbitrariedad y crueldad de la administración de justicia de la época publicó por primera vez un libro que sería fundamental para la criminología y el Derecho Penal posteriores: “Dei delitti e delle pene” (De los delitos y las penas, Beccaria, 2002); en él sentaba las bases de los principios de la criminología clásica a pesar de haber sido incluido durante algún tiempo en el índice católico de libros prohibidos. Tomando como punto de partida las teorías del contrato social y abundando en las premisas de Hobbes, Rousseau y Montesquieu, Beccaria asienta la consideración de los hombres como seres iguales, independientes y libres por naturaleza, que sacrifican parte de esta libertad para vivir en sociedad, en paz y con seguridad; esta renuncia constituiría la “soberanía”, que se otorga al monarca como mero administrador. Las penas se establecerían para evitar que los individuos vulnerasen esa soberanía como consecuencia de las pasiones individuales, que pueden oponerse al bien general, y establece que en ningún caso se deberían penar conductas inocuas.

Para Beccaria, con gran escándalo de algunos de sus coetáneos, los delitos contra las personas eran más graves que los delitos contra las cosas (léase contra la propiedad) y merecen mayor castigo (penas corporales) independientemente de quién lo cometa y

quién sea la víctima; critica duramente algunos usos de la época,² y el doble rasero de los juzgadores que disfrazan a conveniencia delitos ordinarios como delitos de lesa majestad, los más graves y merecedores de la pena capital por intentar destruir el orden social.

Así pues, Beccaria considera que debe haber la menor cantidad posible de leyes, coherentes entre sí, de total y general aplicación, considerando la pena como un mal necesario para disminuir la incidencia del delito (finalidad preventiva de la pena), por lo que debe ser proporcional al mal causado (principio de proporcionalidad de la pena); para su justicia y efectividad, establece además los principios de infalibilidad y prontitud, principios que aún estamos lejos de alcanzar. Era una época de ideas reformistas en toda Europa, tanto en el sistema político como en el legal y el penal, ideas que propiciaron profundos cambios de todo el sistema social en los dos siglos siguientes y que, si bien en un lenguaje que puede resultarnos ya extraño, nos señalan todavía un camino que no hemos llegado a andar.

Por otra parte, Jeremy Bentham (1748-1832) en sintonía con Beccaria pero desde una perspectiva más psicológica que jurídica, propuso en Inglaterra la creación de todo un sistema penitenciario idealizado (el “panóptico”) basado en los planteamientos epicúreos de búsqueda del placer y evitación del dolor, de los que se deduciría el principio de utilidad que regiría el comportamiento humano general (Garrido, Stageland y Redondo, 2006). Para Bentham, las leyes deben prevenir o minimizar el daño que causa el delincuente del modo más económico posible; establece para ello algunos principios fundamentales o reglas que deben regir la proporcionalidad entre el delito y la pena, muy razonables en abstracto, aunque difíciles de concretar dado que el beneficio del delito o el temor a la pena son variables muy poco cuantificables y muy poco homogéneas por su subjetividad.

Sin duda fue un gran paso considerar iguales a todos los hombres; sin embargo, esta teoría también llamada “utilitarista” por su finalidad enteramente pragmática, propugnaba una igualdad de tipo teórico y abstracto y por lo tanto todos los hombres debían ser igualmente responsables, sin justificaciones o excusas. En esos momentos de la

² La “talla” o pago de rescate por una pena impuesta: Algo similar a las actuales penas de multa con prisión sustitutiva, pero a la inversa: un ejemplo de los ciclos históricos.

historia, la posesión de bienes constituía una diferencia insalvable que dividía a la población y todavía no podía abrirse paso la idea de la diferente responsabilidad penal, a no ser a favor de los tradicionales poseedores del poder -que hasta entonces no habían asumido responsabilidad ninguna- ante los que no lo poseían o lo poseían en menor grado.

La falta de atención a las diferencias individuales trajo consigo numerosos problemas a la hora de intentar aplicar los principios teóricos de Beccaria y sus contemporáneos. Algunos juristas, que después fueron llamados neoclásicos, propugnaron reformas para tomar en consideración estas diferencias que, en la práctica, resultaban fundamentales para la comprensión del hecho delictivo y la aplicación de la pena correspondiente. Encontraban circunstancias atenuantes a tenor del medio físico y social del infractor y de sus antecedentes personales, sin olvidar factores como la incompetencia, patología o conducta impulsiva, que condicionan la capacidad del individuo para actuar con libertad. Esta nueva consideración de la responsabilidad penal da lugar a la entrada de los expertos médicos en las salas de justicia pero, al mismo tiempo, conduce necesariamente a la búsqueda de un castigo que pueda favorecer el cambio de esas circunstancias condicionantes y permita una futura libertad en la toma de decisiones del reo. Se trasciende el concepto de delito por libre elección y comienza a hablarse del valor rehabilitador de la pena.

A finales del siglo XIX, con la unificación del método científico, se realizan estudios sociales y psicológicos desde un marco positivista que han de influir en el modelo jurídico-penal. Enrico Ferri (1856-1929), uno de los principales pensadores de la llamada Escuela Positiva, propugnó el estudio científico de la sociedad y de la naturaleza humana (Ferri, 1993); el delito, copartícipe de ambos, debería estudiarse con el mismo método para ser erradicado, tanto en su génesis natural como en sus efectos jurídicos, al margen de la metafísica clásica sobre el libre albedrío.

La ciencia positiva se encuentra con una dificultad irresoluble a la hora de aplicar sus principios al estudio del delito y la criminalidad. La definición legal del delito implica indirectamente la aceptación del concepto clásico de que la legalidad refleja el contrato libremente concertado entre los ciudadanos que constituyen la sociedad, sustituyendo la “responsabilidad moral” por el concepto de “responsabilidad social”. Sin embargo, los

primeros estudios cuantificables (estadísticos) sobre la criminalidad, encuentran que los términos legales no pueden prestarse al análisis científico y a menudo reflejan los intereses de grupos de poder y no el consenso moral de la población general.

Siguiendo el clásico concepto apriorístico de la moralidad de la naturaleza humana, Rafael Garofalo intenta construir un concepto no jurídico del delito con su definición de “delito natural”: un acto nocivo constituye un crimen cuando perjudica el sentido moral o atenta contra los sentimientos altruistas de piedad o contra los sentimientos de probidad; definir operativamente algo como “sentimientos altruistas de piedad” puede ser muy complicado, así que es poco probable que resolviera el problema, de hecho, recibió comprensiblemente abundantes críticas.

Los positivistas liberales niegan el interés científico de las cuestiones valorativas, mientras que los positivistas radicales pretendieron desvincular al científico de los intereses jurídicos o partidistas, y establecer el consenso moral de modo científico, a tenor de las necesidades del sistema social; siguiendo esta línea y buscando la neutralidad científica, August Comte atribuía el desorden (y el delito) a un “retraso cultural”, una incapacidad moral de seguir las iniciativas para el progreso humano, dando por sentado el deseo natural e intrínseco del hombre de buscar la perfección.

La existencia de un consenso identificable de valores y principios humanos sigue sin ser demostrada hasta el momento, ni siquiera de un modo genérico, y parece una vía sin salida que ha perdido todo interés fuera de la filosofía; pero la determinación de centrar la criminología en el estudio del delincuente y no en el del Derecho Penal condujo a otras líneas de pensamiento en una perspectiva más cercana a la psicología actual, aunque algunas se dirigieron hacia la investigación de las patologías individuales y de las circunstancias patogénicas del delincuente; por supuesto, incluso entendiendo el término “patología” en un sentido amplio, muchos psicólogos y especialmente los sociólogos posteriores rechazaron esa vinculación patología individual-delito, que perdura hasta la actualidad y ocasionalmente vuelve con renovadas energías.

1.2.2. Criminología científica

Los primeros estudios científicos en criminología se realizaron a primeros del siglo XIX, utilizando la estadística como método para analizar las diferentes variables que

incidían en la criminalidad (Garrido et.al., 2006). Es de destacar el estudio realizado el belga Adolphe Jacques Quetelet (1796-1874) sobre los factores sociales relacionados con la delincuencia. Quetelet concluye que la delincuencia es un fenómeno normal en cualquier sociedad y la distribución de los distintos tipos de delito viene a ser semejante en cualquier año; también determina que no es la pobreza la principal causante de la delincuencia, ya que se daban mayores tasas de criminalidad en las ciudades que en las regiones económicamente oprimidas, y formula la hipótesis de la “deprivación relativa”: el resentimiento por la desigualdad y la injusticia justificaría la diferencia de tasas.

La hipótesis de Quetelet ha sido retomada y renovada continuamente por los teóricos de la criminología, incluso en la actualidad. Contradictoriamente hubo un único estudio, en Alemania, (Garrido *et al.*, 2006) que encontró una relación directa entre el precio de los alimentos básicos y el número de robos; estos resultados se han venido explicando siempre por la pobreza extrema de aquella sociedad en aquella época: ante la perspectiva del hambre, de poco sirven los principios y el control social.

El interés por la criminología provino de juristas y penalistas y fue muy notorio en Alemania (Göppinger, 1975); fue Franz Von Liszt en 1882 quien, primeramente, postuló una ciencia total del Derecho Penal que debía incluir estudios científicos antropológicos, psicológicos y estadísticos, contemplando el efecto en el crimen de la disposición y del medio ambiente; su trabajo dio origen a la que después fue conocida como Escuela de Marburgo, que postulaba una ciencia total del Derecho Penal.

Posteriormente, Exner intentó definir el crimen mediante datos biológicos y sociales a través de estudios estadísticos, entendiendo que, si bien el entorno ejerce una acción de influencia variable en los diferentes elementos biológicos, no puede hablarse propiamente de predisposición biológica (López Rey, 1978); Exner se ocupó también de remarcar que el delito es una construcción, un concepto jurídico permanentemente sujeto a cambios en el tiempo y diferente según los espacios, lo que viene a mostrar la inutilidad de perseguir definiciones absolutas o naturales; por el contrario, la criminología estudiaría la criminalidad en un pueblo dado y como acontecimiento en la vida de un individuo.

Siguiendo a Göppinger (ya citado), Mezger resumió concepciones antropológicas, psicopatológicas, sociológicas y psicológicas concibiendo una tipología de delincuentes y de personalidades anormales. Hans Gross fundó en 1912 el primer instituto criminológico

de Europa y con él la escuela Austriaca, continuada por Ernst Seelig, que además de investigar cuestiones particulares como la psicología de la declaración y del interrogatorio, establecieron archivos permanentes, en los que basaron descripciones de tipologías criminales de utilidad para la lucha contra el crimen. Otros por el contrario, como Sauer, buscaron una explicación unívoca de la delincuencia, aunque con poco éxito.

A partir de los años 50 tras el receso de la segunda guerra mundial, la criminología pudo independizarse de otras ciencias, incluso del derecho penal, como ciencia empírica interdisciplinar. Se produjeron numerosos estudios y publicaciones, especialmente sobre delincuencia juvenil, frecuentemente desde un enfoque empírico pero también con aspectos filosóficos, éticos y teleológicos; se establecieron diversas posiciones y doctrinas, algunas de las cuales ya han sido abandonadas pero han permanecido algunos aspectos en discusión. Frecuentemente, estas teorías explicativas de la delincuencia partían de una imagen del ser humano establecida de antemano, aspecto que puede ser metodológicamente criticable.

El movimiento internacional de la Defensa Social, promovido especialmente entre juristas pero muy extendido en Europa en sus diferentes variaciones, considera que el Derecho Penal tiene la función de proteger a la sociedad evitando, consecuentemente, conceptos metafísicos como la libertad; por el contrario, este movimiento propugna la investigación práctica y las medidas, que ya no penas, útiles para ese fin.

Paralelamente, se desarrolla en los países del Este la criminología socialista o marxista, que se origina en los análisis de Engels sobre las clases trabajadoras y el desarrollo de la criminalidad en la sociedad capitalista. En su concepción más clásica, esta corriente busca apartarse de las tradiciones criminológicas desarrolladas por la criminología “burguesa”, ligada a los defectos del sistema capitalista; supone que la criminalidad es extraña al estado socialista y que se produciría a causa de la pervivencia de condicionantes burgueses o del efecto negativo de influencias externas. La criminalidad, entonces, debe ser investigada como un fenómeno social y no desde la personalidad del delincuente, aplicando los principios del materialismo histórico y la dialéctica. Sin embargo, algunas corrientes dentro de la criminología socialista, sin ser individualistas, han aceptado la importancia de principios psicológicos -principalmente

derivados de los estudios de Pavlov- pero también aportaciones que trascienden el marxismo-leninismo (López Rey, 1975).

En Italia, Di Tullio había desarrollado un enfoque antropológico de la criminología, aunque muy centrado en el concepto psicológico de “personalidad”, en el que el delito es consecuencia de una deficiente adaptación en una personalidad en conflicto; por lo tanto, el derecho penal debería adaptarse a dicha personalidad para ejercer eficazmente la defensa social. Para López Rey, esta profilaxis general de la criminalidad estaría, como poco, falta de realismo, incluso admitiendo las tesis de Di Tullio, las cuales vienen a preceder variados enfoques que pertenecen a la Criminología Clínica.

No es fácil presentar la criminología clínica como una escuela o tendencia unitaria puesto que, al margen de su estructura básica (diagnóstico, pronóstico y tratamiento) que puede involucrar principios médicos, psiquiátricos, psicológicos, psicoanalíticos y/o antropológicos, existen múltiples tendencias que difieren en aspectos sustanciales. La legislación penitenciaria española sigue notoriamente un guión fundamentado en los conceptos propios de la Criminología Clínica; esta corriente, o mejor cabría decir este enfoque, se basa en la comprensión del delincuente y de su personalidad, no ya como lo haría la psiquiatría, atendiendo a su anormalidad o patología como origen del delito, sino considerando el delito como una disfunción en sí mismo. Göppinger (1975), entre otros, ha señalado los peligros que entraña la confusión entre enfermedad y crimen, abogando por la necesidad de utilizar otro tipo de denominaciones. Su principal precursor fue Pinatel en Francia, que desarrolló los conceptos, ampliamente divulgados, de “estado peligroso” y “paso al acto”, aunque discriminando este tipo de enfoque del propio de la criminología general.

Dentro de esta corriente, De Greeff denominó criminogénesis al proceso mediante el cual se llega al delito (López Rey, 1978); el desarrollo de la idea en un sujeto es un proceso esencial para su comisión, aunque no el único, puesto que existen otras etapas necesarias en las que interfieren aspectos como la personalidad, moralidad, o circunstancias que pueden acelerar o frenar el proceso. López Rey señala que este proceso es poco probable en delincuentes impulsivos o en delincuentes habituales, además de ser una tesis poco útil en la prevención al manejar tantos aspectos internos; pero la

criminología moderna sigue un camino parecido, incorporando en la mayoría de sus estudios esas variables internas, personales, que son el objetivo natural de la psicología, en su interacción con variables sociales y biológicas; al menos hay que estar de acuerdo con De Greeff en que un solo acto no puede definir a un individuo en su complejidad, aunque a veces se tienda a olvidarlo.

En la actualidad, la criminología se nutre prioritariamente de teorías psicológicas y sociológicas, integrando conceptos como disposición, aprendizaje, control social, oportunidad o inhibición. Pero una notable corriente criminológica retoma el concepto de libre elección que subyacía a la escuela clásica (autores como Wilson y Herrnstein, 1985, o Clarke y Cornish, 1986, por ejemplo), considerando que el delito es, fundamentalmente, producto de una elección racional; sin negar que en los individuos interactúan factores psicológicos, sociales, etc., lo cierto es que hay una generalidad de delitos que son cometidos a partir de un concepto económico de “utilidad esperada”, es decir, con ánimo de beneficio, asumiendo el riesgo de la detención. Los delincuentes tendrían una mentalidad dispuesta de manera que la expectativa de beneficios-costes pueda ser favorable al delito, posiblemente por una baja estimación de los riesgos, especialmente a corto plazo, junto a una alta necesidad de inmediatez en el beneficio que puede estar relacionada con la magnitud de la motivación.

1.2.3. Las influencias sociales y psicosociales en el estudio de la delincuencia

Aunque la criminología es deudora de juristas y médicos en sus orígenes, también debe destacarse la escuela francesa de Lyon o criminal-sociológica, en oposición a la lombrosiana, cuyo principal representante, el médico Lacassagne, propugnaba la superior responsabilidad del ambiente en el delito frente a las variables constitucionales (Göppinger, 1975); el jurista Tarde lleva al extremo esta postura al minimizar la responsabilidad del individuo, condicionado por sus circunstancias sociales, que podrían poner en entredicho el libre albedrío en el que se basan todos los sistemas penales; pero no es esta línea radical la que ha trascendido a corrientes posteriores: los procesos sociales están en la base de toda la criminología posterior, como parte de la aportación del ambiente a la construcción del individuo o actor. Han existido muchas otras escuelas criminológicas con planteamientos más medidos que los descritos -los cuales son quizá más mencionados habitualmente por su radicalidad que por su vigencia-, que abordan

tanto las variables constitucionales como las ambientales. Posteriormente, la sociología como ciencia ha aportado una serie de modelos explicativos de la delincuencia que han tenido mucha trascendencia para comprender no sólo la función del delito en la estructura social sino también las diversas influencias ambientales en el individuo delincuente.

Emile Durkheim (1858-1917), en “Las reglas del método sociológico”, rechaza las tesis del contrato social, que no podía ser justo en una sociedad basada en la desigualdad - como continuaba siendo la sociedad industrial de su época- y a través de un análisis crítico de las teorías económicas del libre mercado, basado en las leyes de la oferta y la demanda, explica que la sociedad no puede ser igual a la suma de sus miembros individuales ya que los intereses del individuo no coinciden necesariamente con los sociales, por lo que éstos deben estudiarse como un modelo orgánico (estructural) y no desde una visión estática de la sociedad.

Para Durkheim, los instintos están determinados orgánicamente, mientras que la actividad racional depende de causas sociales; pero en su sociedad (y aún en la nuestra) los hombres no son libres para elegir, se desaprovechan sus facultades naturales y viven bajo una división del trabajo impuesta que genera la desviación y el desorden o, como él lo llamó, la anomia, al disociarse los intereses colectivos de los individuales. El delito, cuya tasa mantiene cierta constancia, sería un hecho normal y estaría determinado por lo que la conciencia colectiva, influida por el tipo social dominante, considera ilegítimo así como la pena sería una necesidad social con el fin de conservar las relaciones estructurales-funcionales y no obedecería a fines ideales; el delincuente sería un desviado debido a la deficiente estructura social. Esta situación anómico-egoísta podría desaparecer con la división del trabajo “espontánea” y no impuesta, acorde con las aptitudes individuales: el hombre no ansía lo inalcanzable; en su sociedad perfecta seguiría habiendo desviados, pero sólo por motivos biológicos y psicológicos (desviado biológico), en las sociedades injustas existirían desviados rebeldes, funcionales para el cambio social, y desviados distorsionados, individuos mal socializados en una sociedad enferma.

La sociología adquirió paulatinamente un papel predominante en los estudios criminológicos de los EEUU a lo largo del siglo XX, introduciendo el estudio de la estructura social, su funcionalidad, la desviación y la marginación en la génesis de la

delincuencia. La criminología orientada hacia la sociología se conoce como “Escuela Americana”, aunque no presenta un origen unitario: algunas escuelas se han centrado en las estructuras y procesos sociales, mientras que otras se han acercado más a los procesos psicológicos. Dentro del primer grupo de escuelas, cabe destacar la Escuela de Chicago, que Göppinger (1975) considera una de las primeras que intenta explicar el crimen; desde una perspectiva ecológica, estudian el municipio y la relación del hombre y su entorno.

Siguiendo con Göppinger, Thraster logró definir una “zona de bandas” en Chicago que describió geográfica y socialmente como zonas de tránsito, suponiendo que la criminalidad surge en los márgenes de la civilización y en zonas que carecen de las normales condiciones para vivir. Posteriormente, Shaw y McKay obtuvieron resultados similares fuera de Chicago, demostraron que la criminalidad disminuye estadísticamente al alejarse del centro y de las zonas industriales, zonas que denominaron “delinquency areas”, en las que el control social era mínimo y no existía un conjunto congruente de normas culturales. La delincuencia se aprendería por “contagio”, utilizando una analogía médica.

Según la perspectiva de la desorganización o patología social, la mejoría en las condiciones de vida conllevaría el descenso de la delincuencia, pero cuando se aplicaron programas a gran escala con estos fines los resultados no acompañaron esta presunción, por el contrario, en algunas situaciones de bonanza económica la delincuencia aumentó (Garrido *et al.* 2006); por ejemplo, la amplia intervención del Estado Sueco para mejorar la calidad de vida y asistencia a los ciudadanos no se corresponde con una reducción de la tasa delictiva, sino con un aumento de delitos gratuitos, tal vez producto de un debilitamiento del sentido de responsabilidad individual (López Rey, 1975). Así pues, son necesarias otras explicaciones.

Los límites de las teorías de la anomia y de la desorganización social llevaron a rechazar la noción clásica de sociedad como consenso y admitir que la sociedad contiene una pluralidad normativa y es una organización diferencial. Los aspectos psicológicos se implican en los estudios posteriores, como los de Edwin Sutherland, que desarrolló la “teoría de la organización diferencial” en 1910; con su colaborador, Cressey, esta teoría evolucionó hasta ser una de las teorías de la criminalidad que más influencia han tenido posteriormente: la “teoría de la asociación diferencial” (Sutherland y Cressey, 1960).

Según sus postulados, el delito se aprende igual que cualquier otro tipo de comportamiento, de acuerdo con las teorías psicológicas del aprendizaje: el delincuente lo es por haber aprendido más definiciones favorables a la violación de la ley que desfavorables; la organización diferencial explicaría la existencia de normas delictivas mientras que la asociación diferencial explicaría su transmisión.

Para Cloward y Ohlin (2001), que desarrollaron la “teoría de la ocasión diferencial”, la anomia puede explicar los orígenes de la conducta desviada pero el estilo de vida y los valores sociales y morales -o subcultura- no siguen siempre el mismo esquema, dependiendo de las condiciones sociales específicas. Los habitantes de una “conflict subculture” pueden estar aislados tanto respecto a ocasiones legales como criminales (guetos de emigrantes, por ejemplo) siendo la violencia una forma de descarga del descontento; en otro tipo de subcultura (retreatist subculture) se encontrarían personas que han renunciado al logro de cualquier meta socialmente deseable (marginados del alcohol o las drogas); la “criminal subculture” no sería un grupo cerrado, sino un conjunto de relaciones heterogéneas que disminuiría la resistencia a la conducta ilegal facilitando la evitación de los sentimientos de culpa y el aprendizaje de las habilidades necesarias entre distintos grupos de edad. La conducta desviada sería una actividad colectiva, no una adaptación individual.

Posteriormente, en un enfoque más claramente psicológico, Glaser aporta su “teoría de la identificación diferencial”: *“Una persona sigue el camino del crimen en la medida en que se identifica con personas, reales o ficticias, desde cuya perspectiva su conducta criminal parece aceptable”* (Glaser, 1968, en Göppinger, 1975, pp. 39-51). Esta identificación puede deberse a una relación positiva con roles criminales pero también a una reacción negativa contra el sistema social (contra la policía o el sistema de justicia, por ejemplo).

Retomando las tesis estructuralistas de Durkheim, pero trascendiendo sus motivos biológicos y económicos, Robert K. Merton (1977) propuso una explicación social del egoísmo y la anomia: las reglas sociales no están claras, el igualitarismo no es más que una presunción y la desviación es una adaptación normal por discrepancia ante un ambiente egoísta, que confunde la eficiencia con la legitimidad. Merton discrimina entre estructura cultural, que se refiere a las normas y objetivos generales, y estructura social,

que se refiere a las relaciones sociales, determinantes para cada miembro de la sociedad y sus grupos; la anomia, resultado de los valores evanescentes en una sociedad cambiante, sería signo de quiebra entre metas sociales y caminos para obtenerlas. Merton realiza una tipología de estilos de adaptación individual, según el grado de socialización, ante una sociedad cuya estructura genera tensiones destructivas; entre ellas, la innovación -o el éxito utilizando cualquier medio, incluido el ilegítimo- explicaría la delincuencia que persigue el logro de expectativas culturales normales que han sido truncadas por la estructura social, pero no siempre los motivos del comportamiento desviado -o no conformista- son económicos.

Abundando en la tensión como precursor de la desviación, Cohen aportó la noción de estatus, siendo su falta el elemento detonante de la delincuencia. La frustración de estatus a causa de dificultades educativas o falta de habilidades empujaría, especialmente a los jóvenes, a una reacción (o reactancia) contra un sistema concebido para la clase media (Garrido *et al.* 2006).

Más recientemente, partiendo de las tesis sobre la tensión de Merton, Cohen y de otros autores como Cloward y Ohlin, Robert Agnew formuló la teoría general de la tensión, contemplando una amplia gama de estudios criminológicos derivados de las perspectivas sociológica y psicológica. Según Agnew, la delincuencia es producto de estados emocionales negativos que a su vez se producen a través de un modo negativo de relacionarse con otras personas (Garrido *et al.*, 2006, ya citado). La ira, la frustración o el resentimiento pueden llevar a acciones encaminadas a reducir esa tensión, razonamiento que tiene ciertos paralelismos con algunas interpretaciones psicoanalíticas que se describen más adelante, y que entra de lleno en la perspectiva psicológica individual de la delincuencia.

1.3. LA PERSPECTIVA INDIVIDUAL EN EL ESTUDIO DE LA DELINCUENCIA

1.3.1. Aportaciones de la medicina al estudio de los criminales

Junto a los juristas, los médicos han sido los principales constructores de la criminología en sus inicios, en su enfoque más individual. De la medicina surgió la notable escuela italiana, que adopta una perspectiva antropológica -ya no jurídica- de la

criminología, conduciendo al paradigma del “atavismo moral” (Peset y Peset, 1975; Göppinger, 1975; Garrido, 1984). Su representante más notable, el médico Lombroso (1835-1909), autor de “L'uomo delinquente” (1876), sistematizó una suerte de conocimientos, teorías e investigaciones dispersas y las acompañó de una extensa investigación biométrica; siguiendo las novedosas tesis evolucionistas, aunque admitiendo cierta influencia del entorno, los delincuentes serían considerados “atavismos”, menos evolucionados y por tanto físicamente reconocibles, incapaces de cumplir con las complejas exigencias sociales de la época. Posteriormente redujo a un tercio la existencia de estos criminales natos, admitiendo en los demás casos la influencia de factores físicos, sociales y económicos como causa del crimen.

Lombroso suele ser reconocido como el fundador de la criminología científica, aunque existen otros importantes autores, anteriores y coetáneos, que también creían en la influencia de las características anatómicas en la personalidad –creencia ya existente en la antigua Grecia-, como della Porta en el S.XVI, Lavater en el XVII, o Lauverne y Broca en el XIX, este último investigando una zona del cerebro que sigue llevando su nombre. También Morel (1809-1873), quien influyó notablemente en Lombroso, sostuvo que el crimen era una degeneración hereditaria, individual o familiar, el extremo negativo de una normal distribución en la población de la inteligencia y la sensibilidad. Por su parte, Franz Gall fue precursor de la localización funcional, la fisionomía y la frenología. En todo el siglo XIX se realizó un tipo de investigación científica de las anomalías físicas y fisiológicas de los criminales, midiendo sus cráneos, describiendo sus deficiencias o realizando autopsias, pretendiendo establecer sus rasgos distintivos e incluso tipologías de delincuentes basadas en esos rasgos, biológicamente predeterminados; pueden ser considerados los antecesores de la medicina y psiquiatría forenses y en su momento dieron origen a la escuela frenológica, que tuvo categoría de ciencia pero fue absolutamente vilipendiada poco después, en especial desde que se hicieron públicas las deficiencias metodológicas de las últimas investigaciones de Lombroso. Al menos en el caso de Broca y Gall, sus descubrimientos sobre morfología y fisiología del sistema nervioso siguen siendo reconocidos y aquellos primeros trabajos de investigación científica, con todas las limitaciones inherentes al desarrollo tecnológico de su época, merecen el reconocimiento de su enorme mérito aunque sus conclusiones sobre los criminales no se hubieran sostenido durante tanto tiempo. De hecho, la primera hipótesis

de Gall sobre localización de funciones en el cerebro no andaba desencaminada –en todo caso, menos que sus detractores - aunque sus extrapolaciones sobre protuberancias cerebrales condujeron a numerosos estudios absurdos (Le Doux 1996).

Cabe destacar las aportaciones de algunos psiquiatras tradicionalmente destacados en el campo que nos ocupa y notables también en el de la psicología criminal, especialmente los procedentes de la psiquiatría clásica centroeuropea de finales del XIX y comienzos del XX (Göppinger, 1975). Kraepelin (1856-1926) concibió el delito como una enfermedad social, analizando la disminución de la imputabilidad y también se realizaron muchos trabajos aplicando la teoría de los temperamentos de Kretschmer (1888-1964), clasificando a los delincuentes y a los psicópatas en tipologías. Generalmente se trabajaba desde una perspectiva biologicista, dada la formación primordialmente médica de los psiquiatras y la novedad de la psicología como ciencia en aquellos momentos, pero se introducían frecuentemente tanto aspectos sociales como psicológicos que interactúan con -o se derivan de- los hereditarios o constitucionales, como el concepto de carácter (Kretschmer), adquiriendo identidad propia. Krafft-Ebing (1840-1902) estableció lo que llamó “estructuras básicas de la psicología criminal, y publicó en 1886 su “*psychopathia sexualis*”, en la que realiza una clasificación de desviaciones sexuales (aunque sin discriminar si están tipificadas como delito o no) a partir de casos reales; fijó en el lenguaje términos como “sadismo” y “masoquismo”, siendo un precursor de la sexología y la medicina forense (Krafft-Ebing, 2000). Birnbaum, escribió una psicopatología criminal desarrollando una doctrina psicobiológica del delincuente y describiendo al criminal psicópata (Göppinger, 1975). Posteriormente, fueron influyentes los trabajos de Schneider (1974), que estudió extensamente la psicopatía y sus tipos.

Las investigaciones cromosómicas dieron también algunas hipótesis sobre el origen genético de la delincuencia al encontrar patrones delictivos y conducta violenta reiterada en sujetos con trisomía del cromosoma Y, así como en otras alteraciones genéticas; pero es evidente que tales anomalías aparecen de manera anecdótica en población no criminal y existen pocos estudios en criminales, en alguno de los cuales, además, se registran abusos y problemas sociales complicando las historias de estos sujetos (Briken, Habermann, Berner y Hill, 2006) .

Recibieron más impulso los estudios comparativos entre gemelos univitelinos y bivitelinos que buscaban correlaciones entre factores genéticos y criminalidad, siguiendo la línea iniciada por Galton en 1876 (López Rey, 1978) de la cual Lange es su mayor representante. Pero la metodología de esos estudios dejaba bastante que desear y sus conclusiones tampoco eran definitivas. Grisolia, (2000) reseña varios estudios genéticos que demuestran una mayor predisposición a la violencia entre gemelos monozigóticos que entre los dizigóticos, de los que se desprende que los factores genéticos pueden contribuir desde un 28% hasta un 42% en la variación de la agresividad en niños.

Estudios posteriores intentaron poner límites a la cuestión, tal vez porque lleva a peligrosas conclusiones para el control social del delito; la correlación entre delincuencia de mellizos idénticos es sólo poco más elevada que en mellizos fraternales y tal vez podría explicarse también por factores ambientales (Garrido *et al.* 2006); desde el punto de vista metodológico, para evaluar la influencia de la herencia en el comportamiento delictivo parecen más adecuados los estudios de hijos adoptivos y también en este tipo de estudios se ha encontrado mayor correlación entre delito y padres biológicos delincuentes que respecto a padres adoptivos pero con escasa diferencia para ser concluyente. Hay evidencias de que el sistema nervioso autónomo, genéticamente heredado, puede influir en la capacidad para integrar reglas sociales (Garrido, 1984); aunque difícilmente puede encontrarse una relación directa de la genética con el comportamiento delictivo, lo cierto es que hay muchos estudios que encuentran concordancia genética para el crimen hasta en un 70%, aunque parece que el entorno influye más en el comportamiento infantil y el femenino (Raine, 2001). En todo caso, habrá que esperar una posible aplicación de los avances tecnológicos en genética al estudio de criminales para obtener resultados más esclarecedores.

En una extensa revisión de estudios -fundamentalmente biológicos- sobre el comportamiento agresivo, Niehoff (2000) resume varios de ellos con resultados similares, pero también reseña la posibilidad de la influencia genética en aspectos más complejos; es posible que entre el 40 y el 60 por ciento de la variación de rasgos temperamentales y de personalidad, como la inhibición, la sensibilidad o la sociabilidad, se deban a factores genéticos; entonces, estos factores genéticos mediatizan la conducta antisocial o violenta pero no directamente sino a través de la construcción psicológica del individuo, que se ha dado en llamar personalidad y que es producto de la interacción del sistema nervioso y

hormonal heredado con las influencias ambientales y sociales recibidas a lo largo de la vida.

Para López Rey (1978), ciertas modalidades “toscas” del comportamiento pueden hallarse más determinadas genéticamente que otras, pero la delincuencia es una multiplicidad de problemas menores a los que no puede darse una gran respuesta. Según Göppinger, *“Crimen y criminal ocupan a la Psiquiatría sólo de forma marginal; por una parte, los criminales psíquicamente anormales constituyen sólo una pequeña fracción de los anormales mentales –a no ser que, con desprecio de las categorías psicopatológicas, se extienda simplemente este concepto a todos los socialmente irregulares-... ”* (Göppinger, 1975, p.8). En efecto, actualmente los psiquiatras se ocupan más de criminales anómalos, psicópatas, psicóticos y delincuentes sexuales, que de la delincuencia en general; esa extensión de la psicopatología que Göppinger critica requiere de alguna reflexión que se expondrá más adelante al tratar el trastorno antisocial de la personalidad.

1.3.2. Enfoque psicoanalítico y psicodinámico

Superados ya los estudios de principios del siglo XX sobre la inferioridad intelectual y el determinismo biológico de los delincuentes, lo que se debió tanto a los avances de la medicina como a los estudios sobre las influencias sociales y educativas, empezaron a cobrar importancia las teorías basadas en el aspecto individual y psicológico del delincuente, algunas de ellas provenientes de la perspectiva psicoanalítica.

Freud encontró algunos pacientes de elevada moralidad que confesaban haber cometido actos ilícitos en sus años juveniles: esas infracciones sin motivo aparente proporcionaban, de algún modo, un alivio psíquico. Freud los denominó delincuentes por sentimiento de culpabilidad (Freud 1974) y encontró su origen en el sentimiento de culpa provocado por el complejo de edipo, que de ese modo quedaba adherido al acto delictivo, más inocuo. Freud no realizó muchas más referencias a la delincuencia, pero sí lo hicieron otros psicoanalistas, siendo el sentimiento de culpa y la relación materno-filial en la primera infancia los ejes centrales de sus reflexiones. Para Lacan (1990), al estudiar el crimen o al criminal es necesaria su referencia sociológica; según este autor, la obediencia a las reglas del grupo es un mito, toda sociedad contiene una ley positiva que castiga el crimen e igualmente contiene en su interior todos los grados posibles de trasgresión.

Lacan entiende la conducta delictiva a la luz de la interpretación edípica (el crimen primordial y origen de la ley universal) y la califica de mórbida no por el acto en sí, sino por su carácter simbólico. La “responsabilidad”, pues, implicaría un asentimiento subjetivo para que el castigo tuviera significación, siguiendo la línea freudiana del delincuente necesitado de castigo, que podría obtener apoyo empírico en conocidos casos criminales estudiados por psiquiatras, en los que también son frecuentes las motivaciones sexuales (Bourgoin, 1993).

Autores como Zilboorg o Jonson relacionaban el problema de la delincuencia con un déficit en el funcionamiento del superyó, mientras que Bowlby lo hacía con la falta de afecto y otros con la frustración de necesidades o con la falta de oportunidades para el éxito, desarrollando una formación reactiva, una manera de compensar su debilidad y obtener satisfacción (Garrido, 1993).

Uno de los estudios más influyentes fue el de Alexander y Staub, quienes consideraban la delincuencia como una forma de neurosis compulsiva, también desencadenada por deseos incestuosos; clasificaron a los delincuentes según el grado de participación del yo en el acto criminal, entendiendo que el castigo también debe depender de esa participación, en una concepción de la responsabilidad cercana a la jurídica, a partir del neopositivismo. En su clasificación distinguen dos grupos principales: delincuentes crónicos y accidentales. En el primer caso estarían aquéllos con deficiencias debidas a trastornos tóxicos u orgánicos, neuróticos, productos de la educación (superyó criminal) y criminales “genuinos”, (de cuya existencia dudan). En el segundo, encontraríamos los crímenes situacionales y los casuales (Friedlander, 1981).

Siguiendo una línea semejante a la anterior, Friedlander estima que la mayoría de los delincuentes juveniles lo son debido a su formación caracterológica antisocial, producida por la combinación de factores constitucionales y ambientales, siendo los factores primarios la relación del niño con la madre y posteriormente con el padre, aunque la pobreza y otros factores ambientales incidirían en perjuicio de la relación, conduciendo a un superyó débil; no obstante, entiende que también existen delincuentes por perturbaciones orgánicas y por perturbaciones del yo.

Una de las teorías más comprehensivas que reseña Garrido (1993), es la de Stott, que toma la conducta delictiva como un escape de una situación emocional que el sujeto

no puede tolerar, condicionado por su historia; aunque es un planteamiento más apropiado para explicar concretamente la delincuencia juvenil, tiene el atractivo de integrar las emociones en su ecuación, con un peso adecuado a su permanente presencia en cualquier conducta humana. Además, su apreciación del efecto negativo de la perturbación emocional en las medidas de inteligencia es de una innegable utilidad.

El concepto de proceso bifásico, que consta de una fase de retiro y otra de restitución, fue aplicado por Freud tanto a la teoría de las neurosis como a la psicosis y parece el esquema natural a aplicar al análisis de la delincuencia. Para Lagache, la frustración en las relaciones interpersonales, ocurrida en algún momento del proceso de socialización (generalmente en los primeros años de vida) produciría una respuesta de retiro, que no permite la adecuada identificación con la figura paterna, y por tanto, la interiorización de valores. Esa frustración conduce a una necesidad de restitución, de obtener satisfacción a sus necesidades, que comienza mediante el ataque contra la realidad y los valores sociales, que son postergados ante otros valores que permiten esa satisfacción; la integración en un medio social adecuado a esos valores alternativos completaría el proceso delincuencial (Lagache, 1982).

Todas estas perspectivas son interesantes y coinciden en lo fundamental, compartiendo también con otras disciplinas el problema de ser excesivamente molares cuando han derivado habitualmente del estudio de casos, frecuentemente de delincuentes juveniles; difícilmente pudiera cada una dar cuenta de la variedad de situaciones y personas relacionadas con la conducta delictiva. El propio Lagache (ya citado) apreciando la importancia de la formación de la personalidad en la “psicocriminogénesis”, estima que la generalización entraña una gran dificultad no sólo porque las personalidades criminales pueden ser muy diversas sino porque los sistemas de interpretación también son múltiples dentro del propio psicoanálisis.

Para los psicoanalistas, generalizando necesariamente, la delincuencia suele tener una naturaleza patológica, aunque pueda ser difícil reconocerla por su semejanza con la actividad normal (admitiendo el término normalidad en su uso cotidiano) ya que ambas se vuelcan hacia el exterior. Lo adaptable del comportamiento delictivo puede ser aparente, pero su finalidad real estaría relacionada con necesidades internas, como la omnipotencia exterior (Lagache), o con dificultades en el dominio de la realidad (Friedlander).

Puede haber delincuentes que no necesiten de una explicación psicoanalítica - como admite el propio Lacan y se desprende de las observaciones originales de Freud- cuyo comportamiento obedezca a una probabilidad de beneficio sin que intervengan elementos ajenos a los subyacentes en las conductas consideradas normales.

1.3.3. Perspectiva psicológica y teorías integradoras

Las relaciones entre Psicología y Derecho nunca han sido fáciles ni fluidas, tal como refleja ampliamente Jiménez Burillo (1986) en su análisis de varios trabajos sobre el tema, distinguiendo cuatro períodos:

En los inicios del siglo XX, a pesar de algunos trabajos pioneros de significados psicólogos, la aplicación de la psicología en el campo del Derecho era frontalmente rechazada por los juristas, lo que probablemente influyera en cierto abandono del tema. En el siguiente período, alrededor de los años 30, que se caracterizó por la abundancia de escuelas psicológicas y la división entre conductismo, psicoanálisis y experimentación, hubo algunas aportaciones interesantes que abundaban en la necesidad de acercar ambas disciplinas. Jiménez Burillo destaca un artículo de Hutchins y Slesinger, de 1929, que señalaba el uso habitual de supuestos sobre el comportamiento humano, al aplicar el Derecho, que nada tenían que ver con los resultados de los estudios científicos; aún actualmente, el trabajo de Redondo, Funes y Luque (1994) aporta datos que cuestionan seriamente algunos de los principios básicos de la utilidad penal.

En la década de los 50 aparecen importantes contribuciones de la Psicología Clínica y la Psicología Social que empiezan a ser influyentes, aun encontrando todavía seria resistencia de la clase jurídica. Por último, a partir de los 70 crece notablemente la producción de trabajos sobre psicología legal y jurídica, especialmente sobre Derecho Penal, con aportaciones de indudable importancia; se le ha llegado a llamar “la edad de oro de la Psicología Jurídica” (Jiménez Burillo, ya citado).

Sin embargo, algunos modelos científicos han sido calificados de deterministas, siendo rechazados por juristas y filósofos que sostenían la tesis de la libre voluntad como única razón del comportamiento (Garrido, 1993), tesis que impregna la mayor parte de los modelos clásicos de ejecución penal, a pesar los flacos resultados que han venido mostrando.

A pesar de las críticas y de la falta de repercusión de los resultados científicos en los métodos establecidos para la corrección penal, los estudios psicológicos sobre la delincuencia han tenido frecuentemente una vertiente pragmática de la que pueden obtenerse resultados aplicables, aunque moleculares, tanto a las políticas preventivas como a las de rehabilitación social; esto puede decirse especialmente de los estudios basados en las diferencias individuales. Procedentes de la tradición criminológica, que consideraba a los delincuentes menos inteligentes (genéricamente), los estudios psicológicos sobre cociente intelectual (CI) han mostrado diferencias significativas. El bajo CI también se ha relacionado en la investigación con la conducta antisocial infantil en varones (Koenen, Caspi, Moffitt, Rijdsdijk, y Taylor, 2006).

Los delincuentes obtienen, empíricamente, 8 puntos menos de media en CI que la población general, menos aún si se trata de delincuentes crónicos, independientemente de factores sociales, familiares o de otros problemas (Hernstein y Murray, 1994); esto podría explicarse por sesgos en los estudios, que incluirían delincuentes fácilmente detenidos, pero no se ha encontrado tal relación (Garrido *et al.* 2006).

Según Henggeler (1989), las carencias de los delincuentes parecen centrarse en una baja inteligencia verbal, que interferiría con el rendimiento escolar y las habilidades para relacionarse además de dificultar el desarrollo de los procesos cognitivos superiores, entre los que se cuenta el razonamiento moral; la suma progresiva de estos tres tipos de dificultades facilitaría la conducta delictiva: de hecho existe una alta correlación entre ellas.

Hay pruebas de que la magnitud del cambio de CI es insignificante o poco fiable (Moffitt, Caspi, Harkness y Silva, 1993) por lo que este tipo de estudios puede tener poca aplicabilidad práctica, además de las dificultades inherentes a las intervenciones de prevención primaria hacia las que inevitablemente conducen.

1.3.3.1. Teoría de la personalidad delictiva

Una de las teorías psicológicas sobre la delincuencia más divulgadas es la de Eysenck (1964), fundada sobre los procesos de condicionamiento orgánicamente determinados que acaecen durante la infancia al formarse la conciencia moral. Según esta teoría, la corrección inmediata de los comportamientos infantiles inaceptables, social y

moralmente, es fundamental para el desarrollo de la ansiedad condicionada que conduce a la inhibición, siguiendo el modelo de “condicionamiento de evitación pasivo” de Mowrer (Garrido, 1993); este proceso de condicionamiento clásico, seguido del reforzamiento negativo que produce la inhibición del comportamiento sancionado, conseguirá el mantenimiento de los límites conductuales del niño y su fijación en el sistema de valores. De ahí la importancia que Eysenck concede a la intervención temprana en conductas delictivas infantiles y juveniles: cuando el proceso de condicionamiento no se produce adecuadamente, ya sea por inconsistencia de la consecuencia o por su insuficiencia, se produce una resistencia cada vez mayor al condicionamiento (inhibición latente).

Algunos estudios apoyan la hipótesis de que los delincuentes tienen una menor activación cortical que los no delincuentes, por lo que serían menos condicionables; esta falta de activación también produciría una mayor necesidad de estimulación y una alta tolerancia a los eventos aversivos, características que Eysenck identifica con la dimensión de personalidad “extraversión”. Así pues, los delincuentes serían sujetos extravertidos, especialmente cuando son jóvenes.

Según Eysenck, los delincuentes serían además neuróticos -es decir, tendrían un desequilibrio del sistema nervioso autónomo- con un exceso de activación emocional y un retardo en la recuperación de la normalidad que dificultaría aún más el proceso de condicionamiento; ello facilitaría la conducta impulsiva y la persistencia de hábitos disfuncionales a pesar de las consecuencias negativas, lo que explicaría la delincuencia persistente en la etapa adulta. Una tercera dimensión de personalidad que Eysenck incorporó más tarde sería el psicoticismo, definido aquí como insensibilidad o falta de afectos profundos, que se relaciona con los delitos más violentos y con la reincidencia. Como las dos anteriores, se trataría de una dimensión con base orgánica y por tanto heredable.

Sin embargo los supuestos de Eysenck no se han reflejado consistentemente en la investigación, aunque la dimensión psicoticismo -muy relacionada con la psicopatía- parece ser algo más sólida (Pérez, 1986). Los delincuentes, que muchas veces no sienten ansiedad condicionada ante la ruptura de normas -al menos no en la proporción necesaria para inhibir su comportamiento delictivo- pueden carecer de la necesaria activación

cortical para resultar adecuadamente condicionados pero también pueden haber carecido de una educación adecuada o delinquir por otros motivos.

1.3.3.2. Condicionamiento operante

El proceso de condicionamiento operante se ha utilizado también para explicar la conducta delictiva. Según este modelo, la conducta delictiva se aprendería exactamente igual que cualquier otra: mediante la obtención de reforzadores que puedan establecer firmes asociaciones entre la conducta y el estímulo elicitor, lo que puede aplicarse también a situaciones sociales; para Burgess y Akers (1966) los reforzadores condicionados (asociados a un refuerzo original) son fundamentales para el desarrollo de un adecuado proceso de socialización, siendo finalmente el propio sujeto una importante fuente de refuerzos condicionados para sí mismo.

1.3.3.3. Aprendizaje social y desvinculación moral

Otro de los modelos psicológicos aplicados a la conducta delictiva es el del aprendizaje social, que explica el proceso de socialización mediante el aprendizaje infantil de los comportamientos que observan a su alrededor, imitándolos y siendo instruidos por adultos y por otros niños. Según uno de sus postulados (Bandura y Walters, 1980) la conducta delictiva se aprendería por modelado o aprendizaje vicario, es decir, por la observación de modelos que realizan ese tipo de conductas satisfactoriamente, sin necesidad de que intervenga un instructor y sin necesidad de un reforzamiento directo: el comportamiento también puede consolidarse mediante refuerzo vicario.

Más recientemente (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001) se ha postulado la desvinculación moral como mediador en otras variables que intervienen en el aprendizaje de la conducta delictiva. La falta de autoeficacia para ceder a las influencias del entorno y para adaptarse al entorno social y académico influye negativamente en la capacidad de empatía y conducen a la desvinculación moral y a la rumiación de pensamientos de ira y venganza, facilitando la conducta delictiva; a su vez, la experiencia delictiva es predictor de delincuencia posterior.

1.3.3.4. Teoría tridimensional de la personalidad

Cloninger (1987) ha definido tres dimensiones de la personalidad reguladas por neurotransmisores específicos que están genéticamente predeterminadas aunque se combinan de diferentes maneras para configurar el funcionamiento de cada individuo.

La búsqueda de novedades es la excitación ante estímulos nuevos, que generaría actividades exploratorias, así como la tendencia a la evitación activa de consecuencias desagradables o de situaciones monótonas. La evitación del daño es la reacción ante las señales que avisan de la ocurrencia de estímulos aversivos o no experimentados con anterioridad, reacción que inhibiría aquellas conductas que pudieran producir consecuencias aversivas o no gratificantes y situaciones novedosas. La dependencia de la recompensa es la respuesta a señales de gratificación, que determinaría el grado de resistencia a la extinción de la conducta recompensada.

Estas tres dimensiones configurarían dos grandes tipos de personalidad según la intensidad de la búsqueda de novedades. El alcoholismo y también la conducta antisocial (Cloninger, Svrakic y Svrakic, 1997) se relacionarían con una personalidad de tipo II, compuesta de alta búsqueda de novedades, baja evitación del daño y baja dependencia de la recompensa.

1.3.3.5. Teoría de las personalidades antisociales

Lykken (1995) defiende la importancia de la herencia biológica en la determinación de nuestra conducta pero plantea también la necesidad de un proceso de socialización que nos inculque hábitos adaptados a las reglas para llegar a tener un comportamiento adaptado a las normas sociales. Durante el proceso de socialización, las prácticas educativas de los padres se aplican sobre unas características psicobiológicas (genéticas) que pueden facilitar el proceso de adquisición de las normas sociales o dificultarlo, incluso hasta producir una personalidad delincuente o psicopática. Una herencia facilitadora que se encuentra con un entorno deficiente conduciría a conductas delictivas y en este caso Lykken habla de personalidad sociopática, asociada a la ausencia de miedo y a la incapacidad de desarrollar aprendizaje por castigo, tesis apoyada por la investigación que relaciona la psicopatía con la carencia de temor (en el siguiente capítulo).

1.3.3.6. Taxonomía de Moffitt

Moffitt (1993), desde una perspectiva evolutiva, distingue entre conducta antisocial limitada a la adolescencia, bastante frecuente, y la delincuencia persistente, con inicio más temprano y menor incidencia. La conducta delictiva persistente tendría un origen compartido por causas psicobiológicas, entre las que señala especialmente la impulsividad, la irritabilidad o incluso déficits neuropsicológicos, y por causas ambientales y perinatales desfavorables, incluyendo problemas en el proceso educativo y de socialización. La combinación de una alta vulnerabilidad genética y un ambiente adverso produciría el peor resultado, por lo que se proponen sistemas de educación familiar, especialmente en casos de riesgo.

1.3.3.7. Teoría del autocontrol

Partiendo de las teorías del control social pero centrándose en las diferencias individuales, la teoría del autocontrol considera el delito como parte de la naturaleza humana, esencialmente hedonista y egocéntrica, siendo el resultado de decisiones tomadas en función del placer inmediato pero con minimización o ignorancia de los costes; las motivaciones son como las que subyacen a otros comportamientos normales pero el proceso de decisión se asemeja al que ocurre en otras conductas desviadas o imprudentes, que también suelen presentarse en los delincuentes. Así pues, la conducta delictiva depende de la interacción de la capacidad de autocontrol del individuo, adquirido en las primeras etapas de la vida, con la oportunidad presente en el entorno: a menor autocontrol, mayor probabilidad de delinquir suponiendo las mismas oportunidades.

Para Gottfredson y Hirchi (1990) el autocontrol, compuesto de varias características personales, permanecería estable a lo largo de la vida y explicaría la estabilidad de la conducta delictiva. Estos autores no consideran relevante la distinción entre tipos delictivos y la carrera criminal, entre otras variables, pero su modelo no explica todos los aspectos diferenciales. Por otro lado, si el bajo autocontrol se evalúa examinando las conductas delictivas, la idea de que un bajo autocontrol conduce al delito no puede someterse a contraste empírico (Peña, 2010).

1.3.3.8. Teorías integradoras

La dificultad más importante de las teorías explicativas de la delincuencia estriba en su generalidad; algunas son muy útiles para definir tipos delictivos concretos o procesos de aprendizaje y de desviación pero su capacidad explicativa es limitada (Garrido *et al.*, 2006).

Farrington (1996) aborda el estudio de la delincuencia como un fenómeno complejo y evolutivo, integrando varias de las principales teorías anteriores (subcultura, aprendizaje social, asociación diferencial, desigualdad de oportunidades y control). La delincuencia ocurre en el proceso de interacción individuo-ambiente como un método más de satisfacer los deseos personales, por ello es utilizado con mayor probabilidad por las clases desfavorecidas que no disponen de otros métodos; pero en la decisión influyen tanto las tendencias antisociales y las creencias y actitudes personales acerca de la norma, como los factores situacionales inmediatos. Así pues, el delito sería una categoría dentro del más amplio concepto de comportamiento antisocial, que se caracterizaría por su continuidad y versatilidad.

Existen otras numerosas formulaciones teóricas sobre la delincuencia, muchas de ellas pretendiendo integrar algunos aspectos fundamentales de teorías anteriores. Siegel (1998) clasifica estas teorías en tres grupos: A) Teorías multifactoriales, que integran de diversas formas los factores sociales, económicos, psicológicos, etc., que han sido centrales en las principales teorías revisadas anteriormente. B) Teorías de los “rasgos latentes”, que se basan en las diferencias individuales o de predisposición, en combinación con las variables situacionales y de oportunidad. C) Teorías de las etapas vitales, para las cuales existen distintas influencias en las sucesivas etapas hacia la madurez, en cada una de las cuales son más importantes distintos aspectos para motivar, producir o inhibir las conductas delictivas.

A pesar de estos esfuerzos integradores, en los que se reflejan una y otra vez los mismos conceptos clásicos, muy generalmente admitidos (Fernández-Ramírez, 2008), y de las apreciables aportaciones realizadas por unos y otros modelos, ninguna teoría puede dar cuenta de un fenómeno tan complejo, globalmente analizado (Garrido *et al.*, 2006). Es posible que un enfoque más fragmentado, que tenga en cuenta la variabilidad en los tipos

delictivos y en los tipos de delincuentes, pueda servir de base a una investigación de utilidad práctica más inmediata para los servicios de reinserción social.

1.4. DELINCUENCIA CONVENCIONAL Y PSICOPATÍA

El concepto de delincuencia convencional es difícil de delimitar; Herrero (2011) la define como aquella *“que se lleva a cabo en todo tiempo y lugar, dentro de las relaciones y situaciones sociales ordinarias, por parte de sujetos activos pertenecientes a la población en general, sobre todo los más marginados y excluidos, que ha sido, y lo sigue siendo, tradicionalmente incluida en las leyes penales de las sociedades civilizadas...”* Por el contrario, la delincuencia no convencional engloba los denominados por Sutherland, en los años 30, “delitos de cuello blanco” (corrupción, blanqueo de capitales, contrabando, tráfico de drogas a media y gran escala, delitos fiscales, financieros, ecológicos, etc.), a los que habría que añadir los delitos cometidos para financiar movimientos terroristas. Este tipo de delincuencia, que puede ser muy cualificada y tener incluso más relevancia en la vida social, constituye un capítulo aparte.

La violencia sería una de las características que frecuentemente acompañan a la delincuencia convencional, no sólo porque utilice medios de comisión agresivos puesto que también incluye tipos delictivos que utilizan medios más sofisticados, como estafas o robos con fuerza, sino por su relación con entornos y ambientes proclives a la violencia (Herrero, 2011). Sin embargo, los delitos violentos han sido objeto preferente de estudio, probablemente por causar mayor alarma social pero también por requerir de una explicación más compleja que el afán de lucro o la falta de reparo moral.

Por su parte, la psicopatía está ampliamente asociada a la delincuencia, especialmente a la violenta, y las medidas de psicopatía han mostrado capacidad para discriminar entre delincuentes que habían cometido algún acto de violencia instrumental de otros delincuentes no violentos o que exhiben violencia reactiva, obteniendo los primeros puntuaciones más elevadas en las evaluaciones (Cornell *et al.*, 1996); en mujeres (Floyd, 2000) también ha mostrado predecir mejor la criminalidad severa y el mal comportamiento penitenciario, por lo que parece ser uno de los aspectos más relacionados con la delincuencia convencional persistente o severa.

1.4.1. Agresividad y violencia

La sociedad sin violencia ha sido uno de los ejes centrales de las propuestas utopistas a lo largo de la historia. Desde Platón o Luciano de Samosata se ha buscado la fórmula de la sociedad perfecta, especialmente en el siglo XIX. Hoy en día no se plantea la posibilidad de lograr un sistema social libre de violencia una vez que, desde todas las disciplinas, los estudios relacionados con la violencia ya sean biológicos, antropológicos, psicológicos o sociológicos, coinciden en que ésta es resultado de nuestra forma de ser al interactuar con nuestro medio físico y social; probablemente no sería posible erradicar la conducta violenta pero sí es posible conocer sus premisas, los mecanismos que la suscitan y los que la inhiben.

La agresión es un método básico para la mera supervivencia en muchas especies, especialmente en las especies depredadoras que necesitan alimentarse de otros animales, una de las cuales es la humana; pero también tiene un papel importante en otras funciones como la reproducción, la jerarquía grupal o la defensa territorial. Moyer, en 1968, había catalogado en animales algunas intervenciones agresivas con una función social (Hinde, 1977) y Wilson, en 1980, distinguió seis tipos de agresión con muy diferentes funciones (Niehoff, 2000); la mayoría están directa o indirectamente relacionadas con la supervivencia y el bienestar del individuo - como la depredadora, la defensiva, la dominadora y la territorial- o con la reproducción -como la sexual- pero también incluye la agresión disciplinaria de los padres y la agresión moralizadora, tanto en el hombre como en otras especies altamente evolucionadas. Desde este punto de vista, cierto tipo de agresión puede tener funciones educativas y contribuir al buen funcionamiento social del grupo, redundando en una mejor adaptación.

Hinde (1977) entendía que debemos empeñarnos en buscar los medios necesarios para reducir la agresividad, aun ignorando las repercusiones que ello podría tener en la estructura de la personalidad del individuo. Esa posición radical podría ser poco ecológica además de utópica: aunque fuera posible reducir la agresividad en una sociedad determinada los recursos que nos demande el futuro son imprevisibles, la agresión e incluso la violencia pueden ser necesarias en algunas situaciones y son aceptadas social y jurídicamente en casos como la propia defensa.

Desde un punto de vista etológico, el comportamiento agresivo ha sido seleccionado en la mayoría de las especies superiores como elemento imprescindible para la supervivencia, tanto de la especie como de sus individuos: un buen manejo de la conducta agresiva aumenta las probabilidades de supervivencia y de reproducción de un individuo dado. Pero, ¿es igualmente válida esta aserción en lo que respecta a la actual sociedad humana? La sociedad tecnológica ha deshabilitado muchas de las causas que intervienen en la evolución (Arsuaga, 2001), el entorno en el que se desenvuelve el ser humano ya no es el natural, el hombre es –prácticamente- el único depredador respecto a sí mismo (Sanmartín, 2002) y la reproducción o la supervivencia no se limita a los más aptos o los más fuertes; por ello, los principios evolucionistas son difícilmente aplicables en estas condiciones artificiales (Raine, 2001).

El ser humano no es sólo consciente de sí mismo, sino que es capaz de dirigir su propia metamorfosis utilizando herramientas bioquímicas o psicológicas: los cambios que nos producimos voluntariamente modifican la estructura del cerebro dada su plasticidad sináptica (Simón, 2002, Fishbein y Godman, 2002). Aunque algunos modelos explicativos de la delincuencia parten de supuestos evolutivos, comparados con otros resultan menos adecuados en su aplicación (Krauss, Sales, Becker y Figueredos, 2000) por lo que, sin negar que el ser humano es producto de la evolución y lleva consigo los mecanismos biológicos que le permitieron llegar al punto actual, en el estudio de la violencia y la conducta antisocial puede ser más conveniente partir desde otro punto de vista dado que el entorno, al menos potencialmente, es siempre más fácil de corregir que la biología (Grisolía, 2000).

Indudablemente hay sociedades más agresivas que otras, lo difícil es encontrar alguna que no lo sea en absoluto y, desde luego, no parece ser el caso de la nuestra; aunque existen múltiples vías para canalizar la agresividad natural en formas adaptadas y socialmente aceptables, incluso constructivas (Mora, 2002), su transformación en violencia y su uso inadaptado en nuestra sociedad no parece reducirse: por el contrario, forma parte de la vida cotidiana aunque pueda manifestarse de maneras más sutiles que con la mera violencia.

El conocimiento de los mecanismos de la agresión en las sociedades humanas no incluye solamente los mecanismos biológicos, son fundamentales los mediadores

psicológicos y sociales evolutivamente posteriores. Dado que no se han encontrado genes o precursores biológicos que controlen conductas específicas en los seres humanos, nadie está predestinado a ser violento aunque todos seamos capaces de ello; el funcionamiento neurobiológico, además, resulta modificado por factores ambientales aunque dependa de la expresión de genes específicos y por lo tanto puede ser modificado a través de técnicas humanas (Fishbein y Goldman, 2002). Conocer esos factores ambientales es, entonces, fundamental para el diagnóstico, prevención y tratamiento de la conducta violenta disfuncional, más allá del potencial agresivo o de la predisposición genética.

1.4.2. Delincuencia violenta

Nuestra cultura, que valora positivamente la agresividad en algunos planos como el deporte o los negocios, parece estar especialmente preocupada por la delincuencia violenta, que se sabe posible o cercana y que no estamos capacitados para enfrentar, tenemos nuestros propios asesinos famosos (Sanmartín, 2000; Garrido, 2000) aunque hasta tiempos recientes no han adquirido la notoriedad que tiene la larga lista de asesinos en serie americanos (Bourgoin, 1993; Ressler y Shachtman, 2005, por ejemplo).

Para Sanmartín (2002), la violencia es una alteración de la agresividad natural producida por la acción de factores biológicos o ambientales pero probablemente aunados de forma indisoluble. La agresión es adaptativa cuando se mantiene dentro de unos límites que implican la capacidad de estimar la potencial amenaza y de medir la intensidad de la respuesta defensiva; la falta de estas capacidades o el uso de la agresión por otros motivos producirían la conducta violenta e inadaptada (Niehoff 2000). Sin embargo no existen unos límites claros, de ahí la intervención de los tribunales para juzgar si un comportamiento agresivo se dirige hacia la persona adecuada, en el momento preciso y con una intensidad proporcionada. La cultura, la opinión pública o las circunstancias coyunturales pueden convertir esos límites en una zona gris más o menos difusa, pero aun así, existen comportamientos sumamente violentos, disfuncionales, que carecen de explicación racional o están tan alejados de la experiencia común que ya no se podría hablar de errores sino de comportamientos antisociales.

La conducta antisocial parece tener una naturaleza unidimensional: los comportamientos problemáticos que conforman la conducta antisocial comparten la etiología por lo que están fuertemente asociados entre sí (Andreu y Peña, 2013), siendo la

agresión uno de los elementos constantes en los jóvenes con conducta antisocial autoinformada y con problemas de conducta informados por padres y educadores (López-Romero, Romero y González-Iglesias, 2011). La necesidad de prevenir los comportamientos agresivos desde la infancia ha potenciado la investigación de la agresión y de la conducta antisocial, en mayor medida en niños y adolescentes, relacionándose con experimentación de ira, creencias irracionales e intolerancia a la frustración, entre muchos otros aspectos; esto si nos referimos a agresión física y a varones, aunque existen otros tipos de agresión (indirecta o verbal, por ejemplo) en los que estas mismas variables funcionan de distinta manera (Fives, Kong, Fuller y DiGiuseppe, 2011).

Se ha establecido una clara distinción entre la agresión impulsiva -llamada también afectiva, reactiva u hostil- y la agresión premeditada -identificable también como proactiva o instrumental- (Andreu, Ramirez y Raine, 2006). El uso de sustancias, especialmente el alcohol, que se ha relacionado abundantemente con la agresión en jóvenes, parece estar más estrechamente vinculado a la agresión proactiva (Fite, Schwartz y Hendrickson, 2012). Koolen, Poorthuis y Van Aken (2011) han encontrado diferencias en medidas cognitivas y de personalidad en niños calificados por sus pares como agresivos proactivos o reactivos; el egocentrismo y la baja amabilidad resultaron predictores de la calificación de agresión proactiva, en tanto que la mala atribución de culpabilidad y falta de autoregulación predijeron la calificación de agresión reactiva.

La agresión proactiva también es diferente de la reactiva en cuanto a su motivación (Andreu, Ramirez y Raine, 2006); ello supone la acción diferencial de procesos valorativos, cognitivos, de autorregulación y de inhibición/deshinibición, que implican diferentes factores sociocognitivos, afectivos y conductuales así como contextuales. En tanto la primera obedece a la necesidad de causar daño al objeto que ha desencadenado la ira (dolor) mediante una provocación percibida, la segunda obedece al propósito consciente y deliberado de obtener algún tipo de beneficio (Andreu, 2009). La activación emocional, desagradable, que se relaciona con el condicionamiento de miedo y el control afectivo, estaría presente en la agresión impulsiva pero no en la agresión premeditada.

Según Andreu (ya citado), la reducción de un estado emocional negativo a través de la respuesta agresiva mantendría la agresión impulsiva por reforzamiento negativo, en tanto que el agresor proactivo mantendría su conducta por reforzamiento positivo, con percepción de autoeficacia; el primero construiría un esquema cognitivo hostil en función de sus experiencias negativas, en tanto que el segundo construiría un esquema instrumental y de autoeficacia basado en sus éxitos utilizando la agresión. En la Tabla 5 se comparan las características diferenciales encontradas entre los dos tipos de agresión.

Tabla 5
Algunas Características diferenciales ente agresión impulsiva y premeditada

Agresión impulsiva	Agresión premeditada
<ul style="list-style-type: none"> - Afectación emocional negativa (enfado, ira u hostilidad) - En respuesta a una provocación percibida - Tendencia a la atribución de hostilidad - Impulsiva - Historia de victimización y maltratos 	<ul style="list-style-type: none"> - Agresión con un objetivo y que no es provocada - No hay activación emocional - Creencia en los resultados positivos y en los resultados de la violencia - No impulsiva - Exposición a modelos agresivos

(Fuente: Andreu, 2009)

López-Romero, Romero y González-Iglesias (2011) encuentran que la agresión reactiva se asocia a jóvenes con impulsividad, problemas de internalización o falta de competencia social, con mayores niveles de ansiedad y neuroticismo y peor situación académica y sociofamiliar; a los jóvenes con rasgos psicopáticos, que participan de los dos, se asocia fuertemente la agresión proactiva una vez controlado el efecto de las demás variables. Por su parte, Kolla, Malcom, Attard, Arenovich y Blackwood (2013) encontraron una fuerte relación de los malos tratos ocurridos en la infancia con la agresión reactiva en delincuentes violentos antisociales, en tanto que la psicopatía resultó únicamente asociada a la agresión proactiva una vez controlada la asociación entre maltrato y agresión reactiva, sugiriendo que aquella puede ser un marcador conductual de rasgos psicopáticos. También se han encontrado diferencias en la reactividad emocional, asociándose la agresión proactiva a una menor reactividad así como a la psicopatía, especialmente a su faceta narcisista, en tanto que los sujetos con mayor reactividad

autonómica muestran mayor agresión reactiva (Muñoz-Centifanti, Kimonis, Frick y Aucoin, 2013).

Las implicaciones de este modelo en cuanto a la clasificación y propuesta de tratamiento penitenciario de los delincuentes violentos son evidentes: si la motivación para un tipo u otro de agresión es diferente, el proceso para pasar al acto delictivo también lo es y el procedimiento de intervención debe ser igualmente diferente.

Los crímenes cometidos con violencia extrema, especialmente cuando ésta es aparentemente gratuita, son los que más alarman y suscitan rechazo en la sociedad aunque por fortuna son una ínfima parte del conjunto de delitos que sufre la población. Algunos de estos delincuentes son denominados “psicópatas”, otros han sido diagnosticados como psicóticos profundamente enfermos pero frecuentemente no hay una clara línea divisoria. Estos crímenes pueden responder a una mente trastornada, que pierde el contacto con la realidad y experimenta alucinaciones u otros síntomas psicóticos (Garrido, 2000); pero también pueden ser cometidos por un individuo racional y consciente de sus actos, que elige cometerlo por unos motivos concretos que pueden ser difícilmente comprensibles: *“Los psicópatas criminales son muy peligrosos. Constituyen los delincuentes más violentos y nutren muchos de los casos de maltratadores de mujeres y niños, asesinos en serie, violadores sistemáticos, asesinos a sueldo y multirreincidentes”* (Garrido, 2000, p.12). Los psicópatas, además, pueden potenciar la violencia en los grupos que ya la practican y llegar a ser líderes de organizaciones criminales, aumentando su peligrosidad.

La asociación entre la conducta violenta y la psicopatía está ampliamente demostrada y existen numerosos estudios que relacionan ambos conceptos. También hay evidencias de que los presos psicópatas puntúan significativamente más alto en sadismo que los no psicópatas (Holt, Meloy y Strack, 1999) y de que sujetos no delincuentes ni institucionalizados, con alta puntuación en psicopatía, responden con afecto positivo ante imágenes de tristeza (Ali, Sousa y Chamorro-Premuzic, 2009); además, la delincuencia precoz se considera uno de los síntomas del trastorno (Hare, 1991).

Dado que los psicópatas pueden ser responsables de crímenes muy violentos (Hare, 2000) y que la cifra estimada de los delincuentes psicópatas en España es de aproximadamente 10.000 (Garrido, 2000), la psicopatía debe ser estudiada con detenimiento.

1.4.3. Conceptualización de la psicopatía

1.4.3.1. Precursores

El concepto de psicopatía es el resultado de una larga investigación y especulación clínica, aunque aún no se han definido completamente los mecanismos biológicos y ambientales en él implicados (Hare, 2000). Los primeros estudios que se han relacionado con la psicopatía se remontan al S. XIX en Francia, cuando Phillipe Pinel, (1745-1826), recordado por retirar las cadenas a los enfermos mentales (Freedman, Kaplan y Sadock, 1984), diferenció cuatro tipos de enfermedades mentales, y discriminó, en el grupo de la manía, a los sujetos que tenían “manía sin delirio”, proclives a accesos de ira sin sentimientos de culpa, sustancialmente diferentes de otros enfermos mentales; estos individuos eran implacables y carecían de restricciones, haciendo el mal de distinta manera que otros hombres (Hare, 2003). Sujetos parecidos son descritos por James Cowles Pritchard (1786-1861) poco después, en Inglaterra: personas moral y afectivamente depravadas y carentes de autocontrol, que padecían una “enfermedad moral” (Garrido, 1993). Sin embargo, es discutible que Pinel y Pritchard estuvieran describiendo los mismos trastornos o que éstos fueran similares a la psicopatía; además de la psicopatía, hoy se reconocen varios tipos de trastornos, que entonces no se consideraban enfermedades al no comprometer el intelecto (ausencia de delirio) pero que, al igual que aquélla, afectan a la afectividad y la voluntad (Marietán, 2000).

Un antecedente más directo de la psicopatía fue descrito en Alemania por Koch, en 1888, como “inferioridad psicopática”, describiendo un amplio catálogo de trastornos que incluía una variada casuística, que ha menudo se ha identificado con los trastornos de la personalidad (Moltó y Poy, 1997). Pero Koch no consideraba aquellas “disposiciones”, “taras” o “degeneraciones” psicopáticas como enfermedades, sino como inferioridades, esto un sentido más social que moral (Tendlarz y García, 2008); estas inferioridades dificultarían el funcionamiento normal del individuo, especialmente el funcionamiento social, pero no representan una enfermedad mental, en consonancia con la postura generalizada de los psiquiatras y forenses actuales que suelen considerar al psicópata responsable de sus actos (Martínez, López y Díaz 2001).

Por su parte, Kraepelin en su “Psiquiatría”, una de las más extendidas y clásicas clasificaciones de las enfermedades mentales, muchas veces revisada desde su primera

edición en 1883 (Freedman, Kaplan y Sadock, 1984), definió la personalidad psicopática situándola entre la psicosis y la neurosis, como una psicosis frustrada que comprende defectos permanentes de la vida afectiva y de la voluntad, de origen constitucional, aunque no propiamente como una enfermedad (Castilla del Pino, 1975); esa situación, en medio de dos grandes bloques, y la inclusión en ellos originalmente de criminales, homosexuales, perversos sexuales y otros elementos muy diversos, probablemente facilitó que el término “psicopatía” y sus semejantes, los trastornos de personalidad, se convirtieran en cajones de sastre donde podía caber casi cualquier cosa en tanto que no encajara en ninguno de los otros dos grandes diagnósticos.

1.4.3.2. Desarrollo clínico

En 1923, Schneider realizó una de las más completas y duraderas descripciones clínicas de la psicopatía, basándose en el concepto de “personalidad”, y la describió como un conjunto de personalidades anormales (entendiendo anormal como no habitual o estadísticamente infrecuente) que sufren o hacen sufrir a los demás a causa de esa anormalidad; tampoco considera que los psicópatas sean enfermos sino personas que, constitucionalmente, están predispuestos a comportarse de una manera inadaptada aunque el ambiente pueda matizar esas tendencias y existan áreas sociales o periodos en los que puede darse una mejor adaptación. Schneider construyó una tipología de personalidades psicopáticas con una rica descripción de rasgos y comportamientos, que debe entenderse como una construcción teórica y no como una serie de diagnósticos alternativos, por lo que está bastante alejada de las tipologías americanas de los trastornos de la personalidad aunque pudiera encontrarse algún paralelismo; el tipo “psicópata desalmado” sería el más semejante al concepto de psicopatía que se ha desarrollado posteriormente (Schneider, 1974).

Hervey M. Cleckley (1976), basándose en los casos clínicos que conoció a través del ejercicio de la psiquiatría, publicó en 1941 “The mask of sanity”, una descripción clínica de la psicopatía que viene a resultar en una incapacidad para comprender los valores personales (Garrido, 2000); la conducta delictiva o antisocial no era fundamental para este diagnóstico -lo que es comprensible ya que Cleckley desarrolló su trabajo en la práctica privada y no en instituciones correccionales-, aunque podía ser una faceta más del trastorno (Moltó y Poy, 1997). Según esta descripción, los psicópatas pueden aprender

a reproducir un discurso sentimental pero el sentimiento en sí mismo está ausente (Hare, 2003). El perfil del psicópata, según Cleckley, se expresa en los 16 criterios diagnósticos siguientes:

Criterios de Cleckley (1976) para el diagnóstico de la psicopatía.

Fuente: Graña y Crespo (1996)

1. *Considerable encanto e inteligencia por encima de la media.*
2. *Ausencia de alucinaciones u otros signos de pensamiento irracional.*
3. *Ausencia de ansiedad u otros síntomas neuróticos: considerable equilibrio, calma y facilidad verbal.*
4. *Falta de fiabilidad, descuido de obligaciones; ningún sentido de la responsabilidad en asuntos de poca y de gran importancia.*
5. *Falsedad e insinceridad.*
6. *Falta de remordimientos o de vergüenza.*
7. *Conducta antisocial que está inadecuadamente motivada y pobremente planificada, derivándose de una impulsividad inexplicable.*
8. *Juicio pobre y falta de capacidad para aprender de la experiencia.*
9. *Egocentrismo patológico; incapacidad para amar.*
10. *Pobreza general de emociones profundas y duraderas.*
11. *Carencia de intuición, incapacidad para verse a sí mismo desde el punto de vista de los demás.*
12. *Ingratitud hacia cualquier consideración especial, amabilidad y confianza.*
13. *Conducta fantástica y poco recomendable después de beber y en ocasiones incluso cuando no bebe: vulgaridad, rudeza, cambios del estado de ánimo súbitos, bromas.*
14. *Amenazas de suicidio raramente llevadas a cabo.*
15. *Vida sexual impersonal, trivial y pobremente integrada.*
16. *Fracaso en seguir un plan de vida de una manera ordenada*

El término “psicopatía” fue muy criticado en Estados Unidos en los años 30. Etimológicamente, psicopatía significa genéricamente “trastorno psicológico”, término adecuado al amplio catálogo de disfunciones que Koch describió; para indicar las desviaciones de las relaciones sociales propias de los psicópatas, Patridge propuso el término “sociopatía” (Patridge, 1930), incorporándose posteriormente a los sistemas de clasificación de la American Psychiatric Association (APA) las categorías “Trastorno sociopático de la personalidad”, “Reacción antisocial” y finalmente “Trastorno Antisocial de la Personalidad” (TAP), que figura en las últimas ediciones del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales y del Comportamiento (DSM).

Para Hare (2003), el término usado para clasificar este tipo de patologías refleja la posición teórica de partida respecto a su etiología: sociológica y experiencial, que correspondería a la sociopatía; bio/psicológica que correspondería a la psicopatía; el TAP refleja un enfoque exclusivamente conductual, menos comprometido en cuanto a la etiología. Estos distintos enfoques implicarían el estudio de trastornos diferentes.

En cuanto a la Organización Mundial de la Salud, su décima Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-10) emplea el término de “Trastorno Disocial de la Personalidad” para describir un conjunto de conductas y signos clínicos identificados con la psicopatía. Si estas categorías corresponden o no al mismo concepto es un tema que aún se discute pero la definición en términos conductuales que realiza la APA, frente al acento en las características de la personalidad que se emplea en la psiquiatría europea y en la OMS, hace difícil comparar los datos necesarios para llegar a una conclusión.

Tendlarz y García (2008), analizando las controversias entre las distintas escuelas, encuentran tres posiciones distintas: la constitucionalista, que determina una cierta predisposición genética y un mal pronóstico; la social, que nos llevaría a la necesidad de programas de tratamiento de reinserción; y la psicoanalista, que incidiría en buscar la cura en relación con la sexualidad (ésta, naturalmente, en su sentido freudiano). Es posible, sin embargo, una posición integradora asumiendo la multicausalidad del trastorno que se evidencia en la abundante investigación realizada a lo largo de los años.

1.4.3.3. La psicopatía a partir de R.D. Hare

La obra de Cleckley ha influido notoriamente en las investigaciones de Robert D. Hare, de la universidad de Vancouver (Canadá) que parte de la tesis (directamente derivada de Cleckley) de que los psicópatas no pueden integrar adecuadamente el área emocional con el razonamiento y la conducta (Garrido, 2000). Hare entiende la psicopatía como un trastorno de la personalidad y considera a los psicópatas como *“depredadores que encandilan, manipulan, y se abren camino en la vida sin piedad... Con una total carencia de conciencia y sentimientos por los demás, toman lo que les apetece, de la forma que les viene en gana, sin respeto por las normas sociales y sin el menor rastro de arrepentimiento o de piedad.”* (Hare, 2003, p.15). Los sujetos con esta descripción fácilmente entrarán en conflicto con la sociedad y con las leyes establecidas: aunque no necesariamente se convertirán en delincuentes o serán detenidos, su conducta violará los criterios éticos comunes en su entorno.

a) El trastorno psicopático de la personalidad y el PCL

Hare, Hart y Harpur (1991) propusieron el trastorno de la personalidad “psicopático” basándose en diez criterios, que abarcan tanto los síntomas cognitivos y

afectivos que son propios de la psicopatía de Cleckley, los cuales constituyen el primer factor o factor afectivo-interpersonal, como el comportamiento antisocial, que se ha considerado un segundo factor.

Tabla 6
Criterios para el Trastorno Psicopático de la personalidad

FACTOR 1	FACTOR 2
1. Locuacidad / Encanto superficial	6. Problemas conductuales en la infancia
2. Autoestima exagerada / arrogancia	7. Conducta antisocial
3. Ausencia de remordimiento	8. Impulsividad
4. Falta de empatía	9. Falta de autocontrol
5. Manipulación y engaño	10. Irresponsabilidad

(Fuente: Hare, Hart y Harpur, 1991)

Hare (1991) ha desarrollado un método diagnóstico sistematizado de los rasgos propios de la psicopatía arriba descritos a través de la “*Psychopathy Checklist*” (PCL), un listado de síntomas de la psicopatía para su calificación mediante valoración clínica a través de una entrevista semiestructurada del que existen varias versiones, siendo utilizadas mayoritariamente la versión revisada (“*Psychopathy Check List-Revised*”, PCL-R; Hare 1991) y la versión para jóvenes (“*Psychopathy Check List: Youth Version*”, PCL:YV; Forth, Kosson y Hare, 2003); también se ha adaptado una versión breve (“*Psychopathy Checklist: Screener Version*”, PCL:SV; Hart, Cox y Hare, 1995) y una forma autoaplicada que ya va por su tercera versión (“*Self-report psychopathy scale*”, SRP-III; Paulhus, Neumann y Hare, en prensa). Este método diagnóstico se utiliza frecuentemente con delincuentes y alguno de sus ítems recogen directamente observaciones sobre actividad criminal.

ITEMS DEL PCL-R

1. Locuacidad / Encanto superficial
2. Egocentrismo / Grandiosidad
3. Necesidad de estimulación /aburrimiento
4. Mentira patológica
5. Dirección / Manipulación
6. Falta remordimiento y culpabilidad
7. Escasa profundidad de los afectos
8. Insensibilidad / Falta de empatía

9. Estilo de vida parásito
10. Falta de control conductual
11. Conducta sexual promiscua
12. Problemas de conducta precoces
13. Falta de metas realistas a largo plazo
14. Impulsividad
15. Irresponsabilidad
16. Incapacidad para aceptar consecuencias de sus actos
17. Varias relaciones maritales breves
18. Delincuencia juvenil
19. Revocación libertad condicional
20. Versatilidad criminal

Este método se utiliza frecuentemente en los escenarios forenses y penitenciarios, siendo un estudio preceptivo en algunos estados de los USA para la obtención de la libertad condicional; incluso se contempla para decidir la aplicación de la pena de muerte (Hare, 2003); aunque ha habido algunas advertencias sobre mal uso o abuso en su interpretación (Edens, 2001), generalmente se considera una de las mejores para la predicción de la reincidencia y de la conducta violenta, por encima de escalas históricas o actuariales y de escalas de personalidad (Kruh, Frick y Clemens, 2005). Su validez se ha demostrado en diversas zonas geográficas, culturas y poblaciones (Hill, Rogers y Bickford, 1996; Pham, Remy, Dailliet y Lienard, 1998, Hare 1999; Nolan, Volavka, Mohr y Czobor, 1999; Grann *et al.*, 1999, entre otros) y durante un tiempo ha conseguido aglutinar numerosas investigaciones en torno a un consenso evaluativo, si no conceptual, de la psicopatía.

El modelo original de dos factores (Harpur, Hakstian y Hare 1988; Harpur, Hare y Hakstian 1989), sin embargo, parece no encajar del todo bien en posteriores análisis factoriales confirmatorios, especialmente por la escasa carga de algunos ítems en el factor 2; ello ha dado lugar a nuevos estudios que han propuesto diferentes modelos. Cooke y Michie (2001) se apoyaron en estudios factoriales confirmatorios para proponer un modelo alternativo con un factor superior coherente, que se corresponde con la psicopatía, descomponible en tres factores; en este modelo, el Factor 1 original se desglosa en dos componentes: un estilo interpersonal arrogante y manipulador (encanto, grandiosidad, engaño y manipulación) y una experiencia afectiva deficiente e impulsiva (falta de remordimientos, insensibilidad, afecto superficial y ausencia de responsabilidad); el Factor 2 se correspondería con los ítems conductuales que reflejan un estilo de conducta irresponsable y se eliminaría alguna información que resulta más pertinente para evaluar

delincuencia, considerada un correlato y no una característica nuclear del trastorno. Estos ítems eliminados, no obstante, siguen siendo necesarios para valorar el riesgo de reincidencia.

Hare y Neumann (2006) propusieron también un modelo de cuatro facetas, que reflejan con cierta independencia los aspectos interpersonales y los afectivos pertenecientes al factor 1 original y, también separadamente, el estilo de vida y el carácter antisocial correspondientes al factor 2 del PCL-R. A través de la investigación con estudiantes, que desarrolla el SRP para la evaluación de la psicopatía subclínica en poblaciones normales, se confirmó esta estructura con buen ajuste estadístico y coherencia conceptual (Williams, Delroy, Paulhus y Hare, 2007; Mahmut, Menictas, Stevenson y Homewood, 2011), también en muestras forenses y clínicas. Aunque se ha criticado la equiparación entre el sistema de evaluación y el propio constructo de psicopatía (Skeem y Cooke, 2010), el análisis exploratorio y confirmatorio de la escala SRP ha mostrado una buena predicción de correlatos externos respecto a la definición de Cleckley, aportando también el enfoque de la personalidad (Lester, Salekin, y Sellbom, 2013).

b) Modelo clínico

“The Comprehensive Assessment of Psychopathic Personality” (CAPP; Cooke, Hart, Logan y Michie, 2012), es un modelo comprehensivo de la psicopatía que parte de una extensa revisión de la literatura y utiliza la evaluación clínica de profesionales para obtener un conjunto de 33 síntomas pertenecientes a seis dominios; los resultados de este método evaluativo, con buena validez de contenido, apoyan la unidimensionalidad del constructo (Kreis, Cooke, Michie, Hoff y Logan, 2012) y parece adecuado para valorar el trastorno también en mujeres (Kreiss y Coke, 2011).

c) Concepción Triárquica

Patrick, Fowles y Kruger (2009) desarrollaron un enfoque ligeramente diferente en su conceptualización triárquica de la psicopatía, pretendiendo integrar las teorías clásicas con los modelos evaluativos más recientes; proponen una composición de tres dominios: “*disinhibition boldness, meanness*”, que se corresponderían con desinhibición (falta de previsión, desregulación conductual y afectiva), audacia (seguridad, eficacia,

baja reactividad) y maldad (desapego, insensibilidad, antagonismo), entendiendo que los diferentes factores etiológicos interactúan de manera compleja con otras influencias conduciendo a diferentes fenotipos, tanto respecto a su gravedad como a su configuración. Esta concepción atiende tanto a los aspectos temperamentales y disposicionales, como el bajo miedo o el temperamento difícil, así como a los contextuales, como la falta de un apego seguro en la infancia, la exposición a factores estresantes o los intercambios coercitivos. Patrick (2010) desarrolló la Medida Triárquica de la Psicopatía (TriPM) para evaluar los tres dominios a través de un autoinforme que ha dado pruebas de buena validez de constructo en muestras de reclusos, en su relación con los criterios habituales como personalidad disfuncional, narcisismo y déficit de empatía (Stanley, Wygant y Sellbom, 2013).

d) Perspectiva del desarrollo

Otras líneas de investigación se han desarrollado paralelamente, partiendo de estudios sobre el desarrollo infantil. Lynam (1998) intentó identificar los precursores de la psicopatía en la infancia estudiando niños con hiperactividad y déficit de atención (THDA) y/o trastorno de conducta (TC) a los 12-13 años, comparados con sujetos de control sin estos síntomas; sus resultados indicaron que el grupo con ambos trastornos difería significativamente de los demás en autoinforme e informe materno y en tareas de modulación de respuesta y demora de gratificación, así como en medidas de funcionamiento del lóbulo frontal, apoyando su hipótesis de que los niños con TDHA Y TC pueden ser los más parecidos a los adultos psicópatas.

En un estudio posterior (Lynam, Caspi, Moffitt, Loeber y Stouthamer-Loeber, 2007), la evaluación de psicopatía a la edad de 24 años, a través del PCL-SV, obtuvo una buena relación con la evaluación infantil en cuanto a especificidad y predicción negativa, a pesar de la diferente metodología y el plazo transcurrido; aunque la predicción positiva resultó algo más débil, parece sostenerse una relativa estabilidad del constructo a lo largo del desarrollo. Otros estudios han evidenciado la escasa incidencia del TDHA en el desarrollo de la psicopatía frente al peso de los desajustes conductuales (Smith y Hung, 2012).

Desde esta perspectiva del desarrollo, partiendo de algunos ítems del PCL y otras medidas infantiles, se construyó el “Childhood Psychopathy Scale” (CPS, Lynam, 1997)

que valora indirectamente los aspectos de la psicopatía asociados a rasgos y comportamientos infantiles. Posteriormente, se ha desarrollado el “Elemental Psychopathy Assessment” (EPA, Lynam *et al.*, 2011) que valora 18 aspectos de la psicopatía mediante autoinforme partiendo un modelo de cinco factores, con una buena validez convergente (Wilson, Miller, Zeichner, Lynam y Widiger, 2011), así como una forma abreviada de similar estructura interna y cierta confiabilidad (Lynam *et al.*, 2014).

Few, Miller y Lynam (2013) han encontrado apoyo para una estructura de cuatro factores de la psicopatía utilizando el EPA pero éstos son diferentes de los obtenidos con el PCL-R, especialmente porque uno de ellos incluye la valoración de los aspectos más adaptativos de la conceptualización de Cleckley, constituyendo el factor “estabilidad emocional”; los otros tres factores (antagonismo, desinhibición y narcisismo), aunque tampoco coinciden estrictamente con los propuestos por Hare, estarían más relacionados con su conceptualización.

e) Perspectiva de la personalidad

Se ha considerado la psicopatía desde la perspectiva de los rasgos de personalidad, realizando valoraciones autoinformadas con métodos psicométricos, aptas para población no delincuente; ello aporta una conceptualización más amplia que engloba también cualidades adaptativas y no tantos ítems dependientes de la actividad criminal. Además, esta perspectiva propone un acercamiento más sensible a los diferentes aspectos implicados en la psicopatía y su desarrollo, encontrando explicación de algunas de sus características precursoras a través de los rasgos de personalidad o temperamento tradicionales en menores (Latzman, Lilienfeld, Latzman y Clark, 2013).

Desde este punto de vista se ha desarrollado bastante investigación utilizando el “Psychopathic Personality Inventory” (PPI; Lilienfeld y Andrews, 1996) y su versión revisada, “Psychopathic Personality Inventory Revised” (PPI-R; Lilienfeld y Widows, 2006); es un autoinforme que indica la presencia de rasgos psicopáticos y engloba todos los aspectos de la perspectiva de Cleckley.

El PPI se descompone en dos factores superiores: “Fearless Dominance” (FD) y “Self-Centered Impulsivity” (SC), que podríamos traducir por Dominancia Temeraria e Impulsividad Egocéntrica (o impulsividad antisocial); sólo Impulsividad Egocéntrica

estaría asociado al factor 2 (antisocial) del PCL, en tanto que el primero representaría los aspectos adaptativos que se han venido asociando a los psicópatas con éxito, puesto que no correlaciona con conducta antisocial a pesar de correlacionar negativamente con factores que se han propuesto como elementos protectores (Gummelt, 2010). FD también se ha relacionado con medidas de éxito interpersonal en líderes políticos, que no tienen nada que ver con la delincuencia convencional (Lilienfeld *et al*, 2013); sin embargo, en estudios específicos sobre liderazgo, con otra metodología, es el estilo pasivo (probablemente el menos aconsejable) el que correlaciona con psicopatía (Westerlaken y Woods, 2013).

Aunque el PPI puede resultar menos correlacionada con otras medidas de psicopatía, muestra aceptables índices de sensibilidad y especificidad además de buenas escalas de validez (Anderson, Sellbom, Wygant y Edens, 2013). Esta medida correlaciona con el PCL, incluso con el factor 1 de esta escala aunque moderadamente, identificando al 86% de los psicópatas (Poythress, Edens y Lilienfeld, 1998) y predice moderadamente infracciones disciplinarias y conducta antisocial y agresiva (Edens, Poythress, Lilienfeld, 1999; Edens, Poythress y Watkins, 2001); También se está construyendo una versión corta, PPI-SV, con estudios preliminares prometedores (Tonnaer, Cima, Sijtsma, Uzieblo y Lilienfeld, 2013).

f) Triada Oscura

Desde el punto de vista de la personalidad no patológica, Paulhus y Williams (2002) han estudiado la psicopatía subclínica como parte de la denominada “dark triad” o triada oscura, que se compondría además de los rasgos maquiavelismo y narcisismo.

El terceto de rasgos, socialmente malevolentes, que habían sido estudiados separadamente tanto en su vertiente clínica como en su consideración de rasgos de la personalidad normal o subclínica, coinciden en asociarse a comportamientos agresivos y egoístas, frialdad emocional e insinceridad; en sus resultados, utilizando el SRP-III para la evaluación de psicopatía, los tres rasgos aparecen solapados en distintas medidas, coincidiendo todos en una baja amabilidad evaluada por el Big Five Inventory (BFI) pero mostrando distintas construcciones que justificarían su evaluación separada. La evaluación de la psicopatía desde esta perspectiva no ha recibido mucho apoyo por la investigación (Miller *et al.*, 2012).

1.5. LA POBLACIÓN RECLUSA EN ESPAÑA

Según las últimas estadísticas publicadas (SGIP, 2013), la población reclusa tiene 56.968 reclusos, 84% de ellos penados (sin incluir las prisiones catalanas, autónomas). El número de personas encarceladas aumentó un 43% entre 1996 y 2006 (DGIP, 2006) descendiendo después un 2,7% junto al menor uso de la prisión preventiva; sin embargo, el tiempo de permanencia en prisión es ahora mayor mientras que las medidas de rehabilitación parecen insuficientes (Cid 2008).

1.5.1. Variables socio-demográficas

1.5.1.1. Sexo

De los 58.968 reclusos presentes al finalizar 2013 en las prisiones españolas (salvo Cataluña), solamente un 8 por ciento eran mujeres. En otros países se pueden encontrar proporciones similares, lo que explica por qué gran parte de los estudios sobre delincuencia se hacen sobre varones. Sin embargo, las mujeres parecen ser delincuentes muy diferentes; además de no existir delitos de calificación por sexo (violencia de género y agresión sexual) salvo algunos relacionados con la prostitución o el proxenetismo, cometen mayor proporción de delitos contra la salud pública (53 frente a 33%) y menor proporción de hurtos y robos (35 frente a 51%) y de delitos contra las personas (12 frente a 16%).

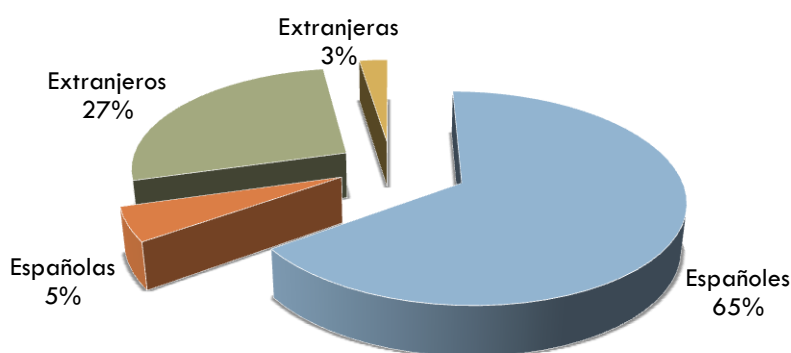


Gráfico 3. Sexo y extranjería. Fuente: SGIP (2013)

1.5.1.2. Nacionalidad

La proporción de reclusos extranjeros ha aumentado paulatinamente durante los últimos años, siendo actualmente del 30%. Las facilidades para la movilidad geográfica que existen en la sociedad actual implican una dificultad añadida en el estudio de la delincuencia: las diferencias culturales pueden influir en los resultados de los estudios (Cooke, 1999) y en las aplicaciones de los tratamientos, además de en las relaciones de convivencia. La proporción de reclusas extranjeras es ligeramente superior al de reclusos extranjeros (31% de las mujeres).

1.5.1.3. Edad

Según los últimos datos de la SGIP, la franja de edad con mayor número de internos que ingresan en prisión es la de entre 31 y 40 años en 2013. Sin embargo, estas franjas no están distribuidas equitativamente: si realizamos una distribución proporcional la diferencia es pequeña, iniciando el descenso a partir de los 40 años, lo que corresponde con los datos que tenemos sobre carrera delictiva (Hare, 2000, por ejemplo). Hay que tener en cuenta que no todos los que ingresan serán después condenados a prisión y que algunos sujetos pueden haber ingresado más de una vez durante ese año.

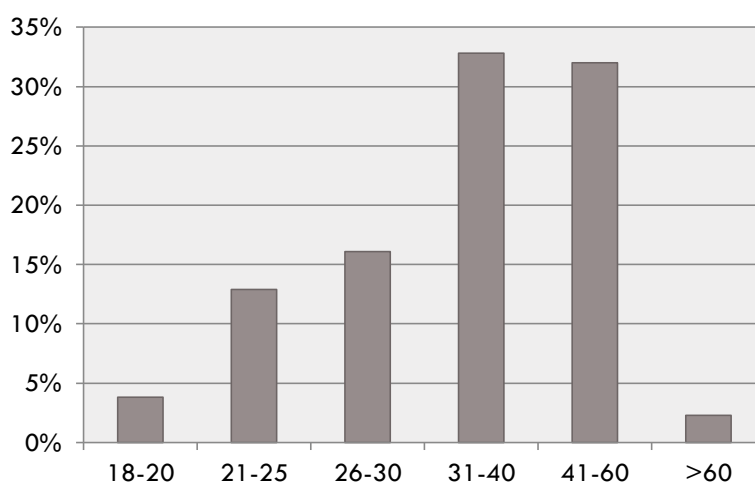


Gráfico 4. Franjas de edad. Fuente: SGIP (2013)

1.5.1.4. Nivel formativo

La formación de los internos es básica, con una pequeña pero importante presencia de sujetos analfabetos. La mayoría se encuentra clasificado en el nivel escolar de

primaria, casi la mitad de ellos sin haber superado el nivel, por lo que podemos contar también con un cierto número de analfabetos funcionales.

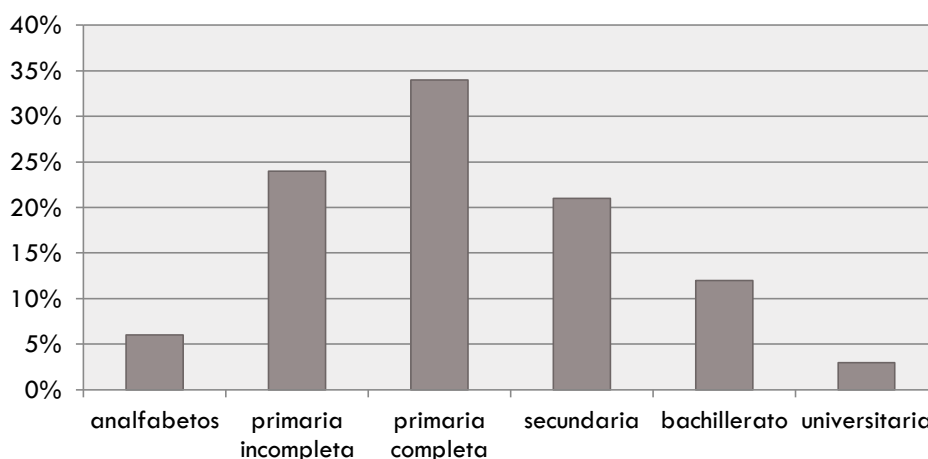


Gráfico 5. Nivel formativo. Fuente: SGIP (2013)

1.5.1.5. Tipología delictiva

Los delitos más comunes son los cometidos contra el patrimonio (robos y hurtos), seguidos por los de tráfico de drogas. En el apartado “Otros” se encuentran englobados delitos diversos, la mayoría de contenido socioeconómico, falsedad y estafa, pero también los cometidos contra el honor, contra las relaciones familiares, contra la seguridad del tráfico y por quebrantamiento de condena, además de otros diversos de menor extensión.

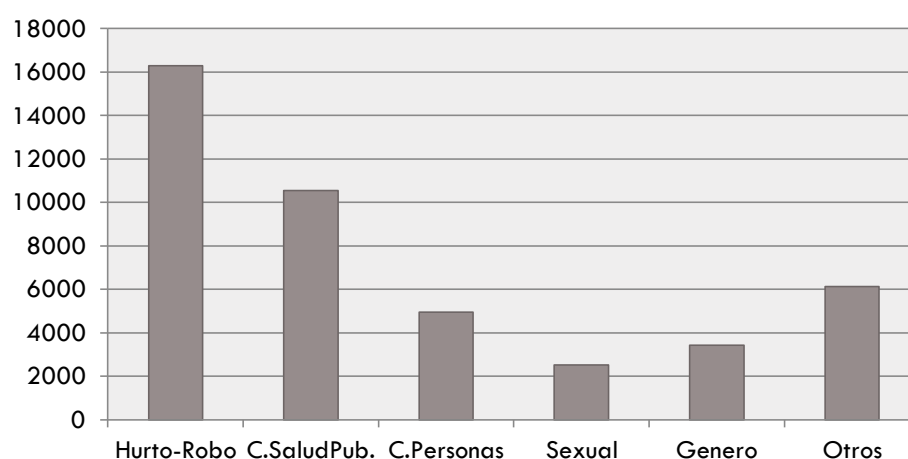


Gráfico 6. Tipología delictiva. Fuente: SGIP (2013)

1.5.2. Problemas asociados

1.5.2.1. Salud general

En el año 2013 se realizaron 4.831.873 actividades asistenciales, de las cuales 215.317 fueron urgencias, y se produjeron 21.053 ingresos en los departamentos de enfermería, el 42% por motivos psiquiátricos. Se realizaron 44.112 consultas hospitalarias en todas las especialidades y 4.423 ingresos en hospitales públicos, 8 por cada 1000 internos (SGIP, 2013).

Las causas más frecuentes de hospitalización ya no son las infecciones por VIH, que han descendido al 9%, sino problemas digestivos que en 2005 se relacionaban con la alta prevalencia de infección por hepatitis C, que afectaba estimativamente a un 32,8% de los internos (DGIP, 2006), un 21% en 2013. Las acciones preventivas, a través de información, pruebas serológicas y vacunaciones, así como la vigilancia epidemiológica, han reducido paulatinamente la incidencia de enfermedades infecto-contagiosas, pero continúan notificándose más de 70 casos anuales de tuberculosis.

El promedio de internos con infección por VIH ha sido del 6% en 2013 frente al 10% de 2005, siguiendo la línea descendente de los últimos años; aunque sigue siendo un problema importante que ha causado el fallecimiento de 5 pacientes bajo custodia, es un importante descenso frente a los 35 fallecimientos bajo custodia y 74 en liberados por la enfermedad que ocurrieron en 2005 (no se facilitan datos sobre liberados en 2013); la vía de transmisión más frecuente sigue siendo el uso de drogas por vía parenteral (58%) seguida por la transmisión heterosexual (33%).

1.5.2.2. Salud mental

La extensión de los problemas de salud mental tiene tendencia al alza; durante 1997 (primer informe del que se tiene referencia) se produjeron 144 ingresos hospitalarios por trastornos mentales y se atendieron 15.850 consultas de psiquiatría en las prisiones (DGIP, 1999), lo que representa un aumento superior al de la población reclusa en 10 años, durante un periodo más corto. El gasto farmacéutico respecto a neurolépticos era el 17,8% del total, casi cinco millones de euros, en segundo lugar tras el de retrovirales.

En España existen dos Hospitales Psiquiátricos Penitenciarios, con 417 plazas en total para atender casos agudos; en el año 2013 contaban en total con 8 médicos generales y 8 especialistas, el doble que en 1997. Los estudios realizados en 2005 y 2009, con similares resultados, han detectado antecedentes de trastorno mental en el 84,4% de los internos y un 41,2 presentaba algún trastorno en el momento del estudio; el gasto farmacéutico en neurolépticos sigue siendo el segundo en importancia tras el de retrovirales.

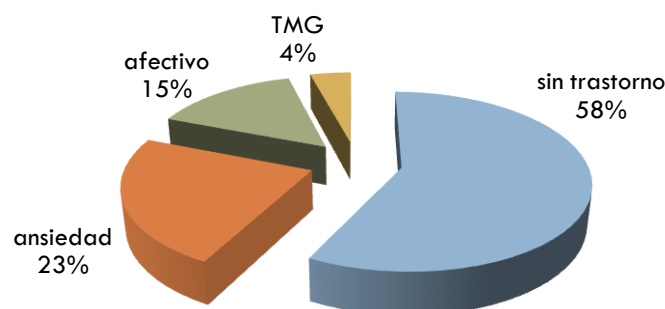


Gráfico 7. Trastorno mental. Fuente: SGIP (2013)

El Programa de Atención Integral a Enfermos Mentales atendió en 2013 a 1949 internos con patología dual (42%), trastorno mental grave (TMG, 30,8%, generalmente psicosis), trastorno de la personalidad (29,4%) y trastorno afectivo (17,2%, generalmente depresión).

1.5.2.3. Drogodependencia

Según los datos de la DGIP (2013), en 2011 el consumo de drogas afectaba a una mayoría de las personas que ingresan en prisión; en su conjunto, el 76% de los internos habían consumido alcohol o drogas durante el mes anterior a su ingreso, generalmente en un contexto de policonsumo, sin estar participando en programas de tratamiento.

Los estudios realizados en los años 1994, 2000, 2006 y 2011 muestran una disminución en el consumo de heroína sola, así como su consumo intravenoso, disminuyendo también el de heroína más cocaína pero aumentando el de cocaína sola; cerca de la mitad de los ingresados consumían una de ellas junto a otras drogas. Durante el internamiento, el consumo se reduce considerablemente y esta reducción aumenta cada

vez más llegando en 2011 hasta el 82 a 94% respecto a las drogas más peligrosas, algo menos del 50% en el caso del cannabis; la menor disponibilidad de sustancias y la amplia oferta de intervención terapéutica son los factores a los que se atribuye este efecto, encontrándose en tratamiento de deshabituación el 12,3% de la población reclusa en diciembre de 2013.

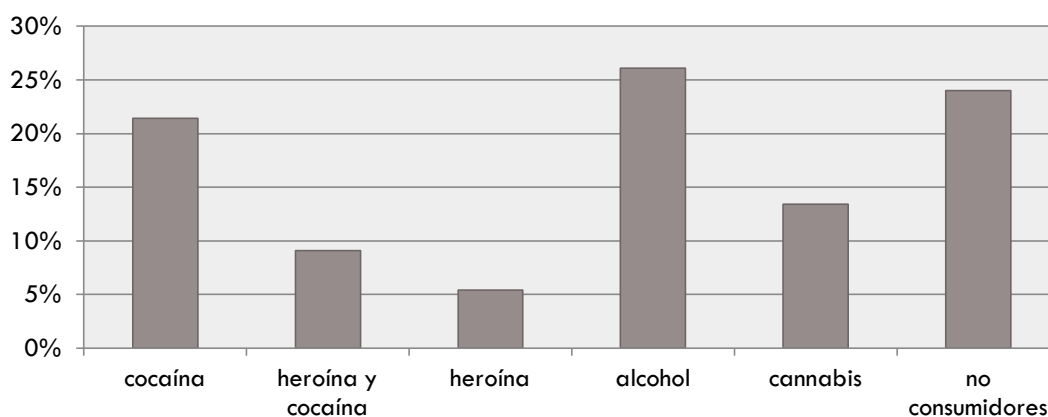


Gráfico 8. Consumo según droga principal (porcentajes). Fuente: SGIP (2013)

1.5.2.4. Fallecimientos y suicidios

La tasa de mortalidad anual entre los reclusos españoles se ha incrementado paulatinamente desde 143 en el año 2001 hasta 201 en el 2005, en consonancia con el paralelo incremento de la población, disminuyendo después hasta 180 en 2013, también en consonancia con el decremento de la población; la mayor parte de los fallecimientos ocurridos en los centros penitenciarios obedecen a causas naturales, además de algunas muertes accidentales y posibles envenenamientos por ingestión de drogas (en algunos casos metadona no pautada junto a benzodiazepinas). En 2013 sólo hubo un fallecimiento por agresión, que corresponde a la media anual estimada.

Los fallecimientos por suicidio, que aumentaron paulatinamente entre el 14,7% en 2001 y el 22,2% en 2004, disminuyen tras la aplicación de programas preventivos; en 2005 ocurrieron 33 casos (16,4%) y hubo además 99 incidentes que se consideraron suicidios intentados, mientras que en 2013 se produjeron 29 suicidios en los centros penitenciarios. Casi un tercio de los internos que han realizado un gesto autolítico en el año anterior a su ingreso en prisión presentaba patología dual (DGIP, 2007), pero falta

consenso en la calificación de tentativa de suicidio frente a la conducta autolítica con otras finalidades.

1.5.2.5. Violencia

A pesar del elevado número de incidentes violentos que se suelen registrar, de las 2482 agresiones que ocurrieron en 2005 (DGIP, 2006), la mayoría fueron consideradas leves. De las agresiones entre internos, 126 fueron consideradas graves o muy graves, así como 21 de las 255 agresiones a funcionarios. Hubo también 3 intentos de secuestro pero ningún motín y ninguna muerte violenta. La estadística oficial no aporta este tipo de datos en los últimos años.

Un porcentaje aproximado y bastante estable en el tiempo, que está alrededor del 2% de internos, se encuentra en régimen cerrado por su especial peligrosidad o inadaptación; salvo en el caso de delincuentes pertenecientes a bandas armadas, este régimen se aplica generalmente con posterioridad a la obtención de una muestra suficiente de comportamiento inadaptado y peligroso, reflejado en sanciones disciplinarias, y no de manera preventiva. Este colectivo puede ser el responsable de gran parte de los incidentes violentos ocurridos, aunque este dato no se ha cruzado con el anterior en la estadística oficial (DGIP, 2006).

1.5.3. Implicaciones para el tratamiento

En el último Informe General de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, correspondiente al año 2013 (DGIP 2013), junto con una amplia provisión de medidas educativas y de atención médico-sanitaria, se reflejan las áreas de intervención que han recibido mayor impulso institucional, como son la prevención de suicidios, trastorno mental, violencia de género, agresión sexual o régimen cerrado (este último dirigidos a reclusos con especial inadaptación o peligrosidad), además de las múltiples esfuerzos empleados tradicionalmente en el tratamiento de adicciones. En todos ellos tiene participación destacada la psicología, aunque todos son multidisciplinarios. Sin embargo, este tipo de programas van dirigidos a una minoría con problemas psicológicos específicos, para las que pueden utilizarse los numerosos instrumentos de evaluación publicados; la evaluación, tratamiento y pronóstico se realiza con todos los internos

condenados, sea cual sea su delito, y en su mayoría han delinquido contra la propiedad o contra la salud pública o, en menor medida, contra las personas.

La alta proporción de presos con problemas psicológicos que se refleja en las estadísticas revisadas, no puede corresponder solamente a la minoría que tiene acceso a programas específicos, por lo que la evaluación psicológica de los reclusos debe ser algo más amplia que una somera determinación de la motivación criminal. Si tenemos en cuenta la numerosa población reclusa, es evidente que se necesita optimizar al máximo los recursos humanos, utilizando instrumentos de categorización y evaluación que proporcionen información relevante y pertinente en el menor tiempo posible, y que éstos deben corresponderse con los actuales conocimientos sobre la materia, abordando los diversos aspectos de la persona.

CAPITULO II. ASPECTOS ASOCIADOS A LA CONDUCTA DELICTIVA Y VIOLENTA

2.1. ASPECTOS BIOLÓGICOS

El avance tecnológico de las últimas décadas ha cambiado radicalmente el mundo de la física y la mecánica, proporcionando potentes herramientas para el estudio de múltiples campos; las ciencias biomédicas se han desarrollado considerablemente conduciendo a su vez a nuevas perspectivas para los estudios psicosociales, los cuales, desde una óptica integradora y dinámica, han recuperado algunos aspectos de las tesis biologicistas que en su momento fueron abandonadas por su reduccionismo. Al revisar las investigaciones actuales sobre la delincuencia, se hace notar la presencia de abundantes estudios con compleja aparatología aplicada sobre aspectos psicofisiológicos, bioquímicos, genéticos y, recientemente, neuropsicológicos y genéticos, además de los tradicionales estudios diferenciales, psicosociales o clínicos, más tradicionales en el campo propio de los psicólogos.

La mayor parte de los estudios mencionados son realizadas con sujetos antisociales o psicópatas y utilizan conceptos como impulsividad o agresividad, mejor operativizados y con menos connotaciones sociales negativas que el de violencia. La distancia entre la terminología y metodología de estas investigaciones y disciplinas como la psicología o la sociología han dificultado frecuentemente el intercambio de información, pero ese intercambio podría resultar muy relevante para llegar a un modelo dinámico multifactorial en el estudio de la violencia (Fishbein y Goldman, 2002).

Analizar en detalle las implicaciones de la investigación médica y neuropsicológica actual en este campo trascendería con mucho el objeto de este trabajo; no obstante, la dirección que toman los hallazgos en estas áreas puede ser orientadora para seleccionar entre distintos enfoques posibles desde el campo de la psicología y a continuación se resumen algunas investigaciones interesantes a ese respecto.

2.1.1. Variables ambientales

Hoy sabemos que las experiencias, incluidas las prenatales, influyen tanto en la función encefálica como en su propia estructura, modificando los circuitos neuronales que están siempre en desarrollo, pero son especialmente vulnerables durante la maduración del individuo (Purves, Augustine, Fitzpatrick, Katz, LaMantia y McNamara, 2001; Lebel y Beaulieu, 2011).

La exposición a sustancias tóxicas se ha relacionado con un aumento de violencia en diversos estudios (Raine, 2001). Se han hallado correlaciones significativas entre conducta violenta y presencia en el ambiente de cantidades superiores a las normales de diversos elementos químicos como plomo, manganeso, silicofluoruros, zinc, cobre o hierro. Stretesky y Lynch (2001), por ejemplo, encontraron una relación positiva y significativa entre la tasa de homicidios y la concentración de plomo en el aire, después de controlar factores sociológicos y otras medidas de contaminación.

Muchos elementos pueden alterar la bioquímica de los sujetos expuestos e incluso el desarrollo cerebral si la exposición se produce durante el embarazo y la lactancia, especialmente si concurre algún déficit nutricional, por ejemplo, de proteínas. El aumento de casos de trastorno antisocial en los hijos de mujeres que sufrieron falta de alimentos durante el primer semestre de embarazo (Neugebauer, Hoek y Susser, 1999, en un estudio retrospectivo), es un indicador de la importancia de los factores biológicos en el desarrollo de comportamientos violentos, pero también nos señala la estrecha relación entre el desarrollo de la personalidad y su ambiente; esto puede observarse sobre todo a través de los estudios sobre el trastorno de conducta y el trastorno oposicionista desafiante de la infancia (Rutter, Silberg, O'Connor y Simonoff, 1999, para una revisión), que parecen tener una estrecha relación con la conducta antisocial persistente en los adultos.

El estrés materno también puede afectar biológicamente al hijo, concretamente en las estructuras relacionadas con el equilibrio de las hormonas del estrés (Uno, Eisele, Sakai, Shelton, Baker, De Jesus y Holden, 2004). En estudios con primates se ha demostrado alta neurotoxicidad de los glucocorticoides cuando son administrados a la madre, induciendo deficiencias irreversibles en el hipocampo de la cría, con altos niveles de cortisol en plasma tras el nacimiento; las neuronas piramidales del hipocampo contienen numerosos

receptores de glucocorticoides lo que puede hacerlas vulnerables a la presencia excesiva de esos neurotransmisores, abundantes en periodos de estrés severo. A su vez, el hipocampo es una de las estructuras que puede presentar alteraciones en las personas violentas (Raine e Ishikawa, 2002); según Teicher (2010), en niños maltratados se han encontrado altas cantidades de cortisol y ello podría llegar a dañar esta estructura mermando su capacidad de control de la agresividad.

Se han estudiado también los efectos de la falta de algún elemento importante en la dieta. La hipoglucemia parece relacionarse con el aumento de conductas violentas: la tasa de delitos violentos es mayor cuando no se han ingerido alimentos, aunque la probabilidad aumenta si además se ingiere alcohol. Las dietas bajas en colesterol coinciden también con un aumento tanto en la tasa de suicidio como en la de violencia (Raine, 2001).

2.1.2. Genética del comportamiento

Los estudios sobre la influencia genética en el comportamiento humano son especialmente pertinentes para el estudio de la conducta violenta y antisocial. Los resultados de las investigaciones revisadas por Grisolia (2000) indican que la conducta antisocial puede explicarse por factores genéticos en un alto porcentaje, una vez controlado el efecto del ambiente; también indican que las investigaciones que utilizan técnicas de observación de conducta para registrar la agresión parten con un sesgo diferente según el tipo de observador: las observaciones de los padres están sesgadas hacia los factores genéticos, mientras que los observadores externos se inclinan hacia los factores ambientales. Grisolia estima que los sesgos provenientes del investigador deben ser especialmente previstos en este campo, ya que involucra con facilidad nuestras actitudes más internas e inconscientes.

Varios estudios confirman la relación de los factores genéticos con la conducta antisocial. O'Connor, Deater-Deckard, Fulker, Rutter y Plomin (1998) encontraron que la covariación de síntomas depresivos y antisociales también podía explicarse en un 45% por factores genéticos. En otro trabajo (O'Connor, Neiderhiser, Reiss, Hetherington y Plomin, 1998) se estableció, además, que la estabilidad de los síntomas depresivos y antisociales (en un seguimiento a tres años) y la correlación entre ellas podían explicarse en parte por factores genéticos. Otros estudios (Kuperman, Schlosser, Lidral y Reich,

1999) han demostrado también que la conducta antisocial y el alcoholismo de los padres están asociados a un incremento significativo del riesgo en los hijos de padecer numerosos trastornos psicopatológicos de la niñez, que a su vez aumentan las probabilidades de desarrollar conducta antisocial cuando sean adultos.

Eley, Lichtenstein, y Stevenson (1999) en su estudio con gemelos aportan datos sobre la mayor influencia genética en la conducta antisocial agresiva, mientras que la conducta antisocial no agresiva estaría más influenciada por el ambiente, siendo diferentes también para varones y mujeres. La distinta influencia de la familia y los pares en la conducta juvenil según el género está sustentada también por Kim, Hetherington, y Reiss (1999). Por su parte, Silverthorn y Frick (1999) encuentran pautas de inicio del comportamiento antisocial diferentes para chicos y para chicas; aunque ello no implica necesariamente diferencias genéticas, se evidencia la necesidad de investigar este tipo de trastornos desde las diferencias de género.

Existen indicios de la posible transmisión genética del trastorno explosivo-intermitente (TEI), más frecuente en varones, que cursa con agresión impulsiva pero parece mejorar con medicación; indicios que se evidencian tanto en los estudios emergentes de genética molecular como en los patrones de los historiales familiares de los enfermos analizados (Coccaro, 2002). En la investigación de este trastorno existen todavía varias dificultades, entre ellas los problemas en el diagnóstico diferencial entre estos trastornos y los trastornos de la personalidad límite y antisocial y la necesidad de discriminar entre agresión impulsiva y agresión premeditada, ya sea ésta verbal o física.

Los resultados revisados no confirman, desde luego, que la conducta violenta se herede, la mediación del ambiente modulará cualquier predisposición marcada genéticamente y de hecho se encuentran elementos muy patogénicos en las historias sociales y familiares de los psicópatas (Marshall y Cooke, 1999); pero encontramos estudios que indican la complejidad de la interacción entre factores biológicos y sociales. Por ejemplo, el trabajo de O'Connor, Deater-Deckard *et al.*, (1998) muestra como los hijos de madres con comportamiento antisocial tienden a recibir una educación más negativa de los padres adoptivos; O'Connor, Nederhiser *et al.*, (1998) encuentran también que los hermanos tienden a mantener en el tiempo las diferencias en el tipo respecto a eventos ambientales experimentados.

En el estudio de Beaver, Barnes, May y Schwartz (2011) los factores genéticos explican entre el 37 y el 44 por ciento de las medidas de psicopatía, aunque también encontraron efectos de la negatividad parental. También Beaver, Vaughn y DeLisi (2013) observaron que los niveles de autocontrol, como rasgo no compartido, pueden predecir las diferencias en la medida de rasgos psicopáticos entre gemelos monocigóticos adolescentes, aunque no ocurre lo mismo con factores ambientales no compartidos.

Por otra parte, las nuevas tecnologías en genética molecular han permitido identificar varios marcadores genéticos para algunos de los neurotransmisores relacionados con la violencia: dopamina, serotonina y monoaminooxidasa (MAO), especialmente, y se sugiere que las personas con comportamiento violento e impulsivo pueden mostrar con mayor frecuencia desviaciones en la estructura y función genética relacionadas (Alsobrook y Pauls, 2000). Concretamente, dos de los tres genes de la dopamina estudiados por Wu y Barnes (2013) predijeron rasgos de personalidad psicopática en su muestra. Asimismo, en un estudio realizado en adultos con altos niveles de adversidad ambiental, evaluados con el PCL: SV, se ha encontrado relación entre una configuración del gen transportador de la serotonina con los aspectos afectivos de la psicopatía y una baja actividad de la MAO con el estilo de vida impulsivo-irresponsable (Sadeh, Javdani y Verona, 2013); una baja actividad MAO también parece mediar entre el maltrato y el desarrollo de conducta antisocial (Caspi *et al.*, 2002).

Todo indica que la interacción genotipo-ambiente es demasiado compleja para permitir establecer relaciones lineales; indudablemente es en el entorno donde se pueden canalizar mejor las tendencias biológicamente predisuestas pero para ello hay que conocer en qué consiste realmente esa predisposición y dirigirse a neutralizar los elementos ambientales cuya interacción en el proceso conduce a la tendencia antisocial o la refuerza.

2.1.3. Hormonas y neurotransmisores

Se han realizado abundantes investigaciones sobre el funcionamiento neuroendocrino de psicópatas y delincuentes violentos, frecuentemente relacionadas con las teorías psicobiológicas de Zuckerman y de Eysenck. Se han implicado hormonas sexuales en la base de su conducta agresiva y dominadora, dada la correlación entre altos niveles de testosterona y bajos niveles de MAO: un alto nivel de testosterona produciría

un exceso de catecolaminas estimulando las zonas subcorticales responsables de las emociones y explicaría la desinhibición conductual de estos individuos (Aluja, 1991, para una extensa revisión en castellano). También se ha indicado que bajos niveles de cortisol pueden reducir la sensación de miedo y la sensibilidad al castigo (Van Honk, Schutter, Hermans y Putman, 2003); aunque no se han encontrado mayores niveles de cortisol basal en los psicópatas, sí hay evidencia de la relación de las puntuaciones en psicopatía con una línea base más alta de testosterona, a su vez relacionada con la respuesta de cortisol ante un factor estresante (Glenn *et al.*, 2011).

Los problemas para la regulación de los impulsos podrían estar también relacionados con bajos niveles de serotonina (Staner y Mendlewicz, 1998), que en sujetos normales se incrementa con el estrés, habiéndose encontrado relaciones del sistema serotoninérgico con el suicidio violento y con algunos rasgos psicopáticos (Dolan y Anderson, 2003). El sistema dopaminérgico, por otra parte, se ha relacionado a través de marcadores genéticos con disfunciones que cursan con dificultades en el control de los impulsos, entre ellos agresión, abuso de sustancias y alcoholismo (Goldman, 1995) y los medicamentos antipsicóticos que reducen el nivel de dopamina también reducen el comportamiento agresivo, pero aunque se ha encontrado efecto del sistema serotoninérgico en la conducta antisocial no ocurre lo mismo con el dopaminérgico (Raine, 1993).

La serotonina también está asociada con un aumento del riesgo de inicio temprano del alcoholismo, a su vez relacionado con el trastorno antisocial y la conducta impulsiva; la relación del alcohol con la conducta violenta está generalmente aceptada (Phil, 2002). El alcohol disminuye el nivel de serotonina especialmente en personas con deficiencias previas; al descender la actividad serotoninérgica, disminuyendo el control de los impulsos, también aumenta la actividad dopaminérgica, aumentando la probabilidad de violencia: una mala combinación. Se ha sugerido que los fármacos agonistas de la serotonina podrían ofrecer resultados en algunos casos (Fishbein y Goldman, 2002).

Los marcadores biológicos pueden ser bastante estables en el tiempo (Stalenheim, 2004) y podrían constituir valiosos instrumentos predictivos, aunque suelen ser difíciles de obtener. Existen, además, otras dificultades inherentes a este tipo de investigaciones, especialmente en lo referente al control de las numerosas variables que pueden intervenir

en los niveles hormonales de un organismo, así como la dificultad para extraer conclusiones de los estudios realizados con animales, más dependientes de los factores biológicos que los seres humanos, lo que no ha permitido, hasta el momento, extraer conclusiones definitivas.

Como en los resultados de estudios genéticos referidos anteriormente, los realizados sobre hormonas y neurotransmisores confluyen en sugerir la influencia de factores biológicos en la conducta antisocial, así como en otras disposiciones psicopatológicas, una vez controlada la influencia moderadora del ambiente.

2.1.4. Deficiencias estructurales

Uno de los aspectos que más se está investigando actualmente respecto a la psicopatía es el funcionamiento de los lóbulos frontales, concretamente de la corteza prefrontal, ligada a las tareas de reflexión y la consciencia y regulación de las emociones (Sanmartín, 2002), cuya lesión se había considerado responsable de la irrupción de los impulsos agresivos desde las primeras investigaciones en este campo. Algunos pacientes con lesiones tempranas de la corteza prefrontal presentan un síndrome parecido a la psicopatía (Anderson, Bechara, Damasio, Granel y Damasio, 1999), no solo en cuanto al déficit de habilidades y de sensibilidad a las contingencias, habitual en estas lesiones, sino en cuanto a un defectuoso razonamiento social y moral, como si no hubiesen podido adquirir los valores y las reglas complejas. Sin embargo, Blair y Cipolotti (2000) compararon un caso de lesión frontal con reclusos psicópatas y observaron mayor deterioro en áreas como el reconocimiento y la respuesta autonómica a las expresiones de enfado y disgusto y la identificación de violaciones del comportamiento social, así como atribución de las emociones de miedo, enojo y turbación a los protagonistas de la historia, que no ocurría en el caso de los psicópatas. Las consecuencias de este tipo de lesiones tempranas invitan a relacionar la psicopatía con las estructuras cerebrales o sus funciones, pero desde luego esta posible relación no es sencilla.

Raine y sus colaboradores (Raine, 2000) han realizado un estudio sobre las deficiencias estructurales en delincuentes violentos constatando una alta probabilidad de rasgos psicopáticos en individuos con lesiones en la sustancia gris y blanca de la región prefrontal así como deficiencias en la atención y en la activación del sistema nervioso autónomo, en consonancia con la hipótesis del marcador somático que explica la

trascendencia de la función del SNA en la experiencia emocional para la toma de decisiones (Damasio, 2001). También se han encontrado diferencias en el cuerpo caloso de sujetos psicópatas antisociales (Raine *et al.*, 2003). En personas antisociales no internadas, Raine y sus colaboradores han encontrado diferencias significativas a favor del grupo de control y del grupo de toxicómanos con los que se compararon respecto al volumen de sustancia gris prefrontal: los sujetos antisociales presentaban una menor reactividad ante el estímulo social estresante que se les presentaba. Clasificando a los sujetos con el PCL, el grupo con puntuaciones altas en psicopatía presentaba una ratio entre sustancia gris prefrontal y volumen total del cerebro mucho menor que el grupo que puntuaba bajo, tanto en el hemisferio derecho como en el izquierdo, así como una menor reactividad dérmica (Raine, 2000). Más recientemente, la psicopatía se ha asociado con una disminución de materia gris en áreas límbicas y paralímbicas, incluyendo el hipocampo, la amígdala, la corteza cingulada posterior y la corteza orbitofrontal (Ermer, Cope, Nyalakanti, Calhoun y Kiehl, 2012).

En muchachos con síntomas de hiperactividad-impulsividad y déficit de atención, Lynam (1998) encuentra una mayor probabilidad de daño neurológico, paralelamente al aumento de rasgos antisociales, en aquéllos que además presentaban trastornos de conducta respecto a los que estaban libres de estos síntomas. Al igual que ocurre en esos trastornos de la infancia, la conducta agresiva se ha relacionado también con deficiencias en el funcionamiento cognitivo; de hecho, la desconexión funcional entre el córtex prefrontal y las regiones límbicas puede causar desinhibición, problemas en la toma de decisiones y desregulación emocional, lo que aumentaría la probabilidad de conductas violentas (Davidson, Putnam, y Larson, 2000) y existen pruebas de deficiencias estructurales y conectividad reducida de la corteza prefrontal ventromedial en los psicópatas respecto a varias estructuras corticales y subcorticales, entre ellas la amígdala (Motzkin, Newman, Kiehl y Koenigs, 2011). Además, recientemente se han encontrado pruebas de anomalías en volumen y morfología de varias estructuras del sistema límbico en muestras pequeñas de sujetos con medidas altas en psicopatía, en comparación con los controles (Boccardi *et al.*, 2013).

El daño en las estructuras cerebrales podría explicar tanto la superficialidad de las emociones como la falta de inhibición de los psicópatas pero faltan resultados concluyentes y las dificultades podrían provenir de algún déficit funcional, sin que

apareciesen daños evidentes en la estructura (Hare, 1999). De hecho, algunas lesiones más leves pueden producir problemas de atención y signos similares a los del síndrome frontal, con anomalías incluso más graves en los registros electrofisiológicos que las de éste (Solbakk, Reinvang, Nielsen y Sundet, 1999), lo que nos recuerda el axioma de que la magnitud de la lesión no se relaciona necesariamente con la magnitud del déficit. Los conocimientos sobre el funcionamiento de las estructuras cerebrales son todavía insuficientes y parece más oportuno determinar primero el déficit funcional antes que su posible localización en el cerebro.

2.1.5. Registro psicofisiológico y neuroimágenes de la función

Son ya clásicos los estudios sobre la hiporreactividad electrodermal y la actividad irregular en el electroencefalograma de los psicópatas (Aluja, 1991) que vienen a demostrar la escasa respuesta emocional de estos sujetos, su tendencia a la búsqueda de sensaciones fuertes y su escasa capacidad de condicionamiento por el castigo, necesario para un adecuado proceso de socialización. Sin embargo la interacción de medidas psicofisiológicas es muy compleja; la baja tasa cardíaca y la baja actividad electrodermal se asocia positivamente con la psicopatía y la antisocialidad, pero sería difícil construir un modelo explicativo ya que la respuesta puede variar, por ejemplo, con el tipo de estímulo o con la edad (Lorber, 2004). Recientemente, se ha hablado de desconexión mente-cuerpo particularmente asociada a la faceta afectiva o interpersonal de la psicopatía, evaluada con el PCL, debido a la dificultad de estos sujetos en reconocer sus propios estados somáticos (Gao, Raine, y Schug, 2012) aunque la incoherencia entre las medidas psicofisiológicas y la respuesta verbal podría deberse a una racionalización de los sujetos. También se han encontrado psicópatas delincuentes no condenados que aumentan la tasa cardíaca más que los controles durante la realización de tareas estresantes, lo que puede facilitarles la planificación exitosa de sus actividades delictivas (Ishikawa, Raine, Lencz, Bihrlé y Lacasse, 2001). Además, se han aportado pruebas de que los psicópatas con más alta puntuación pueden ser más cardiovascularmente sensibles ante información desagradable (Casey, Rogers, Burns y Yiend, 2013), la cual pudiera proporcionarles algún tipo de gratificación.

El estudio de los potenciales evocados por eventos (ERP) en psicópatas evaluados con el PCL también proporciona datos relevantes. En los ERP de estos sujetos aparecen

sistemáticamente signos distintivos cuando realizan tareas semánticas que no se producen o son totalmente diferentes en los sujetos no psicópatas: presentan una onda larga negativa centro-frontal (N350) durante la ejecución de tareas de diferenciación semántica que no aparece o es muy pequeña en sujetos normales, además de cometer mas errores en palabras abstractas (Kiehl, Hare, McDonald y Brink, 1999). En condiciones de acierto-error, los psicópatas no muestran las diferencias habituales respecto a la amplitud de onda (P300) para cada condición, ésta es más pequeña de lo normal en estímulos acertados y está menos lateralizada que en los sujetos de control (Kiehl, Hare, Liddle y McDonald, 1999); además, cometen más errores y demuestran anormalidades en la actividad cerebral durante tareas que implican la supresión de respuesta, al igual que los esquizofrénicos, si bien estas anormalidades son de distinta naturaleza (Kiehl, Smith, Hare y Liddle, 2000). Para Kiehl, la hipótesis de un proceso anormal de la información semántica y afectiva en la psicopatía está demostrada (Kiehl, Smith, Mendrek, Forster, Hare y Liddle, 2004), aunque podría estar asociada al factor impulsivo-antisocial y no a la psicopatía primaria (Heritage y Benning, 2013).

Respecto a estas deficiencias afectivas y emocionales de los psicópatas, el estudio de Patrick, Bradley y Lang (1993) sobre la respuesta de sobresalto a través de estímulos acústicos durante una exposición de imágenes -agradables, neutras y desagradables- demostró que los presos psicópatas presentaban un patrón anormal de modulación de la respuesta; concretamente, no había potenciación del sobresalto mientras veían imágenes desagradables y presentaban una inhibición del parpadeo tanto ante imágenes agradables como desagradables. La anomalía se produjo en los sujetos que puntuaban alto en el factor 1 del PCL (interpersonal-afectivo), no así en los que puntuaban bajo, aunque tuvieran elevado el factor 2 (conducta antisocial). Este patrón, replicado posteriormente en otro estudio (Levenston, Patrick, Bradley y Lang, 2000), sugiere una escasa respuesta de miedo con predominio de la respuesta de orientación sobre la de sobresalto -acercamiento frente a evitación- o, al menos, una dificultad de los psicópatas para evaluar inicialmente los estímulos que les impide emitir acciones defensivas ante aquellos que resultan aversivos; la deficiente reactividad defensiva del cerebro de los psicópatas, a diferencia de los sujetos con TAP, ha recibido apoyo también en el estudio de Drislane, Vaidyanathan y Patrick (2013).

Sin embargo, modificando algunas condiciones no se mantienen unas diferencias tan claras. El clásico déficit de la respuesta de sobresalto de los psicópatas ante estímulos emocionales no se produce cuando en el estudio se utilizan fotos familiares (Baskin-Sommers, Curtin y Newman, 2013); recientemente se han aportado evidencias de que los psicópatas instruidos para "sentir" con los actores de vídeos emotivos logran disminuir sus diferencias con el grupo de control en la actividad registrada en las áreas cerebrales involucradas en la empatía hasta una relativa normalidad (Meffert, Gazzola, den Boer, Bartels y Keysers, 2013). El problema puede no ser tanto la falta de capacidad como la falta de voluntad, o de motivación como apuntan Arbuckle y Cunningham (2012), en cuyo estudio con estudiantes pudieron aumentar la preocupación por los demás en los sujetos con puntuación más alta en psicopatía; pero los sujetos que puntúan alto en psicopatía primaria también podrían obtener satisfacción emocional perjudicando a otras personas a pesar de las consecuencias para sí mismos, según los resultados del estudio de Masui, Iriguchi, Nomura y Ura, (2011) a través del paradigma del castigo altruista.

Las modernas técnicas de neuroimágenes han proporcionado bastante apoyo a la hipótesis de las diferencias funcionales del cerebro de los psicópatas aun cuando todavía no proporcionan pruebas definitivas (Raine, 2000); pero las dificultades psicosociales disminuyen las probabilidades de encontrar estas deficiencias, mientras que son proporcionalmente mayores en asesinos procedentes de hogares adecuados, lo que viene a apoyar la lógica de que el medio ambiente puede aportar una alta proporción de capacidad agresiva donde la biología no la había puesto de antemano.

Raine, Phil, Stoddard, Bihle y Buchsbaum (1998) utilizaron la Tomografía por Emisión de Positrones (PET) para medir el metabolismo de glucosa durante una tarea, comprobando que los asesinos afectivos o reactivos tienen una actividad prefrontal más baja y una actividad subcortical derecha considerablemente más alta que los sujetos del grupo control, mientras que los asesinos instrumentales o depredadores no tienen dificultades en el funcionamiento prefrontal pero presentan también excesiva actividad subcortical derecha; sin embargo, no existían diferencias significativas en la ejecución entre los dos grupos apareados. Según Raine y colaboradores, los psicópatas en conjunto mostrarían disfunciones subcorticales pero no prefrontales, ya que mayoritariamente utilizan la violencia de manera instrumental, pero la minoría de psicópatas que ejercen violencia reactiva sí mostraría este déficit; esto podría explicar la disparidad de resultados

en diversas investigaciones. Recientemente se han encontrado también anomalías en la conectividad del sistema límbico, especialmente evidentes en la parte posterior del cíngulo, que están significativamente relacionadas con las puntuaciones en psicopatía y especialmente con el factor 1 (Juárez, Kiehl y Calhoun, 2013).

2.1.6. Funcionamiento cognitivo ejecutivo y otras medidas funcionales

Aplicando pruebas neuropsicológicas a adolescentes para evaluar el funcionamiento cognitivo-ejecutivo (ECF), Giancola, Martin, Tarter, Pelham y Moss (1996) encontraron una correlación negativa significativa entre estas medidas y la conducta reactivo-agresiva y delictiva, evaluadas por el Child Behavior Checklist (CBCL, Achenbach y Edelbrock, 1979), después de controlar otras variables relacionadas (inteligencia, status socio-económico, e historia familiar). El ECF se relacionó también con el trastorno oposicionista-desafiante y su interacción con la historia familiar de abuso de sustancias se relacionó más estrechamente con la agresión, por una parte, y con la agresión definida por los síntomas de trastorno de conducta, por otra. Para estos autores, el funcionamiento cognitivo ejecutivo demostró tener una estructura unidimensional, válida para evaluar la capacidad de autorregulación de la conducta dirigida a la meta y para contribuir a predecir la conducta agresiva en preadolescentes, en consonancia con sus referencias sobre estudios en adultos.

La hipótesis de un anormal procesamiento de la información en los psicópatas ha sido puesta en evidencia en varias investigaciones, aunque hasta el momento no sabemos exactamente como se produce y los resultados a menudo no son comparables. Kosson (1998), utilizando tareas de atención dividida en psicópatas evaluados con el PCL-R, comprobó que realizaban más errores y emitían más sobre-respuestas ante los distractores que los sujetos no psicópatas; este resultado apoya la hipótesis de una amplitud inadecuada de la atención en estos sujetos (mejor que falta de atención) y por consiguiente la existencia de déficit cognitivo, concretamente por la falta de activación del hemisferio izquierdo ante tareas que incluyen la atención selectiva. Posteriormente se han aportado más pruebas de déficit específico en el procesamiento emocional verbal (Lorenz y Newman, 2002) y no verbal (Kosson, Suchy, Mayer y Lobby, 2002). También en mujeres psicópatas, Siegel (1999) ha investigado el funcionamiento ejecutivo encontrando un cierto deterioro en la capacidad de inhibición cognitiva,

significativamente asociado a puntuaciones elevadas en el PCL-SV de Hare. En cuanto a las dimensiones de la psicopatía, dominancia y falta de miedo se han asociado con interrupciones en el control atencional ante palabras positivas en tanto que impulsividad y antisocialidad se han asociado a interferencias tanto en palabras positivas como negativas, además de activarse distintas regiones del cerebro (Sadeh *et al.*, 2013); estas divergencias en procesos cognitivos y afectivos indican factores de riesgo diferentes asociados a la neurobiología.

Dos tesis interesantes sobre psicopatía y funcionamiento del lóbulo frontal, medido por la ejecución en distintas pruebas, obtienen resultados significativos y posiblemente complementarios. Los resultados de Shelton (1999) utilizando el PCL: YV apoyan la relación en delincuentes juveniles entre agresión y funcionamiento del lóbulo frontal pero no entre éste y la psicopatía, una vez controlada la variable edad. Goldstein (1999), en su estudio, además de controlar numerosas variables que intervienen en la ejecución introdujo la contingencia de premio-castigo como condición experimental, obteniendo resultados consistentes con el déficit de funcionamiento frontal en psicópatas, aunque constató la interacción del nivel de inteligencia con la condición de contingencia en los resultados. El déficit de inhibición y resolución de problemas en los psicópatas puede demostrarse, según esta autora, si tenemos en cuenta los efectos moderadores de la inteligencia y la motivación. Por su parte, Smith (2000) obtiene resultados que apoyan la existencia de un déficit de inhibición en presos psicópatas en la realización de una tarea consistente en responder o inhibir la respuesta, que implicaba la activación de la corteza prefrontal dorsolateral en las imágenes del cerebro de los sujetos de control, aunque estudios posteriores evidenciaron que, según el contexto de las instrucciones, este déficit no ocurriría cuando el proceso es automático (Brazil *et al.*, 2013).

Según la hipótesis del marcador somático (Damasio 2001), las emociones generan esquemas de respuesta automática ante estímulos positivos y negativos a lo largo de la ontogénesis, actuando sobre el proceso cognitivo de toma de decisiones. Damasio, Tranel y Damasio (1999), estudiando sujetos con daño cerebral ventromedial que fracasan en la conducta social por defecto de planificación y toma de decisiones, propone como explicación la imposibilidad de estos sujetos para activar estados somáticos relativos al premio o al castigo al carecer de las respuestas autonómicas; de esta manera, el sujeto tiene dificultades para valorar las consecuencias. Aplicando esta hipótesis, el trabajo de

Van Honk, Hermans, Putman, Montagne y Schutter (2002), con tareas que implican aprendizaje por castigo que involucran el funcionamiento del área orbito-frontal, obtiene evidencia de que los sujetos con puntuación alta en psicopatía son menos capaces de aprender, comportándose como los sujetos que tienen esa zona dañada. Hay evidencias de déficit de control cognitivo en los sujetos psicópatas, incluso en psicópatas primarios, aunque con algunas diferencias respecto a los secundarios según las diferentes tareas probadas (Zeier, Baskin-Sommers, Hiatt Racer y Newman, 2012; Zeier y Newman, 2013).

Por otra parte, Roussy y Toupin (2000) no pudieron replicar los resultados de estudios anteriores sobre el déficit de los psicópatas en tareas que involucran el área dorso-lateral del lóbulo frontal y la discriminación olfativa, encontrando que éstos podrían adolecer de defectos metodológicos; sus resultados, sin embargo, continúan encontrando un déficit de inhibición en estos sujetos y no invalidan la hipótesis orbito-frontal para explicarlos, pero sugieren la implicación de un déficit de inhibición funcional no necesariamente ligado al funcionamiento orbito-frontal. También se han buscado las relaciones entre el funcionamiento del área ventromedial de la corteza prefrontal, implicado en la regulación emocional y la inhibición de las tendencias antisociales, con las distorsiones cognitivas egoístas asociadas al comportamiento antisocial, sin resultados significativos (Blount, 2012); la complejidad de estos estudios y la pequeña magnitud de las muestras pueden dificultar la obtención de conclusiones, pero también pueden estar involucradas distintas áreas en estas funciones.

Para encontrar las deficiencias en el funcionamiento cognitivo-ejecutivo se han revelado útiles algunas pruebas sencillas, como el Wisconsin Card Sorting Test (Heaton, Chelune, Talley, Kay y Curtiss, 1997). Al aplicar el WCST se implica la corteza frontal, pero también produce la activación de otras regiones al tratarse de una tarea compleja que requiere, además del proceso de razonamiento, la participación de las áreas relacionadas, por ejemplo, con la memoria y la visión (Berman *et al.*, 1995); así pues, aunque algunos estudios no han encontrado apoyo para la especificidad de esta prueba como medida de daño frontal (Anderson, Damasio, Jones y Tranel, 1991; Barceló, 2001), en otros aspectos se ha revelado útil.

En el WCST los delincuentes parecen dar más respuestas perseverativas y cometer más errores perseverativos (Miller, 1998; Syngelaki, Moore, Savage, Fairchild, y Van Goozen, 2009; Veneziano, Veneziano, Le Grand y Richards, 2004), además de tomar más decisiones de riesgo, especialmente tras una pequeña ganancia; los jóvenes con trastorno de conducta cometen también más errores perseverativos y fallos en el mantenimiento de la actitud (Chang, 1999), los homicidas presentan menor flexibilidad cognitiva (Del Pino y Werlang, 2008) y los maltratadores familiares rinden peor (Mintz, 1995); estos estudios pueden indicar problemas de rigidez cognitiva en estos sujetos con comportamientos disfuncionales o antisociales.

Hay discrepancias sobre la existencia de un déficit en la ejecución de los psicópatas en ésta y otras pruebas (Hare, 1984; Pham, Remy, Dailliet y Lienard, 2003), el rango de déficit puede ser amplio, según Dolan y Park (2002), que han aportado pruebas de deficiencias en el funcionamiento de las áreas prefrontales ventromedial y dorsolateral también en sujetos diagnosticados de trastorno antisocial con los criterios DSM-IV; otros estudios encuentran más pruebas de déficit funcional en la corteza orbitofrontal de psicópatas subclínicos que en la zona dorsolateral de la corteza prefrontal (Snowden, Gray, Pugh y Atkinson, 2013) y en un estudio con población normal se encontraron procesos olfativos menos eficientes en los sujetos con alta puntuación en psicopatía, lo que podría indicar un funcionamiento disminuido de la corteza orbitofrontal (Mahmut y Stevenson, 2012).

No obstante, se han aportado evidencias de que los psicópatas con éxito obtienen mejores resultados que los detenidos (Ishikawa *et al.*, 2001) y de que la inteligencia, especialmente la verbal, modera la relación entre psicopatía y delincuencia (Wall, Sellbom, Goodwin y Brandee, 2013). Algunos rasgos específicos de la psicopatía han sido valorados como adaptativos por algunos autores, que incluso los han encontrado asociados al éxito presidencial en los USA (Lilienfeld *et al.*, 2013); todo ello vuelve a señalar la importancia de definir exactamente a los sujetos que se está comparando.

2.1.7. Conclusiones de los investigadores

Raine e Ishikawa (2002) en su revisión de anomalías halladas en el cerebro de personas violentas, tanto a nivel funcional como estructural, encontraron algunas evidencia contradictorias (especialmente respecto al hipocampo), pero consistentemente

destacaron deficiencias en córtex prefrontal, córtex temporal, amígdala, hipocampo, cuerpo calloso y giro angular.

Los autores llegan a varias conclusiones interesantes: Las lesiones prefrontales dificultan las respuestas autónomas anticipatorias ante el riesgo, como les ocurre a los psicópatas que han sido detenidos; estas dificultades pueden contribuir al comportamiento impulsivo, anómico, temerario e irresponsable que caracteriza el TAP. Además, anomalías de la corteza prefrontal y la amígdala pueden dificultar el condicionamiento de miedo, llevando a un desarrollo anormal de la conciencia. La regulación de la activación (arousal), que suele ser bajo en personas antisociales, en parte depende también del córtex prefrontal y su malfuncionamiento puede contribuir a la desregulación emocional y a la agresión.

Por otra parte, un déficit en el intercambio interhemisférico puede dificultar los procesos inhibitorios izquierdos y permitir la expresión del afecto negativo generado por el derecho. La actividad subcortical excesiva, observada al mismo tiempo en criminales depredadores y en afectivos, puede aumentar la irritabilidad. El resultado sería violencia especialmente si, además de estas estructuras, también está comprometido el córtex prefrontal. No obstante, Raine (2000) Subraya la influencia de los procesos ambientales en la estructura y funcionamiento del cerebro, especialmente en edades tempranas.

A pesar de la falta de resultados definitivos en las numerosas áreas de investigación abiertas, y de algunas contradicciones probablemente derivadas de la metodología, las bases biológicas de la conducta humana están bien sentadas. Fishbein y Goldman (2002), después de revisar numerosos estudios, concluyen:

- 1.- Toda conducta humana tiene un componente genético*
- 2.- No existen genes ni precursores biológicos para comportamientos humanos específicos.*
- 3.- El entorno puede modificar el modo en que se expresan los rasgos biológicos*
- 4.- La investigación puede posibilitar técnicas humanas eficaces para mejorar el funcionamiento biológico y tratar a las personas violentas.*

5.- Las condiciones ambientales nocivas conducen al comportamiento violento a nivel mundial.

6.- La vulnerabilidad a la violencia será más abundante donde mayores sean los riesgos sociales.

En definitiva, es necesario combinar los datos obtenidos por estudios biológicos, psicológicos y sociales para afrontar y compensar la vulnerabilidad a la violencia y el comportamiento antisocial.

2.2. ASPECTOS PSICOPATOLÓGICOS

2.2.1. La psicopatología en poblaciones reclusas

Son diversos los problemas de salud y falta de cuidados que manifiestan los delincuentes encarcelados, entre ellos –cada vez con mayor frecuencia- los concernientes a la salud mental (Conklin, Lincoln, y Tuthill 2000). La prevalencia de los trastornos mentales, en general, es más alta entre los presos que entre poblaciones equiparables demográficamente, lo que se replica en diversos países, (Andersen, 2004; Coid J., 1984; Dessureault, Côté y Ohayon, 1998; Leuchter, 1981) y parece especialmente notable entre los jóvenes (Livaditis *et al.*, 2000); sin embargo, se ha criticado la falta de equiparación de los recursos asistenciales respecto a la población general, incluso en países con elevado nivel de desarrollo (Fisher, Packer, Simon y Smith, 2000, por ejemplo).

Paralelamente, el número de suicidios y sus tentativas es mayor en la población reclusa que en otras poblaciones equiparables en sexo y edad (Joukamaa, 1998); de hecho, aspectos como vivir solo en una celda o el prolongado encarcelamiento se ha relacionado con un riesgo aumentado de suicidio (Fazel, Cartwright, Norman-Nott y Hawton, 2008; Wortzel, Binswanger, Anderson y Adler, 2009). Aunque todavía faltan estimaciones significativas sobre el riesgo de suicidio en presos y no están claros los factores que intervienen, se considera que algunos factores relacionados se pueden prevenir. En las instituciones penitenciarias españolas está establecido un programa específico para la prevención de suicidios, que se aplica sistemáticamente a cierto tipo de detenidos y presos (personas acusadas por delitos contra las personas y contra la libertad sexual), además de aquéllos en los que se detecta sintomatología de riesgo.

El historial de intentos suicidas se ha relacionado positivamente con algunos conjuntos de rasgos de personalidad similares a los de sujetos con comportamiento antisocial (Verona, Patrick y Joiner, 2001) y con la dependencia de opiáceos (Gore, 1999), siendo frecuentes ambas condiciones entre los reclusos; resulta difícil discriminar la intención de las lesiones autoinflingidas -suicida, coactiva o sintomática, por ejemplo- y las estadísticas pueden incluir diferentes tipos de comportamiento, al no haber una nomenclatura unificada (Krysinska, Heller y De Leo, 2006). Las autolesiones, que se han establecido como uno de los criterios para el trastorno límite de la personalidad, son también relativamente frecuentes entre los reclusos, los psicópatas, en el retraso mental y otros trastornos de personalidad severos (Winchel y Stanley, 1991).

Los trastornos más frecuentes en población reclusa, según la amplia revisión de Rager, Bénézech y Bourgeois (1986) utilizando diagnósticos con los criterios DSM III, son los relativos al uso de sustancias y la personalidad antisocial, aunque la esquizofrenia es relativamente frecuente. En un estudio más reciente, con una amplia muestra de reclusos neocelandeses, los trastornos más comunes resultaron ser también los relativos al uso de drogas, seguidos por la psicopatía, la depresión mayor, el trastorno bipolar, el trastorno obsesivo-compulsivo y el trastorno por estrés postraumático (Brinded, Simpson, Laidlaw, Fairley y Malcolm, 2001). Fazel y Danesh (2002) en su revisión sobre 62 estudios psiquiátricos en poblaciones reclusas de 12 países occidentales, encontraron una incidencia del 65% de trastorno de la personalidad (47% antisocial) y un 3,7% de psicopatías, además de 10% de depresión en varones. En mujeres, la proporción de trastorno de la personalidad y psicopatía era ligeramente menor, muy inferior la de trastorno antisocial o TAP (21%) mientras que la depresión era algo mayor (12%). Estas proporciones son notablemente superiores a las que se encuentran en población general.

En España, los datos epidemiológicos sobre salud mental son incompletos y poco útiles para valorar la prevalencia o el impacto de los trastornos mentales en población general; los estudios comparativos entre países europeos muestran diferencias significativas en las tasas de prevalencia, siendo éstas más bajas en nuestro país -casi la mitad que en Francia- (Ministerio de Sanidad, 2007). El sistema nacional de salud ha estimado más recientemente que un 19,5% de los españoles han sufrido alguna vez en su vida un trastorno mental, los varones un 15,7% y las mujeres un 22,9% (Mº Sanidad, 2011); el estudio de la DGIP (2007) sobre salud mental en el medio penitenciario

encuentra que el 49,6% de los reclusos de su muestra, que excluye los centros psiquiátricos, tiene en su historia clínica uno o varios diagnósticos, incluyendo abuso o dependencia de drogas. Un 12% de los internos presenta patología dual. Los diagnósticos se distribuyen entre 3,4% de trastornos psicóticos, un 12,8% de trastornos afectivos y un 9,4% de trastorno de la personalidad, si bien es frecuente que varios de ellos se den en el mismo sujeto; pero se recoge la posibilidad de infradiagnóstico de los trastornos de la personalidad, en los casos menos graves.

La incidencia de trastornos mentales entre delincuentes internados en psiquiatría puede dar resultados diferentes. En España, considerando un único diagnóstico, García-Moreno (2009) encuentra una incidencia de casi el 70 % de esquizofrenia, con pequeños porcentajes de las demás categorías, en su estudio de dos cortes transversales de la población del Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Sevilla. La mayoría de los internos tenían historial psiquiátrico previo y la mitad habían ingresado en prisión con anterioridad; los delitos contra las personas eran los más frecuentes y en la mitad de los casos la víctima era un familiar.

Sin embargo, Calvo, Soler, Día y Ventura (2008) encuentran que el trastorno más diagnosticado en los detenidos de su muestra del Hospital Universitario de Zaragoza es el trastorno de la personalidad, seguido de esquizofrenia, trastornos afectivos y dependencia alcohólica; además, casi la mitad de los pacientes tenían un segundo diagnóstico, en gran parte trastorno de la personalidad y abuso o dependencia de alcohol o drogas, dato que señala la complejidad del diagnóstico en patologías comórbidas.

La prevalencia de los distintos trastornos mentales no siempre está bien establecida en las instituciones penitenciarias. Fazel y Danesh (ya citados) encontraron una alta heterogeneidad entre los diversos estudios que valoraron (especialmente respecto al trastorno antisocial) y tampoco es infrecuente que diversos procedimientos diagnósticos obtengan una moderada o baja concordancia (Corrado, Cohen, Hart y Roesch, 2000). Al variar los métodos diagnósticos, las proporciones de los distintos tipos de trastorno pueden llegar a ser muy diferentes, dificultando las revisiones y estudios meta-analíticos; además, la correlación o comorbilidad entre diversos trastornos, como ocurre con los trastornos de la personalidad, abuso de sustancias, ansiedad y depresión (Nathan y Langenbucher, 1999) facilita que distintos enfoques de estudio obtengan

resultados diferentes. Un dato objetivo es que más del 20% de la población reclusa estudiada por Algora y Varela (2008) en un centro de Madrid recibía algún psicofármaco.

Se ha señalado que la asociación entre trastorno mental y criminalidad no se corresponde tanto con los resultados de la investigación como con cierto prejuicio metodológico (Combalbert, Favard y Bouchard, 2001); aunque entre los delincuentes existan enfermos mentales, éstos pueden tener mayor riesgo de convertirse en víctimas que en agresores, a causa de esa condición (Silver, Arseneault, Langley, Caspi y Moffitt, 2005, en un estudio longitudinal con una amplia muestra de jóvenes). De los estudios revisados por Mitchel (1999), se concluye que el riesgo de conducta delictiva o violenta se reduce principalmente a los sujetos con síntomas psicóticos severos y a los psicópatas, aunque en jóvenes se ha encontrado también que la violencia se produce con más frecuencia tras el uso de alcohol y en sujetos con antecedentes de trastorno de conducta (Arseneault, Moffitt, Caspi, Taylor y Silva, 2000).

En todo caso, los estudios realizados en un tipo de prisión no pueden extrapolarse directamente a otro -aunque pertenezcan a culturas semejantes- sin tener en cuenta el tipo de sistema penitenciario que se aplica, dado que distintos sistemas puede influir de manera diferente en la incidencia de trastornos mentales entre los presos. Andersen, Sestoft, Lillebaek, Mortensen y Kramp (2000) comprobaron que la incidencia de trastornos psiquiátricos y la magnitud de sintomatología psicopatológica era significativamente más alta entre reclusos en confinamiento solitario, especialmente respecto a trastornos de adaptación y depresivos, y que esta diferencia podía explicarse por el nivel de estrés. Incluso en poblaciones reclusas de distintos países europeos, con sistemas similares, se obtienen resultados contrapuestos respecto al posible deterioro cognitivo debido a la prisionización (Goetals, 1981, en Bélgica versus Lapornick *et al.*, 1996, en Austria, por ejemplo).

También la edad más avanzada en los prisioneros puede relacionarse con la mayor presencia de diagnósticos psiquiátricos, especialmente de tipo depresivo (Fazel, 2001), lo que dificulta la comparación de estudios en presos de diferentes edades. Pero además, el tipo de delito cometido puede llevar a resultados diferentes; por ejemplo, hay estudios indiciarios de una mayor incidencia de trastornos de personalidad de los tipos obsesivo-

compulsivo, dependiente y paranoide, además de psicopatía, cuando se estudian agresores familiares (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2008).

En conjunto, todo el rango de comportamiento antisocial, la psicopatía y los trastornos de la personalidad, junto con el abuso de drogas, destacan como los problemas más frecuentes en las instituciones penitenciarias, pero se han registrado proporciones importantes de trastornos muy diferentes, generalmente clasificados según la metodología del Manual Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales DSM de la American Psychiatric Association (aquí por su IV edición de 1995).

Existen dudas de la adecuación de este tipo de clasificaciones basadas en categorías y hay diversas alternativas clasificatorias basadas en estudios factoriales o en modelos biológicos, desde cuyas investigaciones se ha puesto en entredicho la validez de constructo del modelo DSM para los trastornos de la personalidad (Besteiro *et al.*, 2004; Blackburn y Coid, 1999). Sin embargo, este es el modelo utilizado predominantemente también en España por lo que en adelante se sigue, aproximadamente, la estructura del DSM IV-R.

2.2.1.1. Trastornos clínicos (Eje I) relacionados con la conducta antisocial y delictiva

a) Trastornos por abuso de sustancias

Según el DSM IV-R, un patrón mal adaptativo de consumo de sustancias, muchas de ellas prohibidas, puede dar lugar a diversos problemas sociales, laborales, personales y por supuesto, problemas legales, lo que se manifiesta claramente en la amplia proporción de sujetos consumidores de todo tipo de sustancias en las instituciones penitenciarias españolas, tal como queda expresado en el apartado 2.1.2.3. A muchos de ellos les correspondería el diagnóstico de dependencia de varias sustancias, dado que generalmente son poli-consumidores y el 30% de los internos usan varias veces al día drogas que son fuertemente adictivas (DGIP 2006); el diagnóstico de abuso de sustancias se presenta en el 44,2% de la muestra estudiada por sanidad penitenciaria (DGIP, 2007). En estudios norteamericanos, la proporción de drogodependientes puede superar el 50% de los internos evaluados (Lo y Stephens, 2000), aunque en este caso el problema mayor parece ser el consumo de cocaína.

Existen muchos estudios que muestran la asociación del alcoholismo y el uso de otras drogas con la reincidencia, la conducta antisocial, los delitos violentos y los sexuales (Firestone *et al.*, 1998; Hong-Neo, McCullagh y Howard, 2001; Toombs, Benda y Corwyn, 2000; White, Ackerman y Caraveo, 2001, son algunos de ellos). La proporción de sujetos con trastorno antisocial de la personalidad parece especialmente alta en los sujetos drogodependientes, pero también la depresión mayor y otros trastornos (Darke, 1998; Pelissier y O'Neil, 2000); además, el consumo de drogas se produce igualmente en los internos diagnosticados de otros trastornos clínicos y del comportamiento, complicando tanto su curso como su tratamiento (Esbec, 1977).

También se ha encontrado en los consumidores de drogas mayor peso de los aspectos disfuncionales de la impulsividad (Pedrero, 2009) y la impulsividad en la infancia ha mostrado capacidad para predecir la conducta antisocial adulta, según la literatura sobre el trastorno de hiperactividad y déficit de atención (Lahey, Walkman y McBurnett, 1999; Lynam, 1998, por ejemplo).

Calvete y Estévez (2009) han relacionado el consumo de drogas en jóvenes con esquemas como la creencia de grandiosidad y autocontrol insuficiente; estos esquemas reflejan un estilo cognitivo en el que no hay límites y no se tolera la frustración, que cada vez es más frecuentemente identificado en los jóvenes y parece obedecer a un estilo permisivo de crianza. La experimentación de estrés, factor de riesgo para las conductas adictivas, puede ser un desencadenante de especial importancia cuando se involucran ese tipo de esquemas.

El uso de drogas en prisión parece ser continuación del consumo en libertad (Cope, 2000), que suele comenzar tempranamente (Pliszka, Sherman, Barrow e Irick, 2000, por ejemplo) y la severidad de la adicción ha mostrado cierto peso para pronosticar el crimen violento (Gresnight, Breteler, Schippers y Van-den-Hurk, 2000); considerando, además, la importante evidencia existente sobre el deterioro en los procesos de toma de decisiones de los drogodependientes (Verdejo, Aguilar y Pérez, 2004), entre otras variables, parece importante tomar este aspecto en consideración en los estudios sobre delincuentes encarcelados, algo que no siempre ocurre y probablemente dificulta la adecuada interpretación de los resultados. La drogodependencia es, por lo tanto, una de

las mayores preocupaciones de las Instituciones Penitenciarias y uno de los objetivos centrales en el establecimiento de recursos para el tratamiento desde hace muchos años.

b) Trastornos afectivos y por ansiedad

Los trastornos afectivos también se han relacionado con la conducta antisocial. En Estados Unidos, Pliszka, *et al.*, explorando la incidencia de los trastornos mentales mayores en una muestra de 50 delincuentes juveniles norteamericanos detenidos, encuentran un 42% de trastornos afectivos (casi siempre manía y depresión mayor), aunque el trastorno de conducta prevalecía (60%); pero entre otras relaciones determinan además una fuerte asociación entre el trastorno afectivo y el de conducta.

Estos resultados son consistentes con los hallazgos que implican una mayor presencia de patología en delincuentes jóvenes, con la particularidad de que una gran proporción de los sujetos eran usuarios de alcohol y drogas; de hecho, sólo dos de los sujetos libres de trastorno afectivo consumían algo más que alcohol y marihuana. Revisando los estudios publicados al respecto en prisioneros varones adultos, Fazel y Danesh (2002) establecen proporciones semejantes o inferiores a la prevalencia establecida en el DSM-IV para la población general.

Por otra parte, el trastorno por estrés postraumático parece presentarse en mayor medida en reclusos varones que en la población general (Gibson *et al.*, 1999) y se ha encontrado este trastorno en sujetos que cometieron delitos violentos, fuertemente asociado a los delitos de tipo reactivo que han sido identificados como traumáticos (Pollock, 1999).

El predominio del TEP en delincuentes severos ha sido valorado también por Steiner, García y Matthews (1997) en 85 jóvenes californianos que cometieron delitos graves, predominantemente violentos, encontrando que un 32% cumplían el criterio totalmente y un 20% lo cumplía en parte. Estos sujetos mostraban elevada ansiedad y depresión, además de bajo autocontrol y control de impulsos, y baja contención de la agresión; psiquiátricamente, resultaron utilizar defensas inmaduras como la proyección, la somatización, la conversión, la evitación, incluso la disociación. Las manifestaciones inmaduras de mecanismos de defensa, especialmente el rechazo y la proyección, se han

relacionado también con personalidades tipo límite, narcisista e histriónica, así como con la psicopatía (Cramer, 1999).

Spitzer *et al.* (2001), en una muestra de presos en hospitales de alta seguridad en Alemania, encuentran que el 64% de los sujetos informaron de alguna experiencia traumática; el predominio de TEP crónico se estableció en el 36%, y se diagnosticaron 9 sujetos con TEP agudo, además de aquéllos que mostraban sintomatología parcial; los autores concluyen que la sintomatología de TEP es común entre los pacientes forenses

Algunos internos que se autolesionan no tienen un diagnóstico usualmente relacionado con esa conducta, sino que presentan consistentemente síntomas relacionados con la ansiedad y sus correlatos psicosomáticos -insomnio, sensibilidad, temores, agitación- que a veces ya estaban presentes en la infancia o adolescencia. Cima, Merckelbach, Klein, Shellbach-Matties y Kremer (2001) han encontrado frecuentes traumas infantiles en presos con patología psiquiátrica y, de hecho, hay evidencias de una fuerte asociación entre conducta autolítica en presos y antecedentes de traumas psicológicos y pautas de educación parental negativa en la infancia (Powell, 2001).

Es evidente que algunos delincuentes han sufrido síntomas de TEP, algunos los padecen todavía estando en prisión y algunas de las reacciones prototípicas del TEP pueden, incluso, incidir en la comisión de un delito, dado que estos sujetos tienden a exhibir un bajo nivel de autocontrol; en mujeres reclusas, la proporción de TEP es todavía más alta que en varones (Cauffman, Feldman, Waterman y Steiner, 1998), probablemente obedeciendo a las circunstancias de mayor riesgo que se atribuyen a la variable género.

c) Trastornos psicóticos

En la población reclusa española este diagnóstico afecta al 3,4% de la población (DGIP, 2007). Los trastornos psicóticos, aunque parecen a priori candidatos claros a ser causa de exención de la responsabilidad criminal, no necesariamente lo son, o lo son sólo parcialmente, tal como se refleja en el primer capítulo de este trabajo; así pues, se encuentra un porcentaje de ellos entre los delincuentes encarcelados, la mayoría de ellos con historial psiquiátrico de psicosis previo al acto delictivo (García-Moreno, 2009), el 2,6% según la DGIP.

Aunque el diagnóstico de esquizofrenia en delincuentes, especialmente en delincuentes violentos, se ha venido asociando a alto riesgo de reincidencia y suele llevar aparejadas medidas especiales de control, algunos estudios indican que, por el contrario, la correlación de esquizofrenia y reincidencia no es fuerte (Rice y Harris, 1995). Los trastornos mentales sí parecen relacionarse con el delito de homicidio: el 34% de la amplia muestra de británicos condenados por homicidio de Shaw *et al.* (2006) tenían una enfermedad mental, pero sólo el 5% tenía historia de esquizofrenia.

Los reclusos afectados de psicosis -en especial cuando es de tipo paranoide- pueden haber cometido delitos directamente relacionados con su delirio; la percepción excesiva de amenaza en enfermos psicóticos puede explicar un alto porcentaje de su conducta violenta, según Arseneault *et al.* (2000), aunque esto no se ha demostrado consistentemente. Según Rice y Harris, (1992), los esquizofrénicos reinciden en menor proporción que otros delincuentes, y su conducta delictiva y violenta no está tan relacionada con la presencia de sintomatología activa como con los mismos factores de riesgo establecidos para los demás delincuentes, como puede ser el abuso de alcohol. En cualquier caso, una supervisión adecuada (que suele darse en estos enfermos) y programas comprehensivos de tratamiento podrían reducir la conducta criminal de estos pacientes.

d) Otros trastornos

Un estudio de Dalteg, Gustafsson y Levander (1998) ha encontrado significativa entre reclusos la incidencia del trastorno por hiperactividad con déficit de atención (HDA), que permanece en la edad adulta; en el estudio de Semiz *et al.* (2008), el 65% de delincuentes con TAP de su muestra cumplían criterios para comorbilidad con HDA. También los antecedentes de trastorno de conducta (TC) se han relacionado con mayor probabilidad de conducta violenta (Arseneault *et al.*, 2000).

Hay una importante línea de investigación que relaciona el HDA -especialmente cuando se asocia con el trastorno de conducta- con el desarrollo de la conducta antisocial y delictiva en niños y adolescentes, incluso se consideran como probables precursores de la psicopatía y la delincuencia violenta y reincidente (Lahey, Walkman y McBurnett 1999; Lynam, 1998); este tipo de trastornos, asociados con posteriores trastornos de la personalidad pero también con trastornos por ansiedad, no suelen diagnosticarse en

adultos, posiblemente por la dificultad que implica la comorbilidad psiquiátrica, y esto podría ser desfavorable para un abordaje terapéutico adecuado (Rasmussen, Almvik y Levander, 2001).

2.2.1.2. Trastornos de la personalidad y retraso mental (Eje II)

a) Retraso mental y otros problemas para el aprendizaje

Fazel, Xenitidis y Powell (2008), aunque no han encontrado datos fiables sobre prevalencia, en su análisis de estudios relevantes -que incluyó casi doce mil presos de cuatro países- estiman que un porcentaje medio entre el 0,5 y el 1,5% de internos están diagnosticados de discapacidad intelectual. Este porcentaje no es superior al de población general, pero sí hay evidencias de una menor puntuación de los reclusos en medidas estándar de inteligencia (Herrnstein y Murray, 1994; McKinney, 1999)

Según otros autores (Hayes, 2002; Riches, Parmenter, Wiese y Stancliffe, 2006), la proporción de personas con discapacidad intelectual en las prisiones occidentales es significativamente alta; ello plantea diversas necesidades de identificación temprana, protección y rehabilitación, siempre preferibles a un alto riesgo de encarcelamiento, sobre todo en ambientes socialmente desprotegidos. Una vez en prisión, estas personas suelen presentar muchas dificultades emocionales y conductuales, necesitando una atención especial para la que este tipo de centros no están preparados. Considerando que algunos estudios han encontrado relación entre una menor inteligencia y mayores probabilidades de reincidencia y de delitos graves (Holland y Holt, 1998), la intervención educativa sería muy necesaria, pero se ha señalado como insuficiente en las prisiones donde se realizan estos estudios.

Aunque la proporción de retraso mental diagnosticado no sea superior a la de otras poblaciones, la relación de baja medida de inteligencia con la conducta antisocial en niños está bien documentada y parece sostenerse hasta la edad adulta. Se ha discutido si esta relación está genéticamente dispuesta o es producto de circunstancias ambientales; en cualquier caso, incluso en los estudios que han encontrado apoyo a esta disposición genética, especialmente para varones, (Koenen, Caspi, Moffitt, Rijdsdijk y Taylor, 2006, por ejemplo) se aporta apoyo a la intervención en el ambiente para moderar la predisposición y se critica que a menudo ésta no se realiza o es poco efectiva. Es posible

que el nivel de inteligencia sea difícil de modificar (Moffit, Caspi, Harknessy Silva, 1993), pero la mejora en algunas habilidades escolares parece ser capaz de modificar la conducta antisocial.

La asociación entre problemas de lectura y conducta antisocial en la infancia, también ampliamente demostrada, parece estar más claramente retroalimentada por el ambiente, según las evidencias aportadas por Trzesniewski, Moffitt y Caspi (2006), en su estudio de la muestra de Dunedin, que predice buenos resultados en la intervención precoz. Jensen, Lindgren, Meurling, Ingvar y Levander (1999), por su parte, han encontrado dislexia en el 46% de su muestra de reclusos suecos, sujetos que presentaban también menor grado de socialización y mayores niveles de ansiedad y suspicacia, junto con mayor frecuencia de trastornos de la personalidad paranoico y evitativo; aunque otros estudios no han encontrado tasas anormales con distinto método (Samuelsson, Gustavsson, Herkner y Lundberg, 2000) la doble desventaja puede aumentar el riesgo de criminalización y de persistencia de la conducta delictiva, en tanto que la prevención no presenta demasiadas dificultades.

Por otra parte, se ha encontrado una correlación negativa entre cociente intelectual y psicopatía en mujeres presas (Spironelli, Segrè, Stegagno y Angrilli, 2014) pero, más que señalar una discapacidad intelectual, parece relacionarse con la falta de capacidad de previsión y planificación, así como con la deficiente representación de las consecuencias futuras de los propios actos, frecuentemente descritas en sujetos antisociales.

b) Trastornos de la personalidad

La asociación más alta entre la delincuencia y los trastornos mentales y del comportamiento corresponde, sin duda, a los trastornos de la personalidad. Según la APA, la prevalencia de estos trastornos en población general oscila entre el 1 y el 3%, pero en población reclusa parece ser mayor, según los estudios revisados, especialmente respecto al trastorno antisocial de la personalidad.

La prevalencia del TAP, según se describe en el DSM-IV puede superar el 30% en muestras forenses, de delincuentes o de consumidores de sustancias y es dos veces más frecuente en varones que en mujeres, mientras que en población general se sitúa entre el 3 y el 1% (varones y mujeres respectivamente). En el Reino Unido se estima que la

prevalencia del trastorno de personalidad antisocial en la población general es, igualmente, del 3% para los hombres y del 1% para las mujeres (NICE, 2009).

En población penitenciaria, Moran (1999), en su revisión, encuentra una prevalencia del 60% de TAP en presos masculinos y señala que, además de estar fuertemente asociado a la delincuencia y al abuso de sustancias, también puede acompañarse de trastornos de ansiedad, de somatización o depresión y relacionarse con numerosos problemas médicos y sociales como otros trastornos de la personalidad.

En España, Riesco *et al.* (1998), encontraron uno o varios tipos de trastorno de la personalidad en el 91% de los internos, libres de otros trastornos, que estudiaron a través del International Personality Disorder Examination (IPDE, versión DSM-III-R) y un test clínico (MMPI); si bien era una muestra de sólo 56 internos, la proporción era muy alta, siendo también más frecuente el trastorno antisocial, seguido del paranoide y del esquizoide.

Resultados semejantes obtuvieron Alvaro-Brun y Vegue-González (2008) con la versión cuestionario del IPDE (DSM-IV), con un 99% de internos identificados, constatando un elevado número de falsos positivos en esta versión, comparada con los resultados de la entrevista del mismo instrumento, además de una especificidad muy baja para los trastornos de personalidad más frecuentes en la muestra estudiada, el antisocial y el límite. Aplicando la entrevista IPDE, presentaron criterios diagnósticos de uno o más trastornos de la personalidad el 60% de los sujetos evaluados, un número todavía muy notable. Además encontraron que el 7% de los sujetos presentaba criterios para dos trastornos y el 4% para tres, incluso hubo representación para cuatro y cinco trastornos de la personalidad, evidenciando una cierta frecuencia de comorbilidad entre distintos tipos.

Con el mismo instrumento, pero utilizando entrevistas individuales para establecer la sintomatología, Arroyo y Ortega (2009) encuentran un 30% de trastornos de personalidad como primer diagnóstico en su muestra de reclusos, siendo también los más frecuentes el antisocial (11,6%) y el límite (11,6%). Estos sujetos resultaron responsables del 90% de las infracciones disciplinarias de todo el grupo, además de tener más problemas de drogodependencia y demandar más psicofármacos.

El uso abusivo de autoinformes en la evaluación de los trastornos de la personalidad ha sido criticado por Fernández-Montalvo y Echeburúa (2006), que han observado una importante discrepancia entre los datos de evaluaciones obtenidas a través de cuestionarios autoaplicados y de los resultantes de entrevistas clínicas, incluso tratándose de una misma muestra. Esto se explicaría por la presencia frecuente de síntomas egosintónicos y socialmente indeseables, que pueden no ser percibidos o ser intencionalmente ocultados, resultando desaconsejable la autoevaluación. Lo mismo se aplicaría igualmente al uso de estos instrumentos para la investigación.

Los estudios revisados encuentran frecuentemente trastornos de la personalidad en comorbilidad entre sí y con otros trastornos pero la prevalencia varía notoriamente según la metodología diagnóstica y los factores socio-culturales asociados, y las relaciones entre ellos no están claras (Lyons, Tyrer, Gunderson y Tohen, 1997; Tyrer, Gunderson, Lyons y Tohen 1997); según los estudios revisados por Esbec (1977), su constatación apareja un peor pronóstico y el efecto patoplástico de los trastornos de la personalidad en casos de comorbilidad con trastornos del Eje I es notable, lo que subraya la importancia del aspecto psicológico en las evaluaciones de los enfermos mentales.

Desde el punto de vista de la estructura dinámica de la personalidad, de manera semejante a la organización en grupos de los trastornos de la personalidad, el solapamiento entre distintos trastornos se presenta con frecuencia entre los que comparten la misma estructura, compartiendo también manifestaciones inmaduras de mecanismos de defensa; se ha encontrado consistencia en el uso de la proyección y el rechazo en el cluster B, especialmente en el trastorno antisocial (Cramer, 1999).

La relación de los trastornos de personalidad, el abuso de sustancias, la depresión y la ansiedad ha sido ampliamente establecida (DSM IV, 1995; Nathan y Langenbucher, 1999). Además, el trastorno de la personalidad se ha relacionado con mayor comportamiento violento y antinormativo en reclusos drogodependientes (Friedmann, Melnick, Jiang y Hamilton, 2008); por ello, y dada la alta prevalencia del TAP entre los reclusos, al igual que en el caso de la drogodependencia este trastorno ha merecido una especial atención en los estudios sobre delincuentes.

2.2.2. La psicopatía y el trastorno antisocial de la personalidad

Como en muchos otros ámbitos, en los estudios sobre la psicopatía intervienen demasiadas variables que no siempre pueden ser controladas. Pero en este caso encontramos, además, discrepancias importantes en los criterios e instrumentos de medida, derivados de la falta de claridad del concepto, que han dificultado la comparación y contraste de los resultados de las distintas investigaciones (Garrido, 1996; Goldstein, 1999; Ross, 1999).

Paulatinamente, el término “psicopatía” ha ido desapareciendo de las clasificaciones clínicas al uso y concretamente de las dos clasificaciones de trastornos mentales más universales, DSM de la American Psychiatric Association y CIE de la Organización Mundial de la Salud; ambas hacen referencia al término psicopatía, la primera como un subtipo o denominación alternativa del trastorno disocial de la personalidad y la segunda para identificarlo concretamente con el trastorno antisocial de la personalidad (TAP): “Este patrón también ha sido denominado psicopatía, sociopatía o trastorno disocial de la personalidad” (DSM-IV, p.662).

Freedman, Kaplan, y Sadock (1984) consideran el término psicopatía como una voz anticuada para definir el mismo concepto. Sin embargo hay corrientes que difieren, considerando que los criterios diagnósticos definen trastornos en parte equiparables, pero que contienen diferencias sustanciales (Moltó y Poy, 1997; Garrido, 2002; Hare, 2003, entre otros). Patrick (2000), por ejemplo, a partir del estudio de las diferentes respuestas emocionales de los psicópatas, realiza una clara distinción entre psicopatía, conducta criminal y TAP. Aunque tanto la psicopatía (evaluada con el PCL-R) como el diagnóstico de TAP se consideran igualmente válidas para predecir la conducta antisocial persistente (Skilling, Harris, Rice y Quinsey, 2002), como mínimo, podemos encontrar diferencias derivadas de las posiciones teóricas de partida en los criterios diagnósticos que pueden impedir la comparación de estos trastornos y, por tanto, no parece aconsejable utilizarlos de manera intercambiable (Ogloff, 2006).

Al respecto del caso de Tom descrito por Cleckley, se ha considerado que los criterios conductuales correlacionan con igual validez que los criterios centrados en rasgos psicológicos y no tienen la desventaja de estar mediados por juicios inferenciales (Spitzer, Gibbon, Skodol, Williams y First, 1995). Ciertamente, los criterios conductuales

son más objetivos y no requieren apenas del juicio clínico, pero según otros autores como Frances (1980), refiriéndose ya a la falta de criterios clínicos del DSM III, y los ya citados (Garrido, 2002; Hare, 2000; Ogloff, 2006; Patrick, 2000) los criterios de conducta antisocial se pueden aplicar a una generalidad de delincuentes habituales varones de tal modo que el diagnóstico estricto de TAP corresponda a un alto porcentaje –desde un 50 hasta al 80%- de la población reclusa masculina. Esto ocurre especialmente si no se es muy restrictivo respecto a los criterios generales para diagnosticar previamente la existencia de un trastorno de la personalidad y ello puede depender de las “*expectativas culturales*” que el clínico considere propias del sujeto (DSM IV p.649) y de si debemos sustraernos a un modo de pensar monolítico respecto a la cultura.

2.2.2.1. Criterios CIE 10

Podemos ver en los criterios CIE algunas de las características descritas por Cleckley (1976), que se corresponden con la psicopatía primaria; además de la irresponsabilidad, se hace referencia a los aspectos afectivos, tan peculiares de los psicópatas, de manera que, teniendo un sujeto con los rasgos descritos por Cleckley -sea o no un delincuente- es probable que pueda ser diagnosticado de un trastorno disocial de la personalidad.

CIE-10

F60.2 Trastorno disocial de la personalidad

Se trata de un trastorno de personalidad que, normalmente, llama la atención debido a la gran disparidad entre las normas sociales prevalecientes y su comportamiento; está caracterizado por:

- a) Cruel despreocupación por los sentimientos de los demás y falta de capacidad de empatía.*
- b) Actitud marcada y persistente de irresponsabilidad y despreocupación por las normas, reglas y obligaciones sociales.*
- c) Incapacidad para mantener relaciones personales duraderas.*

d) Muy baja tolerancia a la frustración o bajo umbral para descargas de agresividad, dando incluso lugar a un comportamiento violento.

e) Incapacidad para sentir culpa y para aprender de la experiencia, en particular del castigo.

f) Marcada predisposición a culpar a los demás o a ofrecer racionalizaciones verosímiles del comportamiento conflictivo.

Puede presentarse también irritabilidad persistente. La presencia de un trastorno disocial durante la infancia y adolescencia puede apoyar el diagnóstico, aunque no tiene por qué haberse presentado siempre.

Incluye:

Trastorno de personalidad sociopática.

Trastorno de personalidad amoral.

Trastorno de personalidad asocial.

Trastorno de personalidad antisocial.

Trastorno de personalidad psicopática.

Excluye:

Trastornos disociales (F91.-).

Trastorno de inestabilidad emocional de la personalidad (F60.3).

Para este diagnóstico es necesario un estudio clínico que requiere un mayor esfuerzo interpretativo que el requerido por el DSM IV, el cual expone criterios más operativos, y tal vez por ello resulta ser mayoritariamente utilizado en nuestro país a pesar de que, por tradición, tendríamos una mayor relación con la psiquiatría europea que con la norteamericana. Aunque se ha señalado que los criterios para el trastorno disocial pueden excluir a algunos psicópatas, ya que carecen de la amplitud necesaria en la descripción de personalidad y comportamiento para un adecuado diagnóstico (Ogloff, 2006), sus

características facilitan la incorporación de los resultados de la investigación reciente para proporcionar un mayor detalle y mejor ajuste en el diagnóstico, algo que no ocurriría con los criterios DSM, más moleculares.

2.2.2.2. Criterios DSM IV y DSM-5

Los criterios DSM-5 (básicamente iguales al DSM-IV) dependen en mayor medida de la constatación de comportamientos directa o indirectamente relacionados con la delincuencia habitual y con el estilo de vida propio de ésta; los factores clínicos y de personalidad más relacionados con el concepto clásico de psicopatía, que se expresaban en las anteriores versiones (DSM I y II) ya habían desaparecido en el DSM III, reduciéndose el diagnóstico a criterios conductuales (Hare, 1985). Así, la presencia de TAP se ha relacionado abundantemente con la delincuencia y la reincidencia (De Jong, Virkkunen y Linnoila, 1992, por ejemplo.)

DSM-5

Criterios para el Diagnóstico de F60.2 Trastorno Antisocial de la Personalidad [301.7]

A. Patrón dominante de inatención y vulneración de los derechos de los demás, que se produce desde los 15 años de edad, y que se manifiesta por tres (o más) de los hechos siguientes:

- 1. incumplimiento de las normas sociales respecto a los comportamientos legales, que se manifiesta por actuaciones repetidas que son motivo de detención.*
- 2. engaño, que se manifiesta por mentiras repetidas, utilización de alias o estafa para provecho o placer personal.*
- 3. impulsividad o fracaso para planear con antelación.*
- 4. irritabilidad y agresividad, indicados por peleas o agresiones físicas repetidas.*
- 5. desatención imprudente de la seguridad propia o la de los demás.*
- 6. irresponsabilidad constante, que se manifiesta por la incapacidad repetida de mantener un comportamiento laboral coherente o cumplir con las obligaciones económicas.*

7. *ausencia de remordimientos, que se manifiesta con indiferencia o racionalización del hecho de haber herido, maltratado o robado a alguien.*

B. El individuo tiene al menos 18 años.

C. Existen evidencias de la presencia de un trastorno de la conducta con inicio antes de los 15 años.

D. El comportamiento antisocial no se produce exclusivamente en el curso de la esquizofrenia o de un trastorno bipolar.

Este sistema no considera la posibilidad de que algunos de estos comportamientos concretos, tal como se han descrito, puedan resultar adaptados en algunas circunstancias o puedan reflejar un sistema normativo y unos esquemas relacionales que, aun contrariando los principios del grupo social mayoritario o dominante, no tienen por qué constituir una patología: en todo caso podríamos hablar de “conflictividad” o “patología social”, y solamente en casos determinados, de “patología individual”. No es difícil deducir que cualquier delincuente habitual mentirá con frecuencia, dada la oscuridad de sus actividades, y difícilmente tendrá remordimientos por lo que viene decidiendo hacer habitualmente; con ello ya podría considerarse cumplido el criterio A. Tampoco es difícil entender que, en algunos ambientes o subculturas, todo ello podría ser perfectamente aceptable.

Es decir, la condición de delincuente habitual no se delimita en manera alguna para el diagnóstico y no siempre se tiene en cuenta, en la praxis, su posible dimensión subcultural; tampoco se aclara suficientemente el diagnóstico diferencial con el abuso de sustancias -trastorno que se considera abundantemente relacionado tanto con los trastornos de la personalidad como con la delincuencia, ya sea por la APA o por la OMS, y que se comienza a desarrollar tan precozmente como el trastorno antisocial, de manera que resulta difícil deslindarlos con el criterio temporal que se establece en este instrumento.

Respecto del Trastorno de Conducta, por ejemplo, en el texto del mismo manual se expresa la necesidad de que los síntomas obedezcan a un trastorno psicológico interno, aunque los criterios diagnósticos omiten este aspecto y pueden clasificar incorrectamente como trastorno condiciones que en realidad son respuestas normales a circunstancias

difíciles (Wakefield, Pottick y Kirk, 2002); pero en el caso del TAP ni siquiera está especificado este aspecto.

Cuando se trata del trastorno disocial en la infancia, los criterios DSM IV adolecen de los mismos problemas, los novillos, las peleas, las ausencias del domicilio o los hurtos infantiles son frecuentes en algunos sectores de la población y suelen encontrarse en las historias de los delincuentes habituales, pero no siempre en los psicópatas descritos por Cleckley (1976); muchos factores sociales pueden favorecer estos comportamientos, y también pueden producirse como resultado de un estilo de vida condicionado por el uso de drogas, aunque no estén directamente provocados por la intoxicación aguda ni por la búsqueda de medios para conseguirlas.

A pesar de su relevancia clínica, sólo encontramos en el apartado de “síntomas asociados” las características más sobresalientes de la psicopatía, tal como la describen Cleckley (1976) o Hare (Hare, 1970, 1993) y tal como las encontramos en algunas personas que no cumplen los criterios para el TAP, sin que podamos ubicarlas en otros epígrafes: muchos psicópatas descritos por Hare no podrían ser diagnosticados de trastorno antisocial de la personalidad, ni de ninguna otra cosa, a pesar de causar un enorme daño a su alrededor, a los miembros de su familia, amigos y socios (Hare, 2003; Vázquez, 1999); hay sujetos, sin embargo, que son temidos o rechazados por otros delincuentes habituales –que también cumplirían fácilmente los criterios para el TAP– porque no son de fiar, según sus propios estándares.

Los criterios DSM difieren especialmente de los de Cleckley y sólo contienen parte de los requeridos por Hare para la psicopatía, hasta el punto que difícilmente podrían considerarse un mismo trastorno. En definitiva, el DSM puede haber mejorado la fiabilidad en el diagnóstico pero parece haber disminuido la validez de los criterios y excluido de los mismos a los psicópatas no delincuentes (Moltó y Poy, 1997).

Algunos estudios han aportado evidencias de la falta de utilidad de los criterios DSM y de la necesidad de incluir los rasgos de la psicopatía en el diagnóstico (Widiger *et al.*, 1996); de hecho, hay evidencias de una criminalidad más severa en los delincuentes presos que son diagnosticados tanto de TAP como de psicopatía, que en los diagnosticados de TAP sin psicopatía (Kosson, Lorenz y Newman, 2006) y el TAP falla

para identificar los aspectos interpersonales de la psicopatía, implicados en la conducta violenta (Serin, 1996).

2.2.2.3. Implicaciones de los criterios diagnósticos y forenses

Tanto en el desarrollo de los criterios originalmente propuestos por Hare, Hart y Harpur (1991) para el trastorno psicopático de la personalidad como en los que se incluyen en el PCL-R (Hare, 1991) se puede apreciar una mayor relevancia clínica en aquéllos aspectos relacionados con el Factor 1; en realidad, tanto en los criterios del Factor 2 como especialmente en los criterios DSM para el TAP, se establece una equívoca relación entre delito y salud mental. Aun así, el PCL-R identifica alrededor del 15% de los reclusos en USA, proporción importante, aunque muy inferior a la resultante de aplicar los criterios para el TAP.

Los criterios de Cleckley definen a un sujeto incapaz de desarrollar respuestas de ansiedad; aunque no se ha demostrado claramente una relación negativa entre la psicopatía y la ansiedad, algún aspecto de ésta se ha asociado positivamente con la conducta antisocial propia del factor 2 del PCL-R (Hale, Goldstein, Abramowitz, C.S., Calamari y Kosson, 2004); los instrumentos de medida de la ansiedad podrían detectar también otros aspectos emocionales negativos, en todo caso, en un estudio español sobre reclusos mediante autoinforme éstos presentan unas puntuaciones medias en ansiedad significativamente más altas que la población general (Martínez Díaz y Muñoz Rivas, 2003).

Por otra parte, existen estudios que encuentran rasgos de otros trastornos de la personalidad, como el narcisista, paranoico o límite, en delincuentes masculinos violentos identificados como psicópatas (Blackburn y Coid, 1999; Huchzermeier *et al.*, 2007; Reiss, 1999); la alta comorbilidad entre trastornos de personalidad, que ha llevado a poner en duda la clasificación DSM y su delimitación de clusters, encuentra apoyo desde el estudio comparativo de la psicopatía y el TAP, pero también es posible que, sencillamente, estemos tratando de dos problemas diferentes aunque relacionados. De hecho, el estudio sobre influencias ambientales y genéticas de Taylor, Loney, Bobadilla, Iacono y McGue (2003), realizado con gemelos presos, obtiene resultados que apoyan cierta independencia etiológica entre las dos dimensiones principales de la psicopatía.

A lo largo del texto del DSM-IV (pp.662-665) se realiza una descripción amplia del TAP y aspectos relacionados, pero al establecer los criterios para el diagnóstico nos encontramos con una definición en términos conductuales, algunos de ellos referidos a la historia infantil, que igualmente dependen de la categorización del clínico o de la observación de terceros, sin que ello mejore necesariamente la objetividad en la evaluación de los signos clínicos, y sin apenas nada que investigar con el propio sujeto, el cual parece no tener síntomas. Sin embargo, sabemos que la comorbilidad de los trastornos de la personalidad con los relativos a sustancias, la depresión y la ansiedad es bastante frecuente, lo que no se corresponde con lo esperado en psicópatas.

Hay un cierto porcentaje de sujetos diagnosticados con un trastorno antisocial de la personalidad que, al ser juzgados por algún delito, resultan parcialmente eximidos de responsabilidad a consecuencia de su trastorno o la combinación de éste con alguna otra problemática específica, por ejemplo drogodependencia; aunque algo similar ocurre con los sujetos diagnosticados de psicopatía, en este caso la proporción de imputables sin eximente alguna es notablemente mayor (Martínez, López y Díaz, 2001), a pesar de la supuesta identidad de ambos diagnósticos según la American Psychiatric Association, y a pesar de la presencia de una sintomatología más severa en estos segundos según los datos revisados, aunque se sigue manteniendo un alto grado de variación en el lenguaje utilizado en este ámbito.

Siguiendo los modelos clínicos que definen la psicopatía, se involucran más aspectos emocionales y cognitivos que permiten profundizar mejor en la dinámica motivacional y las disfunciones inherentes al trastorno; utilizando estos modelos, podrían implicarse importantes aspectos clínicos, neuropsicológicos y de tratamiento, aunque no lleguen a modificar el juicio sobre la imputabilidad penal de este tipo de sujetos: la mayor parte de los psiquiatras peritos suelen afirmar que la psicopatía no interfiere en la conciencia y la libre voluntad, factores esenciales para estimar limitaciones en la responsabilidad penal. Pero influyendo o no en los resultados de los procesos judiciales, un diagnóstico adecuado contribuiría indudablemente a mejorar los métodos de reinserción social (Garrido, 2002).

En el debate sobre la identidad de ambos trastornos, hay dos aspectos prácticos que conviene señalar:

Por una parte, si los criterios de TAP identifican entre el 50 y el 80% de los reclusos, frente al 2 ó 3 % de la población general, probablemente estamos “medicalizando” a los criminales, como en otro tiempo se criminalizó a los enfermos mentales y puede llegarse al desgaste e inoperancia del tipo por saturación -al menos en lo que respecta a este grupo de población- además de introducir variables no deseadas en las investigaciones. Por otra parte, los delincuentes que no cumplen los criterios para un trastorno de la personalidad, pero sí serían calificados como psicópatas, resultan de difícil explicación para el experto que tiene que informar ante los tribunales o instituciones que intervienen (Vázquez, 1999).

El término “psicopatía” se encuentra tan asociado a los crímenes violentos en nuestra cultura que, si añadimos a esto su tradicional mal pronóstico y la falta de medidas terapéuticas alternativas a la prisión (Ross, 1999), desde muchos puntos de vista ésta termina por ser la mejor alternativa, tanto a corto como a largo plazo, para este tipo de delincuentes; sobre todo si tenemos en cuenta que la presencia de alto factor 1 de la psicopatía parece predecir el apoyo de los jurados a una sentencia de muerte, en los lugares en que ésta se aplica (Cox, Clark, Edens, Smith y Magyar, 2013). De cualquier modo, los criterios DSM no definen al mismo tipo de individuo que consideramos psicópata y probablemente eso se refleja en los informes periciales y en las posteriores decisiones judiciales, produciendo el resultado desigual.

Si consideramos el TAP como tal trastorno, tenemos en prisión a un numeroso grupo de personas con serios problemas y con muy mal pronóstico, a los que la intimidación penal puede afectar poco, que serían tributarios de tratamiento psicológico o psiquiátrico en su caso. Si tenemos en cuenta que las prisiones españolas sólo cuentan con un psiquiatra a tiempo parcial, cuando existe, probablemente puedan recibir atención médica especializada sólo los casos agudos; si además podemos llegar a tener una ratio de hasta 500 internos por cada psicólogo (Martínez, 2008), los cuales tienen otras funciones al margen de las específicamente clínicas, es muy probable que cada uno se encuentre con un número ingente de casos de TAP, además de los otros diagnósticos, situación a todas luces inabordable. Tal vez esta situación incida en el infradiagnóstico de trastornos de la personalidad en el sistema de sanidad penitenciaria, como se ha sugerido (DGIP, 2007), pero también es posible que, en la práctica, los facultativos apliquen otro tipo de criterios para efectuar sus diagnósticos clínicos.

Como ocurre en toda cuestión de criterios, los que hemos manejado aquí son también relativos y se pueden atribuir significados psicopatológicos a un problema de origen social: algunos criterios del TAP son redundantes con el estilo de vida pro-delictivo y el clínico necesita conocer bien el entorno del delincuente antes de decidir que su comportamiento es desviado respecto al grupo social con el que, estrictamente, puede compararse; por otra parte, los denominados psicópatas “con éxito” (Hare, 1993; Graña y Crespo, 1996) no suelen asistir a consulta y pocas veces ingresan en prisión, lo cual dificulta que sean estudiados a pesar de que su conducta puede ser aún más nociva que la de un delincuente antisocial, ya que una mayor capacidad de adaptación social se relaciona positivamente con la peligrosidad. De hecho, los sujetos psicopáticos pueden ser muy problemáticos en el funcionamiento grupal, en general, y concretamente en el ámbito laboral, aunque mantengan una apariencia de adaptación (Baysinger, Scherer y LeBreton, 2014); se ha consignado cierta capacidad de las medidas de psicopatía para predecir el arribismo en el trabajo (Chiaburu, Muñoz y Gardner, 2013) y también algunos aspectos de la psicopatía subclínica se han asociado discretamente con actitudes negativas hacia la mujer en población no reclusa (LeBreton, Baysinger, Abbey, y Jacques-Tiura, 2013). A medida que la psicopatía sea estudiada en entornos no penitenciarios es muy probable que encontremos relaciones con otros aspectos sociales y familiares conflictivos.

Las investigaciones neuropsicológicas pueden darnos algunas claves para dirimir estas controversias; en Estados Unidos ya se han utilizado las técnicas de neuroimagen para la evaluación de los criminales juzgados, poniendo de manifiesto en algún caso las disfunciones en la actividad de los lóbulos frontal y temporal (Raine, 2000), probablemente responsables de la falta de capacidad para inhibir la agresión, la cual se produciría en “acting out”: como una respuesta automática, fuera de control voluntario y por lo tanto difícilmente coercible. Es importante determinar si el TAP y la psicopatía son, efectivamente, el mismo problema, o bien debemos establecer algunos límites, tanto desde la normalidad como desde los síntomas más graves de la psicopatía o de algunos trastornos neuropsicológicos, como paso previo para encontrar las medidas adecuadas de tratamiento, tanto clínico como penal, especialmente en los casos de crimen violento.

2.3. ASPECTOS PSICOLÓGICOS Y PSICOSOCIALES

2.3.1. Socialización, afectividad y relaciones familiares

2.3.1.1. La autorregulación emocional infantil

La conducta agresiva en la adolescencia se ha relacionado con el temperamento infantil: la manera en que los patrones de respuesta emocional heredados interactúan con el entorno va a modular el desarrollo de la personalidad, incluso un apego inseguro en la infancia puede facilitar el desarrollo de algunos aspectos de la personalidad psicopática, desde su concepción triárquica (Craig, Gray y Snowden, 2013). La actitud de los padres y las relaciones afectivas son factores fundamentales en el desarrollo de la esfera emocional, especialmente respecto a la capacidad de modificar la propia conducta y emoción en virtud de las demandas situacionales específicas, es decir, en el desarrollo de la autorregulación emocional infantil (Ramos, Santos, Cachero, Vara e Iturria, 2009).

La autorregulación emocional infantil también se ha relacionado con el desarrollo de habilidades sociales. Según Sallquist *et al.* (2009) los niños con mayor intensidad y expresión emocional, tanto positiva como negativa, con el tiempo tenían mayores dificultades para seguir el ritmo del aprendizaje de habilidades sociales, aspecto que puede afectar negativamente al proceso de socialización; de igual manera, se ha encontrado una significativa disfunción en medidas cognitivas de niños con comportamiento antisocial (Raine *et al.*, 2005). Si tenemos en cuenta que las investigaciones sobre heredabilidad del temperamento encuentran un mayor efecto en niños que en adultos (Ivorra, Gilabert, Moltó y Sanjuán 2007), diferentes temperamentos infantiles pueden requerir distintas pautas de crianza para desarrollar una autorregulación emocional adecuada y alcanzar un buen equilibrio afectivo que favorezca el desarrollo de habilidades sociales y el proceso adaptativo de la adolescencia.

2.3.1.2. El clima familiar

El clima familiar que promueve la cohesión, la independencia y la expresión afectiva cálida ha mostrado correlación con la inteligencia emocional y la regulación afectiva, necesarias para la adaptación y felicidad de los jóvenes (Páez, Fernández, Campos, Zubieta y Casullo, 2006). Por el contrario, se ha relacionado la experiencia

traumática infantil y el abuso físico y emocional con el desarrollo de trastornos de la personalidad, siendo significativa la relación de abuso físico con el trastorno antisocial (Bernstein, Stein y Handelsman, 1998). Además, los jóvenes con experiencias traumáticas de abusos y violencia, incluyendo el llamado fenómeno del “bullying”, pueden tener mayor riesgo de psicopatología en general, incluyendo síntomas psicóticos (Kelleher *et al.*, 2008), pero el efecto acumulativo de la adversidad ambiental en la infancia parece estar especialmente relacionado con el riesgo para el desarrollo de trastorno por estrés postraumático en la edad adulta (Koenen, Moffitt, Poulton, Martin y Caspi, 2007).

A su vez, la conducta delictiva aparece estrechamente asociada a un inadecuado proceso de socialización y algunos estudios han encontrado mayores problemáticas en las familias de los menores infractores persistentes respecto a los no reincidentes (Contreras, Molina y Caro, 2011); además, a mayor número de factores de riesgo presentes, la probabilidad de que se produzca el comportamiento delictivo aumenta exponencialmente (West y Farrington, 1977).

Por otra parte, los niños víctimas de abuso, tanto físico como sexual, obtienen mayor puntuación en externalización (Dykman, 1997), lo que viene a mostrar un posible camino para el trastorno de conducta; también existe una relación positiva entre la menor edad de ingreso en prisión con la existencia de malos tratos en el entorno familiar, al igual que ocurre respecto al número de ingresos. Además, los delincuentes violentos y psicópatas informan de abusos más graves en su infancia que los delincuentes no violentos o los sujetos no delincuentes, abusos que se han asociado de sólidamente a patrones de agresión reactiva (Kolla *et al.* 2013).

El abuso físico se detecta con más frecuencia en padres con antecedentes penales (Paíno Quesada y Revuelta, 2002) y puede influir, junto con el modelado, en la reproducción del comportamiento antisocial en los hijos de delincuentes; la influencia de los pares también es un potente factor en el proceso de socialización (Iervolino *et al.*, 2002)

2.3.1.3. Estilos educativos

Los estilos educativos de los padres de delincuentes respecto a no delincuentes son diferentes, medidas con un cuestionario retrospectivo (Chipman, Olsen, Klein, Hart y

Robinson, 2000): los presos identifican una incidencia significativamente más alta tanto del estilo permisivo como del autoritario. Según Haapasalo (2001), la percepción de los presos sobre el comportamiento de sus padres refleja notables deficiencias: violencia, rechazo, etc.

Algunos estilos educativos se consideran generalmente más adecuados que otros; la coherencia y la inmediatez en la corrección del comportamiento se han asociado a una mayor eficacia, mientras que la pérdida de autoridad y la exigencia por encima del nivel madurativo se asociarían a efectos negativos según García-Medina y Armas (2008), que también encuentran efectos relacionados con la personalidad de los padres, en su estudio sobre problemas de conducta. Unos patrones educativos que potencian la agresividad y el entrenamiento en ella parece tener bastante efecto en la instauración de la conducta antisocial en el adulto (Mejovsek, Budanovak y Sukur, 2000); la falta de expectativas académicas y, sobre todo, la falta de esfuerzo intelectual, se han relacionado también con la delincuencia juvenil (Siennick, y Staff, 2009). Existen algunos factores protectores externos relacionados con la crianza, como puede ser el tipo de vecindario: se han encontrado que los niños que se crían en mayor aislamiento son más proclives a la conducta antisocial temprana (Odgers *et al.*, 2009), en tanto que un vecindario abierto puede mejorar el proceso de socialización.

Según algunos estudios norteamericanos, el tipo de estructura familiar puede influir en la conducta antisocial ya que, en un estudio longitudinal, se ha encontrado alto riesgo de delincuencia y comportamiento antisocial en jóvenes de familias consideradas heterogéneas (Apel y Kaukinen, 2009), especialmente en la convivencia con compañeras del padre biológico. Sin embargo, estudios españoles indican que cualquier estructura familiar es válida para el desarrollo psicológico infantil si los cuidados y el estilo de crianza son los adecuados (Oliva *et al.*, 2010).

La posición en la fratría y su tamaño también parecen influir en el número y gravedad de comportamientos delictivos, mostrando los primeros nacidos menores problemas, pero el efecto de esta variable parece estar inducido por el grado de control familiar (Begue y Roche, 2005).

Sin embargo, las pautas de crianza pueden no tener relación con el desarrollo de rasgos psicopáticos; en niños con trastorno oposicionista-desafiante se ha observado una

menor expresión de afecto hacia sus madres, con menor contacto visual, especialmente cuando los niveles de dureza son altos; esto ocurre independientemente del comportamiento y afecto maternos pero se relaciona con la presencia de rasgos psicopáticos parentales (Dadds *et al.*, 2012).

2.3.1.4. Desarrollo de autoestima y empatía

La simple falta de cuidados parentales adecuados se ha relacionado, de manera compleja, con baja autoestima, sufrimiento psicológico y pobreza de relación con los pares en presos jóvenes (Chambers, Power, Loucks y Swanson, 2000); además, la experiencia de maltrato y la violencia familiar parecen frecuentes entre los niños implicados en malos tratos en las escuelas o “bullying” (Bowes *et al.*, 2009). A su vez, los problemas de externalización, tales como conducta violenta o delictiva y comportamiento antisocial, se han asociado negativamente con la autoestima, de manera consistente, en jóvenes no encarcelados (Donnellan, Trzesniewski, Robins, Moffitt y Caspi 2005); con independencia de otras variables controladas, los jóvenes con este tipo de problemas presentan una autoestima sensiblemente más baja, que puede ser reflejo de esas deficiencias en el proceso de socialización. Sin embargo, estudios en delinquentes adultos no han encontrado una relación consistente de la autoestima con las conductas criminales, tanto violentas como no violentas, salvo en agresores sexuales a menores (Kostiuk, 2013), aunque esta discrepancia podría deberse a la maduración.

La empatía, a su vez, está estrechamente relacionada con el desarrollo social y emocional en la infancia y la juventud, interviniendo decisivamente en la configuración de pensamientos y conductas prosociales; la conducta prosocial, junto a un bajo nivel de conducta agresiva y un alto autoconcepto, parecen estar relacionadas positivamente con la capacidad de empatía en la infancia (Garaigordobil y García de Galdeano, 2006); si tenemos en cuenta que las niñas puntúan significativamente más alto que los niños en medidas de empatía, podríamos encontrar explicación para parte de la diferencia de género que existe en la conducta delictiva adulta.

Las disfunciones en la capacidad empática, que se han propuesto como base de la conducta psicopática podrían evidenciarse ya desde la infancia; niños de primaria con medidas más altas en dureza emocional muestran menor percepción y preocupación por el sufrimiento de los demás y ya pueden percibir la agresión como un método de control

(Pardini y Byrd, 2012); sin embargo, otros estudios no han encontrado déficit general de inteligencia emocional en personas con rasgos psicopáticos (Copestake, Gray y Snowden, 2013) y parece haber relaciones complejas entre los distintos aspectos de la psicopatía y la inteligencia emocional, que a su vez está relacionada con el cociente intelectual, lo que complica la extracción de conclusiones.

2.3.1.5. Agresividad y problemas de comportamiento

La adolescencia es una etapa conflictiva, donde se suelen identificar mayores problemas de adaptación. Vigil, Morales y Tous (2008), utilizando el Aggression Questionnaire de Buss y Perry junto con la Escala de Impulsividad Funcional/Disfuncional de S. Dickman en tres muestras de diferentes edades y formación (no delincuentes), encontraron similares niveles de impulsividad y agresividad entre hombres y mujeres, con la excepción de la agresividad física, en la cual los varones presentan puntuaciones sistemáticamente superiores; pero lo más interesante de este estudio es que los adolescentes presentaban la mayor impulsividad disfuncional, ira y agresividad de las tres muestras, diferenciándose además en la asociación de la ira con la agresividad física en mayor grado que con la agresividad verbal.

Desde la perspectiva de la personalidad, Lau y Marsee (2013) encontraron en adolescentes que los rasgos narcisistas estaban fuertemente relacionados con la agresión, tanto abierta como relacional, así como con la desregulación emocional y del comportamiento; la dureza-insensibilidad se relacionaba también con la agresión abierta y la desregulación del comportamiento, pero además fue el único rasgo, entre los estudiados, que se relacionaba con delincuencia.

Los principales modelos actuales sobre la conducta antisocial, principalmente los provenientes de los estudios de Dunedin, consideran necesario discriminar entre los trastornos de conducta limitados a la adolescencia, con mejor pronóstico, y la antisocialidad persistente a lo largo de la vida, conceptualmente distintas (Moffitt, 1993; Loeber 1997; Lahey, Waldman y McBurnett, 1999; Raine *et al.* 2005, por ejemplo).

La agresividad de los varones que se inicia en la infancia, en ocasiones continúa en la adolescencia y esta asociación es especialmente fuerte cuando la conducta infantil incluye violencia física; además, la agresión física crónica en la infancia también se

relaciona con otras formas de delincuencia no violenta en la adolescencia (Broidy *et al.*, 2003). Sin embargo, esto no ocurre igual en las niñas, lo que también podría explicar alguna parte de las sustanciales diferencias dadas en la proporción de delincuentes varones y mujeres. Dado que algunos estudios (López Soler, Castro Sáez, Alcántara López, Fernández Fernández y López Pina, 2009) no han encontrado diferencias entre niños y niñas respecto a problemas de conducta disocial, sería posible que la agresión física esté más relacionada, en principio, con el comportamiento antisocial adulto, etapa en que la ira se expresa preferentemente mediante la agresión verbal en población general, una vez desarrollados los mecanismos sociales moderadores. Por otra parte, el estilo agresivo parece resultar más potenciado por la exclusión social en jóvenes con puntuaciones altas en psicopatía que en los que obtienen puntuaciones bajas (Masui, Fujiwara y Ura, 2013), contribuyendo a reforzar la conducta disocial.

Los problemas mentales y de comportamiento de los padres, por otra parte, aunque puedan expresar una influencia genética también deben reflejarse en las pautas de crianza; Kim-Cohen, Caspi, Rutter, Polo-Tomás y Moffitt (2006) encontraron que los hijos de mujeres con depresión y conducta antisocial, especialmente cuando se presentan en comorbilidad, tienen mayores riesgos de comportamiento antisocial y trastornos de conducta. Según Odgers *et al.* (2007), los antecedentes familiares de trastornos con síntomas externalizantes pueden discriminar la antisocialidad persistente por contraposición a otros trastornos de la conducta o a la conducta antisocial limitada a la infancia-adolescencia.

2.3.1.6. Otros estudios

Existen también excelentes trabajos sobre aspectos psicosociales de la psicopatía - como los de Silverman en 1943, quien identificó la perturbación de la relación padre-hijo como factor causal de la psicopatía, los de McCord y McCord en 1956, quienes relacionaron el conflicto parental, la negligencia y el castigo errático con la psicopatía subsiguiente, o los de Cloniger, Reich y Guze en 1975, quienes encontraron que la privación paterna y la separación matrimonial de los padres eran habituales en la infancia de los psicópatas- que han tenido menor repercusión en la comunidad científica, probablemente por su imprecisa y subjetiva evaluación de la psicopatía (Marshall y Cooke, 1999).

Es necesario señalar que el castigo físico todavía se aplica en muchas sociedades como método educativo, a pesar de las evidencias que indican su relación con altos niveles de agresión y bajos niveles de interiorización de las normas morales, entre otros problemas, aunque diversos aspectos genéticos y ambientales también ejerzan una compleja influencia (Gershoff, 2002). En cualquier caso, sólo mediante mecanismos de detección de los casos de riesgo y servicios de orientación que intervengan en la interacción paterno-filial se pueden prevenir futuros problemas adaptativos.

2.3.2. Características asociadas a los delincuentes

Hay pocas oportunidades para estudiar a los delincuentes en su entorno natural; comprensiblemente, los estudios revisados han sido realizados en poblaciones reclusas. Se han encontrado diferencias y particularidades en estas poblaciones reclusas respecto a la población general, sin que se pueda habitualmente discriminar en qué parte son debidas al estilo de vida delictivo o al encarcelamiento u otros factores concurrentes. Incluso, se ha debatido la responsabilidad de la sociedad en el fracaso institucional que se encuentra detrás de algunas historias delictivas (Freedman y Beck, 2000)

Las relaciones entre la condición de delincuente o la de prisionero con las particularidades encontradas son complejas e involucran todas las facetas personales; incluso el lenguaje refleja distintas visiones del mundo que generan problemas de comunicación (Huspek, 2000). Además de los aspectos psicopatológicos diferenciales referidos en el capítulo anterior, son diversas las características que han sido encontradas en reclusos de manera altamente significativa.

2.3.2.1. Particularidades

Entre los internos se producen más autolesiones, generalmente cortes, que en la población general y se dan con mayor frecuencia en sentenciados a penas largas o de media duración, incluso se ha interpretado que la autolesión es un fenómeno esencialmente carcelario; pero también hay otros factores relacionados con las autolesiones: parecen darse con mayor frecuencia en varones blancos y asociarse a un mayor neuroticismo, al abuso de alcohol y a los trastornos de la personalidad en los reclusos, tanto como ocurría en la población general (Maden, Chamberlain y Gunn, 2000,

en un estudio con una amplia muestra de presos británicos). También existen apoyos para la relación de las autolesiones en presos con antecedentes de abuso infantil (Powell, 2001)

La mayor prevalencia de algunos trastornos psicopatológicos en poblaciones reclusas, como se ha reflejado en el capítulo anterior, podría explicar parte de estas diferencias pero el tipo de entorno ha de tener un efecto importante en la alteración de los sujetos que únicamente se han autolesionado estando en prisión.

Otros aspectos peculiares como los tatuajes, cuando son muy evidentes (en la cara, por ejemplo), también se relacionan con los antecedentes penitenciarios, pero lo hacen en mayor medida con la adversidad en la infancia y el abuso de drogas y alcohol, frecuentes en estas poblaciones reclusas; también se encuentran asociados a trastornos psicopatológicos como la esquizofrenia o la psicopatía, aunque no a otros trastornos de la personalidad, según el estudio de Birmingham, Mason y Grubin (1999), y tienen relación significativa con la conducta violenta y con las autolesiones.

De los estudios revisados se desprende que, cuando se estudian estas y otras particularidades que aparecen asociadas a poblaciones reclusas, deben tenerse en cuenta sus relaciones con factores de historia y de salud antes de atribuirles relación con la delincuencia o la prisionización a variables que muy bien pueden corresponder al campo de la psicopatología.

2.3.2.2. Violencia

Con la violencia están estadísticamente relacionados aspectos tan dispares como transportar un arma, asociarse con personas violentas, consumir alcohol, haber realizado tentativas suicidas, estar en edad juvenil, usar anfetaminas, ser de color, tener sentimientos de alienación, tener baja autoestima y practicar sexo sin protección (Benda, Corwyn y Rodell, 2001); todos ellos, especialmente los primeros, aparecen significativamente asociados a un mayor número de conductas violentas en delincuentes. Se sabe que la presencia de psicopatía, especialmente si se combina con baja inteligencia, está fuertemente relacionada con delitos impulsivos y violentos, así como el consumo de alcohol (Heilbrun, 1979; Quinsey, Harris, Rice y Cormier, 2002), y son las principales variables que se utilizan en la predicción empírica de violencia y de reincidencia violenta. La psicopatía primaria, medida por el PCL-R, también ha resultado ser uno de los

principales factores para identificar presos con historial de alta violencia entre los hospitalizados en psiquiatría (Young, Justice y Erdberg, 1999).

Se han hecho interesantes planteamientos teóricos sobre la violencia instrumental o proactiva y la violencia afectiva o reactiva, con diferentes implicaciones para la práctica forense (Meloy, 2006) y para la investigación (Ramírez y Andreu, 2006); entre los delinquentes violentos proactivos y reactivos y los no violentos aparecen diferencias significativas (Williams, 2002) que implican diferentes resultados respecto a pronóstico así como la necesidad de establecer diferentes estrategias de tratamiento en función de los distintos mecanismos psicológicos que involucran.

2.3.2.3. Reincidencia

Se han relacionado muchas variables con la reincidencia, tanto estáticas: educación, historial previo, sexo y edad, estructura familiar, etc., como dinámicas: personalidad antisocial, amistades, conflicto interpersonal, abuso de sustancias, etc. (Gendreau, Goggin y Paparozzi, 1996; Quinsey *et al.*, 2002). Muchos de los aspectos estudiados han resultado útiles para la prevención; el entrenamiento en autocontrol, por ejemplo, parece ayudar a mantener a los presos más tiempo en libertad una vez excarcelados, o dicho de otra manera, disminuye la tasa de reincidencia (Dollard, 2001), hecho que apoya, al menos en parte, las teorías explicativas de la delincuencia basadas en un déficit de autocontrol.

La reestructuración cognitiva también tiene cierto efecto disminuyendo el riesgo de reincidencia, incluso en casos con alto riesgo (Forlines, 2001). Por su parte, el entrenamiento en empatía mejora los resultados respecto a reincidencia en los delinquentes sexuales, deficitarios en esta área (Martínez, Redondo, Pérez, y García 2008).

A pesar del buen comportamiento de modelos como el del autocontrol en las intervenciones para la reinserción social y la prevención de la reincidencia, hay también mucho apoyo para la conveniencia de manejar además otras variables. Para Hay y Forrest (2009) en la acción de delinquir, además de un bajo autocontrol, interviene la disponibilidad de oportunidades delictivas y, según Krauss, Sales, Becker y Figueredos (2000), la falta de habilidades sociales intervendría también en alguna medida. Por su

parte, Gilgun, Klein y Pranis (2000) encuentran apoyo a la importancia de los recursos, tanto personales como sociales y familiares, moderando los factores de riesgo para la delincuencia; de hecho, los internos con mayores vínculos familiares perciben el internamiento con mayor sufrimiento (Lindquist, 2000) y por lo tanto serían más susceptibles de ser más intimidados por la condena.

Otro aspecto a considerar respecto a la reincidencia sería la moralidad, que puede contribuir en la predicción de la probabilidad delictiva (Olena y Tittle, 2009), y que además se ha mostrado mejor establecida en mujeres (presas o no) que en hombres (Watt, Frausin, Dixon y Nimmo, 2000); también la percepción de la propia eficacia para delinquir –autoeficacia– se relaciona con la reincidencia, así como con la versatilidad delictiva, una vez que ya se ha producido la desvinculación moral de la ejecución del hecho delictivo (Garrido Martín, Herrero Alonso y Massip Pallejá, 2001).

La psicopatía se ha relacionado consistentemente con la reincidencia, específicamente con la reincidencia violenta, tal como se ha expresado en el capítulo anterior; concretamente, el factor 1 del PCL-R se ha relacionado positivamente con la duración de la condena, medida que objetiviza la consideración legal de la gravedad del delito, en tanto que el factor 2 parece relacionarse más con la cantidad de condenas previas (Heinzen, Köhler, Godt, Geiger y Huchzermeier, 2011)

Las variables implicadas en la reincidencia son diversas, según la literatura revisada, por lo tanto es necesario un mejor conocimiento de sus relaciones para el establecimiento de medidas preventivas adecuadas según la casuística.

2.3.2.4. Personalidad

Algunos aspectos de la personalidad pueden resultar igualmente significativos entre distintos tipos de delincuentes; variables como la impulsividad, la temeridad, la falta de empatía y la hostilidad han sido relacionadas consistentemente con la conducta delictiva (Rodríguez Fornells, López Capdevila y Andrés-Pueyo, 2002) y también con el comportamiento penitenciario; incluso parece haber una estructura factorial peculiar en los presos, en la que predomina la ansiedad y la hostilidad (Heskin, Bolton, Banister y Smith 1977). Aunque en el estudio de Oas (1985) no habían aparecido diferencias en el número o el tipo de delitos cometidos por jóvenes delincuentes crónicos impulsivos

respecto a los reflexivos, Nussbaum et al. (2002), partiendo de la tipología de Clonninger, encuentran diferencias tanto en impulsividad como en empatía entre delincuentes violentos, no violentos y delincuentes sexuales, y recientemente ha recibido apoyo el estudio de los rasgos psicopáticos desde la perspectiva tradicional de la personalidad (Latzman, Lilienfeld, Latzman y Clark, 2013). Otros autores (Nicholls, Hemphill, Boer, Kropp y Zapf, 2001) también concluyen que los delincuentes no son una población homogénea, tienen distintas características psicológicas y requieren una valoración comprehensiva para una adecuada comprensión del proceso que lleva a delinquir; sin estos estudios previos no se pueden desarrollar las estrategias adecuadas de intervención para cada tipo de delincuente.

2.3.3. Psicometría y estudios diferenciales

La evaluación psicológica tiene como objetivo primordial la intervención y así ocurre también con la evaluación de los delincuentes condenados a prisión. La regulación legal del cumplimiento de las penas y su tratamiento institucional, parten de un concepto personalista que impregna todo el proceso de intervención, tal como actualmente se realiza en los condenados a penas de privación de libertad. La Ley Orgánica General Penitenciaria (13/95) relaciona directamente el diagnóstico de la personalidad con la evaluación y el pronóstico del recluso y establece que la evolución en su tratamiento dependerá de la modificación de los rasgos de la personalidad relacionados con la actividad delictiva.

Partiendo de la LOGP, piedra angular del tratamiento penitenciario y, por lo tanto, de la psicología aplicada a las instituciones penitenciarias españolas, se ha establecido el uso habitual de los test de personalidad y otras pruebas estandarizadas como elemento del diagnóstico de los reclusos. El abuso de los cuestionarios autoaplicados ya ha sido señalado en otra parte (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 2006) y aunque existen muchos indicios sobre la relación de la personalidad con algunos aspectos de la actividad delictiva, aún no contamos, al menos en España, con un soporte científico congruente que alcance conclusiones aplicables; frecuentemente se abusa del término “personalidad” sin contar con un modelo contrastado que proporcione resultados, válidos y fiables, sobre la evaluación y pronóstico de la conducta delictiva individual obtenidas a partir de los test utilizados (Vela, A. 1991).

Por otra parte, existen pocos instrumentos en lengua española específicos para evaluar a los reclusos, y puede ser perjudicial utilizar pruebas traducidas si no son convenientemente adaptados a esta población específica (Keyes y Weyers, 2000). Sin embargo, sigue siendo necesario evaluar psicológicamente y realizar pronósticos sobre los reclusos a lo largo de su tratamiento penitenciario, y ello se hace frecuentemente desde la personalidad, ya que puede ser difícil cambiar los elementos situacionales o los factores de riesgo externos y en ocasiones, solo desde el cambio interno se puede mejorar el pronóstico de un delincuente; Vela (1991, ya citado) propone utilizar el sistema pentafactorial de la personalidad superando los clásicos sistemas de Eysenck o Cattell, pero lo cierto es que no contamos con los estudios necesarios sobre la población penitenciaria española en los clásicos EPI o 16PF, o en algún otro instrumento de autoinforme, que aporten resultados suficientemente congruentes como para construir un sistema integrado, desde el que evaluar y predecir la peligrosidad en España, a un nivel de confianza aceptable.

El psicólogo de las instituciones penitenciarias españolas utiliza instrumentos como los citados anteriormente y que están comercializados en nuestro país, -aunque aplicando baremos de población general- para evaluar aspectos trascendentales en la toma de decisiones sobre el cumplimiento de las penas. Sin embargo, aún no están disponibles algunos instrumentos específicamente desarrollados para la población reclusa, que solamente pueden encontrarse en el ámbito de la investigación.

Desde la perspectiva de la personalidad también existen líneas de investigación que pueden aportar resultados interesantes para la evaluación y predicción de la conducta delictiva, ya sea a través de las diferencias entre sujetos delincuentes y no delincuentes o entre los sujetos delincuentes en sus distintos tipos; se ha defendido, incluso, que los trastornos de la personalidad y la psicopatía pueden ser mejor explicados a través de las dimensiones de la personalidad que con categorías clínicas (Vachon *et al.*, 2013). En este campo, encontramos algunas investigaciones realizadas en instituciones penitenciarias españolas o con instrumentos comúnmente divulgados en nuestro país, específicamente diseñados para describir la personalidad a través de sus rasgos diferenciales.

2.3.3.1. Cuestionarios de personalidad

a) Escalas de Eysenck y derivadas.

El “Eysenck personality Inventory” (EPI; Eysenck y Eysenck, 1968) se ha mostrado capaz de discriminar entre criterios como el tipo de delito o la longitud del internamiento. Gill y Mohan (1986) encontraron que los componentes de impulsividad y sociabilidad de la variable extraversión/intraversión diferían significativamente según el tipo de delito, el tiempo en prisión y el tipo de prisión, puntuando además más alto en psicoticismo los presos de corta estancia frente a los de larga y más en neuroticismo los internados en prisiones cerradas frente a los de abiertas.

Núñez, Gil y Garrido (1990), en una muestra de 1194 delincuentes encarcelados, estudiaron las relaciones de algunas variables criminológicas con los factores de personalidad de Eysenck, hallando algunos resultados consistentes aunque otros diferían según la forma aplicada (A y B) del EPI. Pudieron confirmar en ambas formas que Neuroticismo se relaciona con “las variables edad (-), sinceridad (+), delitos contra la salud pública (-), edad del primer delito (-), conflictividad en prisión (+) y clasificación penitenciaria (-) (p.308)”, ésta última referida al grado de control institucional que se programa para el sujeto. Sin embargo, las relaciones de las variables criminológicas con Extraversión no fueron consistentes entre las formas A y B y no pudo confirmarse ninguna hipótesis correlacional respecto a ese factor, es decir, su relación con el aumento de la intensidad de la actividad delictiva, de la conflictividad en prisión, del grado de violencia y de astucia en los delitos.

En muchas ocasiones se ha utilizado el “Eysenk personality questionnaire” (EPQ; Eysenk y Eysenk, 1975), especialmente en investigaciones relacionadas con la teoría de la Búsqueda de Sensaciones de Zuckerman (Aluja y Torrubia, 1995) con el que se ha encontrado apoyo para la hipótesis de una mayor desinhibición y antisocialidad en los delincuentes (Aluja, 1991). Algunos estudios encuentran también relación entre P (psicoticismo) y conducta antisocial autoinformada (Gomá-i-Freixanet *et al.* 2001, por ejemplo), y se ha empleado la escala P para identificar distintos aspectos de la psicopatía (Heym, Ferguson y Lawrence, 2013).

Sin embargo, las evidencias encontradas respecto a los presupuestos teóricos de Eysenck y sus sucesivas reformulaciones, son contradictorias (Garrido, 1984b; Pérez, 1986, para una revisión) y no siempre se contemplan variables mediadoras como la edad, el sexo y la clase social (Bueno 1990). Díaz y Báguena (1989), por ejemplo, en una muestra de adolescentes, encuentran relación de la conducta antisocial con extraversión y con neuroticismo sólo en el grupo de control, pero no en el grupo de delincuentes, aunque estos autores utilizaron otros instrumentos de evaluación que los propuestos por Eysenck, al igual que Clower y Bothwell (1999), que tampoco encontraron esta relación en su grupo de delincuentes. La descomposición de Extraversión en impulsividad y sociabilidad, siguiendo a Eysenck, podría dar cuenta de estos resultados, considerando la composición de las escalas utilizadas.

Desde la teoría de Lykken (1995), que desarrolla los postulados de Eysenck y los posteriores de Gray (1987), Herrero y Colom compararon muestras de delincuentes, jóvenes de educación secundaria y adultos no delincuentes en cuanto a los rasgos de impulsividad, ausencia de miedo y búsqueda de sensaciones (Herrero y Colom, 2006). Sin embargo, tampoco desde esta perspectiva se encontraron los resultados esperados, ya que los delincuentes puntuaron más bajo que los jóvenes en las tres medidas y más bajo que los adultos en impulsividad. Esto no quiere decir que la teoría es inaplicable, sino que pueden existir distintos tipos de delincuentes cuyas distintas características pueden asociarse a distintos tipos de personalidad, como señalan los autores.

Abundando en la idea expresada más arriba, es muy probable que la conducta antisocial y la delictiva no sean idénticas: aunque muchos delincuentes puedan comportarse de modo antisocial, es evidente que otros no lo hacen y podrían no experimentar las dificultades temperamentales preconizadas por Lykken.

b) 16-PF

En esta revisión no se han encontrado apenas estudios españoles con el “Sixteen personality factors” (16-PF; Cattell, 1972) sobre aspectos de interés para la predicción de conductas delictivas. Fuera de nuestras fronteras, algunos estudios han encontrado apoyo a la capacidad del 16-PF para identificar alcoholismo y reincidencia (Lind, 1972), tipo de droga de abuso y delito relacionado (Lipman, 2001), diferentes grupos de delincuentes (Reuter, Wallbrown y Barnett, 1989) o un mal ajuste en la institución penitenciaria

(Cowden *et al.*, 1970). Otros, sin embargo, cuestionan que este tipo de medidas de la personalidad proporcionen suficiente información para distinguir entre variables como los diferentes tipos de delito o la reincidencia (Perkins y Reeves, 1975): aunque aparezcan algunas correlaciones significativas en algunos factores (menor puntuación media en impulsividad social de los delincuentes contra las personas respecto a los delincuentes contra la propiedad, en el estudio de Perkins y Reeves, por ejemplo), la complejidad de un perfil de personalidad basado en múltiples rasgos difícilmente puede adoptar una configuración consistentemente relacionada con un comportamiento concreto y variables como la edad o la educación podrían explicar mayor porcentaje de variación.

En consonancia con lo antedicho, se han utilizado algunas escalas del 16-PF junto con otras medidas como la edad o el abuso de sustancias para identificar adecuadamente el tipo delictivo –contra la propiedad, la libertad sexual, la salud pública o las personas- de un grupo de reclusos (Tammany, Evans y Barnett, 1990). Si bien los resultados fueron moderados (menos del 50% de clasificaciones correctas), existen posibilidades de combinar diversos factores para lograr clasificaciones más fiables.

Lo que sí ha mostrado el 16-PF es la diferencia significativa en todas sus escalas entre las poblaciones reclusas estudiadas y la muestra normativa en muestras norteamericanas (James, 2009, en una muestra de más de 16.000 internos) y particulares códigos de clasificación en esta población (Reuter, Wallbrown y Barnett, 1988); ello debería motivar la investigación de esas diferencias en profundidad, ya que este tipo de escalas no evalúa una mera concatenación de síntomas –que podrían obedecer en mayor medida a factores situacionales- sino los elementos más estables de la personalidad.

El 16-PF en su versión 5 (Cattell, Cattell y Cattell, 1993), que obtiene cinco factores mayores (Extraversión, Ansiedad, Dureza, Independencia y Autocontrol), se ha utilizado para poner a prueba la teoría de bajo autocontrol de Gottfredson y Hirschi en una gran muestra de reclusos de Arizona (USA), encontrándose una baja proporción de reclusos con baja puntuación en este factor; sin embargo, las puntuaciones medias en extraversión (factor global) resultaron ser elevadas, con independencia del autocontrol (Thebus, 2013). Los resultados de Jolliffe (2013) con adolescentes, utilizando el mismo instrumento, apoyan la relación de la delincuencia autoinformada con baja amabilidad en varones, y con baja conciencia para varones y mujeres.

En muestras españolas con la forma C para bajo nivel cultural del instrumento original (Martínez, 2002) los resultados obtenidos muestran diferencias significativas entre la media de la muestra y la del baremo en diez de los diecisiete factores analizados, incluyendo la medida de sinceridad. Los internos evaluados presentan una puntuación media mayor en O (aprensión), Q2 (autosuficiencia), L (vigilancia), G (atención a normas), Q1 (apertura al cambio), I (sensibilidad) y M (abstracción); presentan puntuación media menor en C (estabilidad), B (razonamiento) y F (animación). La edad media era similar y el nivel educativo equivalente, sin que el grupo fuera diferente en cuanto a la distorsión motivacional, por lo que es poco probable que las diferencias obedezcan a la situación de evaluación. Los resultados en los factores B y O están en consonancia con las investigaciones revisadas, que encuentran altos índices de Psicopatología y menor rendimiento intelectual en grupos semejantes; sin embargo, un resultado inesperado en mayor vigilancia y atención a normas se podría explicar por las condiciones de una institución total. No obstante, este tipo de hallazgos y conclusiones debe apoyarse en abundante investigación consistente antes de ser aplicadas.

c) NEO-PI-R y NEO-PI-R-FFI

Estos cuestionarios (“NEO-PI-R Personality Inventory”, NEO-PI; Costa y McCrae, 1985 y “NEO-PI-R Five-Factor Inventory”, NEO-PI-R-FFI; Costa y McCrae, 1992) parecen relacionar dimensiones específicas de la personalidad normal con los antecedentes delictivos. Samuels *et al.* (2004) encontraron mayor hostilidad, impulsividad y búsqueda de excitación en los sujetos de su muestra que tenían antecedentes penales, al tiempo que era menor su puntuación en confianza, sinceridad, modestia, respeto y deliberación. En el estudio de Clower y Bothwell (1999) se evidencia la interacción entre las escalas Responsabilidad y Apertura a la Experiencia, asociándose las puntuaciones bajas en ambas con el aumento en el número de arrestos. Éste es uno de los factores cuya predicción suscita más interés a las autoridades penitenciarias, lógicamente preocupadas por la prevención de la reincidencia. Sin embargo, se han encontrado pocas investigaciones en esta revisión, realizadas con este instrumento.

En los datos obtenidos se observa que las medidas de autoinforme, frecuentemente utilizadas para evaluar la personalidad en los reclusos, ofrecen resultados interesantes, pero todavía poco consistentes; la gran diversidad de instrumentos existentes y la

compleja interacción de las variables que intervienen, dificulta la obtención de conclusiones tan claras como sería de desear para su aplicación en un campo tan comprometido como es la valoración de la conducta criminal, especialmente en su faceta de pronóstico.

2.3.3.2. Aportaciones de los cuestionarios clínicos

a) MMPI

Se han realizado abundantes trabajos en reclusos con el “Minnesota multiphasic personality inventory” (MMPI; Hattaway y Mckinley, 1943), en cualquiera de sus versiones y sobre sus numerosas subescalas, sobre diversos aspectos de interés para la evaluación de delincuentes; este instrumento aporta unos buenos sistemas para evaluar la validez de las respuestas -la distorsión debida a la simulación tanto de enfermedad como de buena imagen- a pesar de ser un instrumento orientado a la clínica, ya que frecuentemente es utilizado como screening (Walters, 1986). Además, sus escalas y subescalas tienen una buena relación teórica con el eje II del DSM-III, apoyada por los resultados de Zarrella, Schuerger y Ritz (1990).

Al comparar presos con otras poblaciones, se han encontrado mayores elevaciones en las escalas clínicas en los primeros. Boscan *et al.* (2002) lo comprobaron en dos muestras hispanohablantes, sugiriendo que la criminalidad es un fenómeno psicológico, aunque la muestra -28 sujetos en cada grupo- resulta bastante pequeña y se requerirían comparaciones más extensas. Otros estudios con el MMPI han encontrado diferencias entre presos violentos y no violentos (Shaffer, Waters y Adams, 1994), exhibiendo los segundos puntuaciones más altas en las escalas F (infrecuencia) y 1 (hipocondría), y también se ha podido discriminar entre asesinos de familiares y de extraños, a través de las escalas 1, 2 y 6 (Domingo, 2001).

Recientemente, Hansen, Stokkeland, Johnsen, Pallesen y Waage (2013) han buscado correlatos de las facetas de psicopatía utilizando el MMPI-II, encontrado que todas ellas tenían alguna relación con la afectividad negativa; las dos primeras (interpersonal y afectiva), además, tendían a relacionarse negativamente con las escalas clínicas, en tanto que las dos últimas (estilo de vida y antisocial) se relacionaban

positivamente; sin embargo, la única faceta relacionada con la escala 4 del MMPI (desviación psicopática) era la cuarta (antisocial).

La escala Pd (Desviación psicopática) del MMPI ha mostrado su utilidad para la detección de la personalidad antisocial en diversos estudios (Walters, 1985; Ingram, Hill, Marchioni, Caraveo-Ramos y McNeil, 1985, entre otros), además de una buena concordancia clínica con el trastorno de la personalidad, evaluado con la IPDE en la muestra española de Riesco *et al.* (1998).

En el estudio de Osberg y Harrigan (1999) aparece una fuerte asociación entre la subescala Ma-O (ítems obvios de la escala Hipomanía) y la historia delictiva auto-informada, pudiendo ser un predictor de conducta violenta en la línea de otras investigaciones, citadas en ese trabajo. Holland y Holt (1998), encuentran relación entre las escalas F, Pt, Sc y Ma del MMPI con una estimación de reincidencia y también de Pd con severidad del delito y reincidencia, aunque la relación de la escala Ma no resulta significativa respecto a ninguna de las dos variables analizadas; estos autores proponen que la investigación sobre reincidencia no se fundamente en la dicotomía reincidente vs no reincidente y tal vez se encontrasen resultados más claros si se tuvieran en cuenta las interacciones entre distintas variables que interactúan, por ejemplo la inteligencia.

Por otra parte, Bauer y Clarck (1976) plantean acertadamente la falta de estudios que consideren la influencia del tiempo de internamiento en los estudios sobre personalidad en los reclusos. Ellos compararon dos pares de grupos (primarios-reincidentes y largo-corto internamiento) controlando la edad, la raza y el nivel educativo. Entre otros resultados, consistentes con los ya descritos, encontraron que los reincidentes y los reclusos con larga estancia diferían en K, D, Pd, Sc y Ma, indicativas de mayor patología general, obteniendo puntuaciones significativamente más elevadas. Estos resultados subrayan la necesidad de evaluar la influencia del tiempo de internamiento en este tipo de estudios transversales.

Los estudios revisados sobre el comportamiento de las pruebas psicométricas en población reclusa, que se refieren al MMPI o alguno de sus subescalas, proporcionan información relevante sobre el estilo de respuesta al cuestionario en este tipo de poblaciones. Autores como Walters (1988), investigan la validez de las subescalas Sutil y Obvio de Wiener-Harmon en la detección de la simulación, aunque los resultados no son

concluyentes. Osberg y Harrigan (1999) compararon la validez de estas subescalas del MMPI-II, en su aplicación a una muestra de 67 internos de una prisión masculina estadounidense, encontrando una mayor validez de criterio respecto a la historia del crimen en la subescala Obvio. Posey y Hess (1985) también habían encontrado dificultades, en su muestra de 58 reclusos, para asumir un rol de no agresividad y responder ante preguntas sutiles, mostrando resultados diferentes con otros estudios realizados con estudiantes.

A partir de la forma reestructurada (MF) del MMPI-2 (Ben-Porath & Tellegen, 2008) y del Inventario de Personalidad Psicopática (PPI; Lilienfeld y Andrews, 1996), Sellbom *et al.* (2012) desarrollaron tres escalas para valorar la psicopatía a través del MMPI-2-RF; una puntuación global (Py-T) y dos para las facetas teorizadas por Lilienfeld y Andrews: Impulsividad Egocéntrica (Py-IA) y Dominancia Temeraria (Py-FD). Algunos estudios han probado que la puntuación alta en psicopatía no afecta a la capacidad de detección de la simulación del MMPI-2-RF (Marion, Sellbom, Salekin, Toomey, Kucharski Y Duncan, 2013), aunque están basados principalmente en muestras de estudiantes.

b) MCMI

Otra prueba interesante para el psicólogo forense y penitenciario es el “Millon clinical multiaxial inventory” (MCMI; Millon, 1997) y sus versiones, aunque tiene una orientación clínica muy concreta. En trabajos como el de Retzlaff, Stoner y Kleinsasser (2002) se obtiene cierto apoyo a su uso como screening de los trastornos mentales en los internos y de sus problemas adictivos; también sus escalas se relacionan con las escalas y subescalas del MMPI y con los constructos DSM (Zarrella, Schuerger y Ritz, 1990).

Holt, Meloy y Strack (1999) utilizaron la escala 6B de Millon determinando su correlación, junto a otras medidas de sadismo, con las medidas de psicopatía (puntuaciones en PCL-R y ejercicio de la violencia) en una muestra de 41 presos. También resulta indicada para apreciar la ansiedad clínica aguda y las personalidades antisociales y narcisistas en este tipo de población, pero tiene dificultades para identificar adecuadamente la exageración de síntomas (McNiel y Meyer 1990).

El MCMI, por otro lado, se ha revelado poco adecuado para identificar el factor I de la psicopatía, valorada por el PCL-R (Hart, Forth y Hare, 1991); siendo éste el factor que agrupa los aspectos afectivos e interpersonales característicos del psicópata primario, uno de los factores de mayor riesgo de violencia y reincidencia faltaría por evaluar.

Para Winberg Nodal y Vilalta Suárez (2009) este cuestionario carecería de validez estadística para uso forense dado que produjo un considerable sobrediagnóstico en su estudio; ello puede obedecer a una excesiva sensibilidad al contexto cuando se aplica fuera del ámbito clínico-psiquiátrico. Este instrumento ha recibido también críticas debido a resultados poco coherentes en la investigación sobre los factores que lo componen (McCormack, Barnett, y Wallbrown, 1989) y se reseñan pocos trabajos con él en este campo.

c) SCL-90-R

El “Symptom checklist 90 revised” (SCL-90-R; Derogatis, 1977) se ha mostrado bastante adecuado como screener para trastornos mentales en delincuentes encarcelados. Gamman y Linaker (2000) en su estudio con una muestra de 187 presos en una institución noruega identificaron correctamente a 37 de los 40 reclusos con trastorno psiquiátrico, considerando como punto de corte un índice global de severidad (GSI) igual o superior a 1; los falsos positivos pudieron eliminarse aplicando el corte en 1.55.

2.3.3.3. Medidas específicas

Algunos instrumentos específicos pueden ser útiles para evaluar el riesgo de actos violentos en el ámbito penitenciario; entre los estudios españoles es de reseñar la escala de Silva y colaboradores para la predicción de menores delincuentes (Silva Martorell, Clemente y Mestre, 1990), que podría facilitar la evaluación y el pronóstico de los jóvenes de alto riesgo.

Otros instrumentos han sido poco probados en nuestro país. La guía para la valoración de riesgo de comportamientos violentos (HCR-20, Webster *et al.*, 1995), que ha resultado útil -con excepción de la mayoría de escalas históricas- en la predicción de violencia en otras instituciones penitenciarias (Belfrage, Fransson y Strand, 2000), ha sido adaptado a población española mostrándose comparablemente eficaz en ámbitos clínicos,

forenses y penitenciarios (Arbach y Pueyo, 2007), pero no hay datos sobre su aplicación fuera del campo de la investigación.

Igual que el anterior, la Guía de Valoración de Riesgo de Violencia (Violence Risk Appraisal Guide, VRAG; Harris, Rice y Quinsey, 1993) ha sido adaptada a población española con buenos resultados (Ballesteros, Graña y Andreu, 2006), aunque con algunas diferencias respecto a la escala original probablemente debidas a las diferentes tasas de reincidencia entre ambas poblaciones: 50% la española frente a 31% la canadiense. Esta guía incluye la combinación del PCL-R con numerosos datos actuariales, resultando en un amplio estudio de cada caso. Igualmente, ha sido adaptado el Cuestionario de Autovaloración (Appraisal Questionnaire, SAQ; Loza, 1996) con una fiabilidad satisfactoria; este cuestionario es autoaplicado y sencillo, con sólo 67 ítems de Verdadero/Falso, facilitando la evaluación de la peligrosidad con una mínima inversión de tiempo y aceptables fiabilidad y validez (Ballesteros *et al.*, 2006, ya citado).

El Cuestionario de Agresión (Aggression Questionnaire, A.Q; Buss y Perry, 1992) también ha sido validado en población española por García León *et al.* (2002) en una muestra de estudiantes; fue posteriormente puesto en comparación con una muestra de presos de similar edad media, encontrando en ella puntuaciones superiores, aunque sólo significativamente en agresión física. Estos resultados con el A.Q. apoyan la relación entre agresión física y delincuencia, que se encuentra en los estudios del grupo de Dunedin.

Existen otros instrumentos de interés que no han sido adaptados a muestra española. El Psychological Inventory of Criminal Thinking Styles (PICTS; Walters 1995) se ha mostrado sensible al cambio terapéutico, pudiendo ser un mejor indicador del pronóstico tras el tratamiento (Walters *et al.*, 2002), aunque ha tenido algunos problemas con las escalas de validez (Walters, 2001). También se han planteado dudas sobre la utilidad del conjunto de la prueba (Palmer y Hollin, 2004) ante la escasa diferencia hallada entre reincidentes y no reincidentes si se exceptúa la escala “superoptimismo”, dato que, por otra parte, resulta teóricamente interesante.

El BASIS-A Inventory (Wheeler, Kern y Curlett, 1993), con el que se han definido tres perfiles de personalidad en delincuentes encarcelados (Slaton, Kern y Curlette, 2000), podría aportar diferentes implicaciones para el pronóstico y el tratamiento, además de

proporcionar una interesante perspectiva teórica. Por otra parte, el Level of Service Inventory-Ontario Revision (LSI-OR; Girard, 2000) parece mostrarse más efectivo que el PCL-R en la predicción de reincidencia y, diferencialmente, de reincidencia violenta.

Parece ser necesaria más investigación para encontrar las variables que resultan consistentemente significativas en distintas muestras, pero también puede ser necesario discriminar entre los distintos tipos de delitos o de delincuentes para poder encontrarlas.

2.4. DELINCUENCIA Y VIOLENCIA DESDE LOS ESTUDIOS DE PSICOPATÍA

2.4.1. Resultados de las medidas de psicopatía

Los estudios transculturales destacados por Lösel, (1999) y el de Andersen, Sestoft, Lillebaek, Mortensen y Kramp (1999) en Dinamarca, indican que la incidencia de la psicopatía puede ser menor en Europa que en USA. Por su parte, Cooke, (1999) constata que la incidencia del 23 % de este trastorno entre los reclusos varones norteamericanos, se reducía al 3% entre los escoceses de su muestra. Cooke señala que algunos ítems funcionaban igual en los dos entornos, pero otros lo hacían de manera muy diferente: para apreciar locuacidad o insensibilidad en los escoceses, el nivel de psicopatía debía ser muy alto, en lo que probablemente influye la presión cultural, contraria a su expresión. Lo interesante de este estudio es que evidenció la influencia de las diferencias transculturales en los métodos psicométricos tradicionales, permitiendo su corrección; pero después de tener en cuenta estas diferencias, la tasa estimada era aún muy diferente: 29% en los norteamericanos versus 8% en los escoceses. Cooke adelanta dos explicaciones hipotéticas: Por un lado aporta pruebas de que la transmisión cultural puede limitar o modificar la expresión de algunos rasgos. Por otro, encontró una moderada relación entre la movilidad geográfica y la psicopatía, que podía excluir de su muestra a los delincuentes con menor vinculación a su tierra, los cuales bien podían ser psicópatas. No es imposible que distintas culturas produzcan diferentes cuotas de psicópatas, no obstante, el PCL-R continúa siendo una prueba bien establecida interculturalmente.

En España, Álvaro-Brun (2007) ha estudiado la psicopatía en una muestra de 100 reclusos, encontrando también una relación significativa entre delitos violentos, reincidencia y sanciones en prisión con puntuación alta en el PCL-R (puntuación igual o

superior a 30). En este trabajo, la presencia de sujetos con alta puntuación en psicopatía es inferior a otros estudios, lo que puede deberse a que la extracción de la muestra se realizó en establecimientos de régimen abierto, incluyendo menos casos de segundo grado de tratamiento penitenciario y ninguno del pequeño porcentaje de sujetos en primer grado. También es de esperar cierto sesgo a favor de internos con buen comportamiento penitenciario, lo cual correlaciona negativamente con psicopatía.

La psicopatía medida con el PCL-R se ha relacionado estadísticamente con altos niveles de hostilidad y extrapunición, y con rasgos de personalidad como psicoticismo e impulsividad, medidos con diversos cuestionarios; las puntuaciones medias y altas se relacionan con una mejor percepción del clima social en contextos forenses, que se puede atribuir especialmente a la protección de los aspectos interpersonales y afectivos ante las experiencias desabradables (Pham y Saloppé, 2013). Se ha encontrado comorbilidad con el trastorno de la personalidad, especialmente en sus tipos sádico, anti-social, límite, histriónico y esquizotípico pero estas relaciones se han atribuido al factor 2 de la prueba (Shine y Hobson, 1997) en tanto que el factor 1 correlaciona particularmente con reincidencia violenta y fracaso terapéutico (Olver, Lewis y Wong, 2013).

Un estudio realizado con el MMPI-2-RF (Mufson, 2013) ha encontrado relación de la psicopatía con baja adherencia terapéutica, gravedad del historial penal y penitenciario, delitos juveniles y severidad del abuso de drogas y alcohol; la faceta de impulsividad antisocial resulta mejor predictor de abuso de droga e historial criminal; es interesante que la relación con el abuso de medicamentos para el dolor fuera negativa para la puntuación total y para las tres facetas de psicopatía.

A través del PPI se ha evidenciado la dificultad de los psicópatas para identificar comportamientos que causan temor así como para juzgar si esos comportamientos son moralmente aceptables (Marsh y Cardinale, 2012). Del mismo modo se ha encontrado que la correlación de la psicopatía con medidas de empatía es negativa y con medidas de agresión es positiva, aunque también parece relacionarse con el trastorno límite de la personalidad (Sandoval, Hancock, Poythress, Edens, y Lilienfeld, 2000) que tiene unas características y un curso muy diferentes; con el mismo instrumento y en un estudio preliminar con población no clínica, la esquizotipia también se ha relacionado positivamente con la puntuación total de la PPI-R pero negativamente con el aspecto de

Dominancia Temeraria (Ragsdale y Bedwell, 2013); las mayores asociaciones se producen con el aspecto de Impulsividad Egocéntrica. Estas diferencias subrayan el interés en diferenciar los distintos aspectos de la psicopatía dadas sus relaciones con otros constructos patológicos.

Se han aportado pruebas de la capacidad del PPI-R para la predicción de conductas agresivas bajo la influencia del alcohol exclusivamente respecto al factor Impulsividad Egocéntrica y no respecto al factor Dominancia Temeraria (Birkley, Giancola, y Lance, 2013). El factor IA se ha asociado también con alegaciones de amnesia para justificar el delito, normalmente en sujetos con bajos niveles de agresión instrumental (Cima y Van Oorsouw, 2013).

Las dos dimensiones que evalúa el PPI-R han sido exploradas en relación con el condicionamiento de miedo en una muestra de estudiantes (López, Poy, Patrick y Moltó, 2013) a través de una tarea de condicionamiento aversivo, resultando que sólo Dominancia Temeraria estaba relacionada con una disminución de la adquisición de miedo fisiológico; este estudio apoya la tesis del déficit en la reactividad defensiva del cerebro en los sujetos con los rasgos psicopáticos descritos por Cleckley pero no en los sujetos antisociales.

2.4.2. Factores de la psicopatía, problemas distintos

Ya está descrito (Moran, 1999) como el trastorno antisocial se asocia con trastornos de ansiedad, entre otros, y carece de los signos emocionales e interpersonales que caracterizan al psicópata descrito por Cleckley; la falta de discriminación entre ambos aspectos parece explicar los resultados contradictorios de algunas investigaciones. En este sentido, Frick, Lilienfeld, Ellis, Money y Silverthorn (1999) en un estudio con niños problemáticos encontraron que los problemas de conducta tienden a correlacionar positivamente con la ansiedad como rasgo, mientras que impasibilidad y dureza lo hacen negativamente; las distinciones entre la ansiedad y la inhibición, así como entre las dos dimensiones o variantes de la psicopatía, se han demostrado importantes para clarificar el diagnóstico y la etiología de la psicopatía y de la conducta antisocial, habiéndose postulado la existencia de dos procesos que habrían de ser etiológicamente diferentes, para los cuales se ha encontrado algún apoyo en investigaciones psicofisiológicas (Schulreich, Pfabigan, Derntl y Sailer, 2013, por ejemplo).

Aparentemente, la psicopatía tiene poca relación -o incluso parecería tener una relación negativa- con los trastornos de ansiedad-depresión, tal y como fue definida por Cleckley en 1976 y tal como la describe actualmente Hare, pero lo cierto es que estos sujetos presentan altos índices de morbosidad psiquiátrica general.

Andersen, Sestoft, Lillebaek, Mortensen y Kramp (1999), en un estudio realizado con 178 presos daneses, encontraron que los sujetos con puntuaciones altas en el Hare Psychopathy Checklist-Revised (PCL-R), además de ser más inadaptados psicosocialmente, ofrecían puntuaciones altas en psicoticismo y un mayor número de tentativas de suicidio; en los sujetos con puntuaciones medias-altas, predominaban los trastornos por dependencia, el neuroticismo, y los trastornos relacionados con el estrés. En otro estudio con varones encarcelados, Schmitt y Newman (1999), sostienen que la ansiedad, medida por autoinformes múltiples, y la psicopatía, medida por el PCL-R, son conceptos básicamente independientes. Se han encontrado también síntomas depresivos en sujetos jóvenes con altas puntuaciones en psicopatía medida con el PCL-YV; la interacción de ambos cuadros sintomáticos, además, predice mayores niveles de ira y agresividad, así como problemas interpersonales y abuso de sustancias (Price, Salekin, Klinger y Barker, 2013).

Willemsen, Vanheule y Verhaeghe (2011), utilizando el PCL-R y metodología clínica en lugar de autoinformes, encontraron una asociación inversa entre depresión y psicopatía, menos notable respecto a la faceta antisocial; es posible que los psicópatas experimenten algo que ellos mismos identifican con ansiedad o depresión, sin embargo, hay que señalar algunas variables que, a priori, podrían estar influyendo en este tipo de resultados. En el caso de autoinformes, los resultados pueden ser representativos de una interpretación intelectual de los sujetos y no de una verdadera sintomatología experimentada (Pfabigan, Seidel, Wucherer, Keckeis, Derntl *et al.*, 2015), pero también podrían deberse a un excesivo peso del factor 2 del PCL o de la faceta 4, en detrimento de los criterios de Cleckley para el diagnóstico; esto llevaría a incluir a sujetos que no carecen de este tipo de respuestas en la categoría de psicópatas y tal vez no sean los psicópatas llamados habitualmente “primarios”.

Existe una tendencia generalizada a emplear medidas de auto-informe en el diagnóstico psicopatológico y la valoración de los síntomas clínicos, así como en la

investigación relacionada; si pensamos en el psicópata descrito por Clekley, carente de empatía y de culpabilidad y no obstante infeliz, ¿Cómo puede interpretar las preguntas típicas de los auto-informes sobre la ansiedad? Es posible que nos hable de su grado de malestar, no necesariamente identificable con ansiedad o depresión.

Algunos estudios realizados con el PCL-R han encontrado resultados contrarios a las hipótesis de partida; por ejemplo, Schmitt, Brinkley, y Newman (1999) en un estudio que probaba la hipótesis del marcador somático, no pudieron encontrar correlación entre la psicopatía, valorada con el PCL-R y la elección arriesgada, mientras que el nivel de ansiedad correlacionó significativamente con la evitación del riesgo. Lo inesperado del resultado llevó a los investigadores a señalar la necesidad de discriminar entre los sujetos con puntuaciones altas en el factor 1 de los que puntúan alto en el factor 2.

En los estudios que han tenido en cuenta esa discriminación, se ha encontrado que el factor 2 correlaciona positivamente con el TAP, que se caracteriza por impulsividad y emocionalidad negativa, mientras que no ocurre así con el factor 1; también los antecedentes de intentos de suicidio correlacionan con TAP y con el factor 2, pero en algún caso lo hacen negativa, aunque no significativamente, con el factor 1 (Verona, Patrick y Joiner 2001). También la psicopatía secundaria correlaciona negativamente con satisfacción vital e intimidad, en tanto que la primaria se asocia a mayor satisfacción con los aspectos relacionales, en muestras de población clínica (Ali y Chamorro –Premuzic, 2010). En muestras de estudiantes, las medidas de inestabilidad de la autoestima correlacionan positivamente con agresión, pero no con psicopatía; el factor 1 alto se relaciona menos con agresión y más con autoestima alta, así como los aspectos no patológicos del narcisismo, en tanto que el factor 2, al igual que el narcisismo patológico, lo hace con baja autoestima y agresividad (Falkenbach, Howe, y Falki, 2013).

Los estudios de las diferencias de los distintos aspectos de la psicopatía respecto a medidas clínicas obtienen resultados significativos. Verona, Sprague y Javdani (2012), encuentran que la combinación de Factor 1 y 2 altos se asocia a autolesiones, tentativas e ideación suicida en mujeres, pero en varones solamente se asocia el Factor 2, en tanto que el Factor 1 parece tener un efecto protector. También se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres con mayor puntuación en psicopatía primaria respecto a la capacidad de detectar mentiras, resultando una correlación significativa y positiva en el primer caso

mientras que en el segundo resulta significativa y negativa (Lyons, Healy y Bruno, 2013); sin embargo, en otros estudios con población no clínica no se han encontrado diferencias (Martin y Leach, 2013)

Hay evidencias de que el juicio moral se desarrolla adecuadamente en los sujetos con puntuaciones altas en el factor 1 y moderadas en el factor 2, mientras que los sujetos con la configuración contraria realizan la tarea significativamente peor (Schaich *et al.*, 2013). Las medidas de egocentrismo cognitivo resultan altas en sujetos con alto factor 1, pero no en sujetos con alto factor 2 (Bresin, Boyd, Ode y Robinson, 2013). Del mismo modo, sólo la psicopatía secundaria se asocia a juego arriesgado y por lo tanto a dificultades en la toma de decisiones (Dean *et al.*, 2013).

La estructura cerebral de los sujetos violentos, diagnosticados con TAP según los criterios DSM IV también parece diferenciarse en los psicópatas (Gregory *et al.*, 2012); el grupo que además cumplía los criterios de psicopatía según el PCL-R presentaba una reducción del volumen de materia gris en áreas implicadas en la empatía, el razonamiento moral y emociones prosociales como culpabilidad y vergüenza, al compararlos con el grupo de sujetos que no cumplían estos criterios, que era semejante al grupo de control compuesto por sujetos no delincuentes libres de patología.

Estudios sobre la respuesta electrodermal ante imágenes que suscitan empatía han evidenciado diferencias entre los sujetos con factor 1 más alto y los sujetos con factor 2 más alto (Martins *et al.*, 2013). Ante estímulos aversivos presentados a sujetos no delincuentes, evaluados en dos dimensiones de psicopatía mediante una prueba autoinformada, la respuesta fue reducida en los clasificados con alto factor 1, mientras que los sujetos con alto factor 2 mostraron mayor reactividad (Dindo y Fowles, 2011), lo cual apoya la hipótesis de un sistema de defensa débil en el factor 1 contrapuesto a un sistema de alta reactividad en el factor 2, asociado a problemas de externalización y negatividad.

Por otra parte, la faceta 4 del PCL-R, antisocial, predice una reducida capacidad de conciencia interoceptiva (Nentjes, Meijer, Bernstein, Arntz y Medendorp, 2013); asimismo, esta faceta parece asociarse a menor cociente intelectual (Heinzen, Köhler, Godt, Geiger y Huchzermeier, 2011), a mayor propensión a sentir preocupación empática (Seara-Cardoso, Neumann, Roiser, McCrory y Viding 2011), a experimentar alexitimia

(Lander, Lutz-Zois, Rye y Goodnight, 2012) y a mayor inconsistencia al simular emociones (Porter, ten Brinke, Baker y Wallace, 2011), al contrario que la faceta interpersonal. Todo ello, sumado a las otras dificultades encontradas en las personalidades antisociales, puede explicar conjuntamente su particular modo de reaccionar.

Otra línea de investigación, que ha relacionado el clásico concepto de narcisismo maligno (Kernberg, 1987) con la clínica del psicópata, ha mostrado también diferencias entre la faceta interpersonal de la psicopatía, asociada al narcisismo grandioso, y la faceta estilo de vida, que se asocia al narcisismo vulnerable, así como a distinta sintomatología de internalización (Schoenleber, Sadeh, y Verona, 2014). Además, la faceta interpersonal puede ser sustancialmente diferente de las otras, dado que es la única no relacionada con otros trastornos frecuentemente presentes en sujetos antisociales, como el abuso de sustancias y el trastorno antisocial de la personalidad, o con rasgos relacionados con conducta impulsivo-agresiva; en un estudio sueco tampoco predecía la reincidencia mejor que el azar (Wallinius, Nilsson, Hofvander, Anckarsäter y Stålenheim, 2012).

Dolan y Fullam (2004) sugieren que el problema más grave encontrado en los psicópatas se debe su falta de preocupación por las víctimas más que en su incapacidad para colocarse en su lugar y la conducta antisocial puede ser sólo un síntoma secundario, consecuencia de la psicopatía (Cooke, Michie, Hart y Clark, 2004). Aun cuando los procesos subyacentes no estén claros, existen diferencias significativas en varios importantes aspectos entre los sujetos que puntúan más alto en el factor 1 y los que puntúan más alto en el factor 2 del PCL-R, cuando se estudian por separado. Es posible que cada factor dé cuenta de aspectos muy diferentes de los sujetos, que no necesariamente van aparejados; incluso podrían reflejar diferentes tipos de trastorno, como apuntan algunos autores (Patrick, 2000).

La mayoría de los estudios revisados han comparado el factor 1 y el 2 de la psicopatía, fundamentalmente mediante evaluaciones con el PCL, encontrando diferencias en muchos aspectos. De hecho, además de los numerosos apoyos teóricos y empíricos para considerar una variante secundaria de la psicopatía, está fuertemente defendida la tesis de que tal variante no es, en realidad, psicopatía (Gowlett, 2014), cuestión que atañe directamente a su difícil conceptualización.

CAPITULO III. DESVENTAJAS Y DESARROLLO DE PAUTAS ANTISOCIALES DE CONDUCTA: VULNERABILIDAD Y RESISTENCIA

3.1. VULNERABILIDAD Y RIESGO DE CONDUCTA ANTISOCIAL

La naturaleza multicausal de la conducta antisocial y la delincuencia está ampliamente aceptada (Otero, Romero y Luengo, 1994); aun cuando no se ha encontrado un conjunto de factores directamente relacionados con este fenómeno, existen influencias diversas cuya interacción sitúa al individuo en la tesitura de riesgo. Las investigaciones que han estudiado diversos factores de riesgo han podido demostrar que a mayor número de factores presentes corresponde un mayor riesgo antisocial. West y Farrington (1977) en un estudio longitudinal con 400 jóvenes casi adultos, informan que la probabilidad de delincuencia es alrededor del 30% cuando está presente un factor de riesgo pero es del 70% cuando son tres factores.

Para Farrington (1989) la tendencia antisocial incluye en su composición tanto la conducta agresiva como la violencia y comparten los mismos factores predictores con la conducta criminal. Con independencia de la disciplina o de la fundamentación teórica de partida, algunas de ellas revisadas en el apartado 1.2 de este trabajo, los factores que aparecen estrechamente asociados al desarrollo de conducta antisocial se repiten consistentemente en diversas investigaciones, a lo largo del tiempo, aunque pueden presentar diferentes estructuras o variaciones en el peso de las relaciones resultantes.

En ocasiones, las diferencias entre varios estudios pueden deberse a la metodología empleada, como es el caso de de los estudios longitudinales de Cambridge y de Pittsburgh (Farrington, 2001); en ambos estudios se repetían factores de riesgo psicológicos y sociales como hiperactividad, impulsividad, deficiente concentración, bajo rendimiento escolar, falta de supervisión parental, pobreza y conflictividad parental, fratría numerosa, desestructuración familiar o juventud de la madre; sin embargo, en el

primer estudio resultó más importante el castigo físico materno mientras que en el segundo tenían más peso los factores socio-económicos. Además de las posibles diferencias debidas a los veinte años transcurridos entre ambos estudios, la medida del castigo físico incluía también falta de afecto y aceptación en Cambridge, no así en Pittsburgh, y la situación socioeconómica incluía la educación de los padres en el segundo y sólo prestigio profesional en el primer estudio. Estas diferencias en los criterios de medida dificultan una comparación exacta, pero no cabe duda de que los factores que han marcado las diferencias (apego materno y educación parental) pueden incidir notablemente en los resultados.

Resultados desde varias perspectivas, parcialmente consistentes, se revisan a continuación.

3.1.1. Factores biológicos

La conducta delictiva parece explicarse mejor por el ambiente compartido que por la relación genética, en algunos estudios con gemelos (Iervolino *et al.*, 2002); pero existen bastantes indicios de que ciertos aspectos del temperamento pueden estar predeterminados o condicionados por factores genéticos, cuestión que parece razonable dado que aquéllos son, en buena parte, expresión de las respuestas biológicas al entorno a través de los mecanismos reguladores de neurotransmisores y hormonas. Por supuesto, la biología no se reduce a la genética y la construcción del individuo en su totalidad biológica, psicológica y social, es producto de la interacción de sus características básicas heredadas con el entorno en el que se desarrolla y aprende, especialmente en la edad temprana, como se ha puesto de manifiesto anteriormente (apartado 2.1.1.).

El factor de orden biológico más notable en el riesgo de conducta antisocial o violenta es el sexo. A pesar de que varones y mujeres jóvenes comparten espacios y actividades de ocio en nuestra cultura, que suelen incluir algunas conductas antisociales y uso de drogas para ambos sexos, los varones utilizan la violencia con mayor frecuencia y la variable sexo tiene capacidad para pronosticar la conducta violenta por sí misma, después de eliminar la influencia de otros factores de riesgo o de protección (Bartolomé *et al.*, 2009). Aun así, los varones parecen estar expuestos a más factores de riesgo para la delincuencia y la violencia que las mujeres y éstas, sin embargo, cuentan con más factores de protección; además, la asociación de los factores de riesgo con la delincuencia grave

parece tener diferente peso, mayor en el caso de los varones (Fagan *et al.*, 2007), lo que señala claramente la posibilidad de diferentes procesos de desarrollo de la conducta antisocial según el sexo, que requerirían estudios diferenciales.

Por otra parte, la exposición a la violencia se ha relacionado con efectos biológicos a través de la desregulación del eje hipotalámico-pituitario-adrenal (HPA), que interviene en la regulación del estrés, produciendo niveles generales elevados de cortisol incluso en ausencia de estresantes (Margolin y Gordis, 2004), lo que se asocia a distintos problemas de conducta. El estrés puede, igualmente, aumentar los niveles de hormonas masculinas, las cuales se han relacionado con la agresión (Aluja, 1991), y producir alteraciones en la hormona del crecimiento, causando perturbaciones en los patrones de crecimiento físico; la hiper-excitación del sistema simpático al activarse los esquemas de lucha/huída pueden incluso dañar el hipocampo a través de la exposición a niveles altos de catecolaminas; siendo ésta una de las estructuras que se ha encontrado alterada en algunas personas violentas (Raine e Ishikawa, 2002), la tendencia a la violencia podría relacionarse con la historia de exposición a la violencia y el estrés.

Los rasgos asociados a dureza o insensibilidad (callous-unemotional traits), frecuentemente incluido en tipologías del carácter o el temperamento más que en las clasificaciones de personalidad dado que están muy asociados teóricamente a la herencia genética (Ivorra *et al.*, 2007), se han asociado inequívocamente a la conducta antisocial en los estudios de Viding, *et al.* (2008), realizados con la gran muestra de Dunedin. Según estos estudios, los gemelos que comparten ese rasgo comparten también la conducta antisocial en mayor medida que si no lo comparten, siendo esta relación todavía más fuerte cuando se controlan estadísticamente los síntomas de hiperactividad. Estos resultados apoyan la tesis de la influencia genética en el desarrollo de la Conducta Antisocial (CA), específicamente respecto al inicio temprano.

Otro dato que apoya las teorías que implican la intervención de factores biológicos en la conformación de la conducta delictiva y antisocial es el obtenido por Raine, Venables y Williams (1990). Las medidas fisiológicas -conductancia de la piel, tasa cardíaca y actividad del Sistema Nervioso Central- tomadas a los 15 años son significativamente diferentes entre los sujetos que han delinquido a los 24 años y los que no lo han hecho, indicando estados biológicos distintos asociados a la diferente expresión

conductual. Farrington (2001), por su parte, ha encontrado un promedio menor de altura a la edad de 8 a 10 años en los niños que luego delinquieron; aunque esto podría reflejar dificultades en la crianza y no una predisposición, lo cierto es que también las desventajas socioeconómicas contribuyen a un peor estado de salud y abuso de tóxicos en la edad adulta (Melchior *et al.*, 2007).

Respecto a la relación de estatus socioeconómico y aspectos biológicos, Loeber (1990) sugiere que los niños criados en un ambiente socioeconómico elevado sufrirían menos factores de riesgo ambientales para la conducta antisocial que los de ambientes con menor calidad y por tanto, en aquellos casos, concurriría una mayor contribución biológica a la conducta antisocial. Los hallazgos de Raine y sus colaboradores (Raine, 1996; Raine, Venables y Williams, 1990) investigando el nivel de arousal en delincuentes, apoyan esta interpretación dado que el arousal bajo, un marcador asociado a la psicopatía y la delincuencia en numerosos estudios, se encuentra en mayor proporción en los delincuentes de buen nivel socioeconómico que entre los delincuentes de inferior nivel (Marshall y Cooke, 1999).

En cuanto a los factores neuropsicológicos que se han relacionado en la investigación con la psicopatía (ver apdo. 2.1.) existen claras evidencias de una significativa reducción en la estructura y funcionalidad de las áreas del cerebro relacionadas con la emoción en los sujetos psicópatas (Yang y Raine, 2009); aunque no puede afirmarse que estos posibles déficits se presenten ya en edades tempranas, esto implicarían una dificultad en el desarrollo del sentido moral y de la empatía en estos sujetos, fundamentales para tomar decisiones morales. Incluso se ha considerado la necesidad de establecer acciones penales específicas en los casos de psicopatía grave, ya que no carecen de la capacidad cognitiva para diferenciar el bien del mal pero sí pueden carecer de la capacidad de “sentir” esa diferencia, dificultando el comportamiento adaptado a la norma moral que subyace a la norma penal (Morse, 2008; Glenn, Raine y Laufer, 2011).

3.1.2. Factores sociofamiliares

Es posible que los prejuicios según el tipo de familia (atribución y generalización de características negativas en función de la estructura familiar o los antecedentes penales parentales) condicionen de alguna manera el tipo de intervención social o institucional

que se realiza con los menores en conflicto (Rodríguez, Smith y Zatz, 2009). Sin embargo, son muchos y congruentes los estudios que encuentran relaciones significativas entre los factores desfavorables vividos en la infancia y el desarrollo de comportamiento antisocial o delictivo.

En el estudio longitudinal de Cambridge (Farrington, 2001), algunos factores familiares desfavorables aparecen significativamente asociados a la futura criminalidad juvenil en los exámenes realizados a los sujetos de estudio a los 8, 10 y 14 años, con pocas diferencias. Los niños que después delinquieron tendían a pertenecer a familias más grandes y pobres, que recibían más ayudas sociales y vivían en casas más descuidadas, recibiendo asimismo pocos cuidados básicos respecto a higiene, alimentación y ropa. Era frecuente el fracaso escolar y el abandono temprano de la escuela. No tenían una extracción socioeconómica inferior a otras familias (medida por el prestigio profesional), ni influyó el hecho de que la madre trabajase, pero sí tenían padres y hermanos mayores con antecedentes delictivos con más frecuencia. La disciplina parental era poco vigilante y se caracterizaba por su dureza y crueldad o bien por su inconsistencia y pasividad, además de encontrarse mayor conflictividad en la relación entre los padres; con frecuencia venían de hogares rotos y se habían encontrado separados de los padres por razones distintas a la muerte o la hospitalización de alguno de ellos.

Por otra parte, los padres del estudio arriba citado tendían a ser poco colaboradores en la investigación, aprobaban pautas autoritarias de crianza en los cuestionarios y se interesaban poco por la educación de los hijos; las madres se evaluaron como nerviosas y con problemas de salud y los padres mostraban historias de trabajo inestable y desempleo frecuente. Tener un progenitor con antecedentes penales fue, por lo general, el mejor predictor de la delincuencia y el comportamiento antisocial posterior, incluso después de controlar todas las otras variables explicativas y con independencia de que el delito o la pena ocurrieran antes o después del nacimiento del niño; pero no parece ser una influencia directa, no se encontraron apenas casos de co-delincuencia ni indicios de que los padres entrenaran o animaran a los hijos a delinquir; aunque el 6% de las familias fueron responsables de la mitad de las condenas de todas las familias estudiadas, los padres delincuentes criticaban el comportamiento antisocial y delictivo de sus hijos. Tampoco se encontraron diferencias en función de la extensión de los antecedentes penales, del tiempo pasado en prisión o de la vinculación genética. Sin embargo, sí se

encontró una clara asociación entre antecedentes penales y falta de supervisión parentales, factor que podría tener implicaciones causales.

Juby y Farrington (2001), en su estudio, encuentran apoyo para el enfoque explicativo de la delincuencia basado en el curso de la vida y ello se debe a que, incluso en familias rotas, los niños que se quedan con su madre tras la separación no tienen peores resultados que las familias con bajo índice de conflicto; sin embargo, los niños que se quedan con el padre, padres adoptivos u otras personas, sí que tienen altas tasas de delincuencia. Concluyen que el factor más importante para el desarrollo de conducta delictiva es la trayectoria posterior a la ruptura familiar. En ese sentido, Finlay y Jones (2000) encontraron un peor manejo del duelo en los jóvenes delincuentes que se compensaban mediante el consumo de drogas, teniendo mayores índices de depresión y ansiedad. Otros estudios han reafirmado el alto riesgo de conducta antisocial en los jóvenes que conviven con la pareja del padre en el lugar de su madre biológica, por encima de otros tipos de familias heterogéneas (Apel y Kaukinen, 2009).

En congruencia con los datos arriba expuestos, Contreras, Molina y Cano (2011) observan en España, entre los jóvenes reincidentes, un mayor número de familias numerosas, familias desestructuradas, familiares con antecedentes penales y de consumo de drogas, así como más conflictos e intervenciones de los servicios de menores, frente a los jóvenes no reincidentes. Por otra parte, en esas familias se aprecia menor afecto y cohesión así como permisividad con la conducta infractora, cuestión que, al mismo tiempo, dificulta el éxito de las medidas de protección social. Según Heck y Walsh (2000), los niños con mayor reincidencia proceden de hogares rotos, abandonados por el padre o la madre, y también son los que han sufrido mayor maltrato; la disfunción familiar aparece también como factor mediador en estudios sobre riesgo de delincuencia según factores de personalidad (Jolliffe, 2013).

A pesar de lo expuesto, los resultados de Farrington en Cambridge sobre antecedentes penales paternos no se han replicado completamente en población Sueca, una vez controlado estadísticamente el efecto del encarcelamiento (Murray, Janson y Farrington, 2007). La explicación de los autores para esta divergencia se relaciona con la sociedad sueca, que utiliza más las penas cortas y su política social está más orientada a la asistencia que a la punición, contando con uno de los mejores sistemas de bienestar

social; es posible, entonces, que el establecimiento de medidas sociales de protección y la adopción de un enfoque tratamental de las penas proporcione un método válido de prevención para los casos de riesgo.

Otro de los factores asociados al desarrollo de conductas delictivas es el habitar en comunidades conflictivas, en las cuales los jóvenes son repetidamente expuestos a la violencia. Aunque la metodología no es la ideal (encuesta) Zinzow et al. (2009) encontraron que la exposición repetida a violencia grave, ejercida por compañeros, familiares, observada en la escuela, etc., aumentaba la probabilidad de desarrollar conductas delictivas y abusar de sustancias tóxicas más allá de lo que explicarían otras variables, como la exposición primaria a traumas y las variables sociodemográficas controladas; estos autores no han encontrado datos apoyando la tesis de que la violencia entre los padres, específicamente, aumenta el riesgo de delincuencia o abuso de drogas en los hijos, una vez controladas otras variables de riesgo, pero consideran que la exposición reiterada a la violencia comunitaria y familiar puede ser un factor importante para el desarrollo de la delincuencia más crónica y violenta.

Voisin (2007) afirma que los jóvenes menores de 18 años, aproximadamente la cuarta parte de la población estadounidense, constituyen el 50% de las víctimas y testigos de actos violentos, aunque encuentra muchas diferencias según la extracción social; señala, además, que los terapeutas suelen centrarse en la experimentación de violencia familiar pero percibir en menor medida la comunitaria. Aunque la sociedad norteamericana es muy diferente a la nuestra, la experimentación de violencia en el entorno de los adolescentes en nuestro país podría pasar desapercibida, a pesar del riesgo que constituye.

Además de lo expuesto, hay datos que apoyan la transferencia de los factores de riesgo de una generación a otra, repitiéndose los mismos problemas; el riesgo psicosocial conduce con frecuencia a la conducta antisocial, que se asocia tanto con fracaso escolar y pobreza como con conductas de riesgo juveniles que incluyen la maternidad y paternidad precoces, enlazando con la siguiente generación que comienza con dificultades, ya que los padres antisociales, especialmente los psicópatas, suelen ser poco adecuados (Servin y Karp, 2004; Easteal, 2001; Leedom, Bass y Almas, 2013).

3.1.3. Factores psicológicos

En el estudio de Cambridge (Farrington, 2001) los factores psicológicos diferenciales de los niños que delinquieron respecto a los que no lo hicieron fueron: baja inteligencia (así como menor logro escolar), mayor atrevimiento y búsqueda de riesgos según sus padres y compañeros, hiperactividad y falta de atención según sus profesores, impulsividad en las pruebas psicomotrices y de personalidad, además de poca popularidad (aunque no era una de sus preocupaciones). Además, a los 14 años se comprobó mediante diversas pruebas una mayor agresividad, otro elemento de la tendencia antisocial general (Farrington, 1989).

Una de las variables tradicionalmente establecidas como de riesgo para la delincuencia es el bajo rendimiento escolar; entre los delincuentes habituales tratados en las prisiones españolas el nivel de estudios suele ser bajo, siendo común el abandono de la escuela durante la EGB: diez mil internos estaban matriculados por debajo de ese nivel frente a 169 que lo estaban en bachillerato durante el curso 98-99 (DGIP, 2000). Las diferencias de éxito académico, desfavorables para los delincuentes, se han explicado por falta de esfuerzo y también por falta de metas adecuadas, pero hay indicios de que ellos no son capaces de valorar adecuadamente su rendimiento; esto puede estar relacionado con una percepción distorsionada de la realidad y/o de sí mismos (Siennick y Staff, 2009). En este sentido, en prisión nos encontramos frecuentemente con sujetos con dificultades para realizar introspección y para responder a cuestionarios o preguntas de acuerdo a la información que tenemos de la realidad.

Está comúnmente admitido (ver punto 1.3.3.7.) que el bajo autocontrol se relaciona con la delincuencia, aunque este importante factor puede estar mediado por otros, como la disponibilidad de oportunidades (Hay y Forrest, 2008), la moralidad (Bandura *et al.*, 2001; Olena y Title, 2009), o la susceptibilidad a la influencia de los pares, que además parece ser un predictor más fuerte de delincuencia (Meldrum, Miller y Flexon, 2013).

Además del autocontrol, se han encontrado otros factores psicológicos fuertemente asociados a tipos concretos de delincuencia. La delincuencia violenta, por ejemplo, se relaciona directamente con la coerción, según Baron (2009); en jóvenes sin hogar, los factores que mejor se ajustan explicando el crimen son la ira, la ideación coercitiva y la

planificación coercitiva. Este último aspecto no puede reconciliarse conceptualmente con la falta de autocontrol y puede explicar aspectos importantes de la delincuencia que no quedan claros en la teoría de Gottfredson e Hirschi (1990).

Respecto a otros aspectos cognitivos relativos a riesgo antisocial, existe una correlación entre conducta violenta impulsiva y baja inteligencia en sujetos con psicopatía (Heilbrun, 1990), que viene a significar un riesgo añadido para aquellos sujetos cuyas dificultades aptitudinales no son abordadas durante el proceso de socialización. La capacidad atencional también puede influir indirectamente en la actividad delictiva de estos sujetos: Losel y Schmucker (2004) observaron una peor ejecución de tareas en un juego con recompensa en psicópatas presos con menor capacidad atencional, aspecto que no afectaba a la ejecución de los presos no psicópatas; además, aquéllos tenían más condenas en su historial, de manera que la capacidad atencional podría estar relacionada con la intensidad de la actividad delictiva pero también con la prevención de riesgos como la detención, aspectos ambos de interés para el pronóstico criminal. Otro aspecto bien relacionado con la conducta antisocial son las distorsiones cognitivas egoístas, presentes en mayor medida en sujetos encarcelados y que pueden predecir conducta delictiva (Wallinius, Johansson, Larden y Dernevik, 2011).

La búsqueda de sensaciones se ha relacionado también con la conducta delictiva, ya sea en relación a la alta valoración de las recompensas o a un sesgo optimista en la valoración de riesgos, y su medida constituye un fuerte predictor, según algunos estudios (Horvath y Zuckerman, 1996).

Se han encontrado relaciones consistentes entre la baja autoestima y los problemas de externalización (conducta antisocial, agresión y delincuencia) en el estudio de Donnellan *et al.* (2005), aunque otros autores han afirmado que los jóvenes agresivos se valoran positivamente (Olweus, 1998). Cava, Musitu y Murgui (2006), en una muestra de adolescentes españoles, encuentran una relación negativa entre la autoestima y el comportamiento escolar violento, pero en sus dimensiones concretas familiar y académica, descomposición que puede mejorar la explicación de estas relaciones y explica la variabilidad de resultados al considerar la autoestima de un modo global.

El interesante trabajo de Cerezo y Vela (2004) sobre el maltrato infantil en jóvenes delincuentes encuentra que la relación de éste con el desarrollo de conductas antisociales

y delincuencia autoinformadas se refiere a la percepción subjetiva del daño recibido, tanto a nivel físico como psicológico, en la que se incluye el perjuicio por falta de supervisión y la parentalidad inadecuada, especialmente el castigo percibido como errático o sin motivo; los niveles más intensos percibidos corresponden a los jóvenes reincidentes. La interpretación personal de los sucesos experimentados puede, por lo tanto, diferir entre sujetos y contribuir a diferentes resultados ante los mismos factores sociofamiliares desfavorables.

La violencia en el seno de la familia también se relaciona con la conducta delictiva a través de procesos psicológicos. El entorno familiar violento puede producir en los niños la interiorización de valores y creencias negativas sobre las relaciones humanas y la aceptación del uso de la violencia como medio legítimo para resolver conflictos (Patró y Limiñana, 2005). De los estudios revisados por Margolin (2005), se desprende que la exposición a la violencia afecta al desarrollo de los niños en aspectos cognitivos y emocionales fundamentales, haciéndoles sensibles a la ira, dificultando el reconocimiento de emociones o el desarrollo de empatía.

Se han encontrado diferencias en la capacidad de los niños maltratados para reconocer las expresiones faciales de ira, necesitando menos información para identificarla, y probablemente también respecto a las expresiones de miedo (Pollack y Sinha, 2002). El maltrato afecta a la comprensión de los roles sociales complejos y a la atención de las señales sociales, reduciendo la capacidad para solucionar problemas interpersonales. Incluso tiene efectos negativos en la capacidad intelectual, memoria y concentración, con resultados negativos para el rendimiento escolar. Así pues, los factores psicológicos implicados en el riesgo de conducta antisocial pueden estar relacionados con la exposición al estrés y la violencia durante el desarrollo.

Los psicópatas, delincuentes o no, también muestran escasa capacidad para identificar las expresiones de miedo y tristeza (Iria y Barbosa, 2012); hay evidencias de que el abuso en la infancia no ejerce ningún efecto sobre su faceta interpersonal, pero sí se relaciona directamente con el comportamiento antisocial (Poytress, Skeem y Lilienfeld, 2006). Al estar la psicopatía muy relacionada con la delincuencia adulta, según la literatura revisada anteriormente, estos estudios indican la necesidad de estudiar las

diferencias en el procesamiento de la información de los psicópatas y determinar las condiciones en que se desarrollan.

3.1.4. Factores psicopatológicos

Diversos aspectos psicopatológicos pueden influir en el desarrollo de conducta antisocial o violenta, concurriendo con otras causas. Como ya se ha señalado en otra parte, tras analizar la discutida relación de los trastornos mentales con la comisión de delitos (2.2.1.), el bajo CI se relaciona con la conducta antisocial infantil (Koenen *et al.*, 2006), al igual que la dislexia (Trzesniewski *et al.*, 2006); esta relación probablemente responde a un modelo de causalidad recíproca; ambas se han postulado como desventajas que aumentan el riesgo de iniciar una carrera delictiva y de permanecer en ella (Jensen *et al.*, 1999). Si se asocia la dislexia con un bajo nivel de rendimiento intelectual -que puede ser facilitado, a su vez, por una dislexia no diagnosticada ni tratada, produciéndose un efecto circular- se constituiría una doble desventaja y ésta aparece frecuentemente entre los reclusos.

También puede concurrir a un mayor riesgo de conducta antisocial la presencia de un trastorno de hiperactividad con déficit de atención, que igualmente se presenta con cierta frecuencia en adultos presos y se relaciona frecuentemente, a su vez, con dificultades en la lectura y con trastornos de personalidad (Rasmussen, Almvik y Levander, 2001). Según Farrington (2001) la hiperactividad a la edad de 8 ó 10 años predecía condenas durante la minoría de edad, independientemente de los problemas de conducta que pudieran haberse presentado en ese mismo periodo. En este sentido, Simonoff *et al.* (2004) en un estudio longitudinal con una amplia muestra de gemelos, encontraron que tanto la hiperactividad como el trastorno de conducta en la infancia predecían trastorno antisocial de la personalidad y delincuencia en la vida adulta temprana y media, incluso cuando se controlaban otros factores de riesgo; también el número de síntomas de ambos trastornos resultaba predictivo para el TAP. Así pues, hay bastante apoyo a la intervención de estos aspectos de la psicopatología en el desarrollo de la conducta antisocial.

La asociación entre abuso de sustancias y delincuencia está ampliamente establecida, especialmente respecto a delitos violentos (Grann y Fazel, 2004); Las conductas de riesgo en que se implican los consumidores de sustancias conducen

frecuentemente a la comisión de delitos y, de hecho, la severidad de la adicción se ha mostrado capaz de predecir la gravedad del delito (Gresnigt, Breteler, Schippers y Van den Hurk, 2000). Además, el uso de drogas es común en las prisiones, generalmente como continuación del historial de consumo en libertad —aunque con importantes modificaciones como necesario ajuste al cambio de entorno— a pesar de la implementación de programas de deshabituación (Cope, N. 2000; Plourde y Brochu, 2002). Pero los mismos factores que parecen implicados en el desarrollo de conductas adictivas se han relacionado, a su vez, con el comportamiento antisocial o delictivo; el bajo nivel socioeconómico en la infancia, que conlleva mayores desventajas y factores de riesgo para delinquir como maltrato y disfunciones familiares, se ha asociado también a un alto riesgo de problemas de salud en la edad adulta, entre los que se incluye el abuso de drogas y alcohol (Melchior *et al.*, 2007); otros factores relacionados con la educación como la falta de límites, la intolerancia a la frustración y la satisfacción inmediata de deseos, se han postulado también como elementos de riesgo para el abuso de sustancias (Calvete y Estévez, 2007).

Cuando al abuso de sustancias se asocia, además, un trastorno mental, el riesgo de delitos graves es alto; la concurrencia, además, de trastorno de la personalidad parece ser frecuente. Putkonen *et al.* (2004) evaluaron a 90 sujetos que habían cometido homicidio o tentativa y tenían trastornos mentales; utilizando la entrevista clínica estructurada para el DSM-IV (ejes I y II), datos de informantes e historiales, resultó que sólo el 25% de ellos estaban libres de abuso de sustancias o trastorno de personalidad comórbidos a su patología principal; el 47% presentaban concretamente trastorno antisocial de la personalidad y todos los sujetos con este trastorno cumplía también los criterios para abuso de sustancias.

Por otra parte, el abuso sexual en la infancia se ha asociado también al abuso de drogas y otras conductas antisociales (Martin, 2000, en una muestra de mujeres encarceladas). Así pues, el riesgo de drogodependencia y el riesgo de delincuencia y violencia van aparejados, constituyendo un doble riesgo; de hecho, la mitad o más de los delincuentes encarcelados presentan problemas de drogodependencia (Lo y Stephens, 2000; Martínez, 2002), con mayores dificultades para el tratamiento penitenciario.

Es posible que la relación entre abuso de drogas y delincuencia esté mediada por un posible deterioro en los procesos de toma de decisiones, dadas las alteraciones en la actividad de la corteza prefrontal ventromedial que se ha encontrado en algunos estudios (Verdejo, Aguilar y Pérez, 2004), que puede ser de origen neurotóxico, aunque también se ha sugerido la posibilidad de mayor presencia de daños por traumatismos en esta población (Walker, Staton y Leukefeld, 2001). Partiendo de las tesis de Clonninger, en el estudio de Pedrero y Rojo (2008) con población general y adictos, éstos resultaron ser más buscadores de novedades y menos capaces de autodirección que los sujetos controles emparejados; esto implicaría un comportamiento más desorganizado, irresponsable y contumaz. La cuestión de si estos rasgos son previos -y por lo tanto, predisponentes a la adicción y a la delincuencia que frecuentemente lleva aparejada- o son consecuencia de la misma, no queda esclarecido pero los autores consideran que un efecto importante procede de las condiciones desfavorables y empobrecedoras que envuelven al adicto, además de los efectos acumulados de la sustancia en el organismo.

3.2. LA EXPOSICIÓN A LA VIOLENCIA Y EL ESTRÉS EN LA INFANCIA

Está bien documentado que los niños expuestos a cualquier tipo de maltrato, violencia o negligencia, pueden presentar serios efectos a corto plazo como trastornos del comportamiento (agresividad y delincuencia), del estado de ánimo (ansiedad, depresión), o síntomas de estrés postraumático (reexperimentación, evitación, etc.); también experimentan frecuentemente otros problemas menos evidentes como somatizaciones, cambios cognitivos, déficits académicos (particularmente respecto a la negligencia) y problemas generales de salud, además de realizar un aprendizaje vicario de la violencia (Margolin y Gordis, 2004). A largo plazo, los estudios prospectivos analizados por Kaufman y Zigler (1987) encuentran que, entre un 5 y un 30% de los niños que fueron víctimas de abuso se convirtieron posteriormente en adultos abusivos.

3.2.1. ¿Está la infancia expuesta a la violencia?

Campbell y Schwarz (1996), estudiaron el predominio de la exposición a la violencia en niños preadolescentes de dos comunidades norteamericanas (una escuela urbana y otra de un suburbio, ambas en Filadelfia), encontrando unas tasas preocupantes. Más de la mitad de los niños del suburbio habían sido testigos de violencia contra las personas y el 40% la había sufrido personalmente. El porcentaje aumentaba al 88% y

67% en la escuela urbana. Casi todos los niños de las dos escuelas conocían a alguien que había sufrido actos violentos. Estos niños informaron de síntomas propios del trastorno de estrés postraumático y de otros trastornos como la somatización o la depresión en mayor proporción en la escuela urbana, que reflejaba también un mayor grado de exposición a la violencia.

No se ha divulgado algún estudio comparable en nuestro país, pero la violencia está presente también en nuestra sociedad; en los años 1991 y 1992 se detectaron en España 8.565 menores maltratados (Rodrigo *et al.*, 2009). Por otra parte, en los últimos años ha aumentado la preocupación por el aumento de las conductas agresivas de los niños (Cerezo, 1999) y probablemente también existan diferencias en el grado de exposición a la violencia entre los niños de distintos barrios o escuelas. De hecho, en ocasiones se han publicado noticias sobre problemas producidos al intentar integrar a niños de minorías marginadas en algunas escuelas públicas y uno de los argumentos expuestos públicamente por los ciudadanos en contra de esta integración era el temor a una supuesta conducta indisciplinada y violenta de estos niños. Esto nos sugiere que, dentro de una misma sociedad, unos grupos sociales consideran que otros grupos llevan la violencia en su identidad como tales, no percibiéndola en sí mismos mientras la están ejerciendo en una de sus formas.

Los acontecimientos vividos moldean, indudablemente, el estilo de afrontamiento ante los conflictos, los distintos grupos pueden construir diferentes respuestas en función de sus particulares experiencias y probablemente son más sensibles a los eventos que les resultan disonantes.

3.2.2. Exposición a la violencia en la infancia y curso de vida delictiva

Se han identificado distintas formas en que la exposición a la violencia (interparental, comunitaria, o maltrato propiamente dicho) trastorna la normal trayectoria del desarrollo infantil, tanto si es experimentada como si es observada. La exposición a la violencia puede complicar las relaciones interpersonales al favorecer estrategias inadecuadas para resolver problemas, disminuyendo las posibilidades de lograr apoyos sociales; puede también afectar al desarrollo cognitivo, produciendo un procesamiento de la información social diferente y dificultando el aprendizaje (Margolin y Gordis, 2000). Incluso la violencia emitida desde los medios de comunicación puede facilitar la agresión,

especialmente si se suma a otros factores de riesgo dado que la combinación de riesgos parece predecir mejor la agresión que la suma de ellos (Gentile y Bushman, 2012).

Explorando las historias infantiles de los delincuentes adultos, es muy frecuente encontrar numerosos eventos traumáticos y situaciones de violencia como abuso y maltrato infantil o interparental (Paíno y Revuelta, 2002), abandono del padre o de la madre o de ambos y/o delincuencia en el núcleo familiar y en el medio social, de manera similar a las encontradas en los menores reincidentes (Contreras, Molina y Cano, 2011) eventos que, sin embargo, pueden no ser relatados desde una posición de víctima sino desde la perspectiva del superviviente. En sus historias recientes, es frecuente que aparezcan experiencias potencialmente traumáticas, no solo como ejecutores del delito, cuyas consecuencias traumáticas no suelen ser previstas, pero existen (Pollock, 1999), sino también como observadores o como víctimas (Gibson *et al.* 1999); el trastorno por estrés postraumático y el abuso crónico severo también resultaron frecuentes en una pequeña muestra de menores juzgados por parricidio, que no presentaban rasgos psicopáticos (Myers y Vo, 2012).

A pesar de lo expuesto, tradicionalmente se ha prestado más atención en las prisiones a las patologías mejor conocidas -o deberíamos decir más evidentes- como la psicosis, los trastornos de la personalidad o la psicopatía, fuertemente ligada a la delincuencia violenta y a la reincidencia (Rager, Bénézech y Bourgeois, 1986) aunque cabría esperar una alta prevalencia de trastornos de ansiedad-depresión en los delincuentes en función de la frecuencia y magnitud de acontecimientos estresantes que suelen experimentar, a no ser que cuenten con algún factor de protección específico o que puedan enfrentarse a sus dificultades de una manera distinta; sin embargo, los psicópatas adultos refieren haber estado expuestos a violencia y abusos en mayor medida que los no psicópatas (Reyes, 2013).

3.3. PATOLOGÍA ASOCIADA A EXPERIENCIAS TRAUMÁTICAS

3.3.1. Experiencias traumáticas y sintomatología TEP

Vamos a examinar los apoyos existentes para la investigación de los síntomas psicopatológicos en este contexto, ya sea referida a la presencia de trastornos de ansiedad propiamente dichos o por su relación con otros procesos patológicos, así como la relación

de estos procesos con el comportamiento violento y las formas en que se los delincuentes han afrontado o sobrellevado los eventos traumáticos.

La American Psychiatric Association señala en su DSM IV un gran número de eventos susceptibles de producir trastorno de estrés postraumático, como son: sufrir o presenciar agresiones sexuales o físicas, accidentes, heridas, muertes no naturales, robos o atracos, incluso experiencias sexuales inapropiadas en los niños aunque no exista daño real o violencia. Estas experiencias están directamente relacionadas con la vida cotidiana y con la violencia existente en la sociedad urbana actual, especialmente con la violencia interpersonal, que puede implicar una mayor gravedad o duración del TEP.

La experiencia de abuso, especialmente el abuso sexual, puede dar lugar a un trastorno por estrés post-traumático en el 50% de los niños abusados y a un mayor grado de externalización (Dykman *et al.*, 1997); además, las exposiciones traumáticas tienen más posibilidades de provocar sintomatología cuando son múltiples, aumentando más cuando el niño ha sido expuesto a más tipos de eventos (Finkelhor, Ormrod y Turner, 2007). El TEP conlleva cambios en la personalidad y la conducta e incluso puede producir efectos psicobiológicos: en adultos sometidos a torturas se han detectado cambios significativos en los potenciales evocados, indicativos de patología cerebral (Vrca y Malinar, 1996); también se ha encontrado mayor riesgo de delincuencia en veteranos de guerra con TEP si experimentaban afecto negativo (irritabilidad), aunque intervienen factores como el uso de drogas o los antecedentes criminales (Elbogen *et al.*, 2012). Considerando la mayor plasticidad del sistema nervioso a edades tempranas, los acontecimientos traumáticos pueden causar daños considerables, incluso existen pruebas de que el mero uso del castigo corporal, bastante extendido aún en nuestro país, implica mayor riesgo de conducta antisocial con independencia de otras variables (Gámez-Guadix *et al.*, 2010).

La presencia de numerosos acontecimientos traumáticos a lo largo de la vida delictiva se muestra en numerosos estudios, y de hecho, en otros países se ha encontrado frecuentemente que la incidencia de TEP entre hombres presos es sustancialmente más alta que en la población general (Gibson *et al.*, 1999) y entre las mujeres en la misma situación la incidencia es aún mayor (Cauffman *et al.*, 1998, por ejemplo) aunque la proporción es variable, como variable es la metodología utilizada.

En mujeres condenadas a prisión, Keaveny y Zauszniewski (1999) recogieron informes de 10 acontecimientos traumáticos en el año anterior al encarcelamiento, como promedio, y un número muy elevado de cambios de vida, número que correlacionaba positivamente con depresión. En mujeres de una comunidad terapéutica para trastornos por abuso de sustancias, Palacios *et al.* (1999) encontraron que las mujeres con una historia de delincuencia anterior al uso de drogas presentaban mayor polimorfismo en el consumo y mayores probabilidades de haber sufrido cualquier tipo de abuso (físico, emocional o sexual).

Otro interesante estudio sobre 91 adolescentes, reincidentes en delitos graves, encontró que el 24% de ellos completaba el diagnóstico TEP, cuya sintomatología resultó relacionada con la exposición a la violencia y la disfunción familiar (Burton *et al.*, 1994).

El acontecimiento traumático más frecuentemente informado por sujetos adultos en prisión, en un estudio de Gibson *et al.* (1999), resultó ser la exposición a la violencia: presenciar a alguien seriamente herido o muerto, siendo víctima de abusos sexuales, o atacado físicamente. En este estudio, el 33% de los sujetos de la muestra cumplía los criterios de TEP crónico y el 21% cumplía criterios actuales. La mitad de los delincuentes con TEP evaluados por Steiner *et al.* (1997), también describieron violencia interpersonal como evento traumático, aún cuando algunas características de personalidad resultaron relevantes para el riesgo de desarrollar el trastorno. Por ejemplo, los niños con tendencia a culpabilizarse por la violencia experimentada o que tienden a asumir la responsabilidad de detenerla tienden a sufrir mayores consecuencias (Margolin, 2005).

Los actores de delitos violentos tampoco están exentos de sufrir los efectos psicológicos de sus propios actos. Pollock (1999) encuentra los criterios de TEP, tras cometer el delito, en el 52% de los homicidas examinados y encuentra relación de los síntomas de este trastorno con el informe de que la comisión del delito resultó traumática y con la utilización reactiva de la violencia, pero no con la violencia instrumental, lo que nos lleva a subrayar que las diferencias entre los delincuentes impulsivos y los delincuentes desapasionados pueden ser profundas.

3.3.2. Experiencias traumáticas y sintomatología no TEP

Los eventos traumáticos no sólo se relacionan con el TEP, también aparecen relacionados con otras psicopatologías. Según Teicher (2000) los traumas infantiles, ya sean físicos, sexuales o psicológicos, pueden producir trastornos de ansiedad, depresión o estrés postraumático en cualquier momento de la vida posterior, a consecuencia de la ira o de la vergüenza dirigidas hacia el interior; pero esos sentimientos pueden también ser dirigidos hacia el exterior conduciendo a otro tipo de problemas como agresión, impulsividad, delincuencia o abuso de sustancias. Hay evidencias de que el maltrato físico predice bajo éxito académico e inestabilidad en el empleo, y de que la inestabilidad social puede predecirse si hay cuidadores inestables o una comunidad violenta (Thompson *et al.*, 2012); también se ha encontrado relación entre experiencias adversas en la infancia y disfunciones ejecutivas, además de síntomas de ansiedad y depresión, así como una mayor capacidad agresiva en tareas de laboratorio, esto último en varones (Mugge, 2012).

Palacios *et al.* (1999), en su estudio sobre mujeres con historia de delincuencia y abuso de drogas, además de un alto porcentaje de maltrato encontraron también una alta incidencia de personalidades antisociales y límites, en consonancia con la línea de investigación que relaciona el abuso infantil con los trastornos de la personalidad y el trastorno por estrés postraumático; el trastorno antisocial de la personalidad no está claramente relacionado con el abuso infantil, pero parece demostrada su relación con el déficit de regulación de la ira (Zlotnick, 1999). Los sujetos con TEP estudiados por Cauffman *et al.* (1998) también mostraban los más bajos niveles de autocontrol; incluso se han encontrado diferencias significativas entre los delincuentes psicópatas y no psicópatas en cuanto al tipo e intensidad de experiencias familiares y sociales adversas en la niñez, evitando la metodología de autoinforme (Marshall y Cooke, 1999).

Las experiencias estresantes en la infancia se asocian incluso a sintomatología psicótica en la edad adulta. Según Bentall *et al.* (2012), la experimentación de situaciones traumáticas aparece al menos tres veces más en los adultos que han desarrollado trastornos psicóticos, influyendo en la mitad de los casos la gravedad de las experiencias; la institucionalización, por otra parte, se relaciona concretamente con ideación paranoide, uno de los rasgos más frecuentes en los presos problemáticos y síntoma de uno de los

trastornos de personalidad más frecuentes en este tipo de población (Riesco *et al.*, 1998). Además, el rasgo “psicoticismo” es uno de los más asociados a la delincuencia, según los resultados de las investigaciones que parten la teoría de Eysenck (Pérez, 1986; Núñez, Gil y Garrido, 1990, entre otros).

Según las fuentes citadas, hay claros indicios de que la exposición a experiencias traumáticas, especialmente si son intensas o duraderas, además de con el estrés postraumático puede relacionarse con la configuración patológica de rasgos de personalidad y, concretamente, con déficit en el autocontrol, uno de los problemas que con más frecuencia se observa en diversos tipos de delincuentes. Incluso el tipo de abuso puede relacionarse con el mismo comportamiento patológico posterior, concretamente el abuso sexual y el abuso físico (Margolin y Gordis, 2004).

También hay suficientes evidencias de que el riesgo de conducta delictiva y crimen violento es mayor en niños expuestos a la violencia -a pesar de no haberse demostrado una relación directa- dado que la exposición a la violencia también desensibiliza a las personas que la observan (Mc Cord, 1999); de los datos empíricos revisados por Margolin y Gordis (2000) se desprende que la experiencia de abuso físico puede enseñar conductas agresivas y aceptación de la agresión como algo normal en las relaciones personales; el abuso se relaciona también con problemas disciplinarios y conducta antisocial, incluso en algunos estudios longitudinales. Para Zinzow *et al.* (2009), la exposición a la violencia comunitaria o parental, especialmente si es crónica, facilita la participación en actividades delictivas, el consumo de drogas y la conducta violenta, aunque la exposición solamente ocurra mediante observación; a su vez, este efecto contribuye a exponer a un número creciente de víctimas directas e indirectas a los mismos riesgos.

Desde luego, a la experiencia de maltrato en la infancia no sigue un resultado homogéneo o lineal; muchos factores pueden intervenir potenciando o amortiguando sus efectos, tanto relacionados con el tipo y la intensidad del abuso como con las características del menor, sus recursos, apoyos u otras circunstancias acaecidas en su vida (Cerezo, 1995). Muchos sujetos con infancias tempranas traumáticas o desfavorecidas no desarrollan sintomatología ansioso-depresiva o de TEP (Vera, Carbelo y Vecina, 2006) ni patrones de conducta delictiva o violenta (Kaufman y Zigler, 1987).

Todavía desconocemos cual es el proceso que interviene en que algunas personas desarrollen trastornos con internalización o con externalización y otras resistan experiencias similares conservando un buen ajuste, pero se conocen factores protectores del estrés como desarrollo del yo, habilidades sociales o locus de control interno, y otros que pueden actuar hacia la resistencia o la vulnerabilidad, como la inteligencia y los eventos vitales positivos, probablemente en relación a la intensidad o tipo de estresante (Luthar, 1991). Como explica Margolin, *“el efecto de la violencia es determinado conjuntamente por la interacción entre la naturaleza de la exposición a la violencia y las capacidades de desarrollo del niño”* (Margolin, 2005).

Es pertinente aquí analizar la intervención de variables moduladoras, posibles factores de protección además de factores de vulnerabilidad para el desarrollo de conducta antisocial, y sus relaciones con acontecimientos traumáticos o dificultades en el proceso de socialización, aun sin adentrarnos en los distintos aspectos teóricos de la psicología del trauma que constituye un campo diferente.

3.4. RESISTENCIA, RESPUESTA PROSOCIAL A LA ADVERSIDAD Y DESISTIMIENTO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL

El estudio de la resistencia o resiliencia, que podemos definir resumidamente como la capacidad de continuar adelante a pesar de acontecimientos adversos o situaciones traumáticas (Manciaux *et al.*, 2001), ha aportado abundantes datos sobre los factores que comparten las personas que superan los acontecimientos traumáticos sin desarrollar trastornos o recuperándose de ellos, incluso obteniendo un mayor crecimiento y desarrollo personal a partir de esas experiencias. Los estudios sobre el trauma implican que los acontecimientos adversos se asocian a daños orgánicos y a severas interferencias en los procesos de adaptación (Masten, Besta y Garmezya, 1990), aunque la competencia y la capacidad de recuperación del trauma moderarían esos resultados; sin embargo, los estudios sobre resistencia (Masten, 2001), sugieren que esta capacidad para resistir las amenazas al desarrollo, que aparecen a lo largo de la vida, es más común de lo que parecía en un principio y surge de las funciones normales de los sistemas adaptativos humanos. Según Masten (2004), los principales predictores de resistencia, incluyen aspectos sociales y culturales (nivel socioeconómico, escolarización, amistades y entorno adecuados, afiliaciones religiosas), familiares (padres y cuidadores competentes) y

psicológicos (habilidades cognitivas, autoestima y autoeficacia positivas, proyección hacia el futuro). Es de esperar que estos factores tengan algún poder de discriminación entre los sujetos que desarrollan un severo desajuste social, incluyendo conductas delictivas o violentas, y los que no lo hacen o desisten temprano; constituirían también factores de protección para el desarrollo de la conducta antisocial.

Han aparecido algunas relaciones significativas entre las condiciones sociales y familiares vividas y la sintomatología experimentada tras la exposición a la violencia, que suelen ser bastante consistentes. El desarrollo de jóvenes con mayor resistencia ante las adversidades aparece relacionado con un buen funcionamiento familiar y un adecuado consejo y control parentales, así como una mayor aspiración educativa y el apoyo de otros adultos (Tiet *et al.*, 1998).

Hasta el momento no contamos con evidencias directas que apoyen estas hipotéticas relaciones pero a la luz de los conocimientos actuales pueden plantearse varias interesantes líneas de investigación en este sentido, investigación necesaria ante la alarma social creada en nuestra cultura por el aumento de la delincuencia violenta y ante la evidente oportunidad de la prevención primaria.

3.4.1. Factores biológicos

Se han propuesto algunos factores biológicos como elementos protectores del desarrollo de conducta delictiva y antisocial y dado que la delincuencia se produce con clara predominancia en hombres (Garrido, Stageland, y Redondo 2006; Pincus, 2002), el sexo es uno de los factores que, como se ha mencionado anteriormente, parece intervenir de alguna manera como factor de riesgo o de protección. Es muy probable que algunas características de la biología femenina favorezcan la adaptación social o inhiban la conducta delictiva y violenta, ya que las diferencias no parecen explicarse sólo por la presencia de otros factores protectores (Bartolomé *et al.*, 2009). Por ejemplo, la cantidad de hormonas masculinas se ha relacionado significativa y positivamente con crímenes violentos, lo que podría explicar que las mujeres cometieran menos crímenes (Dabbs, Riad y Chance, 2001), pero también se ha sugerido que la ira funciona de manera diferente en las mujeres (Suter *et al.*, 2002).

En estudios sobre psicopatía en muestras de estudiantes se ha encontrado una mayor propensión de los varones a elegir ítems más activos, relacionados con la falta de resistencia al aburrimiento o la impulsividad, en tanto que las mujeres parecen elegir más ítems pasivos, sugiriéndose que pueden tener mayor tendencia a la manipulación de los demás (Gummelt, Anestis y Carbonell, 2012); estas diferencias implicarían a más varones que mujeres en actos delictivos.

Lo expuesto arriba no obsta para que siga habiendo un porcentaje de mujeres que delinquen y cometen delitos muy graves, incluso asesinatos en masa (Katsavdakis, Meloy y White, 2011, por ejemplo). Las características biológicas deben estar mediatizadas por algunos aspectos del desarrollo psicosocial; de hecho, el número de mujeres en prisión y los delitos violentos cometidos por ellas parece estar aumentando en la actualidad, así como la presencia de historia de abuso sexual, que se relaciona a su vez con un peor ajuste en prisión (Warren *et al.*, 2002; Culbertson, 2001) y con mayor abuso de drogas (Martin, 2000), constituyendo un importante factor de desajuste, especialmente al tener las mujeres mayores probabilidades de revictimización (Dietrich, 2007). Yourstone, Lindholm y Kristiansson (2008), en su estudio sobre homicidas con prisioneros suecos, encuentran peores historias infantiles y mayor exposición a la violencia en las mujeres que cometieron homicidio; a pesar de ello, tenían una situación social más ordenada y positiva en el momento del crimen que los varones condenados por el mismo delito. No es extraño, por lo tanto, que también aparezcan en mujeres presas altas tasas de perturbación psicopatológica y que todo ello contribuya a la trayectoria delictiva (Warren *et al.*, 2002).

Otros aspectos genéticos que intervienen en los niveles de hormonas y neurotransmisores pueden también marcar diferencias importantes en el desarrollo de la conducta antisocial; Caspi *et al.* (2002) encontraron que niveles mayores de expresión de la enzima MAO-A podían moderar el efecto del maltrato en la conducta antisocial, probablemente a través de la degradación más rápida de la noradrenalina. La historia de abuso infantil, sin embargo, no parece intervenir moderando las relaciones encontradas entre marcadores genéticos y puntuación en medidas de psicopatía (Sadeh, Javdani y Verona, 2013).

Por otra parte, la actividad autonómica y la reactividad del SNC, teóricamente asociadas al aprendizaje de evitación, podrían discriminar entre futuros delincuentes y adolescentes con un período limitado de conducta antisocial. Según los estudios de Raine, Venables y Williams (1990, 1995), existe una mayor intensidad de la respuesta en los adolescentes que abandonaron el comportamiento antisocial al madurar respecto a los que iniciaron actividades delictivas de adultos. Se relaciona la conducta antisocial y la psicopatía con una disfunción de los lóbulos prefrontales y otras estructuras del cerebro (Raine, Buchsbaum y La Casse, 1997; Raine, Phil, Stoddard, Bihrlé y Buchsbaum, 1998; Raine, Meloy *et al.*, 1998; Raine, Phil *et al.*, 1998; Yang y Raine, 2009, entre otros), que podría explicar la baja reactividad a los estímulos estresantes (ausencia de miedo) y con ello la falta de inhibición de las personalidades antisociales y psicópatas; la reactividad a los estresantes inhibiría el comportamiento antisocial, aunque probablemente contribuya a una mayor susceptibilidad postraumática.

El funcionamiento del SNC es importante en los procesos inhibitorios, pero el proceso de socialización y la educación mediarán entre la condición previa y el comportamiento resultante. Durante los primeros años de vida se producen numerosas conductas agresivas que suelen decaer con el tiempo en un entorno con adecuadas pautas de crianza (Tremblay, 2000; Tremblay y Nagin, 2005) ya que la fisiología infantil, en torno a la edad de cuatro años, está preparada para producir procesos inhibitorios (Fowles, Kochanska y Murray, 2000); la primera infancia es, probablemente, el mejor momento para aprender a integrar las normas sociales que implican inhibición de los impulsos y este aprendizaje será fundamental para desarrollar los mecanismos de control emocional necesarios para conducirse de manera autocontrolada, evitando infracciones impulsivas.

El cociente intelectual también ha sido propuesto como un factor protector para el desarrollo de conductas criminales, encontrándose una puntuación significativamente superior en el grupo de sujetos procedentes de familias con antecedentes criminales que no habían cometido delitos en comparación con los grupos de sujetos que sí habían delinquido, pero también fue superior a los grupos de bajo riesgo, tanto si habían delinquido como si no lo habían hecho (Kandel *et al.*, 2012); este estudio remarca la necesidad de establecer medidas educativas para favorecer el éxito escolar.

3.4.2. Factores sociofamiliares y ambientales

Algunos estudios han encontrado relaciones consistentes entre unas buenas relaciones familiares y pautas adecuadas de crianza con una menor predisposición a ejercer violencia, como es el caso del trabajo de Gorman-Smith, Henry y Tolan (2004), realizado con jóvenes en situación de riesgo por exposición a violencia comunitaria; observaron que los jóvenes que viven en comunidades donde se ejercen altos niveles de violencia pero que tienen un buen funcionamiento familiar evaluado a través de múltiples dimensiones de crianza, así como buenas relaciones familiares, estaban menos involucrados en conductas violentas que los de familias con peor funcionamiento; pero también observaron que los primeros resultaban menos expuestos a la violencia comunitaria que los segundos, por lo que este factor puede constituir una doble protección.

La percepción de apoyo social parece ser capaz de mitigar la ideación suicida en adultos con situaciones desfavorecidas (Chioqueta, A.P., Stiles, T.C., 2005); sujetos expuestos a la violencia en su infancia que no desarrollaron comportamientos violentos consideraron fundamental para su buen desarrollo a lo largo de la vida el haber tenido relaciones seguras con adultos significativos y un sitio seguro en el que refugiarse fuera del hogar; también reconocieron la importancia de utilizar una actitud positiva, realizando deportes o buscando el logro personal y profesional (Gonzales, Chronister, Linville y Knoble, 2012). En niños, un clima escolar positivo se considera un factor protector respecto a conductas de riesgo e inadaptadas (Klein, Cornell, y Konold, 2012).

En general, una buena integración y apoyo familiar, así como un entorno que facilita la comunicación, que busca momentos para disfrutar y potencia el optimismo, ayudan en los procesos de recuperación tras una situación de crisis sirviendo de catalizador para restablecer el equilibrio en la nueva situación (Patterson, 2002); Otros aspectos ambientales pueden incidir también en la predisposición a la agresión y la violencia. Según el estudio de Kuo y Sullivan (2001), realizado con residentes de viviendas públicas asignadas al azar, los niveles de agresión son mayores en zonas carentes de espacios verdes; la fatiga mental, evaluada a través de una medida de la capacidad atencional, era menor en los residentes que contaban con zonas de esparcimiento, lo que da lugar a proponer esta variable como un mediador entre el

ambiente estresante y la agresión, siguiendo las tesis de Kaplan (1995). Recuperar los ambientes urbanos degradados podría ser un factor ambiental interesante para la protección de la comunidad.

3.4.3. Factores psicológicos

Se han identificado algunas variables psicológicas que pueden actuar como protección ante la exposición a eventos traumáticos en la infancia: la flexibilidad cognoscitiva, un temperamento adaptable y la habilidad para tolerar el cambio, una buena relación con la madre e incluso con los iguales a través de su efecto en la autoestima. (Margolin y Gordis, 2000). La mediación de factores protectores como la autoestima y la autoeficacia mejorarían la resistencia frente a la angustia psicológica producida por el evento traumático, abuso físico y abuso sexual (Flores, Cicchetti, Rogosch, 2005; Lamoureux, Palmieri, Jackson y Hobfoll, 2012), aunque en los niños maltratados se han encontrado menos áreas resistentes que en los no maltratados.

En estudios con trabajadores, algunos aspectos de la personalidad se han relacionado con la resistencia al trauma, tales como la empatía, el reto (búsqueda de desafíos personales), la comprensibilidad (presencia de marcos conceptuales de comprensión y explicación) y el sentido del humor, pero sus efectos no son lineales; para Moreno *et al.* (2008), la empatía sería un factor de vulnerabilidad en relación a la sacudida de creencias y la aparición de sintomatología, en tareas levemente traumáticas, pero no representa diferencias en traumas intensos; el reto sería eficaz en traumas intensos, aumentando la resistencia; la comprensibilidad actuaría como factor de resistencia disminuyendo la fatiga de compasión; el humor sería positivo a corto plazo postergando la expresión de las emociones.

La empatía puede ser un factor protector respecto a problemas de externalización. Garaigordóbil y García de Galdeano (2006) han analizado las relaciones entre la empatía y la conducta social en niños de 10 a 12 años, encontrando una correlación positiva entre empatía y conductas prosociales, asertividad y autocontrol, así como estrategias cognitivas de interacción asertiva y autoconcepto positivo; paralelamente, en los sujetos con alta empatía aparecen pocas conductas antisociales o delictivas, confirmando los resultados de estudios anteriores que constatan relaciones negativas entre empatía y conducta antisocial.

Estudios con delincuentes (Domes, Hollerbach, Vohs, Mokros y Habermeyer, 2012) han encontrado puntuaciones significativamente inferiores respecto al grupo de control en varias medidas de empatía, tanto cognitiva como emocional, y alguna correlación de aquéllas con nivel educativo y deseabilidad social; la empatía podría estar relacionada negativamente con la conducta antisocial y delictiva y positivamente con la educación social, además de ser una de las posibles explicaciones para las diferencias de género en conducta delictiva, al ser significativamente mayor en el femenino. Complementariamente, el déficit afectivo de la psicopatía predice negativamente los síntomas postraumáticos de activación, reexperimentación y evitación (Pham, 2012), habiéndose planteado como factor protector del TEP (Willemsen, De Ganck y Verhaeghe, 2012); la pregunta sigue siendo como se han desarrollado esas características, sin perjuicio de la utilidad de su constatación para el planteamiento de medidas de intervención diferentes en la prevención de la conducta antisocial.

Según Bandura y colaboradores, la percepción de autoeficacia académica y de autorregulación, conjuntamente, son elementos que intervienen en el desistimiento de la conducta antisocial, tanto directamente como a través de la potenciación de la autopunición moral y la conducta prosocial, (Bandura *et al.*, 2001) actuando en detrimento de la desconexión moral, siendo éste un elemento importante en el desarrollo de la carrera delictiva, según el modelo estructural propuesto por los autores. En este sentido, las habilidades sociales y cognitivas se han relacionado claramente con la conducta prosocial; Ison (2004) encontró en su estudio que los niños sin conductas disruptivas son mejores al definir problemas y elegir alternativas adecuadas, mostrando mejor capacidad de toma de decisiones que los niños con conductas disruptivas; por otra parte, en las familias de los niños con conductas disruptivas aparecieron más problemas en la interacción familiar, como estilo agresivo, negligencia y disciplina rígida, evidenciando la probable interacción entre variables psicológicas y de la dinámica familiar. Los niños con problemas de conducta también parecen presentar sesgos al codificar el aprendizaje, lo que podría ser importante en la etiología de los déficits sociales de la psicopatía, que podrían ser precozmente detectados y tratados (Moul y Dadds, 2013).

El locus de control interno también se asocia a un mejor funcionamiento ante el estrés mientras que situar los acontecimientos al margen del propio control favorecería

una respuesta de indefensión aprendida (Suniya, 1991). Sin embargo esto puede depender del tipo de estresante, puesto que los niños que intentan manejar situaciones de violencia familiar pueden resultar más afectados que aquéllos que se quedan al margen (Margolin, 2005), aunque la expresión pueda manifestarse en forma de comportamiento antisocial u otras formas de externalización. De manera semejante, la internalización de los mecanismos de protección parece relacionarse con una mejor resistencia a la exposición, al menos respecto a conductas concretas (Lussier, Derevensky, Gupta, Bergevin y Ellenbogen, 2007).

Recientemente, algunas investigaciones exploran la influencia del estrés social y de la resistencia en la relación entre algunos rasgos de personalidad asociados a la psicopatía y las medidas de agresión; el estrés social parece atenuar las relaciones de narcisismo e insensibilidad con la agresión, así como la resistencia autopercibida parece atenuar las relaciones entre insensibilidad y agresión; estos resultados indican un papel moderador aún no bien entendido (Kauten, Barry y Leachman, 2013).

Algunas intervenciones educativas que han utilizado metodología cognitiva han demostrado ser útiles mejorando el comportamiento de algunos reclusos y disminuyendo sus actitudes prodelictivas, aunque su efectividad sólo aparece en relación a factores sociodemográficos que implican la pertenencia a grupos desfavorecidos (Withrow, 2001). También el aprendizaje de respuestas empáticas, que involucran un importante componente afectivo más allá de la empatía cognitiva habitualmente aprendida y utilizada por los reclusos, podría mejorar sus capacidades de interacción social (Kilgore, 2001). Es probable que los reclusos susceptibles de mejorar con programas psicoeducativos y con intervención cognitiva sean aquellos con alguna carencia o disfunción previa que se relaciona con la instauración o mantenimiento de una conducta delictiva específica, lo que apoya la necesidad de establecer con precisión la clasificación adecuada de la población penitenciaria en orden a la aplicación del tratamiento pertinente. Un sistema educativo adecuado podría ser un factor importante tanto para la transmisión de los valores y actitudes sociales como para detectar precozmente problemas en el funcionamiento cognitivo y afectivo que se asocian a la conducta antisocial.

Para lograr el desistimiento de la conducta antisocial de los menores, una vez han entrado en contacto con el sistema judicial, se ha indicado la necesidad de que ellos

mismos se responsabilicen del cumplimiento de la medida impuesta; la colaboración de la familia en este proceso también parece importante, ya que se ha encontrado mayor implicación en los jóvenes que no reinciden (Contreras, Molina y Cano, 2011). Asimismo, las medidas de psicopatía en jóvenes también se han mostrado predictivas de delincuencia, reincidencia y violencia en un estudio meta-analítico (Asscher *et al.*, 2011,) lo que lleva a subrayar la necesidad de detección e intervención temprana de la psicopatía en la niñez y adolescencia.

PARTE II

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

CAPITULO IV. METODOLOGÍA

4.1. PLANTEAMIENTO GENERAL

Tras el análisis de la información revisada en los capítulos anteriores, encontramos numerosos estudios que apoyan la existencia de dificultades especiales en los sujetos que delinquen que pueden ser diferentes entre diversos tipos de delincuentes, pero no se ha hallado una explicación clara de las relaciones entre las distintas variables investigadas.

Este estudio parte de la premisa de que las explicaciones para el desarrollo de la conducta delictiva, relacionadas con las características individuales tanto como con las experiencias a lo largo de la vida, son diferentes para distintos tipos de delincuentes; por lo tanto, los patrones combinados de estas variables presentarán diferencias entre distintos tipos de reclusos y su conocimiento puede facilitar el estudio, clasificación, tratamiento y pronóstico de manera diferencial entre ellos. Evaluando las relaciones existentes entre los diferentes comportamientos delictivos de esta muestra de delincuentes que cumplen condena de prisión y la presencia de elementos disfuncionales en sus historias vitales, por un lado y sus características psicológicas evaluadas a través de diferentes medidas estandarizadas, por otro, se puede aportar conocimiento para un sistema objetivo de evaluación penitenciaria.

4.2. OBJETIVOS E HIPOTESIS

4.2.1. Objetivos

- Descripción de la muestra y comparativa respecto a la estadística oficial de la población reclusa española.
- Establecer si las diferencias en el nivel de disfunción en las historias de los sujetos y las variables evaluadas de psicopatía, personalidad, síntomas clínicos y funciones ejecutivas,

configuran un patrón distintivo en los delincuentes persistentes, violentos y penitenciarmente conflictivos.

-Establecer si las diferencias en el nivel de disfunción en las historias de los sujetos, sus características delictivas y las variables evaluadas de psicopatía, personalidad y síntomas clínicos configuran un patrón distintivo para cada uno de los distintos tipos de delitos estudiados.

-Establecer si los factores I y II del PCL-R correlacionan de manera diferente con el nivel de disfunción en las historias vitales y características delictivas de los sujetos, así como con las variables evaluadas de personalidad, síntomas clínicos y funciones ejecutivas.

-Proponer elementos para un sistema objetivo de evaluación penitenciaria que responda a los resultados obtenidos.

4.2.2. Hipótesis

- 1) Los delincuentes condenados a prisión se diferenciarán significativamente según su grado -alto o bajo- de Violencia, Persistencia y Conflictividad penitenciaria respecto a la cantidad de disfunciones en su historia, a sus niveles de psicopatía, a los síntomas clínicos que presentan, a sus rasgos de personalidad y a su funcionalidad cognitiva ejecutiva.
- 2) Los delincuentes condenados a prisión se diferenciarán significativamente según el tipo delictivo cometido en la cantidad de disfunciones en su historia, en sus niveles de psicopatía, en los síntomas clínicos que presentan, en sus rasgos de personalidad y en su funcionalidad cognitiva ejecutiva, así como en sus características delictivas.
- 3) El factor II del PCL-R correlacionará positiva y significativamente con más medidas de disfuncionalidad que el factor I y ambos lo harán con factores de personalidad y características delictivas distintas.

4.3. METODO

4.3.1. Participantes

Muestra inicial de 224 sujetos que cumplían condena en el centro penitenciario de Madrid III durante el período en que se realizó el estudio. De ellos concluyeron las evaluaciones 213, todos varones y españoles, que conforman la muestra final; 43 internos estaban clasificados en Régimen Cerrado y 170 internos estaban clasificados en Régimen Ordinario. No se han seleccionado internos en tercer grado debido al reducido número de ellos que son así clasificados inicialmente en la Comunidad de Madrid, quienes suelen ser primarios con condenas muy cortas por delitos leves, lo que deja poco espacio para su evaluación y los sitúa en la parte más baja del rango de peligrosidad, con menor interés en este estudio.

4.3.1.1. Criterios y proceso de selección

La selección de los sujetos se realizó entre sujetos españoles en función del criterio “clasificación penitenciaria” y “revisión de grado” considerando que este criterio no aporta mayor probabilidad de sesgo que la selección al azar; una selección al azar podría resultar inoperante tanto por la gran proporción de internos extranjeros en las prisiones españolas que conduciría a retroceder continuamente en el procedimiento, como por la movilidad de la población reclusa y la consiguiente pérdida continua de sujetos; por otra parte, esta selección se produce en la situación natural, en el momento en que un interno es revisado por su equipo de tratamiento, evitando artificios en la selección. No se aceptaron sujetos que se presentaron voluntariamente al estudio, que podrían aportar sesgos debidos a la motivación. También se excluyeron los sujetos analfabetos para garantizar una adecuada comprensión de los instrumentos, así como a los condenados por terrorismo dadas sus características distintivas.

A todos los internos se les explicaron los objetivos y el procedimiento, así como las garantías de confidencialidad conforme a la legislación vigente, respondiendo con claridad a todas sus preguntas para garantizar el libre consentimiento informado, el cual se firmó en un documento estandarizado. A cada sujeto participante se le dio un número de identificación confidencial, garantizando su participación anónima.

Sólo 6 de los internos propuestos rechazaron su participación en el estudio, generalmente no deseaban expresar el motivo, aunque en un caso expresó que no deseaba proporcionar sus datos de expediente penitenciario. Dos sujetos aceptaron participar en principio pero después se retractaron.

De la muestra inicial, 11 sujetos tuvieron que ser eliminados del análisis por diversas razones: 7 de ellos abandonaron durante la evaluación, de los cuales cinco estaban en primer grado de tratamiento y preferían realizar otras actividades en lugar de las pruebas estandarizadas; tres internos, dos de ellos en primer grado, fueron rechazados por resistencia pasiva a realizar las pruebas; el último, también en Régimen Cerrado, fue trasladado durante su evaluación. La muestra final resultó de 213 internos, 170 en Régimen Ordinario y 43 en Régimen Cerrado.

4.3.2. Diseño

Diseño transversal correlacional multivariante

4.3.3. Variables

4.3.3.1. Independientes

- Persistencia: Mayor (más de dos ingresos en prisión) o Menor (dos o menos ingresos)
- Violencia: Mayor (más de dos condenas por delito violento) o Menor (dos o menos)
- Conflictividad Penitenciaria: Mayor (Haber sido clasificado en 1º grado o tener más de una sanción disciplinaria) o Menor (tener una o ninguna sanción disciplinaria).
- Tipo delictivo: con cuatro categorías en función del delito predominante o, en su defecto, el de mayor condena, según su tipificación de nuestro Código Penal:
 - Violento (contra las personas, agresión sexual, violencia de género y otros delitos violentos).
 - Robo (hurtos y robos en cualquiera de sus modalidades).
 - No violento (contra la salud pública, estafa, falsedad y otros delitos no violentos).
 - Versátil (delitos correspondientes a tres o más categorías).

- Factor 1: Puntuación en el PCL-R, sólo Factor 1
- Factor 2: Puntuación en el PCL-R, sólo Factor 2

4.3.3.2. Dependientes

Disfunciones en la historia

- Disfunciones en el proceso de socialización (nº)
- Comportamientos inadaptados en la infancia (nº)
- Edad de la primera institucionalización
- Edad de comisión del primer delito
- Edad de inicio en drogas
- Edad de inicio en drogas duras
- Tiempo usando drogas (Porcentaje respecto a la edad)
- Tiempo usando drogas duras (Porcentaje respecto a la edad)

Niveles de psicopatía

- PCL-R factor I
- PCL-R factor II

Síntomas clínicos

- | | |
|--|---|
| ▪ SCL-90-R GSI, índice global de severidad | ▪ SCL-90-R SI, Sensibilidad interpersonal |
| ▪ SCL-90-R PST, Total de síntomas positivos | ▪ SCL-90-R DEP, Depresión |
| ▪ SCL-90-R PSDI, Índice de malestar sintomático positivo | ▪ SCL-90-R ANS, Ansiedad |
| ▪ SCL-90-R SOM, Somatización | ▪ SCL-90-R HOS, Hostilidad |
| ▪ SCL-90-R OBS, Obsesiones y compulsiones | ▪ SCL-90-R FOB, Ansiedad fóbica |
| | ▪ SCL-90-R PAR, Ideación paranoide |
| | ▪ SCL-90-R PSIC, Psicoticismo |
| | ▪ SCL-90-R, Item adicional |

Rasgos de Personalidad

- | | |
|------------------------|--------------------------|
| ▪ 16pf-C a, Afabilidad | ▪ 16pf-C b, Razonamiento |
|------------------------|--------------------------|

- 16pf-C c, Estabilidad
- 16pf-C e, Dominancia
- 16pf-C f, Animación
- 16pf-C g, Atención a normas
- 16pf-C h, Atravimiento
- 16pf-C I, Sensibilidad
- 16pf-C l, Vigilancia
- 16pf-C m, Abstracción
- 16pf-C n, Privacidad
- 16pf-C o, Aprensión
- 16pf-C q1, Apertura al cambio
- 16pf-C q2, Autosuficiencia
- 16pf-C q3, Perfeccionismo
- 16pf-C q4, Tensión
- 16pf-C Ansiedad
- 16pf-C Extraversión
- 16pf-C Dureza
- 16pf-C Independencia
- 16pf-C DM, Distorsión Motivacional.

Funciones ejecutivas

- WCST nº de categorías completas
- WCST Intentos para completar la 1ª categoría
- WCST Fallos para mantener la actitud
- WCST Aprender a aprender

Variables delictivas

- Reincidencia (Nº de delitos por año de vida adulta en libertad)
- Persistencia (Nº de ingresos en prisión por año de vida adulta en libertad)
- Violencia (Porcentaje de delitos violentos respecto al total)
- Conflictividad (Nº de sanciones disciplinarias por año de prisión)
- Gravedad (Condena recibida por año de vida adulta en libertad)
- Inadaptación (Tiempo de condena en primer grado respecto al total cumplido)

4.3.4. Instrumentos

4.3.4.1. Registro de Datos para Sujetos Encarcelados (Anexo 1)

Guía para entrevista semiestructurada y recogida de datos cualitativos y cuantitativos de historia, construida ad hoc. Además de los datos personales y nº de identificación confidencial del sujeto, consta de cuatro partes:

- I. Ingreso actual
- II. Historia infantil, juvenil y de familia de origen
- III. Historia de adulto y de familia adquirida
- IV. Resumen de antecedentes penales y penitenciarios

Esta guía comprende tanto los datos a obtener de los expedientes y archivos penitenciarios como los que proceden de entrevista, además del sistema de categorización para operativizar las variables a analizar y trasladarlas a la base de datos del programa SPSS Statistics 17.0, que se utilizará en el análisis.

4.3.4.2. Listado de psicopatía revisado (“Pscopathy CheckList-Revised”, PCL-R; Hare, 1991)

Escala específica para evaluar psicopatía que consta de 20 ítems, cada uno de ellos puntuable de 0 a 2 según sea aplicable al sujeto, a tenor de las observaciones en una entrevista semiestructurada y de la revisión de historiales y entrevistas con personas de su entorno realizadas por un clínico experimentado. La puntuación total tiene un rango 0 a 40, con una media de 22 a 24 puntos y una desviación típica de 7 a 8. Estandarizado en muestra española con identificación de los ítems correspondientes a los factores 1 y 2 (Moltó, Poy y Torrubia, 2000); el punto de corte está establecido en 30, aunque una puntuación menor ha resultado indicativa de serios problemas. Actualmente es la escala de mayor uso para identificar con éxito este tipo de problemas aunque de sus dos factores, solamente el segundo (estilo de vida desviado) se relaciona con el trastorno antisocial, siendo el primero (componentes interpersonales y afectivos) el que reflejaría la psicopatía primaria, según la descripción de Cleckley. Se ha confeccionado una hoja de corrección adecuada para calificar dos entrevistadores y diferenciar los dos factores del listado (Anexo 2).

4.3.4.3. SCL-90-R. Escala de 90 síntomas clínicos revisada (“*Symptom Checklist 90 Revised*”, SCL-90-R; Derogatis, 1977. Versión española de González. de Rivera, 1988).

Escala tipo Likert, autoinforme en unos 20 minutos de 90 preguntas sobre molestias, con 5 opciones que puntúan 0 a 4. Puntuaciones mayores de 2 en cualquiera de las escalas tienen significación clínica, mayores de tres indican patología. Se obtienen 9 escalas sintomáticas definidas según criterios clínicos:

- Somatización
- Obsesión-compulsión
- Sensitividad interpersonal
- Depresión
- Ansiedad
- Hostilidad
- Ansiedad fóbica.
- Psicoticismo
- Ideación paranoide

Se obtienen además tres índices de malestar:

-Índice Global de severidad, combinando nº de síntomas e intensidad del malestar:
 $GSI = \Sigma_{total} / 90$

-Total de síntomas positivos: PST = nº de ítems a los que se responde afirmativamente; es independiente del grado de severidad de los síntomas.

-Índice de malestar sintomático positivo: PSDI = Σ_{total} / PST

Además, siete ítems adicionales con relevancia clínica se suman a las puntuaciones globales englobando problemas con el apetito, el sueño, pensamientos sobre la muerte y sentimientos de culpabilidad.

4.3.4.4. “Cuestionario Factorial de Personalidad” (*16 Personality Factors, 16-PF*; Cattell, 1972. Adaptación española de Seisdedos *et al.*, 1984)

Es un cuestionario de 105 preguntas con tres alternativas de respuesta, aplicada en unos 40 minutos, que evalúa los 16 factores primarios y bipolares de la personalidad descritos por Cattell a través de estudios factoriales y es extensamente utilizado por clínicos e investigadores. Se aplicará en este estudio la forma C en lugar de la forma 5, más actualizada, debido a su especificidad para sujetos con bajo nivel de instrucción,

situación frecuente en la población con la que trabajamos, minimizando así la probabilidad de respuestas al azar debidas a una posible falta de comprensión del formato del test o de las propias preguntas. Asimismo, este cuestionario ya ha demostrado posibilidades de diferenciar entre delincuentes y población general (Martínez, 2002).

Los resultados se expresan en dieciséis factores secundarios, con un índice de validación (Distorsión Motivacional). Originalmente considerados factores bipolares y denominados de manera que no se confundiesen con conceptos previos (que no podían ser equiparables), en versiones posteriores se tradujeron esos términos por los conceptos comunes más adecuados; para simplificar, se utilizará la nomenclatura de la versión 5, reflejada aquí entre paréntesis, puesto que designa las mismas escalas primarias originales:

A: Sizotimia-Afectotimia. Reservado, alejado, crítico, aislado versus abierto, afectuoso, sereno, participativo (Afabilidad).

B: Inteligencia baja-Inteligencia alta. Lerdo, lento vs. Listo, brillante (Razonamiento).

C: PocaFuerza del ego-MuchaFuerza del ego. Afectado por sentimientos, poco estable emocionalmente vs. Emocionalmente estable, maduro, tranquilo (Estabilidad).

E: Sumisión-Dominancia. Apacible, manejable, acomodaticio vs. Dominante, agresivo, competitivo, obstinado (Dominancia).

F: Desurgencia-Surgencia. Sobrio, taciturno serio vs. Descuidado, confiado a la buena ventura, entusiasta (Animación).

G: Poca fuerza del superego- Poca fuerza del superego. Despreocupado, baja socialización en normas y obligaciones vs. Escrupuloso, consciente, persistente, moralista, formal (Atención a normas)

H: Treptia-Parmia. Cohibido, tímido, susceptible vs. Emprendedor, no inhibido, atrevido (Atrevimiento).

I: Harria-Premia. Sensibilidad dura, realista, confiado en sí mismo, no afectado por los sentimientos vs. Sensibilidad blanda, afectado por los sentimientos, sensible, dependiente, superprotegido (Sensibilidad).

L: Alaxia-Protensión. Confiante, adaptable a condiciones vs. Suspica, difícil de engañar (Vigilancia).

M: Praxernia-Autia. Práctico, regulado por la realidad vs. Imaginativo, bohemio y abstraído (Abstracción).

N: Sencillez-Astucia. Franco, natural, auténtico pero difícil de manejar vs. Astuto, calculador, mundano, atento a lo social (Privacidad).

O: Adecuación imperturbable-Tendencia a la culpabilidad. Apacible, seguro de sí, tranquilo, satisfecho, sereno vs. Apreensivo, con remordimientos, inseguro, preocupado, inquieto (Apreensión).

Q1: Conservadurismo-Radicalismo. Conservador, de ideas tradicionales arraigadas vs. Analítico-crítico, experimental, liberal, de ideas libres (Apertura al cambio).

Q2: Adhesión al grupo-Autosuficiencia. Dependiente del grupo, socialmente dependiente, adicto, enrolado, seguro vs. Autosuficiente, independiente, lleno de recursos, prefiere sus propias decisiones (Autosuficiencia).

Q3: Baja integración-Control de autoimagen. Autoconflictivo, relajado, sigue sus propias necesidades, descuidado de las reglas sociales vs. Controlado, conocedor del alcance de sus deseos, socialmente escrupuloso, compulsivo, llevado por su autoimagen (Perfeccionismo).

Q4: Poca tensión energética-Mucha tensión energética. Relajado, tranquilo, aletargado, no frustrado, sosegado vs. Tenso, frustrado, forzado, sobreexcitado (Tensión).

Ofrece además cuatro factores de segundo orden:

- Ansiedad baja-Ansiedad alta (Ansiedad)
- Introversión-Extraversión (Extraversión)

- Poca-Mucha socialización controlada (Dureza)
- Pasividad- Independencia (Independencia)

Con esta prueba se obtiene una buena descripción de la personalidad normal, a través de la cual pueden extraerse deducciones sobre posibles trastornos de la personalidad. El rango normal se considera entre los decatipos 4 y 7.

4.3.4.5. Test de clasificación de tarjetas de Wisconsin. (“Wisconsin Card Sorting Test”, WCST; Heaton et al., 1993. Adaptación española de de la Cruz, 1997).

Es un instrumento de medida de la función ejecutiva, evalúa el razonamiento abstracto midiendo la capacidad para desarrollar, mantener y cambiar estrategias de solución de problemas respondiendo a los cambios ambientales; también podría discriminar las disfunciones de los lóbulos frontales frente a deficiencias en otras zonas del cerebro, según algunas investigaciones reseñadas. Se ha confeccionado una hoja de respuestas adaptada a la corrección mecanizada para homogeneizar el complejo sistema de puntuación y minimizar errores (Anexo 3).

El WCST consta de cuatro tarjetas modelo y dos series de 64 tarjetas con dibujos diferentes en función de tres variables: color, forma y nº de figuras, cada una con cuatro valores (Gráfico 1). El sujeto debe encontrar el criterio correcto, preestablecido, para ordenar las tarjetas bajo los cuatro modelos mediante el sistema de ensayo y error.



Gráfico 1. Modelos WCST

Aplicación individual en unos 15 minutos, ofrece resultados en doce dimensiones que resultan parcialmente redundantes o menos relevantes aquí, pero se analizará una de ellas: el porcentaje de respuestas perseverativas, debido a su interés en repetidas

investigaciones (Chang, 1999; Syngelaki et al, 2009, por ejemplo). También se analizarán las cuatro puntuaciones que ofrece:

- N° de categorías completas
- N° de intentos para completar la 1ª categoría
- N° de fallos para mantener la actitud
- Aprender a aprender.

4.3.5. Procedimiento

- **Entrevista de presentación: Consentimiento Informado y hoja de registro, partes I y IV.**

La presentación es abierta, clara y extensa, a fin de garantizar los derechos de los internos y su libre participación o rechazo de la actividad, asegurando la inexistencia de contingencias, tanto positivas como negativas, y el registro anónimo de los datos. Esta entrevista es fundamental para lograr la confianza y cooperación de los sujetos.

- **Consulta de expedientes penitenciarios**

Se registran los siguientes datos objetivos que constan en el historial completo:

N ° de ingresos en prisión.

Edad del 1º ingreso en prisión.

Edad del 1º delito

N° y tipo de delitos penados.

Suma de todas las condenas a prisión.

Suma del tiempo de condena cumplido en total.

Tiempo de condena cumplido en cada grado de tratamiento aplicado.

N° y tipo de sanciones cometidas en la condena actual

- **Entrevista en profundidad: Hoja de registro, partes II y III**

La entrevista semiestructurada se realiza en dos sesiones, cada una de ellas de una hora de duración; se siguen las pautas establecidas para el PCL, ya que servirá para su valoración. Por este motivo se anotan las observaciones necesarias para la puntuación de

los 20 ítems de la escala, además de los datos del registro que no figuren en soportes documentales.

Se siguen pautas similares a las establecidas para el PCL (Hare), de las cuales se extraen las siguientes: crear una razonable atmósfera relajada e informal en la cual el individuo es animado a colaborar en la explicación de sus respuestas y las razones de su conducta. Es importante, además de recoger los datos necesarios, facilitar la expresión espontánea del sujeto sobre su filosofía general de vida. deberá valorar también la impresión de sinceridad, la naturalidad de la expresión y las contradicciones que se hayan podido apreciar.

- **Pruebas estandarizadas**

Se siguen los criterios de aplicación establecidos, como norma general, para cada prueba, excepto en los casos en que existan dificultades para la lectura comprensiva en los cuales se leen las preguntas a demanda, atendiendo al texto literal.

- **Consulta de informantes**

Se realizaron las pertinentes para el contraste de datos informados por el sujeto, especialmente a través de los funcionarios de la institución penitenciaria.

- **Entrevista de cierre**

Se realiza una breve entrevista abierta como cierre de la actividad, para agradecer la colaboración y responder cualquier pregunta que pudiera suscitarse. No se aportan datos concretos sobre los resultados.

4.3.6. Análisis de datos

Se utilizó la aplicación informática SPSS Statistics 17.0. y el manual de Ferrán Aranaz (2001).

Para el primer estudio se realizó análisis factorial de la varianza univariante (ANOVA), el cual analiza el comportamiento de las variables independientes en las subpoblaciones establecidas a partir de la combinación de los valores de dichas variables, resultando de los dos grupos en cada una de las tres variables analizadas 2x2x2

poblaciones independientes. El estudio se complementó con el análisis de covarianza de aquellas variables que teóricamente tendrían influencia en los resultados, eliminando la influencia de la variable controlada en aquellos análisis en los que resulta significativa.

Para el segundo estudio se aplicó ANOVA de un factor, que analiza el comportamiento de la variable independiente en las distintas subpoblaciones establecidas según los valores que presentan los sujetos de la muestra en dicha variable, resultando 4 poblaciones independientes.

En el tercer estudio se aplicó correlación lineal de Pearson en dos variables independientes; este análisis establece el grado de covariación entre distintas variables linealmente relacionadas.

4.4. RESULTADOS

4.4.1. Análisis descriptivo: comparativa respecto a población reclusa

La muestra estudiada corresponde sólo a varones españoles penados, por lo que no es esperable que se corresponda con la población reclusa general cuando los datos no discriminan sexo y nacionalidad, aunque conserva bastantes semejanzas. Los estadísticos descriptivos de las variables dependientes para la muestra completa se incluyen en el Anexo 4.

EDAD:

La edad osciló entre los 19 y los 64 años en la muestra, siendo la media de 35 y una desviación típica de 9,8. Presenta una distribución algo asimétrica y apuntada pero cercana a la normalidad (Gráfico 2).

En la población total, tomando la edad en el primer mes tras el ingreso en prisión durante el año 2013, la distribución es semejante y forma el mismo tipo de curva aunque con una proporción algo mayor en la categoría de 41 a 60 años y de 18 a 20 (Gráfico 3). La estadística oficial no facilita los datos necesarios para hallar la media.

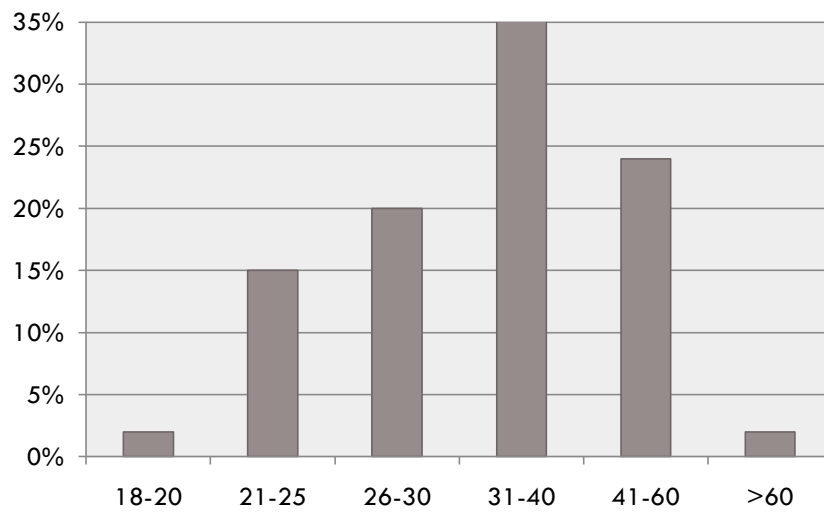


Gráfico 2. Edad de la muestra

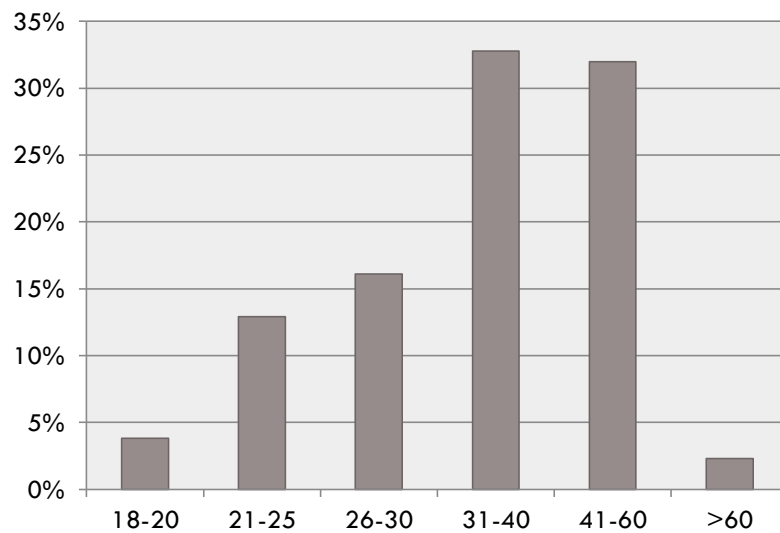


Gráfico 3. Edad de la población

ESTADO CIVIL-CONVIVENCIA:

Respecto al estado civil o convivencia, predominan los solteros (62%) con una menor distribución de casados o libremente unidos (26%) y aún más pequeña de viudos y divorciados (12%). No se han publicado datos recientes sobre la población (Gráfico 4).

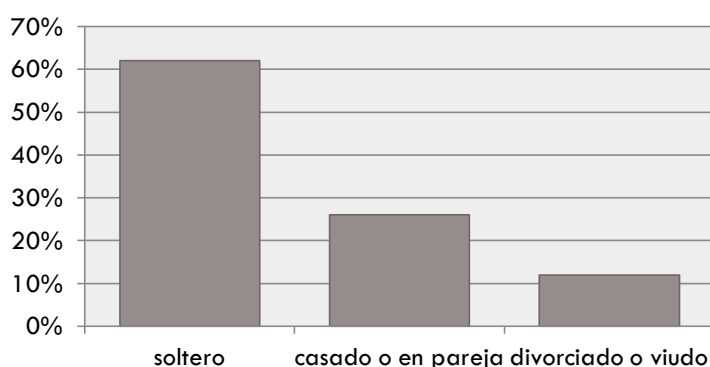


Gráfico 4. Estado civil (muestra)

NIVEL DE ESCOLARIZACIÓN:

El nivel de clasificación escolar es mayoritariamente de estudios primarios o formación profesional básica (FP1) con el 52% de la muestra (58% en la población), seguido por secundaria obligatoria o FP2 con el 20% (21% en la población); un 15% de los sujetos se encontraba en un nivel inferior a primaria (el 6% de la población es analfabeta) y sólo un 13% (frente a 12%) había llegado al bachillerato, siendo casi inexistente el nivel de estudios universitarios (3% de la población) (Gráfico 5).

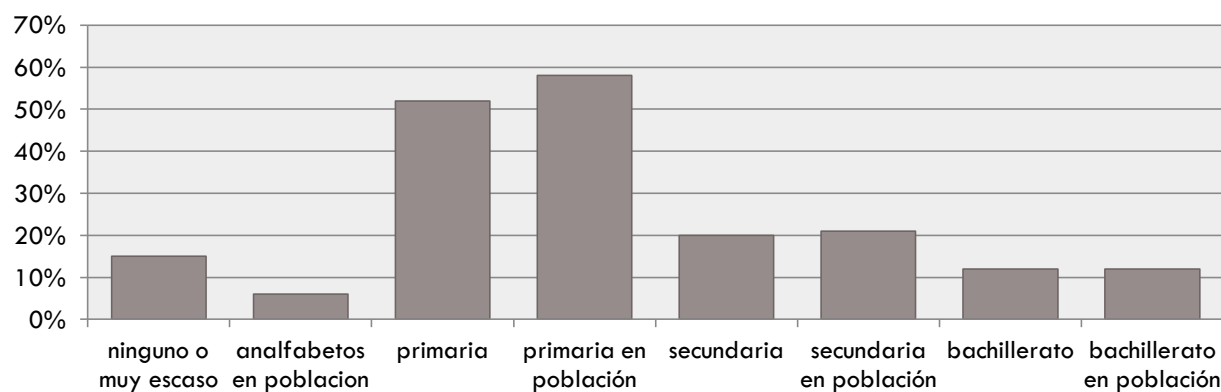


Gráfico 5. Clasificación escolar, datos muestra y población (SGIP, 2013)

CUALIFICACIÓN PROFESIONAL:

Paralelamente, el desarrollo laboral que manifiestan los sujetos es escaso, con una mínima representación de niveles técnicos y una mayoría (55%) de empleados y operarios, con un 28% que no ha tenido ni empleo ni oficio. Sólo un 17% declara haber sido empresario o tener mayor cualificación. No se conocen datos recientes sobre la población publicados por la administración (Gráfico 6).

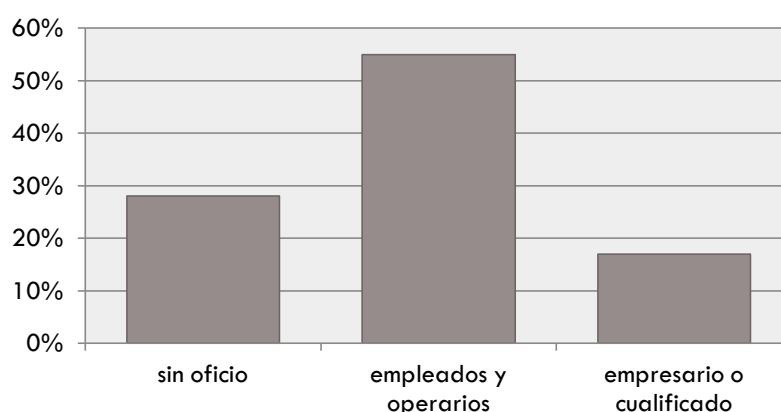


Gráfico 6. Cualificación laboral (muestra)

REGIMEN PENITENCIARIO:

La muestra de estudio no recoge sujetos en régimen abierto y se ha aumentado la proporción de sujetos en régimen cerrado para el estudio de la delincuencia más grave (Gráfico 7).

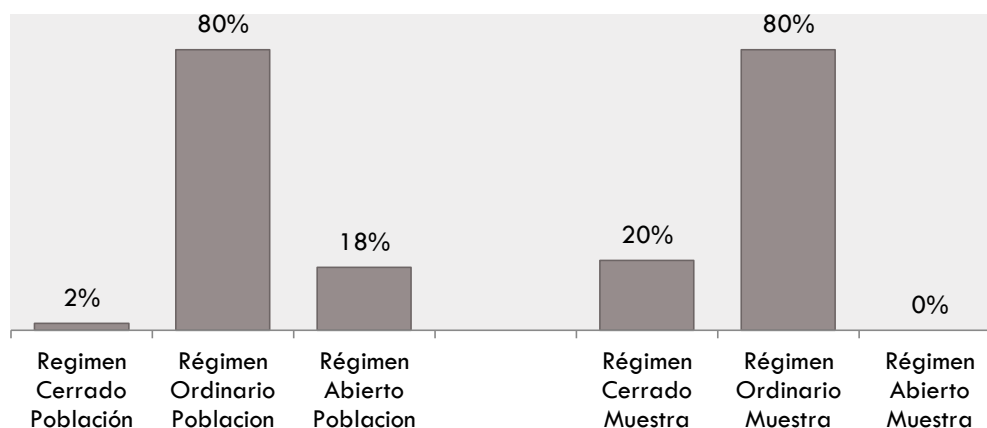


Gráfico 7. Régimen Penitenciario muestra y población. Fuente: SGIP, 2013

CUANTÍA DE LA CONDENA:

Respecto a la cuantía de las condenas acumuladas por los sujetos a lo largo de su vida, tenemos un rango entre menos de un año y más de 100 (un solo sujeto), con una media de 12 años, moda y mediana 9 (Gráfico 8).

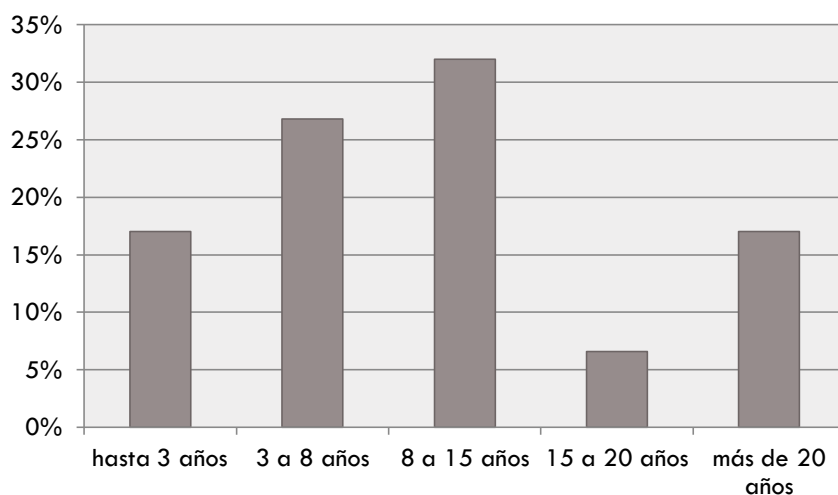


Gráfico 8. Cuantía de las condenas acumuladas (muestra)

La SGIP no proporciona información histórica, nos informa de la cuantía de las condenas que cumple en la actualidad la población penitenciaria general, apreciándose una moda menor (de 3 a 8 años), como es de esperar, y no ofrece datos que permitan obtener la media (Gráfico 9).

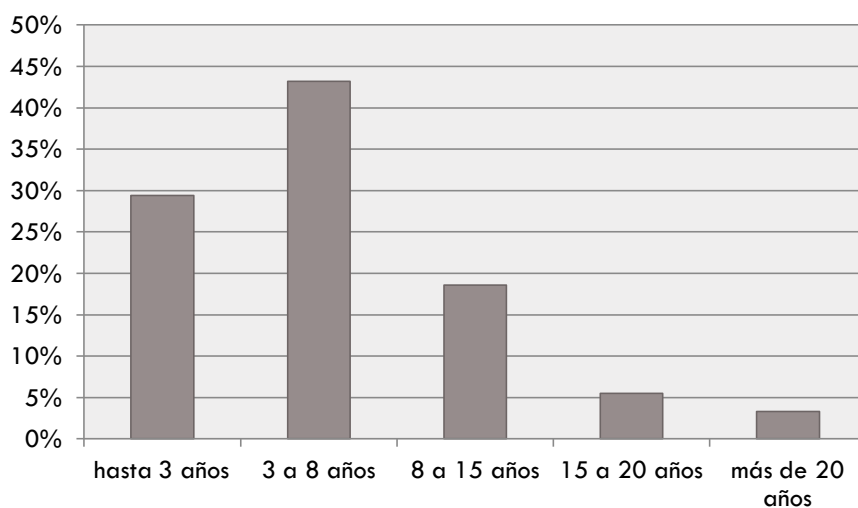


Gráfico 9. Cuantía de la condena actual (población). Fuente: SGIP, 2013

TIPOLOGÍA DELICTIVA:

Los delitos que más frecuentemente aparecen son los robos, especialmente los que se cometen con intimidación o con violencia, seguidos por los que se cometen contra las personas. Muchos delitos contra la propiedad conllevan algún tipo de violencia (intimidación, lesiones, uso de armas de fuego...) por lo que son frecuentes las coincidencias de estos tipos en los mismos sujetos. De los demás delitos estudiados, sólo Contra la Salud Pública (CSP) tiene una presencia importante en la muestra (Gráfico 10).

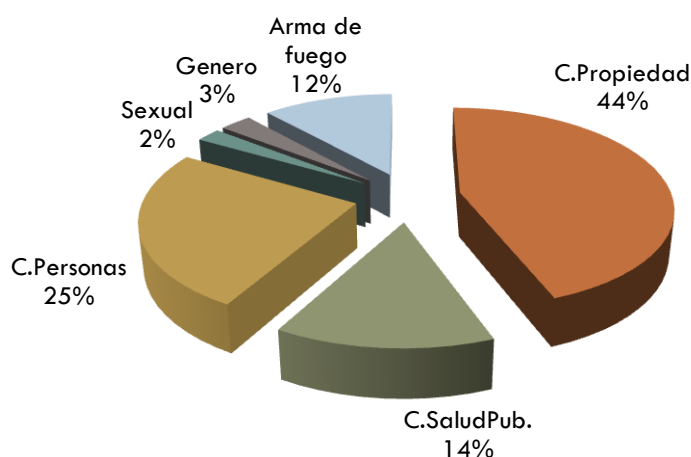


Gráfico 10. Tipología delictiva (muestra)

En la población de penados en España, la cual incluye un 30% de extranjeros, podemos apreciar una mayor proporción de delitos contra la salud pública, siendo menos los delitos contra las personas (Gráfico 11).

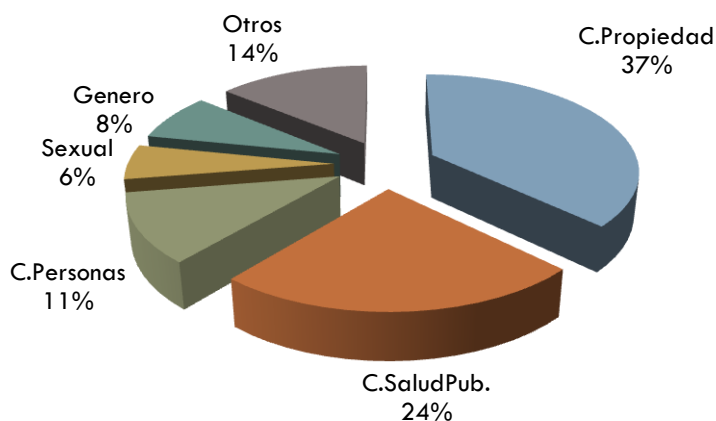


Gráfico 11. Tipología delictiva (población). Fuente: SGIP, 2013

4.4.2. Análisis factorial de la varianza: Persistencia, Violencia y Conflictividad

Se han establecido los grupos a analizar en función de la calificación de los sujetos en las tres variables independientes, resultando un grupo por encima y otro por debajo de la mediana para cada variable; al combinar los dos grupos de las tres variables independientes se obtienen ocho subgrupos posibles a comparar respecto a cada variable dependiente.

Las diferencias que alcanzan significación estadística contribuyen a explicar la influencia y la interacción existente entre la persistencia delictiva, la violencia al delinquir y la conflictividad penitenciaria respecto a los distintos aspectos psicológicos y sociales estudiados.

4.4.2.1. Persistencia, Violencia y Conflictividad respecto a Disfunciones en la historia

Este ámbito recoge la información procedente de entrevista y datos confirmatorios de informantes (cuando los había) sobre la historia del sujeto, cuantificando el número de condiciones desfavorables en distintas áreas, la edad en que comienzan algunos problemas relevantes y el tiempo que han perdurado. Estas condiciones, que aparecen con frecuencia en los estudios sobre delincuentes revisados, pueden incidir de manera diferente en los sujetos persistentes, violentos o conflictivos.

a) Disfunciones en el Proceso de socialización:

El grupo con mayor número de condiciones disfuncionales relatadas sobre su infancia resultaron ser los sujetos menos persistentes pero más violentos y conflictivos, con una media de 7,95. El grupo con menor incidencia de disfunciones fue el de los sujetos menos persistentes, menos violentos y menos conflictivos, media 2,54 (Tabla 1). En el ANOVA los resultados fueron significativos para la variable Conflictividad pero no para las variables Persistencia y Violencia, sin que se aprecien efectos de interacción entre las tres variables independientes. En conjunto, estas variables explican el 17,9% de la varianza de la VD analizada y el tamaño del efecto es importante, una vez eliminado el efecto la edad que resultó ser significativo (Tabla 2).

Tabla 1
Estadísticos descriptivos: Disfunciones en el Proceso Socialización

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,54	2,693	57
		Más conflictividad	5,71	3,804	17
		Total	3,27	3,245	74
	Más violencia	Menos conflictividad	4,40	4,067	15
		Más conflictividad	7,95	4,870	19
		Total	6,38	4,812	34
	Total	Menos conflictividad	2,93	3,092	72
		Más conflictividad	6,89	4,483	36
		Total	4,25	4,054	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	3,56	4,204	18
		Más conflictividad	5,40	4,102	15
		Total	4,39	4,198	33
	Más violencia	Menos conflictividad	3,71	5,327	14
		Más conflictividad	6,79	4,889	53
		Total	6,15	5,100	67
	Total	Menos conflictividad	3,62	4,647	32
		Más conflictividad	6,49	4,733	68
		Total	5,57	4,871	100
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	2,79	3,121	75
		Más conflictividad	5,56	3,885	32
		Total	3,62	3,584	107
	Más violencia	Menos conflictividad	4,07	4,644	29
		Más conflictividad	7,10	4,876	72
		Total	6,23	4,982	101
	Total	Menos conflictividad	3,14	3,632	104
		Más conflictividad	6,63	4,630	104
		Total	4,88	4,503	208

Tabla 2
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Disfunciones Proceso de Socialización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	882,655 ^a	8	110,332	6,624	,000	,210
Intersección	841,390	1	841,390	50,515	,000	,202
edad	129,260	1	129,260	7,760	,006	,038
PERSIS	,111	1	,111	,007	,935	,000
VIOLN	60,243	1	60,243	3,617	,059	,018
CONFLI	198,452	1	198,452	11,915	,001	,056
PERSIS * VIOLN	13,355	1	13,355	,802	,372	,004
PERSIS * CONFLI	1,127	1	1,127	,068	,795	,000
VIOLN * CONFLI	6,277	1	6,277	,377	,540	,002
PERSIS * VIOLN * CONFLI	1,704	1	1,704	,102	,749	,001
Error	3314,576	199	16,656			
Total	9160,000	208				
Total corregida	4197,231	207				

a. R cuadrado = ,210 (R cuadrado corregida = ,179)

b) Inadaptación conductual infantil:

Como era de esperar, el grupo con mayor número de comportamientos inadaptados relatados sobre su infancia resulta ser el de los sujetos más persistentes, violentos y conflictivos, con una media de 6,50; la menor media (1,61) corresponde al grupo menos persistente, violento y conflictivo (Tabla 3). Sin embargo el ANOVA no resulta significativo, sin que demuestren efecto las variables independientes ni sus interacciones, aunque sí es significativa la variable controlada, edad (Tabla 4).

Tabla 3
Estadísticos descriptivos: Inadaptación Conductual Infantil

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,61	1,906	57
		Más conflictividad	4,24	2,658	17
		Total	2,22	2,360	74
	Más violencia	Menos conflictividad	2,73	2,738	15
		Más conflictividad	5,16	3,042	19
		Total	4,09	3,118	34
	Total	Menos conflictividad	1,85	2,134	72
		Más conflictividad	4,72	2,865	36
		Total	2,81	2,750	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,18	2,069	17
		Más conflictividad	3,47	3,044	15
		Total	2,78	2,612	32
	Más violencia	Menos conflictividad	2,29	2,234	14
		Más conflictividad	6,50	14,159	54
		Total	5,63	12,748	68
	Total	Menos conflictividad	2,23	2,109	31
		Más conflictividad	5,84	12,639	69
		Total	4,72	10,672	100
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	1,74	1,945	74
		Más conflictividad	3,87	2,826	32
		Total	2,39	2,440	106
	Más violencia	Menos conflictividad	2,52	2,473	29
		Más conflictividad	6,15	12,257	73
		Total	5,12	10,560	102
	Total	Menos conflictividad	1,96	2,123	103
		Más conflictividad	5,46	10,368	105
		Total	3,73	7,701	208

Tabla 4
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Inadaptación conductual infantil

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1088,998 ^a	8	136,125	2,422	,016	,089
Intersección edad	843,985	1	843,985	15,014	,000	,070
PERSIS	290,206	1	290,206	5,163	,024	,025
VIOLEN	17,484	1	17,484	,311	,578	,002
CONFLI	41,054	1	41,054	,730	,394	,004
PERSIS * VIOLEN	114,169	1	114,169	2,031	,156	,010
PERSIS * CONFLI	4,497	1	4,497	,080	,778	,000
VIOLEN * CONFLI	10,013	1	10,013	,178	,673	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	17,946	1	17,946	,319	,573	,002
Error	23,612	1	23,612	,420	,518	,002
Total	11186,382	199	56,213			
Total corregida	15163,000	208				
	12275,380	207				

a. R cuadrado = ,089 (R cuadrado corregida = ,052)

c) Edad de la primera institucionalización:

La edad en que se produjo el primer ingreso en una institución correccional, ya sea reformatorio o prisión, es menor en los sujetos menos persistentes pero más violentos y conflictivos (17,16) y mayor en los menos persistentes, violentos y conflictivos (33,44) (Tabla 5).

El ANOVA, una vez eliminados los efectos de covariación debidos a la edad, es significativo para la variable Persistencia con un tamaño del efecto importante, y también para Conflictividad, ésta con un efecto medio, explicando en conjunto el 69% de la varianza. Como media, los sujetos más persistentes son institucionalizados casi 8 años antes que los menos persistentes, y los más conflictivos casi 11 años antes que los menos conflictivos. No se obtienen efectos significativos para las interacciones (Tabla 6).

Tabla 5
Estadísticos descriptivos: Edad de la primera institucionalización

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	33,44	11,492	57
		Más conflictividad	22,29	9,386	17
		Total	30,88	11,954	74
	Más violencia	Menos conflictividad	28,20	12,924	15
		Más conflictividad	17,16	3,371	19
		Total	22,03	10,394	34
	Total	Menos conflictividad	32,35	11,904	72
		Más conflictividad	19,58	7,272	36
		Total	28,09	12,160	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	25,44	9,599	18
		Más conflictividad	19,27	7,382	15
		Total	22,64	9,086	33
	Más violencia	Menos conflictividad	23,86	7,004	14
		Más conflictividad	18,50	6,135	56
		Total	19,57	6,626	70
	Total	Menos conflictividad	24,75	8,470	32
		Más conflictividad	18,66	6,369	71
		Total	20,55	7,594	103
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	31,52	11,529	75
		Más conflictividad	20,88	8,511	32
		Total	28,34	11,746	107
	Más violencia	Menos conflictividad	26,10	10,544	29
		Más conflictividad	18,16	5,575	75
		Total	20,38	8,085	104
	Total	Menos conflictividad	30,01	11,475	104
		Más conflictividad	18,97	6,667	107
		Total	24,41	10,845	211

Tabla 6
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Edad de la primera institucionalización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	17087,336 ^a	8	2135,917	56,682	,000	,692
Intersección	17,704	1	17,704	,470	,494	,002
edad	8773,791	1	8773,791	232,837	,000	,535
PERSIS	1481,960	1	1481,960	39,328	,000	,163
VIOLN	122,281	1	122,281	3,245	,073	,016
CONFLI	527,873	1	527,873	14,009	,000	,065
PERSIS * VIOLN	101,738	1	101,738	2,700	,102	,013
PERSIS * CONFLI	7,428	1	7,428	,197	,658	,001
VIOLN * CONFLI	3,668	1	3,668	,097	,755	,000
PERSIS * VIOLN * CONFLI	2,381	1	2,381	,063	,802	,000
Error	7611,792	202	37,682			
Total	150447,000	211				
Total corregida	24699,128	210				

a. R cuadrado = ,692 (R cuadrado corregida = ,680)

d) **Edad de comisión del primer delito:**

Los sujetos menos persistentes, violentos y conflictivos delinquen más tardíamente, con una media de 31,81 años de edad en su primer delito; con la menor edad media, 14,47, se inician los sujetos más conflictivos y violentos, aunque con menor persistencia (Tabla 7).

El ANOVA muestra efectos significativos de las tres variables independientes, con efectos importantes en Persistencia, medios en Conflictividad y menores en Violencia, una vez controlada la edad; de media, los sujetos más persistentes cometen su primer delito 7 años antes que los menos persistentes, los más conflictivos 11 años antes que los menos conflictivos y los más violentos casi 9 años antes que los menos violentos.

Estas variables explican el 63,1% de la varianza, incluyendo los efectos de interacción entre Persistencia y Violencia, que tienen un pequeño tamaño, (Tabla 8). En el gráfico 12 puede observarse la cercanía de las medias de los sujetos más y menos violentos cuando la Persistencia es mayor, en tanto que, con menor Persistencia, la edad media se eleva notablemente en los sujetos menos violentos.

Tabla 7
Estadísticos descriptivos: Edad de comisión del primer delito

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	31,81	12,549	57
		Más conflictividad	21,35	9,539	17
		Total	29,41	12,663	74
	Más violencia	Menos conflictividad	25,40	13,553	15
		Más conflictividad	14,47	3,777	19
		Total	19,29	10,772	34
	Total	Menos conflictividad	30,47	12,934	72
		Más conflictividad	17,72	7,814	36
		Total	26,22	12,940	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	24,39	10,030	18
		Más conflictividad	17,00	2,903	15
		Total	21,03	8,432	33
	Más violencia	Menos conflictividad	22,36	6,109	14
		Más conflictividad	16,37	5,531	57
		Total	17,55	6,096	71
	Total	Menos conflictividad	23,50	8,478	32
		Más conflictividad	16,50	5,085	72
		Total	18,65	7,071	104
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	30,03	12,347	75

	Más conflictividad	19,31	7,459	32
	Total	26,82	12,124	107
Más violencia	Menos conflictividad	23,93	10,563	29
	Más conflictividad	15,89	5,191	76
	Total	18,11	7,906	105
Total	Menos conflictividad	28,33	12,141	104
	Más conflictividad	16,91	6,121	108
	Total	22,51	11,122	212

Tabla 8
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Edad de comisión del primer delito

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	16467,894 ^a	8	2058,487	43,379	,000	,631
Intersección edad	17,368	1	17,368	,366	,546	,002
PERSIS	7496,764	1	7496,764	157,981	,000	,438
VIOLEN	1269,337	1	1269,337	26,749	,000	,116
CONFLI	285,476	1	285,476	6,016	,015	,029
PERSIS * VIOLEN	717,804	1	717,804	15,126	,000	,069
PERSIS * CONFLI	202,533	1	202,533	4,268	,040	,021
VIOLEN * CONFLI	,199	1	,199	,004	,948	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	3,098	1	3,098	,065	,799	,000
Error	10,199	1	10,199	,215	,643	,001
Total	9633,088	203	47,454			
Total corregida	133516,000	212				
	26100,981	211				

a. R cuadrado = ,631 (R cuadrado corregida = ,616)

Medias marginales estimadas de edad de comisión del primer delito



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad de inicio al consumo drogas duras = 17,05

Gráfico 12: Interacción Persistencia-Violencia en Edad del 1º delito

e) Edad de inicio en el consumo de drogas:

En los sujetos consumidores, la media mayor para la edad de inicio en el consumo de drogas es de 17,58 años y corresponde a los sujetos más persistentes y violentos, pero menos conflictivos; el inicio más precoz corresponde a los sujetos menos persistentes pero más violentos y conflictivos, con una media de 13,29 años (Tabla 9). Se controló la edad por posibles cambios de tendencia en la sociedad y resultó significativa; el ANOVA muestra efectos significativos de la variable Conflictividad, con un tamaño importante: los sujetos más conflictivos comienzan a usar drogas dos años antes, de media, que los menos conflictivos. Otras variables o sus interacciones no han resultado significativas (Tabla 10) y el modelo explicaría el 15,4% de la varianza.

Tabla 9
Estadísticos descriptivos: Edad de inicio al consumo de drogas

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	16,06	4,130	35
		Más conflictividad	13,80	3,121	15
		Total	15,38	3,964	50
	Más violencia	Menos conflictividad	15,60	2,633	10
		Más conflictividad	13,29	1,961	17
		Total	14,15	2,461	27
	Total	Menos conflictividad	15,96	3,825	45
		Más conflictividad	13,53	2,540	32
		Total	14,95	3,543	77
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	14,87	3,335	15
		Más conflictividad	14,42	5,125	12
		Total	14,67	4,142	27
	Más violencia	Menos conflictividad	17,58	5,518	12
		Más conflictividad	13,36	2,915	55
		Total	14,12	3,832	67
	Total	Menos conflictividad	16,07	4,557	27
		Más conflictividad	13,55	3,390	67
		Total	14,28	3,909	94
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	15,70	3,914	50
		Más conflictividad	14,07	4,057	27
		Total	15,13	4,014	77
	Más violencia	Menos conflictividad	16,68	4,466	22
		Más conflictividad	13,35	2,707	72
		Total	14,13	3,480	94
	Total	Menos conflictividad	16,00	4,084	72
		Más conflictividad	13,55	3,127	99
		Total	14,58	3,752	171

Tabla 10
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Edad de inicio al consumo de drogas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	368,939a	8	46,117	3,690	,001	,154
Intersección	1401,317	1	1401,317	112,120	,000	,409
edad	53,764	1	53,764	4,302	,040	,026
PERSIS	,283	1	,283	,023	,881	,000
VIOLEN	2,384	1	2,384	,191	,663	,001
CONFLI	124,306	1	124,306	9,946	,002	,058
PERSIS * VIOLEN	9,088	1	9,088	,727	,395	,004
PERSIS * CONFLI	,483	1	,483	,039	,844	,000
VIOLEN * CONFLI	29,545	1	29,545	2,364	,126	,014
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	26,254	1	26,254	2,101	,149	,013
Error	2024,745	162	12,498			
Total	38739,000	171				
Total corregida	2393,684	170				

a. R cuadrado = ,154 (R cuadrado corregida = ,112)

f) Edad de inicio en el consumo de drogas duras:

No se puede analizar la edad de inicio en el consumo de drogas duras debido a la insuficiente representación del subgrupo menos persistente, más violento y más conflictivo en la muestra estudiada. Esto probablemente ocurre debido a la estrecha relación entre el propio consumo de drogas duras y la adicción como causa o concausa del paso al acto delictivo.

g) Tiempo usando drogas.

Considerando a toda la población, calificándose a los no consumidores con 0,00% tiempo de consumo respecto a la edad, la media mayor está en el subgrupo más persistente, violento y conflictivo (54,49%) y la menor corresponde al subgrupo menos persistente, más violento y menos conflictivo (27,20%) (Tabla 11).

No fue necesario corregir efectos de la edad al estar ya contemplada ésta en la construcción de la VD; el ANOVA muestra diferencias significativas en Persistencia (un 17% más de su vida consumiendo drogas), además de Conflictividad (18%), ambas con un efecto medio (Tabla 12), explicando en conjunto el 16,9% de la varianza.

Tabla 11
Estadísticos descriptivos: Tiempo usando drogas

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	29,0186	27,38871	57
		Más conflictividad	39,7182	19,29652	17
		Total	31,4766	26,03073	74
	Más violencia	Menos conflictividad	27,2040	26,34161	15
		Más conflictividad	40,5653	18,11008	19
		Total	34,6706	22,77314	34
	Total	Menos conflictividad	28,6406	27,00061	72
		Más conflictividad	40,1653	18,41403	36
		Total	32,4821	24,98910	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	33,2311	27,45299	18
		Más conflictividad	44,6120	24,28631	15
		Total	38,4042	26,29735	33
	Más violencia	Menos conflictividad	41,2186	25,92530	14
		Más conflictividad	54,4977	17,49082	57
		Total	51,8793	19,94689	71
	Total	Menos conflictividad	36,7256	26,67144	32
		Más conflictividad	52,4382	19,33765	72
		Total	47,6036	22,91221	104
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	30,0296	27,27810	75
		Más conflictividad	42,0122	21,55719	32
		Total	33,6132	26,18685	107
	Más violencia	Menos conflictividad	33,9697	26,64192	29
		Más conflictividad	51,0146	18,54784	76
		Total	46,3070	22,31208	105
	Total	Menos conflictividad	31,1283	27,03142	104
		Más conflictividad	48,3472	19,81992	108
		Total	39,9002	25,10670	212

Tabla 12
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Tiempo usando drogas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	22480,121 ^a	7	3211,446	5,928	,000	,169
Intersección	236298,836	1	236298,836	436,153	,000	,681
PERSIS	3374,494	1	3374,494	6,229	,013	,030
VIOLN	702,452	1	702,452	1,297	,256	,006
CONFLI	5834,263	1	5834,263	10,769	,001	,050
PERSIS * VIOLN	872,471	1	872,471	1,610	,206	,008
PERSIS * CONFLI	,882	1	,882	,002	,968	,000
VIOLN * CONFLI	51,105	1	51,105	,094	,759	,000
PERSIS * VIOLN * CONFLI	1,432	1	1,432	,003	,959	,000
Error	110522,959	204	541,779			
Total	470512,392	212				
Total corregida	133003,080	211				

a. R cuadrado = ,169 (R cuadrado corregida = ,141)

h) Tiempo usando drogas duras:

Considerando toda la muestra, como en el caso anterior, el grupo con mayor media continúa siendo el más persistente, más violento y más conflictivo (46,34) y la menor corresponde al grupo menos persistente, más violento y menos conflictivo (15,83) (Tabla 13). Las diferencias en el ANOVA son significativas para Persistencia (15% más de tiempo de consumo) y Conflictividad (casi un 18% más), con tamaños medios de efecto, y no se obtiene significación para los efectos de interacción (Tabla 14). El 18,7% de la varianza se atribuye al modelo.

Tabla 13
Estadísticos descriptivos: Tiempo usando drogas duras

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	21,5750	23,90864	57
		Más conflictividad	30,8770	19,84491	17
		Total	23,7119	23,24529	74
	Más violencia	Menos conflictividad	15,8305	21,56059	15
		Más conflictividad	36,7288	21,04701	19
		Total	27,5090	23,44724	34
	Total	Menos conflictividad	20,3782	23,41024	72
		Más conflictividad	33,9655	20,41144	36
		Total	24,9073	23,26673	108
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	30,0657	23,71207	18
		Más conflictividad	40,2102	23,72487	15
		Total	34,6768	23,90125	33
	Más violencia	Menos conflictividad	31,7565	23,02660	14
		Más conflictividad	46,3405	20,75411	57
		Total	43,4648	21,84508	71
	Total	Menos conflictividad	30,8054	23,05246	32
		Más conflictividad	45,0633	21,37772	72
		Total	40,6763	22,77475	104
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	23,6128	23,98073	75
		Más conflictividad	35,2519	21,90554	32
		Total	27,0936	23,88447	107
	Más violencia	Menos conflictividad	23,5189	23,32812	29
		Más conflictividad	43,9376	21,10643	76
		Total	38,2981	23,49307	105
	Total	Menos conflictividad	23,5866	23,68757	104
		Más conflictividad	41,3640	21,61372	108
		Total	32,6430	24,29311	212

Tabla 14
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Tiempo usando drogas duras

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	23276,565 ^a	7	3325,224	6,700	,000	,187
Intersección	157802,324	1	157802,324	317,954	,000	,609
PERSIS	4621,293	1	4621,293	9,311	,003	,044
VIOLEN	154,498	1	154,498	,311	,577	,002
CONFLI	7415,766	1	7415,766	14,942	,000	,068
PERSIS * VIOLEN	146,249	1	146,249	,295	,588	,001
PERSIS * CONFLI	73,591	1	73,591	,148	,701	,001
VIOLEN * CONFLI	632,028	1	632,028	1,273	,260	,006
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	125,889	1	125,889	,254	,615	,001
Error	101246,217	204	496,305			
Total	350422,966	212				
Total corregida	124522,782	211				

a. R cuadrado = ,187 (R cuadrado corregida = ,159)

4.4.2.2. Persistencia, Violencia y Conflictividad respecto a Niveles de psicopatía

Se realiza el análisis de las puntuaciones del PCL-R separadamente para el Factor 1, que engloba los aspectos interpersonales y afectivos de la psicopatía, y el Factor 2, que evalúa el comportamiento antisocial, dado que estos aspectos pueden relacionarse de manera diferente con las variables dependientes estudiadas.

a) PCL-R factor 1:

La media mayor corresponde al subgrupo menos persistente pero más violento y conflictivo, en tanto que la menor corresponde al grupo menos persistente, violento y conflictivo (Tabla 15).

Los resultados del ANOVA, una vez controlada la variable edad, muestran diferencias significativas solamente para Violencia (dos puntos más de media), aunque con tamaño del efecto pequeño a medio (Tabla 16). La interacción entre variables no resulta significativa, aunque entre Persistencia y Conflictividad están cerca de serlo ($p=.052$) y es probable que los sujetos poco persistentes pero conflictivos tiendan a tener una puntuación mayor en el factor 1. El modelo explicaría el 12,6% de la varianza.

Tabla 15
Estadísticos descriptivos: factor 1

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,75	3,797	56
		Más conflictividad	7,21	3,750	17
		Total	5,32	3,903	73
	Más violencia	Menos conflictividad	7,96	5,358	14
		Más conflictividad	9,31	4,308	18
		Total	8,72	4,762	32
	Total	Menos conflictividad	5,39	4,310	70
		Más conflictividad	8,29	4,127	35
		Total	6,36	4,447	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,38	5,228	17
		Más conflictividad	6,67	4,597	15
		Total	7,05	4,876	32
	Más violencia	Menos conflictividad	7,35	4,160	13
		Más conflictividad	7,49	4,242	56
		Total	7,46	4,197	69
	Total	Menos conflictividad	7,37	4,716	30
		Más conflictividad	7,32	4,299	71
		Total	7,33	4,403	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,36	4,283	73
		Más conflictividad	6,95	4,108	32
		Total	5,85	4,274	105
	Más violencia	Menos conflictividad	7,67	4,737	27
		Más conflictividad	7,93	4,301	74
		Total	7,86	4,399	101
	Total	Menos conflictividad	5,99	4,504	100
		Más conflictividad	7,64	4,248	106
		Total	6,83	4,441	206

Tabla 16
Pruebas de los efectos inter-sujetos: factor 1

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	511,191 ^a	8	63,899	3,563	,001	,126
Intersección	270,243	1	270,243	15,070	,000	,071
edad	104,670	1	104,670	5,837	,017	,029
PERSIS	4,532	1	4,532	,253	,616	,001
VIOLEN	106,653	1	106,653	5,947	,016	,029
CONFLI	57,819	1	57,819	3,224	,074	,016
PERSIS * VIOLEN	49,516	1	49,516	2,761	,098	,014
PERSIS * CONFLI	68,274	1	68,274	3,807	,052	,019
VIOLEN * CONFLI	,209	1	,209	,012	,914	,000
PERSIS * VIOLEN *	8,728	1	8,728	,487	,486	,002
Error	3532,697	197	17,932			
Total	13667,500	206				
Total corregida	4043,888	205				

a. R cuadrado = ,126 (R cuadrado corregida = ,091)

b) PCL-R factor 2:

Como era de esperar, la media mayor corresponde al subgrupo más persistente, violento y conflictivo, en tanto que la menor corresponde al subgrupo menos persistente, violento y conflictivo (Tabla 17).

Esta vez, también controlando los efectos de la edad, el ANOVA muestra diferencias significativas con efectos medio-bajos para Persistencia (más de tres puntos de media) y Conflictividad (5 puntos), aunque la interacción entre Persistencia y Violencia también es significativa (Tabla 18), apreciándose un aumento de la puntuación en el factor 2 de los sujetos menos violentos cuando la persistencia es mayor (Gráfico 13); el modelo explica el 40,8% de la varianza.

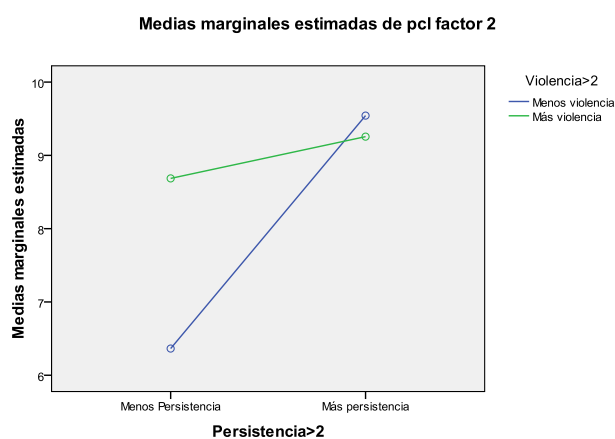
Tabla 17
Estadísticos descriptivos: factor 2

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,25	4,158	57
		Más conflictividad	8,79	4,427	17
		Total	5,29	4,612	74
	Más violencia	Menos conflictividad	6,50	3,990	14
		Más conflictividad	11,78	4,295	18
		Total	9,47	4,886	32
	Total	Menos conflictividad	4,69	4,196	71
		Más conflictividad	10,33	4,554	35
		Total	6,55	5,054	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	8,38	4,488	17
		Más conflictividad	10,17	4,165	15
		Total	9,22	4,364	32
	Más violencia	Menos conflictividad	7,31	4,404	13
		Más conflictividad	11,17	3,400	56
		Total	10,44	3,884	69
	Total	Menos conflictividad	7,92	4,408	30
		Más conflictividad	10,96	3,566	71
		Total	10,05	4,061	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,20	4,555	74
		Más conflictividad	9,44	4,293	32
		Total	6,48	4,867	106
	Más violencia	Menos conflictividad	6,89	4,133	27
		Más conflictividad	11,32	3,616	74
		Total	10,13	4,227	101
	Total	Menos conflictividad	5,65	4,489	101
		Más conflictividad	10,75	3,909	106
		Total	8,26	4,910	207

Tabla 18
Pruebas de los efectos inter-sujetos: factor 2

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	2025,293 ^a	8	253,162	17,046	,000	,408
Intersección	2233,321	1	2233,321	150,376	,000	,432
edad	295,088	1	295,088	19,869	,000	,091
PERSIS	129,378	1	129,378	8,711	,004	,042
VIOLEN	38,716	1	38,716	2,607	,108	,013
CONFLI	326,200	1	326,200	21,964	,000	,100
PERSIS * VIOLEN	64,247	1	64,247	4,326	,039	,021
PERSIS * CONFLI	12,851	1	12,851	,865	,353	,004
VIOLEN * CONFLI	19,554	1	19,554	1,317	,253	,007
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	4,871	1	4,871	,328	,568	,002
Error	2940,620	198	14,852			
Total	19092,000	207				
Total corregida	4965,913	206				

a. R cuadrado = ,408 (R cuadrado corregida = ,384)



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 35,06

Gráfico 13. Interacción Persistencia-Violencia en factor 2 del PCL-R

4.4.2.3. Persistencia, Violencia y Conflictividad respecto a Síntomas clínicos

Este apartado analiza las diferencias en las escalas del SCL-90-R, la cual evalúa el grado y tipo de malestar subjetivos percibidos de los sujetos en los días inmediatos al momento de la evaluación; tanto el grado como el tipo de malestar pueden variar en función de las características delictivas generales que engloban los factores analizados. Es de esperar que la relación entre síntomas clínicos y Persistencia, Violencia y Conflictividad sea positiva y las diferencias entre los grupos con mayor o menor puntuación en estas características delictivas sean significativas en medidas globales de sintomatología y también en algunas medidas específicas. Sin embargo, se debe tener en cuenta que el 28,8% de los sujetos alcanzan niveles de exageración de síntomas

a) Índice global de severidad:

La media mayor corresponde al subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo (1,1793) y la menor a los sujetos más persistentes pero menos violentos y conflictivos (0,6761) (Tabla 19). Una vez corregido el efecto de la edad, el ANOVA sólo muestra efectos significativos para la variable Conflictividad (los más conflictivos tienen 0,35 puntos más de media que los menos conflictivos) que tienen un tamaño moderado, (Tabla 20) y el modelo explica el 14,9% de la varianza.

Tabla 19
Estadísticos descriptivos: índice global de severidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	,6873	,47001	56
		Más conflictividad	,9181	,46977	16
		Total	,7386	,47653	72
	Más violencia	Menos conflictividad	,7514	,47295	15
		Más conflictividad	1,0037	,60892	19
		Total	,8924	,55974	34
	Total	Menos conflictividad	,7009	,46797	71
		Más conflictividad	,9646	,54362	35
		Total	,7879	,50717	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	,6761	,49981	18
		Más conflictividad	1,1793	,61490	15
		Total	,9048	,60240	33
	Más violencia	Menos conflictividad	,8938	,39044	13
		Más conflictividad	1,1058	,53535	55
		Total	1,0653	,51511	68
	Total	Menos conflictividad	,7674	,46311	31

Total	Menos violencia	Más conflictividad	1,1216	,54948	70
		Total	1,0129	,54738	101
		Menos conflictividad	,6846	,47396	74
		Más conflictividad	1,0445	,55172	31
		Total	,7909	,52221	105
		Más violencia			
	Más violencia	Menos conflictividad	,8175	,43470	28
		Más conflictividad	1,0796	,55267	74
		Total	1,0077	,53394	102
		Menos conflictividad	,7211	,46522	102
		Más conflictividad	1,0692	,54997	105
		Total	,8977	,53783	207

Tabla 20
Pruebas de los efectos inter-sujetos: índice global de severidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	8,906 ^a	8	1,113	4,349	,000	,149
Intersección	19,202	1	19,202	75,019	,000	,275
edad	1,431	1	1,431	5,590	,019	,027
PERSIS	,905	1	,905	3,535	,062	,018
VIOLEN	,102	1	,102	,397	,529	,002
CONFLI	2,107	1	2,107	8,233	,005	,040
PERSIS * VIOLEN	,000	1	,000	,001	,970	,000
PERSIS * CONFLI	,297	1	,297	1,162	,282	,006
VIOLEN * CONFLI	,167	1	,167	,654	,420	,003
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,217	1	,217	,849	,358	,004
Error	50,681	198	,256			
Total	226,396	207				
Total corregida	59,587	206				

a. R cuadrado = ,149 (R cuadrado corregida = ,115)

b) Total de síntomas positivos:

La media mayor corresponde al subgrupo más persistente, violento y conflictivo (48,46) y la menor al más persistente pero menos violento y conflictivo (33,56) (Tabla 21). El ANOVA, sin que sea significativo el efecto de la edad, muestra diferencias significativas para las variables Persistencia (8 puntos más para mayor persistencia) y Conflictividad (casi 10 puntos de diferencia) aunque con efectos pequeños y moderados respectivamente; el modelo explicaría el 10,1% de la varianza, sin que alcancen niveles de significación los efectos de interacción entre las variables independientes (Tabla 22).

Tabla 21
Estadísticos descriptivos: total de síntomas positivos

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	34,91	15,854	56
		Más conflictividad	38,47	19,157	16
		Total	35,70	16,567	72
	Más violencia	Menos conflictividad	34,00	18,989	15
		Más conflictividad	39,79	15,598	19
		Total	37,24	17,152	34
	Total	Menos conflictividad	34,72	16,424	71
		Más conflictividad	39,19	17,063	35
		Total	36,19	16,690	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	33,56	20,991	18
		Más conflictividad	47,80	18,459	15
		Total	40,03	20,857	33
	Más violencia	Menos conflictividad	41,31	18,057	13
		Más conflictividad	48,46	20,620	55
		Total	47,09	20,226	68
	Total	Menos conflictividad	36,81	19,880	31
		Más conflictividad	48,32	20,049	70
		Total	44,78	20,600	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	34,58	17,098	74
		Más conflictividad	42,98	19,104	31
		Total	37,06	18,036	105
	Más violencia	Menos conflictividad	37,39	18,592	28
		Más conflictividad	46,23	19,724	74
		Total	43,81	19,731	102
	Total	Menos conflictividad	35,35	17,472	102
		Más conflictividad	45,27	19,508	105
		Total	40,38	19,145	207

Tabla 22
Pruebas de los efectos inter-sujetos: total de síntomas positivos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	7614,282 ^a	7	1087,755	3,188	,003	,101
Intersección	242955,189	1	242955,189	712,164	,000	,782
PERSIS	1375,764	1	1375,764	4,033	,046	,020
VIOLEN	186,528	1	186,528	,547	,461	,003
CONFLI	2266,356	1	2266,356	6,643	,011	,032
PERSIS * VIOLEN	153,454	1	153,454	,450	,503	,002
PERSIS * CONFLI	348,010	1	348,010	1,020	,314	,005
VIOLEN * CONFLI	56,728	1	56,728	,166	,684	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	208,602	1	208,602	,611	,435	,003
Error	67888,983	199	341,151			
Total	413105,105	207				
Total corregida	75503,264	206				

a. R cuadrado = ,101 (R cuadrado corregida = ,069)

c) Índice de malestar sintomático positivo:

La mayor media corresponde a los sujetos más persistentes y conflictivos pero menos violentos (2,1867) en tanto que la menor es obtenida por el subgrupo menos persistente, violento y conflictivo (1,6811, Tabla 23). En este caso, el ANOVA encuentra significativa sólo la variable controlada, edad (Tabla 24).

Tabla 23
Estadísticos descriptivos: índice de malestar sintomático

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,6811	,64292	56
		Más conflictividad	1,8213	,64348	16
		Total	1,7122	,64119	72
	Más violencia	Menos conflictividad	1,9587	,50558	15
		Más conflictividad	2,1842	,86003	19
		Total	2,0847	,72444	34
	Total	Menos conflictividad	1,7397	,62363	71
		Más conflictividad	2,0183	,77969	35
		Total	1,8317	,68808	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,7017	,70301	18
		Más conflictividad	2,1867	,52414	15
		Total	1,9221	,66550	33
	Más violencia	Menos conflictividad	1,8354	,45974	13
		Más conflictividad	1,9662	,62152	55
		Total	1,9412	,59319	68
	Total	Menos conflictividad	1,7577	,60754	31
		Más conflictividad	2,0134	,60527	70
		Total	1,9350	,61446	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	1,6861	,65315	74
		Más conflictividad	1,9981	,60803	31
		Total	1,7782	,65309	105
	Más violencia	Menos conflictividad	1,9014	,48000	28
		Más conflictividad	2,0222	,69089	74
		Total	1,9890	,63994	102
	Total	Menos conflictividad	1,7452	,61584	102
		Más conflictividad	2,0150	,66469	105
		Total	1,8821	,65367	207

Tabla 24
Pruebas de los efectos inter-sujetos: índice de distrés de síntomas positivos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	9,116 ^a	8	1,139	2,859	,005	,104
Intersección edad	70,832	1	70,832	177,743	,000	,473
PERSIS	2,577	1	2,577	6,466	,012	,032
VIOLEN	,109	1	,109	,275	,601	,001
CONFLI	,453	1	,453	1,137	,288	,006
PERSIS * VIOLEN	1,032	1	1,032	2,589	,109	,013
PERSIS * CONFLI	1,187	1	1,187	2,979	,086	,015
VIOLEN * CONFLI	,407	1	,407	1,021	,313	,005
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,164	1	,164	,411	,522	,002
Error	,431	1	,431	1,081	,300	,005
Total	78,905	198	,399			
Total corregida	821,259	207				
	88,020	206				

a. R cuadrado = ,104 (R cuadrado corregida = ,067)

d) Somatización:

La media mayor en Somatización corresponde al subgrupo más persistente y conflictivo pero menos violento (13,73) en tanto que la menor se halla en los sujetos menos persistentes y violentos pero más conflictivos (6,50) (Tabla 25); ningún resultado es significativo, tampoco para la edad (Tabla 26).

Tabla 25
Estadísticos descriptivos: somatización

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	8,89	7,963	56
		Más conflictividad	6,50	5,621	16
		Total	8,36	7,536	72
	Más violencia	Menos conflictividad	8,07	8,472	15
		Más conflictividad	9,47	8,682	19
		Total	8,85	8,489	34
	Total	Menos conflictividad	8,72	8,018	71
		Más conflictividad	8,11	7,490	35
		Total	8,52	7,817	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	9,56	9,351	18
		Más conflictividad	13,73	11,171	15
		Total	11,45	10,272	33
	Más violencia	Menos conflictividad	8,38	5,867	13
		Más conflictividad	10,49	7,249	55
		Total	10,09	7,015	68
	Total	Menos conflictividad	9,06	7,979	31
		Más conflictividad	11,19	8,261	70
		Total	10,53	8,195	101

Total	Menos violencia	Menos conflictividad	9,05	8,259	74
		Más conflictividad	10,00	9,356	31
		Total	9,33	8,563	105
	Más violencia	Menos conflictividad	8,21	7,249	28
		Más conflictividad	10,23	7,593	74
		Total	9,68	7,519	102
	Total	Menos conflictividad	8,82	7,968	102
		Más conflictividad	10,16	8,108	105
		Total	9,50	8,048	207

Tabla 26
Pruebas de los efectos inter-sujetos: somatización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	534,521 ^a	7	76,360	1,186	,312	,040
Intersección	13524,914	1	13524,914	210,151	,000	,514
PERSIS	204,361	1	204,361	3,175	,076	,016
VIOLLEN	12,313	1	12,313	,191	,662	,001
CONFLI	67,320	1	67,320	1,046	,308	,005
PERSIS * VIOLLEN	103,229	1	103,229	1,604	,207	,008
PERSIS * CONFLI	126,748	1	126,748	1,969	,162	,010
VIOLLEN * CONFLI	7,164	1	7,164	,111	,739	,001
PERSIS * VIOLLEN * CONFLI	82,672	1	82,672	1,285	,258	,006
Error	12807,227	199	64,358			
Total	32033,000	207				
Total corregida	13341,749	206				

a. R cuadrado = ,040 (R cuadrado corregida = ,006)

e) Obsesiones y compulsiones:

La media mayor corresponde al subgrupo más persistente, violento y conflictivo (12,55) mientras que la menor es la del subgrupo más persistente pero menos violento y conflictivo (7,28) (Tabla 27). En el ANOVA, las diferencias no son significativas para ninguna variable ni para las interacciones entre ellas, tampoco la variable controlada, edad, resulta relacionada (Tabla28).

Tabla 27
Estadísticos descriptivos: obsesión compulsión

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	8,30	6,333	56
		Más conflictividad	10,00	6,033	16
		Total	8,68	6,266	72
	Más violencia	Menos conflictividad	8,87	6,232	15
		Más conflictividad	10,63	7,289	19
		Total	9,85	6,801	34
	Total	Menos conflictividad	8,42	6,272	71
		Más conflictividad	10,34	6,655	35
		Total	9,06	6,433	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,28	5,717	18
		Más conflictividad	11,67	7,316	15
		Total	9,27	6,761	33
	Más violencia	Menos conflictividad	11,15	4,356	13
		Más conflictividad	12,55	6,901	55
		Total	12,28	6,487	68
	Total	Menos conflictividad	8,90	5,467	31
		Más conflictividad	12,36	6,947	70
		Total	11,30	6,696	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	8,05	6,166	74
		Más conflictividad	10,81	6,625	31
		Total	8,87	6,399	105
	Más violencia	Menos conflictividad	9,93	5,470	28
		Más conflictividad	12,05	7,003	74
		Total	11,47	6,660	102
	Total	Menos conflictividad	8,57	6,016	102
		Más conflictividad	11,69	6,885	105
		Total	10,15	6,642	207

Tabla 28
Pruebas de los efectos inter-sujetos: obsesión compulsión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	853,688 ^a	8	106,711	2,566	,011	,094
Intersección	2175,741	1	2175,741	52,315	,000	,209
edad	121,597	1	121,597	2,924	,089	,015
PERSIS	84,651	1	84,651	2,035	,155	,010
VIOLEN	62,826	1	62,826	1,511	,221	,008
CONFLI	114,420	1	114,420	2,751	,099	,014
PERSIS * VIOLEN	33,206	1	33,206	,798	,373	,004
PERSIS * CONFLI	28,104	1	28,104	,676	,412	,003
VIOLEN * CONFLI	19,850	1	19,850	,477	,490	,002
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	20,973	1	20,973	,504	,478	,003
Error	8234,669	198	41,589			
Total	30413,000	207				
Total corregida	9088,357	206				

a. R cuadrado = ,094 (R cuadrado corregida = ,057)

f) Sensibilidad interpersonal:

La media mayor corresponde a los sujetos más persistentes y violentos pero menos conflictivos (9,38), estando la menor (6,00) en el subgrupo menos persistente, violento y conflictivo (Tabla 29). El ANOVA no muestra resultados significativos de las variables independientes o de sus interacciones, tampoco para la variable controlada, edad (Tabla 30).

Tabla 29
Estadísticos descriptivos: sensibilidad interpersonal

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,00	5,002	56
		Más conflictividad	7,69	5,839	16
		Total	6,38	5,204	72
	Más violencia	Menos conflictividad	6,73	4,044	15
		Más conflictividad	7,16	4,969	19
		Total	6,97	4,523	34
	Total	Menos conflictividad	6,15	4,798	71
		Más conflictividad	7,40	5,309	35
		Total	6,57	4,982	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,72	6,578	18
		Más conflictividad	8,87	6,875	15
		Total	7,15	6,797	33
	Más violencia	Menos conflictividad	9,38	5,531	13
		Más conflictividad	8,25	5,386	55
		Total	8,47	5,391	68
	Total	Menos conflictividad	7,26	6,335	31
		Más conflictividad	8,39	5,688	70
		Total	8,04	5,885	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,93	5,380	74
		Más conflictividad	8,26	6,282	31
		Total	6,62	5,730	105
	Más violencia	Menos conflictividad	7,96	4,887	28
		Más conflictividad	7,97	5,271	74
		Total	7,97	5,144	102
	Total	Menos conflictividad	6,49	5,304	102
		Más conflictividad	8,06	5,559	105
		Total	7,29	5,478	207

Tabla 30
Pruebas de los efectos inter-sujetos: sensibilidad interpersonal

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	290,429 ^a	7	41,490	1,401	,207	,047
Intersección	8577,939	1	8577,939	289,729	,000	,593
PERSIS	51,840	1	51,840	1,751	,187	,009
VIOLN	25,393	1	25,393	,858	,356	,004
CONFLI	40,835	1	40,835	1,379	,242	,007
PERSIS * VIOLN	19,432	1	19,432	,656	,419	,003
PERSIS * CONFLI	,023	1	,023	,001	,978	,000
VIOLN * CONFLI	73,536	1	73,536	2,484	,117	,012
PERSIS * VIOLN * CONFLI	21,751	1	21,751	,735	,392	,004
Error	5891,755	199	29,607			
Total	17168,000	207				
Total corregida	6182,184	206				

a. R cuadrado = ,047 (R cuadrado corregida = ,013)

g) Depresión:

La media mayor está en el subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo (20,73) y la menor en el más persistente, menos violento y menos conflictivo (11,11) (Tabla 31). El ANOVA explica el 10,1% de la varianza, muestra efectos moderados para la variable Conflictividad así como para la interacción de las tres variables independientes, aunque el tamaño es pequeño (Tabla 32). En los gráficos 14 a 19 se observa que a los sujetos menos persistentes y violentos no les afecta ser o no conflictivos para depresión pero, si son persistentes, ésta disminuye ligeramente y si son más conflictivos además de persistentes aumenta notablemente; en los más violentos, Persistencia aumenta más la depresión en los menos conflictivos y Conflictividad causa el mismo efecto en los menos persistentes.

Tabla 31
Estadísticos descriptivos: depresión

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	14,20	7,605	56
		Más conflictividad	14,06	8,169	16
		Total	14,17	7,675	72
	Más violencia	Menos conflictividad	13,93	9,246	15
		Más conflictividad	17,63	9,805	19
		Total	16,00	9,601	34
	Total	Menos conflictividad	14,14	7,909	71
		Más conflictividad	16,00	9,143	35
		Total	14,75	8,339	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	11,11	8,352	18
		Más conflictividad	20,73	10,236	15
		Total	15,48	10,323	33
	Más violencia	Menos conflictividad	17,31	6,047	13
		Más conflictividad	18,89	8,730	55
		Total	18,59	8,268	68
	Total	Menos conflictividad	13,71	7,988	31
		Más conflictividad	19,29	9,027	70
		Total	17,57	9,058	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	13,45	7,848	74
		Más conflictividad	17,29	9,682	31
		Total	14,58	8,566	105
	Más violencia	Menos conflictividad	15,50	7,970	28
		Más conflictividad	18,57	8,966	74
		Total	17,73	8,773	102
	Total	Menos conflictividad	14,01	7,896	102
		Más conflictividad	18,19	9,155	105
		Total	16,13	8,790	207

Tabla 32
Pruebas de los efectos inter-sujetos: depresión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1601,521 ^a	7	228,789	3,180	,003	,101
Intersección	39210,136	1	39210,136	545,043	,000	,733
PERSIS	162,010	1	162,010	2,252	,135	,011
VIOLEN	140,720	1	140,720	1,956	,163	,010
CONFLI	523,153	1	523,153	7,272	,008	,035
PERSIS * VIOLEN	2,635	1	2,635	,037	,848	,000
PERSIS * CONFLI	140,022	1	140,022	1,946	,165	,010
VIOLEN * CONFLI	42,442	1	42,442	,590	,443	,003
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	337,964	1	337,964	4,698	,031	,023
Error	14315,957	199	71,939			
Total	69777,000	207				
Total corregida	15917,478	206				

a. R cuadrado = ,101 (R cuadrado corregida = ,069)

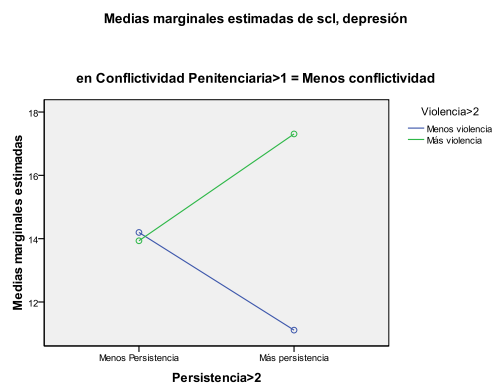


Gráfico 14. Depresión para menos conflictividad

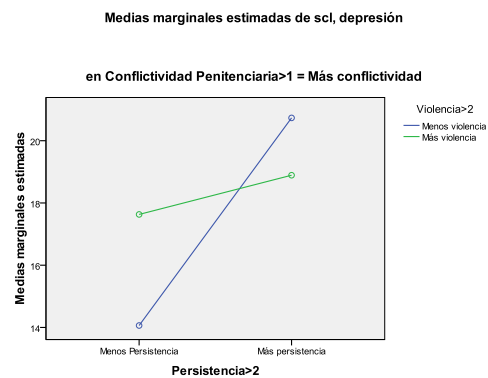


Gráfico 15. Depresión para más conflictividad

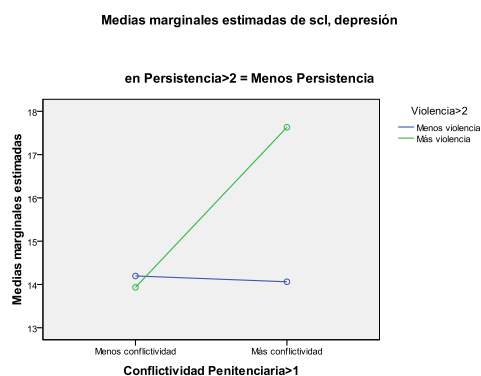


Gráfico 16. Depresión para menos persistencia

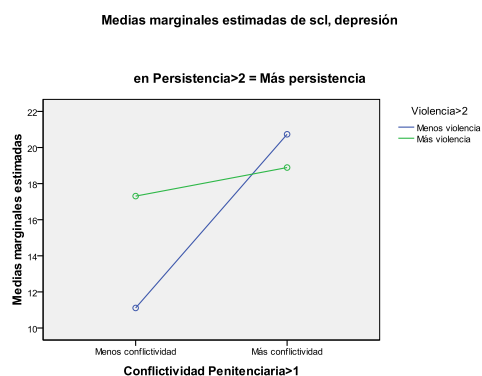


Gráfico 17. Depresión para más persistencia

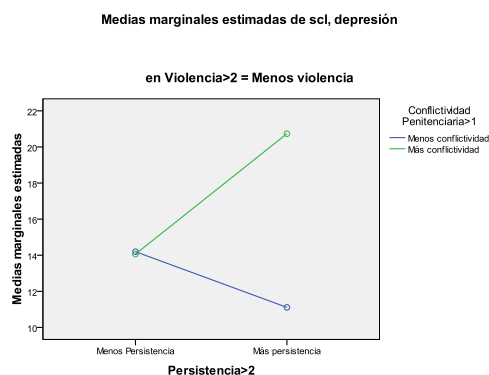


Gráfico 18. P Depresión para menos violencia

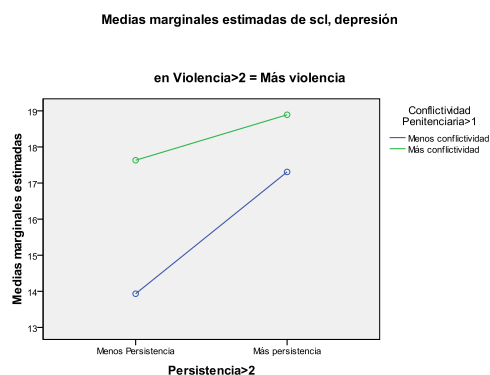


Gráfico 19. Depresión para más violencia

h) Ansiedad:

Controlada la edad, la media mayor es del subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo (12,47) y la menor del más persistente, menos violento y menos conflictivo (5,61) (Tabla 33). El ANOVA muestra efectos significativos moderado para Conflictividad y para la interacción de Persistencia y Conflictividad, explicando el 15,9% de la varianza (Tabla 34). El gráfico 20 indica como la diferencia aumenta en los sujetos más persistentes cuando además son más conflictivos.

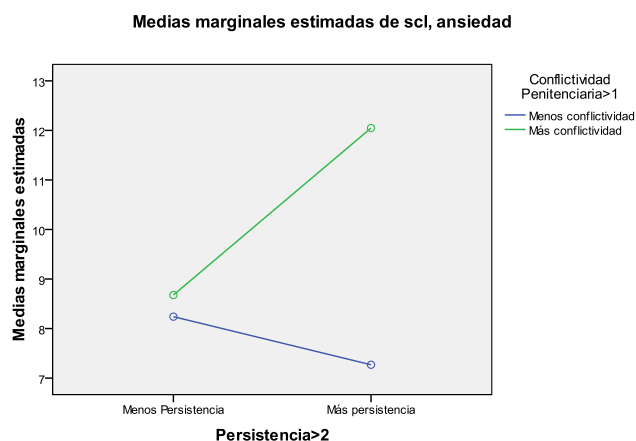
Tabla 33
Estadísticos descriptivos: ansiedad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,59	7,340	56
		Más conflictividad	8,25	5,247	16
		Total	7,74	6,902	72
	Más violencia	Menos conflictividad	8,00	7,171	15
		Más conflictividad	11,84	7,960	19
		Total	10,15	7,754	34
	Total	Menos conflictividad	7,68	7,256	71
		Más conflictividad	10,20	6,999	35
		Total	8,51	7,238	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,61	5,489	18
		Más conflictividad	12,47	8,323	15
		Total	8,73	7,637	33
	Más violencia	Menos conflictividad	8,00	5,759	13
		Más conflictividad	11,73	6,759	55
		Total	11,01	6,704	68
	Total	Menos conflictividad	6,61	5,637	31
		Más conflictividad	11,89	7,064	70
		Total	10,27	7,067	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	7,11	6,953	74
		Más conflictividad	10,29	7,119	31
		Total	8,05	7,119	105
	Más violencia	Menos conflictividad	8,00	6,435	28
		Más conflictividad	11,76	7,030	74
		Total	10,73	7,045	102
	Total	Menos conflictividad	7,35	6,795	102
		Más conflictividad	11,32	7,054	105
		Total	9,37	7,192	207

Tabla 34
Pruebas de los efectos inter-sujetos: ansiedad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1694,981 ^a	8	211,873	4,682	,000	,159
Intersección	3236,951	1	3236,951	71,538	,000	,265
edad	624,885	1	624,885	13,810	,000	,065
PERSIS	53,764	1	53,764	1,188	,277	,006
VIOLEN	34,939	1	34,939	,772	,381	,004
CONFLI	240,925	1	240,925	5,325	,022	,026
PERSIS * VIOLEN	9,459	1	9,459	,209	,648	,001
PERSIS * CONFLI	176,235	1	176,235	3,895	,050	,019
VIOLEN * CONFLI	,070	1	,070	,002	,969	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	88,180	1	88,180	1,949	,164	,010
Error	8959,116	198	45,248			
Total	28817,000	207				
Total corregida	10654,097	206				

a. R cuadrado = ,159 (R cuadrado corregida = ,125)



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 35,15

Gráfico 20. Interacción Persistencia-Conflictividad en ansiedad

i) Hostilidad:

La mayor media (7,40) la encontramos en el subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo, y la menor en el menos persistente, más violento y menos conflictivo (1,67) (Tabla 35). Después de eliminar los efectos de la edad, los resultados explican el 21,2% de la varianza y son significativos para Persistencia y Conflictividad, ésta con un efecto considerable (Tabla 36); no son significativas las interacciones.

Tabla 35
Estadísticos descriptivos: hostilidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,34	3,978	56
		Más conflictividad	5,31	5,425	16
		Total	3,00	4,475	72
	Más violencia	Menos conflictividad	1,67	2,225	15
		Más conflictividad	6,26	5,971	19
		Total	4,24	5,188	34
	Total	Menos conflictividad	2,20	3,675	71
		Más conflictividad	5,83	5,665	35
		Total	3,40	4,726	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,56	3,148	18
		Más conflictividad	7,40	5,316	15
		Total	4,76	4,861	33
	Más violencia	Menos conflictividad	4,15	6,230	13
		Más conflictividad	7,00	5,712	55
		Total	6,46	5,875	68
	Total	Menos conflictividad	3,23	4,667	31
		Más conflictividad	7,09	5,594	70
		Total	5,90	5,597	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	2,39	3,774	74
		Más conflictividad	6,32	5,388	31
		Total	3,55	4,649	105
	Más violencia	Menos conflictividad	2,82	4,627	28
		Más conflictividad	6,81	5,747	74
		Total	5,72	5,727	102
	Total	Menos conflictividad	2,51	4,007	102
		Más conflictividad	6,67	5,622	105
		Total	4,62	5,307	207

Tabla 36
Pruebas de los efectos inter-sujetos: hostilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1228,967 ^a	8	153,621	6,650	,000	,212
Intersección	980,631	1	980,631	42,451	,000	,177
edad	240,862	1	240,862	10,427	,001	,050
PERSIS	120,629	1	120,629	5,222	,023	,026
VIOLN	,293	1	,293	,013	,910	,000
CONFLI	338,836	1	338,836	14,668	,000	,069
PERSIS * VIOLN	3,159	1	3,159	,137	,712	,001
PERSIS * CONFLI	7,053	1	7,053	,305	,581	,002
VIOLN * CONFLI	,219	1	,219	,009	,923	,000
PERSIS * VIOLN * CONFLI	28,859	1	28,859	1,249	,265	,006
Error	4573,883	198	23,100			
Total	10218,000	207				
Total corregida	5802,850	206				

a. R cuadrado = ,212 (R cuadrado corregida = ,180)

j) Ansiedad fóbica:

Presentan una media mayor los sujetos más persistentes, violentos y conflictivos (3,45), mientras que la menor corresponde al subgrupo más persistente pero menos violento y conflictivo (1,56) (Tabla 37). Sin embargo, ninguna variable ni sus interacciones resultan significativas (Tabla 38).

Tabla 37
Estadísticos descriptivos: ansiedad fóbica

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,29	3,043	56
		Más conflictividad	2,69	1,621	16
		Total	2,38	2,785	72
	Más violencia	Menos conflictividad	1,80	2,145	15
		Más conflictividad	2,47	3,580	19
		Total	2,18	3,010	34
	Total	Menos conflictividad	2,18	2,870	71
		Más conflictividad	2,57	2,821	35
		Total	2,31	2,846	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,56	2,332	18
		Más conflictividad	2,67	4,203	15
		Total	2,06	3,307	33
	Más violencia	Menos conflictividad	1,85	2,911	13
		Más conflictividad	3,45	3,770	55
		Total	3,15	3,658	68
	Total	Menos conflictividad	1,68	2,548	31
		Más conflictividad	3,29	3,849	70
		Total	2,79	3,567	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	2,11	2,889	74
		Más conflictividad	2,68	3,092	31
		Total	2,28	2,947	105
	Más violencia	Menos conflictividad	1,82	2,480	28
		Más conflictividad	3,20	3,723	74
		Total	2,82	3,471	102
	Total	Menos conflictividad	2,03	2,773	102
		Más conflictividad	3,05	3,542	105
		Total	2,55	3,220	207

Tabla 38
Pruebas de los efectos inter-sujetos: ansiedad fóbica

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	99,827 ^a	8	12,478	1,214	,293	,047
Intersección	154,720	1	154,720	15,050	,000	,071
edad	17,622	1	17,622	1,714	,192	,009
PERSIS	1,228	1	1,228	,119	,730	,001
VIOLEN	,013	1	,013	,001	,971	,000
CONFLI	20,105	1	20,105	1,956	,164	,010
PERSIS * VIOLEN	8,112	1	8,112	,789	,375	,004
PERSIS * CONFLI	10,124	1	10,124	,985	,322	,005
VIOLEN * CONFLI	1,492	1	1,492	,145	,704	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,170	1	,170	,017	,898	,000
Error	2035,487	198	10,280			
Total	3477,000	207				
Total corregida	2135,314	206				

a. R cuadrado = ,047 (R cuadrado corregida = ,008)

k) Ideación paranoide:

El subgrupo más persistente, violento y conflictivo presenta la mayor media (9,02) y el subgrupo menos persistente, violento y conflictivo presenta la menor (5,23) (Tabla 39). Sin embargo, ninguna diferencia resulta significativa (Tabla 40).

Tabla 39
Estadísticos descriptivos: ideación paranoide

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,23	3,448	56
		Más conflictividad	6,00	5,279	16
		Total	5,40	3,899	72
	Más violencia	Menos conflictividad	6,93	4,301	15
		Más conflictividad	7,95	4,916	19
		Total	7,50	4,614	34
	Total	Menos conflictividad	5,59	3,678	71
		Más conflictividad	7,06	5,104	35
		Total	6,08	4,235	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,06	5,886	18
		Más conflictividad	8,27	4,862	15
		Total	7,06	5,477	33
	Más violencia	Menos conflictividad	7,08	3,968	13
		Más conflictividad	9,02	5,314	55
		Total	8,65	5,116	68
	Total	Menos conflictividad	6,48	5,118	31
		Más conflictividad	8,86	5,196	70
		Total	8,13	5,262	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,43	4,142	74

	Más conflictividad	7,10	5,127	31
	Total	5,92	4,495	105
Más violencia	Menos conflictividad	7,00	4,073	28
	Más conflictividad	8,74	5,203	74
	Total	8,26	4,961	102
Total	Menos conflictividad	5,86	4,163	102
	Más conflictividad	8,26	5,211	105
	Total	7,08	4,863	207

Tabla 40
Pruebas de los efectos inter-sujetos: ideación paranoide

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	553,938 ^a	8	69,242	3,176	,002	,114
Intersección edad	1160,878	1	1160,878	53,246	,000	,212
PERSIS	82,821	1	82,821	3,799	,053	,019
VIOLLEN	65,035	1	65,035	2,983	,086	,015
CONFLI	53,706	1	53,706	2,463	,118	,012
PERSIS * VIOLLEN	39,801	1	39,801	1,826	,178	,009
PERSIS * CONFLI	7,275	1	7,275	,334	,564	,002
VIOLLEN * CONFLI	25,736	1	25,736	1,180	,279	,006
PERSIS * VIOLLEN * CONFLI	,001	1	,001	,000	,995	,000
Error	,437	1	,437	,020	,888	,000
Total	4316,825	198	21,802			
Total corregida	15239,000	207				
	4870,763	206				

a. R cuadrado = ,114 (R cuadrado corregida = ,078)

1) Psicoticismo:

La media mayor se encuentra en el subgrupo más persistente pero menos violento y más conflictivo (9,27) y la menor en el menos persistente, violento y conflictivo (4,00) (Tabla 41). Una vez controlada la edad, las diferencias son significativas para Persistencia y Conflictividad con efectos moderados, teniendo más de tres puntos por encima la media de los más persistentes y los más conflictivos respecto a los menos, sin que sea significativo ningún efecto de interacción, explicando un 14,9% de la varianza (Tabla 42).

Tabla 41
Estadísticos descriptivos: psicoticismo

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,00	4,156	56
		Más conflictividad	6,06	3,768	16
		Total	4,46	4,138	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,60	4,306	15
		Más conflictividad	7,68	8,334	19
		Total	6,32	6,940	34
	Total	Menos conflictividad	4,13	4,164	71
		Más conflictividad	6,94	6,611	35
		Total	5,06	5,242	106
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,61	5,192	18
		Más conflictividad	9,27	6,552	15
		Total	7,27	6,043	33
	Más violencia	Menos conflictividad	5,54	3,282	13
		Más conflictividad	8,96	6,719	55
		Total	8,31	6,337	68
	Total	Menos conflictividad	5,58	4,425	31
		Más conflictividad	9,03	6,638	70
		Total	7,97	6,231	101
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	4,39	4,447	74
		Más conflictividad	7,61	5,457	31
		Total	5,34	4,965	105
	Más violencia	Menos conflictividad	5,04	3,825	28
		Más conflictividad	8,64	7,130	74
		Total	7,65	6,577	102
	Total	Menos conflictividad	4,57	4,276	102
		Más conflictividad	8,33	6,670	105
		Total	6,48	5,915	207

Tabla 42
Pruebas de los efectos inter-sujetos: psicoticismo

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1071,330 ^a	8	133,916	4,321	,000	,149
Intersección	1254,173	1	1254,173	40,468	,000	,170
edad	162,690	1	162,690	5,249	,023	,026
PERSIS	164,630	1	164,630	5,312	,022	,026
VIOLN	2,012	1	2,012	,065	,799	,000
CONFLI	214,933	1	214,933	6,935	,009	,034
PERSIS * VIOLN	13,924	1	13,924	,449	,503	,002
PERSIS * CONFLI	24,876	1	24,876	,803	,371	,004
VIOLN * CONFLI	1,737	1	1,737	,056	,813	,000
PERSIS * VIOLN * CONFLI	3,045	1	3,045	,098	,754	,000
Error	6136,322	198	30,992			
Total	15895,000	207				
Total corregida	7207,652	206				

a. R cuadrado = ,149 (R cuadrado corregida = ,114)

m) Ítem adicional:

El grupo más persistente, violento y conflictivo tiene la mayor media (12,44) y la menor corresponde al que lo es menos (7,15), siendo significativas las diferencias para Conflictividad, una vez controlado el efecto de la edad (Tabla 43). Ninguna interacción alcanza suficiente nivel de significación pero Persistencia y Conflictividad están cerca (Tabla 44).

Tabla 43
Estadísticos descriptivos: ítem adicional

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad Penitenciaria>1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,15	5,416	54
		Más conflictividad	7,69	3,877	16
		Total	7,27	5,085	70
	Más violencia	Menos conflictividad	8,07	6,296	15
		Más conflictividad	10,16	5,900	19
		Total	9,24	6,076	34
	Total	Menos conflictividad	7,35	5,583	69
		Más conflictividad	9,03	5,159	35
		Total	7,91	5,477	104
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,78	4,519	18
		Más conflictividad	12,33	5,851	15
		Total	9,30	5,807	33
	Más violencia	Menos conflictividad	8,17	4,802	12
		Más conflictividad	12,44	10,112	54
		Total	11,66	9,489	66
	Total	Menos conflictividad	7,33	4,604	30
		Más conflictividad	12,42	9,314	69
		Total	10,88	8,484	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	7,06	5,178	72
		Más conflictividad	9,94	5,391	31
		Total	7,92	5,383	103
	Más violencia	Menos conflictividad	8,11	5,577	27
		Más conflictividad	11,85	9,219	73
		Total	10,84	8,530	100
	Total	Menos conflictividad	7,34	5,282	99
		Más conflictividad	11,28	8,285	104
		Total	9,36	7,240	203

Tabla 44
Pruebas de los efectos inter-sujetos: ítem adicional

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1326,939 ^a	8	165,867	3,474	,001	,125
Intersección	2117,741	1	2117,741	44,355	,000	,186
edad	198,888	1	198,888	4,166	,043	,021
PERSIS	149,605	1	149,605	3,133	,078	,016

VIOLEN	32,383	1	32,383	,678	,411	,003
CONFLI	217,768	1	217,768	4,561	,034	,023
PERSIS * VIOLEN	7,816	1	7,816	,164	,686	,001
PERSIS * CONFLI	177,414	1	177,414	3,716	,055	,019
VIOLEN * CONFLI	,515	1	,515	,011	,917	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	15,253	1	15,253	,319	,573	,002
Error	9262,552	194	47,745			
Total	28368,063	203				
Total corregida	10589,491	202				

a. R cuadrado = ,125 (R cuadrado corregida = ,089)

4.4.2.4. Persistencia, Violencia y Conflictividad respecto a Rasgos de Personalidad

Analizamos las diferencias en los 16 factores de personalidad del 16-PF forma C para nivel cultural bajo, en los 8 subgrupos resultantes de combinar las tres variables independientes; se analizan también los cuatro factores de segundo orden por su semejanza, (que no correspondencia) con los cinco factores establecidos en la forma más actualizada de la prueba, su fifth edition (Cattell, Cattell, y Cattell, 1993).

a) Afabilidad:

El subgrupo menos persistente, más violento y más conflictivo tiene la media más alta (6,84) y el más persistente, menos violento y menos conflictivo es el que tiene la más baja (5,63) (Tabla 45), pero ninguna diferencia es significativa (Tabla 46).

Tabla 45
Estadísticos descriptivos: Afabilidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,60	2,514	55
		Más conflictividad	6,00	2,550	17
		Total	6,46	2,517	72
	Más violencia	Menos conflictividad	6,43	2,441	14
		Más conflictividad	6,84	2,892	19
		Total	6,67	2,677	33
	Total	Menos conflictividad	6,57	2,482	69
		Más conflictividad	6,44	2,730	36
		Total	6,52	2,557	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,63	2,306	16
		Más conflictividad	6,13	2,232	15
		Total	5,87	2,247	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,15	2,609	13
		Más conflictividad	5,87	2,389	55
		Total	5,93	2,415	68

Total	Total	Menos conflictividad	5,86	2,416	29
		Más conflictividad	5,93	2,343	70
		Total	5,91	2,352	99
	Menos violencia	Menos conflictividad	6,38	2,486	71
		Más conflictividad	6,06	2,368	32
		Total	6,28	2,443	103
	Más violencia	Menos conflictividad	6,30	2,478	27
		Más conflictividad	6,12	2,543	74
		Total	6,17	2,514	101
	Total	Menos conflictividad	6,36	2,471	98
		Más conflictividad	6,10	2,480	106
		Total	6,23	2,473	204

Tabla 46
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Afabilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	42,276 ^a	8	5,285	,859	,552	,034
Intersección	340,942	1	340,942	55,433	,000	,221
edad	13,089	1	13,089	2,128	,146	,011
PERSIS	14,038	1	14,038	2,282	,132	,012
VIOLEN	3,025	1	3,025	,492	,484	,003
CONFLI	1,075	1	1,075	,175	,676	,001
PERSIS * VIOLEN	,501	1	,501	,081	,776	,000
PERSIS * CONFLI	,001	1	,001	,000	,991	,000
VIOLEN * CONFLI	,126	1	,126	,021	,886	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	7,843	1	7,843	1,275	,260	,006
Error	1199,351	195	6,151			
Total	9148,000	204				
Total corregida	1241,627	203				

a. R cuadrado = ,034 (R cuadrado corregida = -,006)

b) Razonamiento:

La media mayor corresponde a los sujetos más persistentes, menos violentos y menos conflictivos (4,19), la menor está en el subgrupo menos persistente, menos violento y más conflictivos (3,06) (Tabla 47), pero las diferencias no son significativas, exceptuando la variable controlada, edad (Tabla 48).

Tabla 47
Estadísticos descriptivos: Razonamiento

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	3,73	1,672	55
		Más conflictividad	3,06	1,713	17
		Total	3,57	1,694	72
	Más violencia	Menos conflictividad	3,57	1,785	14

Más persistencia	Total	Más conflictividad	3,68	1,734	19
		Total	3,64	1,729	33
		Menos conflictividad	3,70	1,683	69
		Más conflictividad	3,39	1,728	36
		Total	3,59	1,697	105
		Menos violencia			
	Menos violencia	Menos conflictividad	4,19	1,834	16
		Más conflictividad	3,80	1,568	15
		Total	4,00	1,693	31
		Más violencia			
	Más violencia	Menos conflictividad	3,69	1,494	13
		Más conflictividad	3,53	1,631	55
		Total	3,56	1,596	68
	Total	Menos conflictividad	3,97	1,679	29
		Más conflictividad	3,59	1,611	70
		Total	3,70	1,632	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	3,83	1,707	71
		Más conflictividad	3,41	1,663	32
		Total	3,70	1,697	103
	Más violencia	Menos conflictividad	3,63	1,621	27
		Más conflictividad	3,57	1,648	74
		Total	3,58	1,633	101
	Total	Menos conflictividad	3,78	1,678	98
		Más conflictividad	3,52	1,646	106
		Total	3,64	1,662	204

Tabla 48
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Razonamiento

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	16,535 ^a	8	2,067	,740	,656	,029
Intersección	119,203	1	119,203	42,702	,000	,180
edad	4,357	1	4,357	1,561	,213	,008
PERSIS	2,020	1	2,020	,724	,396	,004
VIOLEN	,078	1	,078	,028	,867	,000
CONFLI	1,150	1	1,150	,412	,522	,002
PERSIS * VIOLEN	3,799	1	3,799	1,361	,245	,007
PERSIS * CONFLI	,138	1	,138	,049	,824	,000
VIOLEN * CONFLI	2,390	1	2,390	,856	,356	,004
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,770	1	,770	,276	,600	,001
Error	544,343	195	2,792			
Total	3267,000	204				
Total corregida	560,877	203				

a. R cuadrado = ,029 (R cuadrado corregida = -,010)

c) Estabilidad:

El subgrupo con mayor media (6,20) es el menos persistente, violento y conflictivo en tanto que la menor media (4,54) es la que corresponde al subgrupo más

persistente, más violento y menos conflictivo (Tabla 49). Las diferencias son significativas para la variable Persistencia una vez controlada la edad, (0,8 puntos más de media los menos persistentes), resultando un efecto moderado (Tabla 50).

Tabla 49
Estadísticos descriptivos: Estabilidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,20	2,321	55
		Más conflictividad	5,88	2,619	17
		Total	6,12	2,379	72
	Más violencia	Menos conflictividad	6,43	2,472	14
		Más conflictividad	5,74	1,881	19
		Total	6,03	2,143	33
	Total	Menos conflictividad	6,25	2,335	69
		Más conflictividad	5,81	2,227	36
		Total	6,10	2,298	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,06	2,435	16
		Más conflictividad	5,20	1,971	15
		Total	5,65	2,229	31
	Más violencia	Menos conflictividad	4,54	2,332	13
		Más conflictividad	5,31	2,479	55
		Total	5,16	2,453	68
	Total	Menos conflictividad	5,38	2,470	29
		Más conflictividad	5,29	2,366	70
		Total	5,31	2,385	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	6,17	2,330	71
		Más conflictividad	5,56	2,327	32
		Total	5,98	2,335	103
	Más violencia	Menos conflictividad	5,52	2,548	27
		Más conflictividad	5,42	2,335	74
		Total	5,45	2,381	101
	Total	Menos conflictividad	5,99	2,396	98
		Más conflictividad	5,46	2,322	106
		Total	5,72	2,367	204

Tabla 50
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Estabilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	77,848 ^a	8	9,731	1,791	,081	,068
Intersección	234,324	1	234,324	43,120	,000	,181
edad	24,330	1	24,330	4,477	,036	,022
PERSIS	30,836	1	30,836	5,674	,018	,028
VIOLN	2,623	1	2,623	,483	,488	,002
CONFLI	,086	1	,086	,016	,900	,000
PERSIS * VIOLN	5,856	1	5,856	1,078	,301	,005
PERSIS * CONFLI	,246	1	,246	,045	,832	,000
VIOLN * CONFLI	3,790	1	3,790	,698	,405	,004

PERSIS * VIOLEN * CONFLI	9,171	1	9,171	1,688	,195	,009
Error	1059,661	195	5,434			
Total	7802,000	204				
Total corregida	1137,510	203				

a. R cuadrado = ,068 (R cuadrado corregida = ,030)

d) Dominancia:

La media mayor (6,76) corresponde al subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo y la menor al menos persistente, más violento y menos conflictivo (4,71) (Tabla 51). El ANOVA muestra efectos significativos para la variable Conflictividad, con un efecto moderado (Tabla 52), obteniendo los sujetos más conflictivos 0,7 puntos más de media que los menos conflictivos.

Tabla 51
Estadísticos descriptivos: Dominancia

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,16	1,813	55
		Más conflictividad	5,94	2,331	17
		Total	5,35	1,958	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,71	1,139	14
		Más conflictividad	5,63	1,832	19
		Total	5,24	1,621	33
	Total	Menos conflictividad	5,07	1,701	69
		Más conflictividad	5,78	2,058	36
		Total	5,31	1,852	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,63	1,821	16
		Más conflictividad	6,73	2,463	15
		Total	6,16	2,192	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,62	2,694	13
		Más conflictividad	5,84	2,115	55
		Total	5,79	2,216	68
	Total	Menos conflictividad	5,62	2,211	29
		Más conflictividad	6,03	2,207	70
		Total	5,91	2,204	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,27	1,812	71
		Más conflictividad	6,31	2,389	32
		Total	5,59	2,055	103
	Más violencia	Menos conflictividad	5,15	2,051	27
		Más conflictividad	5,78	2,036	74
		Total	5,61	2,049	101
	Total	Menos conflictividad	5,23	1,871	98
		Más conflictividad	5,94	2,151	106
		Total	5,60	2,047	204

Tabla 52
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Dominancia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	47,252 ^a	8	5,906	1,433	,185	,056
Intersección edad	446,921	1	446,921	108,451	,000	,357
PERSIS	1,448	1	1,448	,351	,554	,002
VIOLEN	14,181	1	14,181	3,441	,065	,017
CONFLI	7,002	1	7,002	1,699	,194	,009
PERSIS * VIOLEN	17,139	1	17,139	4,159	,043	,021
PERSIS * CONFLI	,038	1	,038	,009	,923	,000
VIOLEN * CONFLI	,112	1	,112	,027	,869	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	1,323	1	1,323	,321	,572	,002
Error	2,442	1	2,442	,593	,442	,003
Total	803,586	195	4,121			
Total corregida	7255,000	204				
	850,838	203				

a. R cuadrado = ,056 (R cuadrado corregida = ,017)

e) Animación:

El subgrupo menos persistente, más violento y más conflictivo tiene la mayor media (7,00) y la menor corresponde al subgrupo menos persistente, más violento y menos conflictivo (4,93) (Tabla 53). El ANOVA explica el 5,6% de la varianza, mostrando efectos pequeños pero significativos para la variable Conflictividad, obteniendo los sujetos más conflictivos 0,6 puntos de media por encima de los menos conflictivos (Tabla 54).

Tabla 53
Estadísticos descriptivos: Animación

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,98	1,967	55
		Más conflictividad	5,94	1,784	17
		Total	5,97	1,913	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,93	2,200	14
		Más conflictividad	7,00	1,944	19
		Total	6,12	2,274	33
	Total	Menos conflictividad	5,77	2,045	69
		Más conflictividad	6,50	1,920	36
		Total	6,02	2,024	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,38	2,247	16
		Más conflictividad	5,93	1,907	15
		Total	5,65	2,074	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,08	2,178	13

Total	Total	Más conflictividad	6,31	1,961	55
		Total	6,26	1,990	68
		Menos conflictividad	5,69	2,206	29
	Menos violencia	Más conflictividad	6,23	1,942	70
		Total	6,07	2,027	99
		Menos conflictividad	5,85	2,033	71
	Más violencia	Más conflictividad	5,94	1,813	32
		Total	5,87	1,959	103
		Menos conflictividad	5,48	2,225	27
	Total	Más conflictividad	6,49	1,967	74
		Total	6,22	2,077	101
		Menos conflictividad	5,74	2,082	98
Más conflictividad		6,32	1,930	106	
Total		6,04	2,020	204	

Tabla 54
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Animación

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	46,400 ^a	8	5,800	1,446	,180	,056
Intersección edad	441,838	1	441,838	110,148	,000	,361
PERSIS	,001	1	,001	,000	,991	,000
VIOLLEN	,055	1	,055	,014	,907	,000
CONFLI	2,733	1	2,733	,681	,410	,003
PERSIS * VIOLLEN	17,297	1	17,297	4,312	,039	,022
PERSIS * CONFLI	2,703	1	2,703	,674	,413	,003
VIOLLEN * CONFLI	3,484	1	3,484	,868	,353	,004
PERSIS * VIOLLEN * CONFLI	7,498	1	7,498	1,869	,173	,009
Error	13,974	1	13,974	3,484	,063	,018
Total	782,203	195	4,011			
Total corregida	8281,000	204				
	828,603	203				

a. R cuadrado = ,056 (R cuadrado corregida = ,017)

f) Atención a normas:

El subgrupo menos persistente y menos violento pero más conflictivo es el que tiene la mayor media (9,24), teniendo la menor los sujetos más persistentes y más violentos pero menos conflictivos (7,08) (Tabla 55). Las diferencias son significativas para las variables Persistencia y Conflictividad, con efectos moderados; los sujetos más persistentes obtienen medio punto más de media que los menos persistentes, y los conflictivos casi 0,6 puntos más que los menos conflictivos. El modelo explica el 6.6% de la varianza (Tabla 56).

Tabla 55
Estadísticos descriptivos: Atención a normas

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	8,89	2,594	55
		Más conflictividad	9,24	2,437	17
		Total	8,97	2,545	72
	Más violencia	Menos conflictividad	8,07	2,702	14
		Más conflictividad	9,11	2,961	19
		Total	8,67	2,858	33
	Total	Menos conflictividad	8,72	2,617	69
		Más conflictividad	9,17	2,689	36
		Total	8,88	2,637	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,56	3,286	16
		Más conflictividad	7,73	1,944	15
		Total	7,65	2,678	31
	Más violencia	Menos conflictividad	7,08	2,842	13
		Más conflictividad	9,05	2,635	55
		Total	8,68	2,767	68
	Total	Menos conflictividad	7,34	3,050	29
		Más conflictividad	8,77	2,549	70
		Total	8,35	2,768	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	8,59	2,796	71
		Más conflictividad	8,53	2,314	32
		Total	8,57	2,644	103
	Más violencia	Menos conflictividad	7,59	2,763	27
		Más conflictividad	9,07	2,701	74
		Total	8,67	2,782	101
	Total	Menos conflictividad	8,32	2,809	98
		Más conflictividad	8,91	2,591	106
		Total	8,62	2,707	204

Tabla 56
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Atención a normas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	97,647 ^a	8	12,206	1,712	,098	,066
Intersección	721,116	1	721,116	101,143	,000	,342
edad	7,463	1	7,463	1,047	,308	,005
PERSIS	39,807	1	39,807	5,583	,019	,028
VIOLEN	,003	1	,003	,000	,983	,000
CONFLI	35,335	1	35,335	4,956	,027	,025
PERSIS * VIOLEN	7,118	1	7,118	,998	,319	,005
PERSIS * CONFLI	,449	1	,449	,063	,802	,000
VIOLEN * CONFLI	14,719	1	14,719	2,065	,152	,010
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	2,842	1	2,842	,399	,529	,002
Error	1390,289	195	7,130			
Total	16655,000	204				
Total corregida	1487,936	203				

a. R cuadrado = ,066 (R cuadrado corregida = ,027)

g) Atrevimiento:

El subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo es el que obtiene mayor media (7,13) y la menor corresponde al menos persistente, más violento y menos conflictivo (4,43) (Tabla 57). El ANOVA obtiene efectos moderados y significativos para la variable Conflictividad, en el sentido de la relación positiva con la dependiente, y para la interacción de las tres variables independientes (Tabla 58); los sujetos menos violentos parecen ser más atrevidos cuando Conflictividad y Persistencia son altas pero los más violentos sólo son más atrevidos cuando son conflictivos pero la persistencia es menor. Los gráficos 21 a 26 ilustran la interacción.

Tabla 57
Estadísticos descriptivos: Atrevimiento

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,22	2,432	55
		Más conflictividad	6,00	2,372	17
		Total	6,17	2,403	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,43	2,065	14
		Más conflictividad	6,89	2,258	19
		Total	5,85	2,476	33
	Total	Menos conflictividad	5,86	2,457	69
		Más conflictividad	6,47	2,324	36
		Total	6,07	2,419	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,81	1,834	16
		Más conflictividad	7,13	2,446	15
		Total	6,45	2,219	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,62	1,609	13
		Más conflictividad	6,02	2,476	55
		Total	5,94	2,330	68
	Total	Menos conflictividad	5,72	1,709	29
		Más conflictividad	6,26	2,495	70
		Total	6,10	2,297	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	6,13	2,305	71
		Más conflictividad	6,53	2,436	32
		Total	6,25	2,342	103
	Más violencia	Menos conflictividad	5,00	1,922	27
		Más conflictividad	6,24	2,437	74
		Total	5,91	2,367	101
	Total	Menos conflictividad	5,82	2,254	98
		Más conflictividad	6,33	2,429	106
		Total	6,08	2,355	204

Tabla 58
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Atrevimiento

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	73,872 ^a	8	9,234	1,712	,098	,066
Intersección	495,675	1	495,675	91,904	,000	,320
edad	1,118	1	1,118	,207	,649	,001
PERSIS	3,038	1	3,038	,563	,454	,003
VIOLEN	11,980	1	11,980	2,221	,138	,011
CONFLI	31,116	1	31,116	5,769	,017	,029
PERSIS * VIOLEN	,376	1	,376	,070	,792	,000
PERSIS * CONFLI	,361	1	,361	,067	,796	,000
VIOLEN * CONFLI	7,316	1	7,316	1,356	,246	,007
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	30,391	1	30,391	5,635	,019	,028
Error	1051,712	195	5,393			
Total	8675,000	204				
Total corregida	1125,583	203				

a. R cuadrado = ,066 (R cuadrado corregida = ,027)

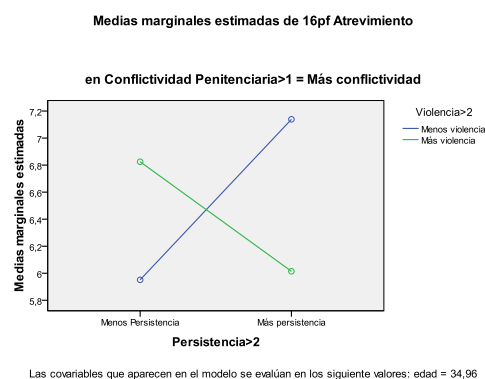
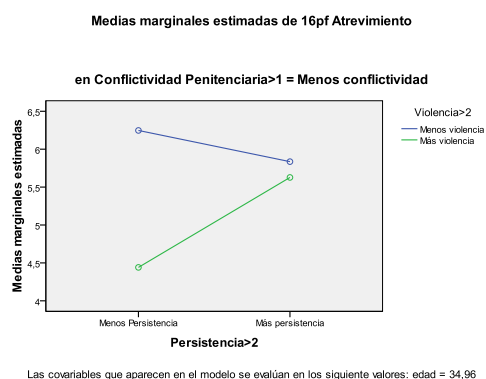


Gráfico 21. Atrevimiento en menos conflictividad

Gráfico 22. Atrevimiento en más conflictividad

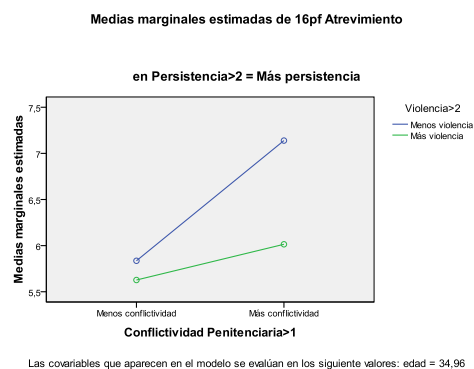
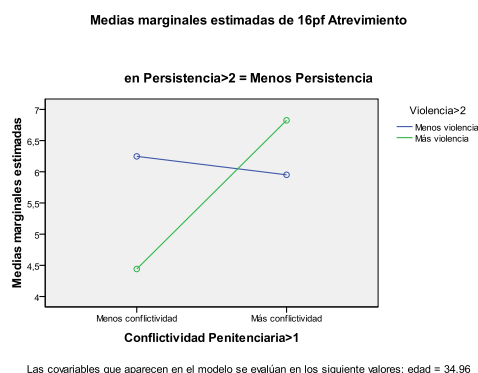


Gráfico 23. Atrevimiento en menos persistencia

Gráfico 24. Atrevimiento en más persistencia

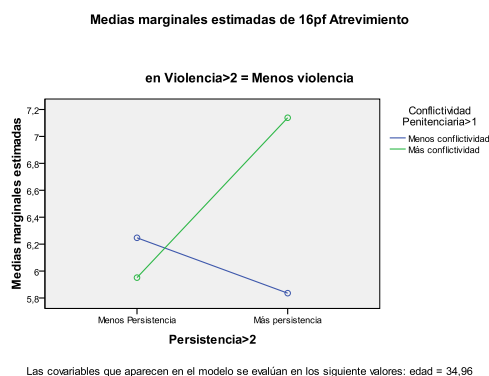


Gráfico 25. Atrevimiento en menos violencia

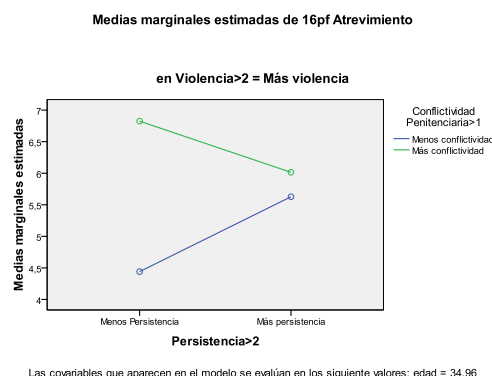


Gráfico 26. Atrevimiento en más violencia

h) Sensibilidad:

La media mayor la presenta el subgrupo menos persistente, menos violento y más conflictivo (4,94), en tanto que la menor corresponde al más persistente, más violento y menos conflictivo (3,46) (Tabla 59). Son significativos los efectos de la interacción de las tres variables independientes, aunque moderados (Tabla 60). Como puede verse en los gráficos 27 a 32, sensibilidad es ligeramente más alta con mayor Conflictividad y Violencia pero algo más baja con mayor Persistencia, salvo en los sujetos más conflictivos y violentos, quienes aumentan algo en sensibilidad a mayor Persistencia. En todo caso, la sensibilidad no aumenta al puntuar bajo en las tres variables independientes, sino al puntuar alto en las tres o en alguna de ellas siempre que ésta no sea Persistencia.

Tabla 59
Estadísticos descriptivos: Sensibilidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,07	2,348	55
		Más conflictividad	4,94	2,164	17
		Total	4,28	2,321	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,79	2,751	14
		Más conflictividad	3,89	1,197	19
		Total	4,27	2,020	33
	Total	Menos conflictividad	4,22	2,431	69
		Más conflictividad	4,39	1,777	36
		Total	4,28	2,221	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	3,75	2,620	16
		Más conflictividad	3,67	2,193	15
		Total	3,71	2,383	31
	Más violencia	Menos conflictividad	3,46	1,664	13
		Más conflictividad	4,38	1,705	55
		Total	4,21	1,724	68
	Total	Menos conflictividad	3,62	2,211	29

Total	Menos violencia	Más conflictividad	4,23	1,827	70
		Total	4,05	1,955	99
		Menos conflictividad	4,00	2,396	71
		Más conflictividad	4,34	2,238	32
		Total	4,11	2,343	103
	Más violencia	Menos conflictividad	4,15	2,349	27
		Más conflictividad	4,26	1,597	74
		Total	4,23	1,816	101
	Total	Menos conflictividad	4,04	2,372	98
		Más conflictividad	4,28	1,803	106
		Total	4,17	2,094	204

Tabla 60
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Sensibilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	34,704 ^a	8	4,338	,989	,446	,039
Intersección	176,886	1	176,886	40,313	,000	,171
edad	1,714	1	1,714	,391	,533	,002
PERSIS	15,182	1	15,182	3,460	,064	,017
VIOLEN	,064	1	,064	,015	,904	,000
CONFLI	2,421	1	2,421	,552	,459	,003
PERSIS * VIOLEN	1,282	1	1,282	,292	,589	,001
PERSIS * CONFLI	1,125	1	1,125	,256	,613	,001
VIOLEN * CONFLI	1,333	1	1,333	,304	,582	,002
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	17,837	1	17,837	4,065	,045	,020
Error	855,629	195	4,388			
Total	4432,000	204				
Total corregida	890,333	203				

a. R cuadrado = ,039 (R cuadrado corregida = ,000)

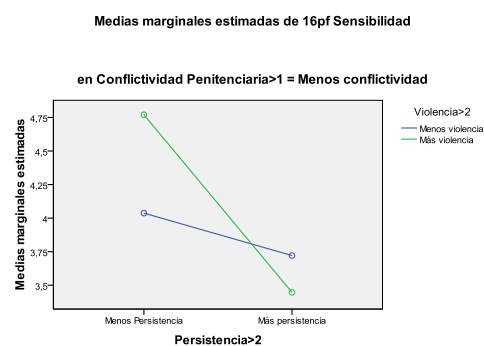


Gráfico 27. Sensibilidad en menos conflictividad

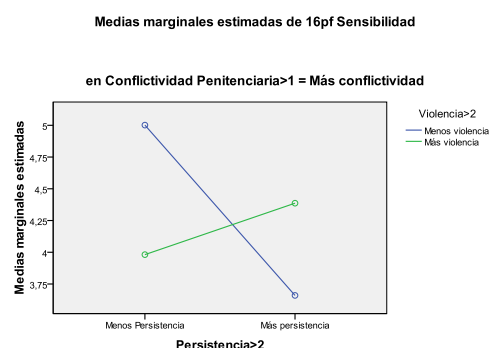


Gráfico 28. Sensibilidad en más conflictividad

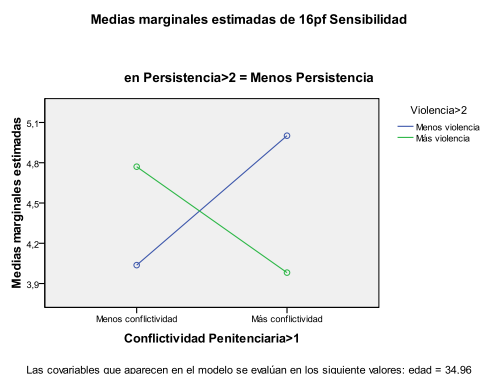


Gráfico 29. Sensibilidad en menos persistencia

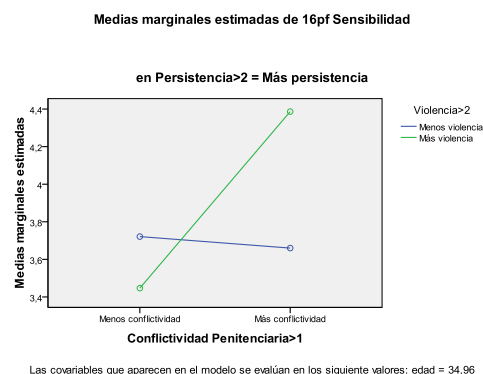


Gráfico 30. Sensibilidad en más persistencia

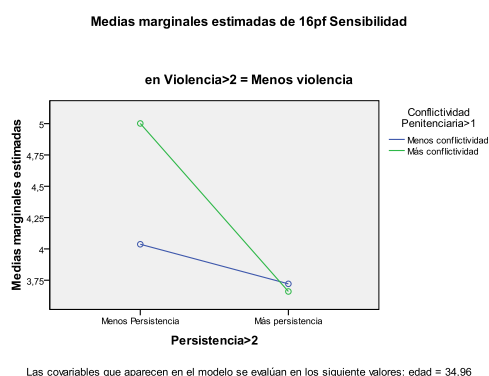


Gráfico 31. Sensibilidad en menos violencia

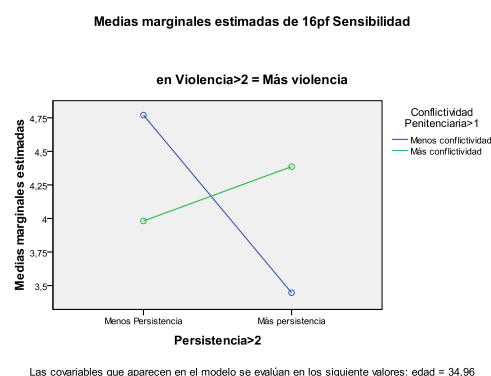


Gráfico 32. Sensibilidad en más violencia

i) Vigilancia:

La media más alta, 6,54, es del grupo más persistente y violento pero menos conflictivo y la más baja, 4,06, del más persistente pero menos violento y conflictivo (Tabla 61). Los efectos son significativos para Conflictividad y para las interacciones de Persistencia-Violencia y Violencia-Conflictividad, así como para la interacción entre las tres variables (Tabla 62). La vigilancia es mayor cuando hay menos Persistencia y Violencia y sobre todo cuando hay más Persistencia y Violencia, disminuyendo cuando se alternan salvo cuando Conflictividad es alta. Con alta Conflictividad, Persistencia no parece influir en vigilancia, siendo la media mayor para los sujetos menos violentos (Fig. 33 a 40).

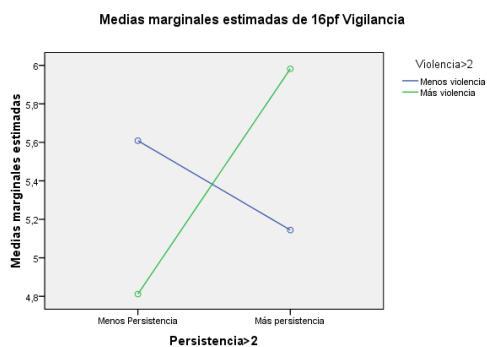
Tabla 61
Estadísticos descriptivos: Vigilancia

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,00	1,805	55
		Más conflictividad	6,24	2,166	17
		Total	5,29	1,953	72
	Más violencia	Menos conflictividad	4,57	1,785	14
		Más conflictividad	5,11	1,912	19
		Total	4,88	1,850	33
	Total	Menos conflictividad	4,91	1,797	69
		Más conflictividad	5,64	2,086	36
		Total	5,16	1,922	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,06	1,569	16
		Más conflictividad	6,20	1,612	15
		Total	5,10	1,904	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,54	2,367	13
		Más conflictividad	5,42	1,750	55
		Total	5,63	1,915	68
	Total	Menos conflictividad	5,17	2,300	29
		Más conflictividad	5,59	1,740	70
		Total	5,46	1,918	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	4,79	1,788	71
		Más conflictividad	6,22	1,896	32
		Total	5,23	1,931	103
	Más violencia	Menos conflictividad	5,52	2,276	27
		Más conflictividad	5,34	1,785	74
		Total	5,39	1,918	101
	Total	Menos conflictividad	4,99	1,950	98
		Más conflictividad	5,60	1,855	106
		Total	5,31	1,922	204

Tabla 62
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Vigilancia

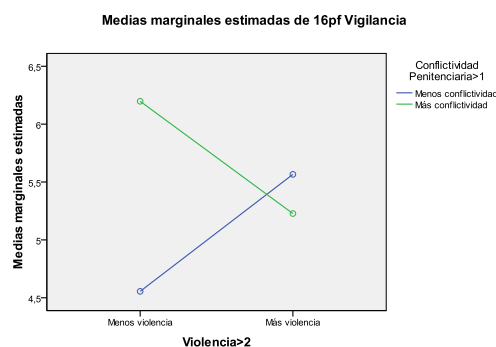
Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	86,275 ^a	8	10,784	3,171	,002	,115
Intersección	399,396	1	399,396	117,422	,000	,376
edad	,958	1	,958	,282	,596	,001
PERSIS	4,568	1	4,568	1,343	,248	,007
VIOLEN	,016	1	,016	,005	,946	,000
CONFLI	14,818	1	14,818	4,357	,038	,022
PERSIS * VIOLEN	25,105	1	25,105	7,381	,007	,036
PERSIS * CONFLI	,918	1	,918	,270	,604	,001
VIOLEN * CONFLI	36,894	1	36,894	10,847	,001	,053
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	15,286	1	15,286	4,494	,035	,023
Error	663,269	195	3,401			
Total	6499,000	204				
Total corregida	749,544	203				

a. R cuadrado = ,115 (R cuadrado corregida = ,079)



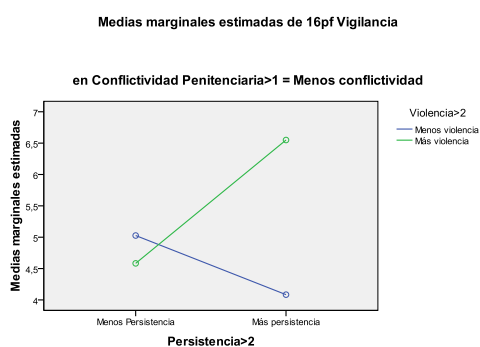
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 33. Vigilancia en Persistencia-Violencia



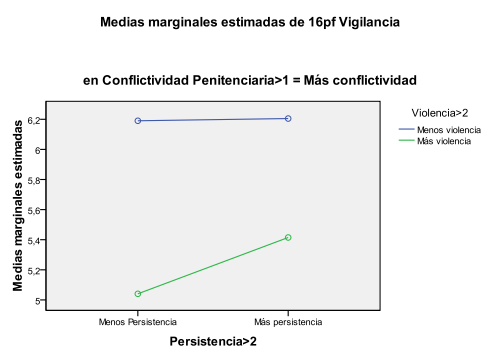
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 34. Vigilancia en Violencia-Conflictividad



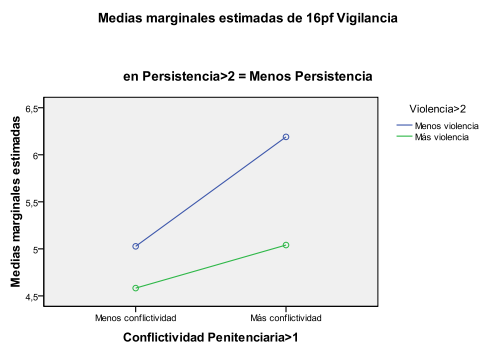
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 35. Vigilancia en menos conflictividad



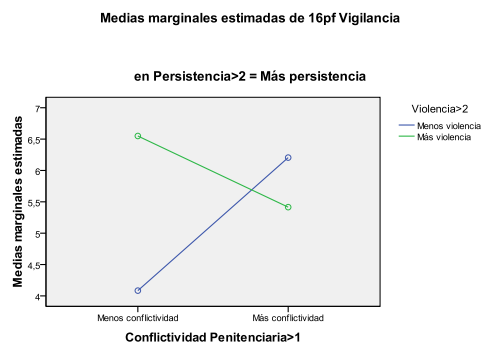
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 36. Vigilancia en más conflictividad



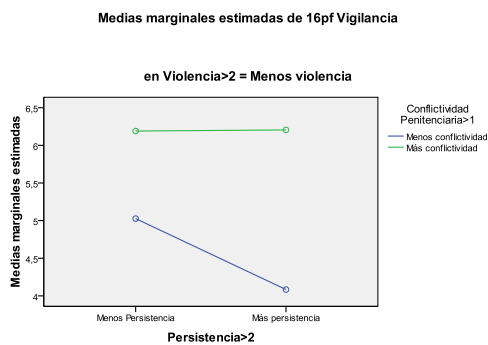
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 37. Vigilancia en menos persistencia



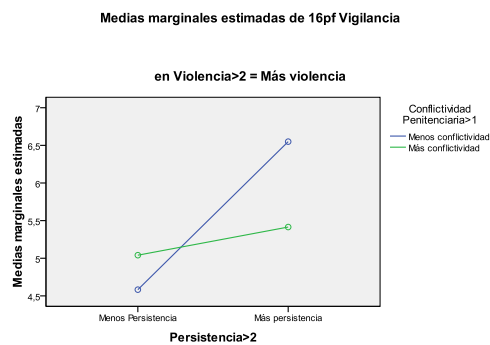
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 38. Vigilancia en más persistencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 39. Vigilancia en menos violencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 40. Vigilancia en más violencia

j) Abstracción:

Encontramos la media más alta (5,58) en el subgrupo más persistente, violento y conflictivo, en tanto que la más baja (4,73) se encuentra en el subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo (Tabla 63). Aparte de la variable controlada, edad, las demás diferencias entre las tres variables independientes o sus interacciones no han resultado significativas en el análisis (Tabla 64).

Tabla 63
Estadísticos descriptivos: Abstracción

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,85	1,890	55
		Más conflictividad	5,06	1,819	17
		Total	4,90	1,863	72
	Más violencia	Menos conflictividad	5,29	1,541	14
		Más conflictividad	5,53	2,342	19
		Total	5,42	2,016	33
	Total	Menos conflictividad	4,94	1,822	69
		Más conflictividad	5,31	2,095	36
		Total	5,07	1,918	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,69	2,243	16
		Más conflictividad	4,73	1,534	15
		Total	4,71	1,901	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,15	2,703	13
		Más conflictividad	5,58	2,409	55
		Total	5,50	2,453	68
	Total	Menos conflictividad	4,90	2,425	29
		Más conflictividad	5,40	2,268	70
		Total	5,25	2,314	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	4,82	1,959	71
		Más conflictividad	4,91	1,673	32
		Total	4,84	1,867	103
	Más violencia	Menos conflictividad	5,22	2,136	27
		Más conflictividad	5,57	2,376	74
		Total	5,48	2,309	101
	Total	Menos conflictividad	4,93	2,006	98
		Más conflictividad	5,37	2,201	106
		Total	5,16	2,116	204

Tabla 64
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Abstracción

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	65,002 ^a	8	8,125	1,877	,065	,072
Intersección	142,440	1	142,440	32,910	,000	,144
edad	40,838	1	40,838	9,436	,002	,046
PERSIS	3,632	1	3,632	,839	,361	,004
VIOLEN	15,367	1	15,367	3,551	,061	,018
CONFLI	9,497	1	9,497	2,194	,140	,011
PERSIS * VIOLEN	,228	1	,228	,053	,819	,000
PERSIS * CONFLI	1,225	1	1,225	,283	,595	,001
VIOLEN * CONFLI	,439	1	,439	,102	,750	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,218	1	,218	,050	,823	,000
Error	843,979	195	4,328			
Total	6334,000	204				
Total corregida	908,980	203				

a. R cuadrado = ,072 (R cuadrado corregida = ,033)

k) Privacidad:

El subgrupo más persistente, violento y conflictivo tiene la media mayor (5,13), siendo la menor (4,00) correspondiente al subgrupo menos persistente pero más violento y conflictivo (Tabla 65). Las diferencias son significativas, con efecto moderado, para la interacción de Persistencia y Violencia y el ANOVA explica en su conjunto el 6,6% de la varianza (Tabla 66). El gráfico 41 muestra como, en menos Persistencia, la privacidad es mayor con menos Violencia y en más Persistencia la privacidad es considerablemente mayor con más Violencia.

Tabla 65
Estadísticos descriptivos: Privacidad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,07	2,124	55
		Más conflictividad	5,00	2,424	17
		Total	4,29	2,217	72
	Más violencia	Menos conflictividad	3,93	2,200	14
		Más conflictividad	4,00	1,491	19
		Total	3,97	1,794	33
	Total	Menos conflictividad	4,04	2,124	69
		Más conflictividad	4,47	2,021	36
		Total	4,19	2,090	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	3,88	2,553	16
		Más conflictividad	4,13	1,598	15
		Total	4,00	2,113	31

Total	Más violencia	Menos conflictividad	5,08	1,382	13
		Más conflictividad	5,13	2,046	55
		Total	5,12	1,928	68
	Total	Menos conflictividad	4,41	2,163	29
		Más conflictividad	4,91	1,991	70
		Total	4,77	2,045	99
	Menos violencia	Menos conflictividad	4,03	2,210	71
		Más conflictividad	4,59	2,092	32
		Total	4,20	2,180	103
	Más violencia	Menos conflictividad	4,48	1,909	27
		Más conflictividad	4,84	1,973	74
		Total	4,74	1,953	101
	Total	Menos conflictividad	4,15	2,132	98
		Más conflictividad	4,76	2,003	106
		Total	4,47	2,083	204

Tabla 66
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Privacidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	57,693 ^a	8	7,212	1,708	,098	,065
Intersección	246,304	1	246,304	58,349	,000	,230
edad	,022	1	,022	,005	,942	,000
PERSIS	3,447	1	3,447	,817	,367	,004
VIOLLEN	2,542	1	2,542	,602	,439	,003
CONFLI	3,572	1	3,572	,846	,359	,004
PERSIS * VIOLLEN	26,250	1	26,250	6,219	,013	,031
PERSIS * CONFLI	1,028	1	1,028	,244	,622	,001
VIOLLEN * CONFLI	2,662	1	2,662	,631	,428	,003
PERSIS * VIOLLEN * CONFLI	,990	1	,990	,234	,629	,001
Error	823,131	195	4,221			
Total	4958,000	204				
Total corregida	880,824	203				

a. R cuadrado = ,065 (R cuadrado corregida = ,027)

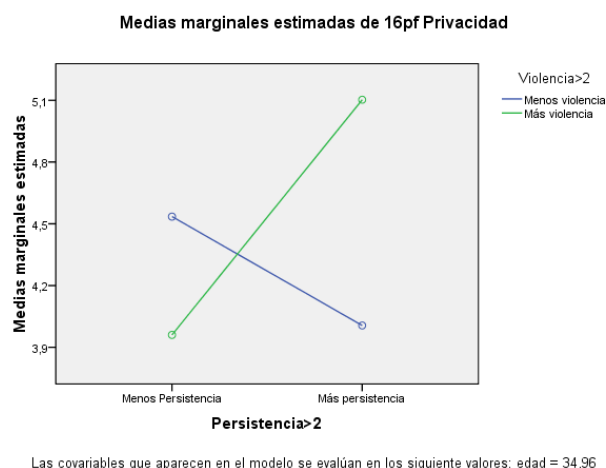


Gráfico 41. Interacción de Persistencia-Violencia en privacidad

l) **Aprensión:**

Los sujetos menos persistentes y violentos pero más conflictivos presentan la media mayor (6,82) y los menos persistentes, más violentos y menos conflictivos tienen la menor (5,21) (Tabla 67), teniendo un pequeño efecto significativo la interacción entre Persistencia y Violencia (Tabla 68), que expresa el gráfico 42: los sujetos más violentos tienen algo mayor media si son más persistentes y los menos violentos la tienen ciertamente mayor con menos persistencia.

Tabla 67
Estadísticos descriptivos: Aprensión

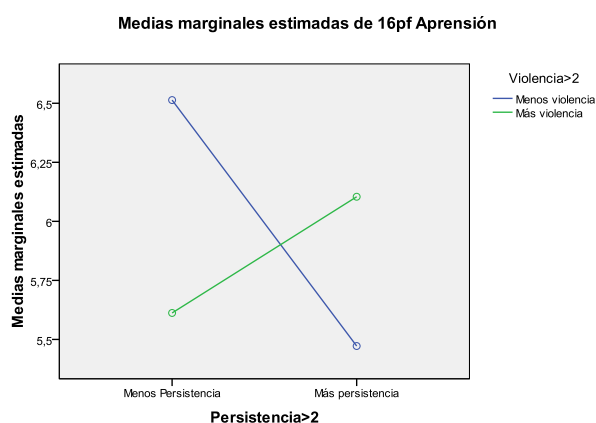
Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,25	2,002	55
		Más conflictividad	6,82	2,811	17
		Total	6,39	2,211	72
	Más violencia	Menos conflictividad	5,21	2,455	14
		Más conflictividad	6,16	1,708	19
		Total	5,76	2,077	33
	Total	Menos conflictividad	6,04	2,124	69
		Más conflictividad	6,47	2,286	36
		Total	6,19	2,180	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,94	2,235	16
		Más conflictividad	5,93	2,576	15
		Total	5,42	2,419	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,77	2,421	13
		Más conflictividad	6,42	1,997	55
		Total	6,29	2,081	68
	Total	Menos conflictividad	5,31	2,316	29
		Más conflictividad	6,31	2,123	70

Total	Menos violencia	Total	6,02	2,218	99
		Menos conflictividad	5,96	2,114	71
		Más conflictividad	6,41	2,698	32
	Más violencia	Total	6,10	2,307	103
		Menos conflictividad	5,48	2,408	27
		Más conflictividad	6,35	1,919	74
	Total	Total	6,12	2,085	101
		Menos conflictividad	5,83	2,197	98
		Más conflictividad	6,37	2,170	106
		Total	6,11	2,195	204

Tabla 68
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Aprensión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	57,634 ^a	8	7,204	1,527	,150	,059
Intersección	555,943	1	555,943	117,837	,000	,377
edad	7,357	1	7,357	1,559	,213	,008
PERSIS	2,762	1	2,762	,586	,445	,003
VIOLEN	,678	1	,678	,144	,705	,001
CONFLI	15,438	1	15,438	3,272	,072	,017
PERSIS * VIOLEN	22,099	1	22,099	4,684	,032	,023
PERSIS * CONFLI	,473	1	,473	,100	,752	,001
VIOLEN * CONFLI	,001	1	,001	,000	,988	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	1,165	1	1,165	,247	,620	,001
Error	919,993	195	4,718			
Total	8588,000	204				
Total corregida	977,627	203				

a. R cuadrado = ,059 (R cuadrado corregida = ,020)



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 42. Interacción de Persistencia-Violencia en aprensión

m) Apertura al cambio:

La puntuación media más alta (10,07) corresponde a los sujetos menos persistentes, más violentos y menos conflictivos, siendo la más baja para el subgrupo más persistente y violento pero menos conflictivo (6,54) (Tabla 69); ninguna de las diferencias es significativa (Tabla 70).

Tabla 69
Estadísticos descriptivos: Apertura al cambio

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,95	2,103	55
		Más conflictividad	7,59	2,293	17
		Total	7,10	2,150	72
	Más violencia	Menos conflictividad	10,07	13,164	14
		Más conflictividad	7,05	1,810	19
		Total	8,33	8,634	33
	Total	Menos conflictividad	7,58	6,184	69
		Más conflictividad	7,31	2,040	36
		Total	7,49	5,141	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,00	2,338	16
		Más conflictividad	7,47	2,232	15
		Total	7,23	2,261	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,54	2,259	13
		Más conflictividad	7,45	2,017	55
		Total	7,28	2,079	68
	Total	Menos conflictividad	6,79	2,274	29
		Más conflictividad	7,46	2,048	70
		Total	7,26	2,127	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	6,96	2,141	71
		Más conflictividad	7,53	2,229	32
		Total	7,14	2,174	103
	Más violencia	Menos conflictividad	8,37	9,604	27
		Más conflictividad	7,35	1,961	74
		Total	7,62	5,196	101
	Total	Menos conflictividad	7,35	5,332	98
		Más conflictividad	7,41	2,037	106
		Total	7,38	3,967	204

Tabla 70
Estadísticos descriptivos: Apertura al cambio

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	126,909 ^a	8	15,864	1,009	,431	,040
Intersección edad	672,955	1	672,955	42,786	,000	,180
PERSIS	,403	1	,403	,026	,873	,000
VIOLEN	24,418	1	24,418	1,553	,214	,008
CONFLI	10,808	1	10,808	,687	,408	,004
PERSIS * VIOLEN	1,677	1	1,677	,107	,744	,001
PERSIS * CONFLI	22,208	1	22,208	1,412	,236	,007
VIOLEN * CONFLI	30,858	1	30,858	1,962	,163	,010
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	24,237	1	24,237	1,541	,216	,008
Error	39,650	1	39,650	2,521	,114	,013
Total	3067,027	195	15,728			
Total corregida	14297,000	204				
	3193,936	203				

a. R cuadrado = ,040 (R cuadrado corregida = ,000)

n) Autosuficiencia:

El subgrupo menos persistente y violento pero más conflictivo tiene la mayor media (5,82) en tanto que la menor corresponde al menos persistente pero más violento y conflictivo (4,26) (Tabla 71). Las diferencias son significativas para la interacción entre Violencia y Conflictividad con un efecto moderado (Tabla 72), aumentando la autosuficiencia cuando se cruzan los efectos, como ilustra el gráfico 43.

Tabla 71
Estadísticos descriptivos: Autosuficiencia

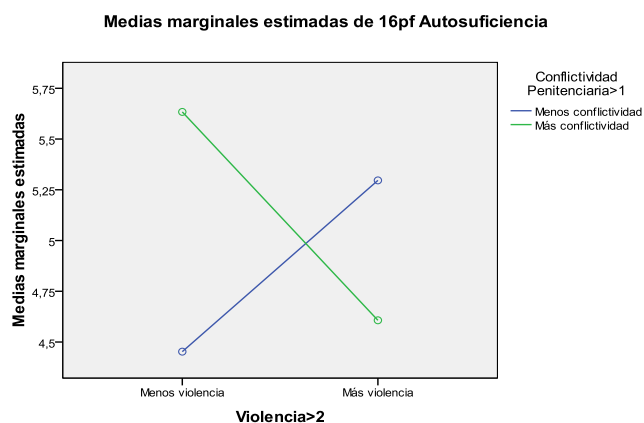
Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,60	2,140	55
		Más conflictividad	5,82	2,455	17
		Total	4,89	2,261	72
	Más violencia	Menos conflictividad	5,50	2,378	14
		Más conflictividad	4,26	1,910	19
		Total	4,79	2,176	33
	Total	Menos conflictividad	4,78	2,202	69
		Más conflictividad	5,00	2,293	36
		Total	4,86	2,225	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,44	1,999	16
		Más conflictividad	5,33	2,160	15
		Total	4,87	2,094	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,15	2,193	13
		Más conflictividad	4,76	2,589	55
		Total	4,84	2,507	68
	Total	Menos conflictividad	4,76	2,081	29
		Más conflictividad	4,89	2,500	70

Total	Menos violencia	Total	4,85	2,375	99
		Menos conflictividad	4,56	2,096	71
		Más conflictividad	5,59	2,298	32
	Más violencia	Total	4,88	2,202	103
		Menos conflictividad	5,33	2,253	27
		Más conflictividad	4,64	2,430	74
	Total	Total	4,82	2,393	101
		Menos conflictividad	4,78	2,156	98
		Más conflictividad	4,92	2,421	106
		Total	4,85	2,293	204

Tabla 72
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Autosuficiencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	47,053 ^a	8	5,882	1,124	,349	,044
Intersección edad	226,157	1	226,157	43,213	,000	,181
PERSIS	7,210	1	7,210	1,378	,242	,007
VIOLEN	1,423	1	1,423	,272	,603	,001
CONFLI	,312	1	,312	,060	,807	,000
PERSIS * VIOLEN	2,108	1	2,108	,403	,526	,002
PERSIS * CONFLI	1,368	1	1,368	,261	,610	,001
VIOLEN * CONFLI	,090	1	,090	,017	,896	,000
VIOLEN * CONFLI	32,896	1	32,896	6,286	,013	,031
PERSIS * VIOLEN *	3,146	1	3,146	,601	,439	,003
CONFLI						
Error	1020,536	195	5,234			
Total	5872,000	204				
Total corregida	1067,588	203				

a. R cuadrado = ,044 (R cuadrado corregida = ,005)



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 43. Interacción de Violencia-Conflictividad en autosuficiencia

o) Perfeccionismo:

Los sujetos menos persistentes, violentos y conflictivos tienen la mayor media (7,54) y la menor corresponde al subgrupo menos persistente y violento pero más conflictivo (5,94) (Tabla 73) sin que haya diferencias significativas (Tabla 74).

Tabla 73
Estadísticos descriptivos: Perfeccionismo

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,24	2,546	55
		Más conflictividad	5,94	2,609	17
		Total	6,93	2,602	72
	Más violencia	Menos conflictividad	7,07	2,129	14
		Más conflictividad	6,37	2,499	19
		Total	6,67	2,341	33
	Total	Menos conflictividad	7,20	2,453	69
		Más conflictividad	6,17	2,524	36
		Total	6,85	2,515	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,37	2,187	16
		Más conflictividad	6,93	1,580	15
		Total	6,65	1,907	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,54	2,989	13
		Más conflictividad	6,36	2,452	55
		Total	6,40	2,540	68
	Total	Menos conflictividad	6,45	2,530	29
		Más conflictividad	6,49	2,295	70
		Total	6,47	2,353	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	7,04	2,481	71
		Más conflictividad	6,41	2,212	32
		Total	6,84	2,408	103
	Más violencia	Menos conflictividad	6,81	2,543	27
		Más conflictividad	6,36	2,447	74
		Total	6,49	2,468	101
	Total	Menos conflictividad	6,98	2,487	98
		Más conflictividad	6,38	2,368	106
		Total	6,67	2,439	204

Tabla 74
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Perfeccionismo

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	47,966 ^a	8	5,996	1,008	,431	,040
Intersección	415,331	1	415,331	69,857	,000	,264
edad	9,492	1	9,492	1,597	,208	,008
PERSIS	1,253	1	1,253	,211	,647	,001
VIOLEN	,002	1	,002	,000	,987	,000
CONFLI	2,409	1	2,409	,405	,525	,002
PERSIS * VIOLEN	1,214	1	1,214	,204	,652	,001
PERSIS * CONFLI	9,227	1	9,227	1,552	,214	,008
VIOLEN * CONFLI	,042	1	,042	,007	,933	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	4,255	1	4,255	,716	,399	,004
Error	1159,367	195	5,945			
Total	10274,000	204				
Total corregida	1207,333	203				

a. R cuadrado = ,040 (R cuadrado corregida = ,000)

p) Tensión:

La media mayor corresponde al subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo (5,80) y el subgrupo más persistente pero menos violento y conflictivo tiene la media menor (3,19) (Tabla 75). Las diferencias son significativas para la variable Conflictividad y para la interacción de las tres variables independientes, (Tabla 76), ilustradas por los gráficos 44 a 49. Los efectos conjuntos de Persistencia y Conflictividad aumentan la tensión cuando ambas son altas en los sujetos menos violentos, siendo menor cuando sólo Persistencia es alta, en tanto que en los más violentos aumenta más la tensión cuando Persistencia es baja, mientras que siendo alta no aparecen diferencias debidas a Conflictividad.

Tabla 75
Estadísticos descriptivos: Tensión

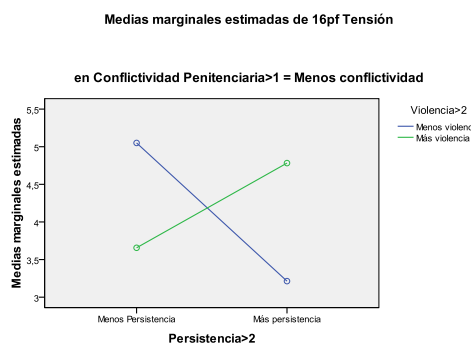
Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,02	1,910	55
		Más conflictividad	5,00	2,264	17
		Total	5,01	1,982	72
	Más violencia	Menos conflictividad	3,64	2,240	14
		Más conflictividad	5,58	1,953	19
		Total	4,76	2,264	33
	Total	Menos conflictividad	4,74	2,041	69
		Más conflictividad	5,31	2,095	36
		Total	4,93	2,067	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	3,19	2,105	16

Total	Más violencia	Más conflictividad	5,80	2,178	15
		Total	4,45	2,488	31
		Menos conflictividad	4,77	1,536	13
		Más conflictividad	4,98	1,917	55
		Total	4,94	1,841	68
		Menos conflictividad	3,90	2,006	29
	Total	Más conflictividad	5,16	1,988	70
		Total	4,79	2,065	99
		Menos conflictividad	4,61	2,087	71
		Más conflictividad	5,38	2,225	32
		Total	4,84	2,150	103
		Menos conflictividad	4,19	1,981	27
	Menos violencia	Más conflictividad	5,13	1,931	74
		Total	4,88	1,980	101
		Menos conflictividad	4,49	2,057	98
		Más conflictividad	5,21	2,016	106
		Total	4,86	2,062	204

Tabla 76
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Tensión

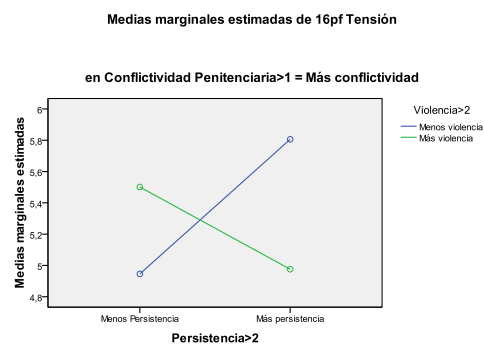
Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	92,562 ^a	8	11,570	2,926	,004	,107
Intersección edad	320,340	1	320,340	81,022	,000	,294
PERSIS	1,384	1	1,384	,350	,555	,002
VIOLEN	,324	1	,324	,082	,775	,000
CONFLI	,023	1	,023	,006	,939	,000
PERSIS * VIOLEN	44,650	1	44,650	11,293	,001	,055
PERSIS * CONFLI	5,846	1	5,846	1,479	,225	,008
VIOLEN * CONFLI	2,488	1	2,488	,629	,429	,003
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,476	1	,476	,120	,729	,001
Error	44,450	1	44,450	11,243	,001	,055
Total	770,977	195	3,954			
Total corregida	5686,410	204				
	863,539	203				

a. R cuadrado = ,107 (R cuadrado corregida = ,071)



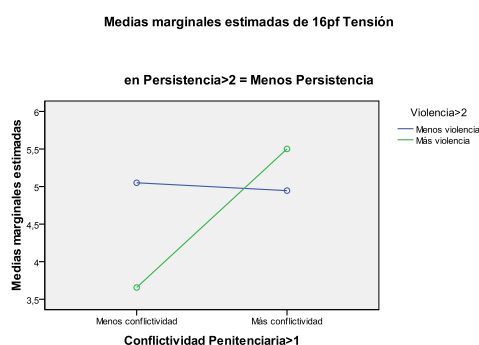
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 44. Tensión en menos conflictividad



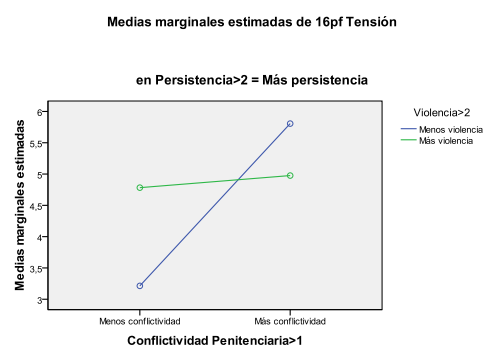
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 45. Tensión en más conflictividad



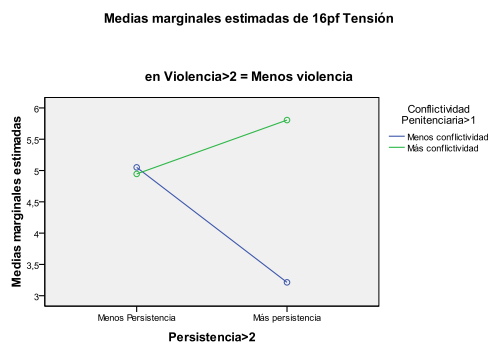
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 46. Tensión en menos persistencia



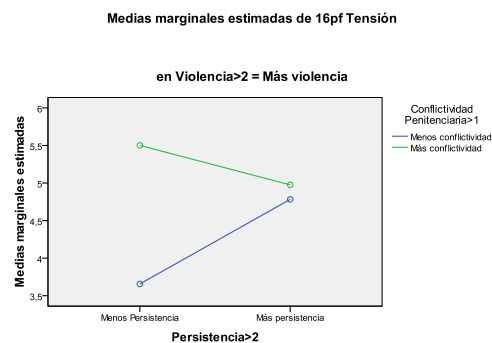
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 47. Tensión en más persistencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 48. Tensión en menos violencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 49. Tensión en más violencia

q) Ansiedad:

La mayor media se obtiene en el subgrupo más persistente, violento y conflictivo (7,54) y la menor en el más persistente pero menos violento y conflictivo (5,37) (Tabla 77), aunque ninguna diferencia es significativa (Tabla 78).

Tabla 77
Estadísticos descriptivos: Ansiedad

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	6,274	1,2421	54
		Más conflictividad	6,594	1,6577	17
		Total	6,351	1,3473	71
	Más violencia	Menos conflictividad	5,250	1,7483	14
		Más conflictividad	6,358	1,5009	19
		Total	5,888	1,6787	33
	Total	Menos conflictividad	6,063	1,4098	68
		Más conflictividad	6,469	1,5585	36
		Total	6,204	1,4683	104
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,369	1,7473	16
		Más conflictividad	6,573	1,3247	15
		Total	5,952	1,6492	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,546	1,5495	13
		Más conflictividad	7,540	7,6360	55
		Total	7,350	6,8979	68
	Total	Menos conflictividad	5,897	1,7377	29
		Más conflictividad	7,333	6,7933	70
		Total	6,912	5,8127	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	6,067	1,4125	70
		Más conflictividad	6,584	1,4870	32
		Total	6,229	1,4491	102
	Más violencia	Menos conflictividad	5,874	1,7527	27
		Más conflictividad	7,236	6,6301	74
		Total	6,872	5,7668	101
	Total	Menos conflictividad	6,013	1,5079	97
		Más conflictividad	7,040	5,5951	106
		Total	6,549	4,1973	203

Tabla 78
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Ansiedad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	152,281 ^a	8	19,035	1,084	,376	,043
Intersección	238,559	1	238,559	13,587	,000	,065
edad	47,536	1	47,536	2,707	,102	,014
PERSIS	1,372	1	1,372	,078	,780	,000
VIOLEN	3,635	1	3,635	,207	,650	,001
CONFLI	51,968	1	51,968	2,960	,087	,015
PERSIS * VIOLEN	25,744	1	25,744	1,466	,227	,008
PERSIS * CONFLI	,004	1	,004	,000	,988	,000
VIOLEN * CONFLI	,884	1	,884	,050	,823	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	2,664	1	2,664	,152	,697	,001
Error	3406,346	194	17,558			
Total	12265,870	203				
Total corregida	3558,627	202				

a. R cuadrado = ,043 (R cuadrado corregida = ,003)

r) Extraversión:

Mayor media en el subgrupo menos persistente pero más violento y conflictivo y menor en el menos persistente, más violento y menos conflictivo (Tabla 79), pero sin resultados significativos (Tabla 80).

Tabla 79
Estadísticos descriptivos: Extraversión

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,456	1,4985	54
		Más conflictividad	4,171	1,5711	17
		Total	4,387	1,5098	71
	Más violencia	Menos conflictividad	4,079	1,4257	14
		Más conflictividad	4,911	1,2183	19
		Total	4,558	1,3546	33
	Total	Menos conflictividad	4,378	1,4813	68
		Más conflictividad	4,561	1,4255	36
		Total	4,441	1,4579	104
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,294	,9363	16
		Más conflictividad	4,447	,9568	15
		Total	4,368	,9336	31
	Más violencia	Menos conflictividad	4,677	1,6976	13
		Más conflictividad	4,884	4,7446	55
		Total	4,844	4,3205	68
	Total	Menos conflictividad	4,466	1,3200	29
		Más conflictividad	4,790	4,2233	70
		Total	4,695	3,6163	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	4,419	1,3857	70
		Más conflictividad	4,300	1,3066	32
		Total	4,381	1,3560	102
	Más violencia	Menos conflictividad	4,367	1,5618	27
		Más conflictividad	4,891	4,1253	74
		Total	4,750	3,6210	101
	Total	Menos conflictividad	4,404	1,4287	97
		Más conflictividad	4,712	3,5228	106
		Total	4,565	2,7285	203

Tabla 80
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Extraversión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	44,449 ^a	8	5,556	,739	,657	,030
Intersección edad	111,763	1	111,763	14,857	,000	,071
PERSIS	28,442	1	28,442	3,781	,053	,019
VIOLEN	,016	1	,016	,002	,963	,000
CONFLI	5,008	1	5,008	,666	,416	,003
PERSIS * VIOLEN	7,694	1	7,694	1,023	,313	,005
PERSIS * CONFLI	,348	1	,348	,046	,830	,000
VIOLEN * CONFLI	1,516	1	1,516	,202	,654	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	3,375	1	3,375	,449	,504	,002
Error	2,917	1	2,917	,388	,534	,002
Total	1459,373	194	7,523			
Total corregida	5734,230	203				
	1503,822	202				

a. R cuadrado = ,030 (R cuadrado corregida = -,010)

s) Socialización:

El subgrupo más persistente, violento y conflictivo presenta la mayor media (6,28) en tanto que presenta la menor el más persistente pero menos violento y conflictivo (4,45) (Tabla 81). Las diferencias no resultan significativas para ninguna de las variables independientes y sus interacciones, aunque lo son respecto a la variable controlada, edad (Tabla 82).

Tabla 81
Estadísticos descriptivos: Socialización

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,296	1,6647	54
		Más conflictividad	5,524	1,9559	17
		Total	5,351	1,7269	71
	Más violencia	Menos conflictividad	5,314	1,9406	14
		Más conflictividad	4,974	2,0989	19
		Total	5,118	2,0093	33
	Total	Menos conflictividad	5,300	1,7097	68
		Más conflictividad	5,233	2,0229	36
		Total	5,277	1,8146	104
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	4,456	1,9876	16
		Más conflictividad	4,687	,9942	15
		Total	4,568	1,5653	31
	Más violencia	Menos conflictividad	4,569	1,9876	13
		Más conflictividad	6,285	8,0722	55
		Total	5,957	7,3271	68
	Total	Menos conflictividad	4,507	1,9526	29
		Más conflictividad	5,943	7,1855	70

Total	Menos violencia	Total	5,522	6,1542	99
		Menos conflictividad	5,104	1,7646	70
		Más conflictividad	5,131	1,6127	32
	Más violencia	Total	5,113	1,7105	102
		Menos conflictividad	4,956	1,9622	27
		Más conflictividad	5,949	7,0441	74
	Total	Total	5,683	6,1171	101
		Menos conflictividad	5,063	1,8125	97
		Más conflictividad	5,702	5,9504	106
		Total	5,397	4,4798	203

Tabla 82
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Socialización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	197,421 ^a	8	24,678	1,241	,277	,049
Intersección	56,117	1	56,117	2,823	,095	,014
edad	119,050	1	119,050	5,989	,015	,030
PERSIS	12,483	1	12,483	,628	,429	,003
VIOLEN	7,199	1	7,199	,362	,548	,002
CONFLI	31,844	1	31,844	1,602	,207	,008
PERSIS * VIOLEN	10,317	1	10,317	,519	,472	,003
PERSIS * CONFLI	1,360	1	1,360	,068	,794	,000
VIOLEN * CONFLI	2,234	1	2,234	,112	,738	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	8,917	1	8,917	,449	,504	,002
Error	3856,447	194	19,879			
Total	9965,790	203				
Total corregida	4053,868	202				

a. R cuadrado = ,049 (R cuadrado corregida = ,009)

t) Independencia:

El subgrupo más persistente, violento y delictivo tiene la mayor media (6,58), presentando la menor el menos persistente, más violento y menos conflictivo (4,44) (Tabla 83) sin que ninguna diferencia sea significativa (Tabla 84).

Tabla 83
Estadísticos descriptivos: Independencia

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,269	1,4234	54
		Más conflictividad	5,471	1,4717	17
		Total	5,317	1,4271	71
	Más violencia	Menos conflictividad	4,436	,8177	14
		Más conflictividad	5,558	1,3137	19
		Total	5,082	1,2489	33
	Total	Menos conflictividad	5,097	1,3592	68
		Más conflictividad	5,517	1,3710	36
		Total	5,242	1,3714	104

Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,281	1,2844	16
		Más conflictividad	6,393	1,4926	15
		Total	5,819	1,4777	31
	Más violencia	Menos conflictividad	5,815	1,8556	13
		Más conflictividad	6,576	7,2387	55
		Total	6,431	6,5528	68
	Total	Menos conflictividad	5,521	1,5596	29
		Más conflictividad	6,537	6,4394	70
		Total	6,239	5,4869	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	5,271	1,3838	70
		Más conflictividad	5,903	1,5307	32
		Total	5,470	1,4540	102
	Más violencia	Menos conflictividad	5,100	1,5546	27
		Más conflictividad	6,315	6,2759	74
		Total	5,990	5,4473	101
	Total	Menos conflictividad	5,224	1,4272	97
		Más conflictividad	6,191	5,3020	106
		Total	5,729	3,9767	203

Tabla 84
Estadísticos descriptivos: Independencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	88,393 ^a	8	11,049	,690	,700	,028
Intersección edad	326,594	1	326,594	20,398	,000	,095
PERSIS	2,419	1	2,419	,151	,698	,001
VIOLEN	22,756	1	22,756	1,421	,235	,007
CONFLI	,007	1	,007	,000	,984	,000
PERSIS * VIOLEN	26,403	1	26,403	1,649	,201	,008
PERSIS * CONFLI	4,880	1	4,880	,305	,582	,002
VIOLEN * CONFLI	,304	1	,304	,019	,891	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,783	1	,783	,049	,825	,000
Error	3,886	1	3,886	,243	,623	,001
Total	3106,141	194	16,011			
Total corregida	9856,290	203				
	3194,534	202				

a. R cuadrado = ,028 (R cuadrado corregida = -,012)

u) Distorsión Motivacional:

El subgrupo más persistente, menos violento y más conflictivo obtiene la mayor media (7,73) mientras que la menor corresponde a los sujetos más persistentes pero menos violentos y conflictivos (5,94) (Tabla 85); sólo la interacción entre las tres variables es significativa, con un tamaño moderado del efecto (Tabla 86). Los gráficos 50 a 55 muestran la posición relativa de las medias, según las cuales los sujetos más

violentos parecen poco influenciados por Persistencia pero distorsionan más con mayor Conflictividad; en menor Violencia aumenta notablemente la distorsión cuando Persistencia y Conflictividad son bajas pero también aumenta cuando son ambas altas.

Tabla 85
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Distorsión motivacional

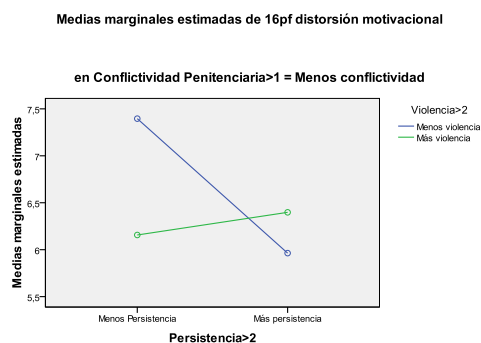
Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	7,36	2,541	55
		Más conflictividad	6,06	2,076	17
		Total	7,06	2,489	72
	Más violencia	Menos conflictividad	6,14	1,610	14
		Más conflictividad	7,21	2,760	19
		Total	6,76	2,372	33
	Total	Menos conflictividad	7,12	2,423	69
		Más conflictividad	6,67	2,496	36
		Total	6,96	2,445	105
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	5,94	2,144	16
		Más conflictividad	7,73	2,017	15
		Total	6,81	2,242	31
	Más violencia	Menos conflictividad	6,38	2,534	13
		Más conflictividad	6,58	2,158	55
		Total	6,54	2,216	68
	Total	Menos conflictividad	6,14	2,295	29
		Más conflictividad	6,83	2,167	70
		Total	6,63	2,216	99
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	7,04	2,515	71
		Más conflictividad	6,84	2,187	32
		Total	6,98	2,409	103
	Más violencia	Menos conflictividad	6,26	2,068	27
		Más conflictividad	6,74	2,324	74
		Total	6,61	2,258	101
	Total	Menos conflictividad	6,83	2,416	98
		Más conflictividad	6,77	2,273	106
		Total	6,80	2,337	204

Tabla 86
Pruebas de los efectos inter-sujetos: Distorsión motivacional

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	67,267 ^a	8	8,408	1,574	,135	,061
Intersección edad	610,702	1	610,702	114,343	,000	,370
PERSIS	1,377	1	1,377	,258	,612	,001
VIOLEN	,000	1	,000	,000	,994	,000
CONFLI	1,640	1	1,640	,307	,580	,002
PERSIS * VIOLEN	5,178	1	5,178	,969	,326	,005
PERSIS * CONFLI	,892	1	,892	,167	,683	,001
VIOLEN * CONFLI	12,780	1	12,780	2,393	,124	,012
	1,399	1	1,399	,262	,609	,001

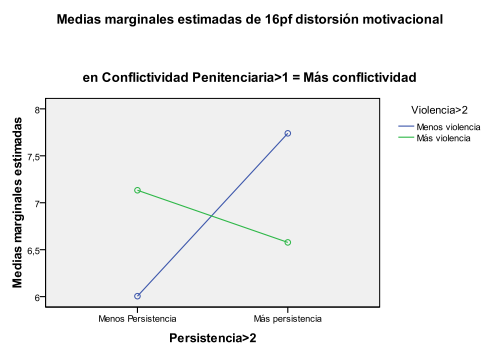
PERSIS * VIOLEN *	36,930	1	36,930	6,914	,009	,034
CONFLI						
Error	1041,493	195	5,341			
Total	10539,000	204				
Total corregida	1108,760	203				

a. R cuadrado = ,061 (R cuadrado corregida = ,022)



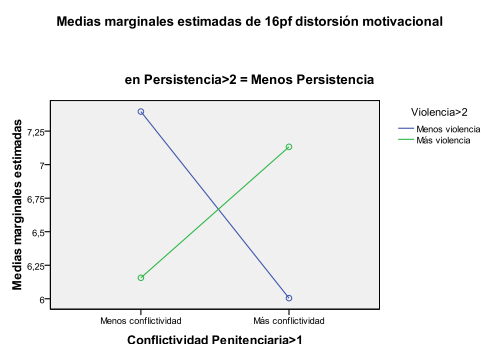
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 50. Distorsión en menos conflictividad



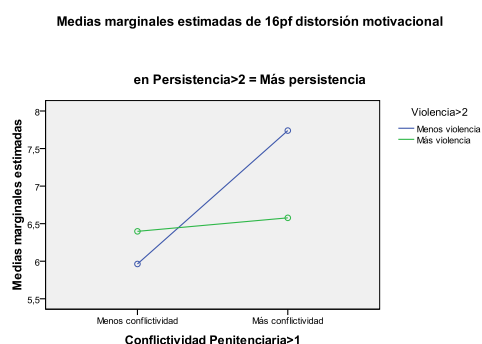
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 51. Distorsión en más conflictividad



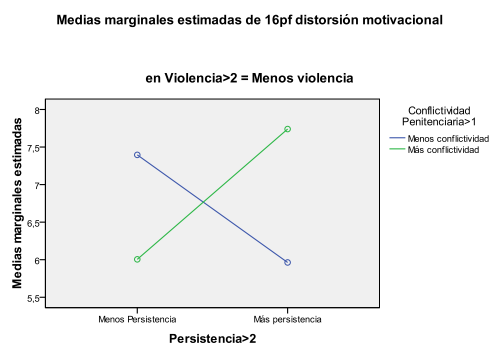
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 52. Distorsión en menos persistencia



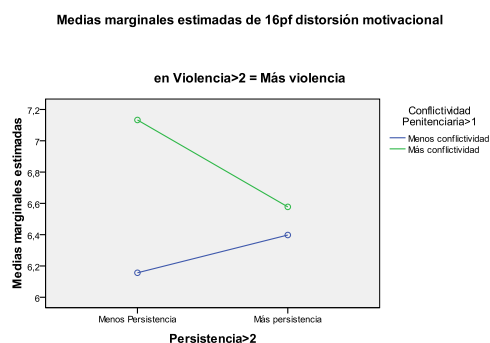
Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 53. Distorsión en más persistencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 54. Distorsión en menos violencia



Las covariables que aparecen en el modelo se evalúan en los siguiente valores: edad = 34,96

Gráfico 55. Distorsión en más violencia

4.4.2.5. Persistencia, Violencia y Conflictividad respecto a Funciones ejecutivas

Para la evaluación de los 8 subgrupos analizados se han tomado las cuatro puntuaciones que ofrece el WCST, considerando que las 12 dimensiones se han utilizado en investigaciones respecto a dificultades específicas (psiquiátricas o neurológicas) que no es el caso que nos ocupa; de todas ellas, se ha evaluado solamente perseveración por su discutida relevancia en los estudios revisados sobre delincuencia (Chang, 1999).

a) Categorías completas:

La media mayor corresponde al subgrupo más persistente, violento y conflictivo, la menor al menos persistente, más violento y menos conflictivo (Tabla 87) pero las diferencias no son significativas. (Tabla 88).

Tabla 87. Estadísticos descriptivos: nº de categorías completas

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,90	2,202	51
		Más conflictividad	2,60	2,746	15
		Total	2,83	2,318	66
	Más violencia	Menos conflictividad	2,85	1,994	13
		Más conflictividad	2,47	2,004	17
		Total	2,63	1,974	30
	Total	Menos conflictividad	2,89	2,146	64
		Más conflictividad	2,53	2,342	32
		Total	2,77	2,208	96
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	2,93	1,624	15
		Más conflictividad	2,50	1,624	12
		Total	2,74	1,607	27
	Más violencia	Menos conflictividad	2,80	2,394	10
		Más conflictividad	5,15	17,490	52
		Total	4,77	16,042	62
	Total	Menos conflictividad	2,88	1,922	25
		Más conflictividad	4,66	15,785	64
		Total	4,16	13,418	89
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	2,91	2,073	66
		Más conflictividad	2,56	2,276	27
		Total	2,81	2,128	93
	Más violencia	Menos conflictividad	2,83	2,125	23
		Más conflictividad	4,49	15,222	69
		Total	4,08	13,220	92
	Total	Menos conflictividad	2,89	2,075	89
		Más conflictividad	3,95	12,963	96
		Total	3,44	9,440	185

Tabla 88. Pruebas de los efectos inter-sujetos: n° de categorías completas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	286,560 ^a	8	35,820	,391	,924	,017
Intersección	6,667	1	6,667	,073	,788	,000
edad	69,365	1	69,365	,758	,385	,004
PERSIS	3,462	1	3,462	,038	,846	,000
VIOLEN	16,629	1	16,629	,182	,670	,001
CONFLI	14,487	1	14,487	,158	,691	,001
PERSIS * VIOLEN	13,772	1	13,772	,150	,699	,001
PERSIS * CONFLI	4,748	1	4,748	,052	,820	,000
VIOLEN * CONFLI	14,223	1	14,223	,155	,694	,001
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	19,671	1	19,671	,215	,644	,001
Error	16108,975	176	91,528			
Total	18582,000	185				
Total corregida	16395,535	184				

a. R cuadrado = ,017 (R cuadrado corregida = -,027)

b) Intentos para completar la 1ª categoría:

Presenta la media mayor el subgrupo menos persistente pero más violento y conflictivo, siendo la menor la correspondiente al menos persistente, más violento y menos conflictivo (Tabla 89). Ninguna diferencia resulta significativa (Tabla 90).

Tabla 89. Estadísticos descriptivos: intentos para completar 1ª

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	31,44	28,911	43
		Más conflictividad	25,11	34,686	9
		Total	30,35	29,714	52
	Más violencia	Menos conflictividad	23,64	24,545	11
		Más conflictividad	33,57	31,331	14
		Total	29,20	28,427	25
	Total	Menos conflictividad	29,85	28,037	54
		Más conflictividad	30,26	32,177	23
		Total	29,97	29,120	77
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	25,33	26,040	15
		Más conflictividad	24,91	22,967	11
		Total	25,15	24,306	26
	Más violencia	Menos conflictividad	24,11	37,109	9
		Más conflictividad	32,38	30,201	45
		Total	31,00	31,221	54
	Total	Menos conflictividad	24,88	29,868	24
		Más conflictividad	30,91	28,889	56
		Total	29,10	29,129	80

Total	Menos violencia	Menos conflictividad	29,86	28,102	58
		Más conflictividad	25,00	28,004	20
		Total	28,62	27,976	78
	Más violencia	Menos conflictividad	23,85	29,950	20
		Más conflictividad	32,66	30,203	59
		Total	30,43	30,194	79
	Total	Menos conflictividad	28,32	28,511	78
		Más conflictividad	30,72	29,675	79
		Total	29,53	29,034	157

Tabla 90. Pruebas de los efectos inter-sujetos: intentos para completar 1ª

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	2144,609 ^a	8	268,076	,307	,963	,016
Intersección	6547,806	1	6547,806	7,491	,007	,048
edad	72,665	1	72,665	,083	,773	,001
PERSIS	110,354	1	110,354	,126	,723	,001
VIOLEN	93,690	1	93,690	,107	,744	,001
CONFLI	277,417	1	277,417	,317	,574	,002
PERSIS * VIOLEN	44,199	1	44,199	,051	,822	,000
PERSIS * CONFLI	18,637	1	18,637	,021	,884	,000
VIOLEN * CONFLI	1066,274	1	1066,274	1,220	,271	,008
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	94,316	1	94,316	,108	,743	,001
Error	129360,512	148	874,058			
Total	268400,000	157				
Total corregida	131505,121	156				

a. R cuadrado = ,016 (R cuadrado corregida = -,037)

c) Fallos para mantener la actitud:

La mayor media corresponde a los sujetos más persistentes, menos violentos y más conflictivos, mientras que la menor está en el subgrupo más persistente y violento pero menos conflictivo (Tabla 91). Las diferencias son significativas para la variable Conflictividad con un efecto moderado (Tabla 92).

Tabla 91. Estadísticos descriptivos: fallos para mantener la actitud

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,26	1,397	50
		Más conflictividad	1,53	1,457	15
		Total	1,32	1,404	65
	Más violencia	Menos conflictividad	1,15	1,144	13
		Más conflictividad	1,24	1,200	17
		Total	1,20	1,157	30
	Total	Menos conflictividad	1,24	1,341	63
		Más conflictividad	1,38	1,314	32
		Total	1,28	1,326	95
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	1,20	1,082	15
		Más conflictividad	2,00	1,758	12
		Total	1,56	1,450	27
	Más violencia	Menos conflictividad	,80	1,033	10
		Más conflictividad	1,71	1,333	52
		Total	1,56	1,326	62
	Total	Menos conflictividad	1,04	1,060	25
		Más conflictividad	1,77	1,411	64
		Total	1,56	1,356	89
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	1,25	1,323	65
		Más conflictividad	1,74	1,583	27
		Total	1,39	1,414	92
	Más violencia	Menos conflictividad	1,00	1,087	23
		Más conflictividad	1,59	1,310	69
		Total	1,45	1,278	92
	Total	Menos conflictividad	1,18	1,264	88
		Más conflictividad	1,64	1,385	96
		Total	1,42	1,344	184

Tabla 92. Pruebas de los efectos inter-sujetos: fallos para mantener la actitud

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	16,012 ^a	8	2,001	1,113	,357	,048
Intersección	21,389	1	21,389	11,892	,001	,064
edad	,012	1	,012	,007	,934	,000
PERSIS	,511	1	,511	,284	,595	,002
VIOLEN	2,378	1	2,378	1,322	,252	,007
CONFLI	8,301	1	8,301	4,615	,033	,026
PERSIS * VIOLEN	,166	1	,166	,092	,762	,001
PERSIS * CONFLI	3,555	1	3,555	1,976	,162	,011
VIOLEN * CONFLI	,013	1	,013	,007	,931	,000
PERSIS * VIOLEN * CONFLI	,191	1	,191	,106	,745	,001
Error	314,765	175	1,799			
Total	701,000	184				
Total corregida	330,777	183				

a. R cuadrado = ,048 (R cuadrado corregida = ,005)

d) Aprender a aprender:

Esta variable no ha podido ser analizada debido a los numerosos sujetos que no completaron las tres categorías necesarias para puntuar en ella, siendo los restantes un número inferior al necesario para analizar todos los subgrupos.

e) Errores perseverativos:

Tiene mayor media el grupo menos persistente y violento pero más conflictivo, siendo menor para el más persistente y menos violento y más conflictivo (Tabla 93) pero las diferencias tampoco son significativas en este caso (Tabla 94).

Tabla 93. Estadísticos descriptivos: errores perseverativos

Persistencia>2	Violencia>2	Conflictividad >1	Media	Desviación típica	N
Menos Persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	24,70	17,128	50
		Más conflictividad	31,33	24,218	15
		Total	26,23	18,996	65
	Más violencia	Menos conflictividad	28,00	12,623	13
		Más conflictividad	25,76	18,926	17
		Total	26,73	16,273	30
	Total	Menos conflictividad	25,38	16,263	63
		Más conflictividad	28,38	21,395	32
		Total	26,39	18,095	95
Más persistencia	Menos violencia	Menos conflictividad	30,40	10,453	15
		Más conflictividad	24,00	10,863	12
		Total	27,56	10,920	27
	Más violencia	Menos conflictividad	24,10	13,988	10
		Más conflictividad	25,75	12,185	52
		Total	25,48	12,384	62
	Total	Menos conflictividad	27,88	12,125	25
		Más conflictividad	25,42	11,885	64
		Total	26,11	11,936	89
Total	Menos violencia	Menos conflictividad	26,02	15,949	65
		Más conflictividad	28,07	19,482	27
		Total	26,62	16,977	92
	Más violencia	Menos conflictividad	26,30	13,071	23
		Más conflictividad	25,75	13,987	69
		Total	25,89	13,695	92
	Total	Menos conflictividad	26,09	15,177	88
		Más conflictividad	26,41	15,653	96
		Total	26,26	15,386	184

Tabla 94. Pruebas de los efectos inter-sujetos: errores perseverativos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	977,360 ^a	8	122,170	,505	,852	,023
Intersección edad	9903,003	1	9903,003	40,930	,000	,190
PERSIS	47,507	1	47,507	,196	,658	,001
VIOLLEN	39,749	1	39,749	,164	,686	,001
CONFLI	106,230	1	106,230	,439	,508	,003
PERSIS * VIOLLEN	4,880	1	4,880	,020	,887	,000
PERSIS * CONFLI	9,844	1	9,844	,041	,840	,000
VIOLLEN * CONFLI	135,364	1	135,364	,559	,455	,003
PERSIS * VIOLLEN * CONFLI	1,192	1	1,192	,005	,944	,000
Error	567,361	1	567,361	2,345	,127	,013
Total	42341,635	175	241,952			
Total corregida	170159,000	184				
Total corregida	43318,995	183				

a. R cuadrado = ,023 (R cuadrado corregida = -,022)

4.4.3. Análisis de la varianza de un factor: Tipos delictivos

Dividida la muestra en cuatro grupos según el delito principal cometido (delito violento, de robo, no violento o con versatilidad delictiva), analizamos las diferencias entre los grupos respecto a las mismas variables dependientes examinadas en el estudio anterior. Al ser cuatro los grupos comparados en este estudio, se ha aplicado un análisis post hoc Bonferroni en los casos en que las diferencias han sido significativas, estableciendo claramente el par o los pares de grupos a los que se puede atribuir dicha significación. Se facilita la comparación visual mediante Gráficos por el interés que puede tener la forma de los perfiles.

4.4.3.1. Relación de Tipos delictivos con Disfunciones en la historia

Comparamos a los cuatro grupos respecto a los datos recopilados que reflejan aspectos disfuncionales en la historia de los sujetos, especialmente en su historia infantil y toxicofílica. En este apartado, se han aportado Gráficos ilustrativas de todos los análisis por el interés que puede tener observar los perfiles, incluso en aquellos casos en que el ANOVA no resulta significativo.

a) Disfunciones en el proceso de socialización:

La mayor cantidad de disfunciones se produce en el grupo Robo (media 6,28) seguido por los delincuentes versátiles, teniendo la menor media los delincuentes no violentos a distancia del grupo Violento. (Tabla 95). El ANOVA es significativo (Tabla 96) y el análisis post hoc Bonferroni asigna significación a las diferencias entre el grupo No violento y los subgrupos Robo y Versátil, aunque su diferencia con el grupo Violento sería significativo a un menor nivel de confianza ($p=.057$, Tabla 97). El gráfico 56 expresa la situación del grupo No violento en la parte inferior, con la media más baja.

Tabla 95. Estadísticos descriptivos: Disfunciones en Socialización

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,71	3,828	55
Robo	6,28	4,923	67
No violento	2,43	3,106	44
Versátil	5,47	4,832	43
Total	4,89	4,493	209

Tabla 96. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Disfunciones en el Proceso Socialización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	412,018 ^a	3	137,339	7,436	,000	,098
Intersección	4511,519	1	4511,519	244,255	,000	,544
DELITO	412,018	3	137,339	7,436	,000	,098
Error	3786,451	205	18,470			
Total	9196,000	209				
Total corregida	4198,469	208				

a. R cuadrado = ,098 (R cuadrado corregida = ,085)

Tabla 97. Comparaciones múltiples Bonferroni: Disfunciones en Socialización

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-1,57	,782	,272	-3,66	,51
	No violento	2,28	,869	,057	-,04	4,59
	Versátil	-,76	,875	1,000	-3,09	1,57
Robo	Violento	1,57	,782	,272	-,51	3,66
	No violento	3,85*	,834	,000	1,63	6,07
	Versátil	,82	,840	1,000	-1,42	3,06
No violento	Violento	-2,28	,869	,057	-4,59	,04
	Robo	-3,85*	,834	,000	-6,07	-1,63
	Versátil	-3,03*	,922	,007	-5,49	-,58
Versátil	Violento	,76	,875	1,000	-1,57	3,09
	Robo	-,82	,840	1,000	-3,06	1,42
	No violento	3,03*	,922	,007	,58	5,49

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 18,470.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

Medias marginales estimadas de Disfunciones en el Proceso Socialización

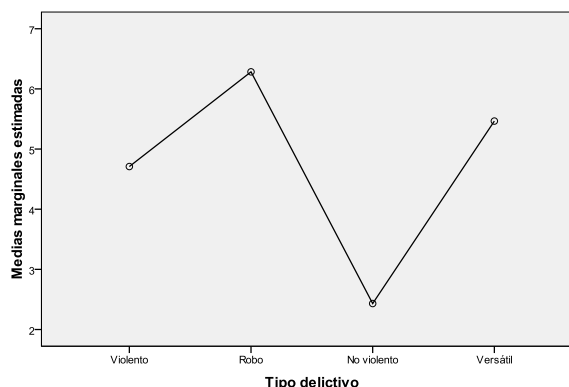


Gráfico 56. Tipos delictivos y disfunciones en socialización

b) Inadaptación conductual infantil:

La media mayor en cuanto a número de conductas inadaptadas corresponde, como en el caso anterior, al grupo Robo, seguida por el Versátil y la menor corresponde al grupo No violento, seguido por el Violento (Tabla 98). El ANOVA resulta significativo (Tabla 99) y el análisis Bonferroni halla la relación con mayor significación ($p=.05$) entre el grupo No violento y el grupo Robo (Tabla 100). El gráfico 57 muestra la situación de las puntuaciones medias.

Tabla 98. Estadísticos descriptivos: Inadaptación infantil

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	2,87	2,575	55
Robo	5,51	12,821	67
No violento	1,61	1,967	44
Versátil	4,21	3,248	43
Total	3,73	7,682	209

Tabla 99. Pruebas de los efectos inter-sujetos Inadaptación infantil

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	459,051 ^a	3	153,017	2,655	,050	,037
Intersección	2550,615	1	2550,615	44,250	,000	,178
DELITO	459,051	3	153,017	2,655	,050	,037
Error	11816,403	205	57,641			
Total	15179,000	209				
Total corregida	12275,455	208				

a. R cuadrado = ,037 (R cuadrado corregida = ,023)

Tabla 100. Comparaciones múltiples Bonferroni: Inadaptación infantil

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
Violento	Robo	-2,63	1,381	,347	-6,31	1,05
	No violento	1,26	1,536	1,000	-2,83	5,35
	Versátil	-1,34	1,545	1,000	-5,45	2,78
Robo	Violento	2,63	1,381	,347	-1,05	6,31
	No violento	3,89	1,473	,053	-,03	7,82
	Versátil	1,30	1,484	1,000	-2,65	5,25
No violento	Violento	-1,26	1,536	1,000	-5,35	2,83
	Robo	-3,89	1,473	,053	-7,82	,03
	Versátil	-2,60	1,628	,674	-6,93	1,74
Versátil	Violento	1,34	1,545	1,000	-2,78	5,45
	Robo	-1,30	1,484	1,000	-5,25	2,65
	No violento	2,60	1,628	,674	-1,74	6,93

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 57,641.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05

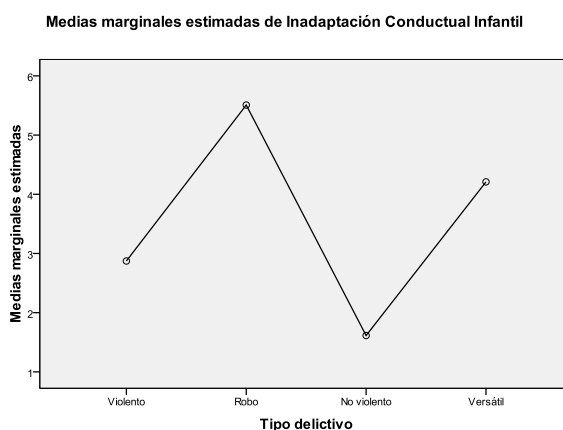


Gráfico 57. Tipos delictivos e inadaptación infantil

c) Edad de la primera institucionalización:

La edad media más tardía para la institucionalización en reformatorio o prisión corresponde al grupo No violento seguido del Violento y la más temprana corresponde al grupo Robo seguido del grupo Versátil (Tabla 101). El ANOVA encuentra significativas las diferencias (Tabla 102), y el análisis Bonferroni confirma la significación de las diferencias entre el grupo Robo y los grupos Violento y No violento, así como entre el grupo Versátil y los grupos Violento y No violento (Tabla 103); el gráfico se invierte respecto a los anteriores, como ilustra el gráfico 58.

Tabla 101. Estadísticos descriptivos: Primera institucionalización

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	27,44	11,681	55
Robo	19,59	6,700	69
No violento	31,23	12,221	44
Versátil	21,20	8,775	44
Total	24,38	10,831	212

Tabla 102. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Primera institucionalización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	4600,760 ^a	3	1533,587	15,828	,000	,186
Intersección	126620,731	1	126620,731	1306,855	,000	,863
DELITO	4600,760	3	1533,587	15,828	,000	,186
Error	20153,051	208	96,890			
Total	150736,000	212				
Total corregida	24753,811	211				

a. R cuadrado = ,186 (R cuadrado corregida = ,174)

Tabla 103. Comparaciones múltiples Bonferroni: Primera institucionalización

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	7,84*	1,779	,000	3,10	12,58
	No violento	-3,79	1,991	,350	-9,09	1,51
	Versátil	6,23*	1,991	,012	,93	11,54
Robo	Violento	-7,84*	1,779	,000	-12,58	-3,10
	No violento	-11,63*	1,899	,000	-16,69	-6,57
	Versátil	-1,61	1,899	1,000	-6,67	3,45
No violento	Violento	3,79	1,991	,350	-1,51	9,09
	Robo	11,63*	1,899	,000	6,57	16,69
	Versátil	10,02*	2,099	,000	4,43	15,61
Versátil	Violento	-6,23*	1,991	,012	-11,54	-,93
	Robo	1,61	1,899	1,000	-3,45	6,67
	No violento	-10,02*	2,099	,000	-15,61	-4,43

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 96,890.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

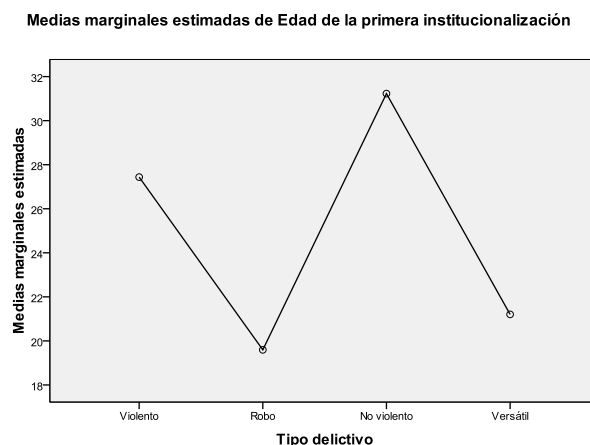


Gráfico 58. Tipos delictivos y primera institucionalización

d) Con Edad de comisión del primer delito:

Como en el caso anterior, la edad media más tardía para la comisión del primer delito corresponde al grupo No violento seguido del Violento y la más temprana corresponde, al grupo Robo, seguido del Versátil (Tabla 104). También como en el caso anterior, el ANOVA muestra diferencias significativas (Tabla 105) y el análisis Bonferroni confirma la significación de las diferencias entre el grupo Robo y los grupos Violento y No violento, así como entre el grupo Versátil y los grupos Violento y No violento (Tabla 106). Las diferencias no significativas se dan entre Robo y Versátil y entre Violento y No violento, como ilustra el gráfico 59.

Tabla 104. Estadísticos descriptivos: Primer delito

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	25,18	12,799	55
Robo	17,60	6,015	70
No violento	30,43	12,716	44
Versátil	18,93	7,519	44
Total	22,48	11,102	213

Tabla 105. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Primer delito

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	5404,620 ^a	3	1801,540	18,166	,000	,207
Intersección DELITO	108965,072	1	108965,072	1098,768	,000	,840
	5404,620	3	1801,540	18,166	,000	,207
Error	20726,573	209	99,170			
Total	133805,000	213				
Total corregida	26131,192	212				

a. R cuadrado = ,207 (R cuadrado corregida = ,195)

Tabla 106. Comparaciones múltiples Bonferroni: Primer delito

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	7,58 [*]	1,794	,000	2,80	12,36
	No violento	-5,25	2,014	,059	-10,62	,12
	Versátil	6,25 [*]	2,014	,013	,88	11,62
Robo	Violento	-7,58 [*]	1,794	,000	-12,36	-2,80
	No violento	-12,83 [*]	1,916	,000	-17,93	-7,73
	Versátil	-1,33	1,916	1,000	-6,43	3,77
No violento	Violento	5,25	2,014	,059	-,12	10,62
	Robo	12,83 [*]	1,916	,000	7,73	17,93
	Versátil	11,50 [*]	2,123	,000	5,84	17,16
Versátil	Violento	-6,25 [*]	2,014	,013	-11,62	-,88
	Robo	1,33	1,916	1,000	-3,77	6,43
	No violento	-11,50 [*]	2,123	,000	-17,16	-5,84

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 99,170.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

Medias marginales estimadas de edad de comisión del primer delito

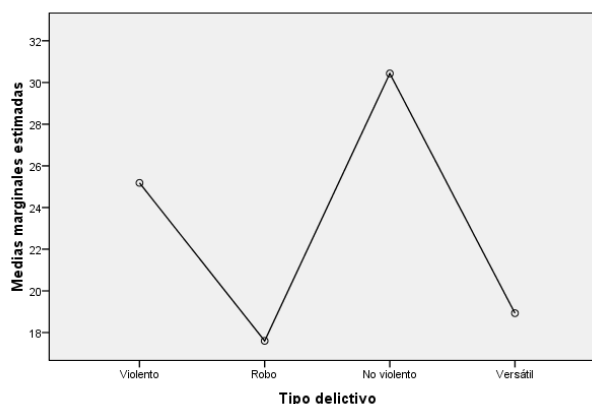


Gráfico 59. Tipos delictivos y primer delito

e) Edad de inicio en el consumo de drogas:

La media más baja en la edad de inicio al consumo de drogas corresponde al grupo Robo, seguido del grupo Violento. La más alta corresponde al grupo No violento, seguido del Versátil; salvo en el grupo No violento, las diferencias son pequeñas (Tabla 107) y el ANOVA no muestra diferencias significativas (Tabla 108). La situación de las medias de los grupos se expresa en el gráfico 60.

Tabla 107. Estadísticos descriptivos: Edad de inicio al consumo de drogas

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	14,43	3,096	40
Robo	14,22	4,123	64
No violento	15,23	4,752	26
Versátil	14,60	3,743	43
Total	14,51	3,901	173

Tabla 108. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Edad de inicio al consumo de drogas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	19,607 ^a	3	6,536	,425	,735	,007
Intersección	33415,427	1	33415,427	2174,004	,000	,928
DELITO	19,607	3	6,536	,425	,735	,007
Error	2597,607	169	15,370			
Total	39063,000	173				
Total corregida	2617,214	172				

a. R cuadrado = ,007 (R cuadrado corregida = -,010)

Medias marginales estimadas de edad de inicio al consumo de drogas

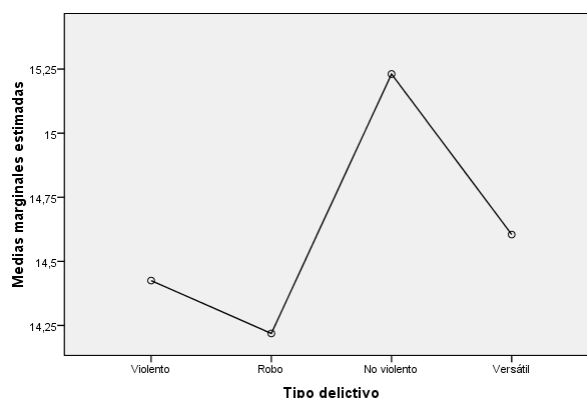


Gráfico 60. Tipos delictivos e inicio en drogas

f) Edad de inicio en el consumo de drogas duras:

A diferencia del caso anterior, la media menor corresponde al grupo Violento seguido de Robo y la mayor al grupo No violento, seguido de Versátil (Tabla 109). Tampoco en este caso las diferencias resultan significativas en los análisis (Tabla 110) y el perfil es diferente, como puede verse en el gráfico 61.

Tabla 109. Estadísticos descriptivos: Edad de inicio en el consumo de drogas duras

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	16,20	3,428	30
Robo	16,90	5,146	62
No violento	17,77	3,804	22
Versátil	17,50	4,805	42
Total	17,05	4,579	156

Tabla 110. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Edad de inicio en el consumo drogas duras

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	43,007 ^a	3	14,336	,680	,566	,013
Intersección	39378,517	1	39378,517	1866,640	,000	,925
DELITO	43,007	3	14,336	,680	,566	,013
Error	3206,583	152	21,096			
Total	48606,000	156				
Total corregida	3249,590	155				

a. R cuadrado = ,013 (R cuadrado corregida = -,006)

Medias marginales estimadas de edad de inicio al consumo drogas duras

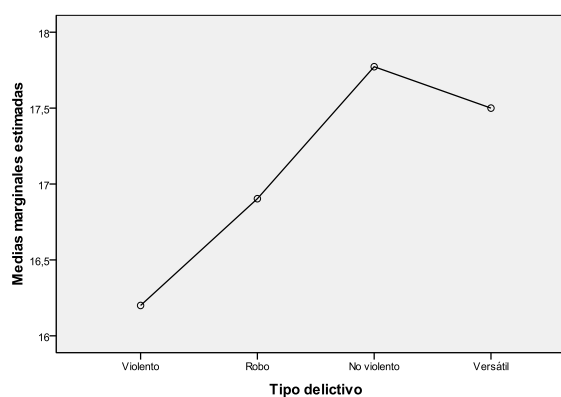


Gráfico 61. Tipos delictivos e inicio en drogas duras

g) Tiempo usando drogas:

Considerando el tiempo de vida adulta durante el cual se han estado usando drogas, la media mayor corresponde al grupo Versátil seguido por Robo, siendo la menor la correspondiente al grupo No violento seguido por Violento (Tabla 111). El ANOVA muestra diferencias significativas (Tabla 112) que el post hoc (Tabla 113) confirma entre el grupo Violento y los grupos Robo y Versátil, así como entre el grupo No violento y los grupos Robo y Versátil. El gráfico 62 muestra la disposición de las medias.

Tabla 111. Estadísticos descriptivos: Tiempo usando drogas

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	33,9495	26,65207	55
Robo	47,2627	19,74542	70
No violento	25,3491	26,80090	44
Versátil	50,0273	20,07493	44
Total	39,8693	25,05146	213

Tabla 112. Pruebas de los efectos inter-sujetos:Tiempo usando drogas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	19570,750 ^a	3	6523,583	12,015	,000	,147
Intersección	314672,929	1	314672,929	579,568	,000	,735
DELITO	19570,750	3	6523,583	12,015	,000	,147
Error	113475,295	209	542,944			
Total	471623,281	213				
Total corregida	133046,045	212				

a. R cuadrado = ,147 (R cuadrado corregida = ,135)

Tabla 113. Comparaciones múltiples Bonferroni: Tiempo usando drogas

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-13,3133*	4,19858	,010	-24,4966	-2,1299
	No violento	8,6004	4,71289	,417	-3,9529	21,1536
	Versátil	-16,0778*	4,71289	,005	-28,6311	-3,5245
Robo	Violento	13,3133*	4,19858	,010	2,1299	24,4966
	No violento	21,9136*	4,48285	,000	9,9731	33,8542
	Versátil	-2,7646	4,48285	1,000	-14,7051	9,1760
No violento	Violento	-8,6004	4,71289	,417	-21,1536	3,9529
	Robo	-21,9136*	4,48285	,000	-33,8542	-9,9731
	Versátil	-24,6782*	4,96782	,000	-37,9105	-11,4459
Versátil	Violento	16,0778*	4,71289	,005	3,5245	28,6311
	Robo	2,7646	4,48285	1,000	-9,1760	14,7051
	No violento	24,6782*	4,96782	,000	11,4459	37,9105

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 542,944.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

Medias marginales estimadas de Tiempo usando drogas: tiempo/edadx100

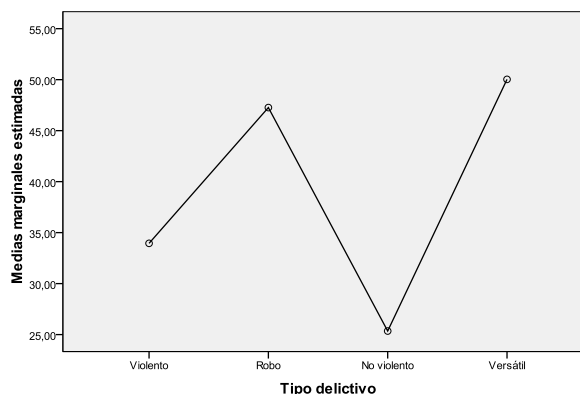


Gráfico 62. Tipos delictivos y tiempo usando drogas

h) Tiempo usando drogas duras:

Cuando el consumo ha sido de drogas duras encontramos la misma disposición de las diferencias, medias mayores para Versátil y Robo, menores para No violento y Violento (Tabla 114). El ANOVA obtiene diferencias significativas (Tabla 115) confirmadas para todas las comparaciones excepto Violento - no Violento y Robo - Versátil (Tabla 116). El gráfico 63 expresa la situación de las medias marginales para cada grupo.

Tabla 114. Estadísticos descriptivos: Tiempo usando drogas duras

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	24,1928	24,21284	55
Robo	40,4192	22,99812	70
No violento	21,5498	24,12350	44
Versátil	41,9435	18,02177	44
Total	32,6463	24,23580	213

Tabla 115. Pruebas de los efectos inter-sujetos:Tiempo usando drogas duras

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	17380,822 ^a	3	5793,607	11,301	,000	,140
Intersección	210607,487	1	210607,487	410,827	,000	,663
DELITO	17380,822	3	5793,607	11,301	,000	,140
Error	107142,434	209	512,643			
Total	351534,077	213				
Total corregida	124523,256	212				

a. R cuadrado = ,140 (R cuadrado corregida = ,127)

Tabla 116. Comparaciones múltiples Bonferroni:Tiempo usando drogas duras

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-16,2264*	4,07974	,001	-27,0932	-5,3596
	No violento	2,6430	4,57949	1,000	-9,5550	14,8410
	Versátil	-17,7508*	4,57949	,001	-29,9487	-5,5528
Robo	Violento	16,2264*	4,07974	,001	5,3596	27,0932
	No violento	18,8694*	4,35597	,000	7,2668	30,4720
	Versátil	-1,5243	4,35597	1,000	-13,1269	10,0782
No violento	Violento	-2,6430	4,57949	1,000	-14,8410	9,5550
	Robo	-18,8694*	4,35597	,000	-30,4720	-7,2668
	Versátil	-20,3938*	4,82721	,000	-33,2515	-7,5360
Versátil	Violento	17,7508*	4,57949	,001	5,5528	29,9487
	Robo	1,5243	4,35597	1,000	-10,0782	13,1269
	No violento	20,3938*	4,82721	,000	7,5360	33,2515

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 512,643.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

Medias marginales estimadas de Tiempo usando drogas duras=tiddura / edad * 100

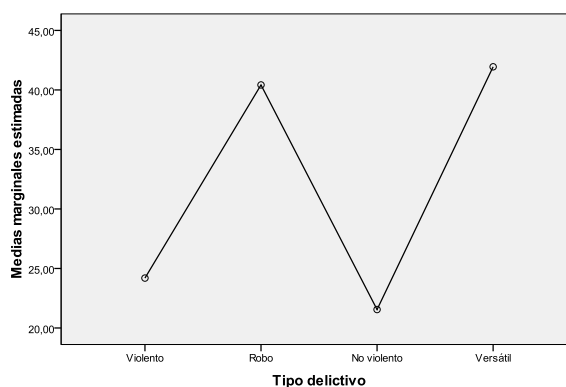


Gráfico 63. Tipos delictivos y tiempo usando drogas duras

4.4.3.2. Relación de Tipos delictivos con Niveles de psicopatía

Nuevamente se analizan las diferencias entre los grupos respecto al factor 1 y el factor 2 del PCL-R por separado, para establecer si se involucran distintos factores en los diferentes tipos delictivos en que está dividida la muestra.

a) PCL-R factor I:

La mayor media en el factor I corresponde al grupo Versátil, seguido del Violento, siendo la más baja la del grupo No violento, seguido por la de Robo (Tabla 117). El ANOVA es significativo para las diferencias (Tabla 118), que el análisis Bonferroni sitúa entre el grupo Versátil y los grupos No violento y Robo (Tabla 119). El gráfico 64 expresa la situación de las medias de los grupos, con un perfil atípico en este estudio.

Tabla 117. Estadísticos descriptivos: factor 1

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	7,61	4,596	51
Robo	6,15	4,186	69
No violento	5,52	4,435	43
versátiles	8,43	4,202	44
Total	6,86	4,451	207

Tabla 118. Pruebas de los efectos inter-sujetos: factor 1

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	248,631 ^a	3	82,877	4,389	,005	,061
Intersección	9591,545	1	9591,545	507,968	,000	,714
DELITO	248,631	3	82,877	4,389	,005	,061
Error	3833,081	203	18,882			
Total	13836,500	207				
Total corregida	4081,713	206				

a. R cuadrado = ,061 (R cuadrado corregida = ,047)

Tabla 119. Comparaciones múltiples Bonferroni: factor 1

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
Violento	Robo	1,46	,802	,427	-,68	3,59
	No violento	2,08	,900	,129	-,31	4,48
	Versátil	-,82	,894	1,000	-3,21	1,56
Robo	Violento	-1,46	,802	,427	-3,59	,68
	No violento	,63	,844	1,000	-1,62	2,88
	Versátil	-2,28*	,838	,043	-4,51	-,05
No violento	Violento	-2,08	,900	,129	-4,48	,31
	Robo	-,63	,844	1,000	-2,88	1,62
	Versátil	-2,91*	,932	,012	-5,39	-,43
Versátil	Violento	,82	,894	1,000	-1,56	3,21
	Robo	2,28*	,838	,043	,05	4,51
	No violento	2,91*	,932	,012	,43	5,39

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 18,882.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

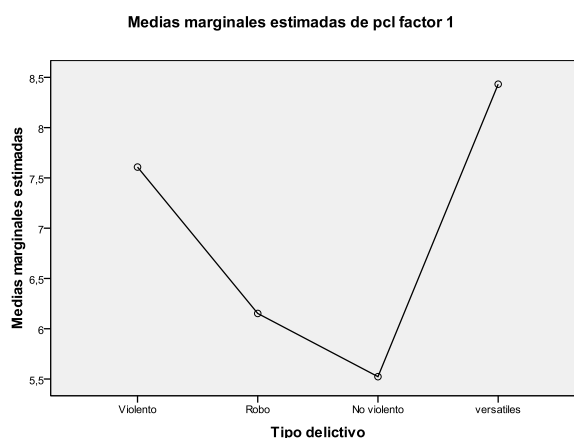


Gráfico 64. Tipos delictivos y factor 1

b) PCL-R factor II:

Respecto al factor II, la media mayor es la del grupo Robo seguido por el Versátil, siendo la menor la correspondiente al No violento, seguido por el Violento (Tabla 120). El ANOVA también resulta significativo (Tabla 121), y el análisis Bonferroni establece la significación de la diferencia entre los grupos con mayor media: Robo y Versátil con los grupos con media menor: Violento y No violento (Tabla 122). El gráfico 65 expresa la posición de las medias, con el perfil típico de las medidas de disfunción.

Tabla 120. Estadísticos descriptivos: pel factor 2

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	7,09	5,108	51
Robo	10,25	4,082	69
No violento	4,84	4,562	44
Versátil	10,09	3,999	44
Total	8,30	4,927	208

Tabla 121. Pruebas de los efectos inter-sujetos: factor 2

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1005,832 ^a	3	335,277	17,015	,000	,200
Intersección	13092,682	1	13092,682	664,456	,000	,765
DELITO	1005,832	3	335,277	17,015	,000	,200
Error	4019,687	204	19,704			
Total	19348,000	208				
Total corregida	5025,519	207				

a. R cuadrado = ,200 (R cuadrado corregida = ,188)

Tabla 122. Comparaciones múltiples Bonferroni: factor 2

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,17 [*]	,820	,001	-5,35	-,98
	No violento	2,25	,913	,088	-,19	4,68
	Versátil	-3,00 [*]	,913	,007	-5,44	-,57
Robo	Violento	3,17 [*]	,820	,001	,98	5,35
	No violento	5,41 [*]	,856	,000	3,13	7,69
	Versátil	,16	,856	1,000	-2,12	2,44
No violento	Violento	-2,25	,913	,088	-4,68	,19
	Robo	-5,41 [*]	,856	,000	-7,69	-3,13
	Versátil	-5,25 [*]	,946	,000	-7,77	-2,73
Versátil	Violento	3,00 [*]	,913	,007	,57	5,44
	Robo	-,16	,856	1,000	-2,44	2,12
	No violento	5,25 [*]	,946	,000	2,73	7,77

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 19,704.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

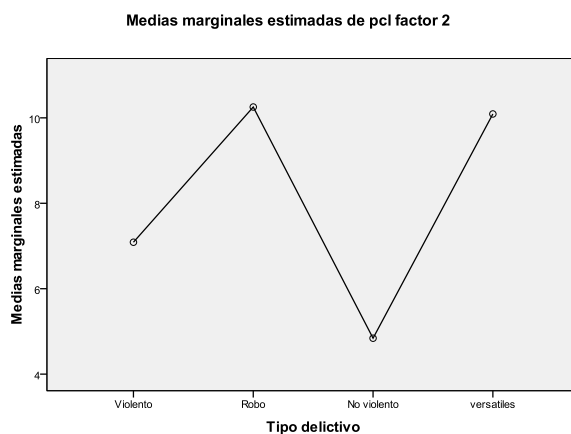


Gráfico 65. Tipos delictivos y factor 2

4.4.3.3. Relación de Tipos delictivos con Síntomas clínicos

En este apartado, que refleja el malestar subjetivo informado por los internos en el SCL-90-R, se han aportado gráficos ilustrativos de todos los análisis por el interés que puede tener observar los perfiles, incluso en aquellos casos en que el ANOVA no resulta significativo dado que todas las variables se refieren a un mismo concepto global: expresión de malestar.

a) Índice global de severidad:

El grupo Robo presenta la media más alta, seguido del Versátil; la menor corresponde al grupo No violento seguido del Violento (Tabla 123). Las diferencias son significativas (Tabla 124) y el análisis post hoc (Bonferroni) determina que éstas se refieren al grupo Robo en comparación con los grupos No violento y Violento (Tabla 125). El gráfico 66, al final, representa la posición relativa de las medias.

Tabla 123. Estadísticos descriptivos: índice global de severidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	,7868	,49309	53
Robo	1,0957	,52743	68
No violento	,6979	,50970	43
Versátil	,9343	,54292	44
Total	,9006	,53820	208

Tabla 124. Pruebas de los efectos inter-sujetos: índice global de severidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	5,092 ^a	3	1,697	6,311	,000	,085
Intersección	155,280	1	155,280	577,334	,000	,739
DELITO	5,092	3	1,697	6,311	,000	,085
Error	54,868	204	,269			
Total	228,676	208				
Total corregida	59,960	207				

a. R cuadrado = ,085 (R cuadrado corregida = ,071)

Tabla 125. Comparaciones múltiples Bonferroni: índice global de severidad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,3089 [*]	,09503	,008	-,5621	-,0558
	No violento	,0889	,10644	1,000	-,1947	,3725
	Versátil	-,1475	,10577	,988	-,4293	,1343
Robo	Violento	,3089 [*]	,09503	,008	,0558	,5621
	No violento	,3978 [*]	,10105	,001	,1286	,6670
	Versátil	,1614	,10034	,655	-,1059	,4287
No violento	Violento	-,0889	,10644	1,000	-,3725	,1947
	Robo	-,3978 [*]	,10105	,001	-,6670	-,1286
	Versátil	-,2364	,11121	,208	-,5327	,0599
Versátil	Violento	,1475	,10577	,988	-,1343	,4293
	Robo	-,1614	,10034	,655	-,4287	,1059
	No violento	,2364	,11121	,208	-,0599	,5327

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = ,269.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

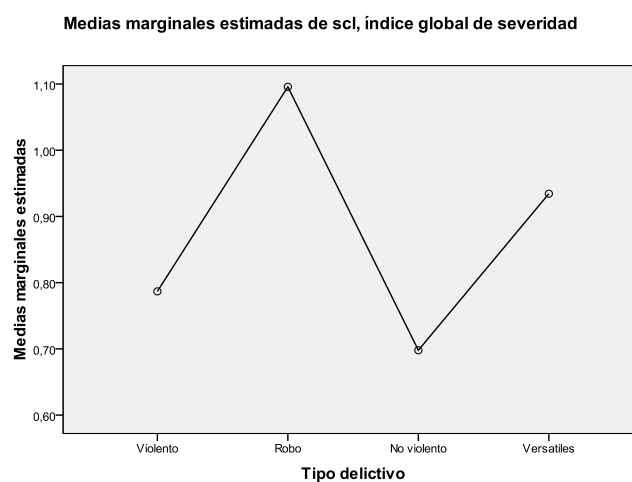


Gráfico 66. Tipos delictivos e índice global de severidad

b) Total de síntomas positivos:

Nuevamente la media mayor está en el grupo Robo, seguido del Versátil mientras que la menor corresponde al grupo Violento seguido muy cerca del No violento (Tabla 126). Las diferencias son significativas (Tabla 127), concretamente entre el grupo Robo y los grupos Violento y No violento (Tabla 128), cuyas medias se sitúan como expresa el gráfico 67.

Tabla 126. Estadísticos descriptivos: total de síntomas positivos

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	35,18	17,378	53
Robo	46,55	20,544	68
No violento	35,67	19,083	43
Versátil	43,91	21,486	44
Total	40,84	20,216	208

Tabla 127. Pruebas de los efectos inter-sujetos: total de síntomas positivos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	5474,275 ^a	3	1824,758	4,704	,003	,065
Intersección	327068,720	1	327068,720	843,224	,000	,805
DELITO	5474,275	3	1824,758	4,704	,003	,065
Error	79127,315	204	387,879			
Total	431601,105	208				
Total corregida	84601,590	207				

a. R cuadrado = ,065 (R cuadrado corregida = ,051)

Tabla 128. Comparaciones múltiples Bonferroni: total de síntomas positivos

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-11,37*	3,609	,011	-20,98	-1,75
	No violento	-,50	4,042	1,000	-11,26	10,27
	Versátil	-8,73	4,017	,185	-19,43	1,97
Robo	Violento	11,37*	3,609	,011	1,75	20,98
	No violento	10,87*	3,837	,030	,65	21,10
	Versátil	2,64	3,810	1,000	-7,51	12,79
No violento	Violento	,50	4,042	1,000	-10,27	11,26
	Robo	-10,87*	3,837	,030	-21,10	-,65
	Versátil	-8,23	4,223	,315	-19,49	3,02
Versátil	Violento	8,73	4,017	,185	-1,97	19,43
	Robo	-2,64	3,810	1,000	-12,79	7,51
	No violento	8,23	4,223	,315	-3,02	19,49

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 387,879.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

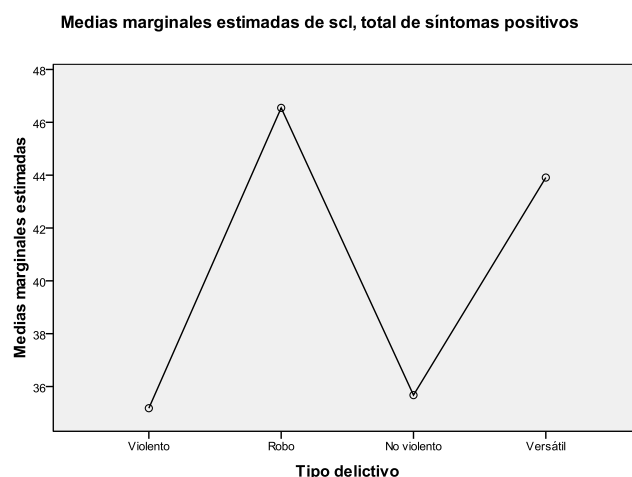


Gráfico 67. Tipos delictivos y total de síntomas positivos

c) Índice de malestar sintomático positivo:

El mayor malestar lo expresa el grupo Robo seguido del Versátil, teniendo No violento la menor media, a bastante distancia de Violento (Tabla 129). Las diferencias son significativas (Tabla 130) concretamente para el grupo No violento en relación a Robo y Versátil (Tabla 131), como expresa el gráfico 68.

Tabla 129. Estadísticos descriptivos: índice de distrés de síntomas positivos

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	1,9060	,67281	53
Robo	1,9828	,60550	68
No violento	1,5849	,66990	43
Versátil	1,9677	,62921	44
Total	1,8778	,65502	208

Tabla 130. Pruebas de los efectos inter-sujetos: índice de distrés de síntomas positivos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	4,837 ^a	3	1,612	3,917	,010	,054
Intersección	696,044	1	696,044	1690,889	,000	,892
DELITO	4,837	3	1,612	3,917	,010	,054
Error	83,975	204	,412			
Total	822,239	208				
Total corregida	88,812	207				

a. R cuadrado = ,054 (R cuadrado corregida = ,041)

Tabla 131. Comparaciones múltiples Bonferroni: índice de distrés de síntomas positivos

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,0768	,11756	1,000	-,3900	,2365
	No violento	,3212	,13168	,094	-,0297	,6720
	Versátil	-,0617	,13085	1,000	-,4103	,2869
Robo	Violento	,0768	,11756	1,000	-,2365	,3900
	No violento	,3979*	,12501	,010	,0649	,7310
	Versátil	,0151	,12413	1,000	-,3157	,3458
No violento	Violento	-,3212	,13168	,094	-,6720	,0297
	Robo	-,3979*	,12501	,010	-,7310	-,0649
	Versátil	-,3828*	,13758	,035	-,7494	-,0163
Versátil	Violento	,0617	,13085	1,000	-,2869	,4103
	Robo	-,0151	,12413	1,000	-,3458	,3157
	No violento	,3828*	,13758	,035	,0163	,7494

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = ,412.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

Medias marginales estimadas de scl, índice de distrés de síntomas positivos

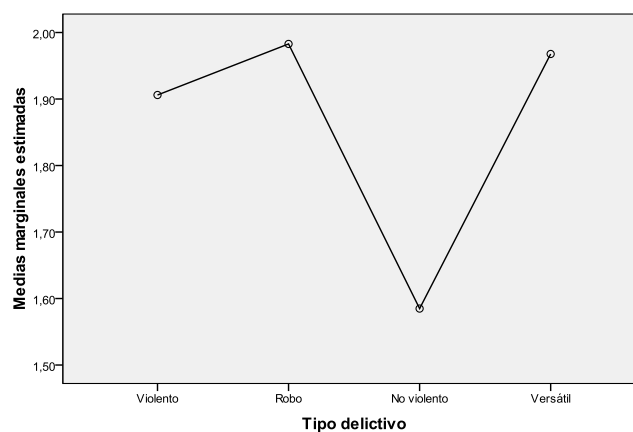


Gráfico 68. Tipos delictivos e índice de distrés de síntomas positivos

d) Somatización:

La media mayor vuelve a ser para Robo seguida de Versátil y la menor corresponde a Violento, seguida de No violento (Tabla 132). Las diferencias no son significativas (Tabla 133), puede verse la posición de las medias en el gráfico 69.

Tabla 132. Estadísticos descriptivos: somatización

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	8,32	8,311	53
Robo	10,68	8,209	68
No violento	8,93	6,262	43
Versátil	9,68	8,899	44
Total	9,50	8,028	208

Tabla 133. Pruebas de los efectos inter-sujetos: somatización

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	183,230 ^a	3	61,077	,947	,419	,014
Intersección	17779,197	1	17779,197	275,630	,000	,575
DELITO	183,230	3	61,077	,947	,419	,014
Error	13158,766	204	64,504			
Total	32133,000	208				
Total corregida	13341,995	207				

a. R cuadrado = ,014 (R cuadrado corregida = -,001)

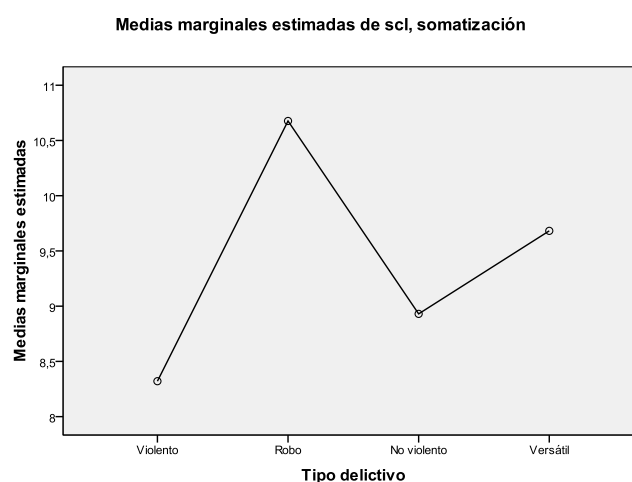


Gráfico 69. Tipos delictivos y somatización

e) Obsesiones y compulsiones:

El grupo Robo sigue teniendo la mayor media, seguido del Versátil, correspondiendo la menor al grupo No violento seguido del Violento (Tabla 134). Las diferencias son significativas (Tabla 135) y corresponden al grupo Robo respecto a Violento y No violento (Tabla 136), como expresa el gráfico 70.

Tabla 134. Estadísticos descriptivos: obsesión compulsión

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	8,75	6,633	53
Robo	12,43	6,605	68
No violento	8,12	5,662	43
Versátil	10,32	6,643	44
Total	10,15	6,626	208

Tabla 135. Pruebas de los efectos inter-sujetos: obsesión compulsión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	634,669 ^a	3	211,556	5,105	,002	,070
Intersección	19726,758	1	19726,758	475,995	,000	,700
DELITO	634,669	3	211,556	5,105	,002	,070
Error	8454,408	204	41,443			
Total	30534,000	208				
Total corregida	9089,077	207				

a. R cuadrado = ,070 (R cuadrado corregida = ,056)

Tabla 136. Comparaciones múltiples Bonferroni: obsesión compulsión

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,67*	1,180	,013	-6,81	-,53
	No violento	,64	1,321	1,000	-2,88	4,16
	Versátil	-1,56	1,313	1,000	-5,06	1,93
Robo	Violento	3,67*	1,180	,013	,53	6,81
	No violento	4,31*	1,254	,004	,97	7,65
	Versátil	2,11	1,246	,552	-1,21	5,43
No violento	Violento	-,64	1,321	1,000	-4,16	2,88
	Robo	-4,31*	1,254	,004	-7,65	-,97
	Versátil	-2,20	1,380	,674	-5,88	1,48
Versátil	Violento	1,56	1,313	1,000	-1,93	5,06
	Robo	-2,11	1,246	,552	-5,43	1,21
	No violento	2,20	1,380	,674	-1,48	5,88

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 41,443.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

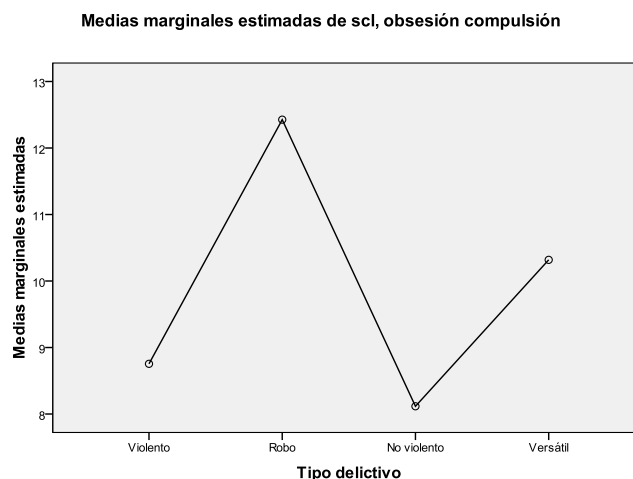


Gráfico 70. Tipos delictivos y obsesión-compulsión

f) Sensibilidad interpersonal.

La media mayor se sitúa en el grupo Robo seguido del Versátil y la menor en el grupo No Violento seguido del Violento (Tabla 137), como viene siendo frecuente; en este caso las diferencias no son significativas (Tabla 138) aunque el perfil Gráfico sigue siendo muy similar (Gráfico 71).

Tabla 137. Estadísticos descriptivos: sensibilidad interpersonal

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,75	5,438	53
Robo	8,21	4,733	68
No violento	6,12	5,961	43
Versátil	7,77	5,988	44
Total	7,31	5,479	208

Tabla 138. Pruebas de los efectos inter-sujetos: sensibilidad interpersonal

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	141,613 ^a	3	47,204	1,586	,194	,023
Intersección	10461,692	1	10461,692	351,418	,000	,633
DELITO	141,613	3	47,204	1,586	,194	,023
Error	6073,075	204	29,770			
Total	17337,000	208				
Total corregida	6214,687	207				

a. R cuadrado = ,023 (R cuadrado corregida = ,008)

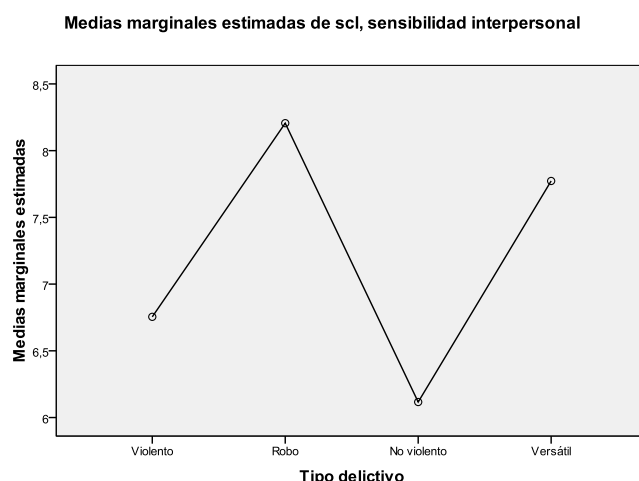


Gráfico 71. Tipos delictivos y sensibilidad interpersonal

g) Depresión:

De nuevo, la mayor media corresponde a Robo seguido por Versátil y la menor a No violento seguido de Violento (Tabla 139). Las diferencias son significativas en el ANOVA ($p < .036$, Tabla 140) y el análisis Bonferroni encuentra la mayor significación ($p = .078$) en la diferencia de Robo y No violento (Tabla 141). El gráfico 72 muestra un perfil similar a los anteriores, aunque con menor distancia entre las puntuaciones.

Tabla 139. Estadísticos descriptivos: depresión

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	14,94	8,793	53
Robo	17,82	8,663	68
No violento	13,58	8,816	43
Versátil	17,68	8,446	44
Total	16,18	8,801	208

Tabla 140. Pruebas de los efectos inter-sujetos: depresión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	654,335 ^a	3	218,112	2,893	,036	,041
Intersección	51533,670	1	51533,670	683,509	,000	,770
DELITO	654,335	3	218,112	2,893	,036	,041
Error	15380,723	204	75,396			
Total	70506,000	208				
Total corregida	16035,058	207				

a. R cuadrado = ,041 (R cuadrado corregida = ,027)

Tabla 141. Comparaciones múltiples Bonferroni: depresión

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-2,88	1,591	,430	-7,12	1,36
	No violento	1,36	1,782	1,000	-3,39	6,11
	Versátil	-2,74	1,771	,741	-7,46	1,98
Robo	Violento	2,88	1,591	,430	-1,36	7,12
	No violento	4,24	1,692	,078	-,27	8,75
	Versátil	,14	1,680	1,000	-4,33	4,62
No violento	Violento	-1,36	1,782	1,000	-6,11	3,39
	Robo	-4,24	1,692	,078	-8,75	,27
	Versátil	-4,10	1,862	,173	-9,06	,86
Versátil	Violento	2,74	1,771	,741	-1,98	7,46
	Robo	-,14	1,680	1,000	-4,62	4,33
	No violento	4,10	1,862	,173	-,86	9,06

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 75,396.

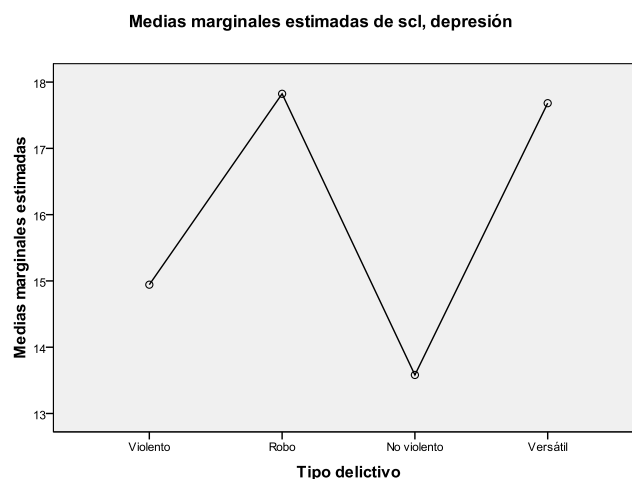


Gráfico 72. Tipos delictivos y depresión

h) Ansiedad:

El grupo Robo continúa proporcionando la media mayor, seguido del Versátil y la menor corresponde de nuevo al No violento seguido del Violento (Tabla 142). Las diferencias son significativas (Tabla 143) entre Robo y No violento (Tabla 144) y el perfil es similar, aunque la media de Versátil es más baja que en otras escalas (Gráfico 73).

Tabla 142. Estadísticos descriptivos: ansiedad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	8,55	6,874	53
Robo	11,79	7,299	68
No violento	7,16	6,414	43
Versátil	9,05	7,486	44
Total	9,43	7,227	208

Tabla 143. Pruebas de los efectos inter-sujetos: ansiedad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	648,899 ^a	3	216,300	4,341	,005	,060
Intersección	16791,359	1	16791,359	337,016	,000	,623
DELITO	648,899	3	216,300	4,341	,005	,060
Error	10164,019	204	49,824			
Total	29301,000	208				
Total corregida	10812,918	207				

a. R cuadrado = ,060 (R cuadrado corregida = ,046)

Tabla 144. Comparaciones múltiples Bonferroni: ansiedad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Intervalo de confianza 95%		
				Sig.	Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,25	1,293	,077	-6,69	,20
	No violento	1,38	1,449	1,000	-2,48	5,24
	Versátil	-,50	1,440	1,000	-4,33	3,34
Robo	Violento	3,25	1,293	,077	-,20	6,69
	No violento	4,63*	1,375	,005	,97	8,30
	Versátil	2,75	1,366	,273	-,89	6,39
No violento	Violento	-1,38	1,449	1,000	-5,24	2,48
	Robo	-4,63*	1,375	,005	-8,30	-,97
	Versátil	-1,88	1,514	1,000	-5,92	2,15
Versátil	Violento	,50	1,440	1,000	-3,34	4,33
	Robo	-2,75	1,366	,273	-6,39	,89
	No violento	1,88	1,514	1,000	-2,15	5,92

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 49,824.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

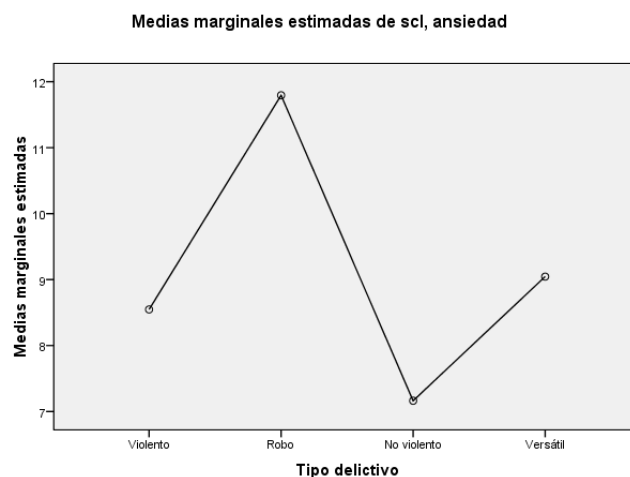


Gráfico 73. Tipos delictivos y ansiedad

i) Hostilidad:

Las medias de los grupos presentan la posición más frecuente, de mayor a menor: Robo, Versátil, Violento y No violento (Tabla 145). Las diferencias son significativas (Tabla 146) también entre Robo y los grupos Violento y No violento (Tabla 147), presentando la misma configuración gráfica (Gráfico 74)

Tabla 145. Estadísticos descriptivos: hostilidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	3,47	4,960	53
Robo	6,56	6,122	68
No violento	2,37	3,485	43
Versátil	5,16	4,700	44
Total	4,61	5,296	208

Tabla 146. Pruebas de los efectos inter-sujetos: hostilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	555,552 ^a	3	185,184	7,196	,000	,096
Intersección	3876,641	1	3876,641	150,638	,000	,425
DELITO	555,552	3	185,184	7,196	,000	,096
Error	5249,905	204	25,735			
Total	10227,000	208				
Total corregida	5805,457	207				

a. R cuadrado = ,096 (R cuadrado corregida = ,082)

Tabla 147. Comparaciones múltiples Bonferroni: hostilidad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,09*	,930	,006	-5,56	-,61
	No violento	1,10	1,041	1,000	-1,67	3,87
	Versátil	-1,69	1,035	,627	-4,44	1,07
Robo	Violento	3,09*	,930	,006	,61	5,56
	No violento	4,19*	,988	,000	1,55	6,82
	Versátil	1,40	,981	,932	-1,22	4,01
No violento	Violento	-1,10	1,041	1,000	-3,87	1,67
	Robo	-4,19*	,988	,000	-6,82	-1,55
	Versátil	-2,79	1,088	,067	-5,69	,11
Versátil	Violento	1,69	1,035	,627	-1,07	4,44
	Robo	-1,40	,981	,932	-4,01	1,22
	No violento	2,79	1,088	,067	-,11	5,69

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 25,735.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

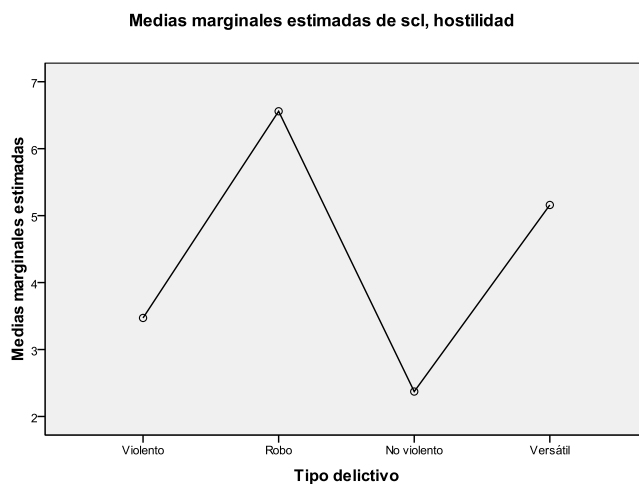


Gráfico 74. Tipos delictivos y hostilidad

j) Ansiedad fóbica:

Nuevamente el mismo orden de las medias, de mayor a menor: Robo, Versátil, Violento y No violento (Tabla 148). Aunque en este caso no hay diferencias significativas (Tabla 149), la gráfica sigue la misma pauta (Gráfico 75).

Tabla 148. Estadísticos descriptivos: ansiedad fóbica

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	2,04	2,601	53
Robo	3,18	3,354	68
No violento	1,98	2,220	43
Versátil	2,86	4,295	44
Total	2,57	3,234	208

Tabla 149. Pruebas de los efectos inter-sujetos: ansiedad fóbica

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	58,953 ^a	3	19,651	1,904	,130	,027
Intersección	1270,722	1	1270,722	123,092	,000	,376
DELITO	58,953	3	19,651	1,904	,130	,027
Error	2105,965	204	10,323			
Total	3541,000	208				
Total corregida	2164,918	207				

a. R cuadrado = ,027 (R cuadrado corregida = ,013)

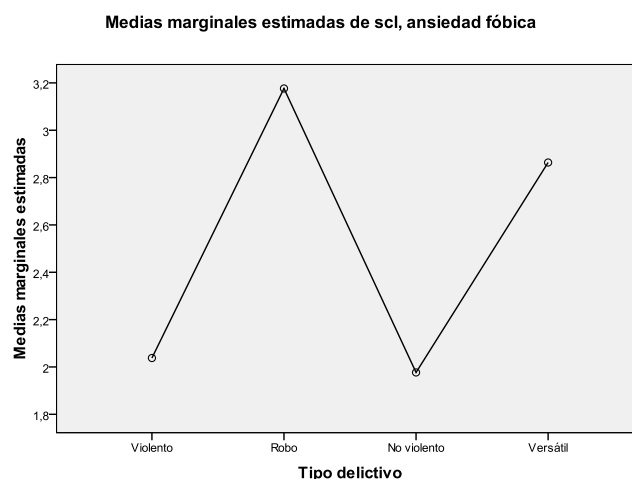


Gráfico 75. Tipos delictivos y ansiedad fóbica

k) Ideación paranoide:

Se repite el mismo orden de medias: Robo, Versátil, Violento, No violento (Tabla 150) con diferencias significativas (Tabla 151) y el análisis post hoc identifica con mejor nivel de confianza ($p < .051$) la diferencia entre Robo y No violento (Tabla 152). El gráfico 76 muestra la comparativa de las medias, que sigue el perfil habitual en medidas de disfunción.

Tabla 150. Estadísticos descriptivos: ideación paranoide

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,32	3,994	53
Robo	8,10	5,049	68
No violento	5,60	5,390	43
Versátil	8,09	4,802	44
Total	7,13	4,910	208

Tabla 151. Pruebas de los efectos inter-sujetos: ideación paranoide

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	239,753 ^a	3	79,918	3,432	,018	,048
Intersección	9938,706	1	9938,706	426,864	,000	,677
DELITO	239,753	3	79,918	3,432	,018	,048
Error	4749,742	204	23,283			
Total	15563,000	208				
Total corregida	4989,495	207				

a. R cuadrado = ,048 (R cuadrado corregida = ,034)

Tabla 152. Comparaciones múltiples Bonferroni: ideación paranoide

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-1,78	,884	,271	-4,14	,57
	No violento	,72	,990	1,000	-1,92	3,35
	Versátil	-1,77	,984	,441	-4,39	,85
Robo	Violento	1,78	,884	,271	-,57	4,14
	No violento	2,50	,940	,051	,00	5,00
	Versátil	,01	,934	1,000	-2,48	2,50
No violento	Violento	-,72	,990	1,000	-3,35	1,92
	Robo	-2,50	,940	,051	-5,00	,01
	Versátil	-2,49	1,035	,103	-5,24	,27
Versátil	Violento	1,77	,984	,441	-,85	4,39
	Robo	-,01	,934	1,000	-2,50	2,48
	No violento	2,49	1,035	,103	-,27	5,24

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 23,283.

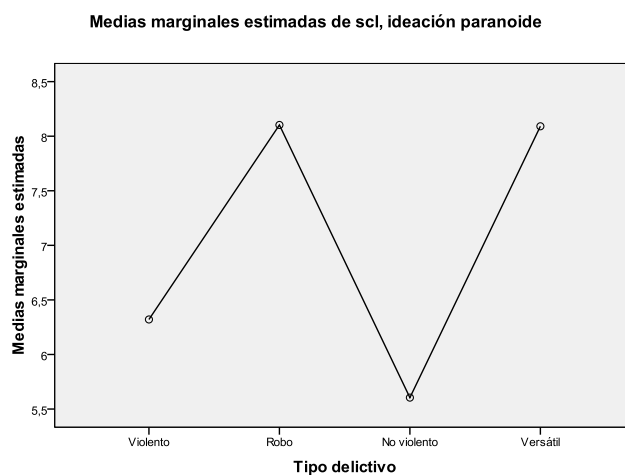


Gráfico 76. Tipos delictivos e ideación paranoide

1) Psicoticismo:

Continúa apareciendo el mismo orden de medias: Robo, Versátil, Violento, No violento (Tabla 153), siendo significativas las diferencias en este caso (Tabla 154) entre Robo y los grupos No violento y Violento (Tabla 155), con similar perfil (Gráfico 76).

Tabla 153. Estadísticos descriptivos: psicoticismo

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,98	4,928	53
Robo	8,90	6,414	68
No violento	4,14	4,362	43
Versátil	6,91	6,179	44
Total	6,50	5,906	208

Tabla 154. Pruebas de los efectos inter-sujetos: psicoticismo

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	759,935 ^a	3	253,312	7,999	,000	,105
Intersección	7810,086	1	7810,086	246,632	,000	,547
DELITO	759,935	3	253,312	7,999	,000	,105
Error	6460,060	204	31,667			
Total	15995,000	208				
Total corregida	7219,995	207				

a. R cuadrado = ,105 (R cuadrado corregida = ,092)

Tabla 155. Comparaciones múltiples Bonferroni: psicoticismo

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,92*	1,031	,001	-6,66	-1,17
	No violento	,84	1,155	1,000	-2,24	3,92
	Versátil	-1,93	1,148	,567	-4,99	1,13
Robo	Violento	3,92*	1,031	,001	1,17	6,66
	No violento	4,76*	1,096	,000	1,84	7,68
	Versátil	1,99	1,089	,416	-,91	4,89
No violento	Violento	-,84	1,155	1,000	-3,92	2,24
	Robo	-4,76*	1,096	,000	-7,68	-1,84
	Versátil	-2,77	1,207	,136	-5,98	,45
Versátil	Violento	1,93	1,148	,567	-1,13	4,99
	Robo	-1,99	1,089	,416	-4,89	,91
	No violento	2,77	1,207	,136	-,45	5,98

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 31,667.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

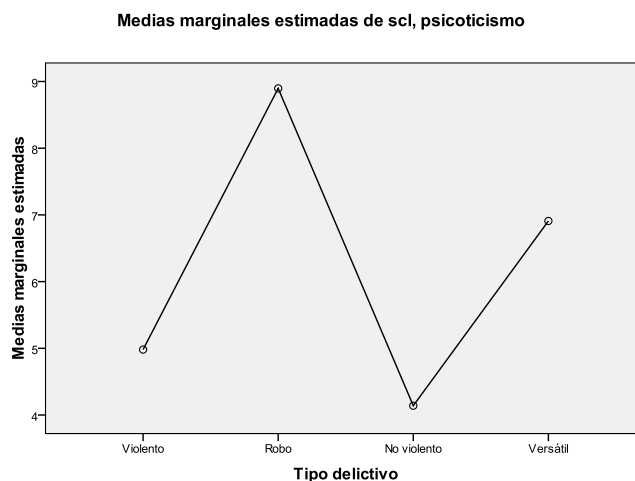


Gráfico 77. Tipos delictivos y psicoticismo

m) Ítem adicional:

Las puntuaciones medias en ítems adicionales también siguen el orden Robo, Versátil, Violento, No violento (Tabla 156) y las diferencias son significativas (Tabla 157), como en muchas ocasiones la significación se produce entre el grupo Robo y los grupos Violento y No violento (Tabla 158). El gráfico 78 expresa el mismo tipo de perfil.

Tabla 156. Estadísticos descriptivos: ítem adicional

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	7,44	5,710	52
Robo	11,98	9,565	66
No violento	6,83	4,569	42
Versátil	10,20	5,285	44
Total	9,38	7,230	204

Tabla 157. Pruebas de los efectos inter-sujetos: ítem adicional

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	944,072 ^a	3	314,691	6,511	,000	,089
Intersección	16429,037	1	16429,037	339,904	,000	,630
DELITO	944,072	3	314,691	6,511	,000	,089
Error	9666,858	200	48,334			
Total	28564,063	204				
Total corregida	10610,930	203				

a. R cuadrado = ,089 (R cuadrado corregida = ,075)

Tabla 158. Comparaciones múltiples Bonferroni: ítem adicional

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-4,54*	1,289	,003	-7,97	-1,10
	No violento	,61	1,442	1,000	-3,23	4,45
	Versátil	-2,76	1,424	,323	-6,56	1,03
Robo	Violento	4,54*	1,289	,003	1,10	7,97
	No violento	5,15*	1,372	,001	1,49	8,80
	Versátil	1,78	1,353	1,000	-1,83	5,38
No violento	Violento	-,61	1,442	1,000	-4,45	3,23
	Robo	-5,15*	1,372	,001	-8,80	-1,49
	Versátil	-3,37	1,500	,154	-7,37	,63
Versátil	Violento	2,76	1,424	,323	-1,03	6,56
	Robo	-1,78	1,353	1,000	-5,38	1,83
	No violento	3,37	1,500	,154	-,63	7,37

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 48,334.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

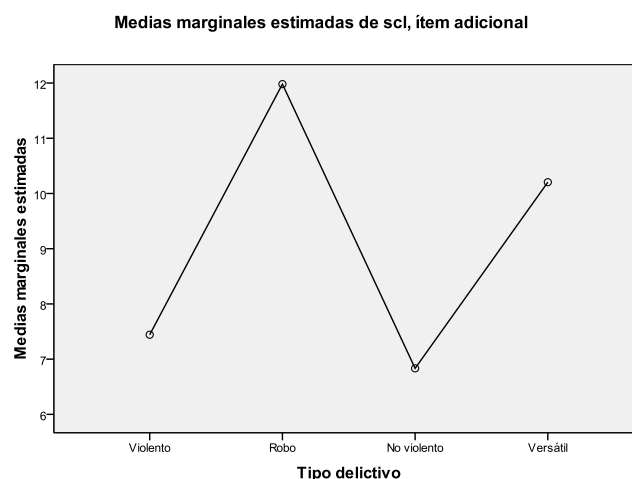


Gráfico 78. Tipos delictivos e ítem adicional

4.4.3.4. Relación de Tipos delictivos con Rasgos de Personalidad

Respecto a los datos obtenidos con el 16 PF, forma C, realizamos también el análisis de varianza de los 16 factores principales y los cuatro de segundo orden, comparando entre sí los cuatro grupos en que se ha dividido la muestra para este estudio, aportando Gráficos explicativas solamente en los análisis significativos, dado que estas variables no miden aspectos unidireccionales como ocurría en los apartados anteriores.

a) Afabilidad:

El grupo No violento presenta la puntuación media más alta, seguido de Violento y Robo que presentan una media similar, correspondiendo la menor, con notable diferencia, al grupo Versátil (Tabla 159); el ANOVA muestra diferencias significativas (Tabla 160) que el análisis post hoc Bonferroni sitúa entre el grupo No violento y el Versátil (Tabla 161). El gráfico 79 muestra la situación de las medias.

Tabla 159. Estadísticos descriptivos: Afabilidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,16	1,943	51
Robo	6,16	2,572	68
No violento	7,14	2,553	42
Versátil	5,55	2,583	44
Total	6,23	2,468	205

Tabla 160. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Afabilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	56,207 ^a	3	18,736	3,175	,025	,045
Intersección	7734,607	1	7734,607	1310,820	,000	,867
DELITO	56,207	3	18,736	3,175	,025	,045
Error	1186,018	201	5,901			
Total	9197,000	205				
Total corregida	1242,224	204				

a. R cuadrado = ,045 (R cuadrado corregida = ,031)

Tabla 161. Comparaciones múltiples Bonferroni: Afabilidad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	,00	,450	1,000	-1,20	1,19
	No violento	-,99	,506	,317	-2,33	,36
	Versátil	,61	,500	1,000	-,72	1,94
Robo	Violento	,00	,450	1,000	-1,19	1,20
	No violento	-,98	,477	,245	-2,25	,29
	Versátil	,62	,470	1,000	-,64	1,87
No violento	Violento	,99	,506	,317	-,36	2,33
	Robo	,98	,477	,245	-,29	2,25
	Versátil	1,60*	,524	,016	,20	2,99
Versátil	Violento	-,61	,500	1,000	-1,94	,72
	Robo	-,62	,470	1,000	-1,87	,64
	No violento	-1,60*	,524	,016	-2,99	-,20

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 5,901.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

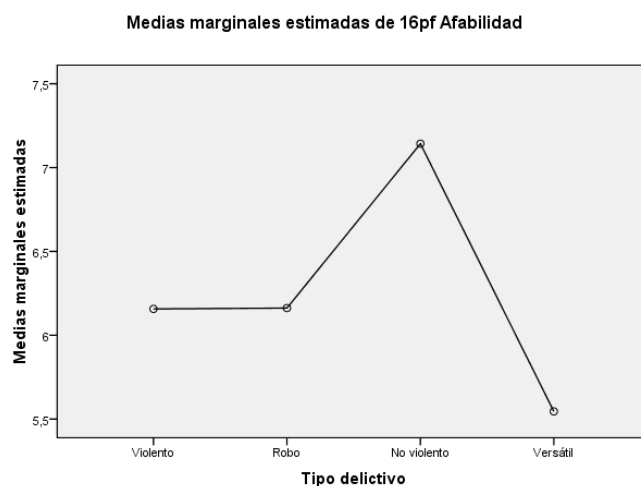


Gráfico 79. Tipos delictivos y afabilidad

b) Razonamiento:

El orden de las puntuaciones medias es el mismo: No violento, Violento, Versátil y Robo (Tabla 162) pero las diferencias no son significativas (Tabla 163).

Tabla 162. Estadísticos descriptivos: Razonamiento

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	3,65	1,671	51
Robo	3,53	1,588	68
No violento	3,81	1,714	42
Versátil	3,64	1,740	44
Total	3,64	1,659	205

Tabla 163. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Razonamiento

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	2,042 ^a	3	,681	,245	,865	,004
Intersección	2644,551	1	2644,551	950,484	,000	,825
DELITO	2,042	3	,681	,245	,865	,004
Error	559,246	201	2,782			
Total	3276,000	205				
Total corregida	561,288	204				

a. R cuadrado = ,004 (R cuadrado corregida = -,011)

c) Estabilidad:

El orden de las medias es No violento, Violento, Versátil y Robo (Tabla 164) y el ANOVA obtiene efectos significativos (Tabla 165) que el análisis post hoc sitúa entre el grupo No violento y los grupos Robo y Versátil, así como entre Violento y Robo (Tabla 166). El gráfico 80 ilustra las posiciones de las medias de Robo y Versátil en la parte más baja.

Tabla 164. Estadísticos descriptivos: Estabilidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,25	2,497	51
Robo	5,12	1,951	68
No violento	6,60	2,242	42
Versátil	5,25	2,616	44
Total	5,73	2,372	205

Tabla 165. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Estabilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	81,130 ^a	3	27,043	5,094	,002	,071
Intersección	6667,435	1	6667,435	1255,868	,000	,862
DELITO	81,130	3	27,043	5,094	,002	,071
Error	1067,114	201	5,309			
Total	7883,000	205				
Total corregida	1148,244	204				

a. R cuadrado = ,071 (R cuadrado corregida = ,057)

Tabla 166. Comparaciones múltiples Bonferroni: Estabilidad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Intervalo de confianza 95%		
				Sig.	Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	1,14	,427	,050	,00	2,27
	No violento	-,34	,480	1,000	-1,62	,94
	Versátil	1,00	,474	,212	-,26	2,27
Robo	Violento	-1,14	,427	,050	-2,27	,00
	No violento	-1,48*	,452	,008	-2,68	-,27
	Versátil	-,13	,446	1,000	-1,32	1,06
No violento	Violento	,34	,480	1,000	-,94	1,62
	Robo	1,48*	,452	,008	,27	2,68
	Versátil	1,35*	,497	,044	,02	2,67
Versátil	Violento	-1,00	,474	,212	-2,27	,26
	Robo	,13	,446	1,000	-1,06	1,32
	No violento	-1,35*	,497	,044	-2,67	-,02

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 5,309.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

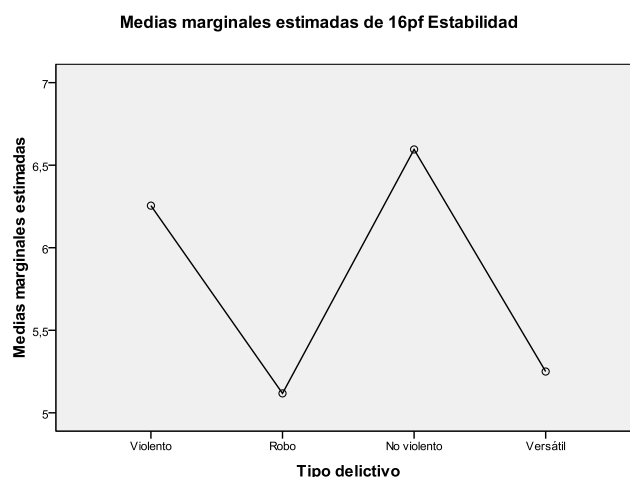


Gráfico 80. Tipos delictivos y estabilidad

d) Dominancia:

El orden de las medias es Robo, No violento, Versátil y Violento (Tabla 167), pero no hay resultados significativos (Tabla 168).

Tabla 167. Estadísticos descriptivos: Dominancia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,04	1,959	51
Robo	5,91	1,883	68
No violento	5,76	1,885	42
Versátil	5,61	2,423	44
Total	5,60	2,043	205

Tabla 168. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Dominancia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	23,757 ^a	3	7,919	1,924	,127	,028
Intersección	6165,372	1	6165,372	1497,674	,000	,882
DELITO	23,757	3	7,919	1,924	,127	,028
Error	827,443	201	4,117			
Total	7280,000	205				
Total corregida	851,200	204				

a. R cuadrado = ,028 (R cuadrado corregida = ,013)

e) Animación:

La media mayor corresponde a No violento, seguida de Robo, Violento y Versátil (Tabla 169), sin diferencias significativas (Tabla 170).

Tabla 169. Estadísticos descriptivos: Animación

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,06	2,301	51
Robo	6,16	1,967	68
No violento	6,29	1,852	42
Versátil	5,57	1,897	44
Total	6,03	2,020	205

Tabla 170. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Animación

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	13,350 ^a	3	4,450	1,092	,354	,016
Intersección	7168,547	1	7168,547	1758,431	,000	,897
DELITO	13,350	3	4,450	1,092	,354	,016
Error	819,411	201	4,077			
Total	8297,000	205				
Total corregida	832,761	204				

a. R cuadrado = ,016 (R cuadrado corregida = ,001)

f) Atención a normas:

Presenta la media mayor el grupo No violento, seguido de Robo, Violento y Versátil (Tabla 171), siendo significativas las diferencias (Tabla 172), que se producen entre el grupo Versátil y los grupos Robo y No violento (Tabla 173); la posición de las medias se observa en el gráfico 81.

Tabla 171. Estadísticos descriptivos: Atención a normas

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	8,76	2,438	51
Robo	8,88	2,531	68
No violento	9,29	2,848	42
Versátil	7,45	2,840	44
Total	8,63	2,702	205

Tabla 172. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Atención a normas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	84,109 ^a	3	28,036	4,009	,008	,056
Intersección	14625,604	1	14625,604	2091,281	,000	,912
DELITO	84,109	3	28,036	4,009	,008	,056
Error	1405,716	201	6,994			
Total	16755,000	205				
Total corregida	1489,824	204				

a. R cuadrado = ,056 (R cuadrado corregida = ,042)

Tabla 173. Comparaciones múltiples Bonferroni: Atención a normas

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,12	,490	1,000	-1,42	1,19
	No violento	-,52	,551	1,000	-1,99	,95
	Versátil	1,31	,544	,102	-,14	2,76
Robo	Violento	,12	,490	1,000	-1,19	1,42
	No violento	-,40	,519	1,000	-1,79	,98
	Versátil	1,43*	,512	,035	,06	2,79
No violento	Violento	,52	,551	1,000	-,95	1,99
	Robo	,40	,519	1,000	-,98	1,79
	Versátil	1,83*	,570	,009	,31	3,35
Versátil	Violento	-1,31	,544	,102	-2,76	,14
	Robo	-1,43*	,512	,035	-2,79	-,06
	No violento	-1,83*	,570	,009	-3,35	-,31

Basadas en las medias observadas.El término de error es la media cuadrática (Error) = 6,994.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

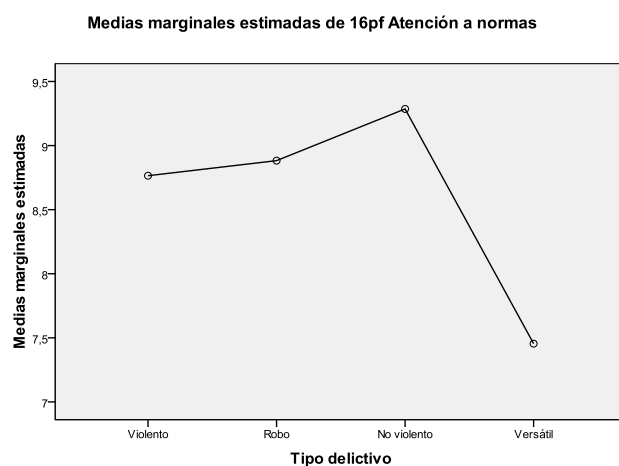


Gráfico 81. Tipos delictivos y atención a normas

g) Atrevimiento:

El orden de mayor a menor es No violento, Robo, Violento y Versátil (Tabla 174), sin diferencias significativas (Tabla 175).

Tabla 174. Estadísticos descriptivos: Atrevimiento

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,69	2,149	51
Robo	6,38	2,344	68
No violento	6,60	2,420	42
Versátil	5,64	2,441	44
Total	6,09	2,353	205

Tabla 175. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Atrevimiento

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	33,899 ^a	3	11,300	2,074	,105	,030
Intersección	7303,616	1	7303,616	1340,247	,000	,870
DELITO	33,899	3	11,300	2,074	,105	,030
Error	1095,340	201	5,449			
Total	8739,000	205				
Total corregida	1129,239	204				

a. R cuadrado = ,030 (R cuadrado corregida = ,016)

h) Sensibilidad:

De mayor a menor, las puntuaciones medias son Robo, No violento, Violento y Versátil (Tabla 176) sin que las diferencias resulten significativas (Tabla 177).

Tabla 176. Estadísticos descriptivos: Sensibilidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,04	2,163	51
Robo	4,50	1,943	68
No violento	4,21	2,374	42
Versátil	3,75	1,906	44
Total	4,17	2,089	205

Tabla 177. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Sensibilidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	16,118 ^a	3	5,373	1,235	,298	,018
Intersección	3368,754	1	3368,754	774,521	,000	,794
DELITO	16,118	3	5,373	1,235	,298	,018
Error	874,243	201	4,349			
Total	4448,000	205				
Total corregida	890,361	204				

a. R cuadrado = ,018 (R cuadrado corregida = ,003)

i) Vigilancia:

El orden de medias es Robo, No violento, Versátil y Violento (Tabla 178) sin que las diferencias sean significativas (Tabla 179).

Tabla 178. Estadísticos descriptivos: Vigilancia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,10	2,062	51
Robo	5,56	1,995	68
No violento	5,36	1,832	42
Versátil	5,18	1,756	44
Total	5,32	1,926	205

Tabla 179. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Vigilancia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	7,288 ^a	3	2,429	,652	,583	,010
Intersección	5556,711	1	5556,711	1490,266	,000	,881
DELITO	7,288	3	2,429	,652	,583	,010
Error	749,463	201	3,729			
Total	6563,000	205				
Total corregida	756,751	204				

a. R cuadrado = ,010 (R cuadrado corregida = -,005)

j) Abstracción:

La mayor media la obtiene el grupo Violento, seguido del No violento, Robo y Versátil (Tabla 180) sin diferencias significativas (Tabla 181).

Tabla 180. Estadísticos descriptivos: Abstracción

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,63	1,897	51
Robo	5,00	2,022	68
No violento	5,19	2,098	42
Versátil	4,77	2,458	44
Total	5,15	2,116	205

Tabla 181. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Abstracción

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	19,485 ^a	3	6,495	1,460	,227	,021
Intersección	5243,937	1	5243,937	1178,841	,000	,854
DELITO	19,485	3	6,495	1,460	,227	,021
Error	894,125	201	4,448			
Total	6343,000	205				
Total corregida	913,610	204				

a. R cuadrado = ,021 (R cuadrado corregida = ,007)

k) Privacidad:

De mayor a menor, las medias son Robo, Violento, No violento, Versátil (Tabla 182), sin diferencias significativas (Tabla 183).

Tabla 182. Estadísticos descriptivos: Privacidad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,51	2,266	51
Robo	4,68	1,996	68
No violento	4,43	1,915	42
Versátil	4,20	2,195	44
Total	4,48	2,085	205

Tabla 183. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Privacidad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	6,118 ^a	3	2,039	,465	,707	,007
Intersección	3927,380	1	3927,380	895,958	,000	,817
DELITO	6,118	3	2,039	,465	,707	,007
Error	881,072	201	4,383			
Total	5007,000	205				
Total corregida	887,190	204				

a. R cuadrado = ,007 (R cuadrado corregida = -,008)

l) Aprensión:

Mayor media en el grupo Robo, seguido de Violento, No violento y Versátil (Tabla 184), sin que las diferencias lleguen al nivel de significación (Tabla 185).

Tabla 184. Estadísticos descriptivos: Aprensión

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,31	2,054	51
Robo	6,46	1,988	68
No violento	6,02	2,300	42
Versátil	5,41	2,424	44
Total	6,11	2,189	205

Tabla 185. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Aprensión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	32,178 ^a	3	10,726	2,280	,081	,033
Intersección	7244,992	1	7244,992	1540,248	,000	,885
DELITO	32,178	3	10,726	2,280	,081	,033
Error	945,461	201	4,704			
Total	8624,000	205				
Total corregida	977,639	204				

a. R cuadrado = ,033 (R cuadrado corregida = ,018)

m) Apertura al cambio:

La mayor media está en el grupo Versátil, seguido por Robo, No violento y Violento (Tabla 186) sin diferencias significativas (Tabla 187).

Tabla 186. Estadísticos descriptivos: Apertura al cambio

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,73	2,145	51
Robo	7,38	2,123	68
No violento	7,36	1,948	42
Versátil	8,16	7,560	44
Total	7,38	3,957	205

Tabla 187. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Apertura al cambio

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	48,577 ^a	3	16,192	1,035	,378	,015
Intersección	10854,425	1	10854,425	693,553	,000	,775
DELITO	48,577	3	16,192	1,035	,378	,015
Error	3145,745	201	15,650			
Total	14361,000	205				
Total corregida	3194,322	204				

a. R cuadrado = ,015 (R cuadrado corregida = ,001)

n) Autosuficiencia:

El orden de medias es No violento, Violento, Robo y Versátil (Tabla 188) sin diferencias significativas (Tabla 189).

Tabla 188. Estadísticos descriptivos: Autosuficiencia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,16	2,386	51
Robo	4,65	2,218	68
No violento	5,21	2,102	42
Versátil	4,48	2,426	44
Total	4,85	2,288	205

Tabla 189. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Autosuficiencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	19,287a	3	6,429	1,233	,299	,018
Intersección	4700,944	1	4700,944	901,334	,000	,818
DELITO	19,287	3	6,429	1,233	,299	,018
Error	1048,323	201	5,216			
Total	5897,000	205				
Total corregida	1067,610	204				

a. R cuadrado = ,018 (R cuadrado corregida = ,003)

o) Perfeccionismo:

La media mayor corresponde al grupo No violento, seguido de Violento, Robo y Versátil (Tabla 190), siendo significativas las diferencias (Tabla 191) debido a los grupos No violento y Versátil, este último con puntuación notablemente más baja (Tabla 192, Fig. 82).

Tabla 190. Estadísticos descriptivos: Perfeccionismo

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,69	2,867	51
Robo	6,56	2,174	68
No violento	7,55	2,319	42
Versátil	5,95	2,178	44
Total	6,66	2,433	205

Tabla 191. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Perfeccionismo

	Suma de Origen cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	55,717a	3	18,572	3,240	,023	,046
Intersección	8848,626	1	8848,626	1543,822	,000	,885
DELITO	55,717	3	18,572	3,240	,023	,046
Error	1152,059	201	5,732			
Total	10310,000	205				
Total corregida	1207,776	204				

a. R cuadrado = ,046 (R cuadrado corregida = ,032)

Tabla 192. Comparaciones múltiples Bonferroni: Perfeccionismo

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Intervalo de confianza 95%		
				Sig.	Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	,13	,443	1,000	-1,05	1,31
	No violento	-,86	,499	,515	-2,19	,47
	Versátil	,73	,493	,834	-,58	2,04
Robo	Violento	-,13	,443	1,000	-1,31	1,05
	No violento	-,99	,470	,219	-2,24	,26
	Versátil	,60	,463	1,000	-,63	1,84
No violento	Violento	,86	,499	,515	-,47	2,19
	Robo	,99	,470	,219	-,26	2,24
	Versátil	1,59*	,516	,014	,22	2,97
Versátil	Violento	-,73	,493	,834	-2,04	,58
	Robo	-,60	,463	1,000	-1,84	,63
	No violento	-1,59*	,516	,014	-2,97	-,22

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 5,732.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

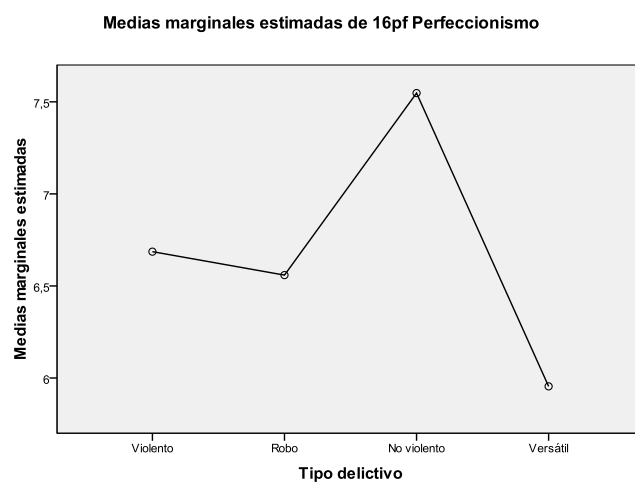


Gráfico 82. Tipos delictivos y perfeccionismo

p) Tensión:

Las puntuaciones medias, de mayor a menor, corresponden a Robo, Violento, Versátil y No violento (Tabla 193), sin diferencias significativas (Tabla 194).

Tabla 193. Estadísticos descriptivos: Tensión

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,90	2,202	51
Robo	5,07	1,901	68
No violento	4,55	1,903	42
Versátil	4,82	2,285	44
Total	4,87	2,059	205

Tabla 194. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Tensión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	7,311 ^a	3	2,437	,571	,635	,008
Intersección	4626,175	1	4626,175	1084,365	,000	,844
DELITO	7,311	3	2,437	,571	,635	,008
Error	857,517	201	4,266			
Total	5722,410	205				
Total corregida	864,828	204				

a. R cuadrado = ,008 (R cuadrado corregida = -,006)

q) Ansiedad:

Mayor media en el grupo Versátil, seguido de Robo, No violento y Violento (Tabla 195) sin que las diferencias resulten significativas (Tabla 196).

Tabla 195. Estadísticos descriptivos: Ansiedad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,114	1,6986	51
Robo	6,637	1,3958	68
No violento	6,256	1,2689	41
Versátil	7,168	8,6131	44
Total	6,544	4,1876	204

Tabla 196. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Ansiedad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	30,568 ^a	3	10,189	,577	,630	,009
Intersección	8413,461	1	8413,461	476,797	,000	,704
DELITO	30,568	3	10,189	,577	,630	,009
Error	3529,155	200	17,646			
Total	12296,120	204				
Total corregida	3559,723	203				

a. R cuadrado = ,009 (R cuadrado corregida = -,006)

r) Extraversión:

Media mayor en el grupo Versátil, seguido de No violento, Violento y Robo (Tabla 197) sin diferencias significativas (Tabla 198).

Tabla 197. Estadísticos descriptivos: Extraversión

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	4,353	1,4475	51
Robo	4,315	1,1811	68
No violento	4,624	1,4295	41
Versátil	5,143	5,2881	44
Total	4,565	2,7218	204

Tabla 198. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Extraversión

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	21,407 ^a	3	7,136	,963	,411	,014
Intersección	4173,549	1	4173,549	563,074	,000	,738
DELITO	21,407	3	7,136	,963	,411	,014
Error	1482,416	200	7,412			
Total	5755,390	204				
Total corregida	1503,823	203				

a. R cuadrado = ,014 (R cuadrado corregida = -,001)

s) Dureza:

El orden de medias es: Versátil, No violento, Violento y Robo (Tabla 199) sin diferencias significativas (Tabla 200).

Tabla 199. Estadísticos descriptivos: Socialización

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,365	1,7778	51
Robo	5,026	1,5351	68
No violento	5,495	1,7656	41
Versátil	5,925	9,1390	44
Total	5,399	4,4689	204

Tabla 200. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Dureza

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	22,049 ^a	3	7,350	,365	,779	,005
Intersección	5842,140	1	5842,140	289,784	,000	,592
DELITO	22,049	3	7,350	,365	,779	,005
Error	4032,070	200	20,160			
Total	10000,600	204				
Total corregida	4054,120	203				

a. R cuadrado = ,005 (R cuadrado corregida = -,009)

t) Independencia:

Robo tiene la mayor media, seguido de No violento, Versátil y Violento (Tabla 201) sin que las diferencias alcancen un nivel significativo (Tabla 202).

Tabla 201. Estadísticos descriptivos: Independencia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	5,237	1,2748	51
Robo	6,426	6,4843	68
No violento	5,473	1,7038	41
Versátil	5,461	1,7310	44
Total	5,729	3,9670	204

Tabla 202. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Independencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	51,247 ^a	3	17,082	1,087	,356	,016
Intersección	6271,320	1	6271,320	399,026	,000	,666
DELITO	51,247	3	17,082	1,087	,356	,016
Error	3143,316	200	15,717			
Total	9891,100	204				
Total corregida	3194,564	203				

a. R cuadrado = ,016 (R cuadrado corregida = ,001)

u) Distorsión Motivacional:

La media mayor corresponde a No violento, seguida de Robo, Violento y Versátil (Tabla 203) y presentan diferencias significativas (Tabla 204) que corresponden a los grupos No violento y Versátil (Tabla 205) como ilustra el gráfico 83.

Tabla 203. Estadísticos descriptivos: Distorsión motivacional

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	6,53	2,395	51
Robo	6,93	2,017	68
No violento	7,64	2,367	42
Versátil	6,09	2,476	44
Total	6,80	2,332	205

Tabla 204. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Distorsión motivacional

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	56,778 ^a	3	18,926	3,614	,014	,051
Intersección	9143,750	1	9143,750	1746,023	,000	,897
DELITO	56,778	3	18,926	3,614	,014	,051
Error	1052,617	201	5,237			
Total	10575,000	205				
Total corregida	1109,395	204				

a. R cuadrado = ,051 (R cuadrado corregida = ,037)

Tabla 205. Comparaciones múltiples Bonferroni: Distorsión motivacional

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,40	,424	1,000	-1,53	,73
	No violento	-1,11	,477	,123	-2,38	,16
	Versátil	,44	,471	1,000	-,82	1,69
Robo	Violento	,40	,424	1,000	-,73	1,53
	No violento	-,72	,449	,674	-1,91	,48
	Versátil	,84	,443	,363	-,34	2,02
No violento	Violento	1,11	,477	,123	-,16	2,38
	Robo	,72	,449	,674	-,48	1,91
	Versátil	1,55*	,494	,012	,24	2,87
Versátil	Violento	-,44	,471	1,000	-1,69	,82
	Robo	-,84	,443	,363	-2,02	,34
	No violento	-1,55*	,494	,012	-2,87	-,24

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 5,237.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

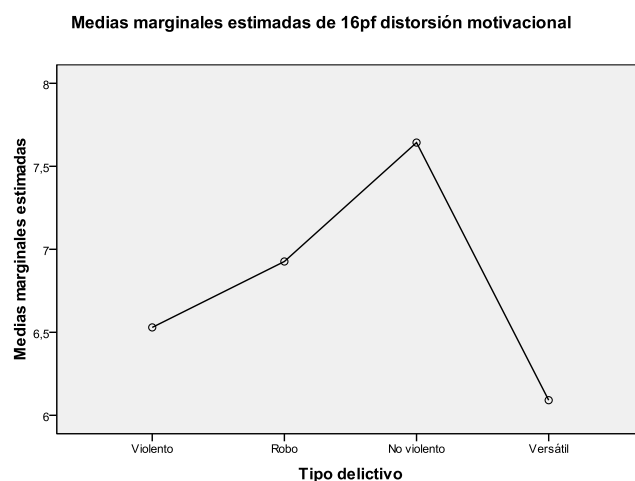


Gráfico 83. Tipos delictivos y distorsión motivacional

4.4.3.5. Relación de Tipos delictivos con Funciones ejecutivas

a) Categorías completas:

El grupo Robo completa más categorías, seguido de No violento, Versátil y Violento (Tabla 206), pero las diferencias no son significativas (Tabla 207).

Tabla 206. Estadísticos descriptivos: n° de categorías completas

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	2,60	1,996	47
Robo	4,40	16,345	60
No violento	3,22	2,142	40
Versátil	3,21	2,166	39
Total	3,44	9,414	186

Tabla 207. Pruebas de los efectos inter-sujetos: n° de categorías completas

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	92,796 ^a	3	30,932	,345	,793	,006
Intersección	2034,831	1	2034,831	22,716	,000	,111
DELITO	92,796	3	30,932	,345	,793	,006
Error	16303,053	182	89,577			
Total	18598,000	186				
Total corregida	16395,849	185				

a. R cuadrado = ,006 (R cuadrado corregida = -,011)

b) Intentos para completar la 1ª categoría:

El grupo No violento realiza más intentos, seguido por, Violento, Robo y Versátil (Tabla 208), sin que se aprecien diferencias significativas (Tabla 209).

Tabla 208. Estadísticos descriptivos: intentos para completar 1ª

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	31,15	30,245	39
Robo	29,40	28,756	48
No violento	31,43	27,835	35
Versátiles	25,56	29,819	36
Total	29,41	28,983	158

Tabla 209. Pruebas de los efectos inter-sujetos VD: intentos para completar 1ª

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	796,060 ^a	3	265,353	,312	,817	,006
Intersección	134348,538	1	134348,538	157,830	,000	,506
DELITO	796,060	3	265,353	,312	,817	,006
Error	131088,016	154	851,221			
Total	268500,000	158				
Total corregida	131884,076	157				

a. R cuadrado = ,006 (R cuadrado corregida = -,013)

c) Fallos para mantener la actitud:

Los grupos presentan unas medias similares (Tabla 210), sin diferencias significativas (Tabla 211).

Tabla 210. Estadísticos descriptivos: fallos para mantener la actitud

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	1,37	1,323	46
Robo	1,58	1,369	60
No violento	1,43	1,279	40
Versátiles	1,21	1,399	39
Total	1,42	1,341	185

Tabla 211. Pruebas de los efectos inter-sujetos: fallos para mantener la actitud

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	3,517 ^a	3	1,172	,648	,585	,011
Intersección	350,043	1	350,043	193,497	,000	,517
DELITO	3,517	3	1,172	,648	,585	,011
Error	327,435	181	1,809			
Total	702,000	185				
Total corregida	330,951	184				

a. R cuadrado = ,011 (R cuadrado corregida = -,006)

d) Aprender a aprender:

La media es mayor en el grupo No violento (Tabla 212), pero las diferencias tampoco son significativas (Tabla 213). Esta puntuación sólo se ha podido calcular para 92 sujetos, lo que puede disminuir las probabilidades de encontrar diferencias.

Tabla 212. Estadísticos descriptivos: aprender a aprender

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	-3,0171	9,86143	24
Robo	-4,8348	7,48074	23
No violento	,0040	11,29142	25
Versátiles	-4,2420	7,06302	20
Total	-2,9168	9,26345	92

Tabla 213. Pruebas de los efectos inter-sujetos: aprender a aprender

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	333,250 ^a	3	111,083	1,308	,277	,043
Intersección	834,537	1	834,537	9,824	,002	,100
DELITO	333,250	3	111,083	1,308	,277	,043
Error	7475,602	88	84,950			
Total	8591,588	92				
Total corregida	7808,852	91				

a. R cuadrado = ,043 (R cuadrado corregida = ,010)

e) Errores perseverativos:

Presenta mayor media el grupo Robo, seguido de Violento, No violento y Versátil (Tabla 214), sin diferencias significativas (Tabla 215)

Tabla 214. Estadísticos descriptivos: errores perseverativos

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	26,78	16,884	46
Robo	29,18	15,989	60
No violento	24,58	16,542	40
versátil	22,87	9,801	39
Total	26,26	15,344	185

Tabla 215. Pruebas de los efectos inter-sujetos VD: Variable dependiente:w errores perseverativos

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	1086,603 ^a	3	362,201	1,552	,203	,025
Intersección	120096,302	1	120096,302	514,703	,000	,740
DELITO	1086,603	3	362,201	1,552	,203	,025
Error	42232,943	181	233,331			
Total	170888,000	185				
Total corregida	43319,546	184				

a. R cuadrado = ,025 (R cuadrado corregida = ,009)

4.4.3.6. Relación de Tipos delictivos con Características Delictivas

En este apartado veremos las diferencias por tipo delictivo en variables relacionadas con la actividad criminal, algunas de ellas analizadas como variables independientes en el primer estudio y otras relacionadas que pueden tener interés para el estudio de las distintas formas delictivas.

a) Reincidencia:

El grupo que ha cometido más delitos por año de vida adulta en libertad es el Versátil, seguido de Robo, Violento y No violento (Tabla 216), siendo significativas las diferencias en el ANOVA (Tabla 217), que el post hoc Bonferroni sitúa entre el grupo No violento y los grupos Robo y Versátil, que presentan un mayor índice de reincidencia (Tabla 218), como ilustra el gráfico 84.

Tabla 216. Estadísticos descriptivos: Reincidencia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	1,1700	4,20754	55
Robo	1,9318	3,00323	69
No violento	,2149	,66311	44
Versátil	2,7705	4,30222	44
Total	1,5519	3,47372	212

Tabla 217. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Reincidencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	161,979 ^a	3	53,993	4,711	,003	,064
Intersección	474,270	1	474,270	41,377	,000	,166
DELITO	161,979	3	53,993	4,711	,003	,064
Error	2384,100	208	11,462			
Total	3056,659	212				
Total corregida	2546,079	211				

a. R cuadrado = ,064 (R cuadrado corregida = ,050)

Tabla 218. Comparaciones múltiples Bonferroni: Reincidencia

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,7619	,61198	1,000	-2,3920	,8683
	No violento	,9551	,68476	,987	-,8689	2,7791
	Versátil	-1,6006	,68476	,122	-3,4246	,2235
Robo	Violento	,7619	,61198	1,000	-,8683	2,3920
	No violento	1,7169	,65316	,055	-,0229	3,4568
	Versátil	-,8387	,65316	1,000	-2,5785	,9011
No violento	Violento	-,9551	,68476	,987	-2,7791	,8689
	Robo	-1,7169	,65316	,055	-3,4568	,0229
	Versátil	-2,5556*	,72180	,003	-4,4783	-,6330
Versátil	Violento	1,6006	,68476	,122	-,2235	3,4246
	Robo	,8387	,65316	1,000	-,9011	2,5785
	No violento	2,5556*	,72180	,003	,6330	4,4783

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 11,462.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

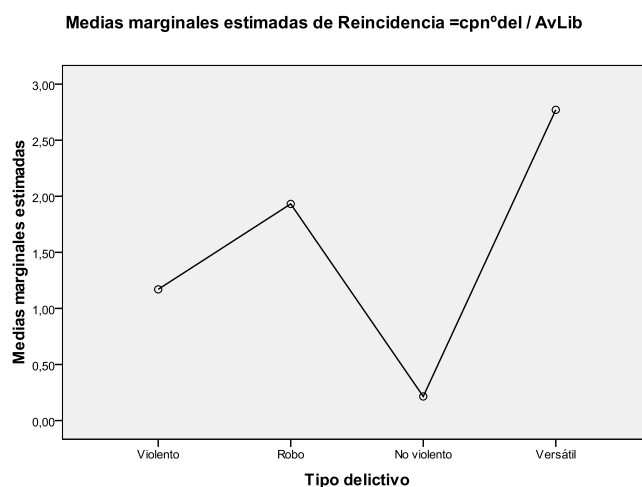


Gráfico 84. Tipos delictivos y reincidencia

a) Persistencia:

De mayor a menor, las medias se ordenan desde Versátil y Robo hasta Violento y No violento (Tabla 219) siendo significativas las diferencias (Tabla 220) que se sitúan entre los dos grupos con medias más bajas en proporción de ingresos en prisión y los dos con medias mayores, es decir, entre el grupo No violento y los grupos Robo y Versátil, así como entre Violento y los mismos grupos Robo y Versátil (Tabla 221), como expresa el gráfico 85.

Tabla 219. Estadísticos descriptivos: Persistencia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	,3138	,36885	55
Robo	1,2733	1,96652	66
No violento	,1786	,26825	44
Versátil	1,4959	3,45836	43
Total	,8340	2,00181	208

Tabla 220. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Persistencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	65,360 ^a	3	21,787	5,816	,001	,079
Intersección	134,126	1	134,126	35,807	,000	,149
DELITO	65,360	3	21,787	5,816	,001	,079
Error	764,140	204	3,746			
Total	974,193	208				
Total corregida	829,500	207				

a. R cuadrado = ,079 (R cuadrado corregida = ,065)

Tabla 221. Comparaciones múltiples Bonferroni: Persistencia

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-,9595*	,35335	,043	-1,9009	-,0181
	No violento	,1352	,39145	1,000	-,9077	1,1782
	Versátiles	-1,1821*	,39398	,018	-2,2317	-,1324
Robo	Violento	,9595*	,35335	,043	,0181	1,9009
	No violento	1,0947*	,37668	,024	,0912	2,0983
	Versátiles	-,2226	,37930	1,000	-1,2331	,7879
No violento	Violento	-,1352	,39145	1,000	-1,1782	,9077
	Robo	-1,0947*	,37668	,024	-2,0983	-,0912
	Versátiles	-1,3173*	,41502	,010	-2,4230	-,2116
Versátiles	Violento	1,1821*	,39398	,018	,1324	2,2317
	Robo	,2226	,37930	1,000	-,7879	1,2331
	No violento	1,3173*	,41502	,010	,2116	2,4230

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 3,746.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

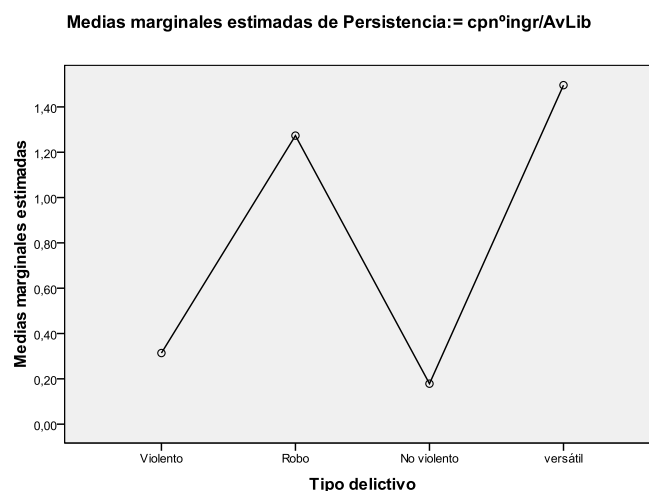


Gráfico 85. Tipos delictivos y persistencia

b) Violencia:

Este análisis, parcialmente redundante, lógicamente sitúa la media mayor en el grupo Violento y la menor en el No violento debido a la construcción de la variable; también establece que el porcentaje de delitos violentos respecto al total es mayor en el grupo Robo que en el Versátil (Tabla 222). Las diferencias son significativas (Tabla 223) y el post hoc las encuentra significativas entre el grupo Violento y el No Violento con los otros grupos y entre sí, pero no entre Robo y Versátil (Tabla 224), ambos en la zona media (Gráfico 86).

Tabla 222. Estadísticos descriptivos: Violencia

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	81,4496	26,06474	55
Robo	59,6698	34,86268	69
No violento	3,7879	16,41816	44
Versátil	55,3531	30,13575	44
Total	52,8262	39,20772	212

Tabla 223. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Violencia

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	154383,226 ^a	3	51461,075	62,973	,000	,476
Intersección	513306,865	1	513306,865	628,136	,000	,751
DELITO	154383,226	3	51461,075	62,973	,000	,476
Error	169975,572	208	817,190			
Total	915966,786	212				
Total corregida	324358,798	211				

a. R cuadrado = ,476 (R cuadrado corregida = ,468)

Tabla 224. Comparaciones múltiples Bonferroni: Violencia

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	21,7797 [*]	5,16733	,000	8,0154	35,5441
	No violento	77,6617 [*]	5,78191	,000	62,2602	93,0631
	Versátil	26,0965 [*]	5,78191	,000	10,6950	41,4979
Robo	Violento	-21,7797 [*]	5,16733	,000	-35,5441	-8,0154
	No violento	55,8820 [*]	5,51506	,000	41,1913	70,5726
	Versátil	4,3168	5,51506	1,000	-10,3739	19,0074
No violento	Violento	-77,6617 [*]	5,78191	,000	-93,0631	-62,2602
	Robo	-55,8820 [*]	5,51506	,000	-70,5726	-41,1913
	Versátil	-51,5652 [*]	6,09467	,000	-67,7997	-35,3307
Versátil	Violento	-26,0965 [*]	5,78191	,000	-41,4979	-10,6950
	Robo	-4,3168	5,51506	1,000	-19,0074	10,3739
	No violento	51,5652 [*]	6,09467	,000	35,3307	67,7997

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 817,190.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

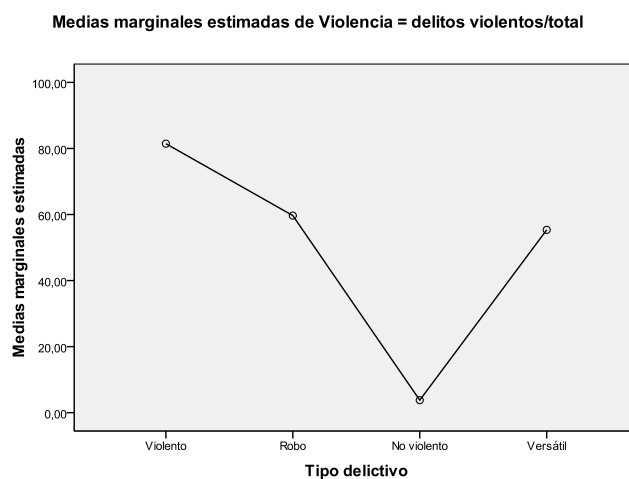


Gráfico 86. Tipos delictivos y violencia

c) Conflictividad:

Media mayor de sanciones por año de prisión correspondiente a Robo, seguida de Versátil, Violento y No violento (Tabla 225), siendo significativas las diferencias (Tabla 226) que se concretan entre el grupo Robo, con más de dos sanciones, y el No violento que tiene 0,3 de media (Tabla 227, Gráfico 87).

Tabla 225. Estadísticos descriptivos: Conflictividad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	1,1070	1,98458	55
Robo	2,1094	3,34031	68
No violento	,3184	,52745	44
Versátil	1,2531	2,44821	42
Total	1,2965	2,50675	209

Tabla 226. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Conflictividad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	89,080 ^a	3	29,693	4,998	,002	,068
Intersección	288,631	1	288,631	48,581	,000	,192
DELITO	89,080	3	29,693	4,998	,002	,068
Error	1217,954	205	5,941			
Total	1658,339	209				
Total corregida	1307,034	208				

a. R cuadrado = ,068 (R cuadrado corregida = ,055)

Tabla 227. Comparaciones múltiples Bonferroni: Conflictividad

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-1,0023	,44203	,146	-2,1800	,1753
	No violento	,7886	,49300	,667	-,5248	2,1020
	Versátil	-,1460	,49948	1,000	-1,4767	1,1846
Robo	Violento	1,0023	,44203	,146	-,1753	2,1800
	No violento	1,7910*	,47159	,001	,5346	3,0474
	Versátil	,8563	,47836	,450	-,4181	2,1307
No violento	Violento	-,7886	,49300	,667	-2,1020	,5248
	Robo	-1,7910*	,47159	,001	-3,0474	-,5346
	Versátil	-,9347	,52582	,462	-2,3355	,4662
Versátiles	Violento	,1460	,49948	1,000	-1,1846	1,4767
	Robo	-,8563	,47836	,450	-2,1307	,4181
	No violento	,9347	,52582	,462	-,4662	2,3355

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 5,941.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

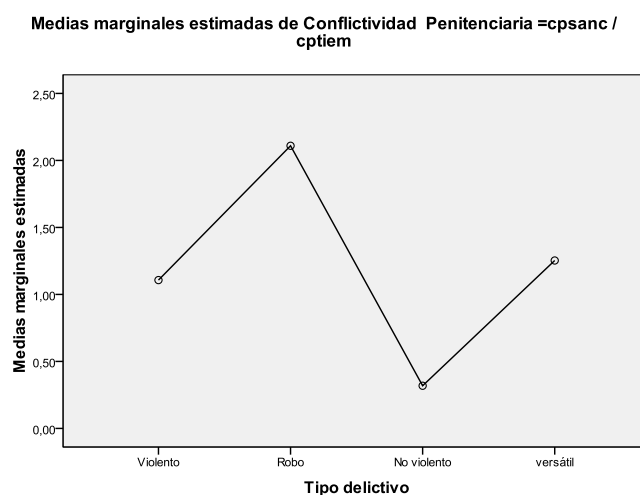


Gráfico 87. Tipos delictivos y conflictividad

d) Gravedad:

Según la cuantía de condena proporcional a un año de vida adulta en libertad, el orden de las medias es Versátil, Violento, Robo, No violento (Tabla 228), sin que se aprecien diferencias significativas (Tabla 229).

Tabla 228. Estadísticos descriptivos: Gravedad

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	3,2878	13,69939	55
Robo	2,8196	4,80980	70
No violento	,6095	,68988	44
Versátil	4,2197	5,94517	43
Total	2,7664	8,01250	212

Tabla 229. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Gravedad

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	310,656 ^a	3	103,552	1,627	,184	,023
Intersección	1524,657	1	1524,657	23,960	,000	,103
DELITO	310,656	3	103,552	1,627	,184	,023
Error	13235,570	208	63,633			
Total	15168,610	212				
Total corregida	13546,226	211				

a. R cuadrado = ,023 (R cuadrado corregida = ,009)

e) Inadaptación:

El grupo con mayor tiempo en primer grado respecto al total de prisión es el Versátil, seguido de Robo, Violento y, por último, No violento (Tabla 230), siendo significativas las diferencias (Tabla 231) concretamente respecto al grupo No Violento comparado con Robo y Versátil (Tabla 232), que son los grupos más inadaptados (Gráfico 88).

Tabla 230. Estadísticos descriptivos: Inadaptación

Tipo delictivo	Media	Desviación típica	N
Violento	9,3229	22,79177	55
Robo	12,8177	24,90954	69
No violento	,0000	,00000	44
Versátil	14,6345	28,75308	43
Total	9,6041	22,97314	211

Tabla 231. Pruebas de los efectos inter-sujetos: Inadaptación

Origen	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Eta al cuadrado parcial
Modelo corregido	5863,526 ^a	3	1954,509	3,854	,010	,053
Intersección	17193,582	1	17193,582	33,907	,000	,141
DELITO	5863,526	3	1954,509	3,854	,010	,053
Error	104967,164	207	507,088			
Total	130293,031	211				
Total corregida	110830,691	210				

a. R cuadrado = ,053 (R cuadrado corregida = ,039)

Tabla 232. Comparaciones múltiples Bonferroni: Inadaptación

(I)Tipo delictivo	(J)Tipo delictivo	Diferencia de medias (I-J)	Error típ.	Sig.	Intervalo de confianza 95%	
					Límite inferior	Límite superior
Violento	Robo	-3,4948	4,07049	1,000	-14,3379	7,3484
	No violento	9,3229	4,55461	,252	-2,8099	21,4557
	Versátil	-5,3116	4,58394	1,000	-17,5225	6,8994
Robo	Violento	3,4948	4,07049	1,000	-7,3484	14,3379
	No violento	12,8177*	4,34440	,021	1,2448	24,3905
	Versátil	-1,8168	4,37514	1,000	-13,4715	9,8379
No violento	Violento	-9,3229	4,55461	,252	-21,4557	2,8099
	Robo	-12,8177*	4,34440	,021	-24,3905	-1,2448
	Versátil	-14,6345*	4,82882	,017	-27,4977	-1,7712
Versátiles	Violento	5,3116	4,58394	1,000	-6,8994	17,5225
	Robo	1,8168	4,37514	1,000	-9,8379	13,4715
	No violento	14,6345*	4,82882	,017	1,7712	27,4977

Basadas en las medias observadas. El término de error es la media cuadrática (Error) = 507,088.

*. La diferencia de medias es significativa al nivel ,05.

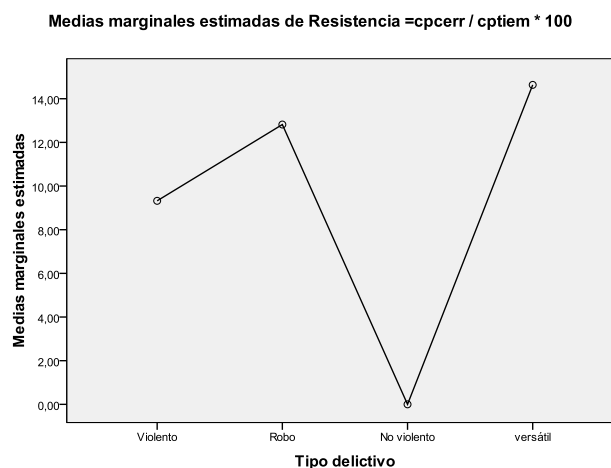


Gráfico 88. Tipos delictivos y Inadaptación

4.4.4. Correlaciones lineales de Factor 1 y Factor 2 del PCL-R

Se contrastan aquí las importantes diferencias entre los dos factores básicos del PCL-R, demostradas en otras poblaciones, para esta muestra penitenciaria española.

4.4.4.1. Factores del PCL-R y Disfunciones en la historia

Todas las variables de la historia correlacionan significativamente con PCL-R factor 2 en el sentido de mayor disfunción, mientras que ninguna correlación es significativa respecto al factor 1 (Tabla 233).

Tabla 233. Correlaciones PCL-R y Disfunciones en la historia

		pcl factor 1	pcl factor 2
Disfunciones en el proceso de socialización	Correlación de Pearson	,135	,416**
	Sig. (bilateral)	,054	,000
Inadaptación conductual infantil	Correlación de Pearson	,066	,289**
	Sig. (bilateral)	,348	,000
Edad de la primera institucionalización	Correlación de Pearson	-,089	-,569**
	Sig. (bilateral)	,203	,000
Edad de comisión del primer delito	Correlación de Pearson	-,134	-,562**
	Sig. (bilateral)	,054	,000
Edad de inicio al consumo de drogas	Correlación de Pearson	-,103	-,379**
	Sig. (bilateral)	,185	,000
Edad de inicio al consumo drogas duras	Correlación de Pearson	-,023	-,324**
	Sig. (bilateral)	,780	,000
Tiempo usando drogas	Correlación de Pearson	0,36	,394**
	Sig. (bilateral)	,610	,000
Tiempo usando drogas duras	Correlación de Pearson	-,030	,420**
	Sig. (bilateral)	,665	,000

4.4.4.2. Factores del PCL-R y Síntomas clínicos

Exceptuando somatización, todas las medidas de sintomatología correlacionan significativa y positivamente con el factor 2. Sin embargo, solamente hostilidad e ideación paranoide lo hacen también con el factor 1; el factor 1 muestra, además, una correlación negativa con ansiedad fóbica aunque muy por debajo del nivel de significación estadística (Tabla 234).

Tabla 234. Correlaciones PCL-R y Síntomas clínicos

		pcl factor 1	pcl factor 2
Total de síntomas positivos	Correlación de Pearson	,015	,238**
	Sig. (bilateral)	,831	,001
Índice global de severidad	Correlación de Pearson	,116	,309**
	Sig. (bilateral)	,100	,000
Índice de distrés de síntomas positivos	Correlación de Pearson	,130	,241**
	Sig. (bilateral)	,064	,000
Somatización	Correlación de Pearson	,092	,110
	Sig. (bilateral)	,191	,117
Obsesión compulsión	Correlación de Pearson	,012	,261**
	Sig. (bilateral)	,865	,000
Sensibilidad interpersonal	Correlación de Pearson	,006	,140*
	Sig. (bilateral)	,932	,045
Depresión	Correlación de Pearson	,002	,158*
	Sig. (bilateral)	,977	,024
Ansiedad	Correlación de Pearson	,006	,285**
	Sig. (bilateral)	,936	,000
Hostilidad	Correlación de Pearson	,185**	,473**
	Sig. (bilateral)	,008	,000
Ansiedad fóbica	Correlación de Pearson	-,020	,196**
	Sig. (bilateral)	,776	,005
Ideación paranoide	Correlación de Pearson	,218**	,267**
	Sig. (bilateral)	,002	,000
Psicoticismo	Correlación de Pearson	,019	,289**
	Sig. (bilateral)	,792	,000
Item adicional	Correlación de Pearson	,024	,193**
	Sig. (bilateral)	,738	,006

4.4.4.3. Factores del PCL-R y Rasgos de personalidad

Hay pocos factores del 16 PF que correlacionen significativamente con alguno de los factores PCL, pero ocurre en Afabilidad, Razonamiento y Perfeccionismo (negativas) así como en Dominancia y Vigilancia (positivas) para el factor 2, mientras que el factor 1

obtiene una correlación negativa con Aprensión (Tabla 235); el factor 2 correlacionaría positivamente con Aprensión si aceptamos un error de .051.

Tabla 235. Correlaciones PCL-R y Rasgos de personalidad

		pcl factor 1	pcl factor 2
Afabilidad	Correlación de Pearson	,048	-,177*
	Sig. (bilateral)	,498	,011
Razonamiento	Correlación de Pearson	,002	-,165*
	Sig. (bilateral)	,976	,018
Estabilidad	Correlación de Pearson	,127	-,099
	Sig. (bilateral)	,072	,159
Dominancia	Correlación de Pearson	,071	,236**
	Sig. (bilateral)	,314	,001
Animación	Correlación de Pearson	-,104	,025
	Sig. (bilateral)	,139	,727
Atención a normas	Correlación de Pearson	-,119	-,061
	Sig. (bilateral)	,093	,386
Atrevimiento	Correlación de Pearson	,050	,129
	Sig. (bilateral)	,478	,066
Sensibilidad	Correlación de Pearson	,031	,036
	Sig. (bilateral)	,659	,606
Vigilancia	Correlación de Pearson	-,001	,204**
	Sig. (bilateral)	,984	,004
Abstracción	Correlación de Pearson	,037	-,091
	Sig. (bilateral)	,602	,196
Privacidad	Correlación de Pearson	-,048	,090
	Sig. (bilateral)	,498	,201
Aprensión	Correlación de Pearson	-,218**	,051
	Sig. (bilateral)	,002	,468
Apertura al cambio	Correlación de Pearson	-,010	,129
	Sig. (bilateral)	,889	,068
Autosuficiencia	Correlación de Pearson	-,024	,094
	Sig. (bilateral)	,736	,183
Perfeccionismo	Correlación de Pearson	-,064	-,216**
	Sig. (bilateral)	,366	,002
Tensión	Correlación de Pearson	-,099	,108
	Sig. (bilateral)	,160	,126
Ansiedad	Correlación de Pearson	-,028	-,008
	Sig. (bilateral)	,689	,911
Extraversión	Correlación de Pearson	,066	-,073
	Sig. (bilateral)	,353	,302
Socialización	Correlación de Pearson	-,002	-,083
	Sig. (bilateral)	,975	,242
Independencia	Correlación de Pearson	,015	,004
	Sig. (bilateral)	,832	,953
Distorsión motivacional	Correlación de Pearson	-,101	-,117
	Sig. (bilateral)	,154	,096

4.4.4.4. Factores del PCL-R y Funciones ejecutivas

Sólo encontramos una correlación significativa y negativa entre la variable aprender a aprender del WCST y el factor 2 del PCL-R (Tabla 236), que podría indicar una menor capacidad cognitiva para aprender de la experiencia en los sujetos con alto factor 2.

Tabla 236. Correlaciones PCL-R y funciones ejecutivas

		pcl factor 1	pcl factor 2
Nº de categorías completas	Correlación de Pearson	-,012	-,099
	Sig. (bilateral)	,877	,183
	N	182	183
Intentos para completar 1ª	Correlación de Pearson	-,036	-,016
	Sig. (bilateral)	,655	,842
	N	156	157
Fallos para mantener la actitud	Correlación de Pearson	,019	,072
	Sig. (bilateral)	,796	,333
	N	181	182
Aprender a aprender	Correlación de Pearson	-,099	-,230*
	Sig. (bilateral)	,351	,028
	N	90	91
Errores perseverativos	Correlación de Pearson	,031	,070
	Sig. (bilateral)	,677	,351
	N	181	182

4.4.4.5. Factores del PCL-R y Variables delictivas

El factor 2 correlaciona significativa y positivamente con todas las variables delictivas analizadas, en tanto que el factor 1 correlaciona con Violencia, Inadaptación y, más débilmente, con Gravedad (Tabla 237).

Tabla 237. Correlaciones PCL-R y variables delictivas

		pcl factor 1	pcl factor 2
Reincidencia	Correlación de Pearson	,110	,352**
	Sig. (bilateral)	,117	,000
Persistencia	Correlación de Pearson	,107	,287**
	Sig. (bilateral)	,130	,000
Violencia	Correlación de Pearson	,188**	,235**
	Sig. (bilateral)	,007	,001
Conflictividad	Correlación de Pearson	,106	,397**
	Sig. (bilateral)	,133	,000
Gravedad	Correlación de Pearson	,165*	,251**
	Sig. (bilateral)	,018	,000
Inadaptación	Correlación de Pearson	,258**	,419**
	Sig. (bilateral)	,000	,000

4.4.5. Resumen de resultados significativos

El análisis factorial de la varianza ha establecido las diferencias significativas y el tamaño del efecto que se resumen en la tabla 238.

Tabla 238 . Resultados significativos en el análisis factorial de la varianza

	Persistencia	Violencia	Conflictividad	P*V	P*C	V*C	P*V*C
Disfunciones p. socialización			.056				
1ª Institucionalización	.163		.065				
Edad del 1º delito	.116	.029	.069	.021.			
Inicio en drogas			.058				
Tiempo usando drogas	.030		.050				
Tiempo usando drogas duras	.044		.068				
Factor 1		.029					
Factor 2	.042		.100	.021			
Índice global de severidad			.040				
Total de síntomas positivos	.020		.032				
Depresión			.035				.023
Ansiedad			.026		.019		
Hostilidad	.026		.069				
Psicoticismo	.026		.034				
Item adicional			.040				
Estabilidad	.028						
Dominancia			.021				
Animación			.022				
Atención normas	.028		.025				
Atrevimiento			.029				.028
Sensibilidad							.020
Vigilancia			.022	.036		.053	.023
Privacidad				.031			
Aprensión				.023			
Autosuficiencia						.031	
Tensión			.055				.055
Distorsión M.							.034
Fallos para mantener la actitud			.026				

El análisis de la varianza del factor tipos delictivos ha establecido las diferencias que se resumen en la tabla 239

Tabla 239 . Resultados significativos en el análisis factorial del factor Tipos delictivos

	VIOLENTO	ROBO	NO VIOLENTO	VERSÁTIL
Disfunciones p. socialización		mayor	menor	mayor
1ª Institucionalización	mayor	menor	mayor	menor
Edad del 1º delito	mayor	menor	mayor	menor
Tiempo usando drogas	menor	mayor	menor	mayor
Tiempo usando drogas duras	menor	mayor	menor	mayor
Factor 1	menor	menor		mayor
Factor 2	menor	mayor	menor	mayor
Índice global de severidad	menor	mayor	menor	
Total de síntomas positivos		mayor	menor	mayor
Índice de malestar sintomático		mayor	menor	mayor
Depresión		mayor	menor	
Ansiedad		mayor	menor	
Hostilidad	menor	mayor	menor	
Ideación paranoide		mayor	menor	
Psicoticismo	menor	mayor	menor	
Afabilidad			mayor	menor

Estabilidad	mayor que robo	menor	mayor	menor
Atención normas		mayor	mayor	menor
Aprensión		mayor	menor	
Apertura	menor	mayor	menor	
Perfeccionismo			mayor	menor
Distorsión M.			mayor	menor
Reincidencia		mayor	menor	mayor
Persistencia	menor	mayor	menor	mayor
Violencia	mayor		menor	
Conflictividad		mayor	menor	
Inadaptación		mayor	menor	mayor

Los resultados significativos del análisis de correlación lineal efectuado en el PCL-R se resumen en la tabla 240.

Tabla 240. Significación de las correlaciones de los factores del PCL-R

	FACTOR 1	FACTOR 2
Disfunciones p. socialización		,000
1ª Institucionalización		,000
Edad del 1º delito		,000
Inicio en drogas		,000
Inicio en drogas duras		,000
Tiempo usando drogas		,000
Tiempo usando drogas duras		,000
Total de síntomas positivos		,001
Total de síntomas positivos		,000
Índice global de severidad		,000
Índice de distrés de síntomas positivos		,000
Obsesión compulsión		,000
Sensibilidad interpersonal		,045
Depresión		,024
Ansiedad		,000
Hostilidad	,008	,000
Ansiedad fóbica		,005
Ideación paranoide	,006	,000
Psicoticismo		,000
Item adicional		,006
Afabilidad		(-) ,011
Razonamiento		(-) ,018
Dominancia		,001
Vigilancia		,004
Aprensión	(-) ,002	
Perfeccionismo		(-) ,002
Aprender a aprender		(-) ,028
Reincidencia		,000
Violencia	,007	,000
Persistencia		,000
Conflictividad penitenciaria		,000
Gravedad	,018	,000
Inadaptación	,000	,000

CAPITULO V. DISCUSIÓN

La primera hipótesis se prueba en esta muestra para las variables dependientes que se relacionan a continuación de cada independiente.

Persistencia

- Respecto a disfunciones en la historia: predice de manera importante institucionalización temprana y precocidad delictiva; predice moderadamente permanencia en el uso de drogas de todo tipo
- Respecto a niveles de psicopatía: predice moderadamente factor 2
- Respecto a síntomas clínicos: predice modestamente nº de síntomas, hostilidad y psicoticismo
- Respecto a rasgos de personalidad; predice modestamente estabilidad y atención a normas

Violencia

- Respecto a disfunciones en la historia: predice modestamente delincuencia precoz
- Respecto a niveles de psicopatía: predice moderadamente psicopatía primaria

Conflictividad

- Respecto a disfunciones en la historia: predice de manera importante disfunciones en el proceso de socialización, institucionalización temprana, precocidad delictiva, así como precocidad y permanencia en el uso de drogas de todo tipo.
- Respecto a niveles de psicopatía: predice de manera muy importante factor 2

- Respecto a síntomas clínicos: predice de manera importante hostilidad, y de moderada a modestamente severidad global, nº de síntomas, depresión, ansiedad, hostilidad, psicoticismo y malestar inespecífico.
- Rasgos de Personalidad: predice tensión de manera importante, y dominancia, animación, atención a normas, atrevimiento y vigilancia con menor probabilidad.
- Respecto a funciones ejecutivas: predice modestamente fallos para mantener la actitud.

En la interacción de Persistencia y Violencia

- El primer delito es más precoz en los sujetos menos violentos si son más persistentes.
- El factor 2 del PCL-R es mayor en los sujetos menos violentos si son más persistentes.
- El rasgo privacidad (N) del 16-PF se eleva si Persistencia y Violencia son ambos mayores y también, en menor proporción, si son ambos menores. Los rasgos aprensión (O) y vigilancia (L) del 16-PF se elevan si Persistencia y Violencia son ambos menores y también, en menor proporción, si son ambos mayores.

En la interacción de Persistencia y Conflictividad

- En los sujetos más conflictivos, la ansiedad medida por el SCL-90-R se eleva si son más persistentes y disminuye ligeramente si son menos persistentes.

En la interacción de Violencia y Conflictividad

- El rasgo vigilancia (L) del 16-PF aumenta en los sujetos menos violentos cuando son conflictivos pero lo hace muy poco en los más violentos.

En la interacción de Persistencia, Violencia y Conflictividad

- La depresión medida por el SCL -90-R no resulta modificada por Conflictividad en los sujetos menos violentos y persistentes. Sin embargo, los sujetos más persistentes puntúan menos en depresión cuando no son conflictivos, y puntúan

más alto si son conflictivos. En los sujetos más violentos, la persistencia aumenta ligeramente la depresión, al menos en los poco conflictivos.

- Persistencia y Conflictividad juntas aumentan el rasgo atrevimiento (H) del 16-PF en los sujetos menos violentos, mientras que en los más violentos Conflictividad influye poco en atrevimiento, que aumenta en función de la persistencia.
- Sensibilidad del 16-PF (I) aumenta con Conflictividad y con Violencia y disminuye con Persistencia, salvo en los sujetos más conflictivos y violentos que aumentan ligeramente más con mayor Persistencia
- Vigilancia del 16-PF (L) es mayor en los sujetos más persistentes y poco conflictivos si son más violentos y menor si lo son menos.
- Tensión del 16-PF (Q4) es igual para los delincuentes violentos y persistentes ya sean más o menos conflictivos, pero es mayor en los sujetos más violentos cuando Conflictividad es alta pero son menos persistentes.
- Distorsión motivacional (DM) es mayor en los sujetos más conflictivos y persistentes y en los menos conflictivos y persistentes para menor violencia; para mayor violencia, es mayor en los menos persistentes.

La segunda hipótesis se prueba en esta muestra respecto a las diferencias en tipos delictivos para las variables dependientes siguientes.

- Disfunciones en la historia: Robo y Versátil presentan mayores disfunciones en el proceso de socialización, delinquen más precozmente, son institucionalizados más temprano y se mantienen más tiempo consumiendo drogas de todo tipo que No violento y Violento; Robo tiene más conductas inadaptadas infantiles que No violento.
- Niveles de psicopatía: Versátil puntúa más alto en factor 1 medido por la PCL-R que Robo y No violento, en tanto que Robo y Versátil puntúan más alto en factor 2 que No violento y Violento.
- Síntomas clínicos: Robo tiene mayor índice general de gravedad, nº de síntomas, obsesión-compulsión, hostilidad, psicoticismo y malestar inespecífico que No violento y Violento; Robo y Versátil tienen mayor gravedad de síntomas

que No violento; Robo tiene más depresión, ansiedad e ideación paranoide que No violento

- Rasgos de Personalidad: No violento tiene mayor afabilidad, perfeccionismo y distorsión motivacional que Versátil; No violento tiene mayor estabilidad que Robo y Versátil; No violento y Robo tienen mayor atención a normas que Versátil.

- Características delictivas: No violento reincide menos que Robo y Versátil y pasa menos tiempo (0,00) en primer grado; No violento y Violento son menos persistentes que Robo y Versátil; No violento es menos conflictivo que Robo.

- Funciones ejecutivas: No se han demostrado diferencias significativas

La tercera hipótesis se ha probado en esta muestra en su totalidad:

- Disfunciones en la historia: el factor 2 del PCL-R correlaciona positiva y significativamente con todas las medidas de disfunción en la historia, en tanto que el factor 1 no correlaciona con ninguna

- Síntomas clínicos: el factor 2 correlaciona positivamente con todas las dimensiones clínicas salvo somatización, mientras que el factor 1 sólo correlaciona con las dimensiones clínicas hostilidad e ideación paranoide.

- Rasgos de personalidad: el factor 2 correlaciona negativamente con afabilidad, razonamiento y perfeccionismo, así como positivamente con dominancia y vigilancia, en tanto que el factor 1 lo hace negativamente con aprensión.

- Funciones ejecutivas: el factor 2 correlaciona negativamente con la puntuación del WCST aprender a aprender.

5.1. PERSISTENCIA, VIOLENCIA Y CONFLICTIVIDAD

5.1.1. Disfunciones en la Historia en Persistencia, Violencia y Conflictividad

Según los datos obtenidos en esta muestra, la persistencia delictiva y la conflictividad en prisión están asociadas a numerosos eventos desfavorables a lo largo de la historia de los sujetos, eventos relacionados con la delincuencia en numerosos estudios que ya son clásicos (West y Farrington, 1997, por ejemplo); especialmente esto es así para Conflictividad, que tiene efectos no pequeños en todas las variables analizadas -con

la excepción de Inadaptación conductual infantil, que no ha dado ningún resultado significativo- y es el único factor que se ha asociado a alto número de disfunciones durante el proceso de socialización, disfunciones relacionadas con patrones de agresión reactiva e inicio precoz en el uso de drogas en otros estudios (Kolla *et al.*, 2013) y con el trastorno antisocial (Bernstein, Stein y Handelsman, 1998). Tanto los sujetos persistentes como los conflictivos tienen muchas posibilidades de haber sido institucionalizados a edad más temprana y de haber delinquirido precozmente, además de consumir drogas durante un mayor periodo de sus vidas pero son los sujetos conflictivos quienes tienen más probabilidad de ser considerados antisociales. La asociación del maltrato familiar con la precocidad en el uso de drogas, ya establecido por Rodríguez-Díaz, Bringas-Molleda, de la Villa Moral-Jiménez, Pérez-Sánchez y Ovejero-Bernal (2013) en reclusos de una prisión española, se confirma específicamente para este subgrupo de la muestra.

Persistencia, es decir, reiterados ingresos en prisión, ha mostrado diferencias significativas en diversas variables que cuantifican disfunciones en la historia vital de los sujetos de esta muestra, especialmente respecto a primera institucionalización y delincuencia precoces, pero no parece relacionarse especialmente con dificultades especiales en el proceso de socialización, ni siquiera con la inadaptación conductual infantil; incluso el tiempo de su vida usando drogas, aunque significativo, no se acompaña de una especial precocidad. Esto indica que el uso continuado de drogas puede favorecer la persistencia en conductas delictivas pero no parece suficiente para explicar la delincuencia temprana, sobre todo cuando ésta no se relaciona con las disfunciones en el proceso de socialización estudiadas aquí, por lo que se deben contemplar otras variables que pueden intervenir en el desarrollo de las conductas delictivas persistentes; la empatía podría ser una de ellas, según la investigación de Bock y Hosser (2014), que además actúa de diferente manera en la reincidencia violenta respecto a la no violenta.

El factor Violencia, que se refiere a la comisión de reiterados delitos violentos, solamente se ha relacionado con una menor edad al cometer el primer delito, variable que, a su vez, está relacionada más fuertemente con los otros dos factores, especialmente con Persistencia, aunque la interacción de Persistencia y Violencia aumenta ligeramente la probabilidad de encontrar precocidad delictiva. La media de disfunciones en la socialización de los sujetos más violentos es bastante alta, sin ser significativamente diferente, por lo que esta variable no debe descartarse en futuros estudios, además de

otras que contribuyan a explicar el proceso que inicia el comportamiento violento en la historia vital.

Conflictividad, que viene a representar la falta de capacidad para cumplir normas básicas de convivencia en la institución, muestra aquí una asociación notable respecto a todas las medidas de disfuncionalidad exceptuando inadaptación conductual infantil; aunque no se puede excluir la influencia de variables no contempladas en este estudio, las conclusiones de los estudios de Farrington (2001), Margolin (2005) o Contreras, Molina y Cano (2011) parecen aplicarse más especialmente a este tipo de delincuentes que a los sujetos persistentes no conflictivos.

El uso continuado y precoz de drogas puede disminuir las probabilidades de mantener una conducta adaptada a pesar de la amplia disponibilidad de medidas tratamentales siendo, además, un problema ligado al estilo de vida antisocial como ya pusieron de manifiesto Hemphill, Hart y Hare (1994); no obstante, los últimos datos revisados de la SGIP indicaron una importante disminución del uso de drogas durante el tiempo de prisión, lo que da lugar a considerar también otras explicaciones: las disfunciones en el proceso de socialización podrían ser importantes a la hora de determinar la causa primera de la desviación social y, paralelamente, de la dependencia de drogas, en este tipo de sujetos.

El hecho de que la variable Inadaptación conductual infantil no haya resultado significativamente diferente en ninguna comparación, a pesar de que los comportamientos infantiles inadaptados se han dado muy frecuentemente en nuestra muestra y de que el grupo con mayor media fue el más persistente, violento y conflictivo mientras que la menor correspondió al grupo que lo era menos, no parece deberse a su distribución homogénea en la muestra; es posible que el efecto de Conflictividad resulte modificado en función de la edad, que si resultaba aportar efectos significativos, consistentemente con las pruebas de que la conflictividad en los reclusos más jóvenes no se mantiene en la edad adulta (Leigey y Hodge, 2013), lo que confirma la necesidad de controlar la edad para no atribuir sus efectos a otras variables.

Controlar la edad es necesario en variables como Persistencia, que sólo con el tiempo puede ser mayor, pero la edad se relaciona también con variables de la historia: las diferencias en las puntuaciones en estas variables, mayores entre los más jóvenes, puede

deberse a cambios producidos en la sociedad, por ejemplo el cambio de edad penal y otros introducidos por la legislación para menores, o los cambios en las costumbres y los estilos delictivos a diferentes edades o momentos; pero también puede deberse a que los sucesos indagados son más recientes en los más jóvenes o, incluso, a una mejor disposición de éstos para admitir sucesos infantiles que pueden ser bastante íntimos, distinción que este estudio no permite dilucidar.

5.1.2. Niveles de psicopatía en Persistencia, Violencia y Conflictividad

El factor 1 del PCL-R ha mostrado ser significativamente mayor sólo en los sujetos más violentos sin que la persistencia o la conflictividad demostraran interacción, aunque el efecto resultó moderado y en definitiva representa una diferencia de dos puntos. Las diferencias en el factor 2, por el contrario, fueron significativas para Persistencia y especialmente para Conflictividad, que puede representar casi cuatro y cinco puntos más en la media.

A pesar de identificarse frecuentemente la conducta antisocial tanto con el TAP como con el factor 2 del PCL-R, en el estudio de Edens *et al.* (2015) puntuaciones criterio o diagnóstico de TAP, utilizando criterios del DSM-V, no fueron capaces de predecir mal comportamiento en prisión; esta discrepancia con los presentes resultados puede expresar la diferencia entre los criterios PCL-R y DSM, ya que el TAP contiene aspectos equivalentes a algunos ítems del factor 2 y otros que se corresponden con el factor 1. Esto nos lleva nuevamente a necesidad de clarificar criterios, especialmente ante la emergencia de estudios que apoyan la independencia etiológica de la psicopatía y la personalidad antisocial, ya postulado por Taylor *et al.* (2003), por ejemplo, y los que consideran que son constructos independientes (Gowlett, 2014), estudios que no se han tenido en cuenta para la construcción del DSM-5.

El aumento de la puntuación media en el factor 2 de los sujetos menos violentos cuando la persistencia es mayor, sin influencia de la conflictividad, parece indicar que la conducta antisocial medida por el factor 2 no implica necesariamente delitos violentos; aunque se han encontrado tasas más altas de conducta agresiva en psicópatas secundarios (Cox *et al.*, 2013), ésta puede relacionarse precisamente con la conflictividad y no tanto con la comisión de delitos violentos. En conjunto, el factor 2 parece relacionarse con delincuencia pero, sobre todo, con falta de capacidad adaptativa, posiblemente asociada a

alta impulsividad y falta de inteligencia espacial (Tribolet-Hardy, Vohs, Mokros y Habermeyer 2014). El factor 1 no parece relacionarse tanto con la delincuencia y la inadaptación en general como con la comisión reiterada de delitos violentos; sin embargo, la interacción de Persistencia y Conflictividad ha estado cerca de ser significativa y es posible que los delincuentes menos persistentes pero más conflictivos tengan alguna relación con la psicopatía primaria.

5.1.3. Síntomas Clínicos en Persistencia, Violencia y Conflictividad

Los resultados en el SCL-90-R nos indican un alto grado de malestar psicológico en toda la muestra aunque parte de ella alcanza niveles de exageración de síntomas; los sujetos más conflictivos expresan el mayor nivel de malestar y reúnen la mayor severidad y cantidad de síntomas y molestias adicionales; presentan diferencias significativas en varias escalas específicas, siendo los valores más importantes para hostilidad, asociada a delincuencia (Samuels *et al.*, 2004) y consistente con los estudios que relacionan la ira con la precocidad delictiva, también mayor en estos sujetos (Etzler, Rohrmann y Brandt, 2014); pero también presentan mayor depresión, psicoticismo y ansiedad.

Conflictividad, por lo tanto, se relaciona en esta muestra con un grado significativo de malestar; la pregunta siguiente sería si el malestar podría originar la conflictividad o a la inversa. Teniendo en cuenta la asociación de esta variable con las mayores medidas de disfuncionalidad en la historia, parece razonable la hipótesis de que una cosa va llevando a la otra; en este sentido, Unver, Yuce, Bayram, Bilgel y Ozyegin (2013) encuentran también en prisioneros turcos mayores niveles de depresión, ansiedad y estrés asociados a historia de maltrato infantil, así como aumento de la ira asociada a mayor estrés, reincidencia y drogodependencia, en consonancia con esta hipótesis.

Persistencia también resulta significativa para explicar algunas medidas de malestar, concretamente en cuanto al número de síntomas referidos (PST), la hostilidad y el psicoticismo, aunque con efectos menores que Conflictividad; también hay una pequeña interacción entre Persistencia y Conflictividad que implica un efecto sumativo para ansiedad en los sujetos más persistentes y conflictivos. Ello podría apoyar la hipótesis de que la delincuencia frecuente presenta algunas dificultades personales más que la infrecuente u ocasional, especialmente en sujetos conflictivos. Persistencia y, especialmente, Conflictividad han mostrado estrecha relación con drogodependencia y los

propios sujetos suelen atribuir su delito a las drogas y la necesidad con independencia de otros trastornos (Radovic y Höglund, 2014), lo que subraya la probabilidad de que la drogodependencia actúe en todo el proceso de desviación social.

Ninguna de las medidas clínicas parece relacionarse con Violencia, exceptuando su aportación a un pequeño efecto de interacción de las tres variables en depresión. Conflictividad predice moderadamente depresión por sí misma, salvo en los sujetos poco persistentes a los cuales no parece afectarles; pero Persistencia y Conflictividad tienen un efecto diferente en los sujetos según su grado de violencia (o viceversa): en los menos violentos, depresión disminuye si son poco conflictivos y aumenta notablemente si son más conflictivos, mientras que en los más violentos ambas variables (al menos persistencia) producen un pequeño aumento. Es posible que los sujetos menos conflictivos y violentos se sientan menos desanimados si son experimentados; pero no podemos saber si a algunos de ellos la experiencia no les sirve para evitar los conflictos, que producirían el desánimo, o cierta disforia previa está contribuyendo a la conflictividad.

Al igual que ocurre con las disfunciones en la historia y con las medidas de psicopatía, Violencia parece diferenciarse especialmente de los otros factores y sus efectos no son fáciles de explicar, pero podrían depender de su relación con el factor 1 del PCL-R, el cual no se relaciona con medidas de ansiedad o depresión pero sí con hostilidad e ideación paranoide, además de correlacionar negativamente con aprensión en el 16-PF; esta configuración se relacionaría con violencia instrumental, según la definición de Andreu (2009), y el siguiente estudio constata que el factor 1 puede ser menor en sujetos con delito violento, con otra configuración de la muestra.

5.1.4. Rasgos de personalidad en Persistencia, Violencia y Conflictividad

La variable Conflictividad resulta obtener más diferencias significativas asociándose a varios rasgos de personalidad, concretamente a un aumento considerable de la puntuación en tensión y también, aunque menos notable, en atrevimiento; la personalidad antisocial, la impulsividad y la agresividad son predictores de infracciones en prisión (Gonçalves, Gonçalves, Martins y Dirkzwager, 2014) y este subgrupo conflictivo también es el más antisocial; la tensión puede manifestarse en estos sujetos como agresividad y contribuir a generar conflictos, así como es razonable esperar cierto

atrevimiento en quienes incumplen las normas reiteradamente; además, el rasgo ira se ha relacionado con otros rasgos asociados a conflictividad, medidos con pruebas diferentes (Etzler, Rohrmann y Brandt, 2013). Pero también, aunque los efectos son pequeños, Conflictividad se asocia a los rasgos dominancia, animación, vigilancia y atención a normas.

Según Rocheleau (2015), los reclusos con estrategias de afrontamiento basadas en el coraje o la ironía y que son partidarios de la acción directa ante una situación de estrés tienen más probabilidades de involucrarse en actos violentos; en consonancia, los tres primeros rasgos también resultan congruentes con la probabilidad de entrar en conflicto: dominancia aportaría riesgo de confrontación con la autoridad y con otros sujetos dominantes, animación podría contribuir en su faceta descuidada e impulsiva, y vigilancia en su aspecto desconfiado y falta de colaboración, que no en vano fue denominado originalmente “protensión”. Estos rasgos pueden suponer conflictos iniciales conducentes a actos violentos que las estrategias reglamentarias basadas en sanciones de aislamiento no demuestran resolver eficazmente (Morris, 2015).

Atención a normas requiere una explicación más compleja, es un rasgo que parece más adecuado encontrar en personalidades bien adaptadas pero ya se han encontrado evidencias de que puede ser superior en poblaciones reclusas que en población general (Martínez, 2002); es posible que una mayor conflictividad en la institución penitenciaria no se produzca necesariamente por falta de atención a las normas, especialmente a las normas grupales: este rasgo se ha traducido también por “conformidad al grupo” y descrito en su rango máximo como un patrón ultraconservador (Karson y O’Dell, 1989) que podría estar relacionado con rigidez cognitiva e implicar falta de adaptabilidad a los cambios o inconsistencias de la realidad cotidiana. Considerando, además, que el grupo de pertenencia y referencia de los reclusos no suelen ser sino otros delincuentes y las reglas de conducta carcelarias son sustancialmente diferentes a las institucionales, las personalidades más afiliadas entrarían en conflicto con la institución. Una explicación alternativa podría encontrarse en la distorsión de las respuestas, pero para ello habría que considerar qué grado de habilidades para el control de imagen tienen los sujetos de esta población, especialmente cuando la medida de distorsión motivacional no es significativa, como es el caso.

Persistencia también se asocia positivamente con dos rasgos de personalidad: estabilidad y atención a normas. Aquí, atención a normas resulta igualmente interpretable como adhesión al grupo, algo que siempre ha formado parte de la cultura carcelaria, y es un rasgo que pueden compartir los delincuentes habituales pero la estabilidad ayudaría a evitar la emergencia de conflictividad; la asociación a estabilidad probablemente tenga algo que ver con una menor intimidación penal que facilite la persistencia en la carrera delictiva, a pesar de que este rasgo podría ser significativamente inferior en poblaciones reclusas (Martínez, ya citado).

Violencia es, nuevamente, una variable independiente diferente que por sí sola no se asocia a ningún rasgo de personalidad, como no lo hacía con ninguna sintomatología clínica ni con el factor 2 de psicopatía ni con desventajas en la historia, con la salvedad de la precocidad delictiva. Podría interpretarse que los delitos violentos tienen características intermedias respecto a otros delitos como el robo o el tráfico de drogas, cosa que es probable, pero la muestra es heterogénea en cuanto a violencia de distinto origen ya que no se ha discriminado entre violencia reactiva y proactiva, por ejemplo, que podrían contraponerse reduciendo las posibilidades de encontrar resultados significativos. Sin embargo, encontramos ciertos efectos de Violencia cuando interactúa con Persistencia, con Conflictividad o con ambas.

Violencia interactúa con Persistencia en privacidad y aprensión, además de en vigilancia, aunque con un efecto modesto. La privacidad es mayor en los sujetos más violentos y persistentes y también es un poco más alta cuando Persistencia y Violencia son ambas menores que cuando se alternan. Privacidad se ha llamado también astucia en el manual original y se relaciona con la experiencia y el enfoque intelectual contrapuesto a la sencillez y el sentimentalismo, definición congruente a priori con la delincuencia persistente y experimentada que puede utilizar instrumentalmente la violencia, pero difícilmente aplicable a la violencia reactiva. Lo inverso ocurre en aprensión, que es notablemente mayor en los sujetos menos persistentes y violentos pero también algo mayor en los más violentos y persistentes, al tiempo que correlaciona negativamente con el factor 1 de la PCL-R; es lógico pensar que los delincuentes menos experimentados y violentos expresen más culpabilización pero resulta más difícil entender la mayor aprensión de los más experimentados y violentos sin intervención de otras variables, como la magnitud de la condena, aunque ciertamente es un aumento pequeño.

Violencia interactúa también con Conflictividad en autosuficiencia, además de en vigilancia. La autosuficiencia define a una persona como independiente del grupo, tomando sus propias decisiones y con recursos; es mayor en los sujetos poco violentos pero más conflictivos y algo más alta en los más violentos pero menos conflictivos que cuando ambas variables son altas o bajas. La autosuficiencia podría disminuir la participación de los sujetos más agresivos en los conflictos ajenos, que frecuentemente se extienden y se vuelven violentos en los entornos cerrados, y también podría aumentar el incumplimiento de reglas en los sujetos no violentos; pero son hipótesis difíciles de testar y el tamaño del efecto no es importante.

Todas las combinaciones de variables independientes que incluyen Violencia interactúan en vigilancia, probablemente porque este rasgo tiene mucho que ver con mecanismos de defensa del yo. Originalmente, su nombre se tradujo al castellano por protensión y define a una persona suspicaz, autocomplicada y despegada del grupo, que suele actuar con premeditación y exigir responsabilidades. La interacción más fuerte es con Conflictividad, con la que también está directamente relacionada, de modo que vigilancia es mayor a mayor conflictividad pero es mayor aún en los sujetos menos violentos mientras que en los más violentos cambia poco; la interacción con Persistencia, más débil, consiste en un aumento de vigilancia en los sujetos persistentes más violentos, invirtiéndose ligeramente este efecto en los menos violentos y el pequeño efecto de interacción entre las tres variables independientes se nota especialmente en los sujetos más persistentes cuando son poco conflictivos, que aumentan en vigilancia si son más violentos y disminuyen si lo son menos. Estas relaciones tan intrincadas, con algunos efectos pequeños, no permiten extraer conclusiones claras: probablemente vigilancia es un rasgo que contribuye a la generación de conflictos internos pero que puede contribuir a evitar su externalización en sujetos más aprensivos: recordemos que Persistencia también interactúa con Violencia en aprensión, siendo mayor en los sujetos con valores altos en ambas.

El mayor efecto de Violencia se produce en la interacción de las tres variables independientes sobre el rasgo tensión; ya hemos visto como Conflictividad tiene un efecto importante en el nivel de tensión, como era lógico esperar, pero no lo tiene en los delincuentes violentos y persistentes, quienes no se diferencian en tensión por ser más o menos conflictivos; la tensión sí es mayor en estos sujetos más violentos cuando

Conflictividad es alta pero son menos persistentes. Estos resultados podrían señalar la diferencia entre sujetos condenados por algún incidente ocasional, que serían conflictivos por reactividad ante la frustración, y sujetos que utilizan habitualmente la violencia instrumental, que pueden o no ser institucionalmente conflictivos pero no se reconocerían más tensos por ello, es decir, sujetos con puntuaciones altas en el factor 1 del PCL-R, factor asociado positivamente a Violencia.

Las tres variables independientes interactúan también en atrevimiento, sensibilidad y distorsión motivacional. Conflictividad se relaciona directamente con atrevimiento y Persistencia aumenta el efecto en los sujetos menos violentos, así pues, podríamos decir que el atrevimiento ayuda a tener problemas en prisión y también a ser detenido; pero los sujetos más violentos sólo son influenciados por Conflictividad cuando son poco persistentes, así pues el atrevimiento ayudaría a entrar en conflicto en sujetos con pocos delitos violentos pero con violencia reiterada no habría relación entre conflictividad y atrevimiento.

Respecto a sensibilidad, tiende a aumentar con Conflictividad y con Violencia y a disminuir con Persistencia, salvo en los sujetos más conflictivos y violentos, quienes aumentan en sensibilidad a mayor Persistencia. Probablemente sensibilidad se relaciona negativamente con habituación a la delincuencia o a la prisión y positivamente con reactividad emocional, pero los efectos son muy pequeños.

Por último, Persistencia y Conflictividad juntas aumentan la distorsión motivacional incluso más que cuando las tres variables tienen un valor menor, que era lo esperable según sus mejores valores sociales y personales; Violencia y Conflictividad juntas también aumentan la distorsión, aunque más modestamente; ello podría indicar que estos sujetos están igualmente motivados a dar buena imagen, probablemente a causa de tener mayores problemas dado que distorsionan menos los sujetos con valoración alta en una sola de las variables independientes; pero el efecto no es considerable y puede no ser consistente.

5.1.5. Funciones ejecutivas en Persistencia, Violencia y Conflictividad

Se han encontrado correlaciones negativas, significativas, entre medidas de funciones ejecutivas y conducta agresiva reactiva y delincuencia (Giancola, Martin,

Tarter, Pelham y Moss 1996, por ejemplo) lo que justifica esperar algún tipo de diferencia en los sujetos persistentes y, sobre todo, en los conflictivos. El método elegido para evaluar las funciones ejecutivas sólo nos ofrece un resultado significativo con un pequeño tamaño del efecto, al cometer los sujetos más conflictivos un mayor número de fallos para mantener la actitud. Esto ocurre cuando se comete un error después de de cinco o más respuestas correctas consecutivas -momento en que, teóricamente, se debería haber formado el concepto buscado- con la consiguiente pérdida de sistema, no pudiéndose completar la categoría.

El número de fallos para mantener la actitud se ha relacionado inversamente con el rendimiento de la atención (Figuerola y Youmans, 2013) y no es extraño que los sujetos con más sanciones disciplinarias tengan cierta propensión a distraerse o decaer en la persistencia hacia la meta; el pequeño efecto obtenido así como la magnitud de la puntuación media no permiten pasar de las explicaciones basadas en conducta o actitud hasta hipótesis de orden neuropsicológico, pero podría relacionarse con las altas tasas de trastorno por hiperactividad y déficit de atención encontradas en adultos presos; este trastorno, además, está asociado a numerosas dificultades de aprendizaje, abuso de sustancias, problemas laborales, etc. (Usher, Stewart y Wilton, 2013) y podría contribuir a explicar la tendencia, observada en la experiencia con estos sujetos, a recaer una y otra vez en las respuestas habituales erróneas a pesar de criticarlas y tener instrucciones, motivación, y aptitudes para modificarlas.

5.2. TIPO DELICTIVO

5.2.1. Disfunciones en la historia según el tipo delictivo

Son pocas las investigaciones encontradas que estudien estas diferencias. En este estudio, todas las medidas analizadas sobre disfunción en la historia vital de los sujetos presentan el mismo patrón de ordenación de los grupos: Violento se parece mucho a No violento en tener menor disfunción y Robo se parece bastante a Versátil en tenerla mayor; se reproduce la misma disposición gráfica, que se invierte en las variables relacionadas con la edad puesto que en este caso la puntuación menor indica una mayor disfunción al ser más temprana; solamente la edad de inicio en drogas se diferencia de este perfil, no apreciándose diferencias suficientemente significativas entre los grupos, especialmente respecto a drogas duras.

En esta muestra, el delito de robo y también la versatilidad predicen una historia con abundantes eventos disfuncionales en la familia y la escuela, precocidad delictiva e institucionalización, así como mayor tiempo consumiendo drogas que los delincuentes no violentos y los que cometen delitos violentos. Robo además predice conductas inadaptadas en la infancia a diferencia de los delitos no violentos; la edad de inicio en drogas o en drogas duras no son significativamente diferentes aunque el delito no violento sigue siendo el que tiene la mayor edad media de inicio en el consumo. Robo presenta mayor disfuncionalidad en todas las variables salvo en el tiempo de uso de drogas duras, que es mayor para Versátil, y No violento siempre presenta menor disfuncionalidad, incluso en las variables en que las diferencias no son significativas.

Estos resultados apoyan la necesidad de prevención primaria en las familias disfuncionales y en las escuelas, así como en los procedimientos durante la institucionalización infantil, por su relación con la delincuencia más generalizada. También parece indicar que la edad de inicio en el consumo de drogas, aunque puede ser importante para la conducta delictiva en general, no discrimina suficientemente entre diferentes tipos o estilos delictivos.

5.2.2. Niveles de psicopatía según el tipo delictivo

Respecto a la psicopatía, las puntuaciones en el factor 2 de la PCL-R siguen mostrando el perfil y las diferencias entre grupos que se obtenían en las medidas de disfunción en la historia, siendo Robo y Versátil los grupos que obtienen una puntuación significativamente mayor y por tanto los que más se identifican con la conducta antisocial que define la prueba.

En el factor 1 también resulta con mayor puntuación el tipo Versátil y esta vez las diferencias son significativas con No violento, con la puntuación menor, y también con Robo. Violento tiene la segunda media mayor, sin resultar significativamente diferente de los otros tipos. Estos resultados apoyan la tesis de mayor peligrosidad de los delincuentes versátiles, que puntuarían alto en los dos factores de psicopatía y probablemente reúnan dificultades de índole sociofamiliar con desventajas psicobiológicas; además, nos muestran una diferencia sustancial respecto a los delincuentes contra la propiedad, que carecerían de los rasgos más peligrosos de la psicopatía primaria y serían sujetos antisociales producidos en las capas más desfavorecidas de la sociedad. Estas hipótesis

explicativas requieren más investigación para determinar modelos específicos de prevención.

Hay que subrayar aquí que Versatilidad no se corresponde exactamente con el ítem del mismo nombre en el PCL-R, ítem que, además, no se ha incluido en este análisis porque no saturaba en ninguno de los dos factores en la estandarización con muestra española (Moltó, Poy y Torrubia, 2000); en esta muestra, la versatilidad se clasificaba con tres tipos delictivos distintos y su comisión no necesariamente implica un mayor dominio de los procedimientos criminales sino que puede ocurrir también por una mayor carencia de límites, internos y externos, siendo un tipo asociado a puntuaciones altas en los dos factores.

Nuevamente, la medida de violencia queda desdibujada con menor puntuación que Robo y Versatilidad respecto al factor 2 pero lejos de parecerse a No violento, por el contrario parece ser también diferente y su puntuación en el factor 1 es la segunda mayor, aunque sin diferencias significativas; aunque los delincuentes violentos parecen tener problemas con la empatía independientemente de su grado de psicopatía (Pfabigan *et al.*, 2015), distintos tipos de delito violento pueden relacionarse de manera diferente con la psicopatía y con otras variables.

5.2.3. Síntomas clínicos según el tipo delictivo

El grupo Robo reconoce más sintomatología clínica que los demás en todas las escalas valoradas, siendo significativas las diferencias con el grupo No violento y el Violento en valoraciones globales (índice global de severidad, número de síntomas y gravedad de los síntomas) y en la dimensión hostilidad; con el grupo No violento se diferencia significativamente, además, en las dimensiones depresión, ansiedad, ideación paranoide, psicoticismo y síntomas inespecíficos. El grupo Versátil también es significativamente superior al grupo No violento en la gravedad de los síntomas y Violento está cerca de serlo, contradictoriamente a su cercanía, tampoco significativa, al factor 1 de la PCL.

El patrón que siguen los tipos delictivos es similar al que presentan en cuanto a disfunciones en la historia; nuevamente parece que los delincuentes contra la propiedad, quienes tuvieron mayores problemas en sus vidas, también expresan mayor malestar

psicológico especialmente al compararse con los delincuentes no violentos que refieren el malestar menor y tuvieron menos problemas en su historia. El grupo Versátil no expresa mayor número de síntomas, pero les asigna mayor severidad que No violento y también expresó más problemas en la historia, especialmente mayor tiempo de su vida usando drogas, variable que deberíamos estudiar dado que puede intervenir seriamente en el grado de desajuste social y personal.

Es interesante que los condenados con preferencia por delitos violentos expresen menos malestar que los condenados por robo o los sujetos versátiles; esto podría estar relacionado también con la mayor puntuación de este grupo en el factor 1 de la PCL-R, asociado frecuentemente a baja ansiedad, pero habría que considerar otras cuestiones dado que los sujetos violentos han mostrado valoraciones clínicas más altas en otros estudios (Zhou et al., 2014, por ejemplo)

La gravedad de los síntomas expresados por el grupo Violento podría ser superior a la expresada por no Violento, aunque los resultados no lleguen a ser significativos; sería necesario entender mejor las relaciones de los grupos con la exageración de síntomas antes de atribuir sus diferencias a configuraciones psicopatológicas o ausencia de ellas, valorando explicaciones más sencillas basadas en actitudes o en hábitos de vida en prisión. No puede excluirse, además, que en estos delitos violentos se entremezclen sujetos muy diferentes que pueden haber ejercido violencia de muy distinta naturaleza, teniendo la violencia reactiva un origen más probablemente neurótico que psicopático. Lund, Hofvander, Forsman, Anckarsäter y Nilsson (2013) no encontraron diferencias respecto al tipo delictivo para la reincidencia violenta, pero el diagnóstico resultó ser el predictor más significativo en delincuentes con trastorno mental y las diferentes medidas penales pueden influir mucho en mejorar el pronóstico; la necesidad de un diagnóstico y unas medidas adecuadas en los delincuentes violentos con algún tipo de trastorno pueden ser fundamentales, especialmente respecto a la dependencia de sustancias sin olvidar el abuso benzodicepinas, asociado también a delitos violentos (Lundholm, Haggård, Möller, Hallqvist y Thiblin, 2013) y que frecuentemente forman parte del tratamiento en la dosis pautada.

5.2.4. Rasgos de personalidad según el tipo delictivo

Todas escalas del 16-PF han mostrado diferenciarse en las poblaciones reclusas respecto a la muestra normativa norteamericana (James, 2009) sin que haya podido clasificar fiablemente distintos tipos delictivos (Tammany, Evans y Barnett, 1990), aunque no se han encontrado estudios recientes; es arriesgado suponer que distintos tipos de delito se asocien a diferentes rasgos de personalidad, pero se han obtenido algunas diferencias significativas, casi siempre en torno al grupo No violento.

Respecto al grupo Versátil, el No violento resulta ser más afable, más estable, más perfeccionista y más atento a las normas, sin asociarse a rasgos relacionados con delincuencia como baja amabilidad (Jolliffe, 2013) aunque también tiende a distorsionar más en el test, algo que suele ocurrirles a los sujetos con G alto (Karson y O'Dell, 1989); también es más estable emocionalmente que Robo pero no es diferente en el grado de atención a normas, tal vez no a las mismas normas ya que Robo no presenta mayor distorsión motivacional. El grupo Violento se parece al No violento en su mayor estabilidad emocional y, aunque sin alcanzar un grado de confianza aceptable, se sitúa más cerca de Robo y No violento en el grado de atención a normas y probablemente es también diferente de Versátil, a pesar de estar por debajo del nivel de significación estadística.

Así pues, el grupo No violento se significa en esta muestra con más características distintivas, las cuales pueden subyacer a la motivación delictiva en cuanto al tipo penal vulnerado y que, teóricamente, son consistentes con la menor sintomatología y disfuncionalidad que ha expresado en las anteriores variables dependientes analizadas; es probable que sus delitos sean menos dañinos para las personas, menos reactivos y estén mejor planificados que los cometidos por delincuentes versátiles y también pueden tener mejor capacidad para expresar una imagen socialmente adecuada, aunque no tenemos información precisa sobre su motivación delictiva, que suele ser meramente económica.

Por el contrario, los delincuentes versátiles muestran ser más duros e inflexibles, más inestables en sus propósitos y menos tolerantes ante la frustración, además de tener menor respeto por las normas sociales y grupales; de hecho, atención a normas se denominó originalmente fuerza del superyó y una puntuación baja se asocia a la probabilidad de actos antisociales y a menor somatización ante la tensión; Versátil puntúa

en G significativamente más bajo respecto a Robo, además de respecto a No violento, lo que podría contribuir a explicar su diferencia en la expresión de síntomas clínicos a pesar de su alta experimentación de disfunciones en la historia, junto a su mayor puntuación en el factor 1 de la PCL-R.

5.2.5. Funciones ejecutivas según el tipo delictivo

No se han obtenido resultados relevantes en la medida de funciones ejecutivas elegida en este estudio, es posible que no existan diferencias cognitivas entre los sujetos que cometen distintos tipos delictivos, al menos no en cuanto a disfuncionalidad, pero también se ha discutido la utilidad del WCST, prueba compleja y que implica numerosas funciones y estructuras cerebrales de distinta naturaleza (Barceló, 2001).

5.2.6. Características delictivas según el tipo delictivo

Consecuentemente con los datos anteriores, el grupo Versátil resulta ser el que comete más delitos y es ingresado más veces en prisión, así como el que ha cumplido más tiempo en primer grado por año pasado en prisión, aunque no es significativamente diferente de Robo: las diferencias son significativas para ambos respecto a No violento y Violento en persistencia y respecto a No violento, además, en reincidencia e inadaptación. Sin embargo, es el grupo Robo el que tiene más sanciones disciplinarias por año de prisión aunque las diferencias son significativas solamente respecto a No violento, que es el grupo con diferencias significativas en todas las comparaciones, salvo gravedad, a favor de su menor peligrosidad e inadaptación.

El tipo delictivo No violento predeciría en esta muestra, por lo tanto, menor reincidencia, persistencia, e inadaptación institucional en contraposición a los grupos Versátil y Robo, así como menor conflictividad respecto a Robo; los comportamientos prosociales se han asociado a menor reincidencia violenta (Mooney y Daffern, 2013) y la buena adaptación institucional de los delincuentes no violentos confirma este hecho y la importancia de discriminar el tipo delictivo para el tratamiento penitenciario.

Los delincuentes violentos serían menos persistentes pero no menos reincidentes que los versátiles o los delincuentes contra la propiedad y estos, a su vez, tampoco se diferencian entre sí en el número de delitos violentos. Aunque los delincuentes versátiles

han asumido mayores condenas por año pasado en libertad, seguidos de los violentos, las diferencias no han sido significativas y la variable gravedad no parece servir para discriminar entre los grupos. Esto podría relacionarse con la política de prevención general, debido a la cual se atribuyen grandes condenas a delitos no violentos en sí mismos, como el tráfico de drogas, que contrarrestarían los efectos de una mayor reincidencia si ésta se produjese más en delitos con menores penas.

5.3. CORRELACIONES DEL PCL-R

Conforme a la hipótesis de partida, el factor 2 del PCL-R correlaciona significativamente a un alto nivel de confianza con todas las variables analizadas en el sentido de mayor disfuncionalidad en la historia vital, en tanto que el factor 1 no lo hace con ninguna. Estos resultados vienen a apoyar las abundantes pruebas de las sustanciales diferencias entre la psicopatía primaria y la conducta antisocial, y señalan con claridad el posible origen psicosocial de la segunda, origen que no parece poder postularse respecto a la psicopatía primaria en ninguno de los aspectos aquí examinados.

Del mismo modo, el factor 2 correlaciona significativa y positivamente con todas las medidas de sintomatología clínica, salvo somatización, con un alto nivel de significación; esto resultados indican una clara asociación entre comportamiento antisocial y percepción de malestar extenso, probablemente inespecífico, que podría deberse a verdaderos problemas psicopatológicos o a actitudes de queja o búsqueda de ayuda relacionadas con la situación de prisión, por ejemplo, pero que no pueden asociarse al factor 1.

El factor 1 correlaciona también con dos constelaciones de síntomas: hostilidad e ideación paranoide, ambas con el mayor nivel de significación. Siguiendo a Derogatis (2002), hostilidad alude a “*pensamientos, sentimientos y conductas propios de estados de agresividad, ira, irritabilidad, rabia y resentimiento*” e ideación paraoide “*incluye características propias del pensamiento proyectivo como suspicacia, centralismo autorreferencial e ideación delirante, hostilidad, grandiosidad, miedo a la pérdida de autonomía y necesidad de control*”. Estas descripciones no son ajenas a la definición de la psicopatía primaria (Hare, 2003) pero lo más significativo es la ausencia de elementos que indiquen algún tipo de internalización del malestar, lo que sí ocurre en el caso del

factor 2, el cual aúna síntomas de externalización y de internalización, distintos de la somatización.

Las diferencias entre los dos factores, sobradamente demostradas (Schulreich, Pfabigan, Derntl y Sailer, 2013, por ejemplo), suscitan la hipótesis de que los psicópatas primarios son psicológicamente más resistentes y se ha postulado un efecto protector de la psicopatía ante la ansiedad y otros trastornos (Verona, Sprague y Javdani 2012); no está claro si el malestar psicológico puede haber sido resuelto de otra forma por estos sujetos y recientemente se ha propuesto la dureza psicológica como mediador en la falta de ansiedad de los psicópatas (Sandvik, Hansen, Hystad, Johnsen y Bartone, 2015), mediación que podría apoyar la hipótesis del desarrollo de la psicopatía como protección ante la adversidad, más allá de la explicación biológica. No obstante, el factor 1 no se relaciona en esta muestra con estresantes durante el proceso de socialización y parece más probable que la dureza psicológica, aunque intervenga en la falta de ansiedad, sea un componente más de la estructura psicopática cuyas consecuencias pueden ser tanto beneficiosas como perjudiciales.

El factor 2 correlaciona negativamente con los rasgos afabilidad, razonamiento y perfeccionismo, y positivamente con los rasgos dominancia y vigilancia, en tanto que el factor 1 sólo correlaciona negativamente con aprensión. La falta de aprensión encaja perfectamente en la definición de psicopatía primaria, aunque el hecho de que no aparezca ninguna relación con el factor 2 invita a pensar en probables conflictos internos en los sujetos antisociales, que a su vez explicarían la abundancia de sintomatología neurótica que expresan junto a los síntomas de externalización. El bajo perfeccionismo y razonamiento relacionados con factor 2 es consistente con otros estudios que encuentran asociaciones negativas en medidas de inteligencia espacial, controlando nivel educativo (Tribolet-Hardy *et al.*, 2014) y podrían provenir de otras deficiencias en el proceso de socialización; la baja afabilidad, la dominancia y la vigilancia, por su parte, son congruentes con el estilo machista prototípico de los delincuentes habituales que podemos observar en prisión, donde se valora positivamente la dureza, muchos altercados por motivos nimios obedecen a conflictos de estatus y se ceba de ofensas reales o imaginadas, actitudes relacionadas con la subescala “machismo” del cuestionario de violencia de Maudsley que ha demostrado una sólida relación con la conducta violenta (Walker y Bowes, 2013).

Respecto a las funciones ejecutivas, encontramos una correlación negativa entre la puntuación aprender a aprender del WCST con el factor 2. Esta puntuación refleja el promedio de los cambios en eficacia conceptual que se producen a lo largo de la prueba, es decir, la capacidad para mejorar las estrategias dirigidas a resolver problemas aprendiendo de la experiencia; para poder calcular esta puntuación es necesario que el sujeto haya completado al menos tres categorías de las seis que componen la prueba, por lo que solamente se ha podido establecer para los 92 sujetos que tuvieron mejores resultados. A pesar de ello, la correlación negativa de aprender a aprender con el factor 2 indicarían que los sujetos antisociales, lejos de mejorar sus estrategias para solucionar problemas parecen empeorar más más intentos realizados que los psicópatas; si la diferencia obedece realmente a mayores dificultades cognitivas o a otras diferencias (educativas, actitudinales o caracteriales) no se puede precisar, dado que en la población general también son frecuentes las puntuaciones negativas, pero sumando la coincidencia de una correlación negativa con razonamiento en el 16-PF apunta hacia una menor capacidad de resolución de problemas que puede estar relacionada con carencias educativas o con aptitudes. Tuominen et al. (2015), utilizando una batería neurocognitiva y medidas de cociente intelectual, encontraron señales de algún déficit hasta en la mitad de su muestra de reclusos, especialmente en inteligencia verbal, además de correlaciones entre el número de condenas previas e indicadores de déficit atencional que sugieren una asociación entre la reincidencia y el déficit de atención; la elevada proporción en las prisiones de sujetos con características antisociales, asociadas a probabilidad de déficit cognitivo, indica la necesidad de diagnóstico y tratamiento de estas dificultades antes de asumir el fracaso de medidas tratamentales más complejas.

Por último, todas las variables delictivas analizadas correlacionan positivamente con el factor 2 y podemos decir que predice mayor reincidencia, persistencia, violencia, conflictividad, gravedad e inadaptación institucional, de lo que se deduce que el factor 2 del PCL-R es una medida general de delincuencia. El factor 1 correlaciona también con violencia, inadaptación y gravedad, prediciendo más delitos violentos, mayor inadaptación institucional y penas más graves pero no reincidencia o persistencia ni conflictividad, de lo que se deduce que es una medida más específica de delincuencia violenta y grave; mayor confrontación con la institución devendría de su violencia, ya que el primer grado penitenciario no se aplica meramente por indisciplina.

CAPÍTULO VI. CONCLUSIONES

Según estos resultados, los delincuentes persistentes son delincuentes precoces que, a pesar de ser también precozmente institucionalizados -o quizás a consecuencia de ello- continúan en la carrera delictiva; probablemente fracasan o no participan en programas para tratar la drogodependencia porque tienden a permanecer consumiendo, aunque no tanto como los conflictivos. Tienden a ser antisociales pero no necesariamente y pueden expresar quejas sobre malestares diversos sin que se trate de síntomas graves, aunque es posible cierta hostilidad y psicoticismo significativos. Tienden a adherirse al grupo y son más estables cuando no son conflictivos.

La evidencia sugiere que en estos delincuentes fracasan las medidas correccionales pero no se ha obtenido apoyo para explicar el inicio temprano en la carrera delictiva a través de un proceso de socialización disfuncional en los sujetos no conflictivos, por lo que se deberían investigar otros aspectos no contemplados aquí, como el modelado, el reforzamiento vicario y los estilos educativos parentales.

Los delincuentes violentos de este primer estudio, los cuales han cometido más de dos delitos violentos, tienden a delinquir precozmente aunque no tanto como los conflictivos y persistentes, tienen mayor psicopatía primaria, no expresan quejas sintomáticas y parecen un grupo heterogéneo en cuanto a rasgos de personalidad.

Esta clasificación no discrimina entre diferentes tipos de violencia y no incluye sujetos con un solo delito, por lo tanto, la evidencia sugiere que la violencia reiterada en cualquiera de sus formas se relaciona con la psicopatía primaria; junto a su consecuente ausencia de malestar psicológico y a su tendencia a delinquir temprano, estos rasgos indican alta peligrosidad y escasas motivaciones para el cambio.

Los delincuentes conflictivos son institucionalizados temprano y delinquen precozmente, aunque no tanto como los persistentes. Sin embargo han experimentado numerosas disfunciones durante el proceso de socialización que pueden incluir experiencias traumáticas o al menos una elevada adversidad; coincidentemente, o a consecuencia de ello, se inician precozmente en el uso de drogas y fracasan o no

participan en programas de tratamiento dado que continúan consumiéndolas largo tiempo. Con mucha seguridad serán calificados de antisociales, al tiempo que expresarán abundante sintomatología clínica a la que atribuyen cierta gravedad, especialmente una importante hostilidad. Tendrán una personalidad marcadamente tensa y también es posible que tiendan a ser dominantes, socialmente animados, gregarios, atrevidos y/o suspicaces. Además, podrían tener alguna dificultad cognitiva para entender y/o persistir en las soluciones adecuadas a sus problemas, a pesar de las evidencias o de la experiencia.

El efecto de conjunto recuerda mucho a los sujetos inmaduros con problemas de impulsividad, ésta asociada también al factor 2 de la PCL-R (Tribolet-Hardy *et al.*, 2014, por ejemplo) o déficit de atención (Tuominen *et al.*, 2014) e invita a pensar en una estructuración primaria y disfuncional de la personalidad, excesivamente centrada en el yo y en el presente, que funcionaría en modo de alerta constante ante amenazas y ante posibles vías de satisfacción inmediata de necesidades o deseos; podría estar relacionado con alguna incapacidad para imaginar o valorar consecuencias a largo plazo o para autogestionar sus propias emociones y conducta.

La evidencia sugiere que los sujetos conflictivos provienen de un fracaso en la prevención primaria y en los mecanismos sociales de protección a la infancia, además de tener verdaderos problemas psicopatológicos o una percepción de extenso malestar sintomático; la hostilidad y tensión que manifiestan y su temperamento antisocial pueden ser consecuencia de las circunstancias vitales que han atravesado, probablemente mediadas por los efectos de una precoz y prolongada adicción a drogas, la cual también puede haber contribuido a alguna pequeña dificultad para atender adecuadamente a las soluciones de sus problemas

En el análisis de los tipos delictivos, los delincuentes con preferencia por el robo y los versátiles tienen similitudes en sus historias y son antisociales como los delincuentes más persistentes y conflictivos del primero, pero los versátiles serán más psicópatas y tendrán menos variedad de quejas sintomáticas: en este grupo se encuentra una parte significativa de los delincuentes violentos del primer estudio. Los delincuentes violentos del segundo estudio incluyen sujetos primarios y excluyen la comisión de atracos y robos con violencia, que aquí corresponden a la categoría Robo; esto podría explicar que

resulten similares a los sujetos No violentos en la menor disfuncionalidad de sus historias y su valoración clínica. Violento y No violento son también menos antisociales y persistentes pero Violento no se diferencia significativamente de Versátil en factor 1, en gravedad de síntomas, en conflictividad o en tiempo en primer grado, como es el caso de No violento, y es muy probable que incluya un cierto número de psicópatas primarios junto a delincuentes violentos ocasionales que tampoco son antisociales.

Son muchas las evidencias de que los delincuentes no violentos tienen unas historias y valoraciones psicológicas más saludables respecto a los otros tipos delictivos y ello debe tener relación con su menor persistencia, conflictividad e inadaptación aunque sus condenas no sean diferentes en duración. Los resultados de este estudio apoyan también la asociación entre los delincuentes contra la propiedad y los versátiles con el factor 2 del PCL y de éste con persistencia, conflictividad y disfuncionalidad en la historia y en la clínica, pero los versátiles se asociarían también a la psicopatía primaria junto con los sujetos persistentemente violentos del primer estudio y, probablemente, parte de los violentos del segundo.

El análisis de las relaciones entre las variables dependientes e independientes anteriores con los factores del PCL-R apoya su interés como medida diferencial entre los diferentes tipos de delincuente que describe, al asociarse positivamente el factor 2 a alta disfuncionalidad, robo y delincuencia general y el factor 1 específicamente a baja disfuncionalidad, versatilidad y delincuencia violenta y de alta peligrosidad; puntuaciones bajas en ambos representarían igualmente baja disfuncionalidad y baja peligrosidad así como altas en ambos indicarían alta disfuncionalidad y peligrosidad.

Las medidas de tratamiento penitenciario deberían ser, pues, diferentes atendiendo a la mayor o menor disfuncionalidad del delincuente y a si tratamos con disfunciones psicosociales, probablemente derivadas de un anómalo proceso de socialización, o con alguna configuración clínica - demasiado individual para reflejarse en este estudio- cuya relevancia para la motivación delictiva haga necesario su tratamiento, ya sea penal o de otra índole. Ya se han utilizado exitosamente clasificaciones que disciernen entre delincuentes patológicos y no patológicos (Loinaz, 2014) evidenciando diferencias en cuanto a reincidencia y efectividad del tratamiento en tipos delictivos concretos, clasificaciones que pueden ayudar en una casuística más amplia. Los delincuentes

funcionales, sin embargo, que probablemente lo son a causa de una moral utilitaria o bien de una psicopatía primaria, no presentan una clara vía de intervención terapéutica pero probablemente respondan mejor al tratamiento penitenciario ordinario.

Se propone, pues, una clasificación penitenciaria para futuros estudios que discrimine entre delincuentes funcionales, que podrían ser psicópatas -en el sentido de psicopatía primaria definida por puntuación elevada en el factor 1 de la PCL-R- o utilitarios -delitos ganancialmente motivados en sujetos con alto nivel de avaricia o alta necesidad- y por otra parte, delincuentes disfuncionales, que podrían ser carenciales -procedentes de entornos deprivados o eventos que trastocaron su desarrollo psicosocial- o patológicos -cuando la clínica subyacente contribuye o determina la motivación delictiva-.

Exceptuando el PCL-R y los datos históricos, los resultados en otros instrumentos no son suficientemente importantes o explícitos para apoyar la utilidad de las medidas utilizadas -ya sean clínicas, de personalidad o cognitivas- en la evaluación directa de aspectos delictivos, pero sí aportan indicios suficientes para seguir investigando estas relaciones, especialmente respecto a su asociación al factor 2 del PCL-R.

CAPÍTULO VII. LIMITACIONES DEL ESTUDIO Y PROSPECTIVA DE INVESTIGACIÓN

La primera limitación de este estudio se debe a la extracción de la muestra, que procede de un solo centro penitenciario; a pesar de que su descriptiva no se aparta apenas de la estadística oficial y de que el centro disponible tiene un importante movimiento de población por ser un centro de tránsito, es posible que no sea representativa más que de la comunidad de Madrid.

Por ende, el tamaño de la muestra no ha permitido estudiar en un mismo análisis todos los tipos delictivos, junto a Persistencia y Conflictividad, debido a que no proporcionaba una representación suficiente en todos los subgrupos resultantes de haber incluido los 4 tipos delictivos en el mismo ANOVA; aunque se han analizado prácticamente las mismas variables en los dos estudios, no se han podido determinar posibles interacciones entre los tipos delictivos y las otras variables independientes, interacciones que parecen bastante probables a juzgar por los indicios. De no contar con una muestra del considerable tamaño necesario para hacer este estudio, uno más específico a partir de los resultados obtenidos podría proporcionar información muy útil para la clasificación de los diferentes tipos delictivos.

Hubiera sido necesario diferenciar entre distintos tipos de violencia para entender correctamente sus relaciones con otras variables; de otro modo, cabe la posibilidad de que distintas características, que probablemente corresponden a distintos tipos de violencia, puedan anularse entre sí y proporcionar resultados escasos o equívocos. De hecho, se han obtenido resultados diferentes para la violencia en el primer y el segundo estudio, lo que probablemente se debe a la diferente manera de catalogar la violencia. En el primer estudio se había dividido toda la muestra en dos grupos para cada variable, resultando en Violencia un grupo con más de dos delitos violentos y otro con menos de dos, y valorándose, por lo tanto, violencia persistente frente a violencia ocasional en lugar de la gravedad del hecho violento; en el segundo, la muestra se dividió en cuatro grupos

excluyentes en función del delito predominante y es muy probable que esta catalogación seleccione preferentemente violencia reactiva y delincuentes primarios en la categoría Violento; de hecho, quedaron en ella delitos de género, sexuales, homicidios y lesiones en riñas, en tanto que muchos delitos con violencia instrumental quedaron en las categorías Robo y Versátil. Un estudio específico sobre violencia con estos mismos datos podrá darnos más información.

Aunque se ha controlado la variable edad, que interfería en bastantes análisis de los realizados, no ha habido espacio para estudiar mejor la manera en que interviene y la explicación de sus efectos; tampoco se ha extendido el control a las variables relativas a uso de drogas para otras variables dependientes en cuyos resultados pueden haber mediado. Estos estudios quedan pendientes de posteriores análisis.

Persistencia se ha relacionado en este estudio con precocidad delictiva e institucionalización temprana, pero no con disfunción en el proceso de socialización ni con inicio precoz en el consumo de drogas. Otras variables deben estar involucradas en el inicio y mantenimiento de la carrera delictiva, al menos para los sujetos no conflictivos.

Han surgido también algunos resultados que necesitarían de un estudio más específico:

- La interacción entre Persistencia y Conflictividad ha estado muy cerca de ser significativa para el factor 1 y se debería analizar si los delincuentes menos persistentes pero más conflictivos tienen relación con la psicopatía primaria.

- Los niveles de síntomas clínicos expresados por los sujetos conflictivos y persistentes deben ser comprobados respecto a la posible exageración de síntomas y su relación con la magnitud de la condena o el tiempo pasado en prisión.

- La asociación a algunos rasgos de personalidad debería poder replicarse en otras muestras para tomarse en cuenta en futuros estudios sobre su influencia en aspectos importantes como la persistencia delictiva, el tipo delictivo o la intimidación penal.

Respecto a las medidas utilizadas, cabe decir que el SCL-90-R se ha interpretado estrictamente en su función de screener pero los resultados obtenidos indican la conveniencia de complementar estos estudios con pruebas diagnósticas bien dirigidas.

Asimismo, la forma C del 16-PF no se utiliza en investigaciones recientes y es un formato con muchos años de recorrido cuya cuarta revisión, la forma 5, tiene mejores propiedades psicométricas. Sin embargo, es específica para bajo nivel cultural y era importante que todos los sujetos entendieran bien las preguntas para lograr su atención y colaboración, especialmente porque este tipo de pruebas indirectas pueden ser muy útiles para la valoración penitenciaria de los penados y el objetivo final no sería tanto valorar la utilidad de un test en concreto sino reunir información útil para construir escalas específicas y actualizadas para esta población.

Por otra parte, los resultados significativos de las medidas de funciones ejecutivas han sido muy pocos y de escaso peso. La literatura revisada sobre el WCST aplicado a delincuentes adolece de los mismos problemas, y ya se ha comentado la dificultad de encontrar métodos sencillos para evaluar el funcionamiento del cerebro (Barceló, 2001). Desde la óptica del psicólogo clínico, tal vez hubiera sido más útil evaluar aspectos como distorsiones cognitivas egoístas, antecedentes de hiperactividad y déficit de atención, o incluso formaciones reactivas, probablemente todos ellos muy presentes en esta muestra y de mucho interés para la investigación en este campo; pero el planteamiento comprensivo de este trabajo requería evaluar todas las áreas, aun haciéndolo de manera muy genérica, y los pequeños resultados obtenidos nos indican una dirección en la que seguir investigando.

Por último, queda pendiente estudiar la relación de los resultados obtenidos con datos semejantes de la población general, especialmente respecto a los instrumentos utilizados aquí, porque si es importante conocer las diferencias de unos tipos de delincuentes y otros, lo es igualmente conocer lo que les diferencia del resto de la población.

Post Scriptum

Más allá de las conclusiones y retomando la cita de Foucault con que comienza esta tesis, la gran responsabilidad técnica y ética que implica el trabajo con personas privadas de libertad no debe escaparse a la comprensión de quien haya tomado el camino profesional de las penitenciarías. El conocimiento del delito y del delincuente son necesarios para la labor que nos encomienda la sociedad pero es igualmente necesario respetar la libertad de cada interno para tomar sus propias decisiones en lo concerniente a sus asuntos, nuestra intervención debe ser útil para ayudarlo a tomarlas con conocimiento y responsabilidad más que para influir en su voluntad sin su concurso: ello no suele contribuir más que a la simulación ganancial o a la confrontación estéril, muchas veces abundando en la acumulación de resentimiento.

El mejor conocimiento de los mecanismos causales o coadyuvantes de la delincuencia está proporcionando cada vez más pruebas de los métodos previsiblemente adecuados para la prevención de una parte muy amplia de la delincuencia, métodos que deberían ser fundamentalmente primarios y secundarios, íntimamente ligados a la responsabilidad del estado de garantizar el acceso de la ciudadanía a las condiciones necesarias para su desarrollo saludable en comunidad. Se ha dicho que el castigo, siempre indeseable e incapaz de proporcionar el resarcimiento que pretende, no debería ser sino la última opción; es cierto que cada pena de prisión representa un fracaso del sistema social, pero también cada reincidencia es un fracaso del sistema penal cuya estructura puede constituir, al mismo tiempo, el mayor impedimento para la prevención especial.

REFERENCIAS

- Achenbach, T. y Edelbrock, C. (1979): The Child Behavior Profile: II Boys aged 12-16 and Girls aged 6-11 and 12-16. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47, 223-233.
- Algora-Donoso, I. y Varela-Gonzalez, O. (2008). Psicofármacos y gasto en la prisión de Madrid III (Valdemoro). *Farmacia Hospitalaria*, 32, 331-8.
- Ali, F. Y Chamorro-Premuzic, T. (2010). The dark side of love and life satisfaction: Associations with intimate relationships, psychopathy and Machiavellianism. *Personality and Individual Differences*, 48, 228-233.
- Ali, F., Sousa Amorin, I. y Chamorro-Premuzic, T. (2009). Empathy deficits and trait emotional intelligence in psychopathy and Machiavellianism. *Personality and Individual Differences*, 47, 758-762.
- Alsobrook, J.P. y Pauls, D.L. (2000). "Genetics and violence". *Child and Adolescent Psychiatric Clinics of North America*, 9, 765-76.
- Aluja, A. (1991). *Personalidad desinhibida, agresividad y conducta antisocial*. Barcelona, PPU.
- Aluja, A. y Torrubia, R. (1995). Curiosity about sexual and/or horror events and personality in delinquents and non-delinquents. *Psiquis*, 16, 22-30.
- Álvaro-Brun, E (2007). *Evaluación de la psicopatía en una muestra de reclusos en régimen abierto con la Psychopathy Checklist de Hare*. Madrid: Ministerio del Interior.
- Álvaro-Brun, E. y Vegue-González, M. (2008). Validez del Cuestionario International Personality Disorder Examination (IPDE) en una muestra de población penitenciaria. *Revista Española de Sanidad Penitenciaria*, 10, 12-17.
- American Psychiatric Association (1995). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales (DSM-IV)*. Barcelona: Masson.

- Andersen, H.S. (2004). Mental health in prison populations. A review-with special emphasis on a study of Danish prisoners on remand. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 110, 5-59. Resumen obtenido el 19 de julio de 2014 desde: onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1600-0447.2004.00436_2.x/abstract.
- Anderson, J. L., Sellbom, M., Wygant, D.B. y Edens, J.F. (2013). Examining the necessity for and utility of the Psychopathic Personality Inventory-Revised (PPI-R) validity scales. *Law and Human Behavior*, 37, 312-320.
- Andersen, H.S., Sestoft, D., Lillebaek, T., Gabrielsen, G., Hemmingsen, R., Kramp, P.A. (2000). Longitudinal study of prisoners on remand: psychiatric prevalence, incidence and psychopathology in solitary vs. non-solitary confinement. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 102, 19-25. Resumen obtenido el 19 de julio de 2014 desde: onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1034/j.1600-0447.2000.102001019.x/abstract.
- Andersen, H.S., Sestoft D., Lillebaek, T., Mortensen, E.L. y Kramp P. (1999). Psychopathy and psychopathological profiles in prisoners on remand. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 99, 33-39. Resumen obtenido el 19 de julio de 2014 desde: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1600-0447.1999.tb05382.x/abstract>.
- Anderson, S.W., Bechara, A., Damasio, H., Tranel, D. y Damasio, A.R. (1999) Impairment of social and moral behavior related to early damage in human prefrontal cortex. *Nature Neuroscience*, 2, 1032-1037.
- Anderson S.W., Damasio, H., Jones, R.D., Tranel, D. (1991). Wisconsin Card Sorting Test performance as a measure of frontal lobe damage. *Journal of Clinical and Experimental Neuropsychology*, 13, 909-22.
- Andreu, J.M. (2009). Propuesta de un modelo integrador de la agresividad impulsiva y premeditada en función de sus bases motivacionales y socio-cognitivas. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 9, 85-98.
- Andreu, J.M. y Peña, M.E. (2013). Propiedades psicométricas de la Escala de Conducta Antisocial y Delictiva en adolescentes. *Anales de Psicología*, 29, 516-522.

- Andreu, J.M., Ramirez, J.M. y Raine, A. (2006). Un modelo dicotómico de la agresión: Valoración mediante dos auto-informes. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 6, 103-118.
- Apel, R. y Kaukinen, C. (2009). On the relationship between family structure and antisocial behavior: parental cohabitation and blended households. *Criminology*, 46, 35-70.
- Arbach, K. y Pueyo, A.A. (2007) Valoración del riesgo de violencia en enfermos mentales con el HCR-20. *Papeles del Psicólogo*, 28, 174-186.
- Arbuckle, N.L. y Cunningham, W. (2012). Understanding everyday psychopathy: Shared group identity leads to increased concern for others among undergraduates higher in psychopathy. *Social Cognition*, 30, 564-583. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Arroyo, J.M. y Ortega, E. (2009). Los trastornos de personalidad en reclusos como factor de distorsión de clima social de la prisión. *Revista Española de Sanidad Penitenciaria*, 11, 11-15
- Arseneault, L., Moffitt, T.E., Caspi, A., Taylor, P.J. y Silva, P.A. (2000). Mental disorders and violence in a total birth cohort. Results from the Dunedin study. *Archives of General Psychiatry*, 57, 979-986.
- Arsuaga, J.L. (2001). *El enigma de la esfinge. Las causas, el curso y el propósito de la evolución*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Asociación Americana de Psiquiatría (2013). Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5. Arlington, VA, autor.
- Asscher, J., van Vugt, E., Stams, G.J., Deković, M., Eichelsheim, V. y Yousfi, S. (2011). The relationship between juvenile psychopathic traits, delinquency and (violent) recidivism: A meta-analysis. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 52, 1134-1143.
- Ballesteros, A., Graña, J.L. y Andreu, J.M. (2006). Valoración actuarial del riesgo de violencia en centros penitenciarios. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 6, 103-117.

- Bandura, A. y Walters, R.H. (1980). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C. Pastorelli, C. y Regalia, C. (2001). Sociocognitive self-regulatory mechanisms governing transgressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 125-135.
- Barceló, F. (2001). Does the Wisconsin Card Sorting Test Measure Prefrontal Function? *The Spanish Journal of Psychology*, 4, 79-100.
- Baron, S.W. (2009, 2 de marzo). Differential coercion, street youth and violent crime. *Criminology*, 47, 239-268. Resumen obtenido el 6 de marzo de 2014 desde: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1745-9125.2009.00144.x/abstract>.
- Bartolomé, R. Montañés, M., Rechea C. y Montañés, J. (2009). Los Factores de Protección frente a la Conducta Antisocial: ¿Explican las diferencias en violencia entre chicas y chicos? *Revista Española de Investigación Criminológica*, 7(3). Recuperado el 06 de marzo de 2014, desde: <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano7-2009/a72009art3.pdf>.
- Baskin-Sommers, A., Curtin, J. y Newman, J. (2013). Emotion-modulated startle in psychopathy: Clarifying familial effects. *Journal of Abnormal Psychology*, 122, 458-468.
- Bauer G.E. y Clark J.A. (1976). Personality deviancy and prison incarceration. *Journal of clinical psychology*, 32, 279-283.
- Baysinger, M.A., Scherer, K.T. y LeBreton, J. M. (2014). Exploring the disruptive effects of psychopathy and aggression on group processes and group effectiveness. *Journal of Applied Psychology*, 99, 48-65.
- Beaver, K.M., Barnes, J.C., May, J.S. y Schwartz, J. (2011). Psychopathic personality traits, genetic risk, and gene-environment correlations. *Criminal Justice and Behavior*, 38, 896-912. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Beaver, K.M., Vaughn, M.G. y DeLisi, M. (2013). Nonshared environmental effects on adulthood psychopathic personality traits: Results from a monozygotic twin difference scores analysis. *Psychiatric Quarterly*, 84, 381-393. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

- Beccaria, C. (2002). *De los delitos y las penas*. Barcelona: Ediciones Folio (orig. 1764).
- Begue, L. y Roche, S. (2005). Birth order and youth delinquent behaviour. Testing the differential parental control hypothesis in a french representative sample. *Psychology, Crime & Law*, 11 (1), 73-85. Recuperado el 29 de marzo de 2014 <http://www.lip.univ-savoie.fr/uploads/PDF/336.pdf>
- Belfrage, H., Fransson, G. y Strand, S. (2000). Prediction of violence using the HCR-20: a prospective study in two maximum-security correctional institutions. *Journal of Forensic Psychiatry*, 11, 167-175.
- Ben-Porath, Y. S., y Tellegen, A. (2011). *MMPI-2-RF (Minnesota Multiphasic Personality Inventory-2 Restructured Form): User's guide for reports (2nd ed.)*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Benda, B.B., Corwyn, R.F. y Rodell, D.E. (2001). Alcohol and violence among youth in boot camps for non-violent offenders. *Alcoholism Treatment Quarterly*, 19, 37-55.
- Bentall, R.P., Wickham, S., Shevlin, M. y Varese, F. (2012, 10 de abril). Do Specific Early-Life Adversities Lead to Specific Symptoms of Psychosis? A Study from the 2007. *Schizophrenia Bulletin*, 40(2). Recuperado el 6 de marzo de 2014 desde: <http://schizophreniabulletin.oxfordjournals.org/content/early/2012/04/09/schbul.sbs049>.
- Berman, K.F., Ostrem, J.L., Randolph, C., Gold, J., Goldberg, T.E., Coppola, R., Carson, R.E., Herscovitch, P., Weinberger, D.R. (1995). Physiological activation of a cortical network during performance of the Wisconsin Card Sorting Test: a positron emission tomography study. *Neuropsychologia*, 33, 1027-46.
- Bernstein, D.P., Stein, J.A. y Handelsman (1998). Predicting personality pathology among adult patients with substance use disorders: effects of childhood maltreatment. *Addictive Behaviors*, 23, 855-68.
- Besteiro, J.L., Lemos, S., Muñiz, J., García-Cueto, E., Inda, M., Paíno, M., y Rocas, M. (2004). Validez de constructo de los trastornos de la personalidad del DSM-IV. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 4, 255-269.

- Birkley, E.L., Giancola, P.R. y Lance, Ch.E. (2013). Psychopathy and the prediction of alcohol-related physical aggression: The roles of Impulsive Antisociality and Fearless Dominance. *Drug and Alcohol Dependence*, 128, 58-63. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Birmingham L., Mason, D. y Grubin, D. (1999). The psychiatric implications of visible tattoos in an adult male prison population. *Journal of Forensic Psychiatry*, 10, 687-695.
- Blackburn, R. y Coid, J.W. (1999). Empirical clusters of DSM-III personality disorders in violent offenders. *Journal of Personality Disorders*, 13, 18-34.
- Blair, R.J.R. y Cipolotti, L. (2000). Impaired social response reversal. A case of "acquired sociopathy". *Brain*, 123, 1122-1141.
- Blount, M.R. (2012). Antisocial Behavior: Roles of Self-Serving Cognitive Distortions and Ventromedial Prefrontal Function. Tesis doctoral sin publicar, The Ohio State University, USA. Recuperado el 2 de abril de 2014 desde: https://etd.ohiolink.edu/rws_etd/document/get/osu1342472637/inline.
- Boccardi, M., Bocchetta, M., Aronen, H.J., Repo-Tiihonen, E., Vaurio, O., Thompson, P. *et al.* (2013). Atypical nucleus accumbens morphology in psychopathy: Another limbic piece in the puzzle. *International Journal of Law and Psychiatry*, 36, 157-167.
- Bock, E.M. y Hosser, D. (2014). Empathy as a predictor of recidivism among young adult offenders. *Psychology, Crime & Law*, 20, 101-115.
- Boscan, D.C., Penn, N.E., Velásquez, R.J., Savino, A.V., Maness, P., Guzman, M. *et al.* (2002). MMPI-2 performance of mexican male university student and prison inmates. *Journal of clinical psychology*, 58, 465-470.
- Bourgoin, S. (1993). *Asesinos*. Barcelona: Planeta.
- Bowes, L., Arseneault, L., Maughan, B., Taylor, A., Caspi, A., Moffitt, T.E. (2009). School, neighborhood, and family factors are associated with children's bullying involvement: a nationally representative longitudinal study. *Journal of the American Academy of Child and Adolescence Psychiatry*, 48, 545-553.

- Brazil, I.A., Maes, J.H., Scheper, I., Bulten, B.H., Kessels, R.P., Verkes, R.J. y de Bruijn, E.R. (2013). Reversal deficits in individuals with psychopathy in explicit but not implicit learning conditions. *Journal of Psychiatry & Neuroscience*, 38, E13-E20. <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3692728/>
- Bresin, K., Boyd, R.L., Ode, S. y Robinson, M.D. (2013). Egocentric perceptions of the environment in primary, but not secondary, psychopathy. *Cognitive Therapy and Research*, 37, 412-418.
- Brinded, P.M.J., Simpson, A.I.F., Laidlaw, T.M., Fairley, N. y Malcolm, F. (2001). Prevalence of psychiatric disorders in New Zealand prisons: A national study. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 35, 166-173.
- Briken P, Habermann N, Berner W, Hill A. (2006). XYY chromosome abnormality in sexual homicide perpetrators. *American Journal of Medical Genetics Part B: Neuropsychiatric Genetics*, 141B, 198-200. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Broidy, L.M., Tremblay, R.E., Brame, B., Fergusson, D., Horwood, J.L., Laird, R. *et al.* (2003). Developmental Trajectories of Childhood Disruptive Behaviors and Adolescent Delinquency: A Six-Site, Cross-National Study. *Developmental Psychology*, 39, 222-245.
- Bueno, A. (1990). La teoría de la criminalidad de H.J. Eysenck: dos lecturas en función de la clase social. *Delincuencia*, 2, 37-50.
- Bueno Arús, F. (1984). Historia del derecho penitenciario español. *I Jornadas de Derecho Penitenciario*. Alcalá de Henares: Facultad de Derecho – ICE.
- Burgess, R.L. y Akers, R.L. (1966). A differential association-reinforcement theory of criminal behaviour. *Social Problems*, 14, 128-147.
- Burton, D., Foy D.W., Bwanausi, C., Johnson, J. y Moore, L. (1994). The relationship between traumatic exposure, family dysfunction, and post-traumatic stress symptoms in male juvenile offenders. *Journal of Traumatic Stress*, 7, 83-93.
- Buss, A.H. y Perry, M. (1992). The Aggression Questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 452-459.

- Calvete, E. y Estévez, A. (2009). Consumo de drogas en adolescentes: El papel del estrés, la impulsividad y los esquemas relacionados con la falta de límites. *Adicciones*, 21, 49-56.
- Calvo Estopiñán P., Soler González C., Día Sahún J.C., Ventura Faci T. (2008). Prevalencia de trastornos psiquiátricos en pacientes ingresados por el Servicio de Psiquiatría en el Módulo Penitenciario del H.U.M.S. *Revista española de sanidad penitenciaria*, 3, 11-14.
- Campbell, C. y Schwarz, D.F. (1996). Prevalence and impact of exposure to interpersonal violence among suburban and urban middle school students. *Pediatrics*, 98, 396-402.
- Casey, H., Rogers, R.D., Burns, T. y Yiend, J. (2013). Emotion regulation in psychopathy. *Biological Psychology*, 92, 541-548.
- Caspi, A., McClay, J., Moffitt, T., Mill, J., Martin, J., Craig, I.W., *et al.* (2002). Role of genotype in the cycle of violence in maltreated children. *Science*, 297, 851-854.
- Castilla del Pino, C. (1975). Psiquiatría. En Laín P. (dir.), *Historia Universal de la Medicina*, (pp. 289-294). Barcelona: Salvat.
- Cattell, R.B. (1972). *Manual for the 16 PF (sixteen personality factors)*. Illinois. Institute form Personality and Abiliti Testing.
- Cattell, R.B., Cattell, A.K. y Cattell, H.E.P. (1993). *Sixteen personality factor questionnaire, fifth edition*. Champaign, IL: Institute for Personality and Ability Testing, Inc.
- Cauffman, E., Feldman, S.S., Waterman, J. y Steiner, H.J. (1998). Posttraumatic stress disorder among female juvenile offenders. *Journal of the American Academy of Child and Adolescence Psychiatry*, 37, 1209-16.
- Cava, M.J., Musitu, G. y Murgui, S. (2006). Familia y violencia escolar: el rol mediador de la autoestima. *Psicothema* 18, 367-373.
- Cerezo Ramírez, F. (1997). *Conductas agresivas en la edad escolar*. Madrid: Pirámide
- Cerezo, M.A. (1995). El impacto psicológico del maltrato: primera infancia y edad escolar. *Infancia y Aprendizaje*, 18, 135-157.

- Cerezo, M.A. y Vera, P. (2004). Antecedentes de maltrato infantil en la conducta antisocial y delictiva autoinformada. Un estudio con menores infractores. *Bienestar y Protección Infantil*, 3, 41-60.
- Chambers, J., Power, K.G., Loucks, N. y Swanson, V. (2000). The quality of perceived parenting and its association with peer relationships and psychological distress in a group of incarcerated young offenders. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 44, 350-368.
- Chang, S.W. (1999). Frontal lobe functioning in adolescent conduct disorder. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering* 59 (7-B) 3684. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Chipman, S., Olsen, S.F., Klein, S., Hart, C.H. y Robinson, C.C. (2000). Differences in retrospective perceptions of parenting of male and female inmates and non-inmates. *Family Relations: Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 49, 5-11.
- Chioqueta, A.P. y Stiles, T.C. (2005). The relationship between psychological buffers, hopelessness, and suicidal ideation: Identification of protective factors. *Crisis: The Journal of Crisis Intervention and Suicide Prevention*, 28, 67-73. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Cid, J. (2008). El incremento de la población reclusa en España entre 1996-2006: Diagnóstico y remedios. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 6 (2). Recuperado el 8 de marzo de 2014 desde <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano6-2008/a62008art2.pdf>
- Cima, M., Merckelbach, H., Klein, B., Shellbach-Matties, R. y Kremer, K. (2001). Frontal lobe dysfunctions, dissociation, and trauma self-reports in forensic psychiatric patients. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 189, 188-190.
- Cima, M. y Van Oorsouw, K. (2013). The relationship between psychopathy and crime-related amnesia. *International Journal of Law and Psychiatry*, 36, 23-29. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Clarke, R.V. y Cornish, D. (1986), *The Reason Criminal: Rational Choice Perspectives on Offending*. New York: Springer-Verlag,

- Cleckley, H. (1976). *The mask of sanity*. St. Louis, MO: Mosby.
- Cloninger, C.R. (1987). A systematic method for clinical description and classification of personality variants. A proposal. *Archives of General Psychiatry*, 44, 573-588.
- Cloninger, C.R., Svrakic, D. y Svrakic, N.M. (1997). A multidimensional psychobiological model of violence. En Raine, A., Brennan, P.A., Farrington, D.P. y Mednick, S.A. (dirs.). *Biosocial bases of violence* (pp.21-37). New York: Plenum Press.
- Cloward, R.A., Ohlin, L.L.E. (2001). *Delinquency and opportunity: a theory of delinquent gangs*. London : Routledge.
- Clower Ch. y Bothwell, R. (2001). An exploratory study of the relationship between the Big Five and Inmate Recidivism. *Journal of research in personality*, 35, 231-237.
- Coccaro, E. (2002) Trastorno explosivo intermitente. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp.51-61). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Coid, J. (1984). How many psychiatric patients in prison? *The British Journal of Psychiatry* 145, 78-86.
- Combailbert, N., Favard, A.M. y Bouchard, M.A. (2001). Trouble mental et criminalite: Revue critique des recherches epidemiologiques. *Annales Medico Psychologiques*, 159, 487-495.
- Conklin, T.J., Lincoln, T. y Tuthill, R.W. (2000). Self-reported health and prior health behaviors of newly admitted correctional inmates. *American Journal of Public Health*, 90, 1939-1941.
- Contreras, L., Molina, V. y Cano, M. C. (2011). In search of psychosocial variables linked to the recidivism in young offenders. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 3, 77-88.
- Cooke, D.J. (1999). Las diferencias transculturales en la psicopatía. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *IV Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de*

la Violencia: Psicópatas y asesinos en serie, 4b (pp.1-5). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.

- Cooke, D.J., Hart, S.D., Logan, C. y Michie, C. (2012). Explicating the construct of psychopathy: Development and validation of a conceptual model, the Comprehensive Assessment of Psychopathic Personality (CAPP). *The International Journal of Forensic Mental Health, 11*, 242-252.
- Cooke, D.J. y Michie, C. (2001). Refining the construct of psychopathy: Towards a hierarchical model. *Psychological Assessment, 13*, 171-188.
- Cooke, D.J., Michie, C., Hart, S.D. y Clark, D.A. (2004). Reconstructing psychopathy: clarifying the significance of antisocial and socially deviant behaviour in the diagnosis of psychopathic personality disorder. *Journal of Personality Disorders, 18*, 337-57
- Cope, N. (2000). Drug use in prison: The experience of young offenders. *Drugs: Education, Prevention and Policy, 7*, 355-366.
- Copestake, S., Gray, N.S. y Snowden, R.J. (2013). Emotional intelligence and psychopathy: A comparison of trait and ability measures. *Emotion, 13*, 691-702.
- Cornell, D.G., Warren, J., Hawk, G., Stafford, E., Oram, G. y Pine, D. (1996). Psychopathy in instrumental and reactive violent offenders. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 64*, 783-790.
- Corrado, R.R., Cohen, I.M., Hart, S.D. y Roesch, R. (2000) Diagnosing mental disorders in offenders: Conceptual and methodological issues. *Criminal Behavior and Mental Health, 10*, 29-39.
- Costa, P.T. y McCrae, R.R. (1985). The NEO-PI-R Personality Inventory Manual. Odessa, FL: Psychological Assessment Resources.
- Costa, P.T. y McCrae, R.R. (1992). Revised NEO-PI-R Personality Inventory (NEO-PI-R) and NEO-PI-R Five-Factor Inventory (NEO-PI-R-FFI) Professional manual. Odessa, FL: Psychological Assessment Resources.

- Cowden, J.E., Pacht, A.R. y Bodemer, O.A. (1970). The 16 PF vs. the MCI in a group testing program of reformatory inmates. *Journal of Clinical Psychology*, 26, 510-513.
- Cox, J., Clark, J.C., Edens, J.F., Smith, S.T. y Magyar, M.S. (2013). Jury panel member perceptions of interpersonal-affective traits of psychopathy predict support for execution in a capital murder trial simulation. *Behavioral Sciences & the Law*, 31, 411-428.
- Cox, J., Edens, J.F., Magyar, M. S., Lilienfeld, S. O., Douglas, K.S., Poythress, N.G., Jr. (2013). Using the Psychopathic Personality Inventory to identify subtypes of antisocial personality disorder. *Journal of Criminal Justice*, 41, 125-134.
- Craig, R.L., Gray, N.S. y Snowden, R.J. (2013). Recalled parental bonding, current attachment, and the triarchic conceptualisation of psychopathy. *Personality and Individual Differences*, 55, 345-350.
- Cramer, P. (1999). Personality, personality disorders and defense mechanism. *Journal of Personality*, 67, 535-54.
- Culbertson, K.A. (2001). The impact of sexual assault history upon females adjustment to incarceration. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 61(10-B) 5557. Resumen obtenido el 19 de noviembre de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Chiaburu, D.S., Muñoz, G.J. y Gardner, R.G. (2013). How to spot a careerist early on: Psychopathy and exchange ideology as predictors of careerism. *Journal of Business Ethics*, 118, 473-486.
- Dabbs, J.M. Jr., Riad, J.K. y Chance, S.E. (2001). Testosterone and ruthless homicide. *Personality and Individual Differences*, 31, 599-603.
- Dadds, M. R., Allen, J.L., Oliver, B.R., Faulkner, N., Legge, K., Moul, C. *et al.* (2012). Love, eye contact and the developmental origins of empathy v. psychopathy. *The British Journal of Psychiatry*, 200, 191-196.
- Dalteg, A., Gustafsson, P. y Levander, S. (1998). Hyperactivity syndrome is common among prisoners. ADHD not only a pediatric psychiatric diagnosis. *Läkartidningen* 95, 3078-3080. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de Medline.

- Damasio, A. (2001). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica (Orig.1994).
- Damasio, A.R., Tranel, D. y Damasio, H. (1990). Individuals with sociopathic behavior caused by frontal damage fail to respond autonomically to social stimuli. *Behavioural Brain Research*, 41, 81-94.
- Darke, S., Kaye, S. y Finlay-Jones, R. (1998). Antisocial personality disorder, psychopathy and injecting heroin use. *Drug Alcohol and Dependence*, 52, 63-9.
- Davidson, R.J., Putnam, K.M. y Larson, C.L. (2000). Dysfunction in the neural circuitry of emotion regulation. A possible prelude to violence. *Science*, 289, 591-594.
- Dean, A.C., Altstein, L.L., Berman, M.E., Constans, J.I., Sugar, C.A. y McCloskey, M.S. (2013). Secondary psychopathy, but not primary psychopathy, is associated with risky decision-making in noninstitutionalized young adults. *Personality and Individual Differences*, 54, 272-277.
- Del Pino, V. y Werlanb, B.S.G. (2008). Flexibilidade mental na resolução de problemas em indivíduos que cumprem pena por homicídio qualificado. *Psicologia: Reflexão e Crítica*. 21, 142-150. Recuperado el 19 de julio de 2014 desde: <http://www.scielo.br/pdf/prc/v21n1/a18v21n1.pdf>
- DeJong, J., Virkkunen, M. y Linnoila, M. (1992). Factors associated with recidivism in a criminal populations. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 180, 543-550.
- Derogatis, L.R. (1977). *SCLR-90. Administration, scoring and procedures manual I for the Revised Version of the SCL-90*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Derogatis, L. R. (2002). *SCL-90-R. Cuestionario de 90 Síntomas Revisado (SCL-90-R; Symptom check-list revised)*. Madrid: TEA.
- Descartes, R. (1980). *Discurso del Método y otros Tratados*. Madrid: Edaf (orig. 1637).
- Dessureault, D., Côté, G. y Ohayon, M.M. (1998). Multidimensional aspect of proposed hypotheses accounting for the prevalence of mental disorders in prisons. *Canadian Journal of Psychiatry*, 43, 928-32.

- Díaz, A. y Báguena, M.J. (1989). Factores personales. Análisis estructural en adolescentes delincuentes y no delincuentes. *Delincuencia*, 1, 276-306.
- Dietrich, A. (2007). Childhood maltreatment and revictimization: the role of affect dysregulation, interpersonal relatedness difficulties and posttraumatic stress disorder. *Journal of Trauma and Dissociation*, 8, 25-51.
- Díez Ripollés, J.L. (2006). Algunos rasgos de la delincuencia española a comienzos del siglo XXI. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 4 (1). Recuperado el 20 de mayo de 2009 desde <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano4-2006/a42006art1.PDF>.
- Dindo, L. y Fowles, D. (2011). Dual temperamental risk factors for psychopathic personality: Evidence from self-report and skin conductance. *Journal of Personality and Social Psychology*, 100, 557-566.
- Dirección General de Instituciones Penitenciarias (1999). *Informe General 1997*. Madrid: Autor
- Dirección General de Instituciones Penitenciarias (2006). *Informe General 2005*. Madrid: Autor
- Dirección General de Instituciones Penitenciarias, Subdirección General de Sanidad Penitenciaria (2007). *Estudio sobre salud mental en el medio penitenciario*. Madrid: Autor
- Dolan, M. y Fullam, R. (2004). Theory of mind and mentalizing ability in antisocial personality disorders with and without psychopathy. *Psychological Medicine*, 34, 1093-102.
- Dolan, M. y Park, I. (2002). The neuropsychology of antisocial personality disorder. *Psychological Medicine*, 32, 417-27.
- Dolan, M.C. y Anderson, IM. (2003). The relationship between serotonergic function and the Psychopathy Checklist: Screening Version. *Journal of Psychopharmacology*, 17, 216-22.
- Dollard, K.M. (2001). Impact of self-control training on reoffense rates of rural county jail inmates. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 62(2-B) 1074. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.

- Domes, G., Hollerbach, P., Vohs, K., Mokros, A. y Habermeyer, E. (2013). Emotional empathy and psychopathy in offenders: An experimental study. *Journal of Personality Disorders*, 27, 67-84.
- Domingo, L.S. (2001). MMPI-2 assessments of incarcerated males convicted of murder: Differentiating between affective and predatory violence. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 61(10-B) 5558. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Donnellan, M.B., Trzesniewski, K.H., Robins, R.W., Moffitt, T.E., Caspi, A. (2005). Low self-esteem is related to aggression, antisocial behavior, and delinquency. *Psychological Science*, 16, 328-35.
- Drislane, L. E., Vaidyanathan, U. y Patrick, C. J. (2013). Reduced cortical call to arms differentiates psychopathy from antisocial personality disorder. *Psychological Medicine*, 43, 825-835. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. Madrid: Alianza (orig. 1895).
- Dykman, R.A., McPherson, B., Ackerman, P.T., Newton, J.E., Mooney, D.M., Wherry, J. *et al.* (1997) Internalizing and externalizing characteristics of sexually and/or physically abused children. *Integrative Physiological and Behavior Science*, 32, 62-74.
- Edens, J.F, (2001). Misuses of the Hare Psychopathy Checklist-Revised in Court. Two case examples. *Journal of interpersonal violence*, 16, 1082-1093.
- Edens, J. F., Kelley, S.E., Lilienfeld, S.O., Skeem, J.L. y Douglas, K.S. (2015). DSM-5 antisocial personality disorder: Predictive validity in a prison sample. *Law and Human Behavior*, 39, 123-129.
- Edens, J.F., Poythress, N.G., y Lilienfeld, S.O. (1999). Identifying inmates at risk for disciplinary infractions: A comparison of two measures of psychopathy. *Behavioral Sciences and the Law*, 17, 435-443.

- Edens, J.F., Poythress, N.G. y Watkins, M.M. (2001). Further validation of the Psychopathic Personality Inventory among offenders: *Personality and behavioral correlates*. *Journal of Personality Disorders*, 15, 403-415.
- Elbogen, E B., Johnson, S.C. Newton, V.M., Straits-Troster, K., Vasterling, J.J., Wagner, H. R. *et al.* (2012). Criminal justice involvement, trauma, and negative affect in Iraq and Afghanistan war era veterans. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 80, 1097-1102. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Eley, T.C., Lichtenstein, P. y Stevenson, J. (1999). Sex differences in the etiology of aggressive and nonaggressive antisocial behavior: results from two twin studies. *Child Development*, 70, 155-168.
- Easteal, P. (2001). Women in Australian prisons: The cycle of abuse and dysfunctional environments. *Prison Journal*, 81(1) 87-112. Resumen obtenido el 6 de marzo de 2014, desde: <http://tpj.sagepub.com/content/81/1/87.short>.
- Ermer, E., Cope, L.M., Nyalakanti, P.K., Calhoun, V.D. y Kiehl, K.A. (2012). Aberrant paralimbic gray matter in criminal psychopathy. *Journal of Abnormal Psychology*, 121, 649-658. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Esbec Rodríguez, E. (1977). Comorbilidad y efecto patoplástico de los trastornos de la personalidad. Repercusiones forenses. *Revista de psiquiatría forense*, 0, 16-23.
- Etzler, S.L., Rohrman, S. y Brandt, H. (2014). Validation of the STAXI-2: A study with prison inmates. *Psychological Test and Assessment Modeling*, 56, 178-194. Resumen obtenido el 5 de mayo de 2015 desde la base de datos de PsycINFO.
- Eysenck, H.J. (1964). *Crime and personality*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Eysenck, H.J. y Eysenck, S.B.G. (1975). *Manual of the Eysenck Personality Questionnaire*. Londres: Hodder y Stoughton.
- Eysenck, H.J. y Eysenck, S.B.G. (1964). *Manual of the Eysenck Personality Inventory*. Londres: University of London Press.

- Fagan, A.A., Van Horn, M.L., Hawkins, J.D. y Arthur, M.W. (2007). Gender Similarities and Differences in the Association Between Risk and Protective Factors and Self-Reported Serious Delinquency. *Journal of Community Psychology*, 35, 535 – 555.
- Falkenbach, D., Howe, J.R. y Falki, M. (2013). Using self-esteem to disaggregate psychopathy, narcissism, and aggression. *Personality and Individual Differences*, 54, 815-820
- Farrington, D.P. (1989). Early Predictors of Adolescent Aggression and Adult Violence. *Violence and Victims*, 4, 79-100.
- Farrington, D.P. (1992). Criminal career research in the United Kingdom. *The British Journal of Criminology*, 32, 521-536.
- Farrington, D.P. (1996). The explanation and prevention of youthful offending. En Cordelia, P y Siegel, L. (dirs.). *Readings in contemporary criminological theory*. Boston: Northeastern University Press.
- Farrington, D.P. (2003). Key results from the first forty years of the Cambridge study in delinquent development. En Thornberry, T.P. and Krohn, M.D. (dirs.). *Taking Stock of Delinquency: An Overview of Findings from Contemporary Longitudinal Studies*. New York: Kluwer/Plenum.
- Fazel, S. (2001). Hidden psychiatric morbidity in elderly prisoners. *The British Journal of Psychiatry*, 179, 535-539.
- Fazel, S. y Danesh, J. (2002). Serious mental disorder in 23.000 prisoners: A systematic review of 62 surveys. *Lancet*, 359, 545-550.
- Fazel, S., Xenitidis, K. y Powell, J. (2008). The prevalence of intellectual disabilities among 12.000 prisoners - a systematic review. *International Journal of Law and Psychiatry*, 31, 369-73.
- Fazel, S., Cartwright, J., Norman-Nott, A. y Hawton, K. (2008). Suicide in prisoners: a systematic review of risk factors. *Journal of Clinical Psychiatry*, 69, 1721-31.

- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (2006). Uso y abuso de los autoinformes en la evaluación de los trastornos de personalidad. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11, 1-12.
- Fernández-Ramírez, B. (2008). Seis hipótesis de trabajo para entender la delincuencia y el miedo al delito. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 6, (6). Recuperado el 20 de mayo de 2009 desde <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano6-2008/a62008art6.pdf>.
- Ferrán Aranaz, M. (2001). *SPSS para windows. Análisis estadístico*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Ferri, E. (1993). *Principios de Derecho Criminal*. Madrid, Reus. (Orig.1928).
- Few, L.R., Miller, J.D. y Lynam, D.R. (2013). An examination of the factor structure of the Elemental Psychopathy Assessment. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 4, 247-253.
- Figueroa, I.J. y Youmans, R.J. (2013, septiembre). Failure to maintain set: A measure of distractibility or cognitive flexibility? *Proceedings of the Human Factors and Ergonomics Society Annual Meeting*, 57, 828-832.
- Finkelhor, D., Ormrod, R.K., Turner, H.A. (2007). Poly-victimization: A neglected component in child victimization. *Child Abuse & Neglect*, 31, 7-26.
- Finlay, I.G., Jones, N.K. (2000). Unresolved grief in young offenders in prison. *British Journal of General Practice*, 50, 569-570.
- Firestone, P., Bradford, J.M., McCoy, M., Greenberg, D.M., Curry, S. y Larose, M.R. (1998). Recidivism in convicted rapist. *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 26, 285-200.
- Fishbein, D. y Goldman, D. (2002). Factores genéticos de la violencia. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp.29-49). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.

- Fisher, W.H., Packer, I.K., Simon, L.J. y Smith, D. (2000). Community mental health services and the prevalence of severe mental illness in local jails: Are they related? *Administration and Policy in Mental Health*, 27, 371-382.
- Fite, P.J., Schwartz, S. y Hendrickson, M. (2012). Childhood proactive and reactive aggression: Differential risk for substance use?. *Aggression and Violent Behavior*, 17, 240–246.
- Fives, J., Kong, G., Fuller, J.R. y DiGiuseppe, R. (2011). Anger, aggression and irrational beliefs in adolescents. *Cognitive Therapy and Research*, 35, 199-208.
- Flores, E., Cicchetti, D. y Rogosch, F.A. (2005). Predictors of Resilience in Maltreated and Nonmaltreated Latino Children. *Developmental Psychology*, 41, 338-351.
- Floyd, M. (2000). MMPI-2 and PCL-R characteristics of female prison inmates. *Dissertation Abstracts International: Section-B: The Sciences and Engineering*. 60(12-B) 6360. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Forlines, J.G. (2001). Cognitive restructuring with perpetrators of violence in a jail-based setting: An outcome study of effects on recidivism and predicting success. *Dissertation Abstracts Intemational: Section B: The-Sciences and Engineering*l 62(3-B) 1609. Resumen obtenido el 8 de mayo de 2009 desde la base de datos de PsycINFO.
- Forth, A. E., Kosson, D. S., & Hare, R. D. (2003). The Psychopathy Checklist: Youth Version manual (2ª ed.) Toronto: Multi-Health Systems. (Orig. 1996).
- Fowles, D.C., Kochanska, G. y Murray, K. (2000). Electrodermal activity and temperament in preschool children. *Psychophysiology*, 37, 777-787.
- Frances, A. (1980). The DSM-III personality disorders section : A commentary. *American Journal of Psychiatry*, 137, 1050-1054.
- Freedman, A.M., Kaplan, H.I. y Sadock, B.J. (1984). *Compendio de Psiquiatría*. Barcelona: Salvat.
- Freedman, D., Beck, J.C. (2000). Institutional failure in the life histories of men condemned to death. *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 28, 86-88.
- Freud, S. (1974). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Frick, P.J., Lilienfeld, S.O., Ellis, M., Loney, B. y Silverthorn, P. (1999). The association between anxiety and psychopathy dimensions in children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 27, 383-392.
- Friedlander, K. (1981). *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*. Barcelona: Paidós Ibérica
- Friedmann, P.D., Melnick, G., Jiang, L., Hamilton, Z. (2008). Violent and disruptive behavior among drug-involved prisoners: relationship with psychiatric symptoms. *Behavioral Sciences & the Law*, 26, 389-401.
- Gámez-Guadix, M., Strauss, M.A., Carrobbles, J.A., Muñoz-Rivas, M.J. y Almendros, C. (2010). Corporal punishment and long-term behavior problems: The moderating role of positive parenting and psychological aggression. *Psicothema*, 22, 529-536.
- Gamman, T. y Linaker, O.M. (2000). Screening for psychiatric disorders among prison inmates. *Journal of the Norwegian Medical Association*, 120, 2151-2153. Resumen obtenido el 6 de marzo de 2014, desde <http://europepmc.org/abstract/MED/11006736>.
- Gao, Y., Raine, A. y Schug, R. (2012). Somatic aphasia: Mismatch of body sensations with autonomic stress reactivity in psychopathy. *Biological Psychology*, 90, 228-233.
- Garaigordobil, M. y García de Galdeano, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18, 180-186.
- García-León, A., Reyes, G.A., Vila, J., Pérez, N., Robles, H. y Ramos, M. (2002). The aggression questionnaire: a validation study in student samples. *The Spanish Journal of Psychology*, 5, 45-53.
- García-Medina, P. y Armas Vargas, E. (2008). Comorbilidad, personalidad, estilos educativos y problemas de conductas en adolescentes. *Anuario de Psicología Jurídica*, 18, 21-30.
- García-Moreno Bascones, C. (2009). Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Sevilla: un intento de aproximación al funcionamiento del centro y al perfil de sus pacientes. *Boletín de la Asociación de Técnicos de Instituciones Penitenciarias*, 23, 5-26.
- Garrido, E., Herrero, C. y Masip, J. (2002). Autoeficacia y delincuencia. *Psicothema*, 14(S), 63-71.

- Garrido, V. (1984). *Delincuencia y Sociedad*. Madrid: Mezquita.
- Garrido, V. (1993). *Técnicas de tratamiento para delincuentes*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- Garrido, V. (1996). ¿Se puede reeducar al psicópata?. En Echeburúa, E. (dir.), *Personalidades violentas* (pp. 263-274). Madrid, Pirámide.
- Garrido, V. (2000). *El psicópata. Un camaleón en la sociedad actual*. Alzira, Alicante: Algar.
- Garrido, V. (2002). El Tratamiento del psicópata. *Psicothema*, 14(S) 181-189.
- Garrido, V., Stageland, P. y Redondo, S. (2006). *Principios de criminología*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Gendreau, P., Goggin, C. y Paparozzi, M. (1996). Principles of effective assessment for community corrections. *Federal Probation*, 60, 64-70.
- Gentile, D.A. y Bushman, B.J. (2012). Reassessing media violence effects using a risk and resilience approach to understanding aggression. *Psychology of Popular Media Culture*, 1, 138-151. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Gershoff, E.T. (2002). Corporal punishment by parents and Associated Child Behaviors and experiences: a meta-analytic and theoretical review. *Psychological Bulletin*, 128, 539-579.
- Giancola, P.R., Martin, C.S., Tarter, R.E., Pelham, W.E. y Moss, H.B. (1996). Executive cognitive functioning and aggressive behavior in preadolescent boys at high risk for substance abuse/dependence. *Journal of Studies on Alcohol*, 57, 352-359.
- Gibson, L.E., Holt, J.C., Fondacaro, K.M., Tang, T.S., Powell, T.A. y Turbitt, E. (1999). An examination of antecedent traumas and psychiatric comorbidity among male inmates with PTSD. *Journal of Traumatic Stress*, 12, 473-84.
- Gilgun, J.F., Klein, C. y Pranis, K. (2000). The significance of resources in models of risk. *Journal of Interpersonal Violence*, 15, 631-650.

- Gill, K.S., Mohan, V. (1986). Eysenck's Personality Model as Related to Type of Crime, Term of Imprisonment and Type of Jails. *Indian Journal of Criminology*, 14, 28-38. Resumen recuperado el 9 de marzo de 2014, desde <http://www.ncjrs.gov/App/Publications/abstract.aspx?ID=102095>
- Gimbernat, E. y Mestre, E. (2007). *Código Penal*. Madrid: Tecnos.
- Girard, L. (2000). The Level of Service Inventory-Ontario Revision: Risk/need assessment and recidivism. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*. 61(1-B) 587. Resumen obtenido el 4 de junio de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Glaser, D. (1956). Criminality theories and behavioral images. En: Göppinger, H. (1975). *Criminología*. Instituto Editorial Madrid: Reus S.A.
- Glenn, A.L., Raine, A., Laufer, W.S. (2011). Is it wrong to criminalize and punish psychopaths? *Emotion Review*, 3, 302-304.
- Glenn, A.L., Raine, A., Schug, R.A., Gao, Y. y Granger, D.A. (2011). Increased testosterone-to-cortisol ratio in psychopathy. *Journal of Abnormal Psychology*, 120, 389-399.
- Goethals J. (1981). Imprisonment and cognitive impairment. *Journal of Clinical Psychology*, 37, 418-422.
- Goldman, D. (1995). Candidate genes in alcoholism. *Clinical Neuroscience*, 3, 174-81.
- Goldstein, D.S. (1999). Assessment of frontal lobe functioning in psychopathy. *Dissertation Abstracts International: Section B: The-Sciences and Engineering*, 59(7-B) 3756. Resumen obtenido el 13 de febrero de 2001 desde la base de datos de PsycINFO.
- Gomá i Freixanet, M., Grande Pérez, I., Valero i Ventura, S. y Punti i Vidal, J. (2001). Personalidad y conducta delictiva autoinformada en adultos jóvenes. *Psicothema*, 13, 252-257.
- Gonzales, G., Chronister, K.M., Linville, D.y Knoble, N.B. (2012). Experiencing parental violence: A qualitative examination of adult men's resilience. *Psychology of Violence*, 2, 90-103. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.

- Göppinger, H. (1975). *Criminología*. Madrid: Instituto Editorial Reus S.A.
- Gore, S.M. (1999) Suicide in prisons. Reflection of the communities served, or exacerbated risk? *The British Journal of Psychiatry*, 175, 50-55.
- Gorman-Smith, D., Henry, D.B. y Tolan, P.H. (2004). Exposure to Community Violence and Violence Perpetration: The Protective Effects of Family Functioning. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 33, 439-449.
- Gottfredson, M.R. y Hirschi, T. (1990). *A General Theory of Crime*. Stanford: University Press.
- Gowlett, C.T. (2014). Does secondary psychopathy exist? Exploring conceptualizations of psychopathy and evidence for the existence of a secondary variant of psychopathy. *Journal of Criminology*. Recuperado el 3 de marzo de 2014 desde http://www.internetjournalofcriminology.com/Gowlett_Does_Secondary_Psychopathy_Exist_IJC_Jan_2014.pdf.
- Grann, M. y Fazel, S. (2004). Substance misuse and violent crime: Swedish population study. *BMJ*, 328, 1233- 1234.
- Grann, M., Langstrom, N., Tengstrom, A., y Kullgren, G. (1999). Psychopathy (PCL-R) predicts violent recidivism among criminal offenders with personality disorders in Sweden. *Law and Human Behavior*. 23, 205-217.
- Graña, J.L. y Crespo, M. (1996). Trastorno antisocial de la personalidad. En: Buela, Carrobbles, Caballo (dirs.). *Manual de psicopatología*, vol. II (pp. 87-129). Madrid: Siglo XXI.
- Gray, J.A. (1987). *The psychology of fear and stress*. Cambridge: University of Cambridge Press.
- Gregory, S., Ffytche, D., Simmons, A., Kumari, V., Howard, M., Hodgins, S. *et al.* (2012). The Antisocial Brain: Psychopathy Matters A Structural MRI Investigation of Antisocial Male Violent Offenders. *Archives of General Psychiatry*, 69, 962-972.
- Grisolía, J.S. (2000). El psicópata: Factores psicobiológicos. En Raine, A., Sanmartín, J. (dirs). *Violencia y psicopatía* (pp.119-128). Barcelona, Ariel.

- Gresnigt, J.A.M., Breteler, M.H.M., Schippers, G.M. y Van-den-Hurk, A.A. (2000) Predicting violent crime among drug-using inmates: The Addiction Severity Index as a prediction instrument. *Legal and Criminological Psychology*, 5, 83-95.
- Gummelt, H.D. (2010), Successful psychopaths: Investigating the relationship between psychopathy, protective factors, and antisocial behavior. Tesis doctoral sin publicar, The Florida State University, USA: Recuperado el 19 de Julio de 2014 desde <http://diginole.lib.fsu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2125&context=etd>.
- Haapasalo, J. (2001). How do young offenders describe their parents?. *Legal and Criminological Psychology*, 6, 103-120.
- Hale, L.R., Goldstein, D.S., Abramowitz, C.S., Calamari, J.E. y Kosson, D.S. (2004). Psychopathy is related to negative affectivity but not to anxiety sensitivity. *Behaviour Research and Therapy*, 42, 697-710.
- Hansen, A., Stokkeland, L., Johnsen, B.H., Pallesen, S. y Waage, L. (2013). The relationship between the Psychopathy Checklist-Revised and the MMPI-2: A pilot study. *Psychological Reports*, 112, 445-457.
- Hare, R.D. (1974). *La psicopatía. Teoría e investigación*. Barcelona: Herder (Orig.1970).
- Hare, R.D. (1984). Performance of psychopaths on cognitive tasks related to frontal lobe function. *Journal of Abnormal Psychology*, 93, 133-140.
- Hare RD. (1985). A comparison of procedures for the assessment of psychopathy. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 7-16.
- Hare R.D. (1991). *Hare Psychopathy Checklist-Revised*. Toronto: University Press.
- Hare R.D. (1999). Psychopathy as a risk factor for violence. *Psychiatry Quarterly*, 70, 181-197.
- Hare, R.D. (2000) La naturaleza de los psicópatas: Algunas observaciones para entender la violencia depredadora humana. En Raine, A., Sanmartín, J. (eds). *Violencia y psicopatía* (pp. 16-58). Barcelona, Ariel.
- Hare R.D. (2003). *Sin conciencia*. Barcelona: Paidós Ibérica. (Orig. 1993)

- Hare, R. D. (2003). *Manual for the Revised Psychopathy Checklist* (2nd ed.). Toronto, ON, Canada: Multi-Health Systems.
- Hare, R.D., Hart, S.D. y Harpur, T.J. (1991). Psychopathy and the DSM-IV criteria for antisocial personality disorders. *Journal of Abnormal Psychology*, 100, 391-398.
- Hare, R. D. y Neumann, C. S. (2006). The PCL–R assessment of psychopathy: Development, structural properties, and new directions. En Patrick, C.J.: *Handbook of psychopathy*, 58–88. New York: Guilford.
- Harpur, T. J., Hakstian, A. R. y Hare, R. D. (1988). Factor structure of the Psychopathy Checklist. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 56, 741–747.
- Harpur, T. J., Hare, R. D. y Hakstian, A. R. (1989). Two factor conceptualization of psychopathy: Construct validity and assessment implications. *Psychological Assessment*, 1, 6–17.
- Harris, G.T., Rice, M.E. y Quinsey, V.L. (1993). Violent recidivism of mentally disordered offenders: the development of a statistical prediction instrument. *Criminal Justice and Behavior*, 31, 315-335.
- Hart S.D., Forth, A.E. y Hare, R.D. (1991). The MCMI-II and psychopathy. *Journal of Personality Disorders*, 5, 318-327.
- Hart, S., Cox, D. Y Hare, R. D. (1995). *Manual for the Psychopathy Checklist: Screening version (PCL:SV)*. Toronto: Multi-Health Systems.
- Hathaway, S. R., McKinley, J. C. (1951). *Minnesota Multiphasic Personality Inventory; manual (Revised)*. San Antonio, Texas, US: Psychological Corporation.
- Hay, C. Y Forrest, W. (2009). Self-control theory and the concept of opportunity: the case for a more systematic union. *Criminology*, 46, 1039 – 1072.
- Hayes, S.C. (2002). Early intervention or early incarceration? Using a screening test for intellectual disability in the criminal justice system. *Journal of Applied Research in Intellectual Disabilities*, 15, 120-128.

- Heaton, R.K., Chelune, G.J., Talley, J.L., Kay, G.G., Curtiss, G. (1997). *Test de clasificación de tarjetas de Wisconsin (Wisconsin Card Sorting Test, WCST)*. Madrid, TEA.
- Heck, C. y Walsh, A. (2000). The effects of maltreatment and family structure on minor and serious delinquency. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 44, 178-193.
- Heilbrun, A.B. (1979). Psychopathy and violent crime. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47, 509-516.
- Heilbrun, A. (1990). The measurement of criminal dangerousness as a personality construct: further validation of a research index. *Journal of Personality Assessment*, 54, 141-148.
- Heinzen, H., Köhler, D., Godt, N., Geiger, F. Y Huchzermeier, Ch. (2011). Psychopathy, intelligence and conviction history. *International Journal of Law and Psychiatry*, 34, 336-340.
- Hemphill, J.F., Hart, S.D. y Hare, R.D. (1994). Psychopathy and substance use. *Journal of Personality Disorders*, 8, 169-180.
- Henggeler (1989). *Delinquency in adolescence*. Newbury Park, CA: Sage.
- Heritage, A.J. y Benning, S.D. (2013). Impulsivity and response modulation deficits in psychopathy: Evidence from the ERN and N1. *Journal of Abnormal Psychology*, 122, 215-222. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Herrero, C. (2011). *Fenomenología criminal y criminología comparada*. Madrid: Dykinson.
- Herrero, O. y Colom, R. (2006) ¿Es verosímil la teoría de la delincuencia de David Lykken? *Psicothema*, 18, 374-377.
- Herrnstein y Murray (1994). *The Bell curve*. (New York, Academic Press).
- Heskin, K.J., Bolton, N., Banister, P.A. y Smith, F.V. (1977). Prisoners' personality: A factor analytically derived structure. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 16, 203–206.

- Heym, N., Ferguson, E. y Lawrence, C. (2013). The P-psychopathy continuum: Facets of psychoticism and their associations with psychopathic tendencies. *Personality and Individual Differences*, 54, 773-778.
- Hill, C.D., Rogers, R. y Bickford, M.E. (1996). Predicting aggressive and socially disruptive behavior in a maximum security forensic psychiatric hospital. *Journal of Forensic Sciences*, 41, 56-59.
- Hinde, R.A. (1977). *Bases biológicas de la conducta social humana*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobbes, T. (1983). *Leviatán o la razón moderna de la invención*. Madrid: Editora Nacional. (orig. 1651).
- Holland, T.R. y Holt, N. (1998). Prisoner intellectual and personality correlates of offense severity and recidivism probability. *Journal of Clinical Psychology*, 31, 151-154.
- Holt S.E., Meloy J.R. y Strack. S. (1999). Sadism and psychopathy in violent and sexually violent offenders. *Journal of American Academy of Psychiatry and the Law*, 27, 23-32.
- Hong-Neo, L., McCullagh, P. y Howard, R. (2001). An electrocortical correlate of a history of alcohol abuse in criminal offenders. *Psychology, Crime and Law*, 7, 105-117.
- Horvath, P., y Zuckerman, M. (1996). Búsqueda de sensaciones, valoración y conducta de riesgo. *Revista de Toxicomanías*, 9, 26-38. Recuperado el 9 de marzo de 2014, desde http://www.cat-barcelona.com/uploads/rets/RET09_3.pdf
- Huchzermeier, C., Geiger, F., Bruss, E., Godt, N., Köhler, D., Hinrichs, G., Aldenhoff, J.B. (1977). The relationship between DSM-IV cluster B personality disorders and psychopathy according to Hare's criteria: clarification and resolution of previous contradictions. *Behavioral Sciences & the Law*, 25, 901-11.
- Huspek, M. (2000): Oppositional codes: The case of the Penitentiary of New Mexico riot. *Journal of Applied Communication Research*, 28, 144-163.
- Hutchins, R. y Slesinger, D. (1929). Legal psychology.

- Iervolino, A.C., Pike, A., Manke, B., Reiss, D., Hetherington, E.M. y Plomin, R. (2002). Genetic and environmental influences in adolescent peer socialization: evidence from two genetically sensitive designs. *Child Development*, 73, 162-74.
- Ingram J.C., Marchioni P., Hill G., Caraveo-Ramos E. y McNeil B. (1985). Recidivism, perceived problem-solving abilities, Minnesota Multiphasic Personality Inventory characteristics, and violence. A study of black and white incarcerated male adult offenders. *Journal of clinical Psychology*, 41, 425-432.
- Iria, C. y Barbosa, F. (2012). The identification of negative emotions through a go/no-go task: Comparative research in criminal and non-criminal psychopaths. *European Psychologist*, 17, 291-299.
- Ishikawa, S.S., Raine, A., Lencz, T., Bihrlé, S. y Lacasse, L. (2001). Autonomic stress reactivity and executive functions in successful and unsuccessful criminal psychopaths from the community. *Journal of Abnormal Psychology*, 110, 423-32.
- Ison, M.S. (2004). Características familiares y habilidades sociocognitivas en niños con conductas disruptivas. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36, 257-268.
- Ivorra, J., Gilabert, J., Moltó, M. D., Sanjuán, J. (2007). Genética del temperamento en niños. *Revista de neurología*, 45, 418-423.
- James, S.A. (2009). *16PF questionnaire trait based personality profiles of adult male felons in the Arizona state prison system*. Los Angeles: Alliant International University.
- Jensen, J., Lindgren, M., Meurling, A.W., Ingvar, D.H. y Levander, S. (1999). Dyslexia among Swedish prison inmates in relation to neuropsychology and personality. *Journal of the International Neuropsychological Society*, 5, 452-61.
- Jiménez Burillo, F. (1986). Notas sobre las relaciones entre psicología y derecho penal. Jiménez Burillo, F. y Clemente Díaz, M. (dirs.). *Psicología social y sistema penal* (pp.21 y 22). Madrid: Alianza.
- Juergensmeyer, M. (2004). *VI Curso Magistral: Violencia política: terrorismo y religión*. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.

- Jolliffe, D. (2013). Exploring the relationship between the Five-Factor Model of personality, social factors and self-reported delinquency. *Personality and Individual Differences*, 55, 47-52.
- Joukamaa, M. (1998). The mortality of released Finnish prisoners, a 7 year follow-up study of the WATTU project. *Forensic Science International*, 96, 11-19.
- Juárez, M., Kiehl, K. y Calhoun, V.D. (2013). Intrinsic limbic and paralimbic networks are associated with criminal psychopathy. *Human Brain Mapping*, 34, 1921-1930.
- Juby, H. y Farrington, DP (2001). Disentangling the link between disrupted families and delinquency. *British Journal of Criminology*, 41, 22-40.
- Kandel, E., Mednick, S.A., Kirkegaard-Sorensen, L., Hutchings, B., Knop, J., Rosenberg, R. *et al.* (1988). IQ as a protective factor for subjects at high risk for antisocial behavior. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 56, 224-226.
- Kaplan, S. (1995). The restorative benefits of nature: Toward an integrative framework. *Journal of Environmental Psychology*, 15, 169-182.
- Karson, S. y O'Dell, J.W. (1989). *16PF Guía para su uso clínico*. Madrid, Tea Ed.
- Kauten, R., Barry, C.T. y Leachman, L. (2013). Do perceived social stress and resilience influence the effects of psychopathy-linked narcissism and CU traits on adolescent aggression? *Aggressive Behavior*, 39, 381-390.
- Katsavdakis, K.A., Meloy, J.R. y White, S.G.(2011). A female mass murder. *Journal of Forensic Sciences*, 56, 813-8.
- Kaufmann, H. (1983). *Delincuentes juveniles: Diagnóstico y juzgamiento*. Buenos Aires: De Palma
- Kaufman, J. y Zigler, E. (1987). Do abused children become abusive parents? En: Margolin, G. y Gordis, E.B. (2004). Children's exposure to violence in the family and community. *Current Directions in Psychological Science*, 13, 152-155.
- Keaveny, M.E. y Zauszniewski, J.A. (1999). Life events and psychological well-being in women sentenced to prison. *Issues of Mental Health Nursery*, 20, 73-89.

- Kelleher, I., Harley, M., Lynch, F., Arseneault, L., Fitzpatrick, C. y Cannon, M. (2008). Associations between childhood trauma, bullying and psychotic symptoms among a school-based adolescent sample. *The British Journal of Psychiatry*, 193, 378-382.
- Kernberg, O.F. (1987). *Trastornos graves de la personalidad. Estrategias psicoterapéuticas*. México: Manual Moderno (Orig. 1984).
- Keyes, D.W., Weyers, J.R. (2000). Linguistic and cultural considerations in psychological testing: Use of the WAIS-III with Spanish-speaking inmates on death row. *Forensic Examiner*, 11-12, 28-32.
- Kia-Keating, M., Grossman, F.K., Sorsoli, L. y Epstein, M. (2005). Containing and Resisting Masculinity: Narratives of Renegotiation Among Resilient Male Survivors of Childhood Sexual Abuse. *Psychology of Men & Masculinity*, 6, 169-185. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Kiehl, K.A., Hare, R.D., Liddle, P.F. y McDonald, J.J. (1999). Reduced P300 responses in criminal psychopaths during a visual oddball task. *Biological Psychiatry*, 45, 1498-1507.
- Kiehl, K.A., Hare, R.D., McDonald, J.J. y Brink, J. (1999). Semantic and affective processing in psychopaths: an event-related potential (ERP) study. *Psychophysiology*, 36, 765-774.
- Kiehl, K.A., Smith, A.M., Hare, R.D. y Liddle, P.F. (2000). An Event-Related Potential Investigation of Response Inhibition in Schizophrenia and Psychopathy. *Biological Psychiatry*, 48, 210-221
- Kiehl, K.A., Smith, A.M., Mendrek, A., Forster, B.B., Hare, R.D. y Liddle, F. (2004). Temporal lobe abnormalities in semantic processing by criminal psychopaths as revealed by functional magnetic resonance imaging. *Psychiatry Research*, 130, 27-312.
- Kilgore, D.W. (2001). A group learning intervention into how women learn empathy in prison. *Adult Education Quarterly*, 51, 146-164.
- Kim, J.E., Hetherington, E.M., Reiss, D. (1999). Associations among family relationships, antisocial peers, and adolescents' externalizing behaviors: gender and family type differences. *Child Development*, 70, 1209-1230.

- Kim-Cohen, J., Caspi, A., Rutter, M., Polo-Tomás, M. y Moffitt, T.E. (2006). The Caregiving Environments Provided to Children by Depressed Mothers With or Without an Antisocial History. *American Journal of Psychiatry*, 163, 1009-1018.
- Klein, J., Cornell, D. y Konold, T. (2012). Relationships between bullying, school climate, and student risk behaviors. *School Psychology Quarterly*, 27, 154-169. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Koenen K.C., Caspi A., Moffitt, T.E., Rijdsdijk, F. y Taylor, A. (2006). Genetic influences on the overlap between low IQ and antisocial behavior in young children. *Journal of Abnormal Psychology*, 115, 787-97.
- Koenen, K.C., Moffitt, T.E., Poulton, R., Martin, J., Caspi, A. (2007). Early childhood factors associated with the development of post-traumatic stress disorder: results from a longitudinal birth cohort. *Psychological Medicine*, 37, 181-92.
- Kolla, N., Malcolm, Ch., Attard, S., Arenovich, T., Blackwood, N. y Hodgins, S. (2013). Childhood maltreatment and aggressive behaviour in violent offenders with psychopathy. *The Canadian Journal of Psychiatry*, 58, 487-494.
- Koolen, S., Poorthuis, A. y van Aken, M.A.G. (2011). Cognitive Distortions and Self-Regulatory Personality Traits Associated with Proactive and Reactive Aggression in Early Adolescence. *Cognitive Therapy and Research*, 36, 776-787.
- Kosson, D.S. (1998). Divided visual attention in psychopathic and nonpsychopathic offenders. *Personality and Individual Differences*, 24, 373-391.
- Kosson, D.S., Suchy, Y., Mayer, A.R. y Libby, J. (2002). Facial affect recognition in criminal psychopaths. *Emotion*, 2, 398-411.
- Kosson, D.S., Lorenz, A.R. y Newman JP. (2006). Effects of comorbid psychopathy on criminal offending and emotion processing in male offenders with antisocial personality disorder. *Journal of Abnormal Psychology*, 115, 798-806.
- Kostiuk, N. (2013). Implicit and explicit self-esteem, narcissism, risk, and psychopathy in a forensic population. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and*

Engineering, 74, 4-B(E). Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

Krauss, D.A., Sales, B.D., Becker, J.V., y Figueredos A.J. (2000). Beyond prediction to explanation in risk assessment research. A comparison of two exploratory theories of criminality and recidivism. *International Journal of Law and Psychiatry*, 23, 91-112.

Kreis, M.K. y Cooke, D. (2011). Capturing the psychopathic female: A prototypicality analysis of the Comprehensive Assessment of Psychopathic Personality (CAPP) across gender. *Behavioral Sciences & the Law*, 29, 634-648. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

Kreis, M. K. F., Cooke, D. J., Michie, C., Hoff, H. A. y Logan, C. (2012). The Comprehensive Assessment of Psychopathic Personality (CAPP): Content validation using prototypical analysis. *Journal of Personality Disorders*, 26, 402-413. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

Kruh, I.P., Frick, P.J. y Clements, C.B. (2005). Historical and personality correlates to the violence patterns of juveniles tried as adults. *Criminal Justice and Behavior*, 32, 69-96.

Krysinska, K., Heller, T.S., De Leo, D. (2006). Suicide and deliberate self-harm in personality disorders. *Personality disorders and neuroses*, 19, 95-101.

Kuo, F.E. y Sullivan W.C. (2001). Aggression and violence in the inner city. Effects of Environment via Mental Fatigue. *Environment and Behavior*, 33, 543-571.

Kuperman, S., Schlosser, S.S., Lidral, J. y Reich, W. (1999). Relationship of child psychopathology to parental alcoholism and antisocial personality disorder. *Journal of American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 38, 686-692.

Lacan, J. (1990). *Escritos I*. Madrid: Siglo XXI.

Lagache, D. (1982). *Obras IV. Psicología criminal. El psicólogo clínico. Transferencia*. Buenos Aires: Paidós.

- Lahey, B.B., Waldman, I.D. y McBurnett, K. (1999). Annotation: the development of antisocial behavior: an integrative causal model. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 40, 669-682.
- Lamoureux, B.E., Palmieri, P.A., Jackson, A.P. y Hobfoll, S.E. (2012). Child sexual abuse and adulthood-interpersonal outcomes: Examining pathways for intervention. *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy*, 4, 605-613. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Lambert, E.G., Tucker, K.A. y Baker D. N. (2008). Differences at the Border: Views of Crime, Criminals, Punishment, and Treatment among Canadian and U.S. College Students. Recuperado el 20 de mayo de 2009, desde <http://www.internetjournalofcriminology.com/Lambert,%20Tucker%20and%20Baker%20-%20Differences%20at%20the%20Border.pdf>
- Lapornik R., Lehofer M., Moser M., Pump G., Egner S., Posch C., Hildebrandt G. y Zapotoczky HG. (1996). Long-term imprisonment leads to cognitive impairment. *Forensic Science International*, 82, 121-7.
- Latzman, R., Lilienfeld, S.O., Latzman, N.E. y Clark, L.A. (2013). Exploring callous and unemotional traits in youth via general personality traits: An eye toward DSM-5. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 41, 191-202.
- Lau, K.S. y Marsee, M.A. (2013). Exploring narcissism, psychopathy, and Machiavellianism in youth: Examination of associations with antisocial behavior and aggression. *Journal of Child and Family Studies*, 22, 355-367.
- Lebel, C. y Beaulieu, C. (2011). Longitudinal Development of Human Brain Wiring Continues from Childhood into Adulthood. *The Journal of Neuroscience*, 31, 10937-10947.
- LeBreton, J. M., Baysinger, M.A., Abbey, A. y Jacques-Tiura, A.J. (2013). The relative importance of psychopathy-related traits in predicting impersonal sex and hostile masculinity. *Personality and Individual Differences*, 55, 817-822.
- LeDoux, J. (1996). *El cerebro emocional*. Barcelona: Planeta

- Leedom, L., Bass, A. y Almas, L.H. (2013). The problem of parental psychopathy. *Journal of Child Custody: Research, Issues, and Practices*, 10, 154-184.
- Leigey, M.E. Hodge, J.P. (2013). And then they behaved: Examining the institutional misconduct of adult inmates who were incarcerated as juveniles. *The prison journal*, 93, 272-290.
- Lester, W.S., Salekin, R.T. y Sellbom, M. (2013). The SRP-II as a rich source of data on the psychopathic personality. *Psychological Assessment*, 25, 32-46.
- Leuchter, A.F. (1981). The responsibilities of the state for the prevention and treatment of mental illness among prisoners. *Journal of Forensic Sciences*, 26, 134-41.
- Levenston, G.K., Patrick, C.J., Bradley, M.M. y Lang P.J. (2000). The psychopath as observer: Emotion and Attention in Picture Processing. *Journal of abnormal psychology*, 109, 373-385.
- Ley Orgánica General Penitenciaria, 1/1979, de 26 de septiembre. Boletín Oficial del Estado nº 237, de 3 octubre 2007
- Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. Boletín Oficial del Estado nº 281, de 24 de noviembre de 1995.
- Lind, C.W. (1972). 16PF screening instrument for alcoholics. *Journal of Clinical Psychology*, 28, 548-549.
- Lilienfeld, S.O. y Andrews, B.P. (1996). Development and preliminary validation of a self-report measure of psychopathic traits in noncriminal population. *Journal of Personality Assessment*, 66, 488-524.
- Lilienfeld, S.O., Waldman, I.D., Landfield, K., Watts, A.L., Rubenzer, S., Faschingbauer, T.R. (2013). Fearless dominance and the U.S. presidency: Implications of psychopathic personality traits for successful and unsuccessful political leadership. *Journal of Personality and Social Psychology*, 103, 489-505.
- Lilienfeld, S. O., y Widows, M. R. (2005). *Psychopathic Personality Inventory-Revised (PPI-R) professional manual*. Odessa, FL: Psychological Assessment Resources.

- Lindquist, C.H. (2000). Social integration and mental well-being among jail inmates. *Sociological Forum*, 15, 431-455.
- Lipman, J.J. (2001). Personality, drug abuse and murder: a pilot study. *The Forensic Examiner* 1, 1-7
- Livaditis, M, Fotiadou, M., Kouloubardou, F., Samakouri, M., Tripsianis, G y Gizari, F. (2000). Greek adolescents in custody: Psychological morbidity, family characteristics and minority groups. *Journal of Forensic Psychiatry*, 11, 597-607.
- Lo, C.C. y Stephens, R.C. (2000). Drugs and prisoners: Treatment needs on entering prison. *American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 26, 229-245.
- Loeber, R. (1990). Development and risk factors of juvenile antisocial behavior and delinquency. *Clinical Psychology Review*, 10, 1-41.
- Loeber, R. (1997). Key issues in the development of aggression and violence from childhood to early adulthood. *Annual Review of Psychology*, 48, 371-410. Resumen obtenido el 9 de marzo de 2014, desde <http://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev.psych.48.1.371>.
- Loinaz, I. (2014). Typologies, risk and recidivism in partner-violent men with the B-SAFER: A pilot study. *Psychology, Crime & Law*, 20, 183-198.
- López, R., Poy, R., Patrick, Ch.J. y Moltó, J. (2013). Deficient fear conditioning and self-reported psychopathy: The role of fearless dominance. *Psychophysiology*, 50, 210-218.
- López Rey, M. (1975). *Criminología I: Teoría, delincuencia juvenil, prevención, predicción y tratamiento*. Madrid: Aguilar
- López Rey, M. (1978). *Criminología II: Criminalidad y planificación de la política criminal*. Madrid: Aguilar.
- López-Romero L., Romero, E. y González-Iglesias, B. (2011). Delimitando la agresión adolescente: Estudio diferencial de los patrones de agresión reactiva y proactiva. *Revista*

Española de Investigación Criminológica, 9, 1-29. Recuperado el 19 de julio de 2014 desde: <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano9-2011/a92011art2.pdf>.

- López-Soler, C., Castro Sáez, M., Alcántara López, M., Fernández Fernández, V, y López Pina, J.A. (2009). Prevalencia y características de los síntomas externalizantes en la infancia. Diferencias de género. *Psicothema* 21, 353-358.
- Lorber, M.F. (2004). Psychophysiology of aggression, psychopathy and conduct problems: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 130, 531-52.
- Lorenz, A.R. y Newman, J.P. (2002). Deficient response modulation and emotion processing in low-anxious Caucasian psychopathic offenders: results from a lexical decision task. *Emotion*, 2, 91-104.
- Lösel, F. (1999). ¿Existe un tratamiento eficaz para la psicopatía? Qué sabemos y qué deberíamos saber. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *IV Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Psicópatas y asesinos en serie*, 4c (pp. 1-4). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Lösel, F., Schmucker, M. (2004). Psychopathy, risk taking, and attention: a differentiated test of the somatic marker hypothesis. *Journal of Abnormal Psychology*, 113, 522-529.
- Loza, W. y Loza-Fanous, A. (2000). Predictive validity of the Self-Appraisal Questionnaire (SAQ): a tool for assessing violent and nonviolent release failures. *Journal of Interpersonal Violence* 15, 1183-1191.
- Lund, Ch., Hofvander, B., Forsman, A., Anckarsäter, H. y Nilsson, T. (2013). Violent criminal recidivism in mentally disordered offenders: A follow-up study of 13–20 years through different sanctions. *International Journal of Law and Psychiatry*, 36, 250-257.
- Lundholm, L. Haggård, U. Möller, J. Hallqvist, J. y Thiblin, I. (2013). The triggering effect of alcohol and illicit drugs on violent crime in a remand prison population: A case crossover study. *Drug and Alcohol Dependence*, 129, 110-115. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

- Lussier, I., Derevensky, J.L., Gupta, R., Bergevin, T. y Ellenbogen, S. (2007). Youth gambling behaviors: An examination of the role of resilience. *Psychology of Addictive Behaviors*, 21, 165-173.
- Luthar, S.S. (1991). Vulnerability and Resilience: A Study of High-Risk Adolescent. *Child Development*, 62, 600-616.
- Lykken, D.T. (2000). *Las personalidades antisociales*. Barcelona: Herder (Orig1995).
- Lynam, D. R. (1997). Pursuing the psychopath: Capturing the fledgling psychopath in a nomological net. *Journal of Abnormal Psychology*, 106, 425-438.
- Lynam, D.R. (1998). Early identification of the fledgling psychopath: locating the psychopathic child in the current nomenclature. *Journal of Abnormal Psychology*, 107, 566-575.
- Lynam, D.R., Caspi, A., Moffitt, T.E., Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M. (2007). Longitudinal evidence that psychopathy scores in early adolescence predict adult psychopathy. *Journal of Abnormal Psychology*, 116, 155-165.
- Lynam, D.R., Gaughan, E., Miller, J.D., Miller, D., Mullins-Sweatt, S. y Widiger, T.A. (2011). Assessing the basic traits associated with psychopathy: Development and validation of the Elemental Psychopathy Assessment. *Psychological Assessment*, 23, 108-124. Resumen obtenido el 9 de marzo de 2014, desde <http://psycnet.apa.org/psycinfo/2010-26128-001/>
- Lynam, D.R., Sherman, E.D., Samuel, D., Miller, J.D., Few, L.R., y Widiger, T.A. (2014). Development of a short form of the elemental psychopathy assessment. *Assessment*, 20, 659-669. Resumen obtenido el 9 de marzo de 2014, desde <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/23996849>.
- Lyons, M.J., Tyrer, P., Gunderson, J. y Tohen, M. (1997). Heuristic models of comorbidity of axis I and axis II disorders. *Journal of Personality Disorders*, 11, 260-269.
- Lyons, M., Healy, N. y Bruno, D. (2013). It takes one to know one: Relationship between lie detection and psychopathy. *Personality and Individual Differences*, 55, 676-67.

- Maden, A., Chamberlain, S. y Gunn, J. (2000). Deliberate self-harm in sentenced male prisoners in England and Wales: Some ethnic factors. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 10, 199-204.
- Mahmut, M.K., Menictas, C., Stevenson, R.J. y Homewood, J. (2011). Validating the factor structure of the Self-Report Psychopathy scale in a community sample. *Psychological Assessment*, 23, 670-8. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Mahmut, M.K. y Stevenson, R.J. (2012). Olfactory abilities and psychopathy: Higher psychopathy scores are associated with poorer odor discrimination and identification. *Chemosensory Perception*, 51, 300-307. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Manciaux, M., Vanistendael, S., Lecompte, J. y Cyrulnik, B. (2001). La resiliencia: estado de la cuestión. En: Manciaux, M. (Dir.). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Madrid: Gedisa, 2003.
- Manzoni, A. (1984). *Historia de la columna infame*. Barcelona: Bruguera (orig. 1842).
- Mapelli Caffarena, B. (1984). Sistema progresivo y tratamiento. *I Jornadas de Derecho Penitenciario*,. Alcalá de Henares: Facultad de Derecho – ICE.
- Marietán, H. (2000). Personalidades psicopáticas. Recuperado el 20 de mayo de 2009, desde http://www.psiquiatria.com/congreso/mesas/mesa33/conferencias/33_ci_a.htm.
- Raine, A. (1993). The psychopathology of crime: Criminal behavior as a clinical disorder. San Diego: Academic Press.
- Margolin, G. (2005). Children's Exposure to Violence: Exploring Developmental Pathways to Diverse Outcomes. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 72-81.
- Margolin, G. y Gordis, E.B. (2000). The effects of a family and community violence on children. *Annual Reviews of Psychology*, 51, 445-579.
- Margolin, G. y Gordis, E.B. (2004). Children's exposure to violence in the family and community. *Current Directions in Psychological Science*, 13, 152-155.

- Marion, B.E., Sellbom, M., Salekin, R.T., Toomey, J.A., Kucharski, L.T. y Duncan, S. (2013). An examination of the association between psychopathy and dissimulation using the MMPI-2-RF validity scales. *Law and Human Behavior*, 37, 219-230.
- Marsh, A.A. y Cardinale, E.M. (2012). Psychopathy and fear: Specific impairments in judging behaviors that frighten others. *Emotion*, 12, 892-898.
- Marshall, L.A. y Cooke, D.J. (1999). The childhood experiences of psychopaths: a retrospective study of familial and societal factors. *Journal of Personality Disorders*, 13, 211-25.
- Martin, P.M. (2000). Childhood sexual abuse and substance abuse in female inmates (women inmates). *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, (3-B) 1644. Resumen obtenido el 5 de noviembre de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Martin, K. y Leach, A.M. (2013). Psychopathy and detection deception. *Personality and Mental Health*, 7, 154-159.
- Martínez, M., Redondo, S., Pérez, M., y García C. (2008). Empatía en una muestra española de delincuentes. *Psicothema*, 20, 199-204.
- Martínez Díaz, T. (2002). *Rasgos de personalidad en delincuentes encarcelados: evaluación a través de diferentes pruebas psicométricas*. Manuscrito sin publicar, Universidad Complutense de Madrid.
- Martínez Díaz, T. (2008). El psicólogo en Instituciones Penitenciarias: ¿para qué? *Boletín de la Asociación de Técnicos de Instituciones Penitenciarias*, 21, 33-41.
- Martínez, T., López, FJ. y Díaz, ML. (2001). Los trastornos de la personalidad en el derecho penal: estudio de casos del Tribunal Supremo. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 1, 87-101.
- Martínez Díaz, T. y Muñoz-Rivas, M. (2003). Aplicación del cuestionario de personalidad situacional (CPS) en una muestra de delincuentes encarcelados. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 3, 29-43.

- Martins, D., Machado, A., de Padua, A., Bonini, G., Faria, M.F. y Busatto, G.F. (2013). Dimensional assessment of psychopathy and its relationship with physiological responses to empathic images in juvenile offenders. *Frontiers in Psychiatry*, 4, 147. Recuperado el 19 de julio de 2014 desde: <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3827584/>
- Masten, A.S. (2001). Ordinary magic: Resilience processes in development. *American Psychologist*, 56, 227-238.
- Masten, A.S. (2004). Regulatory Processes, Risk, and Resilience in Adolescent Development. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1021, 321-319.
- Masten, A.S., Besta, K.M. y Garmezy, N. (1990). Resilience and development: Contributions from the study of children who overcome adversity. *Development and Psychopathology*, 2, 425-444.
- Masui, K., Fujiwara, H. y Ura, M. (2013). Social exclusion mediates the relationship between psychopathy and aggressive humor style in noninstitutionalized young adults. *Personality and Individual Differences*, 55, 180-184.
- Masui, K., Iriguchi, S., Nomura, M. y Ura, M. (2011). Amount of altruistic punishment accounts for subsequent emotional gratification in participants with primary psychopathy. *Personality and Individual Differences*, 51, 823-828.
- McCord, J. (1999) Contribuciones psicosociales a la violencia y la psicopatía. En: Raine, A., Sanmartín, J. (dirs.) *Violencia y psicopatía* (pp.207-225). Barcelona: Ariel.
- McCormack, J.K., Barnett, R.W. y Wallbrown, F.H. (1989). Factor structure of the Millon Clinical Multiaxial Inventory (MCMI) with an offender sample. *Journal of Personality Assessment*, 53, 442-448.
- Mckinney, R.D. (1999). Classification of juvenile delinquents: cluster analysis using socioemotional, psychoeducational, and neuropsychological variables. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering* 60(3-B) 1308. Resumen obtenido el 21 de abril 2010 desde la base de datos de PsycINFO.
- McNiel, K. y Meyer, R.G. (1990). Detection of deception on the Millon Clinical Multiaxial Inventory MCMI. *Journal of Clinical Psychology*, 46, 755-764.

- Meffert, H., Gazzola, V., den Boer, J., Bartels, A. y Keyzers, C. (2013). Reduced spontaneous but relatively normal deliberate vicarious representations in psychopathy. *Brain: A Journal of Neurology*, 136, 2550-2562.
- Mejovsek, M., Budanovac, A., Sucur, Z. (2000). The relationship between inmates aggression and their socioeconomic and family characteristics. *Croatian Review of Rehabilitation Research*, 36, 75-86.
- Melchior, M., Moffitt, T.E., Milne B.J., Poulton, R., y Caspi, A. (2007). Why do children from socioeconomically disadvantaged families suffer from poor health when they reach adulthood? A life-course study. *American Journal of Epidemiology*. 166, 966–974.
- Meldrum, R.C., Miller, H. y Flexon, J.L. (2013). Susceptibility to peer influence, self-control, and delinquency. *Sociological Inquiry*, 83, 106-129. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Meloy, J.R. (2006). Empirical basis and forensic application of affective and predatory violence. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 40, 539 – 547. Resumen obtenido el 19 de Julio de 2014 desde <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/16756578>.
- Merari, A. (2002). Terrorismo suicida. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp.157-169). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Merton, R.K. (1977). *Sociología de la ciencia*. Madrid: Alianza (Orig.1973).
- Miller, A.D. (1998). Executive functions deficits in incarcerated adolescent sexual offenders as measured by the Wisconsin Card Sorting Test. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering* 58(12-B) 6817. Resumen obtenido el 21 de abril de 2010 desde la base de datos de PsycINFO.
- Miller, J.D., Few, L.R., Seibert, L.A.; Watts, A., Zeichner, A. y Lynam, D. (2012). An examination of the Dirty Dozen measure of psychopathy: A cautionary tale about the costs of brief measures. *Psychological Assessment*, 24, 1048-1053. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

- Millon, T. (1997). *The Millon inventories: Clinical and personality assessment*. New York: Guilford Press.
- Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Ministerio del Interior y Ministerio de la Presidencia (2004). *Tratado por el que se establece una Constitución para Europa*. Madrid: Imprenta Nacional del Boletín Oficial del Estado.
- Ministerio de Sanidad y Consumo (2007). *Estrategia en Salud Mental del Sistema Nacional de Salud*. Madrid: autor. Recuperado el 8 de marzo de 2014 desde http://www.msssi.gob.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/pdf/excelencia/salud_mental/ESTRATEGIA_SALUD_MENTAL_SNS_PAG
- Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad (2011). *Estrategia en Salud Mental del Sistema Nacional de Salud 2009-2013*. Madrid: autor. Recuperado el 23 de enero de 2015 desde <http://www.msssi.gob.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/docs/saludmental/SaludMental2009-2013.pdf>
- Ministerio del Interior, Secretaría General de Instituciones Penitenciarias. Informe general 2013. Recuperado el 22 de enero de 2015 desde http://www.institucionpenitenciaria.es/web/export/sites/default/datos/descargables/publicaciones/Informe_General_2013_Web_acc.pdf.
- Mintz, S.R. (2008). An analysis of executive functioning in a sample of first offense domestic violence offenders. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 69(5-A) 1995. Resumen obtenido el 21 de abril de 2010 desde la base de datos de PsycINFO.
- Mitchell, E.W. (1999). Does psychiatric disorder affect the likelihood of violent offending? A critique of the major findings. *Medicine, Science and the Law*, 39, 23-30.
- Moffitt, T.E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological review*, 100, 674-701
- Moffitt, T.E., Caspi, A., Harkness, A.R. y Silva, P.A. (1993). The natural history of change in intellectual performance: who changes? How much? Is it meaningful? *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 34, 455-506.

- Moliner, M. (1992). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos (Orig.1066).
- Moltó, J. y Poy, R. (1997). La psicopatía: Un constructo necesario en la psicología jurídica. En M. Clemente y J. Núñez (dirs.). *Psicología jurídica penitenciaria*. Madrid: Fundación Universidad-Empresa.
- Moltó, J., Poy y R., Torrubia R. (2000). Standardization of the Hare psychopathy checklist-revised in a spanish prison sample. *Journal of Personality Disorders*, 14, 84-96.
- Montesquieu (1972). *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Tecnos. (Orig. 1748).
- Mooney, J.L. y Daffern, M. (2013). The Offence Analogue and Offence Reduction Behaviour Rating Guide as a supplement to violence risk assessment in incarcerated offenders. *The International Journal of Forensic Mental Health*, 12, 255-264.
- Mora, F. (2002). El cerebro emocional y la violencia. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp.1-4). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Moran, P. (1999). The epidemiology of antisocial personality disorder. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 34, 231-42.
- Moreno Jiménez, B., Morante Benadero, M.E., Rodríguez Carvajal, R. y Rodríguez Muñoz, A. (2008). Resistencia y vulnerabilidad ante el trauma: el efecto moderador de las variables de personalidad. *Psicothema*, 20, 124-130.
- Morris, R.G. (2015). Exploring the effect of exposure to short-term solitary confinement among violent prison inmates. Recuperado el 16 de mayo de 2015 desde: <http://link.springer.com/article/10.1007/s10940-015-9250-0#page-2>
- Morse, S.J. (2008). Psychopathy and criminal responsibility. *Neuroethics*, 1, 205–212.
- Motzkin, J.K., Newman, J.P., Kiehl, K.A. y Koenigs, M. (2011). Reduced prefrontal connectivity in psychopathy. *The Journal of Neuroscience*, 31, 17348-17357. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

- Moul, C. y Dadds, M (2013). Learning-style bias and the development of psychopathy. *Journal of Personality Disorders* 27, 85-98.
- Mufson, L. (2013). Validity of MMPI-2-RF measures of psychopathy. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 74, 5-B (E). Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Mugge, J.R. (2012). Executive functioning and childhood abuse predictors on laboratory induced aggression. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 73, 3957.
- Muñoz-Centifanti, L., Kimonis, E.R., Frick, P.J. y Aucoin, K.J. (2013). Emotional reactivity and the association between psychopathy-linked narcissism and aggression in detained adolescent boys. *Development and Psychopathology*, 25, 473-485.
- Murray, J., Janson, C.G. y Farrington D.P. (2007). Crime in Adult Offspring of Prisoners : A Cross-National Comparison of Two Longitudinal Samples. *Criminal Justice and Behavior*, 34, 133-149.
- Myers, W.C., y Vo, E.J. (2012). Adolescent parricide and psychopathy. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 56, 715-729. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Nathan, P.E. y Langenbucher, J.W. (1999). Psychopathology, description and classification. *Annual Review of Psychology*, 50, 79-107.
- Neugebauer R., Hoek H.W. y Susser E. (1999). Prenatal exposure to wartime famine and development of antisocial personality disorder in early adulthood. *The Journal of the American Medical Association*, 282, 455-462.
- National Institute for Health and Clinical Excellence (2009). *Antisocial personality disorder: treatment, management and prevention*. Londres: autor. Recuperado el 20 de mayo de 2010 desde <http://publications.nice.org.uk/antisocial-personality-disorder-cg77>.
- Nentjes, L., Meijer, E., Bernstein, D., Arntz, A. y Medendorp, W. (2013). Brief communication: Investigating the relationship between psychopathy and interoceptive awareness. *Journal of Personality Disorders*, 27, 617-624.

- Nicholls, T.L., Hemphill, J.F., Boer, D.P., Kropp, P.R. y Zapf, P.A. (2001). The assessment and treatment of offenders and inmates: Specific populations. En: Schuller, R.A., Ogloff, J. R. P. (dirs.), *Introduction to psychology and law: Canadian perspectives*. (pp. 248-282). Toronto ON: University of Toronto Press.
- Niehoff, D. (2000). *Biología de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Nolan, K.A., Volavka, J., Mohr, P., Czobor, P., (1999). Psychopathy and violent behavior among patients with schizophrenia or schizoaffective disorder. *Psychiatric Services*, 50, 787-792
- Núñez Peña, J., Gil Martínez, C., Garrido Genovés, V. (1990). Las variables de personalidad de Eysenck y su relación con otras variables criminológicas. *Delincuencia*, 2, 293-310.
- Nussbaum, D., Collins, M., Cutler, J., Zimmerman, W., Farguson, B. y Jacques, I. (2002). Crime type and specific personality indicia: Cloninger's TCI impulsivity, empathy and attachment subscales in non-violent, violent and sexual offenders. *American Journal of Forensic Psychology*, 20, 23-56.
- Oas, P. (1985). Impulsivity and delinquent behavior among incarcerated adolescents. *Journal of Clinical Psychology*, 41, 422-424.
- O'Connor, T.G., Deater-Deckard, K., Fulker, D., Rutter, M. y Plomin, R. (1998). Genotype-environment correlations in late childhood and early adolescence: antisocial behavioral problems and coercive parenting. *Developmental Psychology*, 34, 970-981.
- O'Connor, T.G., McGuire, S., Reiss, D., Hetherington, E.M. y Plomin, R. (1998). Co-occurrence of depressive symptoms and antisocial behavior in adolescence: a common genetic liability. *Journal of Abnormal Psychology*, 107, 27- 37.
- O'Connor, T.G., Neiderhiser, J.M., Reiss, D., Hetherington, E.M. y Plomin, R. (1998). Genetic contributions to continuity, change, and co-occurrence of antisocial and depressive symptoms in adolescence. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, and Allied Disciplines*. 39, 323-336.
- Odgers, C.L., Milne, B.J., Caspi, A., Crump, R., Poulton, R. y Moffitt, T.E. (2007) Predicting prognosis for the conduct-problem boy: can family history help? . *Journal of the American Academy of Child and Adolescence Psychiatry*, 46, 1240-9.

- Odgers, C.L., Moffitt, T.E., Tach, L.M., Sampson, A., Taylor, R.J., Matthews, C.L y Caspi, A. (2009) The protective effects of neighborhood collective efficacy on British children growing up in deprivation: a developmental analysis. *Developmental Psychology*, 45, 942-57.
- Ogloff, J.R. (2006). Psychopathy/antisocial personality disorder conundrum. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*. 40, 519-28.
- Olena, A. y Tittle, C.R. (2008). Morality, self-control, and crime. *Criminology*, 46, 479-510.
- Oliva, A., Parra, A., Antolín, L., Arranz, E., Martín, J.L. y Lamb, M. (2010). Diversidad familiar y desarrollo psicológico: un estudio pionero realizado en España. En Arranz, E. y Oliva, A. (dirs.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 143-157). Madrid: Pirámide.
- Olver, M.E., Lewis, K. y Wong, S.C. P. (2013). Risk reduction treatment of high-risk psychopathic offenders: The relationship of psychopathy and treatment change to violent recidivism. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 41, 160-167.
- Olweus, D. (1998). Conductas de acoso y amenaza entre escolares. En: Cava, M.J., Musitu, G. y Murgui, S. (2006). Familia y violencia escolar: el rol mediador de la autoestima. *Psicothema* 18, 367-373.
- Organización Mundial de la Salud (1993). Clasificación Internacional de las *Enfermedades: Trastornos Mentales y del Comportamiento (CIE-10)*. Madrid: Meditor.
- Osberg T.M. y Harrigan P. (1999). Comparative validity of the MMPI-2 Wiener-Harmon subtle-obvious scales in male prison inmates. *Journal of Personality Assessment*, 72, 36-48.
- Otero López, J.M., Romero Triñanes, E. y Luengo Martín, M.A (1994). Identificación de factores de riesgo de la conducta delictiva. Hacia un modelo integrador. *Análisis y modificación de conducta*, 20, 675-709
- Páez, D., Fernández, I., Campos, M., Zubieta, E. y Casullo, M. M. (2006). Apego seguro, vínculos parentales, clima familiar e Inteligencia Emocional: socialización, regulación y bienestar. *Ansiedad y Estrés*, 12, 319-341.

- Paíno Quesada, S.G. y Revuelta, F. (2002). Maltrato y delincuencia. *Psicothema*, 14(S), 101-108.
- Palacios, W.R. Urmann, C.F. Newel, R. y Hamilton, N. (1999). Developing a sociological framework for dually diagnosed women. *Journal of Substance Abuse and Treatment*, 17, 91-102.
- Palmer, E.J. y Hollin, C.R. (2004). Predicting reconviction using the Psychological Inventory of Criminal Thinking Styles with English prisoners. *Legal and Criminological Psychology*, 9, 57-68.
- Pardini, D.A. y Byrd, A.L. (2012). Perceptions of aggressive conflicts and others' distress in children with callous-unemotional traits: 'I'll show you who's boss, even if you suffer and I get in trouble'. *The Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 53, 283-291.
- Patrick, C.J. (2000). Emociones y psicopatía. En Raine, A., Sanmartín, J. (dirs.), *Violencia y psicopatía* (pp. 89-113). Barcelona, Ariel.
- Patrick, C.K. (2009). Triarchic conceptualization of psychopathy: Developmental origins of disinhibition, boldness, and meanness. *Development and Psychopathology*, 21, 913-938.
- Patrick, C.K. (2010) Operationalizing the Triarchic Conceptualization of Psychopathy: Preliminary Description of Brief Scales for Assessment of Boldness, Meanness, and Disinhibition. Recuperado el 19 de julio de 2014 desde https://www.phenxtoolkit.org/toolkit_content/supplemental_info/psychiatric/measures/Triarchic_Psychopathy_Measure_Manual.pdf
- Patrick, C.J., Bradley, M.M. y Lang, P.J. (1993). Emotion in the criminal psychopath: Startle reflex modulation. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 82-92.
- Patridge, G.E. (1930). Current conceptions of psychopathic personality. *The American Journal of Psychiatry*, 87, 53-99.
- Patró Hernández, R. y Limiñana Gras, R. (2005). Víctimas de violencia familiar: consecuencias psicológicas en hijos de mujeres maltratadas. *Anales de Psicología*, 21, 11-17.
- Patterson, J. (2002). Understanding family resilience. *Journal of Clinical Psychology*, 58, 233-246.

- Paulhus, D.L., Neumann, C.S., & Hare, R.D. (en prensa). *Manual for the self-report psychopathy scale*. Toronto: Multi-Health Systems.
- Paulhus, D.L. y Williams, K.M. (2002). The Dark Triad of personality: Narcissism, Machiavellianism, and psychopathy. *Journal of Research in Personality*, 36, 556-563.
- Pedrero Pérez, E.J. (2009) Evaluación de la impulsividad funcional y disfuncional en adictos a sustancias mediante el Inventario de Dickman. *Psicothema*, 2, 585-591.
- Pedrero Pérez, E.J. y Rojo Mota, G. (2008). Diferencias de personalidad entre adictos a sustancias y población general. Estudio con el TCI-R de casos clínicos con controles emparejados. *Adicciones*, 20, 251-262.
- Pelissier, B.M.M. y O'Neil, J.A. (2000). Antisocial personality and depression among incarcerated drug treatment participants. *Journal of Substance Abuse*, 11, 379-393.
- Peña, E. (2010) *Conducta antisocial en adolescentes: factores de riesgo y de protección*. Tesis doctoral sin publicar. Universidad Complutense de Madrid, España. Recuperado el 19 de Julio de 2014 desde <http://eprints.ucm.es/12024/1/T28264.pdf>.
- Pérez, J. (1986). Teoría de Eysenck sobre la criminalidad: el resultado de la investigación. *Psiquis*, 7, 35-51.
- Perkins, M.L., Reeves, J.E. (1975). The Cattell 16 PF as a measure of inmate offense types. *Journal of Clinical Psychology*, 31, 35-40.
- Peset, J.L. y Peset, M (1975). *Lombroso y la Escuela Positivista Italiana*. Madrid: CSIC.
- Pfabigan, D., Seidel, E., Wucherer, A., Keckeis, K., Derntl, B. y Lamm, C. (2015). Affective empathy differs in male violent offenders with high- and low-trait psychopathy. *Journal of Personality Disorders*, 29, 42-61.
- Pham, T.H. (2012). Psychopathy and traumatic stress. *Journal of Personality Disorders*, 26, 213-225.
- Pham, T.H., Remy, S., Dailliet, A. y Lienard, L. (1998). Psychopathie et evaluation des comportements violents en milieu psychiatrique de securité. *L'Encephale*, 24, 173-179.

- Pham, T. y Saloppé, X. (2013). Influence of psychopathy on self-perceived quality of life in forensic patients: A cohort study in Belgium. *Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*, 24, 31-47. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Pham, T.H., Vanderstucken, O., Philippot, P. y Vanderlinden, M. (2003). Selective attention and executive functions deficits among criminal psychopaths. *Aggressive Behavior*, 29, 393-405
- Phil, R. (2002). La violencia derivada del consumo de alcohol. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp. 103-117). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Pincus, J. (2002). Violencia y neurobiología. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp.79-102). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Pliszka, S.R. Sherman, J.O., Barrow, M.V. e Irick, S. (2000). Affective disorder in juvenile offenders: A preliminary study. *The American Journal of Psychiatry*, 157, 130-2.
- Plourde, Ch., Brochu, S. (2002). Drugs in prison: A break in the pathway. *Substance Use and Misuse*, 37, 47-63.
- Pollack, S.D. y Sinha, P.(2002). Effects of early experience on children's recognition of facial displays of emotion. *Developmental Psychology*, 38, 784-791.
- Pollock, P.H. (1999) When the killer suffers: post-traumatic stress reactions following homicide. *Legal and Criminological Psychology*, 4, 185-202.
- Porter, S., ten Brinke, L., Baker, A. y Wallace, B. (2011). Would I lie to you? "Leakage" in deceptive facial expressions relates to psychopathy and emotional intelligence. *Personality and Individual Differences*, 51, 133-137. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

- Posey, C.D. y Hess, A.K. (1985). Aggressive response sets and subtle-obvious Minnesota Multiphasic personality inventory scale distinctions in male offenders. *Journal of Personality Assessment*, 49, 235-239.
- Powell, K.F. (2001). An investigation of self-injurious behaviors and the relationship between traumatic experiences and self-injurious behavior in prison. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 61(7-B) 3856. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Poythress, N.G., Edens, J.F. y Lilienfeld, S.O. (1998). Criterion-related validity of the psychopathic personality inventory in a prison sample. *Psychological Assessment*, 10, 426-430.
- Poythress, N.G., Skeem, J.L. y Lilienfeld, S.O. (2006). Associations among early abuse, dissociation, and psychopathy in an offender sample. *Journal of Abnormal Psychology*, 115, 288-297.
- Price, S.D., Salekin, R.T., Klinger, M.R. y Barker, E.D. (2013). Psychopathy and depression as predictors of psychosocial difficulties in a sample of court evaluated adolescents. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 41, 261-269.
- Purves, D., Augustine, G.J., Fitzpatrick, D., Katz, L.C., LaMantia, A.S., McNamara, J.O. (2001). *Invitación a la Neurociencia*. Madrid: Panamericana. (Orig. 1997).
- Putkonen, A., Kotilainen, I., Joyal, C.C. y Tiihonen, J. (2004). Comorbid personality disorders and substance use disorders of mentally ill homicide offenders: a structured clinical study on dual and triple diagnoses. *Schizophrenia bulletin*, 30, 59-72.
- Quinsey, V.L., Harris, G.T., Rice, M.E. y Cormier, C.A. (1999). Violent offenders. *Appraising and managing risk*. Washington DC: American Psychological Association.
- Radovic, S. y Höglund, P. (2014). Explanations for violent behaviour - An interview study among forensic in-patients. *International Journal of Law and Psychiatry*, 37, 142-148.
- Rager, P., Bénézech, M., Bourgeois, M.(1986). Application of D.S.M. III to prison psychiatry: apropos of 100 diagnostic evaluations. *Annales Medico Psychologiques*, 144, 94-102.

- Ragsdale, K.A. y Bedwell, J.S. (2013). Relationships between dimensional factors of psychopathy and schizotypy. *Frontiers in Psychology*, 4. Recuperado el 19 de Julio de 2014 desde <http://journal.frontiersin.org/Journal/10.3389/fpsyg.2013.00482/full>.
- Raine, A. (1993). The psychopathology of crime: Criminal behavior as a clinical disorder. San Diego: Academic Press.
- Raine, A. (1996). Autonomic nervous system factors underlying disinhibited, antisocial, and violent behavior. Biosocial perspectives and treatment implications. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 794, 46-59.
- Raine, A. (2000). Psicopatía, violencia y neuroimagen. En Raine, A., Sanmartín, J. (eds). *Violencia y psicopatía* (pp. 59-85). Barcelona, Ariel.
- Raine, A. (2001, octubre). Bases biosociales de la violencia. Comunicación presentada en el Curso Magistral Bases Biosociales de la Violencia. Valencia, España.
- Raine, A., Buchsbaum, M.S. y La Casse, L. (1997). Brain abnormalities in murderers indicated by positron emission tomography, *Biological Psychiatry*, 42, 495-508.
- Raine, A. e Ishikawa S. (2002). La mente violenta: nuevas perspectivas del cerebro a través de las neuroimágenes.(pp.137-154). Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *Actas de la VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp. 11-20). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Raine, A., Lencz, T., Taylor, K., Hellige, J.B., Bihrlé, S., Lacasse, L. et al. (2003). Corpus callosum abnormalities in psychopathic antisocial individuals. *Archives of General Psychiatry*, 60, 1134-42.
- Raine, A., Meloy, J.R., Bihrlé, D., Stoddard, J., LaCasse, L. y Buchsbaum, M.S. (1998). Reduced prefrontal and increased subcortical brain functioning assessed using positron emission tomography in predatory and affective murderers. *Behavioral Sciences & the Law*, 16, 319-332.

- Raine, A., Moffitt, T.E., Caspi, A., Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M y Lynam, D. (2005). Neurocognitive impairments in boys on the life-course persistent antisocial path. *Journal of Abnormal Psychology*, 114, 38-49.
- Raine, A., Phil, D., Stoddard, J., Bihle, S., Buchsbaum, M. (1998), Prefrontal glucose deficits in murderers lacking psychosocial deprivation. *Neuropsychiatry, Neuropsychology, and Behavioral neurology*, 11, 1-7.
- Raine, A., Venables, P.H. y Williams, M. (1990). Relationships between Central and Autonomic measures of arousal at age 15 and criminal behavior at age 24 years. *Archives of General Psychiatry*, 47, 1003-1007.
- Raine, A., Venables, P.H., Williams, M. (1995). High autonomic arousal and electrodermal orienting at age 15 and criminal behavior at age 29 years. *The American Journal of Psychiatry*, 152, 1595-1600.
- Ramírez, J.M. y Andreu, J.M. (2006). Aggression, and some related psychological constructs (anger, hostility and impulsivity). *Neuroscience and biobehavioral Reviews*, 30, 276-291.
- Ramos, J.M., Sancho, M.J., Cachero, P., Vara, M.T., e Iturria, B. (2009). El temperamento infantil en el ámbito de la prevención primaria. Relación con el cociente de desarrollo y su modificabilidad. *Clínica y Salud*, 20, 67-78.
- Rasmussen, K., Almvik, R. y Levander, S. (2001). Attention deficit hyperactivity disorder, reading disability, and personality disorders in a prison population. *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 29, 186-193.
- Real Academia Española (1992). Diccionario de la lengua española. Madrid: Espasa Calpe.
- Rechea Alberola, C., Fernández Molina, E. y Benítez Jiménez, M.J. (2004). Tendencias sociales y delincuencia. Centro de Investigación en Criminología. Recuperado el 29 de mayo de 2009 desde <http://www.uclm.es/criminologia/pdf/11-2004.pdf>.
- Redondo, S., Funes, J. y Luque, E. (1994). *Justicia Penal y Reincidencia*. Barcelona: Jaume Callís.

- Ressler, R.K. y Shachtman, T. (2005). *Dentro o del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie*. Barcelona: Alba.
- Retzlaff, P., Stoner, J. y Kleinsasser, D. (2002). The use of the MCMI-III in the screening and triage of offenders. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 46, 319-332.
- Reuter, E.K., Wallbrown, F.H. y Barnett, R.W. (1988). Examining 16-PF scores for male felons in a reception and diagnostic center: Part II. Cross-validating four-point codes. *Psychological Reports*, 63, 283-286.
- Reuter, E.K., Wallbrown, F.H. y Barnett, R.W. (1989). Comparing 16-PF scores for two groups of offenders. *Psychological Reports*, 64, 287-290.
- Reyes, A.A. (2013). Childhood and adolescent precursors most salient to prediction of psychopathy checklist-revised scores. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 74, 6-B(E). Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Rice, M.E. y Harris, G.T. (1992). A comparison of criminal recidivism among schizophrenic and nonschizophrenic offenders. *International Journal of Law and Psychiatry*, 15, 397-408.
- Rice, M.E. y Harris, G.T. (1995). Psychopathy, schizophrenia, alcohol abuse, and violent recidivism. *International Journal of Law and Psychiatry*, 18, 333-342.
- Riches, V.C., Parmenter, T.R., Wiese, M. y Stancliffe, R.J. (2006). Intellectual disability and mental illness in the NSW criminal justice system. *International Journal of Law and Psychiatry*, 29, 386-96.
- Riesco, Y., Pérez Urdaniz, A., Rubio, V., Izquierdo, J.A., Sánchez Iglesias, S., Santos, JM. y Carrasco, J.L. (1998). The evaluation of personality disorders among inmates by IPDE and MMPI. *Actas Luso Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines*, 26, 151-54.
- Rivacoba, M. (1991). Significado de Victoria Kent en la vida política y la penitenciaria de España. En: VII Jornadas Penitenciarias Andaluzas (pp.21-29). Torremolinos (Málaga): Consejería de Gobernación de la Junta de Andalucía.

- Rocheleau, A.M. (2015). Ways of coping and involvement in prison violence. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 59, 359-383. Resumen obtenido el 5 de mayo de 2015 desde la base de datos de PsycINFO.
- Rodríguez-Díaz, F.J., Bringas-Molleda, C., de la Villa Moral-Jiménez, M., Pérez-Sánchez, B. y Ovejero-Bernal, A. (2013). Relationship between psychoactive substance use and family maltreatment: A prison population analysis. *Anales de Psicología*, 29, 360-367.
- Rodriguez, N., Smith, H. y Zatz, M.S. Youth is enmeshed in a highly dysfunctional family system. Exploring the relationship among dysfunctional families, parental incarceration, and juvenile court decision making. *Criminology*, 47, 177 – 208. Resumen obtenido el 27 de marzo de 2010 desde <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1745-9125.2009.00142.x/abstract>
- Rodríguez Fornells, A., López Capdevila, J.M. y Andrés-Pueyo, A. (2002). Personalidad y comportamiento penitenciario. *Psicothema*, 14, 90-100.
- Rodrigo López, M. J., Camacho Rosales, J., Máiquez Chávez, M. L., Byrne, S. y Benito Cruz, J. M. (2009). Factores que influyen en el pronóstico de recuperación de las familias en riesgo psicosocial: el papel de la resiliencia del menor. *Psicothema*, 21, 90-96.
- Ross, R.R. (1999) ¿Tiene la psicopatía algún tratamiento eficaz? En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *IV Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Psicópatas y asesinos en serie*, 4d (pp.1-10). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Rousseau, J.J. (1984). *El contrato social*. Madrid: Buma. (Orig. 1762).
- Roussy, S. y Toupin, J. (2000) Behavioral inhibition deficits in juvenile psychopaths. *Aggressive Behavior*, 26, 413-424.
- Rutter, M., Silberg, J., O'Connor, T. y Simonoff, E. (1999). Genetics and child psychiatry: II Empirical research findings. *Journal of Child Psychology and Psychiatry and allied disciplines*, 40, 19-55.

- Sadeh, N., Javdani, S. y Verona, E. (2013). Analysis of monoaminergic genes, childhood abuse, and dimensions of psychopathy. *Journal of Abnormal Psychology*, 122, 167-179. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Sadeh, N., Spielberg, J.M., Heller, W., Herrington, J.D., Engels, A., Warren, S.L. *et al.* (2013). Emotion disrupts neural activity during selective attention in psychopathy. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 8, 235-246. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Sallquist, J.V., Eisenberg, N., Spinrad, T. L., Reiser, M., Hofer, C., Zhou, Q., Liew, J., Eggum, N. (2009). Positive and negative emotionality: Trajectories across six years and relations with social competence. *Emotion*, 9, 15-28.
- Samuels, J., Bienvenu, O.J., Cullen, B., Costa, P.T. Jr., Eaton, W.W. y Nestadt. G. (2004). Personality dimensions and criminal arrest. *Comprehensive Psychiatry*, 45, 275-80.
- Samuelsson, S., Gustavsson, A., Herkner, B. y Lundberg, I. (2000). Is the frequency of dyslexic problems among prison inmates higher than in a normal population? *Reading and Writing*, 13, 297-312. Resumen obtenido el 21 de abril de 2010 desde la base de datos de PsycINFO.
- Sandoval, A.M.R., Hancock, D., Poythress, N., Edens, J.F. y Lilienfeld, S. (2000). Construct validity of the Psychopathic Personality Inventory in a correctional sample. *Journal of Personality Assessment*, 74, 262-281.
- Sánchez Gutiérrez, A.E. (2000). Responsabilidad, ley, salud mental. Reflexiones en torno al nuevo Código Penal. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 20, 109-126. Recuperado el 28 de marzo de 2014 desde: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265022269010>
- Sandvik, A.M., Hansen, A.L., Hystad, S.W., Johnsen, B.H. y Bartone, P.T. (2015). Psychopathy, anxiety, and resiliency Psychological hardiness as a mediator of the psychopathy–anxiety relationship in a prison setting. *Personality and Individual Differences*, 72, 30-34.
- Sanmartín, J. (2000). Concepto e historia del asesino en serie. En: Raine, A., Sanmartín, J. *Violencia y psicopatía* (pp.133-151). Barcelona: Ariel.

- Sanmartín, J. (2002). Emoción, razón y violencia. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *Actas de la VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp. 11-20). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Schaich Borg, J., Kahn, R.E., Sinnott-Armstrong, W., Kurzban, R., Robinson, P.H. y Kiehl, K.A. (2013). Subcomponents of psychopathy have opposing correlations with punishment judgments. *Journal of Personality and Social Psychology*, 105, 667-687.
- Schmitt, W.A. y Newman, J.P. (1999). Are all psychopathic individuals low-anxious? *Journal of Abnormal Psychology*, 108, 353-8.
- Schmitt, W.A., Brinkley, C.A. y Newman, J.P. (1999). Testing Damasio's somatic marker hypothesis with psychopathic individuals: risk takers or risk averse? *Journal of Abnormal Psychology*, 108, 538-543.
- Schneider, K. (1980) *Las personalidades psicopáticas*. Madrid: Morata (Orig.1923).
- Schoenleber, M., Sadeh, N. y Verona, E. (2014). Parallel syndromes: Two dimensions of narcissism and the facets of psychopathic personality in criminally involved individuals. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 21, 113-127.
- Schulreich, S., Pfabigan, D.M., Derntl, B. y Sailer, U. (2013) Fearless Dominance and reduced feedback-related negativity amplitudes in a time-estimation task. Further neuroscientific evidence for dual-process models of psychopathy. *Biological Psychology*, 93, 352-363.
- Sellbom, M., Ben-Porath, Y.S., Patrick, Ch.J., Wygant, D.B., Gartland, D.M. y Stafford, K.P. (2012). Development and construct validation of MMPI-2-RF indices of global psychopathy, fearless-dominance, and impulsive-antisociality. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 3, 17-38. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Seara-Cardoso, A., Neumann, C., Roiser, J., McCrory, E. y Viding, E. (2012). Investigating associations between empathy, morality and psychopathic personality traits in the general population. *Personality and Individual Differences*, 52, 67-71.

- Semiz, U.B., Basoglu, C., Oner, O., Munir, K.M., Ates, A., Algul, A., Ebrinc, S. y Cetil, M. (2008). Effects of diagnostic comorbidity and dimensional symptoms of attention-deficit-hyperactivity disorder in men with antisocial personality disorder. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 42, 405-13.
- Serbin L.A., Karp, J. (2004). The intergenerational transfer of psychosocial risk: mediators of vulnerability and resilience. *Annual Review of Psychology*, 55, 333-63
- Serin, R.C. (1996). Violent recidivism in criminal psychopaths. *Law and Human Behavior*, 20, 207-217.
- Serrano Gómez, Alfonso (2007). *Historia de la criminología en España*. Madrid: Dykinson
- Shaffer, C.E., Waters, W.F., Adams, S.G. (1994). Dangerousness assessing the risk of violent behavior. *Journal of consulting and Clinical Psychology*, 62, 1064-1068.
- Shaw, J., Hunt, I.M., Flynn, S., Meehan, J., Robinson, J., Bickley, H., Parsons, R., McCann, K., Burns, J., Amos, T., Kapur, N., Appleby, L. (2006). Rates of mental disorder in people convicted of homicide. National clinical survey. *The British Journal of Psychiatry*, 188,143-7.
- Shelton, R.R. (1999). Relationships between frontal lobe functioning, psychopathy, and aggression in a sample of male juvenile delinquents. *Dissertation Abstracts Intemational: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(12-B) 6496. Resumen obtenido el 13 de febrero de 2001 desde la base de datos de PsycINFO.
- Shine, J. y Hobson, J. (1997). Construct validity of the Hare psychopathy checklist, revised, on a UK prison population. *Journal of Forensic Psychiatry*, 8, 546-561.
- Siegel, L.J. (1999). Executive functioning characteristics associated with psychopathy in incarcerated females (women inmates). *Dissertation Abstracts Intemational: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(11-B), 6112. Resumen obtenido el 13 de febrero de 2001 desde la base de datos de PsycINFO.
- Siegel, L. J. (1998). *Criminology. Theories, Patterns, and Typologies*. Belmont: Wadsworth Publishing.

- Siennick, S.E., Staff, J. (2009). Explaining the educational deficits of delinquent youths. *Criminology*, 46, 609 – 635.
- Silva, F., Martorell, C., Clemente, A. y Mestre, V. (1990). Una escala para la predicción de menores delincuentes. *Delincuencia*, 2, 187-192.
- Silver, E., Arseneault, L., Langley, J., Caspi, A. y Moffitt, T.E. (2005). Mental Disorder and violent victimization in a total birth cohort. *American Journal of Public Health* 95, 2015–2021.
- Skilling, T.A., Harris, G.T., Rice, M.E. y Quinsey, V.L. (2002). Identifying persistently antisocial offenders using the Hare Psychopathy Checklist and DSM antisocial personality disorder criteria. *Psychological Assessment*, 14, 27-38.
- Silverthorn, P. y Frick, J.P. (1999). Developmental pathways to antisocial behavior: te delayed-onset pathways in girls. *Development and Psychopathology*, 11, 101-126.
- Simón, V. (2002). Cerebro y violencia: problemas sociales y culturales. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *VI Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Violencia, mente y cerebro* (pp. 75-77). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Simonoff, E., Elander, J., Holmshaw, J., Pickles, A., Murray, R., Rutter, M. (2004). Predictors of antisocial personality. Continuities from childhood to adult life. *The British Journal of Psychiatry*, 184, 118-27.
- Slaton, B.J., Kern, R.M. y Curlette, W.L. (2000). Personality profiles of inmates. *The Journal of Individual Psychology*, 56, 88-109.
- Smith, A.M. (2000). An fMRI investigation of frontal lobe functioning in psychopathy and schizophrenia during a go/no go task. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*. 61(1-B) 128. Resumen obtenido el 19 de noviembre de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Smith, C.S. Y Hung, L-C. (2012). The relative influence of conduct problems and attention-deficit hyperactivity disorder in the development of adolescent psychopathy. *Aggression*

and Violent Behavior, 17, 575-580. Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.

Snowden, R.J., Gray, N.S., Pugh, S. y Atkinson, G. (2013). Executive function as a function of sub-clinical psychopathy. *Personality and Individual Differences*, 55, 801-804

Solbakk A.K., Reinvang I., Nielsen C. y Sundet K. (1999). ERP indicators of disturbed attention in mild closed head injury: A frontal lobe syndrome? *Psychophysiology*, 36, 802-817.

Soria, M.A. y Armadans, I. (2008). Las pruebas periciales: Tipologías y relación con las distintas causas judiciales penales. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 8 (6) Recupado el 20 de mayo de 2009 desde <http://www.criminologia.net/pdf/reic/ano6-2008/a62008art8.pdf>

Spironelli, C., Segrè, D., Stegagno, L. y Angrilli, A. (2014). Intelligence and psychopathy: A correlational study on insane female offenders. *Psychological Medicine*, 44, 111-116.

Spitzer, R.L., Gibbon, M., Skodol, A.E., Williams, J.B.W. y First, M.B. (1995). DSM-IV. Libro de casos. Barcelona: Masson.

Spitzer, C., Dudeck, M., Liss, H., Orlob, S., Gillner, M. y Freyberger, H.J. (2001). Post-traumatic stress disorder in forensic inpatients. *Journal of Forensic Psychiatry*, 12, 63-77

Stalenheim, E.G. (2004). Long-term validity of biological markers of psychopathy and criminal recidivism: follow-up 6-8 years after forensic psychiatric investigation. *Psychiatry Research*, 121, 281- 91.

Staner, L. y Mendlewicz, J. (1998). Héredité et rôle de la sérotonine dans les comportements agressifs impulsifs. *L'Encephale*, 24, 355-364.

Stanley, J.H., Wygant, D.B., Sellbom, M. (2013). Elaborating on the construct validity of the Triarchic Psychopathy Measure in a criminal offender sample. *Journal of Personality Assessment*, 95, 343-350.

Steiner, H., García, I.G. y Matthews, Z. (1997). Posttraumatic stress disorder in incarcerated juvenile delinquents. *Journal of the American Academy of Child and Adolescence Psychiatry*, 36, 357-65.

- Streetsky, P.B y Lynch, M.J. (2001). The relationship between lead exposure and homicide. *Archives of Pediatrics & Adolescent Medicine*, 155, 579-82.
- Suter, J.M., Byrne, M.K., Byrne, S., Howells, K., Day, A. (2002). Anger in prisoners: Women are different from men. *Personality and Individual Differences*, 32, 1087-1100.
- Sutherland, E.H. y Cressey, D.R. (1960). Principles of criminology. En: Göppinger, H. (1975). Criminología. Instituto Editorial Reus S.A.: Madrid.
- Syngelaki, E. M., Moore, S.C., Savage, J., Fairchild, G., Van Goozen, S. (2009). Executive functioning and risky decision making in young male offenders. *Criminal Justice and Behavior* 36, 1213-1227.
- Tammany, J.M., Evans, R.G y Barnett, R.W. (1990). Personality and intellectual characteristics of adult male felons as a function of offense category. *Journal of clinical psychology*, 46, 906-911.
- Taylor, J., Loney B.R., Bobadilla, L., Iacono, W.G. y McGue, M. (2003). Genetic and environmental influences on psychopathy trait dimensions in a community sample of male twins. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 31, 633-45.
- Teicher, M.H.(2000). Wounds That Time Won't Heal: The Neurobiology of Child Abuse. *Cerebrum. The Dana Forum on Brain Science*, 2, (4). Recuperado el 30 de agosto de 2014 desde http://dana.org/Cerebrum/2000/Wounds_That_Time_Won%E2%80%99t_Heal__The_Neurobiology_of_Child_Abuse/
- Tendlarz, S.E. y García C.D. (2008). *¿A quién mata el asesino?* Buenos Aires: Grama.
- Thebus, K. (2013). Is it low self-control? low self-control crime theory examined with 16PF "Big 5" Global personality factor self control using a sample of incarcerated adult males. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 73, 12-B(E). Resumen obtenido el 21 de mayo de 2014 desde la base de datos de PsycINFO.
- Thompson, R., Wiley, T.R.A., Lewis, T., English, D.J., Dubowitz, H., Litrownik, A.J. *et al.* (2012). Links between traumatic experiences and expectations about the future in high

risk youth. *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy*, 4, 293-302.

Resumen obtenido el 21 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.

Thompson Gershoff, E (2002). Corporal punishment by parents and associated child behaviors and experiences: A meta-analytic and theoretical review. *Psychological Bulletin*, 128, 539–579.

Tiet.,Q.Q., Bird, H.R., Davies, M., Hoven, C., Cohen, P., Jensen P.S. y Goodman, S.(1998). Adverse life events and resilience. *Journal of the American Academy of Child and Adolescence Psychiatry*, 37, 1191-1200.

Tomás y Valiente, F. (1994). *La tortura en España: Estudios históricos*. Barcelona: Ariel.

Tonnaer, F., Cima, M., Sijtsma, K., Uzieblo, K., Lilienfeld, S.O. (2013). *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 35, 153-161.

Toombs, N.J., Benda, B. y Corwyn, R.F. (2000). Violent youth in boot camps for non-violent offenders. *Journal of Offender Rehabilitation*, 31, 113-133.

Tremblay , R.E. (2000). The development of aggressive behaviour during childhood: what have we learned in the past century?. *International Journal of Behavioural Development*, 24, 129-141.

Tremblay, R.E. y Nagin, D.S. (2005). The developmental origins of physical aggression in humans. En: Tremblay, R.E.,Hartup, W.W.,Archer, J. (dirs.), *Developmental Origins Of Aggression*, (pp. 83-101). New York: The Guilford Press.

Tribolet-Hardy, F., Vohs, K., Mokros, A. y Habermeyer, E. (2014). Psychopathy, intelligence, and impulsivity in German violent offenders. *International journal of law and psychiatry*, 37, 238-244.

Trzesniewski, K.H., Moffitt, T.E., Caspi, A., Taylor, A. y Maughan, B. (2006). Revisiting the Association between Reading Achievement and Antisocial Behavior: New evidence of an environmental explanation from a twin study. *Child Development*, 77, 72 – 88.

- Tuominen, T., Korhonen, T., Hämäläinen, H., Temonen, S., Salo, H. Katajisto, J. *et al.* (2014). Neurocognitive disorders in sentenced male offenders: Implications for rehabilitation. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 24, 36-48.
- Tyrer, P., Gunderson, J., Lyons, M. y Tohen, M.J. (1997). Extent of comorbidity between mental state and personality disorders. *Personality Disorders*, 11, 242-59.
- Uno, H., Eisele, S., Sakai, A., Shelton, S., Baker, E., De Jesus, O. y Holden, J. (1994). Neurotoxicity of glucocorticoids in the primate brain. *Hormones and Behavior*, 28, 336-348.
- Unver, Y., Yuce, M., Bayram, N. y Bilgel, N. (2013). Prevalence of depression, anxiety, stress, and anger in Turkish prisoners. *Journal of forensic sciences*, 58, 1210-1218.
- Usher, AM., Stewart, L.A. y Wilton, G. (2013). Attention deficit hyperactivity disorder in a Canadian prison population. *International Journal of Law and Psychiatry*, 36, 311-315.
- Vachon, D.D., Lynam, D.R., Widiger, T.A., Miller, J.D., McCrae, R.R. y Costa, P.T. (2013). Basic traits predict the prevalence of personality disorder across the life span: The example of psychopathy. *Psychological Science*, 24, 698-705.
- Van Honk, J., Hermans, E.J., Putman, P., Montagne, B. y Schutter, D.J. (2002). Defective somatic markers in sub-clinical psychopathy. *Neuroreport*, 13, 1025-7.
- Van Honk, J., Schutter, D.J., Hermans, E.J. y Putman, P. (2003). Low cortisol levels and the balance between punishment sensitivity and reward dependency. *Neuroreport*, 14, 1993-96.
- Vázquez Mezquita, B. (1999). Estudio de la psicopatía en el ámbito de la evaluación psicológica. En Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (dir), *IV Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia: Psicópatas y asesinos en serie*, 2e (pp.1-2). Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Vela, A. (2001). Tópicos (típicos) de la psicología penitenciaria: La personalidad. *Boletín de la Asociación de Técnicos de Instituciones Penitenciarias*, 4, 18-19.

- Vera Poseck, B., Carbelo Baquero, B., Vecina Jiménez, M.L. (2006). La experiencia traumática desde la psicología positiva. Resiliencia y crecimiento postraumático. *Papeles del Psicólogo*, 27, 40-49.
- Veneziano, C., Veneziano, L., Le Grand, S. y Richards, L. (2004). Neuropsychological executive functions of adolescent sex offenders and non sex offenders. *Perceptual and Motor Skills*, 98, 661-674.
- Verdejo A., Aguilar de Arcos F. y Pérez García M. (2004). Alteraciones de los procesos de toma de decisiones vinculados al córtex prefrontal ventromedial en pacientes drogodependientes. *Revista de Neurología*, 38, 601-606.
- Verona, E., Patrick, C.J. y Joiner, T.E. (2001). Psychopathy, antisocial personality and suicide risk. *Journal of abnormal psychology*, 110, 462-470.
- Verona, E., Sprague, J. y Javdani, S. (2012). Gender and factor-level interactions in psychopathy: Implications for self-directed violence risk and borderline personality disorder symptoms. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 3, 247-262.
- Vigil-Colet, A., Morales-Vives, F., y Tous, J. (2008). The Relationships between Functional and Dysfunctional Impulsivity and Aggression across Different Samples. *Spanish Journal of Psychology*, 11, 480-487.
- Viding, E., Jones, A.P., Frick, P.J., Moffitt, T.E. y Plomin, R. (2008). Heritability of antisocial behaviour at 9: do callous-unemotional traits matter? *Developmental Science*, 11, 17-22.
- Voisin, D.R. (2010). The effects of family and community violence exposure among youth. Recommendations for practice and policy. *Journal of Social Work Education*, 43, 55-66.
- Von Krafft-Ebing, R. (2000). *Psychopathia sexualis*. Valencia: La máscara (Orig.1886).
- Vrca, A. y Malinar, M. (1996). Pathological brain stem evoked potentials in tortured prisoners of war. *Croatian Medical Journal*, 37, 35-37. Resumen obtenido el 28 de mayo de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.

- Wakefield, J.C., Pottick, K.J. y Kirk, S.A. (2002). Should the DSM-IV Diagnostic Criteria for Conduct Disorder Consider Social Context? *American Journal of Psychiatry*, 159, 380–386.
- Walker, J. y Bowes, N. (2013). The evaluation of violent thinking in adult offenders and non-offenders using the Maudsley Violence Questionnaire. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 23, 113-123.
- Walker, R., Staton, M. y Leukefeld, C.G. (2001). History of head injury among substance users: Preliminary findings. *Substance Use and Misuse*, 36, 757-770.
- Wall, T.D., Sellbom, M. y Goodwin, B.E. (2013). Examination of intelligence as a compensatory factor in non-criminal psychopathy in a non-incarcerated sample. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 35, 450-459.
- Wallinius, M., Johansson, P., Larden, M. Y Dernevik, M. (2011). Self-serving cognitive distortions and antisocial behavior among adults and adolescents. *Criminal Justice and Behavior*, 38, 286-301.
- Wallinius, M., Nilsson, T., Hofvander, B., Anckarsäter, H. y Stålenheim, G. (2012). Facets of psychopathy among mentally disordered offenders: Clinical comorbidity patterns and prediction of violent and criminal behavior. *Psychiatry Research*, 198, 279-284.
- Walters, G.D. (1985). Scale 4 (Pd) of the MMPI an the diagnosis antisocial personality disorder. *Journal of Personality Assessment*, 49, 474-476.
- Walters, G.D. (1986). Screening for psychopathology in groups of black and white prison inmates by means of the Minnesota Multiphasic personality inventory. *Journal of Personality Assessment*, 50, 257-264.
- Walters, G.D. (1988). Assessing dissimulation and denial on the MMPI in a sample of maximum security, male inmates. *Journal of Personality Assessment*, 52, 465-474.
- Walters, G.D. (1995). The Psychological Inventory of Criminal Thinking Styles: Part I. Reliability and preliminary validity. *Criminal Justice and Behavior*, 22, 307-325.

- Walters, G.D. (2001). Revised validity scales for the Psychological Inventory of Criminal Thinking Styles (PICTS). *Journal of Offender Rehabilitation*, 32, 1-13.
- Walters, G.D., Trgovac, M., Rychlec, M., DiFazio, R. y Olson, J.R. (2002). Assessing change with the Psychological Inventory of Criminal Thinking Styles: A controlled analysis and multisite cross-validation. *Criminal Justice and Behavior*, 29, 308-331.
- Warren, J.I., Hurt, S., Loper, A.B., Bale, R., Friend, R. y Chauhan, P. (2002). Psychiatric symptoms, history of victimization, and violent behavior among incarcerated female felons: An American perspective. *International Journal of Law and Psychiatry*, 25, 129-149.
- Watt, M.C., Frausin, S., Dixon, J. y Nimmo, S. (2000). Moral intelligence in a sample of incarcerated females. *Criminal Justice and Behavior*, 27, 330-355.
- Webster, C. D., Eaves, D., Douglas, K. S. y Wintrup (1995). *The HCR-20 scheme: the assessment of dangerousness and risk*. Simon Fraser University and British Columbia Forensic Psychiatric Services Commission, Canada.
- Wheeler, M., Kern, R., y Curlette, W. (1993). *BASIS-A Inventory*. Highlands, NC: TRT Associates, Inc.
- West, D.J. y Farrington, D.P. (1977). *The delinquent way of life*. Londres: Heinemann.
- Westerlaken, K.M. y Woods, P.R. (2013). The relationship between psychopathy and the Full Range Leadership Model. *Personality and Individual Differences*, 54, 41-46.
- White, R.J., Ackerman, R.J. y Caraveo, L.E. (2001). Self-identified alcohol abusers in a low-security federal prison: Characteristics and treatment implications. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 45, 214-227.
- Widiger, T.A., Cadoret, R., Hare, R., Robins, L., Rutherford, M., Zanarini, M., Alterman, A., Apple, M., Corbitt, E., Forth, A., Hart, S., Kultermann, J., Woody, G. y Frances, A. (1996). DSM-IV antisocial personality disorder field trial. *Journal of Abnormal Psychology*, 105, 3-16.

- Willemsen, J., De Ganck, J. y Verhaeghe, P. (2012). Psychopathy, traumatic exposure, and lifetime posttraumatic stress. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 56, 505-524.
- Williams, J.S. (2002). Psychopathy in instrumental and reactive violent offenders using MMPI-2 scales as predictors. Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering. 62(9-B) 4243. Resumen obtenido el 8 de mayo de 2009 desde la base de datos de PsycINFO.
- Williams, K.M., Paulhus, D.L. y Hare, R.D. (2007). Capturing the Four-Factor Structure of Psychopathy in College Students Via Self-Report. *Journal of Personality Assessment*, 88, 205-219.
- Wilson, J. y Herrnstein, R. (1985). *Crime and human nature*. NY: Simon & Schuster.
- Winberg Nodal, M., Vilalta Suárez, R.J. (2009). Evaluación de trastornos de personalidad mediante el Inventario Clínico Multiaxial (MCMI-II) en una muestra forense. *Psicothema*, 21, 610-614.
- Winchel, R.M. y M Stanley (1991). Self-injurious behavior: a review of the behavior and biology of self- mutilation. *American Journal of Psychiatry*, 148, 306-317.
- Withrow, B.L. (2001). An evaluation of classroom-based cognitive intervention in a correctional setting. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*. 61(12-A) 4957. Resumen obtenido el 30 de octubre de 2012 desde la base de datos de PsycINFO.
- Wortzel, H.S., Binswanger, I.A., Anderson, C.A. y Adler, L.E. (2009). Suicide among incarcerated veterans. *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 37, 82-91.
- Wu, T. y Barnes, J. C. (2013). Two dopamine receptor genes (DRD2 and DRD4) predict psychopathic personality traits in a sample of American adults. *Journal of Criminal Justice*, 41, 188-195.

- Yang, Y. y Raine, A. (2009). Prefrontal structural and functional brain imaging findings in antisocial, violent, and psychopathic individuals: A meta-analysis. *Psychiatry Research*, 174, 81–88.
- Young, M.H., Justice, J. y Erdberg, P. (1999). Risk factors for violent behavior among incarcerated male psychiatric patients: a multimethod approach. *Assessment*, 6, 243-58.
- Yourstone J, Lindholm T, Kristiansson M. (2008). Women who kill: a comparison of the psychosocial background of female and male perpetrators. *International Journal of Law and Psychiatry*, 31, 374-83.
- Zarella K.L., Schuerger J.M. y Ritz G.H. (1990). Estimation of MCMI DSM-III axis II constructs from MMPI scales and subscales. *Journal of Personality Assessment*, 55, 195-201.
- Zeier, J.D., Baskin–Sommers, A., Hiatt Racer, K. y Newman, J.P. (2012). Cognitive control deficits associated with antisocial personality disorder and psychopathy. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 31, 283-293.
- Zeier, J.D. y Newman, J.P. (2013). Feature-based attention and conflict monitoring in criminal offenders: Interactive relations of psychopathy with anxiety and externalizing. *Journal of Abnormal Psychology*, 122, 797-806.
- Zhou, J., Witt, K., Zhang, Y., Chen, Ch., Qiu, Ch., Cao, L. et al. (2014). Anxiety, depression, impulsivity and substance misuse in violent and non-violent adolescent boys in detention in China. *Psychiatry Research*, 216, 379-384. Resumen obtenido el 5 de mayo de 2015 desde la base de datos de PsycINFO.
- Zinzow, H.M., Ruggiero, K.J., Hanson, R. F., Smith, D.W., Saunders, B.E., Kilpatrick, D.G. (2009). Witnessed Community and Parental Violence in Relation to Substance Use and Delinquency in a National Sample of Adolescents. *Journal of Traumatic Stress*, 22, 525–533.
- Zlotnic, C. (1999). Antisocial personality disorder affect dysregulation and childhood abuse among incarcerated women. *Journal of Personality Disorders*, 13, 90-5.

ANEXO 1. REGISTRO DE DATOS PARA SUJETOS ENCARCELADOS

REGISTRO DE DATOS CONFIDENCIALES *

ENTREVISTADOR:					FECHA:				
Nº de identificación	Modulo	F. nacimiento	Lugar de nacimiento	Edad					
Edad al cometer el delito		Estado civil actual		Ha estado casado (nº)		Comunica actualmente con			
		Convivia al cometer el delito con		Nº hijos		Nº hijastros			
Nacionalidad		Etnia		Estudios		Profesión			
Situación penal		Régimen		Motivo del estudio					

©Teresa Martínez Díaz

I. INGRESO ACTUAL

TIEMPO EN PRISIÓN (en meses): Total _____ En r. ordinario _____ En r. cerrado _____ En r. Abierto _____

DIAGNÓSTICO ACTUAL (utilizar metodología DSM IV + PCL, si procede): _____

MEDICACIÓN ACTUAL Y PAUTA: _____

OBSERVACIONES _____

Delito/s	Víctima	Condena/s (años-meses-días)	Actitud hacia el delito			
	♂...□ ♀...□ niño□ No daña a personas...□ Amenazas.....□ Lesiones leves.....□ Lesiones graves.....□ Muertes.....□		Niega haber cometido el delito, es inocente □ No considera que hizo nada malo, no es un delito □ No le importa, no se siente mal por ello □ No tuvo elección, no pudo evitarlo □ La pena es excesiva para el mal causado □ Acepta su responsabilidad y la pena impuesta □ Otras _____ □			
		Suma (meses):				
Atenuantes y agravantes *	*Referirlas todas, anotar si existe algún diagnóstico psicopatológico peritado aunque no haya disminuido la pena. Consumo de alcohol o drogas al cometer el delito actual..... SI/NO					
Actividades en el centro	Ha solicitado	De entretenimiento		Realiza		
	_____ □ _____ □ _____ □ _____ □ _____ □ _____ □	Deportivas Terapéuticas Educación Reglada Formación profesional Trabajo productivo Destino funcional ◀ SUMAS TOTALES ▶		_____ □ _____ □ _____ □ _____ □ _____ □		
Sanciones actuales	Nº de faltas leves : _____ Nº de faltas graves : _____ Nº de faltas muy graves: _____	Sin cancelar	Canceladas	Suma Total de faltas:		
Quejas sobre la prisión*	*Según su opinión subjetiva, anotar todas las nombradas		No le ofrecen ayuda en sus problemas □ No le tratan correctamente □ No cubren sus necesidades básicas □ Se vulneran sus derechos □ Le maltratan física o psíquicamente □ Se queja de otros internos □ Tiene pequeñas quejas □ Otras _____ □			

*Registrar en abierto. Rodear palabra o número/s que corresponda. Rellenar casillas × (presente) □ (ausente) / (dudoso). En gris, las casillas que se rellenan exclusivamente con la **documentación oficial**; en las demás, **contrastar la información de la entrevista con el Equipo de Tratamiento y con la documentación disponible**. Es recomendable, además, anotar la impresión de verosimilitud.

II. HISTORIA INFANTIL, JUVENIL Y DE FAMILIA DE ORIGEN (f.o.)

Criterios por defecto: 0= ausencia 1= padre 2= madre 3= hermano/a/s 4= padrastro 5= madrastra 6= abuelos 7=otros
Especificar cada incidencia

Datos de la familia de origen (durante su infancia-adolescencia)			Carencias socioeconómicas <input type="checkbox"/> Emigración familiar <input type="checkbox"/> Hacinamiento <input type="checkbox"/> Familia uniparental <input type="checkbox"/> Padres separados <input type="checkbox"/> Hermanos divididos <input type="checkbox"/> Hermanos de varios progenitores 0-1-2 -4-5 Fallecimientos en familia de origen 0-1-2-3-4-5-6-7 Trastorno mental en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7 Toxicomanía en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7 Alcoholismo en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7 Delincuencia en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7 Violencia en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7 Prostitución en f.o. 0-1-2-3-4-5-6-7	
			Nº de factores familiares de riesgo	_____
Datos de la escolarización y estudios continuados	Ninguna o muy escasa (0) Primaria (1) Secundaria - F. P 1 (2) Bachillerato - F.P. 2 (3) Grado medio (4) Licenciatura o Superiores (5)		Problemas disciplinarios* <input type="checkbox"/> Problemas de ajuste social <input type="checkbox"/> Bajo rendimiento <input type="checkbox"/> Absentismo <input type="checkbox"/> Conductas delictivas <input type="checkbox"/> Conductas violentas <input type="checkbox"/> Violencia en su escuela <input type="checkbox"/>	
	*Anotar si el grado de indisciplina es: alto, moderado o bajo		Nº de factores escolares de riesgo	_____
Incidencias en la infancia y adolescencia	*Especificar el tipo de trastorno		Sobreprotección familiar <input type="checkbox"/> Falta de cuidados <input type="checkbox"/> Falta de un entorno familiar <input type="checkbox"/> Vivió en varios núcleos familiares <input type="checkbox"/> Vivió en un núcleo social violento <input type="checkbox"/> Percibió abusos en su entorno <input type="checkbox"/> Abandono por alguna figura parental 0-1-2-3-4-5-6-7 Fue maltratado 0-1-2-3-4-5-6-7 Sufrió abuso sexual 0-1-2-3-4-5-6-7 Se ha prostituido <input type="checkbox"/> Fugas del hogar <input type="checkbox"/> Intervención de Servicios Sociales <input type="checkbox"/> Internamientos <input type="checkbox"/> Fugas de internados <input type="checkbox"/> Otros incidentes traumáticos <input type="checkbox"/>	
			Nº de factores ambientales de riesgo	_____
			Trastornos psicopatológicos* <input type="checkbox"/> -hospitalización psiquiátrica <input type="checkbox"/> -no recibió psicoterapia <input type="checkbox"/> -no recibió medicación <input type="checkbox"/> -se abandonó el tratamiento <input type="checkbox"/> Se ha autolesionado <input type="checkbox"/> Tentativas suicidas <input type="checkbox"/> Enfermedades graves <input type="checkbox"/> -no recibió tratamiento por ellas <input type="checkbox"/> Accidentes <input type="checkbox"/> -no tuvo la rehabilitación necesaria <input type="checkbox"/> Secuelas por enfermedad-accidente <input type="checkbox"/>	
	Servicios Sociales – Menores:			
	Desde la edad de _____ años Nº de internamientos _____ Durante un total de _____ ms _____ días Nº de fugas _____ Tiempo que vivió solo _____ ms _____ días Edad de vida autónoma _____ años			
		Nº de factores de salud de riesgo	_____	
		Total factores de riesgo (infancia) : _____		

III. HISTORIA DE ADULTO Y FAMILIA ADQUIRIDA (f.a.)

Criterios por defecto: 0= no 1= pareja 2= hijo/a/s 3= hijastro/a/s 4= otros

Especificar cada incidencia

Antes del ingreso	No trabajaba (0) Sin cualificación (1) Empleo u oficio (2) Técnico con formación específica (3) Superior (4)			
Cualificación profesional	No ha trabajado nunca (0) Sin cualificación (1) Empleo u oficio experiencia ≥1 año (2) Técnico con formación específica (3) Superior (4)			
Consumo de estupefacientes	Opiáceos Cocaína, derivados Cannabis, derivados Ansiolíticos, hipnóticos Psicoestimulantes Alcohol Otros _____	Edad de Inicio <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____ <input type="checkbox"/> _____	Tratamiento/s: duración y tipo	Fecha último consumo: _____ _____ _____ _____ _____ _____
			Porcentaje de meses consumiendo drogas respecto a la edad : _____	
Datos de estilo de vida y convivencia	<i>*Marcar las incidencias para todo núcleo familiar que haya formado (matrimonio o convivencia) y especificarlas.</i>	Nº de relaciones de pareja * _____ Duración media (x) de las relaciones _____ meses Nº de hijos no reconocidos _____ Nº de parejas con hijos comunes _____ Carencias socioeconómicas <input type="checkbox"/> Emigración <input type="checkbox"/> Maltrato a familiares consanguíneos <input type="checkbox"/> Maltrato a amigos o convivientes <input type="checkbox"/> Maltrato a la familia adquirida <input type="checkbox"/> Abandona a la f.a. <input type="checkbox"/> Descuida a los hijos / hijastros <input type="checkbox"/> Fallecimientos en la f.a. 0-1-2-3-4 Trastorno mental en la f.a. 0-1-2-3-4 Toxicomanía en la f.a. 0-1-2-3-4 Alcoholismo en la f.a. 0-1-2-3-4 Delincuencia en la f.a. 0-1-2-3-4 Prostitución en la f.a. 0-1-2-3-4 Violencia de otros miembros de la f.a. 0-1-2-3-4		
		Nº de factores de desajuste familiar _____		
Incidencias en la vida adulta (incluir los ocurridos en prisión)	<i>*Anotar síntomas-signos psicopatológicos actuales, si los hubiera y un resumen de su historia anterior</i>	Edad de la 1ª relación sexual _____ Con profesional/amigo-a/novio-a/otro _____ Promiscuidad sexual <input type="checkbox"/> Trastorno o peculiaridad sexual <input type="checkbox"/> Trastornos psicopatológicos* <input type="checkbox"/> Hospitalización psiquiátrica <input type="checkbox"/> No recibió psicoterapia <input type="checkbox"/> No recibió medicación <input type="checkbox"/> No fue responsable con su medicación <input type="checkbox"/> Se ha autolesionado <input type="checkbox"/> Tentativas suicidas <input type="checkbox"/> Enfermedades graves <input type="checkbox"/> No recibió tratamiento por ellas <input type="checkbox"/> Accidentes <input type="checkbox"/> No tuvo la rehabilitación necesaria <input type="checkbox"/> Secuelas por enfermedad-accidente <input type="checkbox"/> Experiencias traumáticas (especificar) <input type="checkbox"/>		
		Nº de factores de riesgo sociosanitario _____		
		Total factores de riesgo (edad adulta): _____		

IV. RESUMEN DE ANTECEDENTES DELICTIVOS Y PENITENCIARIOS

(Incluido ingreso actual, a lo largo de la vida)

Ingresos en prisión	Edad del 1° delito ____ / relacionado con drogas <input type="checkbox"/> Ingresos en reformatorios <input type="checkbox"/> desde la edad de ____	N° de ingresos, con y sin condena: ____ Suma de todas las condenas (meses) ____ Tiempo pasado en prisión (meses) ____ Tiempo para libertad definitiva (meses) ____
	Condena condicional <input type="checkbox"/> incumple las condiciones <input type="checkbox"/> Edad del 1° ingreso en prisión ____	
Carrera delictiva <i>*(Anotad en columnas todas las sentencias con su fecha, al menos el año, delitos por los que le condena y pena para cada delito en años-meses-días)</i>	*ejemplo: 02-11-96 2 robos, 1 lesiones, 1 tia ("tenencia ilícita armas") = 2- 4 -1 x2 + 0 - 6 -0 + 0 - 6 -1 (etc).	
	Armas blancas <input type="checkbox"/> Armas de fuego <input type="checkbox"/> Amenazas <input type="checkbox"/> Lesiones <input type="checkbox"/> Muertes <input type="checkbox"/> Delincuencia organizada <input type="checkbox"/> Delitos predatorios <input type="checkbox"/> Delitos impulsivos <input type="checkbox"/> Versatilidad delictiva <input type="checkbox"/> Quebrantamientos de condena <input type="checkbox"/> N° total de delitos : ____ N° total de delitos violentos : ____	
Peculiaridades, atenuantes y agravantes *	*Referirlas todas con fecha de sentencia, anotar si existe algún diagnóstico peritado aunque no haya disminuido la pena.	
Curso penitenciario		Ordinario (en meses) ____ Cerrado (en meses) ____ Abierto (en meses) ____ L. Condicional (en meses) ____ N° de Permisos de Salida efectuados ____ N° de Indultos o penas sustituidas ____ N° de fracasos de 3° grado ____ N° de fracasos de L. Condicional ____ N° de fracasos de permisos ____
Actividades que ha realizado en prisión *	*Anotar las que ha mantenido al menos tres meses. **Especificar el tipo de terapia	De entretenimiento <input type="checkbox"/> Deportivas <input type="checkbox"/> Terapéuticas** <input type="checkbox"/> Educación Reglada <input type="checkbox"/> Formación profesional <input type="checkbox"/> Trabajo productivo <input type="checkbox"/> Destino funcional <input type="checkbox"/>
Historial de Sanciones	N° de faltas leves : ____ N° de faltas graves : ____ N° de faltas muy graves: ____	Delitos <input type="checkbox"/> Ninguna o alguna leve ocasional (0) Pocas y ocasionales (1) Frecuentes leves y/o alguna Grave (2) Frecuentes graves y/o alguna Muy Grave (3) Numerosas y algunas Muy Graves (4)
Beneficios y perjuicios subjetivos ocasionados por la prisión	Tratamiento psicoterapéutico <input type="checkbox"/> Tratamiento de drogodependencia <input type="checkbox"/> Orientación o apoyo psicosocial <input type="checkbox"/> Tratamiento médico <input type="checkbox"/> Formación o estudios <input type="checkbox"/> Trabajo productivo <input type="checkbox"/> Otros ____	Problemas con la familia <input type="checkbox"/> Problemas de salud <input type="checkbox"/> Problemas psiquiátricos <input type="checkbox"/> Problemas sociales <input type="checkbox"/> Problemas laborales <input type="checkbox"/> Problemas emocionales <input type="checkbox"/> Uso de drogas <input type="checkbox"/> Daños por violencia <input type="checkbox"/> Otros ____
Conflictos en la prisión*	*Comprobar con la documentación Ha estado en Prevención de Suicidios <input type="checkbox"/> Ha estado protegido en artículo 75 <input type="checkbox"/> Ha tenido peleas o violencia <input type="checkbox"/> Se le han aplicado medidas físicas (a.72) <input type="checkbox"/> Se ha autolesionado <input type="checkbox"/> Conflictos legales con la prisión <input type="checkbox"/>	

ANEXO 2. HOJA DE REGISTRO PCL-R

B. HOJA DE PUNTUACIÓN CONJUNTA

INTERNO:

FECHA:

	Puntuación consensuada	Desglose: *Factor 1	Desglose: **Factor 2
1. Locuacidad / Encanto superficial*			
2. Egocentrismo / Grandiosidad*			
3. Necesidad estimulación / aburrimiento**			
4. Mentira patológica*			
5. Dirección / Manipulación*			
6. Falta remordimiento y culpabilidad*			
7. Escasa profundidad de los afectos*			
8. Insensibilidad / Falta de empatía*			
9. Estilo de vida parásito**			
10. Falta de control conductual**			
11. Conducta sexual promiscua			
12. Problemas de conducta precoces**			
13. Falta de metas realistas a largo plazo**			
14. Impulsividad**			
15. Irresponsabilidad**			
16. Incapacidad para aceptar consecuencias...*			
17. Varias relaciones maritales breves			
18. Delincuencia juvenil**			
19. Revocación libertad condicional**			
20. Versatilidad criminal			
SUMA: GLOBAL Y SUBTOTALES		*	**

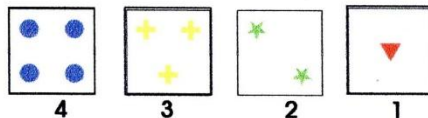
PRORRATEO DE ____ A 20 ÍTEMS: _____

EVALUADORES:

PUNTUACIÓN TOTAL: _____

ANEXO 3. HOJA DE CORRECCIÓN WCST

WCST



SECUENCIA DE CATEGORÍAS:

C F N C F N.

IDENTIFICACIÓN: _____ D / I
 FECHA _____ SEXO _____ EDAD _____
 ACTITUD _____
 EXAMINADOR _____

OBSERVACIONES

	1	1	2	3	4		33	1	2	3	4
	2	1	2	3	4		34	1	2	3	4
	3	1	2	3	4		35	1	2	3	4
	4	1	2	3	4		36	1	2	3	4
	5	1	2	3	4		37	1	2	3	4
	6	1	2	3	4		38	1	2	3	4
	7	1	2	3	4		39	1	2	3	4
	8	1	2	3	4		40	1	2	3	4
	9	1	2	3	4		41	1	2	3	4
	10	1	2	3	4		42	1	2	3	4
	11	1	2	3	4		43	1	2	3	4
	12	1	2	3	4		44	1	2	3	4
	13	1	2	3	4		45	1	2	3	4
	14	1	2	3	4		46	1	2	3	4
	15	1	2	3	4		47	1	2	3	4
	16	1	2	3	4		48	1	2	3	4
	17	1	2	3	4		49	1	2	3	4
	18	1	2	3	4		50	1	2	3	4
	19	1	2	3	4		51	1	2	3	4
	20	1	2	3	4		52	1	2	3	4
	21	1	2	3	4		53	1	2	3	4
	22	1	2	3	4		54	1	2	3	4
	23	1	2	3	4		55	1	2	3	4
	24	1	2	3	4		56	1	2	3	4
	25	1	2	3	4		57	1	2	3	4
	26	1	2	3	4		58	1	2	3	4
	27	1	2	3	4		59	1	2	3	4
	28	1	2	3	4		60	1	2	3	4
	29	1	2	3	4		61	1	2	3	4
	30	1	2	3	4		62	1	2	3	4
	31	1	2	3	4		63	1	2	3	4
	32	1	2	3	4		64	1	2	3	4

	1	1	2	3	4		33	1	2	3	4
	2	1	2	3	4		34	1	2	3	4
	3	1	2	3	4		35	1	2	3	4
	4	1	2	3	4		36	1	2	3	4
	5	1	2	3	4		37	1	2	3	4
	6	1	2	3	4		38	1	2	3	4
	7	1	2	3	4		39	1	2	3	4
	8	1	2	3	4		40	1	2	3	4
	9	1	2	3	4		41	1	2	3	4
	10	1	2	3	4		42	1	2	3	4
	11	1	2	3	4		43	1	2	3	4
	12	1	2	3	4		44	1	2	3	4
	13	1	2	3	4		45	1	2	3	4
	14	1	2	3	4		46	1	2	3	4
	15	1	2	3	4		47	1	2	3	4
	16	1	2	3	4		48	1	2	3	4
	17	1	2	3	4		49	1	2	3	4
	18	1	2	3	4		50	1	2	3	4
	19	1	2	3	4		51	1	2	3	4
	20	1	2	3	4		52	1	2	3	4
	21	1	2	3	4		53	1	2	3	4
	22	1	2	3	4		54	1	2	3	4
	23	1	2	3	4		55	1	2	3	4
	24	1	2	3	4		56	1	2	3	4
	25	1	2	3	4		57	1	2	3	4
	26	1	2	3	4		58	1	2	3	4
	27	1	2	3	4		59	1	2	3	4
	28	1	2	3	4		60	1	2	3	4
	29	1	2	3	4		61	1	2	3	4
	30	1	2	3	4		62	1	2	3	4
	31	1	2	3	4		63	1	2	3	4
	32	1	2	3	4		64	1	2	3	4

ANEXO 4. ESTADISTICOS DESCRIPTIVOS PARA LA MUESTRA COMPLETA

Tabla 241 Estadísticos descriptivos Disfunciones en la historia

	Media	Desviación típica	N
Disfunciones en el proceso de socialización	4,89	4,493	209
Inadaptación conductual Infantil	3,73	7,682	209
Edad de la primera institucionalización	24,38	10,831	212
Edad de comisión del primer delito	22,48	11,102	213
Edad de inicio al consumo de drogas	14,60	3,750	172
Edad de inicio al consumo drogas duras	17,05	4,579	156
Tiempo usando drogas duras	32,6463	24,23580	213
Tiempo usando drogas duras	43,9723	17,07157	213

Tabla 242. Estadísticos descriptivos PCL-R

	Media	Desviación típica	N
pcl factor 1	6,86	4,451	207
pcl factor 2	8,30	4,927	208

Tabla 243 Estadísticos descriptivos Síntomas clínicos

	Media	Desviación típica	N
scl, total de síntomas positivos	40,84	20,216	208
scl, índice global de severidad	,9006	,53820	208
scl, índice de distrés de síntomas positivos	1,8778	,65502	208
scl, somatización	9,50	8,028	208
scl, obsesión compulsión	10,15	6,626	208
scl, sensibilidad interpersonal	7,31	5,479	208
scl, depresión	16,18	8,801	208
scl, ansiedad	9,43	7,227	208
scl, hostilidad	4,61	5,296	208
scl, ansiedad fóbica	2,57	3,234	208
scl, ideación paranoide	7,13	4,910	208
scl, psicoticismo	6,50	5,906	208
scl, ítem adicional	9,38	7,230	204

Tabla 244 Estadísticos descriptivos Rasgos de personalidad

	Media	Desviación típica	N
16pf Afabilidad	6,23	2,468	205
16pf Razonamiento	3,64	1,659	205
16pf Estabilidad	5,73	2,372	205
16pf Dominancia	5,60	2,043	205
16pf Animación	6,03	2,020	205
16pf Atención a normas	8,63	2,702	205
16pf Atrevimiento	6,09	2,353	205
16pf Sensibilidad	4,17	2,089	205
16pf Vigilancia	5,32	1,926	205
16pf Abstracción	5,15	2,116	205
16pf Privacidad	4,48	2,085	205
16pf Aprensión	6,11	2,189	205
16pf Apertura al cambio	7,38	3,957	205
16pf Autosuficiencia	4,85	2,288	205
16pf Perfeccionismo	6,66	2,433	205
16pf Tensión	4,87	2,059	205
16pf Ansiedad	6,544	4,1876	204
16pf Extraversión	4,565	2,7218	204
16pf Socialización	5,399	4,4689	204
16pf Independencia	5,729	3,9670	204
16pf distorsión motivacional	6,80	2,332	205

Tabla 245. Estadísticos descriptivos wscst

	Media	Desviación típica	N
w nº de categorías completas	3,44	9,414	186
w intentos para completar 1ª	29,41	28,983	158
w fallos para mantener la actitud	1,42	1,341	185
Aprender a aprender	-2,9168	9,26345	92
w errores perseverativos	26,26	15,344	185

Tabla 246. Estadísticos descriptivos de variables delictivas

	Media	Desviación típica	N
Reincidencia	1,5519	3,47372	212
Violencia	52,8262	39,20772	212
Persistencia	,8340	2,00181	208
Conflictividad	1,2965	2,50675	209
Gravedad	2,7664	8,01250	212
Inadaptación	9,6041	22,97314	211

